Accessions

Shelf No.
D.151.36

SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA
CONDITAD
1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822

GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI. MDCCCLXXI

BOSTON PUBLIC LIBRARY

FROM THE

Ticknor Fund.

Book

BIBLIOTECA PARA TODOS.

VELADAS DEL INVIERNO,

EN TORNO

DE UNA MESA DE LABOR.

VELADAS DEL INVIERNO

POR

Mª DEL Pª SINUES DE MARCO

SALVADOR MANERO, EDITOR.

VELADAS DEL INVIERNO,

EN TORNO

DE UNA MESA DE LABOR,

ESCRITAS POR

D.ª MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

TOMO PRIMERO.

BARCELONA:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL
DE SALVADOR MANERO,
R. de Sta. Mónica, 2.—Ronda, 146.

1866.

D.157
36

ES PROPIEDAD DE SALVADOR MANERO.

Tiekmer
Oct. 24. 1917
9

Reservado el derecho de traduccion y reproduccion.

INTRODUCCION.

LA ABUELA.

I.

La baronesa de Clavieres, dama del gran mundo, buena esposa y excelente madre, se habia rodeado, al llegar á los sesenta años de su edad, de una bellísima familia.

¡La familia! Hé aquí la grande, la santa, la sublime palabra del idioma humano.

¡La familia! Es decir, la felicidad, el calor del hogar, la alegría del alma, la tranquilidad de la conciencia, el sueño apacible, la esperanza del cielo!

La familia empieza en el matrimonio, esto es, en la union de dos corazones jóvenes, que se apoyan uno en otro para soportar todas las alegrías y todos los pesares de la vida.

No hablamos de los matrimonios que forma la vanidad, ó que llevan á cabo las mezquinas miras de un interés siempre sórdido,

aunque se le disfrace con el manto de la conveniencia : hablamos de esas uniones modestas que se forman por el mutuo convencimiento de las prendas del corazon y del carácter y por la simpatía que inspiran un gracioso rostro y una agradable figura.

Tal fué la de la baronesa de Clavieres.

La fortuna de su marido no era grande, y ella era pobre: pero ambos tenian talento y hermoso corazon, dos cosas que, alumbradas con la radiosa antorcha del amor, bastan para lograr la dicha en este valle de lágrimas.

Contaban ella diez y ocho, y él veinte y cinco años : edad feliz, en la que ya se tiene bastante reflexion y en la que todas las ilusiones están frescas y floridas como las rosas de mayo.

La baronesa fué á la vez la esposa y la amiga del hombre que la habia elegido por compañera : su belleza, que era de ese género dulce é inteligente que habla al alma, tardó mucho en marchitarse, y aun cuando sus cabellos rubios empezaron á cubrirse con la nieve de los años, habia en su rostro y en toda su figura rasgos de hermosura muy notable, que no podian menos de atraerle las simpatías de todos : así el perfume, al evaporarse, deja en el pomo, que le contenia, un delicado aroma como eterno recuerdo.

Viajó mucho con su marido : dedicaba cada dia algunas horas á la lectura, y, aunque sin hacer alarde de ello, escribia de vez en cuando sus pensamientos, guardando despues sus manuscritos con el mismo cuidado que si cometiese alguna falta al dejar correr la pluma sobre el papel.

En vano le instó su esposo, en mas de una ocasion, para que diese al público aquellos manuscritos.

—¡Jamás! respondia la baronesa : para escribir se necesitan dotes que no reconozco en mí : no hallo en mi alma el fuego sa-

cro de la inspiracion, ni el raudal inagotable del genio, que todo lo vivifica y hermosea : lo que yo hago, amigo mio, no es crear, sino apuntar mis gratas impresiones y los ejemplos provechosos que el trato del mundo y mi carácter reflexivo me sugieren ; consignar mis pensamientos en tal ó cual ocasion que he presenciado ya una desgracia , ya un fausto suceso : estos escritos, que nada valdrian para el mundo, y que parecerian áridos, inconexos, faltos de vida y de colorido, servirán de mucho para nuestras hijas—si el cielo nos las concede—porque has de saber que tengo observada una cosa ; y es que de todos los dolores que atormentan á la mujer, se busca ella la mayor parte.

—¡Pocas habrá que confiesen eso! respondió riendo el baron.

—Muy pocas , en efecto , repuso la baronesa : casi todas se quejan de pertenecer al sexo débil y creen inevitable una suerte desgraciada : sin embargo , ¡cuánto se equivocan ! ¡algun dia servirán mis apuntes de provecho !

II.

La baronesa tuvo una hija y un hijo : no hay que asegurar, para que nuestros lectores lo crean , que fué la mejor de las madres.

Pero en medio de su felicidad , tuvo tambien crueles dolores que sufrir y solo halló consuelo para ellos en su piedad cristiana.

Su hija enfermó como una pobre planta, y se vió precisada á llevarla á la frontera francesa para poder sostener, en un clima templado, su frágil y combatida existencia, amenazada de continuo por una dolencia en el pecho, que arrebataba el sosiego y la alegría á sus padres.

Entonces se vió hasta dónde llegaban la abnegacion y el amor maternal de la baronesa : dejando definitivamente su casa de Madrid , alquiló una de las hermosas quintas que se hallan en las cercanías de Bayona y se fué á habitarla con su hija , dedicándose por completo al cuidado de la jóven enferma.

El baron se quedó en Madrid con su hijo, que seguia con brillantez la carrera del foro.

Padre é hijo iban siempre que les era posible á la quinta, donde la pobre madre asistia á la lenta agonía de su hija, con la muerte en el alma y la sonrisa en los labios.

A nadie quiso fiar ni el mas insignificante cuidado de los muchos que exigia la penosa asistencia de la infeliz niña.

A la caida de una bella tarde de otoño, la jóven se durmió dulcemente en el seno de su madre para despertar en el seno de Dios.

Habia cumplido en aquel mismo dia todos sus deberes de cristiana, pues ella conocia su estado que, por otra parte, su madre no habia tratado de ocultarle.

—Hija mia , le decia algunas horas antes de su muerte : no quiero engañarte : vas á subir á la patria de eterna luz , y eres mas dichosa que los que vamos á perderte : nada te hará falta allí , y aquí nos dejarás tú un vacío que nada podrá llenar... sobre todo, para tus padres... pero Dios lo ha dispuesto así , y debemos conformarnos con su voluntad soberana : ruega en el cielo por todos los que tanto te amamos ; por lo demás , aunque muerta , existirás siempre para tu madre : yo te hablaré con el santo lenguaje de la oracion, con ese lenguaje que, cual una cadena de flores, nos une con la mansion de eterna luz.

Con estas palabras endulzó la baronesa la muerte de su hija : y luego cumplió su promesa , porque ni la olvidó un solo dia, ni dejó de hablarle con el idioma del alma.

III.

Algunos años despues de la muerte de su hermana, se casó el jóven heredero del nombre de Clavieres, á ruegos de su madre.

—Dános una hija á tu padre y á mí, le dijo, ya que Dios nos ha llevado á tu hermana: me servirá de compañía, y tus hijos serán el encanto y la alegría de nuestra ancianidad; porque vejez, sin nietos, es como invierno sin sol.

Casóse el jóven, como hemos dicho, y casóse con la mujer que le eligió su madre, pues harto sabia que á nadie podia confiar mejor su eleccion.

Una jóven muy parecida á la baronesa fué la que se unió á él con eternos lazos, y el baron y su esposa hallaron en ella una verdadera y cariñosa hija.

Empezó entonces para la baronesa una vida de reposo y de melancólica felicidad: desde la muerte de su hija se sentia poseida de una tristeza que la inclinaba mas que nunca al retiro y á la oracion; pero esta circunstancia nada quitaba á la bondad de su carácter y la agradable amenidad de su conversacion: así, pues, los jóvenes esposos iban á las diversiones, á los saraos y á los teatros, y la baronesa se quedaba en su saloncito con el baron, al que acudian algunos amigos íntimos para acompañarles.

Al año de haberse verificado el casamiento de su hijo, el nacimiento de una hermosa nieta devolvió alguna alegría al espíritu de la baronesa: y la inocente criatura hizo crecer el círculo del saloncito de aquella, pues sus padres ya no pensaron mas en las diversiones que la sociedad les ofrecia y se reunieron á sus abuelos para velar su apacible sueño.

La baronesa quiso que su nieta se llamase Magdalena, que era

el nombre que habia llevado su malograda hija, á quien se parecia extraordinariamente la niña.

Un año despues, el cielo envió otra niña á la casa de Clavieres: una hermana de Magdalena, á la que se puso por nombre Carolina.

¡Qué dicha para la abuela!

A la edad de cuarenta y cuatro años, y cuando tantas otras damas de su clase solo pensaban en disimular, con cosméticos, las iujurias que el tiempo habia hecho á su hermosura, la señora de Clavieres se pasaba largas horas meciendo en su falda á sus dos encantadoras nietecitas y espiando sus primeras sonrisas con inefable placer.

Cuatro niños mas, nacidos en el espacio de algunos años, ocuparon á la madre, y las dos primogénitas quedaron casi exclusivamente bajo el cuidado de su abuela, á la que profesaban el mas tierno amor.

—¡Gracias á Dios, decia la baronesa á su esposo, tenemos en nuestra vejez la casa llena de risas y gorjeos, con los seis niños que hay en ella! ¡Qué dulce es despertarse al rumor de una risa infantil! ¡Cuánto nos llorarán á nuestra muerte! ¡Qué triste y árida debe ser una ancianidad que no esté rodeada de juventud y de caricias!

La abuela no quiso que se buscase aya para las niñas, y ella misma, jóven aun, les enseñó toda clase de labores de aguja y la música, que poseia muy bien: las lecciones de pintura las tomaban del profesor en presencia suya, y con ella salian cada tarde á dar un largo paseo.

Crecieron las niñas y llegaron á ser dos lindas jóvenes de diez y seis y diez y siete años respectivamente: ¡qué dia tan alegre fué para la abuela aquel en que las presentó en su salon y en una pequeña *soirée* que al efecto habia preparado!

Magdalena era, como su abuela, rubia, delicada y esbelta: sus ojos azules se abrian llenos de luz bajo su frente bella y serena: en su boca residia la blanda sonrisa del candor y de la ingenuidad, y se conocia que su carácter pecaba de sobrado blando y bondadoso.

Carolina era morena, no muy alta, viva como una centella: se asemejaba á su madre en la belleza de sus ojos negros y de su cabellera espesa y brillante como el azabache bruñido, formando el mas perfecto contraste con su hermana; pero cada una, en su género, presentaba un tipo admirable de hermosura.

Ambas vestian de blanco la noche de su presentacion, con esa sencillez tan encantadora en las jóvenes.

Cantaron las dos hermanas, y despues algunas amigas suyas, pues la baronesa les habia hecho conocer desde muy temprano las dulzuras de la amistad, y, aunque educadas en un prudente retiro, las habia llevado á visitar á sus relaciones.

Desde aquel dia, el salon de la baronesa de Clavieres se abrió una vez á la semana para recibir á sus amigos y se decidió que los demás dias se ocupase solo por la familia y alguna persona muy íntima.

El ilustre nombre, la belleza, y la escelente y decorosa educacion de las señoritas de Clavieres proporcionó á estas muy pronto diferentes partidos, y á la edad de diez y siete y diez y ocho años respectivamente, quedó decidido su casamiento con dos jóvenes de la nobleza.

IV.

Espiraba entonces el otoño y se acordó que las bodas se celebrasen en un dia en la próxima primavera.

—Hija mia, dijo la baronesa á la esposa de su hijo: este invierno debemos vivir un poco retiradas: quiero preparar á las niñas para el nuevo estado que las espera.

—Aquí no hay mas voluntad que la de usted, madre mia, respondió aquella: ya sabe usted que todos nosotros preferimos las noches íntimas á las de recibo, y la conversacion de usted á todas las demás.

—Ahora es cuando yo voy á sacar mis manuscritos, dijo la baronesa dirigiéndose á su marido: no puedes figurarte lo que he trabajado en ellos desde hace tres años.

—¡Gracias á Dios! exclamó el anciano: ¿de modo que ahora vamos á conocerlos?

—Sí, por cierto: los leeré yo: he formado con ellos la historia de algunas mujeres.

—¿Compuesta por tí?

—¡No! todo lo que en ellos está consignado, lo he visto: mi trabajo es el fruto de algunas *Veladas del invierno*, y está dedicado á mis nietos.

—¿Y quién compondrá el auditorio?

—Tú, si quieres; nuestros hijos, nuestros nietos y esas cuatro ó seis personas de nuestra intimidad que vienen á vernos todos los dias.

—¡Ah! ¿Vamos á oir historias, querida abuelita? preguntó Magdalena.

—Sí, hija mia: hé aquí mi programa: vosotras y vuestras amigas Luisa y Mariana, que acaban de casarse, hareis labor: vuestra mamá y yo leeremos, alternando, en mi manuscrito: á las once se tomará el té, y á las doce cada uno en su casa y en la cama para levantarse temprano, pues al que madruga Dios le ayuda, y hay que cumplir el propósito que habeis hecho de bordar vuestras galas nupciales.

—¡Oh! exclamó Carolina: es tan agradable trabajar en este saloncito caliente y perfumado con el aroma de violetas que siempre usa abuelita! aun dèspues de casadas, vendremos aquí tambien todas las noches, ¿verdad, Magdalena?

—Sí, respondió esta: nuestros esposos se irán al teatro, y nosotras vendremos á acompañar á mamá, á papá, y á nuestros abuelos.

—Jamás hagais eso, hijas mias, repuso la baronesa: vuestro sitio está al lado de vuestros esposos, y vuestra juventud necesita de placeres y distracciones: la gran ciencia de la vida consiste en saber disfrutar de la dicha y sobrellevar el dolor: así como en un buen cuadro se mezclan con feliz combinacion los tonos graves y los efectos de luz, de la misma manera debemos distribuir en nuestra vida las horas del trabajo y del reposo, las diversiones y las ocupaciones serias: el retiro os seria muy pronto molesto y enojoso, hijas mias, y cuando desearíais las diversiones, tal vez vuestros esposos, que ya se habrian acostumbrado á salir solos, no querrian llevaros á ellas: creed á mi experiencia: acompañadles siempre que podais, y haced que ellos se acostumbren á ver en vosotras sus mejores amigas.

—¿Y desde cuándo se empezará la lectura, madre mia? preguntó la madre de las jóvenes.

—Desde esta noche, respondió la abuela: avisad, si quereis, á Luisa y á Mariana para que vengan un poco mas temprano que de costumbre.

¡Con qué impaciencia se esperó la llegada de la noche! Las dos amigas recien casadas, con sus esposos, los futuros de Magdalena y Carolina, el anciano baron, su hijo y la esposa de este, se reunieron desde muy temprano en el salon: la amable anciana ocupó su sitio al lado de la chimenea, sobre cuya meseta

se hallaba ya el precioso manuscrito: las jóvenes tomaron su respectiva labor: los hombres se prepararon á escuchar con atencion y, colocados todos en torno de la mesa de labor, la baronesa tomó el manuscrito y empezó la lectura de esta suerte:

I.

LA AMIGA ÍNTIMA.

Ya lo ves, hija mia: nada es mas peligroso que una *amiga intima* para una mujer casada.

(La condesa de Basanville.)

I.

Conocí á los pocos meses de casarme y en las deliciosas playas de las provincias vascongadas, á una bella jóven, digna de ser la mas feliz de las mujeres, y sobre quien empezaba á pesar la desgracia de una manera aterradora.

Tenia la inexperiencia, hija de sus cortos años, y un carácter poco previsor: no era grande tampoco su talento: vivaz é impresionable, se dejaba llevar de sus sensaciones, y cedia casi siempre al primer movimiento, sin pensar en lo que pudiera suceder despues.

Dotes son estas muy fatales para una mujer casada: he creido siempre que, para hacer la dicha de una familia, se necesita juicio sólido y reflexion, y que hace falta, mas que un corazon tierno, una cabeza bien organizada.

Margarita—que este era el nombre de aquella jóven—tenia, á través de estos defectos, que debian hacerla desgraciada, mil recomendables cualidades: educada en un convento, hasta el dia en que se casó, por ser huérfana de padre y madre, su candor

era extremado, y su fé religiosa tan sincera como tierna: veraz, amorosa, dulce, modesta, no se la conocia sin amarla verdadera y profundamente.

Así me sucedió á mí: en una reunion musical que hubo en la pequeña poblacion de baños, donde aquel estío nos hallábamos, estaba colocada á mi lado, y su belleza no pudo menos de llamar mi atencion, como asimismo el gusto encantador de su traje.

Margarita era de mi misma edad, y ni ella ni yo habíamos cumplido todavía diez y nueve años; sus hermosos ojos oscuros hacian resaltar la blancura delicada de su tez: tenia el cabello cortado, y se rizaba en copiosos rizos, de un castaño brillante, al rededor de su frente y de sus mejillas levemente sonrosadas.

Una pequeña boca, una nariz delicada, una sonrisa angélica, un aire dulce y modesto completaban el conjunto de aquella linda criatura, aun mas simpática que hermosa.

Vestia como conviene á las estaciones de baños; un traje de muselina blanca, con un cinturon color de rosa, y una flor prendida entre los bucles de sus cabellos: con tan sencillo atavío, parecia mas hermosa que todas las demás jóvenes adornadas de galas costosas y recargadas.

—¿Ha llegado usted hace poco, señorita? me dijo en una pausa que tuvo lugar en el espacio de una pieza de canto á otra de piano.

—He llegado hace solo dos dias, le respondí.

—Está usted enferma?

—Mi salud es delicada, señorita, repuse; pero vengo á estas playas, mas bien por huir del calor, que por curar ninguna dolencia.

—Así me sucede á mí, dijo ella: hace cinco meses que me casé, y á mi marido le agrada mucho este pais.

—Yo me he casado hace ocho meses.

—De modo que las dos nos hemos dado el título de señorita, y las dos nos hemos equivocado, dijo Margarita.

—Justamente, repuse yo: aquí viene mi marido.

Acercóse el baron, y saludó á la jóven con quien yo estaba hablando: luego que cambió algunas palabras conmigo, y se informó de si me divertia y si estaba bien, volvió, con los demás caballeros, á la sala anterior á la del concierto, donde hablaban y fumaban.

Margarita miró hácia la puerta, é hizo una señal á un jóven de hermosa presencia, que se acercó con la sonrisa en los labios.

—Presento á usted á mi marido, me dijo ella con una especie de cándido orgullo: es agente de bolsa en Madrid y vivimos en la calle del Prado.

—Luciano Hinestrosa, añadió el jóven inclinándose con una política llena de gracia, tiene mucho placer en ofrecerse á las órdenes de la señora baronesa de Clavieres, de cuyo esposo es ya amigo.

Saludó otra vez, y se retiró despues de dirigir á su esposa una nueva y tierna sonrisa.

Yo le seguí con los ojos, pues es imposible imaginar una figura mas hermosa y mas simpática.

Era un hombre alto, y como de unos veinte y ocho años de edad: su color moreno y sus negras cejas decian muy claro que su carácter era fuerte y enérgico: pero la suprema dulzura de su mirada y su inteligente sonrisa templaban aquella expresion un poco dura.

Sus grandes ojos negros estaban llenos de luz: su bigote, negro tambien y muy fino, se ensortijaba en sus mejillas: leíase

el talento en su ancha frente, y todo anunciaba en Luciano la mas perfecta y delicada distincion de hábitos y de maneras.

—Creo que tambien nosotras seremos muy amigas, me dijo Margarita estrechándome la mano, ya que lo son nuestros esposos, ¿no es verdad?

—Sin duda, y esto es para mí una bella esperanza, le dije: cuente usted con mi afecto y mi adhesion.

II.

Durante la estancia que mi marido y yo hicimos en aquellas deliciosas playas, ví todos los dias y casi á todas horas á Margarita: ella se aficionó á mí, con toda la vehemencia de su carácter apasionado é impresionable, y yo llegué á amarla con todo mi corazon.

Supe por ella toda su inocente vida: huérfana de madre al nacer, quedó tambien sin padre, cuando apenas contaba seis años de edad, y en poder de un tutor que la colocó en el monasterio de las Salesas reales de Madrid, para que recibiese una sólida y cristiana educacion.

Ella era rica: y su matrimonio fué tratado, sin darle conocimiento del asunto, con un jóven hijo de una dama que, á pesar de su edad avanzada, aun brillaba en los círculos de la aristocracia por su ilustre familia y su pingüe fortuna: su hijo habia comprado una agencia de bolsa, y habia reunido á la aristocracia de la sangre la no menos apreciable en este siglo del dinero.

Felizmente para Margarita, el amor habia venido á sancionar la eleccion de su tutor, y se enamoró apasionadamente de su marido.

Este, á su vez, parecia enajenado de poseerla: solo habia

una persona que hubiera deseado para Luciano un partido mas brillante, y esta persona era su madre.

—¡Ay! añadió Margarita el dia que me dió estos pormenores de su vida: la sombra negra que hay en mi destino es mi suegra... me detesta, y yo, la verdad... le profeso tambien no poca antipatía: sé que reconviene á su hijo por haber accedido á casarse conmigo, y que, desde que mi tutor arregló el casamiento, no ha querido volver á verle, á pesar de ser el mejor amigo de su esposo, cuando este vivia: ¿cómo amar á una mujer que me detesta, y que casi me desprecia?

—Querida mia, le dije, es preciso que usted trate, no de alimentar esa antipatía, sino de destruirla, captándose la voluntad de la madre de su esposo.

—¡Imposible! me respondió: todo en ella me es molesto: su presencia, su conversacion y hasta sus hipócritas caricias, si alguna vez procura hacérmelas.

—Nada hay imposible para una firme voluntad, querida Margarita, repuse: vénzase usted, que el vencerse á sí mismo es la mas bella de las victorias: no puede usted figurarse lo importante que es para su porvenir el captarse la voluntad de su suegra: al fin ella triunfará sobre usted en el corazon de su hijo.

—¡Oh! eso seria horrible! exclamó la jóven palideciendo: él es ahora mi único defensor contra las injusticias de su madre, y solo por alejarme de ella me ha traido aquí!

—Puede suceder, pues, amiga mia, que dentro de poco tiempo se ponga de parte de su madre.

—¡Oh! calle usted, calle! no quiero ni puedo creer eso!...

No quise resistir por aquel dia, y aun me pareció que Margarita habia quedado algun tanto resentida de mi franqueza y de mis consejos.

Aquella noche, por hallarme algo indispuesta, no salí de mi cuarto, á pesar de que se habia preparado una pequeña fiesta en el salon.

A la mañana siguiente, fuí á la playa con mi marido, para dirigirnos al sitio donde se hallaban los baños, y hallé á casi todas las bañistas reunidas en un mismo lado y hablando con mucho calor y animacion.

Una de las señoras, á quienes yo trataba mas, me vió y me llamó con la mano. Yo me acerqué al instante.

—¡Ah, Baronesa! exclamaron dos ó tres, aun antes de preguntarme si me hallaba mas aliviada: ¡qué lástima que no pudiera usted bajar anoche al salon!

—¿Estuvo animada la tertulia? pregunté: ¿se divirtieron ustedes mucho?

—Pasamos la noche muy divertidas, en efecto, contemplando á la mujer mas extraordinaria que usted se puede imaginar.

—¿Alguna recien llegada?

—Sí, llegó ayer tarde.

—¿Y en qué consiste el que sea extraordinaria?

—¿En qué? ¡en todo! en su belleza admirable, en su elegancia, en el lujo que ha desplegado.

—¿Es extranjera?

—Nació en España, pero viene de Paris, donde se ha casado hace dos años: se llama la condesa de Louviers, y su marido está agregado á la embajada francesa.

—¿Y dónde se halla ese portento? pregunté yo, deseando conocer á la condesa.

—Todavía no se ha levantado, respondió una de las señoras: su doncella ha dicho á la mia que hasta las dos no deja la cama.

—¡Bello método para disfrutar de la estacion de baños! exclamé sonriéndome: ¿y á qué hora se bañará?

—Por la tarde sin duda, repuso otra de las señoras: y desde mañana voy yo á hacer lo mismo, porque debe ser de muy mal tono levantarse á las siete y bañarse al instante.

—Ciertamente, opinó otra: la condesa debe estar bien enterada de lo que es el gran tono.

Y todas aquellas señoras se separaron de mí, como ofendidas de que hubiera dedicado á la extranjera una sonrisa burlona: ya me retiraba con mi marido, que se reia como yo, cuando ví llegar á Margarita.

—¡Ah! exclamó corriendo hácia mí: ¡qué deslumbramiento, querida baronesa! ¡qué mujer!

—¿Habla usted de la condesa de Louviers, querida Margarita? le pregunté.

—¡Qué! ¿usted la conoce?

—Solo por los elogios que he oido de ella.

—Y todos son menos que la realidad... ¡qué belleza! ¡qué elegancia! ¡qué distincion tan perfecta!

—¿Es muy jóven?

—¿Qué sé yo? las mujeres como esa no tienen edad... bástele á usted saber que puede pasar por la reina del buen tono y por la diosa de la hermosura.

Llegamos á la playa, y en vano traté de hablar de alguna otra cosa que no fuese la extranjera: nadie me oia, ni nadie escuchaba ni acogia otra idea.

Confieso que se avivó mi deseo de conocer á la condesa, y esperé con impaciencia la hora de comer.

Aquel dia se adornó el comedor mas que de costumbre: se pusieron en la mesa ramilletes de flores: las damas se vistieron con esmero: los caballeros dejaron la levita habitual por el ceremonioso frac; y aun hubo quien habló de corbata blanca: sin em-

bargo, mi marido y el mismo Hinestrosa opinaron que eso tocaba ya en una exageracion ridícula, tratándose de una época de baños, y que la misma condesa hallaria extremada tan extraña deferencia.

La gran dama se hizo esperar para comer hasta las ocho de la noche; y ni sonó la campana, hasta que se oyó abrir la puerta de su habitacion, ni nadie se sentó á la mesa.

Por fin, uno de los que se hallaban apostados, llegó corriendo á avisar que ya habia oido su voz, y una agitacion indefinible recorrió la asamblea.

Yo misma no pude impedirme el participar de la emocion general, y sentí como un temblor nervioso, al mirar hácia la puerta.

Precedida del rumor elegante de un traje de seda, que arrastraba mucho por el suelo, apareció la condesa, apoyada negligentemente en el brazo de su marido.

Todos los hombres se inclinaron ante ella.

Todas las mujeres se levantaron mirándola con esa especie de ansiedad, que la envidia dedica á lo que todavía no conoce.

Ella se adelantó, siempre apoyada en el brazo del conde, saludó con la cabeza á uno y otro lado y tomó la cabecera, que se le cedia, sin rehusar esta distincion mi parecer admirarse de ella.

Blanca de Louviers era realmente una mujer deslumbradora.

Alta, tanto como permiten las reglas de la belleza, blanca como el nácar y algo pálida, su rostro, que formaba un óvalo prolongado, tenia la pureza y hermosura de un camafeo antiguo.

Gruesas trenzas de cabellos negros parecian oprimir y estrechar su frente como una pesada diadema de azabache: sus ojos,

los mas grandes y mas negros que yo he visto, se hallaban coronados por dos cejas que cualquiera diria que estaban dibujadas con tinta china ; tal era su finura y perfeccion : largas pestañas negras, sedosas y algo convexas, sombreaban sus mejillas ; pero lo mas admirable de aquellos ojos era que se hallaban rodeados de ojeras oscuras, como si la pupila, demasiado grande para el hueco que le habia destinado la naturaleza , palpitase bajo la epidermis.

En su modo de mirar, habia además alguna cosa de extraña, que explicaba la fascinacion que ejercia sobre todos los que la veian una sola vez : era una mezcla de ternura, de melancolía y de altivez, que atraia, interesaba y subyugaba de una manera extraordinaria.

Su nariz y su boca tenian un corte en extremo delicado : sus dientes se parecian á una doble sarta de menudas perlas, entre dos cintas de coral rosa.

En cuanto á su talle de ninfa, á sus manos de niña, á su cuello de cisne, y á todas las demás perfecciones que sobresalian en ella, seria tan largo enumerarlas, que me contentaré con decir que jamás habia yo visto una mujer mas perfecta.

¡Cosa extraña, sin embargo ! á la primera mirada suya, que se chocó con la mia , sentí en el corazon el frio mortal que se experimenta á la vista de una serpiente , cuando se la halla en medio de un florido jardin.

Despues de aquella primera sensacion, noté algo que me hablaba de desprecio hácia la condesa , algo que me separaba de ella.

Su traje era de la mayor magnificencia posible en un comedor de estacion de baños, y al mismo tiempo de un gusto sencillo y perfecto.

Se componia de un vestido de raso azul, con ricos volantes de encaje Chantilly negros, que arrastraba por el suelo como una media vara : el cuerpo era una caprichosa casaca de corte á la antigua, que se abria por el pecho y dejaba ver una camisola de batista, adornada de preciosos encajes blancos.

En aquel tiempo, en que imperaba el traje corto, el de la condesa, tan largo y tan espléndido, se parecia al de una reina carlovingia.

Sus cabellos que, como ya he dicho, coronaban su frente en trenzas, caian por la espalda en gruesos rizos, negros como el azabache.

No llevaba mas joyas que dos diamantes en las orejas, de muchísimo valor, y una sortija de rubíes, con otro grueso brillante en el centro, que deslumbraba con sus luminosas facetas.

Su marido era alto, rubio y de facciones muy bellas, pero frias y faltas de expresion : vestia tambien con una elegancia completa, pero á la vez llena de estudio, y saludaba y hablaba en francés, con bastante afectacion.

III.

La condesa comió poco, y esto haciendo muchos mimos y muchas coqueterías : su voz era suave y dulce : su acento, ligeramente extranjero, encantador ; y la expresion de sus ojos era tan benigna con los hombres, como dura y desdeñosa con las mujeres.

La sencilla y afectuosa Margarita estaba como arrobada contemplando á Blanca : educada en el silencio y el retiro de un convento, nunca habia visto el gran mundo, ni conocido á una de sus damas : pero ella misma tenia el instinto del buen tono,

y al ver que no se equivocaba en todos sus presentimientos, se asemejaba á un niño que durmiendo ve á las hadas, y se sonrie con inefable placer.

Sorprendí dos ó tres veces una mirada de su marido, fija en la condesa con una expresion extraña; pero ella no se apercibió de nada.

Observando bien á aquella mujer, me pareció que no era tan jóven como se la creia, y que ya estaba próxima al otoño de la vida: cierta arruga imperceptible en el ángulo de los ojos, cierta dureza en la mirada cuando no estaba muy sobre sí, y, en particular, la exquisita maestría de sus movimientos y de sus maneras, estudiadas con extremo cuidado, decian muy claro que la frescura é impremeditacion risueña de la juventud no residian ya en Blanca de Louviers.

Menos edad, sin duda, tenia su marido, en el que se notaba mas naturalidad, á pesar de su mucha afectacion.

Un anciano, distinguido por su clase y educacion, vino á saludarme, al levantarnos de la mesa, y me dijo á media voz:

—¿Qué le parece á usted, baronesa, de este astro que ha caido en medio de nosotros?

—Muy bello es, le respondí.

—Sin embargo, esa mujer está muy pintada: si su belleza fuese natural, seria cosa admirable.

—Pero el arrebol no cambia la forma de las facciones.

—Ciertamente, y no niego yo la belleza de las suyas; pero hay mucho efecto de tocador: ¿no le parece á usted extraño tambien, que esta brillante extranjera haya venido á buscar solaz, en la estacion del calor, á estas modestas playas? su sitio debia ser Baden, Dieppe ó Boulogne, es decir, en una de esas reuniones de elevados personajes y de inmensas fortunas.

Otras gentes, que se aproximaron, me impidieron contestar; pero quedé meditabunda, pensando en las observaciones de mi anciano amigo.

Todas encerraban una gran verdad: la belleza de aquella mujer era, en su mayor parte, artificial; su llegada allí extraña, y empecé á hallarle algo de siniestro que me asustaba.

Despues de la comida, pasamos al salon para tomar el café: luego se cantaron algunas piezas, y habiendo dicho el conde que cantaba su mujer, fueron algunas personas á rogarle que se dejase oir.

Pretextó *que se hallaba mal de voz*; pero, despues de muchas súplicas, se avino á cantar una romanza francesa, que Margarita le acompañó al piano: su voz era dulce, aunque algo fatigada y de poca extension; en cambio, el estilo era encantador, y sabia manejarla con la maestría que ella empleaba para todo.

Una salva de aplausos llenó el salon, y casi todos los jóvenes le ofrecieron el brazo, tomando ella el del que se hallaba mas próximo.

Algunas señoras se acercaron tambien á cumplimentarla, siendo Margarita una de las primeras.

Como yo estaba sentada algo lejos de ella, y además no me inspiraba ninguna simpatía, no me moví de mi sitio, ni le hice ningun cumplido: ella me dirigió una mirada rencorosa, y se volvió hácia Margarita á quien estrechó con afecto la mano, diciendo á los que la llenaban de elogios que, si habia agradado su cancion, se debia solo á la perfeccion con que habia sido acompañada.

Margarita se sintió transportada al décimo cielo al oir aquella muestra de deferencia, y ya no se apartó del lado de la condesa.

Poco despues, y antes de que ninguno de los concurrentes pensara en retirarse, se levantó esta; saludó afectuosamente á Margarita, y le preguntó con su voz dulce y un poco débil:

—Querida mia, ¿querrá usted almorzar mañana conmigo en mi cuarto?

—Sin duda, contestó la jóven; iré así que me levante: y luego, corrigiéndose, añadió: pero no... yo me levanto temprano...

—A las diez, ya estoy yo despierta, dijo la condesa; pero aunque yo esté todavía en la cama, no importa: puede usted entrar en mi alcoba.

Dicho esto, saludó con la cabeza, y se retiró del brazo de su marido, que parecia enteramente sometido á todos sus caprichos.

Margarita se acercó á mí radiante de alegría.

—¿Ha oido usted? me preguntó: me ha dicho que vaya mañana á almorzar con ella!

—En efecto, respondí; pero ándese usted con cuidado.

—¿Qué quiere usted decir?

—Qne no sabemos quién es esa mujer.

—¿Quién es? la condesa de Louviers.

—Segun ella dice; y aunque lleve ese título, no se sabe aun cuáles son sus costumbres, su carácter y su educacion.

—Creo que esta demuestra ser perfecta, repuso Margarita algun tanto resentida.

—Pero, ¿acaso basta eso para conceder á una persona todo nuestro afecto y amistad? ¿y si es mala? ¿y si en vez de un ser adicto, hallamos en ella una enemiga?

—¡Enemiga mia la condesa! exclamó dolorosamente sorprendida Margarita: ¿cómo puede ser eso, ó qué le he hecho yo para que me aborrezca?

—Nada, amiga mia, repuse: es usted demasiado buena, demasiado angelical para ofender á ella ni á nadie; pero una mujer, y una mujer jóven y casada, debe elegir con mucho tacto sus amistades.

—Soy del mismo parecer que la baronesa, observó el esposo de Margarita, que se habia acercado á nosotras: tú eres muy niña, muy inocente y puedes ser engañada.

Margarita inclinó la cabeza sin contestar, pero visiblemente afligida y contrariada.

Poco despues, se terminó la reunion, retirándose cada uno á su cuarto.

IV.

Al dia siguiente por la tarde, mi marido y yo debíamos salir para pasar un mes en Paris: ya habíamos cumplido la época de los baños, que me habian sido prescritos, y nuestra estancia allí no tenia ningun objeto.

Margarita debia detenerse aun quince dias en aquella pequeña poblacion de la frontera, y, á mi llegada á la gran ciudad, le escribí, llevada del verdadero interés que por esta jóven sentia.

Yo le hablaba de lo bello y suntuoso que me parecia Paris, de mis diversiones y de mi vivo deseo de volver á abrazarla, añadiendo cuánto seria mi gusto si pudiese lograrlo en el mismo Paris, caso de que ella alcanzase de su marido el que la llevase á verle.

La contestacion se hizo esperar muchos dias: yo creí que Margarita habia vuelto á Madrid, ó que se hallaba enferma, ó bien que ya no se acordaba de mí, cuando recibí una carta suya que me llenó á la vez de pena y alegría.

La carta decia así:

«Mi querida baronesa: sin duda habrá usted extrañado mi largo silencio; pero comprenderá mi tardanza en escribirle, cuando le diga que las fiestas y placeres se suceden aquí sin interrupcion ni descanso: las comidas de campo, los bailes, los conciertos, tienen ocupado todo mi tiempo, y apenas puedo darme cuenta de mí.

»Blanca es mi amiga íntima, y el alma de todas estas fiestas: ella reina como soberana en medio de esta multitud, que la acata de rodillas, y yo tengo mucho orgullo en llamarme su primer ministro: es una mujer encantadora, y no comprendo por qué le tiene usted antipatía: ella es la misma bondad, y todos los que la conocen la adoran; mi marido es uno de sus mayores apasionados; se batiria á muerte con cualquiera que la faltase, y yo le aplaudiria por ello.

»Volveremos juntas á Madrid, buscaremos dos casas muy próximas, ó por mejor decir, buscará ella una, pues nosotros tenemos que vivir en la de mi marido, habitada ya por su madre.

»¡Oh, querida baronesa! cuánta falta me hacia una amiga! yo tengo dolores domésticos que usted sabrá algun dia, y que necesitan de un constante é inmediato consuelo... Dios me lo envia en la condesa... bendito sea!

»Ya no temeré tanto como antes á las sinrazones de mi suegra: ya tengo el apoyo de Blanca, quien, aun sin saber la mayor parte de lo que me sucede, me dice que la debilidad no es buena para nada, y que debo hacerme fuerte contra toda clase de persecuciones: tiene razon: ya se acabó el inclinar la cabeza como una culpable, el callar, el llorar amarga, pero silenciosamente: ahora haré ver á esa orgullosa anciana que yo soy el ama en mi casa, y que, si ella quiere imperar, tendrá que irse á la suya.

»Adios, querida baronesa : espero que nos veremos en Madrid, y que seguirá dispensándome su amistad y cariño : tambien quiero que sea usted amiga de Blanca, y no le negará su afecto cuando vea que es tan bondadosa como bella.

»Mi marido sigue siendo bueno y amable para mí, tanto, que algunas veces me fastidia un poco. Blanca dice, que el estarse haciendo siempre cariños, es de mal tono, y voy conociendo que dice bien : por eso he prohibido á Luciano que me dirija ni aun una mirada tierna delante de extraños, y esto le cuesta algun trabajo, porque es naturalmente muy afectuoso.

»Adios otra vez, amiga mia : diviértase usted mucho en ese hermoso Paris, que tanto deseo ver, y reciba un tierno abrazo de quien la ama y es su apasionada

Margarita.»

Debo confesarlo : esta carta me asustó por Margarita : hallé en ella muchos gérmenes de desgracia para ella, de dolores profundos, de disgustos sin remedio.

¿Qué fatales semillas sembraba la mujer de mundo en aquella alma vírgen y cándida? Ya se descubrian los aprestos de la guerra doméstica, el menosprecio y rebelion de Margarita hácia la madre de su esposo, su despego é ingratitud para el mismo esposo, que la amaba con tanta ternura, la loca ambicion de brillar!

¡Ah, hijas mias, y vosotras jóvenes todas que oís esta triste narracion! No os dejeis llevar de las primeras impresiones, y elegid con cuidado vuestras amistades! sobre todo, no hagais vuestra amiga íntima de ninguna otra mujer, hasta saber si lo merece! y aun así, poned á esta intimidad ciertos límites, porque la mujer casada debe hallar en su esposo su mejor amigo, y el único confidente íntimo de sus pensamientos.

Contesté á Margarita afectuosamente, y sin darle parte de ninguno de los dolorosos pensamientos, que su carta habia despertado en mí: tampoco combatia sus perniciosas ideas acerca de lo que me hablaba: todo esto lo dejé para cuando volviésemos á vernos, y me contenté con ponderarle los encantos de aquel Paris que ella deseaba ver.

Ya no volví á tener carta suya, y yo tampoco le escribí: mas, á pesar de las continuas distracciones en que vivia, la imágen de Margarita no se separaba de mi pensamiento ni un instante.

Me hallaba un dia de visita en el salon de una de las damas mas distinguidas de la capital de Francia, cuando hablándose de las españolas que habian pasado muchos años en Paris, se me ocurrió en mal hora nombrar á la condesa de Louviers.

Ví al instante pintarse el asombro en todas las fisonomías, inclusa en la de la señora de la casa, que se apresuró á decir:

—Seguramente que la baronesa no trata á esa persona.

—No, dijo mi marido, que con mas mundo que yo conoció el efecto que aquel nombre habia producido: la hemos conocido solo dos dias en los baños de... nosotros salimos para Paris, y ella quedó allí.

—Es una persona muy bella, dijo malignamente uno de los jóvenes, con la intencion evidente de perjudicar á la condesa y de desatar contra ella la maledicencia de los presentes: pero la señora de la casa, persona de edad respetable y de gran talento, varió con tal tino la conversacion, que nadie se atrevió á responder á aquella observacion.

Yo quedé sorprendida y triste: volví á pensar en Margarita, y sentí al mismo tiempo haber demostrado que conocia á la condesa.

V.

Un mes despues volvimos á Madrid, y no bien instalados en nuestra casa, avisé á Margarita, que tardó tres ó cuatro dias en venir á verme contra todo lo que yo esperaba.

Cuando llegó, apenas la conocia: tal estaba de flaca y desmejorada.

Toda la graciosa lozanía de su edad habia desaparecido: ya no era sonrosada, sino pálida: las noches pasadas en los bailes, los dias sin reposo para atender á innumerables visitas y al paseo todas las tardes, amen de sus disgustos domésticos, la habian cambiado de una manera muy triste.

Se hallaba además pintada con blanquete y arrebol, y no puedo expresar la dolorosa impresion que me causó el ver aquel lindo rostro, que yo habia dejado fresco como una rosa de mayo, cubierto de colorete, marchito y demacrado.

—¡Qué linda vuelve usted! exclamó casi con amargura: á mí, en cambio, me hallará bien desmejorada, ¿no es cierto?

—Sí, le contesté: ¿ha estado usted enferma? ¡cualquiera diria que ha padecido!

—En efecto, padezco mucho, exclamó con un suspiro.

—¡Usted padecer, con elementos para ser la mas dichosa de las mujeres!

—¡Si supiera usted lo que es la madre de mi esposo! ¡Ah! ¡su hijo no me ama, cuando no la obliga á que me deje en paz!

—Amiga mia, repuse; una madre merece todo respeto y consideracion, y tiene además derechos muy sagrados: ¿no vale mas que usted contemporice con sus rarezas, si las tiene, que no que obligue á su hijo á una separacion?

—¡Pero si me impone un martirio sin fin y sin descanso! ¡todo lo que yo hago le parece mal y lo reprocha! Figúrese usted que, desde que llegamos con la condesa, se puso de un humor pésimo, y no la puede ver. La colma de los denuestos mas grandes, dice que es, á no dudar, una aventurera y una mujer de larga y nada moral historia...

—¿Y apoya en algunas pruebas esas palabras?

—¿Qué ha de apoyar? cuando yo le pregunto que en qué se funda para decir eso, responde:

—¡En mi corazon... en mi instinto, que no me engaña jamás!

—Amiga mia, dije á Margarita, es forzoso tomar en cuenta la opinion de su suegra de usted; tal vez tenga razon: por mí, sé decirle que una vez que pronuncié su nombre en un salon de Paris, lleno de personas de la mas alta distincion, hizo muy mal efecto, y me pesó haberlo pronunciado.

—Ya sé, repuso Margarita con alguna frialdad, que la condesa tiene, como todas las personas de gran mérito, muchos envidiosos: pero en tanto, que yo no vea algo que me haga tenerla en mal concepto, seguiré tratándola como hasta aquí.

—¿Pero no le llama á usted la atencion la circunstancia de que la madre de su esposo, tan apegada á la nobleza, deteste á la condesa, á pesar de pertenecer á ella?

—La madre de mi esposo detesta por sistema todo lo que yo amo, ó me es agradable.

—¿Y su esposo de usted, qué dice?

—¿El? nada: es muy amigo del conde, y cuando oye á su madre, no hace ningun caso.

—¿Sabe la condesa el desden con que la mira la madre de su esposo de usted?

—Debe saberlo; porque cuando ella entra, la buena señora sale sin saludarla ni con un movimiento de cabeza siquiera.

—Me admira de que, sabiendo la antipatía que inspira, vaya á su casa de usted!

—¿Por qué no habia de ir?

—Porque, al fin, la madre de su esposo de usted es el ama de la casa.

—No, el ama de la casa soy yo; la casa está incluida en el contrato de boda de mi marido: la que su madre se ha reservado es otra mucho mas pequeña, á la que se debia ir á vivir para dejarnos en paz.

—¿De modo que ha dado á su hijo todos sus bienes?

—Todos: solo se ha reservado la casita de que hablé y una renta vitalicia de seis mil reales.

—Querida Margarita, exclamé, esa señora, á pesar de sus rarezas, tiene un noble corazon: ¿no le dice á usted nada en su favor la accion de quedarse reducida casi á la pobreza por su hijo y por usted?

—Por su hijo será: á mí nunca ha podido sufrirme.

—Pero lo que es de su marido de usted, es de usted tambien. Usted debia habérselo agradecido como él, y haberle hecho la vida grata con su compañía, sufriendo las rarezas, propias de su edad y de su carácter, que acaso será severo y grave.

—¡Oh! ¡mas de lo que usted se puede figurar! ¿quiere usted conocerla? entonces me dará la razon.

—La conoceré de muy buena gana.

—Pues el primer dia que venga usted á mi casa, la acompañaré á su cuarto.

—Con mucho gusto.

—Adios ahora, me dijo Margarita: voy á casa de mi modista, á ver si ha terminado el traje de baile que voy á llevar esta noche: es igual al de la condesa... un poco caro... y casi me da rubor pedirle su coste á Luciano... pero, en fin, como dice Blanca, mas vale pasar algunos instantes de pena, y luego ser mirada, elogiada y envidiada por todas.

—¡Dios mio! ¡qué triste placer es el de despertar la envidia! exclamé.

—La condesa dice que es el placer supremo, y creo que tiene razon.

—¡Margarita! ¡se volveria usted mala! observé: ¡usted, que era un ángel!

Un coche, que se detuvo á la puerta, impidió á mi amiga responderme: corrió esta á la ventana; vió á la persona que bajaba de él, y exclamó retirándose:

—¡Qué fastidio! ¡mi marido! le han dicho que estaba aquí, y viene á buscarme; pero le pondré buena cara: necesito tenerle contento para que me dé treinta mil reales: usted me ayudará á engañarle.

Antes de que yo pudiera contestar, entró Luciano en la habitacion.

Era el mismo jóven amable, elegante, espiritual, que yo habia conocido: sin embargo, al verle de nuevo, volví á notar en su semblante la misma expresion de violencia y de fogosidad de carácter que ya otra vez me habia chocado, y que presagiaba que una explosion en él debia ser terrible, y que era hombre capaz de concederlo todo á la dulzura y persuasion, pero nada á la violencia.

Despues de saludarme, quiso tomar la mano á su mujer; pero esta la retiró, y le dijo con viveza:

—Luciano... tengo que pedirte un favor.

—¡Un favor! repuso él: dilo al instante: un marido debe siempre favorecer á su mujer, cuando esta es buena y bonita: ¿verdad, baronesa?

—Sin duda, repuse yo.

—Y tanto mas, cuanto que el favor de que se trata no es muy grande, dijo Margarita: se reduce á que me dés treinta mil reales para la modista.

—¡Qué dices! exclamó asombrado Hinestrosa: si estamos á diez del mes, y el dia primero te dí tu sueldo de tocador!

—¡Cincuenta duros! ¡gran cosa! dijo la jóven con desden.

—No puedo darte mas, querida mia, ya lo sabes; todo nuestro caudal está comprometido en negocios y especulaciones: hay que mirar el porvenir.

—Di mas bien, repuso Margarita con las mejillas encarnadas, que haces lo que tu madre te aconseja, negándome lo que debia tener y lo que todas gastan!

—Dejemos á mi madre, Margarita, dijo Luciano: ella no se mezcla para nada en el arreglo de los fondos de nuestra casa: solo te digo que no tengo en mi poder el dinero que necesitas.

—Pues el traje es para el baile de esta noche: lo deberé hasta mañana.

—Pero, ¡treinta mil reales un traje! ¿por qué te mandas hacer un traje tan caro?

—He dicho que me haga uno semejante á los que haya hecho para las damas mas elegantes, y lleva tantos encajes!...

Luciano no respondió nada: se paseaba por la sala, pero su rostro estaba contraido: era evidente que aquel gasto le ponia en

un terrible apuro: pero hombre de mundo y de buena educacion, no exhalaba una queja, ni dirigió á su mujer una sola reconvencion.

Esta le miraba sin pestañear: en su cara se pintaba la pena y como un doloroso arrepentimiento, pero el demonio de la vanidad se habia apoderado de ella bajo la forma de la condesa de Louviers: esta mujer devoraba la presa que hacia, y sus víctimas solo salian de sus manos por el camino del deshonor ó de la muerte.

Hinestrosa, despues de hacer un supremo esfuerzo, sobre sí mismo, pareció serenarse: se volvió á su mujer, y le dijo con voz bastante tranquila.

—Haré por que tengas hoy los treinta mil reales.

—¿De veras? ¡oh, qué bueno eres! exclamó Margarita, abrazando á su marido.

Pero este recibió sus caricias con frialdad: se conocia que sufria, y que la exigencia del vestido de baile de su mujer le era muy penosa de satisfacer.

Salieron los dos esposos juntos, y les ví bajar la escalera, sin hablar una palabra y descontentos uno de otro; ¡ellos, poco antes tan tiernamente unidos!

Al dia siguiente, supe, por una de mis amigas, que el traje de Margarita era de los mas elegantes que babia en el baile, y muy semejante al de la condesa de Louviers; pero que, sin embargo, el de esta era mas rico y mas suntuoso.

—Se conoce, añadió, que Margarita quiere competir con ella y que debió disgustarse al ver que le llevaba ventaja, porque estuvo toda la noche preocupada y triste.

—Hé aquí, pensé yo, el vestido mas caro que he visto en toda mi vida, pues ha costado, además de mucho dinero, muchos disgustos.

VI.

Pocos dias despues, fuí á ver á Margarita.

Eran las dos de la tarde, y habia algunas personas en su salon: entre ellas, solo ví á una mujer: á la condesa.

La saludé con una fria inclinacion de cabeza, y me fuí al lado de Margarita.

Blanca me lanzó una mirada impregnada de odio y de rencor, que fingí no ver.

Hubiérase dicho que la condesa iba allí para robar á Margarita todas las atenciones de sus amigos, para que se ocupasen exclusivamente de ella.

Pero entre todos aquellos hombres brillantes y frívolos, que parecian acordarse apenas de la señora de la casa, habia uno que se ocupaba demasiado de ella, y que, cuando no le hablaba, no separaba de su semblante los ojos: aquella mirada tenia una insistencia tal, que era imposible que no llamase la atencion de las personas mas distraidas y mas ajenas á la intriga: sin embargo, todos los concurrentes parecian no reparar en ello.

La belleza de la condesa, en pleno dia, era deslumbradora, y me parecia aun mas perfecta, que cuando la habia visto en los baños; además, su atavío era á propósito para hacerla resaltar.

Llevaba un traje de raso verde, una manteleta negra de seda y un sombrero blanco, por debajo del que se escapaban gruesos rizos de cabellos negros.

—¿Quién es aquel caballero que está enfrente de nosotras? pregunté á Margarita señalándole al jóven que la miraba y que se habia dirigido hácia la ventana.

Ella se puso muy encarnada y me respondió con voz mal segura :

—Es un jóven que me ha presentado la condesa... el vizconde de San Andrés... tiene mucho talento , y le agradará á usted.

La turbacion de Margarita me sorprendió mas que los alardes de aficion del vizconde ; era evidente que en aquella alma cándida residia ya el veneno de algun mal pensamiento.

Viendo que el asombro con que yo la miraba aumentaba mas y mas su rubor, le dije :

—¿No me habia usted ofrecido llevarme al cuarto de su suegra ?

Pasóse la mano por los ojos como si despertase penosamente de un bello sueño, y me contestó :

—¡Ah, sí !... Vamos.

Se levantó y yo la imité, atravesando ambas el salon : al pasar por el lado de la condesa, le dijo :

—Querida Blanca, mi amiga la baronesa desea conocer á mi suegra y le he ofrecido llevarla á su cuarto : vuelvo ahora mismo.

Ví á toda aquella gente mirarse con extrañeza, haciéndose señas de admiracion burlona , y conocí fácilmente que la condesa hacia supremos esfuerzos para contener la risa ; pero yo paseé por la asamblea una mirada altiva, y todos aquellos necios quedaron, al parecer, confusos y avergonzados.

—Van á reirse de usted, querida amiga, me dijo Margarita : ¿cómo, tan jóven y tan linda, piensa siquiera en ver á mi suegra, en vez de estarse en el salon ?

—Amo á las ancianas, porque me recuerdan á mi madre, respondí á Margarita.

—¡Ah! repuso ella: yo no he conocido á la mia, lo que es una gran desgracia.

—Ciertamente que lo es, repliqué yo: el recuerdo que deja una madre, sirve ya de égida para siempre, y la compadezco á usted por no haber conocido á la suya.

Llegamos á la habitacion de la señora de Hinestrosa, y Margarita dijo á una mujer de edad madura, que se hallaba en la antesala:

—Agustina, diga usted á la señora, que viene conmigo la señora baronesa, cuya visita ya le anuncié.

La camarera fué á cumplir las órdenes de mi amiga, y nosotras esperamos un instante, dejando yo vagar mis ojos por los objetos que tenia ante ellos.

Aquella habitacion formaba el mas completo contraste con el salon que acabábamos de dejar.

Daba á un patio, que en otro tiempo habia sido jardin, pero que á la sazon estaba del todo abandonado.

El papel de la antecámara era carmesí, con florones mas oscuros, imitando terciopelo; las cortinas, de damasco de lana y seda del mismo color, se hallaban muy deterioradas, y caian á pliegues lacios delante de las ventanas: algunas banquetas, ya viejas, de cuero carmesí, guarnecian la estancia.

Todo respiraba allí la tristeza, la miseria, el abandono y la soledad.

Una impresion melancólica y helada se apoderó de mí.

Aquella ancianidad solitaria me daba pena.

Vino á sacarme de mi preocupacion la doncella, que dijo á Margarita:

—La señora espera.

Pasamos las dos, y al fin de la antecámara se hallaba una

puerta abierta, que conducia á la estancia de la señora de Hinestrosa.

Esta segunda habitacion era mas lúgubre aun que la primera: todo el mueblaje era verde, engastado en palo santo : la alfombra y las cortinas eran verdes igualmente, pero de ese verde sombrío que es siempre apagado y triste.

La madre de Luciano, completamente vestida de negro, estaba sentada delante de una mesita que contenia libros y papeles: su traje, de lana, era un hábito de Dolores, cuya ancha correa descendia al costado izquierdo : en el mismo lado, y en el pecho, se hallaba fijo el escudo de plata, como para proteger al corazon de la afliccion y del desaliento.

Un cuello blanco y una papalina negra, con cintas grises, acababan de dar á la viuda de Hinestrosa un aspecto desconsolador.

En cuanto á su figura, aun conservaba rasgos de una perfecta belleza: la madre de Luciano era alta y majestuosa, de rostro noble é imponente, aunque la expresion que resaltaba en sus facciones era la de la sensibilidad : sus grandes ojos, negros como los de su hijo, reflejaban una gran ternura, y, cuando los bajaba, sus largas pestañas negras prestaban á su rostro un encanto indescribible.

Se llamaba doña Inés, y se conocia que era capaz de amar apasionadamente, y de odiar del mismo modo.

Levantóse y dió dos pasos para recibirme, tendiéndome con nobleza su mano larga y delgada, tan blanca como el nácar.

Casi tuve impulsos de besar aquella noble mano que se habia desposeido de todo por su hijo.

—Señora, me dijo: yo estoy muy reconocida al bondadoso deseo que usted ha manifestado de verme y de tratarme, y tendré mucho gusto en ser su amiga.

—Yo me vuelvo al salon, dijo Margarita : hay gente, y aquí creo que no hago ninguna falta : usted me dispensará, ¿no es cierto, querida baronesa?

—Seguramente, respondí yo.

—Apostaria algo á que se halla en el salon de la señora condesa, ¿no es verdad? preguntó doña Inés con acento de burla bastante amarga.

—Y ganaria usted indudablemente, respondió Margarita : ya sabe usted que la condesa es mi mejor amiga, y que viene todos los dias.

Margarita, dicho esto con un tono bastante duro é incisivo, salió de la estancia.

—Tal vez, señora, extrañará usted, me dijo la anciana con aire que se volvió como por encanto dulce y benigno, que yo me tome la franqueza de hablar algo ligeramente de las amigas de Margarita; pero si usted conociera á la persona de que se trata!...

—La conozco, respondí.

—¿Solo de vista?

—De vista únicamente, y no la conoceré nunca de otro modo, pues no deseo su trato.

—¿Sabe usted algo de su historia? porque ella debe tenerla y muy larga.

—No señora, contesté ; pero no me inspira esa viva simpatía, que es el principio de la amistad.

—Yo no tengo tampoco de qué culpar á la condesa, me dijo doña Inés: hay en mí un instinto que me dice que no es buena esa amistad para la esposa de mi hijo, y afirma esta creencia el cambio que, desde que la trata, se ha operado en Margarita: no debo ocultar á usted que no llevé á bien la boda de mi hijo con

esta jóven, aunque es bastante pingüe su fortuna; porque, descendiente de la nobleza y habiéndome casado con un hombre que no lo era, muchas veces he deseado volver á ella por medio del enlace de Luciano con una jóven de mi clase: pero habia tal atractivo de candor y dulzura en Margarita, que estaba ya casi reconciliada con su nacimiento, y la miraba como á mi hija, cuando esa fatal mujer se atravesó en la senda de su vida: desde entonces, Margarita no es la misma que era: se ha vuelto altiva y brusca para su marido y para mí; dispendiosa, violenta, caprichosa: esta casa, en que antes reinaba la tranquilidad y el decoro, se ha abierto ahora á una multitud de pisaverdes y á esa mujer, de la que sé que en algunas partes no se la recibe: ¿por qué? nadie da otro motivo que la ambigüedad de su vida pasada, y el no conocérsele caudal alguno para alimentar el escandaloso lujo que ostenta: esa mujer es la que ordena y manda en esta casa: su capricho es ley, y ahora ha persuadido á Margarita y esta á su marido para dar una comida semanal de treinta cubiertos, en la que, estando ella, no habrá seguramente ninguna dama que se estime en algo: este convite es muy fácil que degenere en orgía.

—¡Ah, señora! exclamé: es juzgar con demasiado rigor á sus hijos de usted, al pensar que han de permitirlo.

—No lo dude usted que sucederá: ¿qué se puede esperar de una comida, á la que solo asistirán hombres, y en la que solo habrá dos mujeres, la condesa y mi hija? y aun no he dicho á usted el mas grande de mis temores, prosiguió la anciana: hay otro mayor y mas terrible! creo que mi hijo caerá en los lazos que le tienda esa mujer, y que arruinará con ella toda su fortuna.

—¿Cómo puede usted creer eso? ¿Qué indicio?...

—¿Qué mayor indicio que mis presentimientos? El corazon de una madre no se engaña jamás, esa mujer ha de causar la ruina de mi hijo y de esa jóven inexperta que lleva su nombre, y que le ha abierto su corazon y su casa.

—Pero, ¿tiene usted algun motivo de queja de Margarita además de ese? ¿no ha llenado sus deberes con usted, segun tiene derecho á exigir la madre de su esposo?

—¡Debo confesar la verdad, repuso doña Inés: yo sentia una pena terrible cada vez que pensaba en que mi hijo debia casarse: ¡era yo tan avara de su amor! le amaba tanto, que no pensé en que, á lo menos en mucho tiempo, quizá en todo lo que Dios me dejase de vida, habia de necesitar otro cariño: pero me hubiera avenido mil veces mejor á una boda brillante, que á una boda casi oscura, segun ha sido la suya; por que ya lo he dicho: Margarita es rica; pero no de tan ilustre familia como yo hubiera deseado: no obstante, como yo tambien habia descendido de mi clase, al casarme, nada tuve que objetar á mi hijo: además, las gracias, la inocencia, la dulzura de Margarita me hubieran desarmado del todo, y ya empezaba á mirarla con ternura, cuando esa fatal mujer se ha interpuesto entre nosotras, aconsejándole la rebelion á mi voluntad, y aun una separacion completa de mi lado, que es ahora su mas fuerte empeño: ¡ah, señora! añadió la anciana uniendo sus manos y mirándome con la expresion de la afliccion mas profunda: una separacion de mi hijo seria la señal de mi muerte. ¡no podria resistir á tan gran dolor!

—¿A qué presentir penas que no han de llegar? exclamé: ni su hijo de usted, ni Margarita, pueden pensar en una separacion tan injusta como culpable é inconveniente!

—Sin embargo, piensan en ella, repuso la señora de Hinestrosa, moviendo la cabeza con amarga tristeza: mi doncella Agus-

tina, mi sola compañía, casi mi amiga, porque es la persona que mas se interesa por mí y la única que acompaña mi soledad, ha oido hablar á las doncellas de Margarita de sus deseos de una separacion: ¡ah! entonces... ¡que Dios me dé fuerzas para sobrellevar tan rudo golpe!

Algunas lágrimas corrieron por las mejillas de la anciana, y mis ojos se llenaron tambien de triste llanto al ver á aquella desgraciada madre; pero la altivez se sobrepuso muy pronto al dolor, y, enjugando sus ojos, añadió:

—A todo estoy preparada, y todo lo soportaré antes que rebajarme con indignas condescendencias; antes que sancionar con mi presencia esos convites, esas fiestas, esos desórdenes, que, bajo el velo de costumbres elegantes, van minando poco á poco el pedestal del decoro en que mi casa, la casa de mi esposo, estaba colocada: porque, señora, la honra de una mujer es un cristal que el soplo mas leve empaña, y la de Margarita empieza ya á ser pasto de la maledicencia.

—¡Eso no es posible! exclamé yo: acaso han contado á usted alguna falsedad...

—No... solo lo sé por hablillas de los mismos criados de la casa: se ha dedicado á hacer la corte á Margarita uno de esos jóvenes, cuya sola presencia en una casa, compromete la reputacion de la mujer que la habita: conocí á su padre, que era semejante al hijo, se llama el vizconde de San Andrés.

—¡Pero Margarita no admitirá sus preferencias!

—No basta con eso: era forzoso que no le recibiera; porque la mujer necesita, además de ser honrada, parecerlo.

Yo callé: nada hallaba que oponer á la terrible, pero inflexible lógica de la anciana señora, que conocia tan perfectamente el mundo, como el corazon humano, y como los deberes de nuestro sexo.

Despues de algun tiempo de un silencio triste y penoso, y, al despedirme de ella, me dijo:

—Donde quiera que esté, usted lo sabrá para que me honre con su compañía: es un consuelo que necesitaré, y al que no podria renunciar: ¡ah! ¡por qué no se parece á usted Margarita!

Salí, y, sin volver á entrar en el salon, me retiré á mi casa con el corazon entristecido.

VII.

Un año pasó.

Durante este largo espacio de tiempo, fuí algunas veces á casa de Margarita; pero casi nunca hallé á esta y dejé de visitarla.

Ella era la que venia de cuando en cuando á mi casa, y yo la ví pasar progresivamente de la sencillez, que aun conservaba cuando la conocí, al fausto en sus costumbres, al cáustico talento de la dama del gran mundo, y luego á un desaliento profundo y á una amarga y tenaz melancolía.

De repente desapareció.

Admirada de no verla en ninguna parte, pregunté por ella á una señora amiga mia, que la conocia tambien, y esta me miró llena de asombro.

—¡Qué! me dijo: ¿ignora usted lo que ha ocurrido á la señora de Hinestrosa?

—Completamente, respondí.

—Se halla separada de su marido.

—¡Es posible!

—Se ha entablado su demanda de divorcio.

—Y ella, ¿dónde está?

—No ha salido de Madrid: pero vive completamente retirada.

—¿Sabe usted dónde?

—Sin duda: y voy á dejar á usted sus señas.

Mi amiga sacó su cartera, y en una de sus tarjetas de visita escribió con lápiz las señas de la habitacion de Margarita.

—Y de la madre de su esposo, pregunté, ¿sabe usted algo?

—Sí: se halla retirada en las Calatravas: ha estado enferma de gran peligro durante ocho meses.

—¿Y su hijo?

—Huyó con la condesa: pero Dios mio, ¿cómo se halla usted tan atrasada de noticias, querida baronesa?

—El nacimiento de mi hija y el mal estado de mi salud, durante algunos meses, me han impedido ver ni recibir á nadie.

—Ya se conoce; pues, si no, era imposible que ignorase cosas que tanto ruido han hecho.

—¿Y á quién culpan de esos sucesos? ¿á Margarita? Creo que eso seria muy injusto, pues era un ángel de bondad, aunque hubiera alguna ligereza en su carácter.

—¿A quién se culpa en toda separacion de matrimonio? á la mujer, por injusto que esto sea.

—Es cierto.

—A Margarita, pues, se ha culpado: y si ella no hubiera tenido el talento de retirarse de la sociedad, hubiera hallado cerradas muchas puertas.

Aquella misma tarde fuí, con las señas que tenia, á ver á mi infeliz amiga.

Vivia en uno de los barrios mas solitarios del Norte, y ocupaba el cuarto segundo de una casa muy modesta.

¿Dónde estaba aquella bella y alegre jóven, que yo conocí poco tiempo antes en un risueño pueblecillo situado á las orillas del mar?

En vano la buscaba en la mujer triste y demacrada que tenia delante.

Arrojóse en mis brazos deshecha en lágrimas, y largo rato permaneció sin hablar, llorando yo con ella.

Cuando se pudo tranquilizar algun tanto, paseó en torno suyo una mirada llena de melancolía y dijo :

—¡ De qué triste manera me vuelve usted á encontrar ! ¿no es cierto, amiga mia? ¡ oh ! ¡ segura estoy de que jamás habia previsto para mí tan desgraciada suerte ! pero mia es la culpa, y, ¡ yo he corrido ciega á mi perdicion ! si la virtud y el deber tienen espinas, en cambio, ¡ qué dulce tranquilidad debe dar á la conciencia su observancia ! Yo podia ser una esposa feliz, y, sin embargo, aquí estoy, separada de mi marido, y abandonada de todos, sin ser culpable mas que de algunas imprudencias y de una ciega confianza en una mujer que me vendia amistad y cariño : la condesa es la causa de todas mis desgracias, y, si usted quisiera dedicarme un rato, yo le contaria de la manera sorda é infame con que he sido empujada á mi perdicion !

—Hable usted, amiga mia, le dije estrechando su mano : oiré la relacion de sus desgracias con el mas tierno interés, y si hoy no puede usted terminarla, volveré mañana.

—¡Oh, gracias! exclamó la pobre jóven queriendo besar mi mano en el exceso de su gratitud: el mundo me ha condenado sin oirme: la madre de mi marido no me ha querido recibir tampoco, porque me acusa de la pérdida de su hijo : no tengo padre, ni hermanos , ni amigos ; porque todos los que me rodeaban en mis dias de prosperidad , han desaparecido ahora, y estoy aquí como enterrada en vida !

Escúcheme usted , amiga mia , y compadézcame , pues soy digna de ello, y mas imprudente que culpable.

Margarita enjugó las lágrimas que corrian por sus mejillas: recogió un poco su pensamiento, y empezó así:

—Ya sabe usted lo dichosa que yo era en la pequeña poblacion donde nos encontramos, y que solo habia una leve sombra en mi felicidad: esta sombra era el despego con que me miraba la madre de mi esposo, despego que no traté de vencer, como usted me aconsejaba tan prudentemente, y que, sin duda, al ver aquella que no tenia en qué apoyarse, se hubiera disipado.

La llegada de la condesa me deslumbró: yo no conocia el gran mundo, y aquella mujer superaba á cuantas habia visto en belleza, elegancia y fausto: ella, por su parte, me distinguió entre todas las demás; era la hiena que escogia su presa con ojo certero.

Yo era la mas jóven, la mas inexperta de todas aquellas mujeres, y, sobre todo, la mas rica.

Ya recordará usted con qué entusiasmo le hablaba á usted de ella en la carta que le dirigí á Paris: como le decia, volvimos juntas á Madrid, y desde entonces entró en mi casa á todas horas y con la misma franqueza que si fuese una hermana.

Empeñéme primero, y por imitarla, en los mas locos gastos; gastos superiores á nuestra fortuna, y que empezaron á disgustar á mi marido.

Y, sin embargo, aquellos dispendios no servian de nada: en vano me afanaba en vestir exactamente igual á ella: ella, mas bella que yo, y tambien mucho mas diestra para hacer resaltar sus ventajas, me eclipsaba en todas partes, y se llevaba todos los homenajes y todas las miradas.

Entonces sí que me consideraba completamente infeliz: el dardo de la envidia se deslizaba, agudo y punzante, en mi corazon: no esperaba en mi casa la paz y el descanso, porque mi marido

se hallaba irritado contra mí, y mi propia conciencia me gritaba que obraba mal, y que aquellas locuras llegarian tarde ó temprano á tener su castigo.

La condesa daba en su casa una comida semanal, y yo quise dar otra: ella tenia dos carruajes del mejor gusto, y yo me empeñé en tenerlos tambien.

La fortuna de mi esposo no tenia aun una base sólida: empezaba entonces á formarse, y se resistia á hacer grandes desembolsos. Yo contaba ingenuamente á la condesa las escenas que tenian lugar entre mi marido y yo, y siempre me decia:

—Es muy injusto y muy ridículo que, habiendo usted llevado un gran dote, querida Margarita, se le trate con esa mezquindad: dígaselo así á su marido, y quizá se ruborizará de su modo de obrar.

Yo me resistí, durante muchos dias, á usar de semejantes razones, ó mejor dicho, de tales reconvenciones: pero, al fin, un dia que mi marido se negó á pagar un aderezo de esmeraldas, me puse tan furiosa que le eché en cara que, para el dote que habia llevado, se portaba conmigo con una mezquindad vergonzosa.

¡Ay, amiga mia! jamás olvidaré la mirada de desprecio y de rencor que me dirigió Luciano! ¡su corazon y su amor propio habian sido heridos á la vez, y quizá para siempre!

Desde aquel dia, se acabó la cordialidad y la buena armonía entre nosotros.

Yo le veia siempre irritado y con ceño: yo me ofendia de esto, y redoblaba mis exigencias, que eran satisfechas; pues él tenia una especie de amarga vanidad en dejar que se consumase nuestra ruina, y en hacerme ver que yo era la causa de ella.

Al mismo tiempo parecia volverse mas tierno que nunca con su madre, y el rato que pasaba en casa, se iba á su habitacion.

Hoy que reflexiono en la lenta, pero terrible perversion que operaba en mí la condesa, no me admiro de que Luciano fuese olvidando poco á poco el cariño que me debia: ¿qué atractivo puede ofrecer una esposa que solo piensa en frívolas diversiones y en arruinar á su marido? el mio se hallaba acostumbrado al buen órden, á la economía, á la modesta elegancia en que su madre le habia educado, y mi modo de obrar le debia parecer absurdo y culpable.

Además, la fatiga de las continuas fiestas y saraos arruinó mi ya débil salud; y al fin del invierno, mi escasa belleza, que consistia casi toda en la frescura, se ajó para no volver á florecer.

En cambio, la condesa estaba cada dia mas hermosa: aquella mujer parecia haber hallado, como Diana de Poitiers, el secreto de no envejecer y de no dejar nunca de ser bella.

El corazon de mi marido habia quedado vacío de la aficion que me habia profesado.

Todo se habia alterado en mí á la vez: la bondad de mi carácter, y la belleza de mi figura.

¿Y qué belleza podia competir, por otra parte, con la hermosura de Blanca? ¿qué valia la gracia de la juventud, único atractivo que me era dado ostentar, comparada con los deslumbradores encantos que ella poseia?

Mi marido cayó en la red que ella le tendia sin cesar, y se apasionó tan vivamente de aquella infernal mujer, que se olvidó por su amor de todo lo demás.

Durante algun tiempo, permanecí ciega: mi enemiga babia hallado el medio de aturdirme, llevándome á las fiestas, y dando esperanzas de correspondencia á un hombre que me perseguia con su amor.

—¿Era acaso el vizconde de San Andrés? le pregunté.

—Sí... ese mismo... pero, ¿cómo sabe usted?...

—La madre de su esposo de usted me habló de esa persecucion, y yo misma me apercibí de ella desde la primera visita que hice á usted.

—¡Oh, amiga mia! todas las gentes que frecuentaban mi casa, todas esas que pueblan los salones del gran mundo se apercibieron asimismo de ello mucho antes que yo: embriagada cada dia mas con los triunfos y las diversiones, no sabia cuidar de mi reputacion, olvidándome de que, como decia la madre de Luciano, no basta ser buena en el mundo, sino que es preciso parecerlo.

En tal situacion, mi solo auxilio, mi salvacion completa hubiera sido aproximarme á la madre de mi esposo y ponerme bajo su amparo respetable: mas la soledad que la rodeaba, la austeridad de sus principios, la severidad de sus virtudes, me asustaban: ya no era posible que impusiera tal violencia á la frivolidad de mis hábitos, á mis costumbres del gran mundo.

Ella fué, sin embargo, la que acudió á mi socorro: vino á mi habitacion y me dió saludables consejos.

—Hija mia, me dijo, tienes aun muy pocos años, y mi hijo te abandona en una peligrosa soledad moral: cierra á esa mujer las puertas de tu casa, y deja su amistad.

—¡Oh, Dios mio! pero eso será dar pábulo á la crítica, y ella se ofenderia! exclamé.

—¿Y qué te importan las hablillas de los necios? repuso la madre de mi marido: cuida por tí misma de tu dicha, y está segura de que nadie te la devolverá si la dejas huir... ¿sabes lo que se dice ya? ¡que tu marido ama á esa mujer!

—¡Imposible! exclamé: yo no he notado nada.

—Con todo, creo que tienen razon: ¿sabes lo peligrosa que

puede ser una amiga íntima? ¿sabes las condiciones que esta debe reunir? Y luego, aunque sean estas las mas excelentes, créeme: una amiga íntima nunca conviene á una mujer casada: el matrimonio es un convenio santo, que no admite tercero: á la esposa le basta con la intimidad de su marido, y debe procurar, por su parte, ser su mejor amiga.

—Es decir, exclamé con tristeza, que la amistad está vedada para la mujer que se casa?

—Hasta cierto punto, casi puedo asegurarte que sí: ten amigas en buen hora; pero nunca una sola, y menos ninguna que pueda entrar y salir en tu casa siempre, y enterarse de los actos de tu vida privada; porque es muy fácil, como ahora te sucede, que llegues á preferir su trato y compañía á los de tu marido, y que este busque otras distracciones, al ver que le has desposeido de tu afecto y confianza: además, colocando un tercero entre él y tú, las expansiones son imposibles: hay que usar de cierta reserva, ó dejar que se entere la amiga de todos los pormenores de tu vida, de todas las alternativas de tu fortuna; cosa muy peligrosa y muy poco agradable, sobre todo, para un marido.

—¡Ah! ¡qué razon tenia la señora de Hinestrosa al hablar á usted así! exclamé yo sin poder contener mi admiracion: ¡y cuánto ha debido usted sufrir para guardar en la memoria con tanta fidelidad sus consejos!

—Sí, contestó la jóven: hoy es cuando conozco el talento y experiencia que encerraban aquellas palabras, que dictaban á la vez el hábito del mundo y el deseo de mi dicha: sí, amiga mia: yo estoy segura de que aquella noble señora se habia llegado á interesar por mí al ver el precipicio que se abria á mis piés, y al que yo corria con los ojos vendados por mi inexperiencia:

aquel dia, tomándome la mano con ternura, prosiguió así:

—Además de todo lo dicho, hija mia, ten presente que la misma amiga que se interpone entre la santa familiaridad del matrimonio, obliga á la esposa á gastos locos, y la hace envidiosa y mala: ¿no te ha sucedido alguna vez que la condesa te haya enseñado una rica alhaja, quizá regalo de alguno de esos muchos hombres, á quienes arruina, y que tú hayas deseado otra igual? ¿No ha sucedido que, para lograrla, hayas tenido un disgusto con tu marido, por no poder este facilitarte por el momento la cantidad que le pedias? y si de ningun modo has podido conseguirlo, ¿no has sentido deslizarse en tu pecho el dardo de la envidia; no has sentido tambien amargura contra él, porque se negaba á complacerte, y no le has culpado en el fondo de tu alma?

Bajé la cabeza llena de confusion: hubiérase dicho que la madre de mi marido leia en mi corazon como en un libro abierto ante sus ojos.

—Sí, prosiguió; sí, mi pobre Margarita: todo esto es verdad, y lo conozco en la dolorosa expresion de tu semblante: huye de esa amiga íntima: no desees jamás otra intimidad en la vida que la de tu marido: entre vosotros, todo es comun: los intereses son los mismos, la posicion idéntica, y debeis caminar asidos de la mano por el sendero de la vida: no admitas un tercero entre vosotros, si quieres ser dichosa, y pon á tu afecto y amistad para los otros ciertos límites que no debes, por nada ni por nadie, traspasar jamás: la familia es un santuario en el que deben quedar ocultos así los dolores como las alegrías, y ninguno de sus misterios deben descubrir los ojos profanos.

La amiga íntima de una casada se deja en su casa todos los defectos, y en la de esta solo hace alarde de buenas cualidades:

así el esposo compara, en todo y por todo: compara la amabilidad y dulzura de la amiga con las reconvenciones y displicencia de su mujer; la coquetería de aquella, con el forzoso desaliño que los deberes de ama de casa imponen á su esposa; las palabras dulces que la amiga de su mujer le dirige, con las palabras duras que esta emplea cuando tiene que negarle la satisfaccion de algun capricho de su tocador, y la *amiga íntima* se aprovecha de todas las desventajas que ella ha provocado: Margarita, tal vez no tardes tú en tener que llorar la indiferencia de tu marido... tal vez esa amiga le prenda en sus redes y te robe su corazon.

—¡Imposible... imposible! exclamé levantándome con la palidez en el rostro y la muerte en el alma.

De repente penetró en mi cerebro un rayo de luz: recordé mil pequeños incidentes de que antes no habia hecho caso; mil ocasiones en que Blanca habia lanzado á mi marido algunas miradas ardientes y provocativas: me pareció que habia visto señas, apretones de mano, y lancé un grito agudo, exclamando con voz sofocada:

—¡Sí!... sí... ¡oh, señora! aquí hay traicion! ¡me venden!

—¿Qué decís?

—Digo que, ahora, al oir las palabras de usted, he recordado algunas cosas en que antes no habia reparado.

—¿Y sospechas?...

—¡Que mi marido y mi *amiga íntima* me hacen traicion!

—¿De veras? ¿mis suposiciones han llegado á ser realidades?

—¡Sí! desgraciadamente sí... estoy segura de ello... pero yo me vengaré.

—¡Qué dices! exclamó la madre de Luciano corriendo hácia mí.

—¡Que me vengaré!

—¡Desgraciada! ¿de qué modo? ¡ah! si adoptases la venganza de otras mujeres, toda la vergüenza seria para tí: créeme, no te queda otro recurso que seguir mi consejo: ¡despide á esa mujer!

—¿Y qué adelantaré con eso? mi marido irá á su casa.

—Procura hacerle tan agradable la suya, que no piense en la ajena.

—¡Oh! ¡es imposible! yo no puedo competir con esa mujer, ni en belleza, ni en talento! exclamé llorando desconsoladamente.

—Pero tienes aun el mayor de los atractivos, que ella ha perdido para siempre: el de la virtud. ¿Crees que hay algo comparable á eso? vamos, un esfuerzo, y estás salvada.

Me retiré á mi alcoba, y pasé llorando hasta la hora de comer en que vino Luciano.

—¿Qué es eso? me preguntó: ¿estás triste? ¿qué te sucede?

Conocí que debia disimular, y que mi decoro exigia que no diese á conocer mis sospechas; pero no pude contener el exceso de mi ira y de mi dolor, y exclamé, volviendo á prorumpir en llanto:

—¡Ah, caballero! ¿y usted me lo pregunta?

—¿Qué significa ese lenguaje? dijo Luciano admirado.

—Significa que sé las infamias de usted, y que voy á arrojar de mi casa á su indigna cómplice.

—Margarita, ¿te has vuelto loca? preguntó mi esposo: mira lo que haces, y cuida de no caer en un engaño ridículo.

Salió, dichas estas palabras, y yo me ví precisada á empezar á vestirme para un baile, al que debia asistir aquella noche.

Detúvose Margarita fatigada, y yo contemplé con profunda lástima á aquella criatura nacida con todos los elementos necesarios para ser dichosa, y á quien la fatalidad, ocasionada por su impremeditacion, habia sumergido en la desgracia.

VIII.

Despues de algunos instantes de silencio y de recogimiento, la señora de Hinestrosa prosiguió su relato con voz alterada por los amargos recuerdos que despertaba en su alma esta partè de su historia.

—¡Qué de terribles acontecimientos en un año, querida baronesa! dijo: cuando mi mente los repasa, creo que me aflije un sueño horrible, y me parece mentira que de tal modo se haya cambiado mi existencia; y, sin embargo, nada es mas cierto: yo he caido desde la cumbre de la dicha, al abismo de la mas profunda desgracia, y todo á causa de este carácter frívolo é irreflexivo, que ha encubierto siempre todas las buenas cualidades con que Dios me habia dotado.

¡Ah! ¿por qué acusamos al cielo de los dolores que sufrimos, casi siempre son buscados por nosotros mismos, y es seguro que? si estudiásemos nuestros defectos para correjirlos, nos evitaríamos muchas lágrimas.

No podré expresar á usted la impaciencia febril con que esperé que llegase la hora de ir al baile: sabia que habia de hallar en él á la condesa, y queria herirla delante de todos de una manera mortal; pero antes queria cerciorarme de que existia inteligencia entre ella y mi esposo, y sorprender alguna de sus miradas, descubriendo á todos la traicion de que era víctima.

—¡Qué imprudente decision! exclamé yo, casi asustada de lo que iba á oir.

—De ella data mi verdadera desgracia, repuso mi pobre amiga: hasta allí todo tenia remedio: el escándalo es lo que hizo imposible para siempre mi dicha.

Llegó, por fin, la hora del baile: para conseguir mejor mis fines, y temiendo que si mi marido sospechaba algo de la venganza que estaba meditando me quisiera dejar en casa, aparenté tranquilidad y alegría, y salimos hablando poco, pero mostrándome yo muy afable.

Cuando entramos en el salon de la marquesa D....., estaba la fiesta en toda su animacion.

El salon parecia alumbrado por los brillantes rayos del sol, tal era la profusion de bujías que le iluminaba: las damas, cubiertas de joyas y de pedrerías, le guarnecian como una bella y animada guirnalda, y en el centro bailaban muchas parejas, meciéndose al compás de una música lánguida y voluptuosa: la orquesta tocaba un wals de Strauss.

A la derecha, y cerca de la puerta, percibí á la condesa: su atavío era deslumbrador; se componia de un traje de encaje blanco, con trasparente de raso blanco tambien, y sujeto el primero con broches de perlas, en cuyo centro brillaba un diamante de gran tamaño, como una gota de cristalino rocío.

La blancura mate del traje era casi igual á la nacarada blancura de la tez de la condesa, pura y trasparente como las hojas de una camelia.

Sus cabellos caian en rizos, negros como el ébano, por sus hombros y espalda, guarneciendo sus mejillas y acariciando su pecho desnudo.

Reparé en su primera mirada que fué á fijarse, como un dardo de fuego, en mi marido.

Yo no puedo expresar lo que sentí al ver aquella mirada; mi

corazon se heló, y poco despues le sentí abrasarse como una hoguera ; perdí la vista, y creyendo que iba á desmayarme, miré en torno mio para buscar algun apoyo: una sola persona hallé á mi lado : era el vizconde de San Andrés , que me miraba fijamente , y que comprendió, sin duda, la tempestad que rugia en mi alma, porque se inclinó hácia mi oido y me dijo :

—¡Vénguese usted; yo la amo!

Me volví á mirarle , y una sonrisa amarga se dibujó en mis labios, segun el mismo me ha dicho despues.

—Venga usted, le dije ; me sentaré aquí... siéntese usted á mi lado.

Abandoné el brazo de mi marido y me senté , imitándome el vizconde ; pero en vez de hablarme de su amor , y comprendiendo quizá lo que yo sufria , aquel noble jóven , á quien el mundo ha dado la patente de seductor , me miró con una compasion llena del mas profundo respeto.

—No es mi cariño para usted, me dijo con voz llena de emocion , el deseo vil de seducirla : si la viera dichosa, atentaria quizá á su dicha ; pero la veo muy infeliz ; creo que ama á su marido, y que la venganza que hace un instante proponia á usted , lejos de consolarla , agravaria sus males : no quiero ser, pues, por ahora mas que su amigo ; debe usted temerlo todo de esa mujer... pudiera decirle quién es ; pero solo le ruego que se guarde de tenerla por enemiga.

Mi marido , que me habia dejado sentada en el hueco de una ventana, donde yo hablaba con el vizconde, habia ido al lado de Blanca , llamado por la mirada de esta ; se habia sentado á su lado, y le hablaba con tanto fuego y á la vez con tal descuido y abandono, que llamaba la atencion general.

Ví á algunas personas pasar por delante de ellos y mirar á la

condesa con aire burlon, y luego mirarme á mí del mismo modo : oí palabras extrañas y sentí de nuevo desvanecerse mi cabeza.

—¡Es natural, cada uno por su lado ! dijo una dama no muy lejos de mí : él con la condesa , ella con el vizconde : ninguno tiene de qué quejarse.

Estas palabras fueron pronunciadas con aire desdeñoso ; pues aunque se diga que en el gran mundo impera el escándalo , es indudable que los que esto afirman lo han frecuentado poco : en el gran mundo , hay personas que cuidan dè su decoro , y las buenas formas son apreciadas , y se respeta casi siempre lo que es respetable.

Llena de rubor y de indignacion , al oir estas palabras, me levanté y dije al vizconde :

—Déme usted el brazo y acompáñeme hasta donde se halla mi marido.

—¡Margarita! ¿qué va usted á hacer? me preguntó el vizconde en voz baja: ¡prudencia, por Dios!

Yo no le respondí: tomé su brazo y le llevé, mas bien que me dejé conducir por él, hasta donde se hallaba Luciano.

Este, al verme delante de él, levantó la cabeza.

—Caballero , le dije , vengo á noticiarle que me retiro á casa.

Luciano perdió el color : he visto pocos hombres tan cuidadosos como él de las buenas formas , y la amenaza de una escena ridícula le hizo palidecer.

Yo tambien debia estar terriblemente demudada , porque la condesa me miró con asombro.

Sin embargo, como mujer de mundo y muy dueña de sí misma, se levantó y procuró contener la tempestad: tomó mis manos y exclamó :

BOSTON PUBLIC LIBRARY

SEÑORA, ES EN VERDAD INCOMPRENSIBLE QUE SE ATREVA USTED Á DIRIGIRME LA PALABRA!

—¿Pues qué, querida Margarita, se siente usted mala? ¿por qué desea retirarse?

Yo desprendí mis manos con cólera y desprecio, y respondí:

—Señora, es en verdad inconcebible que se atreva usted á dirigirme la palabra.

—¡Dios mio! exclamó Blanca: ¿qué estoy oyendo? ¿pues no soy su amiga de usted?

—Desde hoy, solo es usted á mis ojos una mujer despreciable, respondí; una mujer para la cual mi casa estará siempre cerrada.

Volví la espalda, dichas estas palabras, y quise alejarme; pero ¡ay! la gente se habia ido reuniendo al rededor nuestro, y hallé fijas en mí tantas miradas curiosas y burlonas, que me sentí desfallecer: una mujer que se enojaba, porque su marido estaba galante con otra, era una cosa tan extraña, que no podia dejar de excitar la hilaridad de todos los necios.

Pude, por fin, atravesar por aquel círculo, que me sofocaba como si hubiera sido de fuego; y, debo decirlo en honor del vizconde, este, á pesar de la posicion ridícula en que yo me habia colocado, no me abandonó, y respondió con altivas miradas á las miradas de mofa de los que hallábamos al paso.

Pero, ¿de qué me servia ya aquel valor suyo, aquella prueba de leal amistad que me daba? ¡Ay! ¡solo de empeorar mas la triste situacion en que yo me habia colocado con mi ingenua indignacion, con mi leal candor!

Si yo hubiera disimulado mi cólera y mi dolor, si hubiera hallado consuelo en las galanterías del vizconde, no me hubieran culpado tanto; pero lo que habia hecho era ridículo, y el ridículo es la llaga mas incurable y que menos lástima inspira.

Mi reputacion, al verme salir apoyada en el brazo del vizconde, del seductor oficial de las mujeres, quedaba destruida; mi marido y yo, cubiertos de ridículo: solo la condesa quedaba triunfante.

El rubor, el dolor de sus tristes memorias, cortaron de nuevo el acento de Margarita, que permaneció largo rato silenciosa, y dejando correr gruesas lágrimas por sus mejillas.

IX.

—Despues que el vizconde me hubo acompañado á mi casa, continuó Margarita, se retiró dejándome entregada á mis tristes reflexiones: ya sola, comprendí la imprudencia del paso que habia dado, y me dije que, aunque totalmente falta de experiencia y de mundo, debia haber conocido que las cuestiones domésticas no se arreglan en un salon.

Fuí á la habitacion de la madre de Luciano, que ya se hallaba acostada, y le referí entre lágrimas lo que habia sucedido.

Me oyó en silencio, y luego me dijo:

—Con mucho sentimiento mio, debo manifestarte, querida Margarita, que lo que acabas de hacer es digno de una aldeana, y que, sin remediar tus males, ha debido indignar mucho á tu marido, y con sobrada razon.

—¿De modo, observé, que soy yo la digna de censura?

—Permite que te diga que sí.

Esta dureza me hirió profundamente, y me retiré á mi habitacion para ocultar mi llanto.

Comprendí entonces el espantoso aislamiento en que me hallaba y pensé en usted, querida baronesa: en usted, tan sencilla, tan leal, tan buena y prudente amiga: pensé escribir á usted

una carta, pero no me atreví; porque mi espíritu se habia apocado de tal suerte en pocas horas, que creí habia de hallarme despreciable á los ojos de todos.

¡Oh madre mia! cómo conocí entonces tu falta! y cómo hoy mismo la deploro en mi vacía y solitaria vida! ¡ah! si tú hubieras vivido, tú hubieras sido mi guia y mi consuelo, cuando todos me abandonaban!

Esperé oir entrar á mi marido con una ansiedad profunda: un poco de reflexion me hizo conocer que él era la única persona que debia interesarse por mí, y que todos los demás debian ser extraños á mi pena: pero el dia vino y no le ví llegar: avanzó la mañana, y tampoco volvió.

Llena de augustia, esperé hasta el mediodia; pero Luciano no pareció: su madre vino á mi cuarto, y empezó á abrumarme de reconvenciones, acusándome de todo lo que sucedia: yo le rogué que me dejase sola con mi pena, y que no la aumentase con sus palabras.

Eran cerca de las dos, cuando mi doncella entró á decirme que el ayuda de cámara de mi marido deseaba hablarme: dí órden de que entrase, y esperé palpitante y ansiosa su primera palabra.

—Quizá, pensaba yo, le ha dado Luciano alguna carta para mí: quizá quiere salir de Madrid hasta que se olvide el escándalo de anoche, y me llamará para que le acompañe.

De esta suerte pensaba yo, cuando entró el ayuda de cámara.

Permaneció algun rato silencioso y confuso; y viendo que no hablaba, fuí yo quien le interrogué.

—¿Qué quiere usted, Juan? le pregunté: ¿deseaba hablarme?

—Queria, repuso lleno de confusion, despedirme de la señora...

—¡Despedirse de mí! repetí: pues qué, ¿deja usted el servicio de mi marido?

—No, señora... me voy con el señor.

—¡Con el señor! ¿qué dice usted?

—O para explicarme mejor, el señor se ha marchado ya.

—¿Cuándo?

—Al amanecer, segun me ha dicho el criado del señor conde de Louviers, que me ha traido esta carta.

Juan sacó una carta de su bolsillo: yo me apoderé de ella con mano trémula, y leí:

«Juan: cierra en un cofre la ropa de mi uso: toma una cartera que hay en mi *bureau*, y tráemelo todo á Génova, á la posada del Aguila de Oro, donde te espero: no te detengas en nada.

»*Luciano de Hinestrosa.*»

Yo no podia creer á mis ojos; pero la letra, la firma, no dejaban ninguna duda: caí sobre un sillon sin voz y sin color, presa de una congoja profunda: cuando volví en mí, me hallé en los brazos de mi doncella: Juan ya no estaba allí.

Me acostaron, y me acometió un delirio espantoso: se llamó á un médico, y estuve dos meses entre la vida y la muerte: pero al fin, mi juventud, y, sobre todo, la voluntad de Dios me arrancaron de las garras de la muerte.

Cuando pude hablar, pregunté por la madre de mi esposo; pero se me dijo que habia abandonado la casa, al verme fuera de peligro, y que se habia retirado al convento de las Calatravas.

Supe tambien que mi marido se hallaba casi del todo arruinado por la condesa, y que desde Italia habia entablado su demanda de divorcio, porque me creia en relaciones con el vizconde, y además, á lo que yo pienso, porque su pasado cariño se habia convertido en formal aversion.

Se habia marchado con la condesa y con su marido, ó mas bien, ellos le habian seguido en su voluntaria expatriacion, pues Luciano salió solo de Madrid.

Mi dote habia sido gastado, ya en los dispendios á que me habia arrastrado mi amiga, ya en las locuras en que la misma habia precipitado á Luciano : pues, para aquella mujer insaciable, todo era poco, y habia querido asegurar con qué pagar su amor el mas largo tiempo posible.

Por mi parte, desde aquella noche fatal desaparecí del mundo : hubieran podido creerme muerta, pero han preferido creerme culpable, y han supuesto, al saber que el vizconde se habia marchado á Londres, que, para vengarme de mi marido, me habia ido con él.

—¿Y por qué, exclamé yo, pobre y débil Margarita, siéndole á usted tan fácil, no destruye esa creencia? Preséntese usted en la sociedad, á lo menos donde sepan todos que usted ha guardado todas las leyes del decoro y del deber : no es virtud el pasar por culpable sin serlo : es una cobardía muy vituperable.

—¿Y dónde iré yo, sola, separada de mi esposo, aislada de toda relacion? preguntó Margarita con el asombro de las naturalezas apocadas, cuando se les propone algun acto de valor: ¿dónde hallaré yo la tranquilidad que necesito para ir á los sitios donde hay gentes dichosas? ¿qué papel haré yo, presentándome sola donde cada una va con su marido? ¿no sabe usted que hay pendiente una demanda de divorcio? además, yo soy ahora pobre,

querida baronesa : lo poco que me ha dejado el extravío de Luciano no se administra bien, porque de mí, sin duda á causa de mi poca edad y carácter débil, no hacen caso las personas encargadas de su cuidado : ¡ay, amiga mia! no veo otro porvenir que la soledad, la tristeza y la muerte! ¡y todavía no he cumplido veinte años!

—Valor, amiga mia, repuse yo, volviendo á estrechar su mano, pequeña como la de una niña, pero enflaquecida por lo mucho que habia sufrido : ahora no puedo dar á usted ningun consejo sano : pero reflexionaré en su suerte, y se los daré, no lo dudo : por de pronto, dos cosas le recomiendo : que tenga confianza en Dios resignándose á su voluntad, y que venga á verme: mi casa no es el gran mundo , he conocido lo mucho que este exige, y lo poco que da en cambio, y solo recibo á un reducido número de personas : sin embargo, hasta de la vista de estas puede usted huir hasta que tome una resolucion definitiva : querida Margarita, las situaciones oscuras son las mas difíciles, y la mitad de las penas desaparecen despues de haberse trazado un plan de conducta seguro y firme : medite en los recursos con que cuenta ; mida su valor , y despues decida lo que debe hacer.

—Algunas veces, respondió la pobre Margarita, me acosa el deseo de ir á Paris y de ver á mi marido, que ahora se hallará allí : ¡ah! le amaba yo tanto! le amo tanto todavía! tal vez, al verme, romperia esos odiosos lazos : porque, al fin, ¿qué le he hecho yo? ¿de qué soy culpable? de una accion ridícula cuando mas... pero no criminal... Las apariencias están en contra mia, porque, aunque el vizconde, por un exceso de generosidad, salió de Madrid para no comprometerme despues de la ausencia de mi marido, todos, al verle aquella noche á mi lado, creyeron que yo le amaba y que nos unia un lazo culpable! además, esa demanda de divorcio...

—Esa demanda será negada, repuse yo con entereza.

—¡Cómo! ¡será posible!

—Es indudable: su esposo de usted no puede presentar ninguna prueba acusadora contra usted; y á no estar ciego por la cólera y subyugado enteramente por esa mujer que desea alejarle de usted, no hubiera presentado esa demanda, que es inútil, porque no tiene en qué apoyarse.

Un rayo de alegría iluminó el gracioso rostro de Margarita.

—¡Será verdad! exclamó: esa demanda, ¡no será otra cosa que un nuevo ultraje que haya de perdonarle!

—Nada mas, amiga mia: pero no le pese á usted el tener que perdonar mucho... ¡es tan bello y tan grato el perdonar! Lo que no le aconsejo, por ahora, es que usted vaya á buscar á su marido: él es el que volverá en busca de usted, si sabe usted conservar su dignidad.

Ahora, adios, los dias en que recibo á mis amigos son los miércoles y los sábados: venga usted cualquiera otro, en la seguridad de hallarse sola conmigo.

Abracé á Margarita, y salí de su casa dejándola mas consolada.

X.

La situacion de aquella pobre jóven me entristecia mucho: ingenua, inocente, dotada de mil bellas cualidades, solo era culpable de ligereza é irreflexion, y de haberse dejado seducir por la pérfida mujer que habia explotado su buena fé y su total ignorancia del mundo.

Pasaron, sin verla, algunos dias, y ya me disponia á ir á visitarla, temiendo que se hallase enferma, cuando una noche, en

que me hallaba sola en mi habitacion, la ví entrar, con aire tranquilo y casi tan risueño, que me sorprendió.

—¡Qué bello es todo lo que rodea á usted, querida amiga! dijo despues de haberse sentado y dejando escapar un suspiro: ¡cómo habla todo lo que veo de dicha y de tranquilidad! ¡cómo imperan aquí la inteligencia y la poesía de la vida!

—¿Quién sabe, amiga mia, repuse yo sonriendo, si algun dia podré yo decir lo mismo de su casa de usted?

—¡Ah! qué dichosa seria si pudiera yo esperarlo! murmuró Margarita : pero no, no, ¡es imposible!

—¡Nada es imposible á la suprema omnipotencia de Dios!

—En ella espero, pero no una dicha semejante á la que usted disfruta : sin embargo, ¿por qué he de mentir? espero que mi suerte mejore, y entretanto, he buscado algo que me distraiga.

Debí hacer, al oir estas palabras, un movimiento de sorpresa, porque Margarita añadió con una dulce sonrisa:

—Nada tema usted : estoy segura de que aprobará usted mi distraccion.

—¿Y cuál es?

—¡La caridad! he hallado una persona mucho mas desgraciada que yo!

—¿Cómo? ¿dónde?

—Cerca de mi casa: en la misma calle en que yo vivo: es una jóven de mi edad, que tiene dos niños y un marido que es un infame : al verla, querida baronesa, al contemplar sus sufrimientos, al pensar en los mios, he exclamado con íntima amargura: ¡Dios mio! ¿qué es, pues, el matrimonio? la mas amarga de las esclavitudes, la mas pesada de las cadenas : pero, al ver á usted hoy, al respirar el perfume de paz y bienestar que se respira en esta casa, no puedo menos de exclamar :

—¡Tambien es posible la dicha en el matrimonio!

—Yo digo mas, amiga mia, repuse: yo digo:—La dicha en el matrimonio es segura, si no se hace un empeño en ahuyentarla.—Mas, para obtenerla y conservarla, querida Margarita, hay que estar siempre muy sobre sí, y no dejarse alucinar por ilusiones: por mi parte, tengo observado que la mujer es la culpable, cuando la vemos huir, porque ella es la encargada por Dios de vigilar la dicha y el bienestar de su familia: y sin embargo, no hay muchas mujeres malvadas, y casi siempre son la impremeditacion y los defectos del carácter los que causan todo el mal: ¿quién ocasiona el que lamenta su vecina de usted? de seguro que es ella misma!

—¡Ella! ¡si es un ángel! exclamó Margarita con el acento de la conviccion.

—¿Es gente muy pobre, segun usted me ha dado á entender?

—¡Ah! tanto, que así los infelices niños como su madre se quedarian muchos dias sin comer, á no ser por mis socorros: poco tengo, pero aun soy muy rica comparada con ellos.

—Ahora bien, querida Margarita, repuse: pensemos en otra cosa, en usted: yo me voy dentro de pocos dias á Paris: ¿tiene usted alguna comision que darme para allí?

—¡Ah, sí! exclamó Margarita: véale usted y háblele de mí lo antes posible... ¿lo oye usted? ¡lo antes posible!

—Así lo haré.

—¡Oh, sí, amiga mia! no me olvide usted, y escríbame al instante si él piensa aun en mí..... ¡necesito saberlo!

Un subido carmin coloreó, al decir estas palabras, las mejillas de Margarita, que bajó los ojos ruborizada de su propia emocion.

Yo la miré atónita: habia en sus palabras algo de angustioso

y de impaciente, como en el acento del que, hallándose al borde de un precipicio, pide socorro para no caer en él.

—¿Ha vuelto el vizconde? le pregunté.

—Ha vuelto, me respondió en voz baja.

—¿Y ha descubierto el retiro de usted?

—¡Sí, señora!

—¿Quién se lo ha dicho?

—Lo ignoro.

—¿Ha estado ya en su casa de usted?

—Ayer.

—¿Cuándo ha llegado?

—Hace dos dias: viene de Paris...

Y los ojos de Margarita dejaron escapar un torrente de lágrimas.

—En vano, prosiguió despues de una pausa, en vano quiero engañarme á mí misma con locas esperanzas: me ha contado que mi marido es cada vez mas esclavo de la condesa y que su intimidad ha llegado hasta el escándalo: ¡oh, baronesa! Usted que va ahora, vea si me dicen la verdad, y escríbame pronto para adquirir alguna esperanza: porque yo amo mucho á mi marido, y la rabia y la desesperacion me harán quizá caer: casi estoy decidida á aceptar las ofertas del vizconde, que me ofrece llevarme á Paris para que vea con mis propios ojos la conducta de mi marido.

—¡Guárdese usted de aceptar semejante oferta! le dije asustada: ¿no ve usted que ese hombre, empeñado en seducir á usted, es persona de cuya veracidad debe sospechar? ¿no ve usted que espera conseguir sus planes ayudado por el despecho de usted? ¿quién sabe si ha apostado con sus amigos que al fin vencerá su constancia? ¿quién sabe si su pasada generosidad es un nuevo

lazo que le ha tendido? reflexione en que todos los males de usted provienen de ese hombre, pues si él no la hubiera suscitado á la venganza, no hubiera servido de espectáculo en aquel malhadado baile, y aun se hallaria al lado de su marido.

—Pero, ¡qué hacer, Dios mio!

—Acogerse á una afeccion respetable, grave, protectora: pobre huérfana, sin padres, sin hermanos, usted, Margarita, se halla en una peligrosa soledad: ¡aproxímese usted á su suegra: vaya á verla!

—¡Jamás! exclamó Margarita con espanto: es tan severa, tan triste, y además, ¡se halla tan enojada conmigo!...

—¿Y olvida usted que hubo un tiempo, no muy lejano, pues no ha pasado un año todavía, en que se interesaba por usted, en que le daba buenos y sanos consejos? ¡oh! ¡cuánto mas dichosa hubiera usted sido siguiéndolos!

Margarita calló: no se atrevia á oponer objecion alguna á lo que yo le estaba diciendo: conocia la verdad de mis palabras, porque aquella blanda naturaleza se doblegaba á todo con la mas rara facilidad, y así podia llegar al colmo de la perfeccion como al abismo de la infamia.

—Es preciso, continué, que usted vea á la madre de su esposo: yo pienso ir á verla antes de mi partida: ¿quiere usted que le anuncie su visita?

—Sea lo que usted quiera, respondió Margarita: yo debo darle gracias y someterme á cuanto disponga, pues usted es la única persona que se interesa por mí: en los demás, solo he hallado desden é indiferencia: y quién sabe si hasta esa misma vecina, de cuya desgracia hablaba á usted hace poco.....

—¡Qué! ¿sospecha usted de ella?

—En su casa es donde ví anoche al vizconde.

—¡Huya usted de esa casa! exclamé: y piense que la maldad toma muchas veces el manto de la miseria: no vea usted á nadie, no reciba usted á nadie mas que á su suegra y á mí, hasta la vuelta de su marido.

—¡Qué! ¿espera usted que vuelva? exclamó Margarita palpitante de alegría.

—Todo lo espero de la bondad de Dios: pero piense usted que es imposible que usted logre la dicha, si se aparta del sendero de la virtud: ya que él corre ciego por la pendiente del desórden, tenga usted razon y prudencia por los dos: ya sé que es una mision muy dolorosa; pero paciencia, querida Margarita: todos tenemos en el mundo nuestra cruz: la de usted es hoy bastante pesada: procure usted aligerarla para lo sucesivo, que es lo que le conviene.

—¡Ah! dijo Margarita: ¡yo quisiera confiar en las bellas palabras de usted, pero no puedo! ¡el desaliento me agobia! ¡la soledad material y moral en que vivo me devora! ¡Yo habia nacido con un carácter expansivo, tierno, y me mata el aislamiento! No, no es la carencia de los placeres y de las fiestas del mundo, lo que yo echo de menos: es la ausencia de todo amor, de todo sentimiento, de todo afecto, de toda simpatía al lado mio! ¡me asusta la disposicion de mi alma, porque comprendo que amaria á cualquier hombre que se me presentase, con tal de que me convenciese de su cariño! ¡voy ya acordándome con amargura de los ultrajes de mi marido, y me ocurre de nuevo la idea de vengarme de ellos!

—Y todo esto le sucede á usted desde que ha aparecido el vizconde, ¿no es cierto? le pregunté.

Margarita inclinó la cabeza sin contestar una palabra.

—Sí, proseguí yo: el soplo de la seduccion agita con facili-

dad mas grande las almas mas puras: usted vivia antes sola y triste, como ahora, y, sin embargo, rezaba por el culpable; sabia rezar, sabia perdonar, y buscó los inefables goces de la caridad: llegó ese hombre, y todo ha cambiado: su alma se ha cubierto con el negro crespon de la duda; su corazon tiene sed de emociones, ¡y el desaliento la estrecha ya entre sus brazos de acero! ¡pronto, pronto, Margarita! acójase usted al amparo severo de esa anciana, que ama lo que ama usted y que detesta lo que usted debe detestar: arrójese usted á sus brazos; arrójese usted á sus piés, si es preciso, para que deje su retiro y venga á vivir con usted.

Margarita hizo un ademan de espanto; pero pareció tranquilizarse al instante, y dijo:

—¡No querrá!

—Ruegue usted al cielo que consienta: para que Luciano crea en la virtud de usted, ¡es necesario que la vea al lado de su anciana y severa madre! ¡Ah, Margarita! el mas cruel de los males es la libertad absoluta y completa: la humanidad necesita siempre un yugo..... no huya usted el que Dios le impone: Margarita, yo parto dentro de muy breve tiempo, y tiemblo al pensar que la voy á dejar sin apoyo, sin escudo alguno..... prométame usted acompañarme mañana al convento de las Calatravas.

—Lo prometo, dijo Margarita: quiero complacer á usted en esto, ya que es tan buena para mí.

—Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana.

Margarita salió: yo quedé algo mas tranquila: esperaba en la influencia de mis consejos para salvar á mi pobre amiga de una perdicion segura: esperaba tambien en la señora de Hinestrosa, pues sabia que, á pesar de la aparente y ruda severidad de su carácter, ocultaba un rico tesoro de sensibilidad.

Me propuse avisar á Margarita que la esperaba por la tarde, y por la mañana fuí yo sola al convento.

Doña Inés me recibió en la modesta y aseada habitacion, que las señoras del piso segundo, segun se las llama, tienen allí: ya no era triste lo que la rodeaba: parecia como que aquella alma, en realidad tan hermosa, se habia despojado de sus debilidades, y que, purificada de los dolores de la tierra, solo aspiraba á las alegrias del cielo.

Un lindo papel de color de lila con ramaje verde cubria las paredes, y las decoraban además algunos cuadros, que representaban la vida de la Vírgen, encerrados en marcos ovalados.

La sillería, de damasco verde, era de buen gusto y de valor á la vez: sobre un velador, que se veia en el centro de la estancia, habia un jarro que contenia un hermoso ramo de flores: algunas macetas, colocadas entre las blancas cortinas del halcon, asomaban sus flores y su follaje, verde y lustroso como plumeros de esmeruldas: un pajarito dorado cantaba en una jaula; y todo este bello conjunto estaba alumbrado por los espléndidos rayos del sol, que lucia en el cielo con vivido resplandor.

Doña Inés, vestida de negro, se hallaba sentada al lado de su velador y leia: al ruido de mis pasos, dejó el libro, y volvió el rostro.

Era el mismo rostro venerable, tranquilo, y lleno de melancólica altivez: pero, como ya he dicho, la dulzura se habia hecho tambien un gran lugar en su expresion.

Se levantó y vino cortesmente á mi encuentro, tendiéndome la mano.

XI.

—¿No es verdad, señora, que no le extraña á usted mi visita? pregunté á doña Inés.

—No, me contestó esta: no, querida baronesa: sé la simpatía que me manifestó en otra ocasion y que nunca he olvidado: mas de una vez me he acusado de ingrata con usted, al pensar que no le habia avisado del sitio de mi retiro; pero, amiga mia, algo hay que disimular al dolor, y mas al dolor de una madre: ¡he sufrido tanto! ¡sufro tanto aun! Luciano...

—Está en Paris... lo sé, señora, le dije: lo sé todo.

—Lo sabe usted por Margarita... ¿y dónde está? ¿se halla buena? Tambien con ella he sido injusta y cruel: pero, ¡ay, amiga mia! ante el dolor de perder á mi hijo, me volví loca, y acusé á su esposa como la culpable de su huida! luego he creido que se habia dejado ir tambien al abismo... ya se hablaba mucho de ella cuando yo me encerré aquí, y se atribuia su enfermedad á su pena por la partida del vizconde... estas suposiciones tan injuriosas al nombre de mi marido, que es el de mi hijo, que es el que yo llevo, me trastornaron de cólera y de dolor... ¡me ví sola en medio del mundo! me dije que en él todo es farsa y mentira, y busqué á Dios!

Los ojos de doña Inés se hallaban llenos de lágrimas; su voz temblaba de emocion: guardó algunos instantes de silencio para adquirir alguna serenidad, y prosiguió:

—Pero Dios es el sabio doctor que cura todas las llagas del alma, y vertió un bálsamo sobre la mia: Dios es el consejero mas sábio, el divino maestro que solo habla de amor y de caridad, y me dijo que habia hecho muy mal abandonando á la infeliz jóven

que lleva el nombre de mi hijo, y que tal vez con mi auxilio hubiera evitado una caida que ya será irremediable: salí, me informé, ví á los antiguos amigos de mi casa... ¡nadie sabe de ella! ¿seré mas dichosa por usted? ¿sabe usted dónde se halla?

—Sí, señora, repuse: ha vivido, hasta que yo la hallé, en el mas absoluto retiro.

—Luego no siguió al vizconde.

—No, señora: ha permanecido cerca de un año sola y aislada.

—¿Sin ver á ese hombre?

—¡Sin ver á nadie.

—Y... ¿ha tenido noticias de Luciano?

—Ninguna.

—¡Ni yo tampoco! murmuró la pobre madre.

—Pero, dije yo, ahora ha vuelto el vizconde, y trae el deseo que se llevó de obtener su amor: ahora, señora, Margarita, cansada de un año de soledad y de tristeza, está próxima á sucumbir á la tentacion... no podrá resistir á las persecuciones de ese hombre, y yo vengo á suplicar á usted que no la abandone.

—¡Oh, no! exclamó la anciana: ¿dónde se halla? ¿dónde está?

—Ella vendrá pronto á ver á usted, y á rogarle que salga de aquí para ir á vivir en su compañía.

La señora de Hinestrosa quedó pensativa durante algunos instantes, y luego dijo:

—¡Salir yo de aquí! ¿á qué conduciria eso? ¿no es mucho mas acertado que ella se venga á mi lado?

—Señora, respondí, es una idea, que ni á ella ni á mí nos ha ocurrido: Margarita desea tener el apoyo de usted, porque hasta el débil mio le va á faltar.

—¡Qué! ¿se va usted?

—A Paris.

—¡A Paris! exclamó la pobre madre: ¡cuánto la envidio! ¡cuántas veces he deseado ir!... pero, ¡ay de mí! ¡un cruel temor me ha detenido!

—¿Qué temor?

—Quizá esté mi hijo tan pervertido por esa fatal mujer, que, al verme, me falte al respeto... ¡quizá se haya olvidado de su madre, y le sea enojoso el volverla á ver!

—Y quizá tambien la vista de su madre, su voz respetable, pudieran separarle del camino de su ruina... Señora, la bondad débil é ineficaz, ¿de qué sirve en casos tan desesperados? Perdóneme usted; pero pienso que, así usted como Margarita, deben, en vez de derramar lágrimas estériles, dar á Luciano buenos consejos... hacer algo, en fin, para recobrarle.

—¡Ah! ¡tiene usted razon! exclamó la anciana estrechando mis manos: no son lágrimas estériles y mudo dolor lo que el extravío de mi hijo necesita: pero este miserable orgullo mio me hahecho temer la humillacion, el ultraje... ¡Ah! ¡qué débil es la humana naturaleza, y qué culpable una madre cuando no tiene valor!

Doña Inés enjugó sus lágrimas, y me preguntó, despues de una pequeña pausa: ¿Dice usted que va á Paris?

—Sí, respondí: saldré de aquí con mi marido dentro de dos dias.

—¿Va usted á pasar allí mucho tiempo?

—Quince ó veinte dias solamente; pues luego iremos á Alemania.

—¿Querrá usted ser tan buena que en esos dias se informe del paradero de mi hijo y de su verdadera situacion?

—Prometo á usted que lo haré.

—¡Y bien! dijo la anciana, así que reciba su carta de usted y sepa á qué atenerme, marcharé á Paris, y llevaré conmigo á Margarita. A la madre, á la esposa corresponde arrancar á Luciano del imperio fatal de esa mujer : pero si Margarita quiere asociarse á la cura que medito, si quiere ayudarme en este bello propósito, ha de ser con una condicion.

—¿Cuál? pregunté llena de ansiedad, temiendo que renaciese el carácter duro de la señora de Hinestrosa, y que aquella condicion fuese imposible de cumplir.

—¿No va á venir con usted? me preguntó.

—Esta tarde misma.

—Esta tarde, pues, le haré conocer la condicion de que hablo á usted : que venga sin temor : ya que ha sido buena é irreprensible, aun puedo perdonar sus imprudencias... aun puedo ser su madre.

En el estado en que mi espíritu se encontraba, no pude añadir una palabra, y me despedí de doña Inés hasta dentro de algunas horas.

Así que llegué á mi casa, escribí á Margarita que á las cuatro iria á buscarla con mi coche, para ir despues las dos á las Calatravas.

XII.

Margarita me esperaba á la hora prefijada, vestida muy sencillamente : aun la encontré bella y graciosa, á pesar de los estragos que la enfermedad, que habia sufrido, y el dolor habian hecho en ella : sus cabellos castaños guarnecian su frente y sus mejillas en graciosos rizos : su palidez hacia resaltar lo rasgado y brillante de sus hermosos ojos.

Se puso un velo y subimos al carruaje.

—¡Dios mio! exclamó: ¿cómo me recibirá la madre de Luciano? ¿qué rumores habrán llegado hasta ella?

—Todos han quedado ya desmentidos, le respondí, y está dispuesta á recibir á usted como una madre recibe á su hija desgraciada.

—¿Cómo sabe usted?...

—La ví esta mañana.

—¡Oh, amiga mia! exclamó Margarita abrazándome: ¿cómo podré pagar á usted todo lo que hace en mi favor?

—Tiene usted un modo muy sencillo de recompensarme, le respondí.

—¿Cuál es?

—Someterse á lo que su madre le ordene: su madre, ¿lo oye usted? como á tal debe usted mirar á doña Inés: como á tal debe disimularle los defectos de su carácter, muy disminuidos ya por el dolor: amiga mia, la vida es una cadena de mutuas concesiones, y el que no perdona, no puede esperar á su vez el perdon.

La jóven guardó silencio: algunos instantes despues, el coche se detuvo á la puerta de las Calatravas: llegamos á la habitacion de doña Inés, y mi jóven amiga se halló entre sus brazos.

Ambas lloraban copiosamente.

Pasada la primera emocion, la señora de Hinestrosa tomó de la mano á mi amiga, y la condujo á un sofá, sentándose á su lado.

—Óyeme, Margarita, le dijo, y vé si puedes conformarte con mis deseos, que, te lo aseguro, no variarán, porque son el fruto de maduras reflexiones: nuestra amiga se va á Paris, donde permanecerá algunos dias: le he rogado que tenga la bondad de

informarse de la vida de Luciano y de su posicion actual, así como de lo que piensa hacer, si esto es posible: nos lo escribirá con toda franqueza; y despues de saberlo, marcharemos allá, formando antes un plan.

—¡Ah! exclamó Margarita: ¿será posible? ¿iremos á Paris? ¿veré á Luciano?

—Sí, querida mia, contestó doña Inés; pero con una condicion; óyela: has de venir á habitar conmigo este retiro hasta que se decida nuestro viaje: yo no quiero dejarle: tú no puedes vivir sola en el mundo, sin caer en los lazos que no dejará de tenderte: si hasta ahora te has librado de ellos, ha sido porque has vivido en el mas profundo retiro: vuelve á retirarte, pues, hasta que veamos si puedes volver al mundo apoyada en el brazo de tu marido.

—¡Oh, señora! dijo la jóven: ¡no es un engaño! ¿me acompañará usted á Paris? ¿irémos á donde está Luciano? ¡aunque sea sin que él me descubra, sin que él me conozca, yo anhelo verle, como se anhela la suprema dicha! sí, consiento en encerrarme aquí por un tiempo ilimitado si es necesario, á condicion de ir á donde él se halla: pero, si luego pesara usted los inconvenientes de este viaje, tocara usted otros nuevos, y se arrepintiese de su promesa...

—¡Débil criatura! observó doña Inés con una mezcla de ternura y de lástima: ¿no te quedaba entonces el recurso de irte sola? Aunque tan jóven, ¿no eres una mujer casada, dueña por lo mismo de tu voluntad, y sin tener que dar cuenta de tus acciones á nadie mas que á tu marido?

—Está bien, repuso Margarita: déme usted dos dias para poner en órden algunos asuntos, y vendré á encerrarme con usted hasta que pueda ir en busca de mi dicha: de mi dicha, que, por

una locura inconcebible, he dejado perder, tal vez para no volverla á encontrar.

—Vamos, valor, dijo doña Inés: no hay que afligirse con presentimientos tristes: demasiado triste es la realidad: y aun está para consolarnos la religion: véte, Margarita, cierra tu casa y vuelve aquí.

La jóven salió, quedándome yo á solas con la madre de Luciano, que no habia perdido la calma de su actitud.

—Yo no sé lo que haré, me dijo, pero abrigo la esperanza de volver á Luciano al buen camino: viviremos allí en un alojamiento modesto, y si él no acude á mi llamamiento, yo iré á verle, no resistirá á las súplicas de su madre, á la que tanto amaba antes de conocer á esa fatal mujer: volverá á su casa, y moriré con el consuelo de dejar á todos unidos y felices.

Yo no participaba de las esperanzas de doña Inés: cierto instintivo terror me advertia de lo que era la condesa: sin haber conocido ni tratado á ninguna mujer parecida, mi imaginacion alcanzaba á medir la enormidad del egoismo de aquella naturaleza hostil á todo lo bueno, á todo lo grande, á todo lo que es generoso y tierno.

Temia que la pérdida del pobre Luciano se hallase del todo consumada, y que la consuncion del alma, inevitable con el contacto de seres depravados, le hubiera invadido ya.

Doña Inés parecia tambien absorta en profundas reflexiones.

—Yo no sé, dijo tras un largo silencio y hablando consigo misma, en qué piensa el marido de esa mujer: ¿vivirá con ella? ¿la habrá abandonado? ¿los habrá separado la ley?

—De todo eso informaré á usted así que llegue, repuse yo levantándome para retirarme: prometo á usted decirle toda la verdad.

—¡Ah, sí! la verdad, toda la verdad! repitió la anciana estrechando mi mano: no me oculte usted nada, para que pueda tomar mis medidas.

—Todo lo sabrá usted.

—¡Gracias, amiga mia! que Dios les dé un viaje feliz, y que le conserve la dicha al lado de su marido.

Ya iba yo á salir, cuando se acercó otra vez á mí, y tomando mi mano, me miró de nuevo fijamente.

—No sé qué triste presentimiento, dijo, me avisa que no volveré á ver á usted en el mundo: ¡ah!... si esto sucediese, no abandone á la pobre Margarita, y ayúdela con sus buenos consejos.

—Señora, no alimente usted semejantes temores, repuse yo: Dios le dejará vida para que vea dichosos á sus hijos.

Sacudió doña Inés la cabeza melancólicamente, y yo salí de su habitacion, con el corazon angustiado, pensando en lo que iba á saber en Paris, cuando preguntase por Luciano.

Dos dias despues, y á las ocho de la noche, salí con mi marido para Francia: Margarita me despidió al subir al carruaje.

—Ahora mismo, dijo, voy á las Calatravas, de donde ya no saldré mas que para tomar el mismo camino que usted va á emprender: adios, amiga mia, y el cielo la acompañe y la guie!

Abracé á Margarita, y el carruaje partió.

Durante algun tiempo, ví, á la luz de los reverberos, cómo agitaba su pañuelo blanco, y luego todo se perdió con la distancia.

Calló la baronesa fatigada de la lectura, y su auditorio parecia escuchar aun su interesante relato.

—¡Ah! exclamó Carolina: ¡qué deseos tengo, abuelita, de saber lo que te dijeron en Paris, acerca de Luciano! ¡pobre Margarita!

—Yo fuí, observó el baron, el encargado de tomar los informes, y... ¡buenas cosas supe!

—¡Calla, papá! dijo su hijo: todo eso lo sabremos con la lectura.

—Ciertamente, repuso su esposa: nuestra madre debe haberlo consignado, y mañana lo sabreis.

—¡Pues qué! exclamó Magdalena: ¿ya no se lee mas hoy?

—¿No has reparado, dijo la señora de Clavieres, que tu abuelita está ronca y fatigada de leer? Hija mia, esas observaciones no deja de hacerlas nunca quien ama.

Magdalena inclinó la cabeza llena de rubor por la reprimenda maternal, y continuó su labor.

—Mañana, prosiguió la señora de Clavieres, continuará leyendo nuestra buena mamá, á no ser que desee descansar, en cuyo caso leeré yo.

Eran ya las once: las dos jóvenes sirvieron el té, y se empezó á disertar acerca de la suerte de Margarita y de las desgracias que causa á veces un carácter impremeditado é irreflexivo.

—Por cierto, observó Magdalena que la pobre Margarita no era mala: y yo hallo muy en el órden que se pusiera furiosa, al ver que su marido le hacia traicion.

—Hija mia, repuso la anciana baronesa: si todos los que estamos aquí fuésemos personas de nuestro sexo, yo te contestaría; pero no me atrevo á hacerlo ahora que están estos señores delante.

—Aprovechemos la ocasion de estar estorbando para ir á fumar un cigarro á mi cuarto, amigos mios, dijo el abuelo, y dejemos á estas señoras que nos critiquen á su sabor.

—Si fuera para criticaros lo que voy á decir, poco me importaria decirlo delante de vosotros, repuso la baronesa: pero es para defenderos, y no quiero que os envanezcais: idos á fumar, y dejadnos solas.

El baron salió llevándose consigo á su hijo, á los futuros maridos de sus nietas, y á los jóvenes esposos de Luisa y de Mariana.

—Y bien, hija mia, dijo la abuela dirigiéndose á Magdalena, la mayor de sus nietas: ahora que podemos hablar con entera libertad, te diré que haces bien en compadecer á Margarita, pero que no debes darle toda la razon.

—¿Acaso la tiene su marido? preguntó la jóven.

—No digo tal cosa: él fué el primero que faltó á la fé conyugal, dejándose prender en las redes de la condesa, que, á no dudar, era una de esas mujeres que escogen sus víctimas con ojo certero y con segura mano; pero eso no escusa la ridícula forma que tomó la desesperacion de su mujer, quien seguramente le hubiera traido al buen camino por medios suaves y decorosos: hija mia, acuérdate siempre de esta máxima compuesta por tu anciana abuela, y que hoy te encarga grabes en tu memoria: la mujer debe hacer que no ve en ciertas materias, tanto, á lo menos, como se lo permitan su dignidad y su decoro; pero á la vez tampoco debe descuidar un instante el recobrar su felicidad, tesoro que, una vez perdido, nadie puede devolverle: no es por medio de la fuerza, ni de la cólera, ni de injurias, como se traen los hombres al camino recto y sano : no es así como se les hace agradable la casa y la sociedad de su esposa: es por medio de la dulzura, de la persuasion, y á veces hasta del engaño, si este se emplea con talento: ya verás como estos medios probaron mejor á Margarita que sus arrebatos anteriores.

—¡Cuánto deseo que la historia prosiga! exclamó la linda y modesta Mariana.

—Mañana, pues, satisfaré vuestro deseo.

—A mí, dijo Carolina, esta noche me ha parecido un soplo, y la he pasado mas agradablemente que en un baile.

—Observa además, añadió su madre, cómo ha crecido ese lindo encaje al crochet que estás haciendo: mira tambien como ha adelantado tu hermana en su bordado, y Luisa y Mariana en los suyos: ¿comprendeis ahora la ventaja y el encanto de las veladas de la familia?

—¡Oh sí, sí, mamá mia! exclamó Magdalena abrazando á la señora de Clavieres: ¡nada hay tan hermoso como estas dulces veladas del hogar doméstico, en que se reune toda la familia en torno de una mesa de labor! ¡de estas gratas horas, huye la ruin murmuracion, la acerba envidia, los malos pensamientos! ¡aquí se disfruta de un agradable solaz y de la compañía de las personas que nos son mas amadas! ¡hasta mi abuelo y mi padre han estado pendientes de los labios de nuestra abuela! ¡hé aquí vuestros esposos, amigas mias, que tambien hallan recreo en los ejemplos que nos presentan! ¡Oh! ¡qué bello invierno vamos á pasar!

—Separémonos ya, dijo la abuela levantándose: el reposo es tambien necesario: ya vuelve tu abuelo seguido de su tropa..... hasta mañana, hijas mias, hasta mañana.

—Baronesa, dijo una de las jóvenes amigas, ¿leerá usted hasta que se acabe la historia de Margarita?

—Sí por cierto.

—¡Hasta mañana!

—Hasta mañana á las ocho.

Salieron las dos jóvenes con sus esposos: el señor y la señora

de Clavieres besaron la mano del baron y de la baronesa, dando así á sus hijos el santo ejemplo del respeto filial ; las jóvenes hicieron lo mismo; los dos futuros se despidieron hasta el siguiente dia, y poco despues el mas apacible silencio reinaba en la casa de Clavieres.

XIII.

A la noche siguiente, antes de la hora marcada, se hallaba ya la tertulia reunida : cada una de las jóvenes tomó su labor ; todos fijaron sus ojos en el venerable y apacible semblante de la baronesa, la que, tomando el manuscrito, dió principio á su lectura de esta suerte :

—No bien llegamos á Paris, y nos hubimos instalado, encargué á mi marido que se informase de todo lo que concernia á Luciano Hinestrosa : y , por mi parte , me informé tambien acerca de la condesa, de las señoras amigas que vivian allí y que vinieron á visitarme.

—¿ La condesa Blanca de Louviers ? exclamó la primera á quien dirigí esta pregunta, bastante admirada.

—La misma, respondí.

—¿La ha conocido usted en Madrid?

—Sí, en casa de una amiga mia.

—¡Pues qué! volvió á exclamar : ¿ la condesa tenia amigas que usted conocia?

—¡ Sin duda ! ¡ amiga mia es tambien la señora de Hinestrosa!

—¡De Hinestrosa! así se llamaba un jóven con quien ella tuvo relaciones.

—¡Qué! ¿no las tiene ya? pregunté con alegría.

—Ya no ; á lo menos, ella se ha fastidiado de él, y ahora, ó mejor dicho, hace ocho meses que da oidos á un príncipe ruso, al que arruinará como á Hinestrosa.

—¿Pero recibe á este?

—Sin duda , esa mujer no riñe con nadie , y el que ha sido su amante, queda siendo su amigo : vive con esplendidez, á lo que he oido contar.

—¿En qué calle?

—Rue Rivoli, 98 : sus cenas tienen una gran celebridad ; y aunque ninguna señora que aprecie su decoro va á verla, tiene muchas amigas de su misma clase, y, sobre todo, muchos amigos que la rodean como una brillante corte.

—¿Pero dice usted que sigue recibiendo á Hinestrosa?

—Mi hermano dice que sí, y añade que ese pobre jóven está cada dia mas loco por ella : pero, como ya está arruinado, ella se le burla y se hace la sorda á su amor.

—¿Dónde se halla el esposo de Blanca?

—Hace seis meses que partió para Suiza : está muy enfermo, porque, á los ocho dias de llegar á Paris, tuvo un desafío, y recibió una estocada en el pecho : el duelo fué con uno de los *amigos íntimos* de su mujer, al que sin duda Blanca habia despedido, por grosero, de su casa, y se dedicaba á infamarla públicamente en el café de Paris.

—¡Ella despedirle por grosero! ¡parece imposible! observó un caballero.

—Es indudable : hay pocas mujeres tan amantes de las buenas formas como la condesa de Louviers.

—¡Qué infame hipocresía! exclamé con enojo.

—Yo creo mas bien , amiga mia , que eso es un respeto muy laudable hácia la sociedad, repuso mi interlocutora ; respeto que

en Paris se observa aun en medio de la mayor depravacion.

—¿Y cómo no se fué ella con su marido?

—Lo ignoro: créese que ha tenido lugar entre ellos una amigable separacion; porque la manera extraordinaria con que ella llama la atencion en Paris daba lugar á un lance cada dia.

—¿Tan bella está?

—¡Mucho! pero aguarde usted: ¿no vamos esta noche á la Ópera?

—De eso hablamos ayer; pero, si usted tiene otra ocupacion.....

—No, no: iremos esta noche, y verá usted á la condesa, y tambien la admiracion de que es objeto: además, canta un gran artista.

—¡Ah! exclamé: ¡es posible que la sociedad admire lo que debia castigar! ¡es posible que la dicha sea para esas mujeres!

—¡La dicha? repitió mi amiga: ¿y la conciencia? ¿cree usted acaso que pueden hacerla callar? ¿cree usted que tendrán sueño apacible y noches tranquilas? ¿cree usted que, en el fondo de su alma, no hay de continuo una voz amenazadora que las ensordece, que las abruma?

La que me hablaba así era una mujer que ya llegaba á los límites de la edad madura, y que habia conservado, en medio de los placeres con que le brindaba la sociedad, la mas pura virtud.

Resplandecia la tranquilidad en su mirada, y en sus facciones esa eterna juventud, hija de un alma serena y de una conciencia pura.

Toda la buena sociedad de Paris respetaba el nombre de la marquesa de P..... y rendia homenaje á su talento y á sus virtudes, no menos que á las gracias de su ingenio.

—Si la condesa nos refiriese algun dia su historia, prosiguió, veria usted, querida baronesa, cuántos motivos teníamos para compadecerla: nosotras tenemos á la edad madura y á la vejez el amor y el respeto de nuestros esposos: el suyo la ha abandonado despues de convencido de que está moralmente perdida y para siempre extraviada: ¡cuánto habrá sufrido ese hombre, si es que la amaba! ¡qué de escenas violentas habrá habido entre los dos! ¡cuántas lágrimas de vergüenza habrá ella vertido, y cuántas habrá vertido él! y cuando llegue la vejez, mas cercana en la condesa de lo que algunos creen, ¿qué será de ella? ¿qué la espera? ¡el oprobio, el abandono, la muerte, y el olvido despues!

Pero dejemos estas tristes reflexiones, prosiguió la marquesa: esta noche la verá usted, y quizá tambien á Hinestrosa, quien, dicen, la sigue como su sombra.

Despues de esta conversacion, ya no pude pensar en la condesa sino con verdadera piedad: era yo muy jóven todavía, y sabia poco ó nada de ciertas miserias morales; pero mi instinto, y, sobre todo, las palabras de la marquesa me decian demasiado claro lo que habia de triste en su suerte.

Yo adivinaba, detrás de aquel brillante destino, una historia llena de dolor y de lágrimas.

¡Cosa extraña! lo que mas me aterraba eran estas palabras de la marquesa:

—¡Va á dejar de ser jóven!

Es decir, va á entrar en la época de la pobreza, de la tristeza, de la soledad, de la desesperacion!

Poco despues de haber yo vuelto á mi casa, terminada mi visita á la marquesa, llegó tambien mi marido; sentóse á mi lado, y me dijo:

—He estado ocupado en complacerte.

—¿De veras? repuse sonriéndome, y pensando que habia ido á buscarme algun bronce ó porcelana, objetos artísticos que llamaban mi atencion.

—He ido al club, y he sabido todo lo que deseaba saber del pobre Luciano : así que le nombré, me han informado de su actual vida, que es, por cierto, bien miserable.

—¡Qué dices!

—Oye: llegó aquí con la condesa y su marido, desde Italia, á donde, segun te dijo Margarita, habian ido á reunirse con él: cuando llegaron aquí, el fausto de la condesa era mayor que nunca : él se hallaba casi arruinado.

Ocho meses pasaron en Italia y esto bastó, no solo para que consumiese sus haberes, sino tambien casi todo el dote de su mujer, empleado en rentas del Estado, que él hizo efectivo, y que sirvió para satisfacer ocho ó diez caprichos de esa fatal mujer.

Y sin embargo, dicen que jamás ha tomado dinero de Luciano: pero le admite, ya un carrruaje de una nueva moda ; ya un tronco para el mismo, que ha sido pagado á un precio exorbitante; ya un aderezo que le cuesta diez y ocho á veinte mil duros ; ya un piano de Erard con soberbios embutidos de concha y de nácar : y por todos estos dispendios, por todas estas locuras, él se cree compensado con una sonrisa ó con una mirada dulce.

Tales gastos agotaron muy pronto su capital, que no era inmenso ; y desde entonces, esa mujer, si bien por una refinada crueldad, no le ha cerrado aun las puertas de su casa, le trata con tal despego, que á no estar él dominado por la mas loca pasion, hubiera huido de ella, sin volverla á mirar.

Hoy está pobre, y se ha entregado á la vida mas vergonzosa

y mas desordenada: faltándole á veces dinero para la precisa decencia, no va á visitarla; pero va á todos los sitios donde la puede ver, ocultándose de sus miradas como el malhechor que acecha una presa que no puede alcanzar: para olvidar el tormento moral, á que sin duda se halla sujeto, se embriaga y se dedica á esa vida licenciosa y miserable, de la que tú no tienes idea alguna ni yo quiero dártela; basta que te diga que ahora consume todas sus ganancias en el juego, toda su atencion, y todos los restos de su galantería, la señorita Florina, una de las figurantas de la Ópera.

Yo crucé mis manos con espanto.

—Por lo demás, prosiguió mi marido, nada de trabajo, nada de nobles afecciones, nada razonable en la vida: ese desdichado ha caido en el mas profundo abismo, sin que haya una mano caritativa que le saque de él: y, sin embargo, tiene madre y esposa.

—¡Las dos van á venir! exclamé yo: las dos vendrán para tratar de curarle.

—¿Quién te lo ha dicho? preguntó admirado mi marido.

—Me lo ha dicho la misma madre de Luciano, y solo esperan que yo les avise de su situacion para ponerse en camino.

—Escríbeles, pues, toda la verdad, dijo mi esposo, y ojalá que no lleguen demasiado tarde!

—¡Ah! ¡pobres mujeres! exclamé yo: ¡qué dolor va á ser el suyo, al saber la verdad!

—¡Y luego, están pobres! solo deben contar con la corta pension que se reservó la madre de Luciano: provee tú á sus necesidades, y pídeme lo que te haga falta.

Yo abracé á mi marido, y entrando en un gabinete, escribí á doña Inés la relacion detallada del estado de su hijo, suavizán-

dola lo que me fué posible, sin faltar á la verdad : acababa mi carta instando á que viniese lo antes posible, y despues escribí á Margarita en el mismo sentido, repitiendo mis recomendaciones para que cuanto antes se pusieran en camino.

Mas tranquila ya, me preparé para ir al teatro con mi amiga.

XIV.

La marquesa y su marido vinieron á buscarnos con su carruaje para conducirnos al teatro en su compañía.

La sala se hallaba brillantemente iluminada, y llena en gran parte de concurrencia ; pero, como aun no habia dado principio la representacion, las damas mas elegantes no se hallaban en sus palcos, que permanecian vacíos y cerrados.

—Aun no ha venido la condesa, dijo mi amiga : nunca llega hasta el acto segundo.

Empezó la representacion, y yo pregunté á la marquesa cuál era el palco de Blanca.

—Es el primero á la derecha del proscenio, me respondió : aquel cerrado por cortinas dc terciopelo azul : por dentro, es decir, el antepalco es un delicioso *boudoir* : se arregló al gusto de Luciano, y fué una sorpresa que dió á la condesa, cuando aun era rico: pero es menester añadir que ya le quedaba poco de su riqueza, y que este fué uno de los últimos gastos que hizo. Blanca tiene ahí en pequeño todo lo que su carácter exigente pueda necesitar: tiene un tocador; un velador para los periódicos, que puede servir tambien para una colacion ; un calorífero , algunos sillones , libros y albums : además tiene muchísimas flores, ya en jarrones sobre la mesa—y estas se cambian cada

dia—ya en macetas de porcelana, cuidadas con sumo esmero.

—¿Y no agradece esa mujer tantas atenciones á Luciano?

—Absolutamente nada: hasta ahora ha disfrutado de todos sus regalos, y, á la par, parecia aburrida de ellos: en el dia parece completamente hastiada de él, y no se toma la pena de disimularlo: admire usted, amiga mia, la locura, la ceguedad de los hombres: una esposa, la esposa de Luciano, seria muy feliz y le estaria profundamente reconocida, si hiciera por ella una pequeña parte de lo que hace por esa mujer; y, sin embargo, ahí está esclavo de una pasion ridícula, que no es ni conocida ni estimada, y que sirve, por el contrario, de burla y de desprecio.

Acabó el acto primero y cayó el telon.

—Ya no tardará en llegar la condesa, dijo mi amiga; es su hora, y vea usted como lo conoce la parte masculina del auditorio que empieza á mirar á su palco.

En efecto, los hombres miraban de vez en cuando al palco de la condesa.

Este se abrió con estruendo algunos minutos despues, y apareció Blanca con un hombre de grandes patillas rubias, que, por su aire impasible, conocíase que pertenecia á las razas del Norte.

—Ese es, dijo el marqués, el gran señor ruso, á quien la condesa arruina en la actualidad.

Miré á la condesa, que me pareció vestida con una elegancia suprema; pero mucho menos bella que cuando la habia visto el año anterior.

Era tanto el colorete que llevaba, que parecia tener una máscara sobre su cara: hasta en sus ojos llevaba una raya negra, que les hacia parecer mayores.

Sus labios ostentaban un carmin demasiado subido para ser natural; sus cabellos negros, levantados sobre su frente, formaban gruesos bucles, y estaban ligeramente empolvados, sin duda para disimular las muchas hebras de plata que ya aparecian entre ellos.

Habia ya tomado su talle una ligera gordura; sin embargo, como era alta, aun parecia admirablemente formada.

Por lo demás, la expresion de sus facciones era, como siempre, ya cándida y risueña, ya profundamente imperiosa y dominante, ya sentimental y lánguida, ya atrevida y cínica; porque el mayor encanto de aquellas facciones consistia en que sabian expresar, con la misma energía, los mas encontrados afectos.

Iba vestida con su esplendidez acostumbrada: llevaba un vestido de terciopelo azul, y un collar de brillantes de una deslumbradora riqueza.

Sentóse de espaldas á la escena, apoyó la mano en la mejilla, y pareció sumergida en el mas profundo aburrimiento.

En vano el pobre ruso empleaba todos los medios imaginables para distraerla: ella, ó no le escuchaba, ó le respondia con marcado desden.

De repente, sonó en la escena una nueva voz; y como sacudida por una conmocion galvánica, Blanca se volvió hácia el cantante.

Era el barítono, que no habia salido hasta entonces.

Miré al derredor del palco, con el objeto de ver si descubria á Luciano, mas por el pronto fueron inútiles mis pesquisas.

A nadie ví que se le pareciese.

Sin embargo, en una galería que daba frente al escenario, ví asomar de repente una figura fatídica.

Era un hombre vestido de negro, con la barba y el bigote crecidos, flaco y lívido mas bien que pálido.

Su traje estaba deteriorado y roto: sus mejillas presentaban dos hoyos producidos por una extrema flacura: sus ojos, que eran muy grandes y que debian haber sido muy hermosos, estaban rodeados de círculos cárdenos: miró ávidamente á la condesa, y luego miró al hombre que cantaba, y le enseñó el puño apretado con un movimiento de furor reprimido.

Mas que por la vista—pues estaba terriblemente desfigurado—reconocí por el instinto al esposo de Margarita.

¡Pero en qué estado!

Ya no habia en él rastro alguno de belleza, ni casi de juventud, y eso que no llegaba á los treinta años.

Su aspecto daba á entender que habia sufrido ya los rigores del hambre.

Entretanto, Blanca, olvidada del mundo entero, miraba al cantante con apasionada admiracion: este observó la atencion que se le dedicaba, atencion á la que debia estar muy acostumbrado, y que debia serle muy poco grata, porque desvió la vista con hastío, y la dirigió hácia la galería de la izquierda.

Sumamente interesada yo con lo que estaba viendo, seguí la direccion de aquella mirada, y distinguí entre los espectadores la rubia cabecita de una jóven de poca edad y de una belleza encantadora.

La jóven, por su parte, le miraba tambien atentamente, y en pocos instantes la ví palidecer, y ponerse sonrosada: tal era la emocion que le causaba el canto de aquel hombre, que era, en verdad, un gran artista.

A pesar de ser muy apasionada por la música, apenas concedí desde entonces atencion ninguna á la ópera: el drama que tenia ante los ojos me interesaba mucho mas: en aquel drama viviente,

verdadero, el amor y los celos desempeñaban un papel tan importante, que, al verlo, en nada mas podia pensar.

La condesa descubrió á la jóven á quien miraba el barítono, y la contempló á su vez con una reconcentrada expresion de odio y de furor, mas terrible que la que resplandecia en el rostro de Luciano, al ver la atencion que ella dedicaba al cantante.

Hubo un momento en que la condesa miró hácia el sitio donde yo estaba, é hizo un movimiento de sorpresa.

Acabada la representacion, ví levantarse á la condesa, y salir apoyada en el brazo del ruso, que le echó sobre los hombros una magnífica capa de armiños.

Nosotros salimos tambien, y nos encontramos en la escalera.

Un murmullo de admiracion acogia, al pasar, á aquella bella mujer, alta y blanca, coronada de brillantes, y arrastrando un regio traje de terciopelo.

Ella se detuvo en el peristilo, y aunque un lacayo, con su sombrero galoneado en la mano, se adelantó á decir que ya estaba allí el carruaje, permaneció de pié é impasible como si esperase alguna cosa.

Nosotros, esperando nuestro coche, estábamos igualmente detenidos, y me fué fácil ver lo mismo sin duda que ella esperaba con tanta ansia.

Ya habia salido casi toda la concurrencia, cuando vimos pasar por delante de la gran puerta á dos mujeres envueltas en sus capas, y que indudablemente habian salido por la del escenario: una de ellas volvió la cara para ver la gente que aun estaba saliendo, y reconocí en ella á la jovencita rubia: la otra era una mujer, cuyo paso lento y corpulencia anunciaban una edad avanzada, y era su madre á no dudarlo: al lado de esta iba un hombre de gallarda presencia, en el que, á pesar del ancho redingote que le abrigaba, reconocí al cantante.

Hubiérame bastado para esto ver el estremecimiento convulsivo que recorrió el cuerpo de la condesa, al mirar á aquellas tres personas.

Cuando hubieron pasado, salió ella tambien con el ruso, y ambos subieron á un carruaje blasonado, único que quedaba ya en la calle.

Nosotros tomamos el nuestro que, algo retrasado, llegaba entonces: ya iba á echar á andar, cuando apoyado aun en el quicio de la puerta del teatro ví á un hombre, vestido de negro, pero sin abrigo alguno en aquella cruda noche, silencioso é inmóvil.

Era Luciano.

Vacío ya el teatro, el conserge iba á cerrar la puerta, y le interpeló bruscamente, ordenándole que se marchase de allí.

Él obedeció como un sonámbulo, y siguió lentamente á lo largo de la calle.

Nuestro coche partió, y un instante despues perdí de vista al esposo de Margarita.

XV.

Pasados algunos dias, recibí carta de Margarita.

Decia así:

«¡Cuántas gracias tengo que dar á usted, buena y querida amiga mia, por sus consejos y por el interés que mi suerte le inspira!

»Aquí, al lado de esta anciana, á la que ya me complazco en llamar mi madre, he esperado su carta con mucha ansiedad, es cierto, pero siendo mucho menos desgraciada que lo era cuando, sola, pasaba llorando mis dias y mis noches: aquí ha sido mi vida tranquila, aunque muy triste: he rezado con mi protectora, y

la oracion ha descendido como un bálsamo hasta mi corazon, y le ha fortificado para las pruebas que le esperan.

»¡Qué buena cosa es rezar, y cómo alivia los mas acerbos dolores la oracion! Yo me eduqué sin madre, sin ese sublime ser que es quien deposita las primeras semillas de la religion en el alma tierna de sus hijos: mi tutor se cuidó solo de que me enseñaran lo que se necesita para brillar, mas bien que las sencillas virtudes, que sirven de escudo en las tormentas de la vida: es verdad que me eduqué en un convento; pero las palabras y la enseñanza general resbalaban sobre mi alma como en una tersa superficie, y solo rogaba á Dios con rutinarias frases, sin que mi corazon se entreabriese al soplo divino del fervor religioso.

»La desgracia y el ejemplo de la excelente señora, á cuyo lado estoy, han transformado hoy mi carácter: mi corazon se ha ablandado y se eleva á Dios lleno de fe: le amo, y espero en él dias mejores.

»Mi madre ha formado un plan encantador; quiere, dice, dejarme á mí todo el mérito de hacer que vuelva el pobre extraviado al buen camino : ya hablaré á usted de esto á nuestra vista, pues si lo hiciera ahora, la extension de esta carta seria demasiada, y no tengo calma para escribir, porque me esperan los preparativos del viaje.

»Sí, querida baronesa : mañana por la noche, mi protectora y yo dejaremos este santo asilo y saldremos para Paris , del cual espero en Dios que volveré con Luciano, curado este de su fatal locura.

»Aquí, arrodillada en el coro de la Iglesia, y oyendo los cantos graves y sonoros de las religiosas, he rogado á Dios muchas veces que llegase pronto una carta de usted, y he rogado tambien al que todo lo puede que no contuviese nuevas demasiado tristes:

nada tienen de consoladoras las que usted me participa; pero Dios me ha dado fuerzas para soportarlas y esperanzas para el porvenir.

»Adios, mi querida amiga: hasta muy pronto la abraza y le da gracias, con toda la efusion de su alma, su muy reconocida

»*Margarita.*»

Esta ingenua y encantadora carta me causó una triste impresion: ¿qué podian esperar la pobre esposa, la infeliz y anciana madre, de la profunda degradacion moral en que Luciano habia caido? El juego, la embriaguez, los amores mas vulgares y mas groseros, habian debido apagar todo lo que hubiera de generoso y noble en el alma de aquel hombre.

¿No vivia acaso hacia cerca de un año en esa escuela fatal de la civilizacion moderna, que solo concede culto á los sentidos, y para la cual la virtud y el vicio son palabras vanas? el contacto moral de una mujer sin pudor, pero desgraciadamente dotada de gran talento, ¿no habria apagado en el alma de Hinestrosa la aficion á todo lo bueno y bello que habia en Margarita?

Solo confiaba algun tanto en la experiencia de la anciana, señora de elevado talento, y educada en la escuela del gran mundo; de ese mundo en el cual se respetan todas las tradiciones de antigua nobleza y de altiva virtud.

Ví á la condesa, en el intervalo que tardó en llegar Margarita, otras dos veces; una en el teatro Francés, y otra en el bosque de Bolonia.

En la representacion, estuvo completamente fastidiada y displicente: y en vano el ruso, y algunos otros caballeros que entraron, se esforzaban en distraerla.

En un palco por asientos, ví la sombría figura de Luciano que miraba atentamente á la condesa.

—Creo, dijo mi esposo al reconocer tambien á Hinestrosa, que ese hombre acabará por matarla, y no tardará mucho: hay en su mirada desesperacion y sangre.

Yo me estremecí violentamente, porque conocí que mi esposo tenia razon.

El dia que hallamos á Blanca en el bosque, iba esta sola en un soberbio carruaje, tirado por un tronco magnífico de caballos blancos como los del carro de Helena la troyana: llevaba un sombrerito de raso color de rosa, con un velo rosado tambien, caido delante de la cara, lo que daba á su belleza, bastante deteriorada ya á la luz del dia, un tinte fantástico y deslumbrador.

Los hombres la miraban con indiferencia: las mujeres con una suerte de compasion despreciativa.

Sentado en una de las sillas que se hallaban en los costados, ví á Luciano, que ofrecia una sombría y desesperada figura: él no veia nada, mas que el carruaje de la condesa: cuando pasaba, le clavaba una mirada devoradora: cuando habia pasado, le seguia con la vista, y luego se sumergia en sus negras cavilaciones, hasta que un estremecimiento de todos sus nervios le avisaba que iba á pasar de nuevo.

Una mañana ví entrar en mi cuarto á dos señoras vestidas de negro y con mucha modestia: la una corrió á arrojarse en mis brazos: era Margarita.

—¡Ya era tiempo de que llegaran ustedes! exclamé tendiendo á doña Inés mi mano, que ella estrechó, y teniendo asida con la otra la de Margarita: ¡el infeliz necesita una fuerza salvadora que le separe del abismo!

Margarita se puso pálida: la pobre madre se estremeció.

—¿Le tiene aun encadenado esa mujer? preguntó la esposa.

—No, respondí: ella le desprecia y él se halla devorado por

los celos y la desesperacion: tal vez la exaltacion feroz de sus pasiones le llevaria hasta el crímen. Pero, ¿á dónde van ustedes á vivir, amigas mias? ¿tienen ustedes medios? ¿están escasas de dinero? cuenten conmigo para todo.

—Gracias, querida baronesa, dijo la anciana: tengo aquí una amiga de la niñez, viuda, con una hija; viven ambas de una modesta renta: á su casa vamos á ir á vivir: yo tengo algunos ahorros, además de mi pension, y Margarita ha sacado tambien algun dinero de la venta de sus alhajas y de sus muebles: estos recursos reunidos nos ayudarán á vivir, hasta que se resuelva la crisis favorable que esperamos: mi hija, añadió señalando á Margarita, tiene tal valor y resignacion, que no sé cómo podré agradecérselo bastante: no solo no se acuerda de su dote perdido, dilapidado por ese infeliz demente, sino que se sujeta á la vida mas modesta con la mayor conformidad: Dios se lo premie, ¡y ojalá que pueda pagarle mi cariño tan gran desinterés!

—¿No ha sido, repuso Margarita, mi falta de reflexion y mi terquedad en no querer escuchar los consejos de entrambas, lo que nos ha traido á este caso? ¿de qué modo mas sencillo puedo expiar mi imprevision y mi locura? Pero, querida baronesa, fuerza es que le hablemos algo de nuestros proyectos: ha de saber usted que la casa de la amiga de mi madre es la misma que habita Luciano: lo hemos sabido, por una rara coincidencia, al llegar aquí ayer noche: se ha mudado á ella hace poco, y esta circunstancia nos hizo creer que mi marido ha llegado cási á la pobreza; creencia que vimos confirmada al oir decir á la amiga de mi madre que Luciano va muy mal vestido, y que parece sumido en la miseria.

Ocupa en esa casa un pequeño gabinete amueblado, al que solo va á dormir, y eso no todas las noches: parece abatido, y

casi feroz : ahora bien : ya que el dedo providente del Todopoderoso nos ha llevado bajo el mismo techo, yo subiré á su cuarto, cuando él no esté, é iré sembrando al rededor suyo los recuerdos de su infancia y de nuestro amor: mi buena madre viene provista de una caja preciosa, que encierra suaves y dulces memorias de la infancia y de la juventud de Luciano : allí se hallan el primer libro en que empezó á leer ; la primera plana con orla que escribió y dedicó á su madre ; su cajita de soldados de plomo ; el volante que en los ratos de ocio le divertia con uno de sus jóvenes amigos ; el crucifijo que tenia colgado á la cabecera de su lecho ; la palma bendita, que se hallaba sujeta, con lazos de cinta, de color de rosa á los pies del divino Señor : todos los objetos, en fin, que le pueden hablar de aquellos dias de inocencia y de felicidad, que tal contraste forman con las borrascas que ahora combaten su vida : ¿pero qué es eso, amiga mia? prosiguió Margarita : ¿llora usted?

—¡Sí! exclamé enjugando mis ojos, que estaban, en efecto, bañados de lágrimas : sí, buenas y excelentes amigas mias! mi corazon se enternece al ver los medios que habeis elegido ; y si el hijo, que estoy próxima á tener, se desviara algun dia del buen camino, os imitaria y no emplearia otros por mi parte: no son buenas las conversiones que provienen solo de la cabeza y de la reflexion, ni son tampoco las mas durables, no : las verdaderas y radicales son aquellas en que el corazon toma la mayor parte ; y para conseguir estas, la fuerza de la ley misma es ineficaz ; la reflexion es poco fuerte, y solo los recuerdos floridos y risueños de una edad inocente demuestran el vacío que dejan en la existencia del hombre los errores de la imaginacion y de los sentidos.

—¿Luego, señora, aprueba usted lo que hemos pensado, pre-

guntó la anciana, y cree usted que surtirá buen efecto? Yo lo creo tambien, porque se me figura conocer lo bastante el corazon de mi hijo, para poder confiar en su vuelta á la senda del bien : tenemos además en la casita que vamos á habitar mucho consuelo con la compañía de mi amiga y de su hija, que, dentro de poco, y á pesar de su pobreza, va á casarse con uno de los mas célebres artistas del mundo filarmónico.

Por una intuicion repentina, pensé en aquel instante en la jovencita rubia á quien miraba el barítono que cantaba en la Opera : iba á hacer alguna pregunta que me sacase de dudas, cuando Margarita se adelantó á mi pensamiento, y dijo :

—En efecto, se casa con ese barítono tan famoso que canta en la Opera.

—¿Y será eso pronto? pregunté yo.

—Será á fines del invierno, que es cuando él acaba su contrata.

—Esta noche, dijo Margarita, al volver Luciano á casa, hallará ya en su cuarto alguno de esos pobres objetos, que le recuerdan á su madre, á su buen padre que ya murió, y á mí, á quien tanto amaba! ¡Ah! ¡Dios bendiga nuestros esfuerzos, y nos ayude á traerle al buen camino!

Margarita alzó los ojos al cielo al decir estas palabras, y en su gracioso rostro, pálido por el dolor y los pesares, brilló un rayo de sublime esperanza.

—¡Sí! Dios ayudará á ustedes, y yo no dejaré de rogarle para que les dé la victoria, exclamé estrechando las manos de las dos mujeres.

XVI.

—En toda la parte de mi narracion que va á seguir, dijo la baronesa, poniendo sobre la mesa el manuscrito y dirigiéndose á su auditorio, dejaré hablar á la amiga de la señora de Hinestrosa, ó sea á la madre de la jóven prometida del cantante de la Ópera, quien, enterada de los menores detalles y habiendo apuntado los que le faltaban, despues de haberse informado de doña Inés y de Margarita, me envió sus notas, que yo he coordinado y copiado en mi manuscrito con escrupulosa fidelidad.

—¡Oh! exclamó la señora de Clavieres : ¡qué deseo tengo de ver el resultado de los esfuerzos de esas dos nobles mujeres!

—Yo creo, opinó Carolina, la menor de sus hijas, que la curacion de Luciano es imposible.

—¿Por qué razon? preguntó su prometido.

—¿Por qué? dijo Magdalena: porque era ya demasiado malo: pienso como mi hermana.

—En efecto, apoyó Luisa : Luciano era ya un hombre despreciable!

—¡No hay tal! repuso el esposo de la jóven : era un hombre extraviado y nada mas : su corazon podia conservarse bueno.

—Sin duda , observó el esposo de Mariana : nada tiene que ver la alucinacion de la cabeza con la sanidad del corazon.

—La narradora va á proseguir , dijo el abuelo señalando á su esposa, y ella os lo dirá.

—Ya he dicho, prosiguió la baronesa, que ahora habla una persona bien informada de los menores detalles y no yo, que solo he copiado aquí lo que ella me dijo, y lo que me refirieron la madre de Luciano, su esposa y el mismo Luciano, despues de su curacion radical.

—¡Ah! exclamaron las jóvenes, ¿conque se curó?

—La historia os lo dirá.

Y la abuela, abriendo de nuevo el cuaderno, prosiguió así:

«Serian como las once de la noche del dia mismo en que estuvieron en mi casa doña Inés y Margarita, cuando esta, que se hallaba desde hacia rato inquieta, se levantó, y se dirigió á una antigua cómoda colocada en un ángulo de la habitacion.

Era aquella estancia muy modesta, y su mueblaje antiguo ya, pero aseado y limpio.

Ardia en la chimenea un agradable fuego, y sobre su meseta se veia un reloj de bronce, bajo una campana de cristal, y á cada lado un pequeño candelabro que formaba juego con aquel.

Delante del reloj, y como hablando de juventud y de poesía, un jarro de cristal contenia un ramo de esas pálidas flores de invierno, tanto mas agradables á la vista, cuanto mas desprovista de galas se halla la naturaleza.

Era aquel ramo un presente á Margarita de Clarisa Vandhelvel, la hija de la señora de la casa, antigua y fiel amiga de la señora de Hinestrosa.

Un *bureau*, de forma antigua, una cómoda, una mesita para hacer labor y tomar el té, y una sillería modesta, y cuya tapicería era antiguo damasco de lana verde, aunque limpia y bien conservada, constituian el mueblaje de aquella estancia.

En un gabinete que se abria al lado derecho de la chimenea se veian dos pequeños lechos, cubiertos de cortinas blancas, y con cobertores blancos tambien, mullidos y bien dispuestos; un armario para vestidos, y un lavabo con servicio de loza blanca y sencilla.

Doña Inés, sentada en un sillon al lado de la chimenea, leia en un libro de oraciones, colocado sobre la mesita, y sobre el cual

caia la blanca y suave luz de una pequeña lámpara, que habia en el centro.

Vestia de negro con su hábito de Dolores, que hacia largo tiempo usaba, y que, segun decia, ya no pensaba cambiar en su vida por ningun otro vestido.

Margarita llevaba un modesto traje de lana oscura, un cuellecito blanco y un delantal de seda negro, anudado por detrás, y cuyos largos cabos flotaban sobre su falda.

Mas linda estaba así que adornada con sus costosos trajes de baile y cubierta de colorete y de joyas.

El desasosiego alteraba sus facciones, y las vestia de palidez: sus ojos pardos, dulces y tan cariñosos, se hallaban rodeados de grandes círculos oscuros.

Acercóse á la cómoda y abrió el cajon superior, pareciendo buscar algo en su fondo.

Doña Inés, cuya imaginacion no se hallaba muy distraida en su lectura, alzó la cabeza, y siguió á Margarita con una sonrisa llena de tristeza.

—¡Pobre hija mia, le dijo, todavía no es hora!

—¡Ya son las diez, mamá! respondió la jóven volviendo la cabeza: mire usted el reloj: van á dar.

—¿Y quién sabe á qué hora llegará él? ¡desde luego no será antes de que se acabe la funcion del teatro á que haya ido!

—¡Y en el que estará con ella! suspiró Margarita, por cuya mejilla se deslizaba una gruesa lágrima.

—¿Quién sabe? Tú ignoras lo que es una mujer depravada, hija mia: acaso ella le ha arrojado ya de su lado.

En aquel instante, se oyó la campanilla de la puerta de la escalera.

—¡Ya están aquí! exclamó Margarita: así llama Clarisa; ¡ya vuelven del teatro!

Y corrió á recibir á sus huéspedas, que un instante despues entraban en la habitacion.

Mad. Vandhelvel, originaria de una noble familia de Holanda y amiga de doña Inés desde el primer viaje que hizo esta á Paris, era una señora de aspecto noble, bondadoso y dulce.

Sus largos cabellos rubios se recogian bajo una cofia de encajes, que, á pesar de su hechura elegante, tenia, sin duda á causa de la manera con que iba prendida, una ligera forma alemana: un traje negro de rica tela de seda y un chal de cachemira de subido precio tambien, aunque usado, completaban su atavío, y le daban un aire noble y dulce, que inspiraba una simpatía á la que era imposible resistir: era de elevada estatura y bastante gruesa, aunque sus facciones ostentaban gran pureza y regularidad, y restos de una perfecta hermosura.

Clarisa Vandhelvel era una hada mas bien que una mujer, y Shakaspeare, al describir á *Miranda* ó á *Cordelia*, debió haberla adivinado.

Nada mas perfecto, mas suave, mas ideal, que aquella figura de diez y siete años, delicada y esbelta; que aquella cara, blanca como el nácar, débilmente rosada, rodeada de espléndidos bucles dorados, y alumbrada por dos ojos azules, llenos de vida, de sentimiento y de luz.

Clarisa vestia, sencilla y casi pobremente, un traje de tafetan color de lila, y un chal negro con flecos que cubria su esbelto talle.

—¿Se acabó la ópera? preguntó Margarita asiendo la mano de Mad. Vandhelvel.

—No, hija mia, repuso esta: pero ha terminado su parte Andrés, y nos hemos venido: él nos dejó en la puerta, y se marchó á su casa.

—¿Ha estado la condesa en la representacion? preguntó doña Inés.

—¡Sí! respondió Clarisa con un suspiro.

—Vamos, niña, vuelves á tus locos temores, ¡ya lo veo! exclamó madama Vandhelvel: has de saber, amiga mia, prosiguió volviéndose á doña Inés, que esa mujer se ha prendado de Andrés!

—¡Quién! ¿la condesa? exclamó Margarita.

—La condesa: y Clarisa debia compadecerla, porque ya sabe el hastío y el horror que esa aventurera inspira á Andrés.

—Y yo, repuso Clarisa, la compadezco profundamente, y temo á la vez que él se envanezca de esa atencion que le concede una mujer tan de moda en Paris.

—¡Mas de moda está él!

—Eso no impide, madre mia, que yo tema por el porvenir: él está de moda, en gran parte por la atencion que le conceden la condesa y otras grandes señoras.

—El está de moda, hija mia, por su talento: además, ¿Andrés no va á casarse contigo?

—Verdad es, dijo Clarisa, y algunas veces creo que soy una loca en inquietarme por las desgracias ajenas: ¡solo debia pensar en la de nuestra pobre Margarita! Ya lo oyes, añadió volviéndose á su amiga, que habia quedado atónita ante la revelacion que yo no habia aun juzgado tiempo de hacerle: ¡la condesa ya no se ocupa de tu esposo!

—¡Pero él sí se ocupa de ella! murmuró tristemente Margarita.

—Y quizá se ocupa mas desde que ella no le hace caso, observó doña Inés: conozco las violentas pasiones de mi hijo, y sé que se irrita mucho con la contradiccion: sin embargo, algo es que no estribe ese odioso lazo en una pasion recíproca.

—Ya es hora de que subamos, hija mia, dijo Mad. Vandhelvel á Margarita: la representacion debe haberse terminado ya, y tu marido no tardará en llegar.

Margarita se levantó, fué á la cómoda, y tomó del cajon, que antes habia abierto, una caja de carton, forrada de seda azul, que colocó en la mesita donde estaba la lámpara: la abrió, y aparecieron en su fondo una multitud de objetos, sin precio para cualquiera indiferente, pero de incalculable valor para la madre y para la esposa: era un santuario de recuerdos y de tiernas memorias.

—¡Oh, madre mia! exclamó Margarita con los ojos bañados en lágrimas: ¿vencerémos el huracan de las pasiones mas furiosas con estas frágiles armas?

—¡Sí! respondió con un acento lleno de conviccion la madre de Clarisa: Dios estará en esta empresa por vosotras y con vosotras: ¡vencereis!

—¿Llevaré hoy este libro donde aprendió á leer? preguntó la jóven esposa: ¿empezarémos por dejarle á la vista algunos de sus juguetes de niño?

—No, dijo la madre: llévate, como primer llamamiento, ese ramo de violetas.

Y la anciana señaló á un ramito marchito y casi seco, atado con una cinta rosa, á la cual habia prendido con un alfiler un papelito que tenia escritas estas palabras:

Las primeras violetas.—Febrero 19, á las dos de la tarde.

—Madre mia, repuso Margarita, temo que no sea un recuerdo el mas poderoso ahora para él, y que mas bien el de usted le hable al alma: será mejor que lleve otra cosa.

—¡Ay, hija mia! exclamó la anciana meciendo la cabeza con triste sonrisa: á vuestra edad, es el amor lo que compone el pa-

pel mas importante, y lo que conmueve mas el corazon: deja á la filial ternura el segundo sitio, y quiera Dios que aun este se le conceda.

¡Qué admirable abnegacion y qué generosidad de carácter en estas dos mujeres! ¿Cuántas, en su lugar, hubieran disputado por llevarse las primicias de la esperada conversion? cada una de ellas concedia, sin embargo, á su compañera el mérito mayor, y le cedia el primer sitio en aquella empresa, en la que se interesaba la felicidad de las dos!

Margarita tomó el ramo, abrazó á doña Inés, como para tomar valor, y salió con Mad. Vandhelvel, que iba á acompañarla.

Subieron al cuarto tercero, y llamaron á la puerta de la habitacion: una mujer anciana y vestida con decencia vino á abrir.

—¿Podemos entrar? preguntó la madre de Clarisa en voz baja.

—Sin duda, respondió la que habia abierto.

—¿No ha venido todavía?

—No señora: esta noche creo que hay cena en casa de Mlle. Florina, y es probable que venga al amanecer: entren ustedes en su cuarto.

—Ya sabe usted nuestro plan, señora, dijo Margarita; solo queremos dejar en su habitacion un objeto cada tres ó cuatro dias, que le recuerde á su familia, que llora y sufre por su ausencia.

—¡Pobre jóven! exclamó Mad. Gombert, que así se llamaba la huéspeda: no crean ustedes que es malo, nada de eso: está dominado por una idea fija, y nada mas: anoche me dijo, asiendome las manos:—Mi buena amiga, no quiero engañar á usted: yo he venido aquí para espiar á una jóven que vive en esta casa.

—No hay aquí mas jóven que Mlle. Clarisa, repuse yo: ¿la conoce usted?

—No, pero lo deseo mucho: ¿es cierto que la ama un cantante de la Ópera?

—Sí, señor, Mr. Andrés, un jóven muy interesante, y además artista de gran mérito.

—¿Y se van á casar?

—Al fin de la temporada.

—¿Y él la ama?

—Con locura: y eso que, con su hermosa voz, no le faltan billetitos amorosos llenos de citas, y escritos todos por grandes señoras.

—¿Dice él eso?

—¡Él! ¡él alabarse de tales cosas! es incapaz de hacerlo: lo sabemos por su hermana.

—¿Vive con una hermana?

—Con una hermana jóven y bella, que está pidiendo á Dios que se case con la señorita Clarisa para tener alguna compañía: ¡oh! ¡será una familia completamente feliz!

Cuando yo dije todo esto á Mr. Luciano, la alegría iluminaba su semblante: parecia que se alegraba de que Mr. Andrés se hallase enamorado.

—¡Vamos, por Dios, señora! exclamó Margarita con voz suplicante, y atajando aquí la charla de la huéspeda: puede llegar de un instante á otro, y...

—¡Venir! exclamó Mad. Gombert: ¡sí, sí! ¡ya hay para rato! ¡si tiene cena en casa de Florina!... ¿sabe usted quién es Florina? una figuranta de la Opera... ¡la muchacha mas loca y mas linda de todo Paris! pero vamos allá, ¡que las veo á ustedes muy impacientes... por aquí... por aquí.

Mad. Vandhelvel y Margarita siguieron á la huéspeda, que hasta entonces las habia tenido en pié en la pequeña antesala:

Mad. Gombert abrió una puerta, que conducia á una pequeña estancia.

—Este es el cuarto de Mr. Luciano, dijo: pueden ustedes entrar: no está muy arreglado, porque como él se detiene poco en casa, el cuidado se reserva para los de las habitaciones principales, que además comen y duermen aquí: las dejo á ustedes, porque hace muchos años que conozco á Mad. Vandhelvel, y me voy á mis quehaceres.

Margarita y la madre de Clarisa quedaron solas en el cuarto que ocupaba Luciano.

XVII.

La jóven esposa tendió por aquel aposento estrecho, sombrío y triste, una mirada casi de espanto.

La ventana no daba á la calle, sino á un patio interior muy oscuro y muy húmedo, y que se hallaba privado casi del todo de aire y de sol.

El mas completo abandono y la mayor miseria reinaban allí: la cama estaba aun sin mullir, y tal como Luciano la habia dejado al levantarse: sobre el tablero de la cómoda, cubierto con una espesa y blanca capa de polvo, habia, revueltos y mezclados, pañuelos limpios y planchados, otros usados, botes de pomada vacíos, cepillos y cigarros de mala calidad y bajo precio.

Las pocas y viejas sillas que amueblaban la estancia se hallaban todas ocupadas: en la una se veia una levita; mas allá un frac al que faltaban algunos botones; en otra un par de botas, llevadas algunas veces; sobre un sillon, la bata y gorro de levantarse, restos de la pasada opulencia de Luciano, y ya ambas cosas deslucidas y rotas.

PUBLIC LIBRARY

MARGARITA SACÓ DE SU PECHO EL RAMITO DE VIOLETAS.

—¡Dios mio! ¡y puede vivir así! exclamó Margarita cruzando las manos con dolorosa admiracion y recorriendo la estancia con una mirada de profundo y triste asombro: ¡él, tan delicado, tan pulcro, tan cuidadoso del decoro y de las buenas formas! ¡ah! ¡jamás lo hubiera creido!

—A las sombras de la conciencia sigue siempre el abandono de la persona, hija mia, repuso Mad. Vandhelvel: creo que, si tarda usted un poco mas á venir, esta horrible dolencia moral hubiera terminado en el suicidio.

Margarita no respondió: se hallaba deshaciendo el lecho, que arregló y dejó mullido y agradable á la vista: luego, y con la ayuda de la madre de Clarisa, puso en órden la cómoda y colgó en la percha de la alcoba las prendas de ropa que se hallaban diseminadas.

La estancia quedó trasformada en pocos instantes y parecia como alegrada por la luz benéfica de la limpieza: cuando terminaron su obra las dos señoras, daba la una en el reloj colocado sobre la chimenea.

Margarita sacó de su pecho el ramito de violetas, y le colocó sobre la almohada, despues de dejar en él un beso, y de elevar al cielo una fervorosa oracion.

Tomando despues la bujía que ardia sobre la chimenea, salió seguida de su anciana amiga.

Mad. Gombert oyó cerrar la puerta del cuarto y salió en busca de la bujía.

—¿Ya queda ahí eso? preguntó.

—Sí, amiga mia; ahí queda: respondió Mad. Vandhelvel: ahora solo rogamos á usted una cosa para que el favor sea completo: observe usted, cuando entre en su cuarto el señor Hinestrosa, el efecto que le hace lo que hallará sobre la almohada de

su lecho, y que no es otra cosa que un ramito de violetas seco ya, y con una fecha : observe usted todos sus movimientos y nos los dirá despues.

—Bien está, repuso Mad. Gombert : todo lo referiré á usted.

Las dos mujeres saludaron á la huéspeda y salieron.

¡Cuánto hubiera dado Margarita por poderse quedar oculta tras de las cortinas de la ventana y observar el efecto que la vista de las flores producia en su marido!

Tan vehemente fué este pensamiento, que ya habia empezado á bajar la escalera, y retrocedió para hablar de nuevo á madama Gombert.

—Señora, dijo, soy la esposa de Mr. Luciano : ignoro si lo sabe ya por nuestra amiga ; pero nada me importa decírselo: señora, he colocado ahí ese pobre ramito para ver de qué modo le recibe..... para ver si aun viven en su alma los recuerdos de la esposa infeliz que dejó para venirse aquí..... Y bien, ¿no podria yo , oculta en alguna parte , observar el efecto que le produce la vista de esas flores?

—¡Oculta! ¿y dónde? preguntó Mad. Gombert : ¡no hay ninguna habitacion dentro de esta!

—Oculta en la misma estancia..... por ejemplo, entre las cortinas de la ventana..... ¡así que él se duerma, saldré yo sin hacer ruido !

—No hallo dificultad en eso, dijo Mad. Gombert : tanto mas, cuanto que la noche que viene tan tarde ya no se acuesta, y se duerme sentado en un sillon : ¡ ah ! ¡es necesario paciencia para un huésped semejante, al que hay que estar esperando horas y horas !

—Señora, dijo Margarita con una dulzura penetrante , si él vuelve al buen camino , ni él ni yo olvidaremos que debemos á

su complacencia nuestra felicidad : si la desgracia sigue persiguiéndome, yo no lo olvidaré tampoco, y de todas maneras será usted recompensada.

—¡Bien, bien! no hablemos ahora de eso : me da pena él, que vive malamente, y mas usted, que me parece una jóven digna y honrada, cuyo caudal tal vez habrá derrochado, y á la que deja por otras que valen mucho menos : ¡ pero calle usted ! llaman á la puerta..... ¡él es! viene mas pronto de lo que yo pensaba..... hace tres dias que llegaba á casa al amanecer..... ¡ pronto , señora, usted abajo! añadió dirigiéndose á Mad. Vandhelvel; y usted, señora, á ocultarse en tanto que yo abro.

La madre de Clarisa bajó apresuradamente á su casa, haciendo á Margarita una señal de despedida : Mad. Gombert puso una bujía sobre la chimenea del cuarto de Luciano , sin reparar con la precipitacion en la mudanza que habia tenido lugar en él; ayudó á Margarita á ocultarse entre las cortinas de la ventana , y tomando otra bujía, bajó á abrir , pues ya habian sonado por dos veces fuertes golpes á la puerta de la calle.

—¡Allá van... allá van!... gritó bajando la escalera.

Abrió con la llave que llevaba , y Luciano entró , calado de lluvia y sin abrigo alguno.

Pintábanse en sus facciones un negro humor y la desazon consiguiente al frio de la noche y á una larga velada.

—¡Pensé que tenia que dormir al raso ! dijo con acritud : ¡no ha tardado usted poco en abrir!

—¡Caballero! repuso Mad. Gombert, tiene usted, á la verdad, unas horas de venir, que un negro se quejaria. ¡Cáspita!

—¡Tome usted una criada que espere á los huéspedes!

—¡Y que se duerma!

—Siempre tendria menos sueño y mejor oido que usted.

—¡Para lo que usted me da, creo que bastante pronto le oigo!

El rubor de la indignacion coloreó las facciones de Luciano; pero se contuvo, y guardó silencio, diciendo al cabo de algunos instantes:

—¿Ha venido alguno preguntando por mí?

—No, señor, repuso Mad. Gombert.

—¿Me han traido alguna carta?

—Tampoco.

—¡Buenas noches! dijo Luciano entrando en su cuarto, cuya puerta cerró con despecho.

Dió algunos pasos y dejó sobre la cómoda sus guantes y su sombrero: pero al verla limpia y despojada de los objetos que antes la llenaban, se quedó mudo de asombro.

Tendió luego una mirada en derredor suyo, y el asombro tomó mayores proporciones en su rostro.

Miró cada mueble, y los halló todos limpios, y todos colocados en su lugar respectivo.

Se acercó al lecho, separó la cortina, y ya no pudo admirarse de hallarle mullido, porque vió sobre la almohada un pequeño objeto oscuro que llamó su atencion.

Le tomó, y á la escasa luz de la bujía, que ardia sobre la chimenea, vió que eran flores secas.

Aproximóse á la luz, vió el papelito pendiente de la cinta, y un suspiro de pena y á la vez de felicidad se escapó de sus labios.

Margarita oculta, seguia con los ojos llenos de lágrimas todos los movimientos de su marido: su corazon palpitaba con violencia; contenia el aliento para no perder ninguna de sus acciones, y no obstante su inmovilidad, los latidos de su corazon se hacian casi perceptibles: tan grandes y violentos eran.

Luciano miró el ramito una y otra vez, y luego, sin dejarle de la mano, se sentó en el sillon que se hallaba al lado de la chimenea.

—¿Dónde está aquel tiempo dichoso? murmuró á media voz y como si el pensamiento hubiera sido tan fuerte que hubiera querido salir á sus labios: ¡qué diferencia con estos tristes dias, y estas odiosas noches!... Pero estas flores, ¿cómo están aquí? ¿quién las ha traido?

Alargó la mano á la campanilla y tiró del cordon con fuerza.

Pero Mad. Gombert, acostada ya, no tuvo por conveniente levantarse del lecho y no acudió al llamamiento.

Volvió á llamar, y el mismo silencio le contestó:

Entonces pareció tomar su partido: guardó el ramito en una caja que habia sobre la cómoda, y se tendió vestido sobre su lecho, pues ya empezaba á penetrar por los cristales el primer rayo de la aurora.

Mucho tardó en dormirse, agitado sin duda por sus memorias: y cuando el sueño le hubo rendido, su esposa le oyó pronunciar con acento triste y oscurecido por las nieblas del sueño:

—Margarita... ¡Madre mia! ya os veo... os oigo... ¡perdon!

La jóven envió al cielo, alumbrado ya por la luz del dia, una mirada de profunda gratitud, y murmuró:

—¡Gracias, Dios mio! ¡su corazon permanece aun sano! ¡no le ha endurecido ni helado la atmósfera en que vive!... ¡gracias, Dios de misericordia!

Observó si dormia Luciano, y asegurada de que sí, por su respiracion igual, salió de detrás de las cortinas de la ventana, apagó la bujía, y se dirigió al lecho.

Miró con profunda compasion el semblante de su esposo, pálido y enflaquecido, é inclinándose, dejó un beso en aquella frente,

que el dolor y los cuidados mas amargos empezaban á arrugar.

En seguida abrió la puerta; pero la llave, que Luciano habia echado, rechinó, y este abrió los ojos sobresaltado.

Margarita se lanzó hácia fuera; pero aun pudo ver Luciano una parte de su falda.

—¡Quién es! gritó incorporándose y dudando aun de si soñaba ó si estaba despierto.

Nadie le respondió, y el fugitivo vestido desapareció tras de la puerta.

Luciano saltó del lecho, y se pasó la mano por los ojos.

—¡No! ¡no es ilusion de mi cerebro! dijo: ¡yo he sentido en la frente la impresion de un beso! ¡yo he oido el ruido de la puerta!... y luego, ese ramo que yo le dí á ella... y este perfume de lirio y violeta que ella usaba siempre, y que anuncia su presencia... y el aseo de esta mísera habitacion... pero no... estoy loco... ¡ella, como hacen todas, imitó mis extravíos, y ya no se acuerda de mí!

Luciano corrió las cortinas del lecho, y esta vez se desnudó, muy resuelto á dormir hasta las dos de la tarde.

Margarita bajó precipitadamente, y se dejó caer en una silla, pálida y casi desmayada: doña Inés la esperaba con ansiedad.

Cuando le hubo contado lo ocurrido, la abrazó y exclamó elevando al cielo los ojos:

—¡Dios sea bendito! ¡aun podemos tener esperanzas, hija mia!

XVIII.

A la siguiente noche, y á eso de las once, Margarita se disponia á subir á casa de Mad. Gombert, para entrar en el cuarto de su marido.

Tenia en la mano un viejo libro de esos que llevan los niños pequeños al colegio, cuya pasta ha adquirido ya un tinte negro y cuyos cortes son de un pardo oscuro.

Era un ejemplar de Fábulas de Samaniego, adornado de pequeños é informes grabaditos en madera, de esos que hacen el encanto de los niños, y que aun nos deleitan y divierten cuando hemos llegado á la edad de los dolores.

—Yo voy á subir tambien contigo, hija mia, dijo doña Inés á Margarita: quiero ver, si no á él, á lo menos la habitacion en que vive: ¡hallaré tanto consuelo en esto!

—Vamos, pues, dijo la jóven: esta noche es temprano y podremos pasar allí un rato: ¡ay, madre mia! ¡viene tan tarde!

—¿Y cómo ha de venir temprano, si vive en una casa que no es la suya, y ha de hallarse solo y triste? ¡si estuviéramos con él!...

—¿Y por qué no estamos? exclamó Margarita: anoche, cuando le ví besar el ramo, casi estuve por salir de entre las cortinas y abrazarle, madre mia: ¡lo deseo tanto! pero me contuvo el temor de malograr nuestro propósito, por no tener un poco de paciencia... si él recayese en sus extravíos, siempre me diria yo á mí misma que tenia la culpa por no haber esperado un poco mas.

—Vamos, dijo doña Inés: Mad. Vandhelvel no ha vuelto aun del teatro; pero no importa: ya nos conoce Mad. Gombert: bajaremos antes de que él vuelva, porque tampoco yo sé si podria contenerme al verle... ¡Ay, hija mia! esto no puede durar, porque padezco mas de lo que yo pensaba... estar bajo el mismo techo que él y no verle, es cosa superior á mis fuerzas... Hoy me siento mala... la cabeza me duele mucho... pero no será nada... tendré valor... ¡vamos, vamos!

Doña Inés, al hablar así, parecia agitada de un temblor febril: la jóven la miró con temor de exponerla á nuevas emociones, pues aquella pobre señora padecia moralmente, desde hacia dos años, mas de lo que su naturaleza y organismo nervioso podian soportar.

La indiferencia de su hijo, primero; el absoluto alejamiento é ignorancia de su suerte en que luego habia vivido, y últimamente su huida á Paris, y la escision en su matrimonio, le habian hecho padecer tanto, que su salud se hallaba profundamente quebrantada y resentida.

—Esto no es nada, repitió leyendo en la mirada de Margarita los temores que la asaltaban: es la emocion natural, al pensar que voy á ver el sitio donde él duerme, donde él vive una parte de su vida: vamos.

Margarita le dió el brazo, y ambas subieron la escalera, llamando en el cuarto tercero, habitacion de la áspera madama Gombert.

—Ya vamos á la farsa, ¡eh! preguntó al ver á las dos señoras: ¡pasen ustedes! hoy se levantó á las tres, y con un humor de todos los diablos: me preguntó que quién habia entrado en su cuarto, y diciéndole que nadie, exclamó:

—¡Mentira! ¡álguien ha habido aquí! ¡no puedo dudarlo! ¡tengo pruebas! ¡y quiero saber quién ha sido!

Por fortuna, uno de sus amigos vino á distraerle; pero esta posicion es muy falsa para mí, porque con su genio colérico, y siempre irritado por esas mujeres que trata, un dia armará un escándalo, en el que mi casa perderá mucho; pues tengo, además de él, otros huéspedes.

—No puede durar esta situacion mucho tiempo; tranquilícese usted, dijo doña Inés: y además, usted no perderá las compla-

cencias que ahora tiene con nosotras, y que sabremos recompensar.

—¡Qué, señora! á mí me basta contribuir á la buena obra de volver á ese marido descarriado á su familia: vamos, pasen ustedes á su cuarto.

La vieja huéspeda abrió la puerta de la habitacion de Luciano, en la que entraron ambas señoras.

El primer movimiento de Margarita fué correr á la cómoda y mirar si hallaba el seco ramito de violetas.

Allí le encontró; pero no segun le habia dejado la víspera, sino colocado en una especie de mullido lecho de algodones.

Margarita iba á mostrar á la anciana el sitio en que se hallaba colocado su recuerdo, cuando se oyó el rumor de un coche que se detenia á la puerta de la calle, y un instante despues sonó la campanilla de la de la escalera.

Mad. Gombert salió á abrir regañando entre dientes, segun su costumbre, de la hora en que sus huéspedes se retiraban á casa, aunque, á la verdad, no lo hacia entonces con mucha razon, pues eran apenas las once y media.

Pero en vez de una cara barbuda, se halló, al abrir, con una preciosa muchacha, que se le entró de rondon por la puerta, y que, ya en la antesala, preguntó:

—¿Está Mr. Luciano?

—No por cierto, respondió Mad. Gombert; pero, ¡calle! añadió acercando su bujía al rostro de la recien llegada: ¿no es la señorita Florina la que veo?

—La misma, la misma, repuso la jóven: voy á esperar á Luciano á su cuarto, porque esta noche reñimos en grande, ¡en grande! ¡ya no le quiero sufrir mas!

—¡No, en su cuarto no! exclamó asustada la huéspeda.

—¿Por qué no?

—Porque está ocupado.

—¡Ah! ¡hay en él alguna otra mujer acaso?

—¡Hay dos!

—Y bien, querida señora Gombert, poco me importa: ya no le quiero, y me tiene sin cuidado que busque un serrallo: ¿hay ya dos? ¡pues conmigo seremos tres!

Y la jóven se dirigió hácia el cuarto de Luciano, como persona que sabe bien las entradas y salidas de la casa.

—Pero, señorita, exclamó Mad. Gombert, esas señoras, rogándoselo yo, saldrán al instante. Sírvase usted esperar aquí en el corredor ó en mi cuarto.

—¿Para qué? preguntó Florina.

—¡Para que ellas no se ofendan!

—¡Me gusta! ¡mas podia ofenderme yo!

—Pero es que son...

—¿Grandes señoras, verdad? en el hecho de venir á buscarle á su casa se igualan á mí.

—Sin embargo, ceden á usted el sitio, dijo á la espalda de la jóven una voz grave: puede usted pasar, porque nosotras nos retiramos.

Doña Inés y Margarita salieron, despues de saludar á madama Gombert, y bajaron la escalera.

—¿No es una vieja la que me habló? preguntó la figuranta á la huéspeda.

—¡Sin duda! mas vieja que yo.

—Ah, ¡ya comprendo! exclamó Florina: será la madre de alguna jóven á la que habrá engañado Luciano allá en su pais: deben ser extranjeras, pues aunque ha hablado francés, lo habla bastante mal.

—Son españolas.

—¡Ya! mujeres de puñal en la cintura : pues lo que es á mí no me asusta nadie.

—Al contrario, señorita : son comedidas y afables , acaso en demasía; y no creo yo que hayan tocado en su vida otro cuchillo que los de la mesa.

—En fin, voy al cuarto de Luciano : solo que me vine sin cenar, y ahora tengo apetito : tome usted cinco napoleones, y mande usted que me traigan algo que comer : me hará usted compañía.

—¿Viene usted ahora de la Opera?

—¡Sí! me fastidio mucho de ver á Luciano sin quitar los ojos en toda la funcion del palco de la condesa de Luviers, y vine aquí muy enojada y resuelta á regañar con él para siempre : de todos modos, ¡hace dos meses que no me da un cuarto!

—¿Conque, qué traigo? preguntó Mad. Gombert, cuyos pequeños ojos brillaban con los reflejos de la gula, su pasion dominante.

—Lo que usted quiera : un pollo, ostras, vino de Burdeos... comeremos las dos, que no es cosa de que, además de mojada, me esté sin cenar.

—La vieja salió, y dijo al criado que dormitaba en la antesala y que era su único sirviente :

—Si llaman, abre : y cuidado con decir á nadie de quién es el coche que está á la puerta.

—¿Y si viene Mr. Luciano?

—Ese no importa que lo sepa.

La anciana salió, y Florina quedó dando vueltas por el cuarto de Luciano como una perdiz enjaulada.

La estancia se hallaba en el desórden mas completo; pues Margarita, á causa de la visita de la bailarina, no habia tenido tiempo de arreglarla como la noche anterior: Florina vió sobre la almohada un librito viejo, y le tomó no sabiendo qué hacer.

—¡Ah! ¡ah! exclamó riéndose á carcajadas: aunque yo no sé español, no dejo de conocer el mérito que este librito tendrá! apostaria á que es el que leia Luciano cuando iba á la escuela, y el que lee ahora para consolarse de las crueldades de la condesa! me reiré dándole broma acerca de sus inocentes lecturas.

Mad. Gombert, entrando con la cena, puso término á las reflexiones de Florina: acercó la mesita que se hallaba en un ángulo de la estancia, la cubrió con una servilleta, y puso encima un pollo frio, ostras, un pastel, frutas, y dos botellas de Burdeos.

—Siéntese usted y coma conmigo, dijo Florina: se me quita pronto el apetito cuando ceno sola: así se hará menos pesado el rato esperando á ese pícaro de Luciano, con el que voy á tener una buena por despedida!

—Mad. Gombert no se hizo de rogar, y se sentó enfrente de la bailarina, que le puso en el plato un buen pedazo de pollo.

—¿Y por qué reñir con él, señorita? le dijo: ¿tiene usted quejas de su fidelidad?

—¿Quejas? exclamó Florina con la boca llena: ¡algo mas que eso! ¡he descubierto que solo soy para él una diversion; que ama á otra!

—¡Pues aquí no viene mas mujer que usted!

—¡Ya! como que la que le trae vuelto el seso es una gran señora! Siento dejarle, porque era un muchacho alegre á quien

apreciaba, y que me divertia : cuando habia cena en mi casa, él bebia por cuatro, y perdia el dinero jugando por seis ; cosa que á veces me incomodaba, porque algunos pícaros, de esos que nunca faltan al derredor nuestro, se lo ganaban.

—Y... ¿sabe usted que es casado? preguntó Mad. Gombert, bebiéndose un vaso lleno de vino.

—¡Casado! repitió Florina : no lo sabia, ni él me ha dicho nada.

—Pues es casado.

—¿Y dónde está su mujer?

—Ahora acaba de salir de aquí : ¿no la ha visto usted?

—¿Alguna de esas dos mujeres que han salido al entrar yo?

—Justamente : la que es jóven y bonita como la aurora, es su mujer : la anciana, que habló á usted algunas palabras, es la madre de Mr. Luciano.

—Pero, ¿cómo están aquí? ¿no dice usted que son españolas? ¿viven en París?

—Nada de eso : han venido de Madrid, hace unos cuatro dias : se han hospedado abajo en el cuarto segundo, donde vive una amiga de la madre : segun se ve, han venido á ver si le pueden sacar del mal camino, como dice mi huéspeda, ó quizás, obligadas por la necesidad, pues aunque la esposa era bastante rica, Mr. Luciano ha dilapidado todo lo que tenia.

—¡Pobre jóven! dijo Florina dejando de comer y cruzando sus pequeñas manos con expresion de profunda lástima : así le pasó á mi madre : tenian ella y mi padre una modesta fortuna : mi padre, arrastrado por malos amigos, la arruinó, y quedamos tan pobres, que mi infeliz madre murió de tristeza : arruinado y desesperado mi padre, perdió la cabeza, y se arrojó al Sena : yo quedé sola en el mundo, y recogida en uno de los asilos de

caridad... salí á los quince años, y era muy bonita... ¡por eso he llegado á ser lo que soy!

Florina ocultó entre sus manos su lindo y fresco rostro, tan alegre siempre, y entonces bañado por las lágrimas que le arrancaban sus recuerdos.

—Vamos, señorita: ¿á qué afligirse así? dijo Mad. Gombert, que habia dado fin al pollo y atacaba el pastel: es usted dichosa y no puede menos de serlo: apenas cuenta usted diez y ocho años, ¿no es verdad?

—Aun no los he cumplido.

—¿No es usted bonita como una flor? ¿no tiene usted á sus piés, ricos y opulentos señores, que le pagan una hermosa habitacion, que le dan un suntuoso carruaje, que le regalan magníficos trajes y diamantes? ¿por qué se queja usted?

—¡Me quejo, no de mi suerte, sino de la falta de mis padres! ¡ah, Mad. Gombert! todo eso que tengo lo daria por una casita humilde que habitase con ellos; por un vestido modesto ganado con trabajo; por un novio que me amase de corazon y quisiera casarse conmigo! Para todos esos señores, muchos de los cuales son casados como Luciano, soy solo un objeto de lujo: pero que me vuelva fea mañana, que me desfiguren las viruelas, y ni uno solo de esos soberbios carruajes, que cada dia se ven en mi puerta, se detendrá en ella! en fin, dejemos esto: lo hecho, hecho está: ahora deseo saber por qué suben aquí la esposa y la madre de Luciano cuando él no está.

—El no sabe que han venido, ni quieren que por ahora lo sepa: segun parece, han traido una coleccion de objetos para dejarle cada dia uno á la cabecera de su cama: ayer fué un ramito de violetas secas: hoy es un librito viejo: véale usted allí... sobre la almohada.

—¡Ah, ya comprendo! exclamó Florina: ¡así hacia tambien mi pobre madre! cuando mi padre volvia al amanecer del juego, le ponia sobre la almohada del lecho un escapulario que le habia regalado él mismo antes de casarse, una flor seca ya, que ella le habia dado, ó una medallita que uno de mis hermanos, muerto ya, habia llevado al cuello!

—¿Y para qué hacia eso?

—Para atraerle á buenos pensamientos: para que los recuerdos dulces y santos del pasado le hicieran conocer la ruina insondable á que corria: ¡ah, desgraciada jóven! la compadezco y la amo, porque se parece á mi madre! ¡y yo que me habia reido de ese pobre librito! ¡oh! quiero besarlo como una sagrada reliquia!

La bailarina se levantó, tomó el usado librito, le besó, y le dejó con respetuoso cuidado sobre la almohada del lecho.

—¿Y consiguió algo su madre de usted con poner esas cosas á la vista de su esposo? preguntó Mad. Gombert, que mondaba la segunda pera, cansada ya de comer pollo y pastel.

—¡Ay no! respondió Florina: porque mi padre lloraba al ver los objetos que le recordaban sus tiempos de honradez; pero sus malvados amigos, y, sobre todo, una mujer peor que ellos, le dominaban de modo, que así que les volvia á ver se olvidaba de todos sus buenos propósitos! ¡y además, Dios se llevó á mi buena madre, antes de que pudiera adelantar en su santa obra de resignacion y de paciente dolor!

En aquel instante, llamaron á la puerta con redoblados golpes.

—¡Es el! dijo Mad. Gombert: ¿quito todo esto?

—¡No por cierto! respondió Florina enjugando las últimas lágrimas que aun brillaban en sus mejillas: ¿acaso es un delito comer? y aunque lo fuese, yo no tengo que darle cuenta de nada:

quédese todo como está, y así que él entre, déjenos usted solos, que le voy á decir algunas verdades un poco duras!

Mad. Gombert bajó á abrir, y poco despues se oyeron sus pasos y los de Luciano que subia delante.

—Buenas noches, caballero, dijo Florina al verle: ya hace rato que espero á usted y empezaba á fastidiarme.

El semblante ceñudo de Luciano quiso aclararse con una sonrisa: dejó el sombrero sobre una silla; se acercó presuroso á la jóven y la asió de las manos: pero esta las retiró bruscamente y le dijo:

—¡Déjeme usted: todo ha terminado entre nosotros! vengo á decir á usted, adios para siempre!

—¿Para siempre... adios?... ¡bah, bah! ¿es porque he estado dos dias sin ir á verte, querida Florina? ¡vamos, perdóname y cree en mi enmienda!

—Caballero, me importa poco de la enmienda de usted, respondió Florina: sé lo que usted vale: sé que me ha tomado por distraccion, pues se halla enamorado hasta la locura de la condesa de Louviers... una mujer que vale menos que yo, pues arruina á todos los que se acercan á ella!

—¿Quién te ha dicho todo eso? preguntó Luciano cortando no sin trabajo la volubilidad del lenguaje de Florina.

—Me lo ha dicho el marqués de Saint-Hilaire, que le conoce á usted y á ella.

—¡Ya lo creo! exclamó Luciano con una sonrisa amarga: ¡como que ha sido mi mejor amigo!

—Y ya no lo es, por que le ve á usted pobre, casi arruinado ó arruinado del todo: ¡así sucede siempre! y esto debia servir para que usted apreciase á los que son como yo, que no hay muchos y menos muchas... pero acabemos, que no vengo yo á quejarme

de perder lo que ya me es indiferente: vengo solo á decir á usted, que no quiero verle mas por mi casa, por dos razones.

—Veamos las razones, dijo con sorna Luciano; llenando un vaso del vino que aun quedaba en una botella, y bebiéndole como para hacer paciencia.

—La primera es que no quiero ser por mas tiempo el *divierte-pesares* de usted, ¿estamos?

—¿Y la otra?

—Que está usted casado, y he resuelto dar dimisorias á los hombres que tienen obligaciones: me acuerdo muy bien de lo que pasó mi pobre madre, y no quiero yo ser causa de dolores parecidos.

—¿Quién ha dicho?... balbuceó Luciano, que palideció de repente: ¿quién ha dicho que yo soy casado?

—¡Lo digo yo, que he visto á su mujer de usted!

—¡Tú! ¡tú has visto á mi mujer!

—¡Yo... aquí... ahora... salia cuando entraba yo!

—¡Florina, tu estás loca! exclamó Hinestrosa: no nombres á mi mujer: si rehusas recibirme en tu casa, sea como quieras; pero no inventes falsedades.

—¿Y esto, es tambien una invencion mia? exclamó la habladora muchacha tomando el libro que habia sobre la almohada, y poniéndole ante la vista de Luciano.

Este abrió los ojos con estupor; los fijó en el librito; le tomó con mano trémula, abrió la primera página, y parecia buscar en ella alguna cosa que halló.

Era uno de esos renglones que todos los niños escriben en los libros que llevan á la escuela, y que decia así en letra informe y desigual:

Soy de Luciano Hinestrosa.

Luego hojeó todas sus páginas, miró los grabados con enternecimiento, y no pudiendo dudar de que era el suyo, se dejó caer sobre una silla, ocultándose el rostro entre las manos.

Despues, y como avergonzado de su debilidad, levantó la cabeza y preguntó á la jóven casi con rudeza y acritud:

—¿Quién ha traido aquí este libro? ¿quién ha entrado aquí? ¿quién entró anoche?

—¿No lo oye usted? ¡su esposa, su esposa ó su madre!

—¿Pero han venido?

—¡Sin duda, cuando están aquí!

—¡No, no, eso no puede ser! exclamó el jóven; y sin embargo...

Adelantóse á la campanilla y tiró con fuerza del cordon.

—¿Quién ha venido aquí? preguntó Luciano á Mad. Gombert, que estaba ya durmiendo los traguitos de Burdeos en su viejo sillon, y que se despertó de muy mala gana.

—¿Quién ha de entrar? respondió bruscamente: ¡la señorita Florina!

—¿Y ayer?

—Yo, y el criado: ¿quién mas habia de entrar? ¡Ya lo ha preguntado usted cien veces!

—¡La verdad! ¡quiero saber la verdad! exclamó Luciano asiendo del brazo á su huéspeda con una ira convulsiva: ¡hable usted!

—¡Cómo, cómo! ¡conque no pagar, hacerme estar esperándole hasta la una de la mañana, y algunas veces hasta el amanecer, y además maltratarme! ¡pues estaria bueno que yo lo sufriese! ¡es la primera vez que me pasa esto! ¿y por quién? por un perdido que no tiene sobre qué caerse muerto, y que ya ha vendido hasta la ropa!

—¡La voy á ahogar ahora mismo, si no calla en sus habladu-

rías, y me dice quién ha estado aquí ayer! barbotó Luciano con voz ronca.

Florina, asustada, iba ya á gritar pidiendo socorro, cuando la puerta se abrió con violencia: una mujer entró, anhelante y llorosa, y arrojándose hácia Luciano exclamó con voz sofocada:

—¡Ven... ven...Luciano! ¡sígueme... que tu madre se muere!

—¡Margarita! exclamó Hinestrosa lleno de estupor: ¡tú aquí! ¿dónde está mi madre?

—¡Sígueme sígueme! gritó la jóven, asiendo la mano de su marido y arrastrándole tras sí.

XIX.

Doña Inés se hallaba acostada en su lecho, vestida aun: su rostro estaba cubierto de mortal palidez: sus labios cárdenos temblaban á impulsos de la fiebre: sus dientes producian un ruido lúgubre y siniestro al colocarse unos con otros.

Todo el delicado organismo de aquella mujer parecia destrozado por las fuertes y diversas emociones que habia sufrido en menos de un año.

La huida de su hijo de Madrid, sin decirle adios, sin enviarle tampoco por escrito una sola palabra de afecto, habia sido para ella un golpe cruel: no en vano el instinto de su corazon la inclinaba á odiar á la condesa, causa de todos sus males.

Todo se hallaba en doña Inés ultrajado y herido: su amor de madre, su decoro de dama, su conciencia de cristiana, pues su desconsuelo era inmenso, pensando en la vida que llevaba su hijo entre la gente infame de que se hallaba rodeado.

Cuando bajó con Margarita á su habitacion, para dejar libre el cuarto de su hijo á Florina, se sintió tan quebrantada por aquel

último y agudo dolor, que, al entrar, se cayó en una silla guardando un fatídico silencio y presa de un temblor nervioso.

Acercóse á ella Margarita, y aunque á su vez traspasada de pena, procuró calmarla con palabras de consuelo: pero doña Inés cerró los ojos dejando escapar un gemido, y perdió enteramente el color y la voz.

Margarita, asustada, empezó á gritar pidiendo socorro: á sus veces acudieron al instante Mad. Vandhelvel y su hija, que colocaron en su lecho á la anciana.

Apenas recobrada esta de su congoja, abrió los ojos y los fijó en Margarita con expresion de lástima.

—¡Pobre niña! murmuró: voy á morir, y tú quedarás sola aquí... ¡oh! es espantoso!

—¿Por qué piensa usted en morir, madre mia? exclamó la jóven: ahora que vive usted al lado de Luciano; ahora que puede usted verle si quiere...

—¡Sí! quiero verle, dijo la enferma... sí, vé á buscarle... ya no podemos esperar mas... la prueba que habíamos meditado seria demasiado lenta, y yo no puedo esperar á tanto... mi vida se acaba... lo veo... ¡lo conozco!

Aquí quedó de nuevo doña Inés sin sentido: la voz espiró en sus labios... un temblor mas fuerte recorrió su cuerpo, y la infeliz dejó caer hácia atrás su semblante cubierto de lívida y aterradora palidez.

Margarita, alarmada y trémula, subió al tercer piso, y ya se ha visto de qué modo bajó con su marido, que la seguia sin darse apenas cuenta de lo que estaba pasando ni de lo que habia oido.

Al entrar en la estancia de la enferma Luciano y Margarita, acababa aquella de salir de su segundo parasismo; pero aun

temblaba, y aun le era casi imposible el articular una palabra.

El criado de la casa habia salido á buscar un médico.

Doña Inés, aunque sin poder hablar, olvidó todas sus penas á la vista del que era causa de ellas, y abrió sus brazos á Luciano, que cayó de rodillas al lado del lecho.

—¡Perdon, madre mia! exclamó con voz entrecortada por las lágrimas.

—¿Y cómo no ha de perdonar la que va á morir? dijo la anciana con voz dulce y doliente: hijo mio, nunca podias llamar en vano al corazon de tu madre, que vino á verte, ya que tú huias de ella.

Mad. Vandhelvel y su hija se habian retirado á un ángulo de la habitacion, y contemplaban con sorpresa el deteriorado traje de Luciano y su miserable aspecto.

—Hijo mio, prosiguió doña Inés; hé aquí á Margarita, que ha querido venir á ver si podria atraerte al buen camino, para perdonarte tu abandono y tu loca alucinacion por esa mujer, que ella tuvo la imprudencia de admitir y acoger, como se acoge en el pecho una sierpe, que despues ha de desgarrarle con una mordedura mortal : ella es culpable de impremeditacion : tú de ingratitud y abandono : pídele, pues, perdon, y permite que la mano de tu madre moribunda ate de nuevo el sagrado lazo que os une, que tú quisiste romper, y que la ley, sin embargo, no podria desatar.

La anciana, hablando así, tomó la mano de Margarita y luego la de Luciano, intentando unir las dos en las suyas; pero su hijo la separó, y una expresion sombría se pintó en su rostro pálido y ceñudo.

Margarita alzó al cielo sus ojos inundados de lágrimas.

La madre comprendió lo que pasaba en el corazon de su hijo, y dijo con acento solemne:

—Yo no te daria, Luciano, una mujer manchada por alguna falta de esas que, á mi parecer, acaban para siempre con la felicidad y el sosiego de una familia; pero Margarita merece llevar tu nombre y nunca ha dejado de merecerlo: á no ser así, no contribuiria yo á uniros, ni á que llevase el nombre de tu padre una mujer indigna!

Una sonrisa amarga entreabrió los labios de Luciano.

—Tú sabes, prosiguió su madre, que no fué de mi gusto tu enlace con Margarita: no quiero, ni puedo negarlo ahora: despues, el poco aprecio que ella hizo de mis opiniones, la ligereza é irreflexion de su carácter, el poco tino que demostró para sofocar en tí una inclinacion que ella habia dado lugar á que naciese, y el modo brusco é inconveniente con que manifestó su descontento, me irritaron contra ella, y la he acusado mas de una vez de sus extravíos: pero luego he sabido que estuvo enferma mucho tiempo, y que expiaba en el retiro todas sus ligerezas: que ninguna falta grande tenia de que acusarse, y que te amaba siempre: en prueba de ello, se acogió de nuevo á mi lado: rogó por tí al cielo, como yo, y ha querido asociarse á la obra de tu curacion moral: yo, que antes la rehusé, te la ofrezco ahora, y creo darte en ella la mejor esposa que te puedo ofrecer; porque sus dotes naturales son muy bellos, y la experiencia le ha hecho aprender algunas cosas que no sabia, y que toda mujer casada debe saber.

Calló la anciana fatigada de su largo razonamiento. Margarita enjugó con un pañuelo su frente bañada de sudor, y le dió de beber, obedeciendo á una señal de la misma enferma, que parecia agobiada por un fatigoso malestar.

Luego que hubo tomado algun reposo, prosiguió doña Inés:

—Margarita y yo te hemos traido, hijo mio, todos los dulces,

gratos y sencillos objetos que podian recordarte los dias de tu infancia y de tu tranquila y risueña juventud; son los santos amuletos con que contábamos para conjurar las borrascas de tu espíritu: ¿no has hallado en tu cuarto un ramito de violetas que le diste en tus tiempos felices y que ella ha conservado? ¿no has hallado hoy el librito de fábulas què llevabas al colegio? ¿no ha palpitado tu corazon á la vista de estas santas memorias?

—¡Oh, sí, madre mia! exclamó Luciano: sí! su vista ha sido como un bálsamo para mis heridas: he padecido tanto ¡oh! ¡qué maldita vida es la que traigo hace algun tiempo!

—Fuerza es dejarla ya, hijo mio, repuso doña Inés: ¿qué diré á tu padre, si al llegar allá arriba, me pregunta por tí? ¿no te recuerdas? ¡qué noble, qué honrado, qué severo era! mira: él mismo colocó en esta caja parte de los efectos que contiene: estas medallitas de plata que ganaste en el colegio; esta pluma de plata tambien, que él te regaló; esta palma bendita! todo esto, ¿no te habla de él?

Doña Inés, al decir estas frases, mostraba á su hijo una gran caja forrada de seda azul, colocada sobre su lecho, y en la cual se guardaban los objetos que ya conoce el lector: Luciano se acercó á la caja, la abrió, y fué mirando uno por uno todos los objetos que Margarita le iba presentando.

—¡Sí! los reconozco, los reconozco todos! exclamó: para cada uno de estos pobres objetos, tiene mi corazon un latido. ¡Qué tiempos tan dichosos me recuerdan, y cómo me avergüenzo de mi miseria actual!

Luciano, hablando así, habia asido las manos de Margarita, que estrechaba entre las suyas, desprendiéndose de sus ojos abundantes lágrimas: el corazon de la madre reconoció lo que

aquel llanto y aquel ademan valian, y alzó al cielo una mirada de ardiente gratitud.

—No podrias caminar en el sendero de la vida sin una compañera, prosiguió doña Inés: ya has visto en qué precipicios has caido, hijo mio: que vuelva á serlo tu esposa, y sigue con ella tu camino, porque no hay compañía mejor que una esposa digna y prudente, ni amante que pueda compararse á un esposo: que no se interponga nadie entre vosotros dos: no cabe la amistad íntima mas que entre el esposo y la esposa, y cualquiera otra intimidad abrirá entre ambos un nuevo abismo: ahora idos... dejadme... quiero reposar un poco, y rogar á Dios por vuestra dicha... hablad, hijos mios, hablad y llenad, si podeis, el vacío que os ha separado!

Los dos jóvenes salieron de la alcoba, y fueron á sentarse uno al lado del otro en el sofá de la estancia, en tanto que la anciana, mirando la primera luz de la aurora que penetraba por los cristales, murmuraba:

—Este es, señor, el último dia que he de ver en el mundo... perdona mis errores, y cuando mi alma vuele hácia tí, acógela en tu divina misericordia!

XX.

El entendimiento de la madre de Luciano pareció, pocas horas despues, como cubierto con una niebla espesa: el alma fuerte se desprendia con trabajo del débil cuerpo: la voz era ya ininteligible; la respiracion fatigosa; la mirada sin luz; pero la anciana aun oia, aun hacia signos de amor á los dos esposos que lloraban á su cabecera, y aun se veia en sus labios el suave movimiento de la oracion.

Hácia el mediodia, la inmovilidad casi completa reemplazó á todos estos signos de vida : de vez en cuando, miraba á su hijo ó á Margarita, y se sonreia dulcemente.

Mod. Gombert bajó á ver si su huésped comia en casa, y Luciano le contestó que no pensase ya mas en él, ni volviera á importunarle.

Los dos jóvenes no se hablaban : sentado cada uno al lado del lecho de la anciana, cambiaban con frecuencia una mirada triste.

Administráronse á doña Inés todos los sacramentos de la Iglesia ; y cuando *Dios* entró en la modesta estancia, para darse á la enferma en el santo sacramento de la Eucaristía, Luciano, inclinando la cabeza, dejó escapar de sus ojos un raudal de lágrimas.

Llegó la noche grave, solemne, como todas aquellas en que la muerte se cierne sobre una humana criatura : en la estancia de la enferma, se hallaban sus hijos, Mad. Vandhelvel, Clarisa y el futuro esposo de esta, que no las habia querido dejar solas en el dolor que las afligia por la próxima muerte de su anciana amiga.

Durante mucho rato reinó el mas profundo silencio : de cuando en cuando, un leve suspiro se escapaba del pecho de la moribunda.

De repente, y como á cosa de las once, un carruaje que llegaba á todo escape se detuvo en la calle, y algunos instantes despues, sonó la campanilla de la escalera.

Como si algun triste presentimiento las hubiera agitado, un estremecimiento recorrió las venas de Clarisa y de Margarita, que se miraron sobresaltadas.

La puerta se abrió, y una mujer alta y pálida apareció en el umbral.

Se conocia que habia sido hermosa ; pero apenas habia ya algunos rastros de belleza en sus facciones, en las cuales se dibujaban los rasgos de un inmenso dolor.

Su traje negro, su suelta cabellera, negra tambien, su palidez y extrema flacura la hacian aparecer mas bien como una sombra fatídica, que como una mujer del gran mundo.

—¡La condesa! exclamó Margarita con profundo terror.

Ella la miró, atraida sin duda por el eco de su voz, y luego volvió la cabeza en torno suyo buscando á alguna otra persona.

Vió á Andrés, el célebre artista á quien el público pagaba á peso de oro y llenaba de laureles, y sus ojos dejaron escapar destellos de alegría.

Acercóse á él, y le dijo en voz baja y contenida:

—Sígueme : he venido á buscarte : tengo contado mucho dinero: van á cumplirse tus deseos.

—Señora, exclamó Andrés con las mejillas rojas de vergüenza : nada entiendo de lo que usted me dice.

—¿No has recibido ayer una carta mia? ¿y antes de ayer otra? ¿y cada dia una? exclamó la condesa, cuyo juicio parecia estar poco seguro.

Andrés miró á Clarisa, y leyó en sus ojos un reproche tan triste, que le hizo volver airado hácia la condesa.

—He recibido todas esas cartas, dijo: pero ninguna he leido, ni sé lo que dicen: déjeme usted y aléjese de aquí.

Blanca pareció como herida de un rayo: contempló al artista como si dudase de lo que oia; luego separó los cabellos que le caian por la frente; miró á todas partes, y pareció buscar con ansia algun rostro amigo, en medio de todos aquellos rostros ceñudos.

Solo halló la dulce mirada de la compasion en el plácido é interesante rostro de Margarita.

—Oye, dijo la condesa, aproximándose á ella y tomándole una mano; oye, tú, que fuiste mi amiga y me amaste en otro tiempo; óyeme con paciencia, porque si yo no dijese á alguno que hay un infierno en mi corazon, el dolor me ahogaria...

Blanca pasó por su frente su rico pañuelo de batista para enjugar el frio sudor que inundaba sus sienes: sus mejillas estaban cada vez mas pálidas; la angustia de un supremo dolor alteraba sus facciones.

Luciano separó la vista de ella con hastío, y se acercó á la cama de su madre: la anciana parecia gozar de alguna tranquilidad, y su hijo, para huir la presencia de aquella mujer que le llenaba de vergüenza, se sentó á los piés del lecho, desde donde, no obstante, podia oir lo que se hablase.

—Yo amo á este hombre, empezó la condesa, desde que fuí á Italia con mi marido, y siguiendo al tuyo, Margarita: el cielo, acaso para castigo de mis errores, me hizo concebir por él una insensata pasion, que yo creí correspondida: le propuse venir á Francia y me siguió: procuré que cantase en el Teatro Italiano, y alcanzó un éxito inmenso: un mes despues, le ví preocupado y sombrío: habia ya conocido á esa mujer.

La condesa señaló á Clarisa con un gesto tan adusto y tan desesperado, que la tímida niña ocultó la cabeza, llena de pavor, en el seno de su madre.

Andrés, sentado á su lado, le tomó una mano, que estrechó tiernamente entre las suyas.

Blanca pareció estremecerse á este espectáculo; cubrióse su frente con una nube purpurina; brillaron sus ojos como la hoja acerada de un puñal, y de su garganta salió un ronco y comprimido sollozo.

No obstante, logró serenarse algun tanto, y continuó, dirigiéndose de nuevo á Margarita:

—Hace ocho meses, que sufro los desdenes de ese hombre, que ha olvidado todo lo que me debia para no pensar mas que en esa mujer: así me lo ha escrito, no una vez, sino muchas, en contestacion á mis cartas llenas de reconvenciones: nada ha tenido la piedad de ocultarme, ni aun sus proyectos de matrimonio, que, segun he sabido, se van ya á llevar á cabo; pero yo, en medio de mi loco dolor y de mi desesperacion, recuerdo que al salir de Italia me dijo estas palabras:

—No bien haya reunido una fortuna regular, quiero volver á mi hermoso pais y al lado de mi anciana madre.

—¿Qué fortuna te pareceria bastante? le pregunté yo..

—Una modesta renta me bastaria.

—Pues bien, Margarita, prosiguió la condesa: sabiendo que ha decidido irrevocablementeca sarse, he pensado que el único remedio que me quedaba para impedirlo, era el llamar en mi auxilio su amor filial; he pedido á un pobre iluso, que cree en mi amor, una fuerte suma; he vendido mis joyas, mis carruajes, mis caballos, mis muebles, hasta mis encajes; he reunido por todos los medios cuanto dinero me ha sido posible, y hace ya tres dias que le escribí diciendo que podia realizar el sueño mas bello que alimentaba al dejar su tierra natal; el de volver al lado de su madre: que yo podia hacerle rico... mas rico de lo que él habia pensado; que no le incomodaria con mi compañía, porque, si bien queria ir á Italia, para disfrutar de la vista de su felicidad, no iria con él, sino que iria despues sola, y le veria sin que él me viese: que me bastaba con decirme que su dicha era obra mia, y que nada mas deseaba.

No contestó á esta carta ni á dos mas que le escribí despues: desesperada con su silencio, presa de una fiebre nerviosa, hija de mi impaciencia y de mi dolor, he ido esta noche á su casa,

no le he hallado y he venido aquí, segura de encontrarle: ¡ya ves, Margarita, cuál es su respuesta, y cuál es el pago que da á mis sacrificios!

—¡Pobre mujer! murmuró Margarita, llevando la mano á sus ojos para enjugar una lágrima que le arrancaba el horrible dolor de Blanca.

—¡Tienes mucha razon en compadecerme! exclamó la condesa con amargura: ¡cuán triste ha sido mi carrera! ¡cuán pocas horas de felicidad he hallado en ella! el afan de riquezas y la loca y necia vanidad apagaron en mí todos los sentimientos dulces y nobles: no sintiendo ni deseando inspirar una pasion tierna y duradera, los hombres me tomaron siempre como un suntuoso juguete que halagaba su amor propio, y que dejaban cuando les cansaba: la sola vez que he amado, ya ves de qué modo ha sido pagado mi amor. Margarita, no me aborrezcas, y olvida el mal que te hice, siempre extraviada por esta ruin vanidad que ha marchitado todas las flores de mi vida: jamás amé á tu marido, y si te lo arrebaté, fué por el deseo de conquistar ese triunfo mas, porque envidiaba la paz doméstica que te rodeaba, y cuyo precio conocia yo, aunque jamás la habia deseado.

Margarita miró á su esposo, que bajó la cabeza con el semblante cubierto de confusion y de vergüenza.

Andrés, irritado ya con esta escena, se levantó, se acercó á la condesa y le dijo con acento severo:

—¡Señora, sépalo usted de una vez! ¡yo nunca la he amado! en Italia consiguio alucinar mis sentidos, pero jamás inspirarme afecto: aquí, aunque le esté reconocido, porque le debo una parte de mi carrera artística, no puedo tampoco ordenar á mi corazon que la ame, cuando este late y latirá siempre por Clarisa! Aléjese usted, pues, y no turbe el silencio de la muerte que

nos envuelve : allí, en aquel lecho, agoniza la madre de Luciano : por compasion hácia él, y por consideracion á su esposa, retírese de este sitio y haga por olvidarme!

Blanca miró con ojos extraviados, y pareció tardar algunos instantes en comprender lo que habia oido : pero, en el instante en que iba á hablar, resonó la voz de la anciana :

—¡Señor! exclamó esta con acento sonoro : ¡señor, tiende sobre mis hijos tu mirada de misericordia! ¡da la felicidad á Margarita, que ha sufrido y ha llorado con paciencia y con resignacion! recompénsala por haber resistido á las tentaciones de la vanidad que la han rodeado, y hazla la buena compañera de mi hijo en el áspero camino de la vida.

—Cayeron todos de rodillas al rededor del lecho de la anciana : el sacerdote que se habia retirado á una estancia inmediata, acudió al eco de aquella voz inspirada, y sentándose á la cabecera de la enferma, empezó á recitar fervorosas oraciones.

De los labios de cada uno de los presentes salió una plegarias envuelta en lágrimas : la condesa misma se dejó caer de rodillas é inclinó la cabeza como abrumada de arrepentimiento.

—¡Señor! balbuceó la moribunda: ya voy á tu presencia!... ¡lávame de mis errores en la sagrada fuente de tu suprema bondad!...

Al pronunciar estas palabras, languideció la voz de doña Inés, hasta quedar reducida al dulce murmullo de la oracion : pero aquel murmullo, mas débil cada vez, se apagó con un suspiro.

—¡Orad, hijos mios! dijo el sacerdote, cayendo de rodillas á los piés del lecho : ¡su alma ha subido al cielo!

Oyéronse los sollozos de Luciano, que reclinó su cabeza en el hombro de su esposa, arrodillada á su lado.

La condesa se levantó y salió de la estancia con paso vacilante.

XXI.

Algunos meses despues, volví á Madrid de regreso de un viaje por Francia y Alemania.

Uno de mis primeros cuidados fué informarme de si habia llegado Margarita, ó si permanecia aun en Paris, pues yo habia sabido por sus cartas, que recibí en Alemania, parte de lo anteriormente referido.

Mi esposo que, como de costumbre, se encargó de tomar los informes que yo deseaba, me dijo que Margarita estaba en la coronada villa con Luciano, y me dió las señas de su casa.

Mi salud se hallaba entonces bastante delicada; y en la imposibilidad de ir á ver á mi amiga, le escribí noticiándole mi regreso.

La noche del mismo dia en que escribí á Margarita, vino esta á verme.

Estaba mas linda que nunca, y su fresca belleza parecia á la vez mas radiosa y mas delicada á causa del luto que vestia aun por la muerte de la madre de su marido.

Su aire alegre y la expresion de dicha, que brillaba en sus ojos, me hicieron creer que habia llegado, al fin, al suspirado puerto de paz.

—Soy feliz, amiga mia, me dijo como respondiendo á mi pensamiento: ¡soy muy feliz! La desgracia es buena maestra, y tengo, además, muy presentes los consejos de aquella noble señora que me sirvió de madre: ahora somos casi pobres. Luciano, con tòdos los recursos que le quedaban y algunos restos de

mi dote, ha podido reunir una cantidad que ha empleado con esperanzas de recoger algun fruto : yo las tengo tambien ; pero ya no confio en lograr de nuevo riquezas, ni tampoco las deseo : nadie habrá pasado mas alegremente que yo de la opulencia á la modesta medianía: mi marido me ama y á la par me estima y me admira, acordándose de que he tenido fortaleza para concederle un completo perdon : las gentes malignas dicen por ahí que nuestra ruina es obra suya ; pero yo le consuelo de la triste impresion que esto le produce, y le convenzo de que me hallo muy contenta con mi suerte : ¡feliz aquella que tiene que perdonar y que no necesita ser perdonada!

—En efecto, repuse : la mujer debe conservar, con una intachable virtud, el prestigio que la hace respetable y respetada: no es su mision implorar el perdon, sino concederlo ; pero, amiga mia, solo hemos hablado de las condiciones materiales de la vida : ¿y las morales? ¿El carácter de su esposo ha quedado agriado por los dolores que ha sufrido? ¿Sus buenos modales se han resentido de las malas compañías? ¿La respeta á usted á la vez que la ama? ¿La rodea de las mismas consideraciones que antes le tenia, y que hacian de él el modelo mas perfecto de los esposos?

—Sí por cierto, respondió Margarita : mi marido es hoy mas amante, mas delicado, mas atento que nunca; apenas sale sino conmigo, y, cuando lo hace solo, es para ir á tratar de algun negocio indispensable : soy dichosa : tenemos una casita humilde ; pero nueva y adornada con coquetería : él trabaja, y todavía espera un buen porvenir : yo no desconfio completamente de verle realizado, porque creo que su santa madre intercederá por nosotros en el cielo.

—¿Y se acuerda de la condesa? pregunté yo casi con temor.

—No, respondió Margarita: ó, si la recuerda, es únicamente para compadecerla: ¿pero usted no sabe nada de la suerte de esa desventurada? La condesa está aquí. ¿Se lo han dicho á usted?

—¡Aquí! repetí sorprendida.

—Sí, amiga mia: se ha hecho hermana de la Caridad: vestida con su santo hábito, ha estado á verme hace pocos dias: ya es viuda: su marido ha muerto en Suiza, y ella ha dejado sus bienes á los pobres, dedicándose al socorro de los enfermos y de los desvalidos: segun me dijo, las últimas palabras de la madre de Luciano, cuya agonía presenció, de tal suerte la conmovieron, que se retiró del mundo llorando el desengaño que tuvo en su amor.

—Querida Margarita, me dijo, bendiga usted á Dios porque la ha preservado de las pasiones que han azotado mi vida, y conserve la plácida calma de su hogar, que es la única dicha positiva de la tierra: no tenga usted jamás amigas íntimas: en el fondo de todo corazon humano, hay siempre cierto dormido deseo de la desgracia ajena. Rochefoucauld lo ha dicho así en una de sus terribles máximas: no hay amiga íntima para una casada que no esté llena de peligros: el esposo hace comparaciones, y las comparaciones son siempre odiosas, y mas en el matrimonio, pues regularmente lleva en ellas la esposa la parte peor. ¡Qué feliz soy ahora! prosiguió la condesa: nada espero ya del mundo, ni nada le pido tampoco: en vez de aquel angustioso dolor con que veia huirse los últimos restos de mi juventud y de mi belleza, aguardo la vejez, que ya asoma, con tranquilidad y como un medio de llegar á otra vida mejor! He probado que el mundo da muy poco exigiendo mucho en cambio, y que los bienes mas positivos son una conciencia tranquila y la esperanza en Dios!

Conocí, concluyó Margarita, que hablaba á una santa purificada por el verdadero arrepentimiento, y desde entonces, cuando sufro, voy en busca de la hermana Blanca, que me recibe en su humilde celda del hospital, ó viene á mi casa para consolarme y fortalecerme.

Una sola prueba temia: la impresion que pudiera experimentar mi marido al verla; pero el dia que se encontraron, ni uno solo de los músculos del rostro de Luciano se alteró, ni su voz perdió nada de su natural tranquilidad: mi marido saludó á Blanca con frio respeto, y, al hablarme despues de ella, me hizo observar la completa desaparicion de su belleza, y me manifestó poca confianza de que su enmienda fuese positiva y verdadera, creyendo mas bien su resolucion un nuevo ardid para interesar, faltándole la juventud y la hermosura.

Entonces me tocó á mí elogiar y defender á la que habia sido mi enemiga y la causa de la pérdida de nuestra fortuna: ¡y con qué calor lo hice! ¡Qué dulce alegría halla el corazon verdaderamente cristiano en devolver bien por mal! Luciano quedó á medias convencido, pero me abrazó tiernamente y me aseguró que admiraba mi sublime generosidad.

Margarita me dejó, por fin, habiéndome parecido instantes las horas que pasó á mi lado: durante una enfermedad que sufrí, vino algunos ratos á acompañarme, y mi primera salida fué para ir á su casa: la hallé alegre y feliz en medio de su medianía: su marido, segun me dijo, iba muy bien en sus negocios, y contaba poder reponer algun tanto su fortuna.

En efecto: apenas habia pasado un año, cuando dejaron aquella casa por otra mayor. Margarita tuvo, si no los espléndidos carruajes que antes habia poseido, una modesta berlina, y era del todo dichosa esperando el nacimiento de su primer hijo: sus

bellas esperanzas no han salido fallidas: su ventura no se ha turbado un solo instante, y hoy, recobrada ya su fortuna, se han retirado bajo el templado clima de Andalucía, donde los dos esposos viven rodeados de una numerosa familia.»

—Se acabó la primera historia, dijo la baronesa cerrando el manuscrito: y ya es hora de que nos vayamos á recoger.

—¡No tendré yo jamás amigas íntimas, en estando casada! observó en voz baja Magdalena, para que no la oyesen sus compañeras de infancia y se resintiesen de su decision.

—No quiere decir el ejemplo de Margarita, que no se puedan admitir las dulzuras de la amistad, repuso la abuela: lo que prueba es que se necesita mucho tino para elegir una amiga, y mucha seguridad acerca de las buenas prendas de su corazon y de su carácter; y aun así, hijas mias, es una imprudencia el abrir el corazon de par en par á una persona desde el primer dia que se la ve: la confianza mas durable es la merecida, y solo se merece y se debe conceder por grados, y segun las pruebas de afecto que medien en las relaciones.

—Si Margarita hubiera esperado á saber quién era la condesa, observó la señora de Clavieres, no hubiera sufrido tanto; pero se dejó llevar de la primera impresion, y tambien un poco de la vanidad de ser amiga de aquella mujer tan brillante y tan á la moda, y esta vanidad la llevó al precipicio; pero en cambio, ¡qué admirable ejemplo nos ofrece esta jóven esposa de amor y de perdon cristiano! ¡Cuánta nobleza hay en su decision de ir á redimir á su marido con el poder de los gratos é inocentes recuerdos del pasado, en vez de imitar sus extravíos y de ceder al amor y á las persecuciones de un hombre que, á sus ojos,

debia valer mas que el pervertido esposo ! El uno la abandonó : el otro la respetaba y la buscaba con todas las muestras de la adhesion mas verdadera ; y , sin embargo , la palabra *deber* es en ella tan omnipotente, que cede todo ante su mágico sonido !

—Mamá, dijo Carolina, la verdad es que á Margarita le sirvió de mucho , para no caer , el apoyo de la madre de su esposo.

—Esa madre tierna, repuso la baronesa, es la luz cristiana que ilumina todo este cuadro; pero, hija mia, pocas jóvenes, en el caso de Margarita , hubieran dejado las seducciones de que podia esperar verse rodeada , por la soledad del convento en que moraba su suegra, severa y rígida señora, y que, además, nunca la habia amado mucho : Margarita tuvo bastante abnegacion para tal sacrificio , y Dios la recompensó : vamos ahora á recogernos, y mañana leeremos parte de otra historia , que creo no ha de interesaros menos que la que, con tanto gusto, acabais de oir.

FIN DE LA AMIGA ÍNTIMA.

II.

LA EXPIACION.

Honra á tu padre y á tu madre, para que tengas larga vida sobre la tierra.
(Jesucristo.)

I.

—La leccion terrible que encierra la historia que voy á leer, dijo la amable abuela á su auditorio, que esperaba con impaciencia verla abrir su manuscrito, puede aprovechar lo mismo á estas niñas que ahora entran en el camino de la vida, que á vosotros, hijos mios, que sois sus esposos ó vais á serlo: aun ostentais sobre la frente los rizos copiosos, gala y corona de la juventud: mi cabeza se halla cubierta con el velo blanco de la ancianidad, y por lo tanto me permitireis la vanagloria de creer que puedo enseñaros algo, aunque sea solo guiada por mi experiencia.

Hará unos veinte años, residia en Madrid un matrimonio, ejemplo de honradez y modestas y cristianas virtudes.

Su condicion era humilde: el esposo, buen oficial de zapatero durante mucho tiempo, habia puesto, cuando ya se acercaba á los cuarenta años, una tiendecita, que proporcionaba trabajo á dos oficiales, además de reservarse la obra mas delicada, pues era notable su primor.

Su mujer era el modelo de las esposas: y no tenia placer mayor, durante el rato que le dejaban libre sus deberes de ama de

casa y de dos lindas niñas que tenia, que el que experimentaba leyendo un libro y admirando el talento del autor, aunque este fuese algo menguado; pues para el criterio de la pobre Catalina, todos los que escribian novelas eran seres sobrenaturales.

El maestro Blas la adoraba y le compraba cuantos libros hallaba ostentando en la cubierta la palabra: Novela.

El señor Blas era un hombre pequeño, grueso y colorado: vestia con aseo: en su frente ancha se leia el talento, aunque parecia que negaba esta ventaja la constante é inalterable sonrisa que abria sus gruesos labios; porque, segun el vulgo cree, la bondad no puede hermanarse con el talento, debiendo ser este por necesidad irascible y bilioso...

Puede, sin embargo, asegurarse que el señor Blas unia á una perspicacia poco comun, una gran bondad y una sensibilidad profunda, además de un carácter cuya apacibilidad jamás se desmentia.

Catalina se enfadaba algunas veces; pero era una pólvora, que se iba en salvas, y al instante se hacia de ella cera y pábilo.

Tenia seis años menos que su marido, y era casi tan alta como él, aunque delgada y esbelta.

Hija de un oficial de carpintero, quedó sin padre muy jóven, y se dedicó á coser á jornal en las casas, con cuyo producto mantenia á su madre.

Conoció á Blas, que era oficial de zapatero: se agradaron mutuamente, y se casaron, viviendo en la mas santa paz desde el primer dia.

Catalina, como que era casi una modista, tenia cierta elegancia en su modo de vestir y hasta en sus maneras: así es que se enfadaba un poco al ver que no podia *pulir* á su marido, como ella decia: pero Blas habia nacido muy á la buena de Dios, y era necesario renunciar á educarle en ciertas cosas.

Dos flores crecian en la humilde tiendecita de Blas y de Catalina: eran sus hijas Paulina y Rosa que, al empezar esta historia, contaban doce años la primera y diez la segunda.

Un pintor no hubiera podido soñar belleza mas peregrina que la de aquellas niñas, aunque esta tuviese diferente carácter.

Paulina era alta y trigüeña, sin llegar á ser morena: sus grandes ojos negros, de altivo mirar, eran de una hermosura incomparable: una lustrosa y negra cabellera se rizaba en su frente: su boca, algo grande, formaba un arco de coral húmedo y caprichoso, y dejaba ver, al reirse, una blanca é igual dentadura: anunciaba el talento la elevacion de su frente; pero tambien una extraordinaria altivez.

Rosa era blanca, rubia, de menos talla, y algo mas gruesa que su hermana: tenia los ojos azules, los cabellos rubios y lindas facciones, que expresaban la alegría y la ternura: cuando oia referir alguna miseria ó alguna desgracia, sus ojos se llenaban de lágrimas, y no pocas veces, estando comiendo en la modesta tienda de su padre, dió su plato á un pobre anciano que se acercaba á pedir limosna, ó á alguna desgraciada madre rodeada de dos ó tres niños.

Semejante accion, que no dejaba de ser digna de alabanza, era ponderada de tal modo por Blas y Catalina—sobre todo, por esta última—que Rosa pensaba haber hecho una accion heroica cada vez que daba su comida á un pobre: limosna que su madre recompensaba llenándole los bolsillos de las mas exquisitas pastas y dulces que se vendian en la confitería de enfrente.

—A la verdad, señora Catalina, decia el confitero, que era un hombre ya entrado en años, que mima usted á sus hijas demasiado.

—¡Demasiado! exclamaba Catalina: si las pobres pasan todo el dia en el colegio!

—Sí, en un colegio de francés, donde no hacen nada!

—Aprenden á coser, á bordar, la música, el dibujo, el francés y á bailar!

—¡Bah, señora! nada de eso aprenden, estoy seguro de lo que digo: pasan el dia en hablar de modas y en averiguar si tal cómico es mejor que tal actriz.

—¿Pero usted qué sabe?

—Porque lo sé, lo digo: figúrese usted que yo tengo un hermano, que ahora está en Canarias y es procurador, como lo fué mi padre; que no porque yo venda caramelos soy cualquiera cosa; sino que mi casa iba á menos, y me contenté con oficio para no gravar á mi padre dándome carrera: pues bien, las hijas de mi hermano iban al colegio de la calle de la Montera, á donde van las de usted, y las tuvo que sacar mi cuñada.

—¡Seguramente por consejo de usted! repuso Catalina con acritud.

—No, señora: que yo ni en casa de mi hermano me he entrometido en lo que no me importa: sino porque vieron que en el dichoso colegio solo aprendian bachillerías! Y las hijas de usted aprenderán además otra cosa.

—¿Cuál?

—A gastarles á ustedes las onzas de oro que mi compadre Blas debe á la suerte y ha ahorrado con su trabajo y su vida arreglada.

—¿Y para quién las ha ganado? ¿Me lo quiere usted decir? ¿Para el vecino? Tenemos solo dos hijas: justo es darles una buena educacion, y que sean algo mas que lo que han sido sus padres.

—No, pues mis hijos no serán mas que yo: Domingo, el mayor, será confitero para que conserve abierta mi tienda: Vicente

ya está aprendiendo con un platero y diamantista: en cuanto á Petra y Nicolasa, no pisarán ningun colegio y estarán al lado de su madre: se dedicarán á limpiar la casa, á guisar, á lavar y á perfeccionarse en la costura y aplanchado: para todo esto, mi mujer es buena maestra.

—Pues mire usted, á saber todo eso no me gana á mí Patricia, señor Juan!

—¿Y quién dice tal cosa, mujer de Dios? usted sabe lo que debe enseñar á sus hijas, á las que hará desgraciadas con su educacion de señoritas! Ni yo, ni Patricia queremos dar humos á los muchachos ni á las chicas: queremos que sepan lo que se necesita saber para ganarse honradamente la vida.

—¡Claro, claro! *Cada maestrito, tiene su librito*, repuso la zapatera: pero mire usted, señor Juan; estos caramelos, que vengo á comprar á usted, son para recompensar á mi Rosa: cuando estábamos comiendo en la trastienda, llegó un viejecito á la puerta, y la pobre chica le dió su parte de sopa y de cocido.

—No hizo mas que lo que debia: mil veces han hecho eso mismo mis hijos.

—¿Y no les ha dado usted algun premio?

—¿Qué premio ni que ocho cuartos? Su madre ha frito un par de huevos al que ha hecho la caridad, y santas pascuas!

—¡Pues así se les quitará la aficion á dar!

—¿Qué ha de quitar, señora! Si eso sale ó no sale de adentro.

—En fin, señor Juan; ahí van dos reales por los caramelos de Rosa que me llevo: solo le deseo á usted que sus hijos sean tan buenas como mis dos pimpollos.

Y Catalina dejó la tiendecita del confitero, algo amoscada de las verdades que le habia dicho y de los consejos que le habia dado.

Llegó á su casa y llenó los bolsillos de sus hijas de caramelos.

No bien volvió la espalda, entablaron las niñas el siguiente diálogo:

—¿Sabes, Paulina, dijo la caritativa Rosa, que me alegraria de que viniese otro pobre mañana?

—Y yo: mas me gustan los dulces que la sopa.

—¡Qué tonta es mamá! ¿Pues no cree que hacemos un sacrificio con dar la comida? La comida de casa, que es tan mala!

—¡Y tan ordinaria! Ayer oí decir á Enriqueta, la hija de la marquesa de B..., que en su casa tenian para comer truchas y faisan.

—Mamá debia traer esas cosas, ya que somos ricos, y así podríamos decir que tambien nosotras las comemos.

—Pues le pediremos faisan para mañana.

Paulina, que era la mas atrevida, formuló la peticion, y al dia siguiente, la madre ponia en la modesta mesa de la trastienda un magnífico faisan.

Por dicha, poco despues de haber abierto su tienda el señor Blas, le cayeron cincuenta mil duros á la lotería, y como no era tonto para los negocios, tomó parte en algunas empresas seguras, que le dejaron no pocas ganancias.

Entonces se empeñó su mujer en que se pusiera levita; pero fué en vano.

—Tú ponte lo que quieras y busca una criada que te descanse, le dijo; pero, lo que es á mí, me dejas con mi chaqueta y mi pantalon de paño grueso en invierno, y de hilo en verano: no salgo de mis trece.

—Estará bien que yo vista con lujo, que las chicas lo gasten tambien y que tú vayas hecho un patan! repuso algo incomodada Catalina.

—¿No ha de estar bien? ¿Y qué le importa á nadie que tú hagas tu gusto y que yo haga el mio? Además, Catalina, tú no debes ponerte papalinas ni manteletas, sino ir bien, segun nuestra clase: ponte un buen vestido negro; un rico pañolon de China, aunque te cueste diez ó doce mil reales, y una mantilla de raso y blondas, aunque te cueste otro tanto; pero mira, si te vistes á lo señora, teniendo abierta nuestra tienda de calzado... darás que reir.

—¿Y por qué no quitamos la tienda?

—¡Quitar la tienda! repitió el señor Blas, cuya frente se cubrió con el rubor de la cólera : eso nunca!

—Pero vamos á ver : ¿para qué la quieres ya? ahora no te hace falta para comer lo que ganas!

—Ni cuando la puse tampoco, Catalina: ¿pero dónde hallaria yo el bienestar que ella nos proporciona? ¿dónde la tertulia que por la noche se reune en nuestra trastienda? ¿dónde la grata compañía de Juan el confitero, de Pepe el sastre, de Perico el del molino de chocolate?

—En ninguna parte: pero ya tendrias otros amigos.

—¿Quiénes?

—Otras personas de mas crianza y de otra posicion.

—Amigos caballeros querrás decir: bonito papel haria yo entre ellos! Yo, Blas Linares, que sé leer poco y mal firmar! vamos, Catalina, bien se está san Pedro en Roma: zapatero era mi padre y zapatero he de ser yo hasta que me muera!

—Lo que es eso lo veremos, dijo la señora Catalina para sus adentros : yo he de poder poco, ó tú dejarás la tienda que nos hace iguales á tanto pobreton.

No obstante, como Catalina era buena cristiana, era tambien excelente esposa, y respetaba tanto la voluntad de su marido,

que ni se atrevia á insistir para no mortificarle, ni queria tomar, por su parte, ninguna medida que le pudiera disgustar.

Así se pasaron algunos años.

Catalina se fué comprando el rico traje negro que su esposo le aconsejaba, el pañolon de la China, que no costó menos de catorce mil reales, y que era de fondo blanco con grandes ramos de colores y chinos que tenian las caritas y las manos de marfil, y las sombrillas bordadas de oro.

La mantilla no era menos rica, y el centro de raso admiraba con su brillo, á la par que se conocia que el velo y las guarniciones, de blonda catalana, valian un dineral.

Estrenó todo este tren para ir un domingo al teatro con su esposo, ocupando ambos dos butacas de segunda fila: hay que añadir á aquellas ricas galas unos pendientes de diamantes tablas y perlas que le habian costado cuatro mil reales.

Las niñas se habian quedado en casa acostadas, aunque de mala gana.

Al dia siguiente, así que entraron en el colegio, se les acercó Enriqueta, la hija de la marquesa de B... y les dijo:

—Anoche ví á vuestra madre en el teatro: la conocí, porque aquel dia, que llovió tanto, vino á buscaros con un coche: iba una facha, que ya, ya!

Una carcajada terminó estas palabras.

La orgullosa Paulina se puso como una grana.

Rosa, mas cándida, preguntó:

—¿Pues qué llevaba de raro nuestra madre, para ir hecha una facha?

—Mi mamá se rió mucho de verla.

Las dos hermanas se separaron de Enriqueta con enojo, y desde aquel dia dia huyeron de hablar con ella, dedicándole en

el fondo de su corazon,—Paulina, sobre todo,—un profundo aborrecimiento.

De este modo, la perniciosa educacion, que la señora Catalina daba á sus hijas, empezaba á dar el resultado que era consiguiente, brotando de las raices los amargos frutos del odio y de la venganza.

II.

Era en invierno y como las ocho de la noche, cuando en la trastienda del confitero Juan se hallaba reunida toda su familia.

La habitacion era reducida y se conocia que de dia debia tener escasa luz.

A la sazon estaba alumbrada por un modesto quinqué colocado en el centro de una mesa redonda, cubierta con un tapete de bayeta azul, y además con un hule de fondo oscuro y ramitos amarillos, en los cuales se posaban algunos pajaritos informes y de grosero dibujo.

El mueblaje era antiguo y humilde, aunque conservado con escrupuloso esmero y limpieza.

Un sofá de enea, bastante grande, ocupaba el testero principal que daba frente á la puerta : para hacerlo mas cómodo, la activa mano de Patricia habíale adicionado un almohadon de lana forrado en tela de Persia amarilla, con ramos de color de rosa, ribeteado con cinta y basteado como un colchon.

En cada uno de los brazos del sofá, habia, sujeto con cintas, otro almohadon compañero del que cubria el asiento.

¿Quién, que haya nacido á mediados de este siglo, no recuerda haber visto en casa de sus abuelos ó de sus propios padres un sofá semejante al que dejamos descrito?

¿Quién no ha hallado en su edad infantil blando sueño en sus mullidos cojines durante las noches del invierno?

¿Quién no le ha amado como á un amigo?

Petra y Nicolasa, las hijas del confitero, conocian bien la bondad de aquel viejo mueble, y asimismo sus hermanos Domingo y Vicente, á pesar de ser mas crecidos: mas de una vez habian dormido allí las dos niñas juntas y arropadas con la capa de su padre, en tanto que las personas mayores jugaban á la lotería.

Despues de aquel histórico sofá, habia en la trastienda seis sillas, un costurero grande y ya muy usado, y la mesa redonda, antiguo testigo y compañera de las penas y alegrías de la familia, y en la que se comia y se cenaba.

Un pajarito, de los llamados colorines ó cardalinas, era tambien huésped nocturno de la trastienda: durante el dia, la jaula, en que se hallaba encerrado, se colgaba á la puerta de la calle.

Reunidos en el aposento de que nos ocupamos, y que estaba situado á la derecha de la puerta de la calle, se hallaban el padre, la madre y los cuatro hijos, al dar las ocho en un antiguo reloj colocado en la pared.

Era el señor Juan Navarro, el confitero, un hombre alto y enjuto de carnes, moreno, con ojos pequeños y penetrantes, pero llenos de bondad, si se les miraba con atencion.

Vestia de negro los dias de fiesta, y de paño gris los de trabajo, pues pasaba cada mañana algunas horas en el obrador fabricando sus confituras, que eran siempre recientes y exquisitas, á pesar de la humildísima apariencia de su tienda.

El señor Juan era bastante serio, y decia su sentir al lucero del alba, si el lucero del alba se lo preguntaba; mas, por otra parte, no era entrometido y mas bien pecaba de prudente que de hablador.

Un gorro negro cubria sus cabellos, que ya eran bastante escasos: su cara era grave, pero no huraña; su nariz larga; y su boca grande, con gruesos labios y hermosa dentadura, daba á su semblante cierto aire de bondad y hasta de nobleza.

La esposa, la señora Patricia, era el tipo acabado dela excelente madre y tierna esposa: era bajita y delgada, porque su actividad y sensibilidad exquisita no le habian permitido llegar nunca á engruesar: su rica cabellera negra tenia ya en sus trenzas muchas hebras de plata: sus ojos azules eran dulces y á la par graves y pensativos: no habia ninguna regularidad en sus facciones, y jamás habia ostentado su cuerpo las formas de la belleza; ¡pero qué elocuente y pura era su mirada! ¡qué tierna su sonrisa! ¡qué grata y dulce su voz! ¡qué aseo respiraba toda su persona! ¡qué órden se notaba en su casa, y qué paz y qué bienestar se disfrutaba en ella!

Contaban ya los muchachos diez y seis años Domingo y quince Vicente; las niñas eran gemelas y habian cumplido catorce.

Era Domingo alto, robusto, rubio como unas candelas, sonrosado y jugueton; leíase la alegría en su cara y una gran sensibilidad, que habia heredado de su madre, en sus ojos.

Vicente era mas callado y menos expansivo: sus ojos, negros y altivos, eran meditabundos y tristes; su boca sonreia pocas veces: al contrario que su hermano, preferia la lectura á todas las diversiones.

En cuanto á las niñas, eran bonitas, dulces y graciosas, consistiendo el atractivo de sus semblantes, menos en la perfeccion de sus facciones, que en su apacible y risueña expresion.

Los hijos vestian de paño oscuro, como el padre: las hijas de percal, como su madre; pero sus trajes eran nuevos y estaban bien cortados.

La tienda era muy pequeña; el mostrador de encina, ennegrecido por los años; la anaquelería, llena de cajoncitos rotulados como los de una botica; el peso reluciente, pero abollado todo, indicaba una respetable antigüedad; cuatro sillas de enea la amueblaban, y la alumbraba un quinqué que pendia del techo; la puerta de cristales se hallaba cerrada á causa del frio.

Acababa de reunirse la familia en la trastienda: Vicente volvia á las ocho de casa del joyero donde trabajaba todo el dia: el señor Juan y Domingo venian del mostrador, la señora Patricia y las niñas bajaban de la cocina, que estaba en el entresuelo, despues de arreglar la cena.

—Ya está todo listo, dijo la señora Patricia animando la llama del quinqué; pero no viene padre: yo estoy con mucha pena desde hace un rato: ¿le habrá sucedido algo?

—¡Qué le ha de suceder, madre! repuso Domingo, el primogénito: ¡parece usted pájaro de mal agüero!

—¿Qué es eso? preguntó severamente el confitero, ¿es ese modo de hablar á su madre? ¿Qué significa esa gorra puesta aquí? ¿Crees que aun estás detrás del mostrador?

—No me acordaba de que la llevaba, padre, balbuceó Domingo, colorado, y descubriendo su cabeza.

—¿Tampoco te acuerdas del respeto que tu madre se merece? Sepan ustedes que le han de hablar siempre con la cabeza descubierta y los ojos en tierra... y, si no, aquí estoy yo!

—Pero, Juan, repuso Patricia, si nunca he tenido que quejarme del respeto y cariño de mis hijos: es una broma de Domingo.

—No me gustan las bromas, ni las permito contigo ni conmigo: luego mirando al muchacho severamente, añadió:

—¡Bese usted la mano á su madre y pídale perdon: ¡y cuidado con otra vez!

—¡Perdon, madre! dijo Domingo acercando á sus rosados labios la mano de Patricia, curtida por las faenas de la casa.

—Perdonado quedas, hijo mio, contestó la buena mujer abrazando á su hijo, y dejando un tierno beso en su frente.

—Ahora tomais las gorras y vais los dos á buscar al abuelo, dijo el señor Juan á sus hijos: ya sabeis que ha ido á San Luis, donde está el alumbrado: aprisita, que esperamos para cenar.

Los dos hermanos obedecieron.

—Ya sé adónde van los chicos, dijo la gruesa voz de una persona que entraba: á buscar al padre Elías.

—Sí, vecino, dijo Patricia: tarda, y estamos con cuidado... pero, ¿dónde está la señora Bárbara?

—Aquí viene: se le olvidó la calceta y tuvo que volver á casa.

El que así hablaba era el carpintero de la esquina, y testigo de su oficio era el agradable olor á madera nueva que despedia: segun lo indicaban sus palabras, su esposa entró tras él con una enorme bolsa en la mano, de la que salian las agujas de una calceta.

Los dos consortes, que ya rayaban en los cincuenta años, estaban sanos y gruesos y tenian el aire mas feliz del mundo.

Apenas se habian sentado, se abrió la puerta y apareció un anciano venerable, apoyado en el hombro de Domingo.

Vicente venia detrás.

—Encontramos ahí cerca á abuelo, dijo el menor de los dos hermanos, y no hemos tenido necesidad de llegar á San Luis.

Las niñas corrieron á tomar al abuelo el sombrero y el baston, y Patricia arregló los almohadones del sofá para que se sentase con mas comodidad.

El padre Elías—segun toda la vecindad le llamaba—era un

hombre de setenta años, padre del señor Juan, y que habia sido procurador: vestia de negro, y su aire era decente y respetable: hubiera podido decirse que era la alegría de la casa y el rayo de dicha que alumbraba todos los corazones, si no hubiera estado cada uno alegre de por sí: á haber habido contiendas, él hubiera bastado para apaciguarlas; pero, como jamás las habia, su única mision era la muy grata de amar á todos y bendecir á Dios.

—Ya me figuré que estaríais algo alarmados, dijo al sentarse en el sofá; pero estaba tan hermosa la iglesia, que me distraje: ¡qué bien cantaban! ¡qué música tan bella en el coro! Vamos, allí me parecia que estaba como en la gloria!

—Vamos á cenar, observó Patricia: niñas, traed los avíos de la mesa.

Las dos hermanitas subieron á la cocina por una escalera que habia en la misma trastienda, y bajaron lo necesario para cubrir la mesa: luego subió la madre, y bajó con cuidado una gran fuente de carne guisada con patatas, que colocó en el centro.

—Amiga Patricia, dijo Bárbara, la esposa del carpintero, ¿cuándo toma usted una criada?

—Nunca, respondió la interpelada.

—Pero, mujer, ¿por qué? Que no la tenga yo, que no soy mas que la mujer de un carpintero, pase; pero usted está en otra clase y debia mirar mas al qué dirán.

—Amiga, lo mismo gana la vida mi marido que el de usted: trabajando.

—¿Pero no ve usted lo que hace Catalina? Pues su marido no es otra cosa que un zapatero.

—Mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena: mis hijas y yo bastamos para las haciendas de la nuestra.

—¡Si tú, Bárbara, no sabes lo que son estas criaturas! excla-

mó el abuelo tomando la barba de Petra, que se hallaba sentada á su lado : se levantan con el dia y barren , limpian y ayudan en todo á su madre.

—Así me crió la mia, padre, repuso Patricia ; y mas de dos veces y de veinte he dado gracias á Dios de la educacion que he recibido : ellas se han de casar con artesanos, y así... bueno es que sepan arreglar su casa y servirse. Padre, aquí está ya picadito un buen pedazo de carne para usted : está buena , para ser la primera vez que la ha aderezado Nicolasa.

—¡Qué! ¿la ha guisado la niña? preguntó el abuelo.

—Sí, señor. Juan, aquí te he separado una tajada de lo mejor: y vosotros, hijos mios, tomad mas.

—¡Y usted sin comer ! observó Vicente : yo no sé de qué se alimenta madre.

—Sobre todo, de veros á vosotros con buen apetito.

Petra acercó su boquita al oido de su madre, y le dijo algunas palabras.

—¡Qué! ¿Lo has hecho tú sola?

—Sí, señora, ella sola , contestó Nicolasa , que parecia muy bien enterada ; y le han salido á las mil maravillas.

—¿Y quién le ha enseñado?

—¡Toma! madre , el libro de guisar ! repuso Domingo : yo subí y la hallé mas afanada !... Que traiga el plato y verá usted !...

—Anda, hija, vé á buscar tu obsequio, dijo Patricia, y lo comeremos entre todos: ¿saben ustedes lo que es ? pues mi hija ha hecho y me ha dedicado un plato de arroz con leche!

—Abuelo le dió para la leche y el arroz, dijo Vicente, y padre le dió azúcar y canela.

—Pero, ¿quién fué á comprar el arroz y la leche? preguntó la madre.

—¿Quién habia de ir? Yo, dijo Domingo: soy el *corre-vé-dile* de las señoritas.

—No te pese, observó el padre con gravedad; porque es de hombres el complacer á las mujeres: por eso ellas te traen en palmillas, y te aplanchan unas camisolas que dan envidia á los muchachos de tu edad.

Petra llegó con su plato, conduciéndole en triunfo y cubierto con una capa de azúcar y canela: le colocó en medio de la mesa, y la madre lo repartió, sirviendo con preferencia al abuelo, y haciendo acercar á los vecinos para que tambien participasen de él.

Ocupados estaban todos en saborearle y en elogiar la habilidad de Petra, cuando se abrió la puerta de la tienda, y una voz muy conocida dijo:

—Buenas noches y buen provecho.

—Adelante, Catalina, contestó la señora Patricia: adelante.

—Es que venimos todos y tenemos prisa, observó la esposa del zapatero.

—Entrad, aunque solo sea un momento, mujer.

—Solo un momento será, repitió Catalina, porque vamos al teatro.

—¿A qué hora empieza? preguntó el señor Juan.

—A las ocho y media, respondió el señor Blas, que parecia sofocado por su corbata negra y muy grande, y por su cuello derecho y almidonado como un carton.

—¡Pues si son cerca de las nueve! dijo la señora Patricia: cuando ustedes lleguen, ya se acabó el acto primero.

—Pues esa es la moda, dijo con altivez la zapatera: ¿piensas que estaria bien visto que antes de levantar el telon entrásemos en nuestro *parco*?

—¡Palco, mamá! observó en voz baja Paulina, que estaba muy colorada.

—¿Van ustedes á palco? preguntó el confitero con una sonrisa burlona.

—Sí, señor, respondió Catalina: ¿qué tiene eso de particular? ¡pagándolo, lo mismo podemos ir nosotros que los demás!

—Eso es verdad, dijo Blas; pero yo voy á estar como en ascuas, y sospecho que no me voy á divertir.

—¡Porque tú eres una persona muy ordinaria! observó con acritud su mujer.

Mientras esta conversacion tenia lugar, Vicente, el hijo menor del confitero, tenia fija en Rosa, la hija del zapatero, una mirada llena de tristeza y singular ternura: luego, y como atraido por la dulce sonrisa de la niña, se levantó de la mesa y se acercó á ella.

—¿Vas contenta al teatro, Rosa? le preguntó con cariño.

—Sí, respondió esta: voy contenta; pero, á la mitad de la funcion, me duermo.

—¿Quieres que te traiga yemas para que te distraigas comiendo una cuando llegue el sueño?

—¡Sí por cierto! Me gustan mucho las yemas! dijo la niña batiendo gozosa sus manecitas.

—Padre, dijo Vicente, voy á buscar yemas para Rosa.

—Las del cajon de la derecha son las hechas de hoy, observó el grave señor Juan: trae tambien para Paulina.

—¡Gracias! repuso esta con sequedad: no me gustan las yemas.

—¡Chica! ¡Qué remilgada te vas haciendo! dijo Domingo: ¡como si las yemas pudiesen dejar de gustar á alguno!

—¡Yo me muero por ellas! exclamó Rosa: vengan, Vicente,

añadió al ver al muchacho que volvia con un hermoso cucurucho de papel de color de rosa en la mano: dámelas: las comeremos mamá y yo.

—Niña, ¿por qué no dices *madre*, como Jesús á la Vírgen? preguntó el abuelo.

—Porque eso es una ordinariez, padre Elías, respondió, por su hija, Catalina: papá y mamá dicen las gentes finas.

—¡Pero, mujer, si eso os pega como al burro la cofia!

—¡Pues qué quiere usted! la educacion es para todo el mundo!

Y, avanzando hacia la mesa con un gesto de Juno irritada, preguntó al señor Juan:

—¿Cuánto valen las yemas?

—Mujer, ¿te quieres ir á paseo? exclamó Patricia: es un regalo que hace á Rosita mi Vicente.

—Mamá, ¿á qué hora vamos á llegar? preguntó Paulina: ¿al fin de la funcion?

—Andando, Blas, dijo Catalina. ¡Jesús! ¡Ya te dormias! ¡Qué hombre!

—Blas Linares, hija; Blas Linarès, que se ha acostado á estas horas durante cincuenta años, y que ahora se iria mejor y mas á gusto á la cama que al teatro.

—Buenas noches, dijo Catalina.

—Adios, Vicente, añadió Rosa.

—¡Gracias al cielo que dejamos á esta gente! murmuró Paulina.

—¡Ay, cama de mi alma! suspiró el pobre Blas.

Toda la familia desapareció.

Petra y Nicolasa siguieron á las niñas de su vecina con una mirada triste, y luego se miraron como diciendo:

—Van al teatro: ¡qué dichosas son!

La ternura perspicaz de su madre leyó lo que pasaba en sus corazones.

—Hijas, levantad la mesa, dijo, y traed los vestidos para concluirlos: es sábado, y mañana los habeis de estrenar, porque iremos á paseo, despues al café, y luego al teatro: toda la familia reunida y á asientos de galería principal, que son buenos y los que nos corresponden.

—¡Claro, claro! observó el abuelo: no estirar la manga mas de lo que es el brazo: esa pobre gente solo consigue arruinarse y dar que reir por el empeño de hacer lo que hacen los señores: hijos, la verdadera felicidad consiste en contentarse cada uno con la suerte que Dios le ha dado.

III.

El señor Blas enflaquecia visiblemente, desde que era rico, es decir, desde que su mujer se habia empeñado en hacer de aquel menestral grueso y ordinario un caballero fino y elegante.

No se crea, sin embargo, que la guerra imperaba en casa del maestro Linares: nada de eso.

Catalina, aunque de carácter fuerte, adoraba y casi veneraba á su marido: muy jóven se habia casado con él, despreciando otros partidos, pues su hermosura habia sido en extremo notable, y sus virtudes modestas y sencillas la hacian digna de la suerte mas brillante: habia hallado en su Blas un esposo ejemplar, un amigo, un apoyo en los veinte y seis años que llevaban de matrimonio: nunca habian disputado, y cuando habia diferido su parecer, no habian salido del terreno de la discusion ni conocian el de la disputa.

En su clase, en su estado, eran personas de buenas formas, de

buena educacion, de nobles sentimientos y estaban dotadas de mil cualidades relevantes: aseados, prudentes, de modales corteses, eran la aristocracia de los menestrales: caritativos, religiosos, arreglados, eran ejemplo de bondad, de moderacion y de cultura: pero, ¡ay! Llegó el dinero; el trabajo y la humildad parecieron fatigosos á Catalina, y la vanidad se apoderó de ella.

Ambicionó subir y ser mas que lo que habia nacido, olvidando la modestia y cansándose de lo que llamaba las rudas faenas de su casa.

De mucha ternura para su marido debia estar dotada la pobre esposa, cuando no se irritaba con él y cuando se sujetaba á su voluntad, que era la de ser lo que toda su vida habia sido, y rehusaba entrar en *finuras* y *dibujos*, como él decia.

No obstante, como la mujer consigue al fin lo que desea, Catalina, si no por el camino de frente, buscaba mil de travesía para *educar á su Blas:* esto es, para hacerle el mas esclavo y el mas desgraciado de los hombres sin que se apercibiese de ello, y sin apercibirse ella tampoco.

Poco á poco se fueron desterrando de casa de Blas Linares los muebles antiguos y modestos: el lecho matrimonial de madera y hechura de barco, cedió el sitio á otro de acero: la vetusta cómoda, tan capaz y tan buena, á una consola con tablero de piedra: la sillería, de maciza caoba, á otra muy endeble, pero forrada de seda.

En la mesa hubo la misma mudanza: en vez del confortable plato de carne con patatas del almuerzo, se ponian pescados, pichones y hasta gelatinas; porque la maestra Linares, que habia arreglado perfectamente su casa, mientras no dió entrada á sus humos de señora, ahora nada sabia de maneras elegantes y cometia bastantes ridiculeces.

En lo que halló mas difícil la victoria Catalina, fué en hacer cambiar de traje á su marido: este se resignó á la gran corbata de raso, al cuello alto, á la rica capa; pero ni para que llevase guantes, ni para que dejase su chaqueta, hubo medio de poderle convencer.

La familia Linares pasaba, pues, una vida fria y descolorida, por decirlo así, y no exenta de violencia, como sucede con todo lo que tiene una base falsa: el esposo se sentia mal y violentado en sus hábitos, y no se atrevia á quejarse por no disgustar á su mujer.

La esposa estaba asimismo disgustada, pues la *educacion* de su marido ni adelantaba lo que ella queria, ni llevaba trazas de adelantar mas.

En cuanto á las niñas, eran dos prodigios de vanidad y petulancia: sin embargo, habia una diferencia entre ambas: Paulina era violenta, despegada y nada afectuosa: su hermana, dulce y sensible, hubiera sido un ángel con otra madre menos ilusa, ó si su familia hubiera seguido en una modesta medianía.

¡El dinero! ¿Por qué se anhela en el mundo con una especie de ansia feroz el dinero? ¿Por qué se ambiciona la riqueza como la suprema, quizá como la única felicidad?

¡Cuántas zozobras, cuántas augustias ahorra una prudente decencia! ¡Cuántos goces se hallan en ella!

¿Por qué no hemos de poner á nuestra ambicion esa valla que el Todopodero puso á la mar, y que le dice:—de aquí no pasarás?

Un límite semejante habia puesto el honrado Juan á sus deseos, y en su casa moraban la alegría y la tranquilidad, en tanto que en la de su vecino entraban el descontento y el malestar.

—Transcurrieron dos años, Catalina trabajando en la obra

muda de *afinar* á su marido, y Blas resistiéndose á dejar los hábitos en que habia nacido y se habia criado.

Las niñas, ya de edad de doce y catorce años, habian dejado de ir al colegio, y viendo Catalina que la señora marquesa de B..., una de sus parroquianas, al sacar á su hija Enriqueta de la pension, le habia llevado profesores á casa, se decidió á hacer otro tanto.

Con el objeto de saber lo que costaban, fué un dia á ver á la marquesa, vestida con el rico traje negro, con el pañolon de China y la mantilla de raso, que, segun aquella habia dicho al verla en el teatro, le hacian asemejarse á una carnicera.

¿Pero quién hace caso de las injurias de una marquesa? Y tanto menos, cuando podian ser cosas y habladurías de las niñas.

Esta fué la cuenta que se hizo Catalina, que toda su vida habia sido una persona digna y altiva, y á la que la vanidad iba desposeyendo de su dignidad sin que ella misma se apercibiese de ello.

La marquesa, al oir sus preguntas, fué atacada de un violento acceso de risa; pero como era deudora del señor Blas por cerca de mil reales de calzado, se dijo que convenia disimular y complacer á su extravagante esposa.

—Señora Catalina, los profesores en casa me cuestan muy caros: la buena educacion de una niña es, en extremo, onerosa, y esta es la causa de que, agobiada con los gastos de la mia, no haya ido á pagar aquella cuentecita...

—¿Quién piensa en eso? exclamó Catalina: señora marquesa, usted es muy buena en ir á calzarse á aquellos barrios donde nosotros vivimos.

—¡Es que su marido de usted es primoroso!

—Eso sí: lo fué siempre y ha ganado mucho dinero con su

trabajo: lo que, unido á habernos caido la lotería, nos permite dar á las niñas una esmerada educacion.

—¿Y de qué quiere usted buscarles profesores?

—¿Yo? de todo, señora marquesa: de música, de dibujo, de baile, de francés...

—Y bien, querida Catalina, preguntó la marquesa: ¿de qué servirá todo eso á sus hijas de usted?

—¡Señora! de ser personas finas! repuso Catalina.

—Lo supongo; pero, ¿de qué les servirá el ser personas finas ó bien educadas, que viene á ser lo mismo? De salirse de su esfera y no poder entrar en otra mas elevada.

—Yo creo, señora, que teniendo habilidades y dinero...

—Jamás harán papel solo por eso en la sociedad, mi pobre amiga: únicamente hay una cosa que enaltezca á las personas de oscuro nacimiento, y es el tener un talento grande, luminoso: ¿sabe usted si sus hijas tienen ese talento? ¿han aprovechado el tiempo que han estado en pension? Han conseguido los primeros adelantos en las materias que allí les enseñaban y que, segun creo, son las mismas que usted quiere que continúen?

—A la verdad, señora, repuso Catalina algo confusa, que en el tiempo que han ido al colegio no han adelantado mucho!..... pero...

—Pero eso nada quiere decir, lo comprendo, dijo la marquesa: la educacion de la pension es un tanto descuidada para las niñas, y estas adelantan mucho mas con profesores particulares; pero esto se ve pronto, y, créame usted: si alguna de sus hijas descubre un talento ó disposicion especial para una cosa dada, déle usted en ese ramo cuantos conocimientos pueda y nada escasee para conseguirlo: los mismos profesores son para eso los jueces mejores; pero si en nada despuntan, no les enseñe usted

cosas que ni las elevarán á los ojos de la sociedad, ni harán mas que envanecerlas.

Despues de este prudente consejo, la marquesa nombró á la señora de Linares los profesores de su hija, y le dijo los honorarios que les daba, despidiéndola en seguida, aunque con bastante política y con la excusa de que tenia que ir á paseo.

Catalina se retiró algun tanto resentida y mal humorada: se dijo que todo lo que le habia manifestado la marquesa—cuyas reflexiones habian sido en griego para ella—no era mas que efecto del disgusto que le ocasionaba la idea de que sus hijas iban á tener la misma educacion que Enriqueta.

Al dia siguiente, fué ella misma á buscar á los maestros, y como el mes estaba terminándose, se convino que empezarian las lecciones desde el primero del próximo.

Las niñas, segun habia sospechado la marquesa, eran para todo una medianía y además bastante desaplicadas: los honorarios de los profesores, que eran crecidísimos, corrian, y ellas no adelantaban un paso.

Pero ni el padre ni la madre podian conocer cuán inútilmente gastaban su dinero, y, por otra parte, los profesores no eran muy desinteresados que digamos, por cuya razon guardaban acerca de èste punto un completo silencio.

Un dia, Catalina, que se habia levantado muy temprano, segun su costumbre, para vigilar á la criada, se sintió quebrantada y dolorida.

Pensó que su malestar seria pasajero, y se dedicó, como de ordinario, á asear su casa, encargando á la sirviente que hiciera el menor ruido posible para no despertar á las niñas, que no se levantaban hasta las diez.

Sin embargo, y á pesar de su fuerza de voluntad, su malestar

crecia y se hacia por instantes mas fatigoso: con gran trabajo bajó á la tienda, donde se hallaba su marido; pero, rendida de aquel esfuerzo, se dejó caer sobre una silla.

—Blas, me encuentro muy mala, dijo con voz débil.

—¡Dios mio! ¿Qué tienes? ¿Qué sientes? exclamó el buen hombre: ¡estás encendida y descolorida al mismo tiempo!

—¡No sé lo que tengo: es un dolor en el costado izquierdo, que parece un puñal y no me deja respirar!

—Francisca, corre al instante á llamar al médico: vuela, que aun no habrá salido de casa.

La criada obedeció á toda prisa.

Catalina tenia los ojos cerrados y los brazos colgando: en su semblante se sucedian la lívida palidez de la muerte y el fuego de una fiebre abrasadora.

Su marido la condujo á la alcoba, alentándola con mil palabras cariñosas, y la dejó sentada en un sillon y envuelta en mantas, porque temblaba de frio.

IV.

Francisca, de vuelta de llamar al médico, á quien halló en su casa, entró en la del señor Juan, y dijo á este, que estaba tras de su mostrador leyendo el diario, que su ama se habia puesto mala.

—Anda y di que ya va mi mujer á ver si se ofrece algo, repuso el confitero: di á Blas que no se apure, pues aquí estamos todos para ayudarle.

Francisca salió mas consolada: la pobre muchacha temia hallarse sola con la responsabilidad de una enfermedad grave,

pues aunque las niñas tenian ya trece años la una y quince la otra, no servian absolutamente para nada.

Casi detrás de la criada entró en casa del zapatero su vecina Patricia.

Esta examinó á Catalina, que continuaba como aletargada, y dijo á media voz y con acento de terror:

—¡Es dolor de costado y pulmonía!

—Ya me lo temí yo, dijo Blas: anoche, al salir del teatro, hacia un frio atroz y debió pasarla el aire.

—Francisca, dijo la señora Patricia: mulle bien la cama y caliéntala para acostar á tu señora.

Cumplió la criada estas disposiciones, y entre todos acostaron á Catalina, cuyo cuerpo abrasada y se hallaba á la par sacudido por un terrible temblor nervioso.

Poco despues llegó el médico: examinó el pulso de la enferma y exclamó:

—¡Es una pulmonía fulminante! ¡El confesor lo antes posible!

El médico no habia visto á Blas, que estaba á su espalda; pero este dejó escapar, al oir sus palabras, un grito de dolor y de espanto.

—Vamos, es preciso ser hombre, dijo Patricia; además, que, no porque reciba los sacramentos, se va á morir, Blas!

Paulina y Rosa, avisadas por la criada de la terrible y repentina indisposicion de su madre, se habian vestido y habian corrido á la alcoba, donde se hallaban pálidas y desoladas.

—¡Madre! ¡mamita mia! ¿qué tiene usted? exclamó Rosa, asiendo entre sus manecitas las de Catalina.

Como si el eco dulce de aquella argentina voz hubiera subyugado la misma enfermedad, la paciente abrió los ojos y respondió:

—¡Estoy muy mala, hija mia!

Paulina se inclinó sobre el lecho, ocultó en él su cara y prorumpió en sollozos.

—No lloreis... no os aflijais, dijo Catalina: ¡esto no será nada!

—Blas, que las lleven á mi casa, observó Patricia: las pobres criaturas van á sufrir mucho aquí.

—¡Separarnos de nuestra madre! ¡jamás! exclamó Rosa con calor.

—Ya pasareis á verla cuando se sienta mejor.

—¡No, señora, no! no quiero dejar de verla ni un instante, ni un segundo, dijo Rosa.

A poco fueron viniendo los maestros, y sucesivamente se les despidió diciéndoles lo que ocurria.

Blas, con un valor de que no se le hubiera creido capaz, fué á la parroquia á llamar á un confesor y en busca de las medicinas que habia dispuesto el médico.

Lleváronse á las niñas á otra habitacion: la afliccion de ambas era extrema; pero la de Rosa era mucho mayor que la de su hermana.

En seguida de haber hecho su confesion, recibió Catalina el santo Viático.

Todos los vecinos acompañaron á la augusta majestad que iba á visitar á la enferma.

No puede imaginarse un espectáculo mas conmovedor que el que ofrecia la salita donde se hallaba Catalina.

El lecho de esta estaba primorosamente arreglado por la diligente mano de Patricia.

Le cubrian una colcha de damasco carmesí y ricas ropas de Holanda guarnecidas con encajes finos de hilo.

Catalina, recostada en una pila de almohadones, tenia puesta una chambra, blanca como la nieve, cerrada hasta el cuello y abrochada igualmente en las muñecas.

Dibujábase ya en su rostro pálido y todavía hermoso, la terrible huella de la muerte: sus ojos se abrian con pesadez para adorar, con una mirada sumisa y llena de reconocimiento, al Rey de reyes, que iba á darse á ella en el augusto Sacramento.

Inundaba su frente un sudor frio, que humedecia sus cabellos y brillaba en sus sienes en menudas gotas.

Enfrente del lecho se habia levantado un altar, en el que, entre muchas velas de cera encendidas, se elevaba, como una bandera de paz y de perdon, un alto crucifijo: colgado en la pared, y dominando el altar, habia un hermoso cuadro traido por Patricia, y que representaba á Nuestra Señora de la Esperanza.

Cuando se oyó en la calle el sonido de la campanilla, un estremecimiento terrible recorrió el cuerpo de Blas: hubiérase dicho que el dolor alteraba toda su máquina.

Los vecinos precedian é iban siguiendo con hachas encendidas la suprema Majestad: Juan, el confitero, su padre y sus hijos formaban parte de la comitiva: su mujer y sus dos hijas con la cabeza cubierta con sus mantillas, se hallaban arrodilladas en la alcoba alumbrando tambien.

Paulina y Rosa no tenian mantilla: la ceguedad de la pobre Catalina no les habia dejado usar nunca esa humilde, graciosa y modesta prenda, gala de la juventud, toca severa de la ancianidad y que todas las naciones civilizadas envidian á las españolas: las niñas tenian sombreros, de subido precio y cargados de flores y plumas por la mano de la maligna modista, con pésimo gusto: ella ponia las cuentas mas crecidas, segun era mas

ostentoso el adorno que empleaba, y luego se reia de las figuras de las hijas del zapatero.

En aquella solemne ocasion, la misma altiva Paulina vió que era por lo menos inconveniente recibir de aquel modo á su divina Majestad, y acercándose á Patricia, le dijo con triste acento:

—Señora, ni Rosa ni yo tenemos mantilla que ponernos: ¿servirán las de mi madre?

—Sí, hija mia, contestó la buena mujer: busca dos, sean como sean, y ponéoslas: si no hallas la llave, Petra os dará dos, aunque usadas. Dios no repara en esas cosas.

Paulina abrió el cajon de la cómoda, y sacó una mantilla para ella y otra para Rosa: tomando despues cada una su vela encendida, se arrodillaron á la entrada de la alcoba sin poder apenas contener su llanto y el exceso de su afliccion.

La enferma recibió con la mayor devocion el sacramento; y no bien hubo sosegado algunos instantes, un sangrador abrió sus venas para atenuar los estragos de la enfermedad, que avanzaba á pasos de gigante.

¡Ay! ¡Fué en vano! La sangre no corrió, sino lenta y perezosamente, estancándose en seguida.

—Todo es inútil, observó Catalina sonriéndose: Dios me quiere para sí: dejadme un momento sola con mi marido.

—Rosa, no te aflijas de ese modo, dijo Vicente acercándose á la hija menor de Blas: ¡me partes el alma!

—¡Mi madre! ¡Ah, mi pobre madre! exclamó Rosa sollozando.

—Si pudiera, muriéndome yo, salvarle la vida, lo haria de la mejor voluntad, porque tú no llorases! repuso el muchacho, cuyos grandes ojos negros estaban bañados en llanto.

—¡Miren el majadero! ¿Quién te pide sacrificios ni consue-

los? dijo Paulina con enojo: ¡véte y déjanos cuanto antes!

—¡No hablo contigo! repuso Vicente: tú no llorarás á tú madre mucho tiempo; y, aunque llores, poco me importa.

—¿Por qué das oido á ese zafio? preguntó Paulina á Rosa: vente conmigo.

Esta siguió á su hermana, que la habia asido del brazo; pero antes envió á su amigo de la infancia una tierna mirada de gratitud.

V.

Catalina seguia incorporada en sus almohadas y respiraba con suma dificultad: sobre la blanca sábana se veian lánguidamente extendidas sus manos, con las cisuras de la lanceta cerradas y rodeadas de un círculo cárdeno é hinchado.

Enfrente del lecho, estaban aun el altar y la imágen del divino Señor, ante la cual ardian algunas luces: el olor del incienso perfumaba la estancia y la alcoba, como un recuerdo de la santa visita que la doliente habia recibido.

Blas entró en la alcoba y se sentó á la cabecera de la cama de su mujer: por su plácido y rubicundo rostro, trastornado entonces por un agudo dolor, corrian gruesas lágrimas, que en vano procuraba contener.

—Blas, dijo la enferma con voz débil... esto se acaba: voy á dejarte, porque Dios me llama: no me duele irme del mundo, sino dejarte y dejar á mis hijas en tierna edad!

Los sollozos no dejaron contestar al esposo: la enferma prosiguió:

—No te aflijas y conformémonos ambos con la voluntad de Dios; pero mira, mi querido y excelente Blas... antes de sepa-

rarme de tí, quiero pedirte una cosa, aunque sé de antemano que la harás.

—Habla, dijo el pobre hombre : todo lo que me encargues se hará.

—¿Todo?

—¡Todo! ¿Qué deseas? ¡Pide! ¡Quiero qué estés tranquila!

—Pues bien, Blas, mi compañero en esta vida, mi buen esposo, quiere mucho á las niñas!... considero que pierden conmigo lo que no se puede comparar con nada... ¡una madre! es decir, quien las entendia en el pestañear, quien adivinaba sus deseos, quien vivia en ellas... quiérelas tú ahora por los dos, Blas.

—Si Dios te llama á otra vida, véte descansada, sollozó Blas: no tendrán por mí un solo instante de pena!

—¡Gracias, Blas de mi alma! En cuanto á que no les dés madrastra, no te lo encargo, porque sé que no lo harás: te conozco, y estoy segura de que á ninguna otra mujer darás el sitio que yo tenia; pero aun me queda que pedirte otra cosa...

Aquí la voz de Catalina pareció extinguida por una emocion penosa: su marido asió su mano, fria ya, y le dijo con cariño:

—Habla sin temor, Catalina : cumpliré religiosamente tu voluntad.

—Escucha, pues, Blas. Dios nos ha dado la fortuna... ya no es preciso que tengas la tienda abierta, y faltando yo... ya ves... las niñas... se bajarán á ella... pueden entrar jóvenes... y yo me iré con el mayor desconsuelo, si no las dejo á salvo de todos los peligros...

—¿Quieres que cierre la tienda?

—¡Sí, Blas!... ¡me iria tan tranquila si me dieras palabra de hacerlo!

—Ya no se abrirá mas, respondió el señor Blas.

—¿Me lo ofreces?

—Te lo juro.

—¡Ah, qué bueno eres! ¡Y qué peso, tan grande se me ha quitado de encima del corazon! Ya ves, el tener abierta la tienda perjudicaria tambien á la buena colocacion de nuestras hijas: cerrándola, se casarán mejor! Blas, ¡Dios te bendiga! En tanto que he vivido, y al morir, me has hecho la mas dichosa de las mujeres!

—¡No, pobrecita, no! repuso Blas: ¡no he hecho todo lo que debia! me he negado á que se realizaran algunos deseos tuyos; porque soy un terco, un bestia! No he querido cerrar la tienda antes de ahora, ni ponerme levita, ni guantes, ni usa tenacillas para el azúcar del café, ni otras pequeñeces que nada costaban y que te hubiera satisfecho mucho verme hacer! ¡Perdóname! ¡Perdóname todos los disgustos que te he dado! Ahora daria la mitad de mi vida por haber sido otro!

El señor Blas prorumpió en sollozos: su mujer le miró con ternura y dijo haciendo un esfuerzo:

—Blas, entre todos los hombres que he conocido, no hay ninguno que se pueda igualar á tí! Con ninguno podia haber sido tan dichosa! ¡consuélate y cúidate para nuestras hijas!

—No he sido para tí lo que debia ser, Catalina. ¡Ay! Yo creia morir antes que tú. ¡Cuánto mas hubiera valido para esas pobres criaturas!

—Prefiero morir á tener que sufrir el dolor de verte enterrado Blas! Porque yo, á pesar de mis rarezas, que algo te han mortificado, te queria mucho!

—Ya lo sé, Catalina... tranquilízate, que haré cuanto me has encargado.

—Que entren las niñas... dijo Catalina con voz débil... quiero abrazarlas, y despues quedarme sola con Dios... Blas, haz preparar la uncion... esto va muy de prisa, y quiero llegar á la presencia del Supremo Juez, como una buena cristiana, lavada de todos mis pecados.

Paulina y Rosa entraron en la alcoba de su madre, bañadas en lágrimas, y se arrojaron sobre el lecho, abrazándola estrechamente Paulina.

—Hijas mias, dijo la enferma, no lloreis y oid atentamente lo que voy á deciros, porque dentro de poco estaré en el tribunal de Dios : aprovechemos el escaso tiempo que me queda : quiero encargaros que cuideis y ameis á vuestro padre como á la persona que mas debeis en el mundo; que le obedezcais en todo; que no le deis ninguna desazon : ¿lo hareis, hijas mias?

—¡Sí, señora! respondieron las dos hermanas.

—Mirad, prosiguió Catalina, que hacia ya penosos esfuerzos para hablar: mirad que va á sentir mucho mi falta, porque durante largo tiempo le he hecho una buena y fiel compañía... procurad ahora que no me eche de menos... cuidadle, acompañadle... si sois para él unas buenas hijas, el Señor os recompensará y os dará larga vida...

Las fuerzas de la enferma se agotaban por instantes ; y tal descomposicion notó Paulina en sus facciones, que, asustada, quiso llamar á su padre.

—¡Espera... espera! murmuró Catalina, y tú... Rosa... acércate, hija... porque mi voz se apaga... escucha: mi deseo... ha sido el casaros con personas de buena posicion y que hicieran algun papel en el mundo... por eso os daba una brillante educacion... ¡ojalá que se cumpla mi propósito!... pero si no te acomodan los que te pretendan , acuérdate, hija mia , de una cosa

que te voy á decir... Vicente... el hijo de nuestro vecino Juan, te quiere... te podrá ofrecer un mediano pasar... y te hará feliz... nada te dejo mandado... nada te aconsejo... hija de mi alma... solo te digo lo que mi corazon de madre ha adivinado...

Una mortal congoja cortó la palabra y el aliento á Catalina, que ya no abrió los ojos : con el tierno instinto de su amor conyugal y materno, buscó á tientas y encontró la mano de su marido y las de sus hijas, que guardó bajo las suyas heladas ya con el frio de la muerte.

Por un poderoso esfuerzo de su voluntad, entreabrió los párpados y dirigió, implorando perdon, una elocuente mirada á la imágen de Jesús crucificado que asistia á su agonía : sus labios se movieron como si orase, y estrechó las manos de su marido y de sus hijas con un movimiento lleno de suprema ternura.

Poco á poco, el movimiento de sus labios se fué haciendo menor y se extinguió del todo.

—¡La uncion! dijo el médico, que se hallaba á los piés del lecho en actitud llena de triste impotencia.

Acercó el sacerdote los sagrados óleos á las sienes de la moribunda ; y esta, como reanimada por aquel contacto bendito, volvió á abrir los ojos, y dijo con voz bastante firme:

—¡En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu!

—¡Dios te reciba en su santo seno, alma cristiana! dijo el sacerdote, dejándose caer de rodillas.

Y como si el alma de Catalina esperase únicamente esta recomendacion del ministro de Dios, voló al cielo envuelta en un dulce suspiro.

VI.

Blas y sus hijas pasaron seis dias en casa de su vecino Juan, en tanto que este y su mujer llenaban todos los deberes del entierro y funeral de Catalina, á la que habian amado verdadera y sinceramente.

El dolor de Paulina y de Rosa fué grande ; pero muy distinto en sus manifestaciones.

Paulina hizo extremos de desesperacion, y se calmó al fin, casi súbitamente.

Rosa lloraba en silencio dia y noche, y no hallaba distraccion en cosa alguna.

Perdió el color, y sus ojos azules, tan hermosos y tan dulces, se hundieron de un modo que daba compasion.

Blas habló al fin de mudanza y de arreglo de casa.

—¡Qué! exclamó Juan : ¿te vas á mudar? ¿Y la tienda, tan acreditada hace años, dónde la llevas?

—La quito, respondió el zapatero con un suspiro que no pudo contener.

—¿La quitas? preguntó Juan abriendo unos ojos como puños.

—Sí : la voy á traspasar.

—¿Pero por qué?

—Porque se lo ofrecí así á mi mujer, que esté en gloria.

—¿Ella te encomendó que dejaras la tienda?

—Sí: me dijo que las niñas estarian en ella, y que no lo creia conveniente... en fin, se lo ofrecí, y antes moriré que faltar á esa promesa, hecha en la agonía, á mi pobre y querida mujer.

—No hablemos mas de eso, repuso el grave señor Juan : considero esa promesa tan sagrada como tú, y te ofrezco ayudarte para que realices un traspaso ventajoso.

—¿Conoces á alguna persona que le acomode la tienda?

—El tio Lucas.

—¿El zapatero del portal de allá abajo?

—Sí: creo que se la quedará.

—¡Pero si tiene seis hijos y es solo un remendon!... ¡Si yo creo que no tiene blanca!

—Y es la verdad, Blas: tiene seis hijos y no es mas que un remendon; pero no está tan pobre como tú piensas.

—¿Y va á tomar tienda á los sesenta años?

—Menos la tomará por él que por su hijo Luis, que es una alhaja.

—Ya se ve que lo es: prudente, bien criado, obedece á su padre como un cordero, y tiene una habilidad como pocos.

—El zapatero de la real casa le da ya veinte reales diarios de jornal, y no tiene mas que diez y siete años: su padre me decia hace pocos dias:—Vecino, voy á reunir los ahorros de toda mi vida y á pedir lo que me falte para poner á mi Luis una tiendecita: él la hará prosperar, y dentro de cinco ó seis años, será un buen marido para la Nicolasa de usted.—Este proyecto, prosiguió el señor Juan, me satisface tanto, que daré al tio Lucas el dinero que le falte para tomar tu tienda.

—No hay para qué, dijo Blas: que se quede con ella y la pagarán cuando puedan, el tio Lucas ó su hijo: ¡qué marido hará para tu chica! Pero me parece una cosa.

—¿Cuál?

—Que siendo tú confitero, la chica podia lograr cosa mejor.

—¿A qué llamas tú cosa mejor?

—A un oficio mas señor: podia alcanzar tambien un marido sin oficio y con empleo.

—Mira, Blas, dijo el señor Juan: los oficios todos son igua-

les, y en todos se gana el pan con el sudor de la frente : además, hay personas, como el chico de Lucas, que ponen altos todos los oficios : ¿dónde se hallará un hombre de empleo fino, que tenga esa cortesía, esa humildad, ese respeto á sus padres y mayores, esa conducta arreglada, ese carácter afable y complaciente que tiene Luis? Nada, nada : no me hables de personas altas, porque no las quiero : en cuanto á dar tú la tienda al tio Lucas para cuando te la pueda pagar, no es cosa de eso : yo le prestaré lo que necesite, que al fin, al que ha de ser marido de mi hija...

—Como quieras, repuso Blas : en todo caso, diré al tio Lucas que cuente conmigo para aquello que necesite : si quieres acompañarme, buscaré casa y saldremos con las niñas.

—Vamos allá, dijo Juan : ¿pero has pensado ya en qué calle ha de ser?

—Paulina quiere en una alegre y por la que pase mucha gente.

—¿Pero, hombre, vas á hacer caso del gusto de la chica? ¡A mí podian venirme las mias con esas sonajas!

—Juan , respondió el zapatero con gravedad : estoy decidido á dar gusto á mis hijas en todo lo que pueda : así se lo ofrecí á su madre.

El confitero miró asombrado á su amigo, y luego meció tristemente la cabeza.

—Las pobrecitas, prosiguió Blas, ya no tienen en el mundo otra persona que las quiera, mas que yo!

—No es querer mas á los hijos dejarles hacer su gusto en todo, observó el confitero.

—¿Y qué me cuesta complacerlas en esto?

—Haz lo que quieras, dijo Juan : ya estoy dispuesto.

—Vamos, hijas mias, arreglaos un poco, dijo Blas á sus hijas : saldremos á buscar casa.

Las dos hermanas se pusieron sus vestidos de lana negra y unas mantillas de luto, que les habia comprado y cosido la buena Patricia.

—¡Santo Dios! ¡qué fachas estamos! exclamó Paulina : hermana, mas valdria quedarnos en casa hasta que estemos vestidas de otra manera!

—¡Eso es! y dejaremos á padre solo en su primera salida! ¡Lo que es yo voy con él, sea cómo quiera! Ya sabes lo que nos dijo la pobre de nuestra madre.

—¡Madre! ¡padre! ¡Qué bonito es hablar así! murmuró Paulina : ¿por qué no decimos papá y mamá como antes?

—¡Porque el guason de Domingo se nos rie! respondió Rosa.

—¡Valiente bestia está! ¡tengo una gana de salir de este barrio!...

—Ya en poco va : haremos que hoy mismo tome papá la casa : vamos allá.

Las dos hermanas se reunieron á su padre y al señor Juan, y llamaron á la señora Patricia y á sus hijas para decirles adios.

Estas bajaron del piso segundo llenas de polvo y con la cabeza cubierta con un pañuelo : la madre llevaba en la mano unos zorros y una de las hijas una escoba.

—Hoy es sábado y hay que dejar la casa como un oro, dijo Patricia.

—¿Señora, no está aquí nuestra criada? preguntó Paulina : ¿por qué no barre ella?

—*Háztelo tú* es el mejor criado, respondió la confitera: tenlo entendido, hija ; y además, tu criada se irá con vosotras y quedaremos mal acostumbradas, porque yo no la tengo ni pienso tenerla.

—Abur, dijo Paulina contrariada y arreglando coquetamente su mantilla ante el espejo de la trastienda.

—Hasta luego, padre Elías, dijo Rosa al abuelo, que se calentaba al brasero : hasta luego, señora.

—¡Qué mal auguro para esas niñas! observó el anciano: ¡solo les faltaba haberse quedado sin madre!

—A mí me dan mucha pena, dijo Patricia, y es desgracia que no se puede remediar, porque están muy mal criadas desde pequeñitas : Paulina es ya una mocita y para nada vale. Vamos, niñas, á concluir de limpiar.

—Mujer, siéntate un poco y deja á las muchachas , opinó el abuelo : ¿no tiene cada una diez y siete años?

—Verdad es, padre, repuso la buena mujer : me quedaré aquí con usted y para ayudar á Domingo si vienen á comprar.

—¡Sí, que Domingo necesita Cirineo! dijo una voz en la tienda : siempre piensa usted que hace falta su ayuda!

—¡Hijo, qué bestia eres! exclamó la madre : querer hacerte un favor, es echar margaritas á puercos.

—¡Pues está claro! Ya no debia usted hacer mas que descansar y cuidarse como abuelo, y siempre está usted hecha un azacan. ¡Si padre lo supiera!...

—Hijos, todos trabajamos y todos vamos á una en casa, por lo que Dios nos ayudará, dijo la buena Patricia : mira, tu abuelo estableció bien á tu padre y le buscó esta tienda acreditada ; tu padre trabaja por vosotros ; yo ahorro lo que cuesta una criada, para que vosotros y vuestras hermanas tengais algo mas : al fin sois cuatro, y para vosotros todo me parece poco.

—Pues yo lo que quisiera es, aunque trabajara toda mi vida, verla á usted descansar.

—Ya lo sé, hijo mio.

—Apostaria, dijo el abuelo, á que Blas alquila casa en una de las calles mas concurridas de Madrid.

—Yo tambien lo creo, dijo Patricia: como que seguirá el gusto de las muchachas, que solo desean eso.

—Madre, observó Domingo: ¿sabe usted que Paulina está guapa de veras? ¡Qué alta se ha hecho y qué hermosos ojos tiene! Aunque Vicente dice que Rosa es mas bonita, yo encuentro mejor á Paulina.

—Yo habia pensado, dijo suspirando Patricia y bajando la voz para que no la oyese su hijo desde la tienda, yo habia pensado que esas niñas llegarian á casarse algun dia con mis hijos; pero ya hay que desistir: ¿no es verdad, padre?

—Así es, hija mia, respondió el abuelo: la semilla de una educacion viciosa y torcida está ya fructificando en ellas: la ambicion se ha apoderado de esas criaturas, y no podia haber mayor desgracia para mis nietos que casarse con ellas. ¡Dios quiera darles esposas que se asemejen á tí!

Cerca de las cuatro volvieron el señor Blas, sus hijas y el señor Juan.

—Ya hemos alquilado, dijo el zapatero, un cuarto segundo en la calle del Cármen, para que estén alegres mis palomitas.

Y esto diciendo, el buen hombre tomó la barbilla de su hija mayor, le hizo alzar la cara y la besó en la frente.

—¡Pero en ese sitio debe ser muy caro! observó Patricia.

—Muy caro: me cuesta el cuarto diez mil reales al año; pero ellas estarán contentas, porque les gusta... ¿no es verdad, niñas?

—¡Oh, sí, papá! exclamó Rosa: y además, lo estarémos, porque en el cuarto principal vive la marquesa de B... y su hija Enriqueta es amiga nuestra!

—¿Qué amiga es esa que nunca viene á veros? preguntó admirada Nicolasa, la hija del confitero: ¡vaya una amistad!

—¡Pues, sin embargo, es amiga! ¡ahí verás! dijo muy picada

Paulina: no venia, porque al cabo papá tenia tienda y ella es hija de una marquesa; pero ahora seremos inseparables, y con ella iremos Rosa y yo á todas partes... sí, señora, á todas partes!

VII.

Era la marquesa de B... una señora de poco corazon, aunque de fino y perspicaz entendimiento: su fortuna, disipada entre ella y su marido, habia sido bastante considerable.

La marquesa quiso viajar, dar bailes y convites, asistir de continuo á los que daban sus amigas, y hacer, en una palabra, lo que, por lo regular, hacen las personas que deben al cielo pingües riquezas.

El marqués, por su parte, ayudó con la mejor voluntad á la ruina de su casa, comprando carruajes, pagando á subido precio relaciones vergonzosas y entregándose á todos los caprichos de la moda.

Enriqueta, su hija única, era el ídolo de los dos, que la mimaban de la manera mas loca y absurda.

Enriqueta tenia la edad de Paulina y sabia dibujar bastante mal una flor, tocar una sonata de manera que no la reconociera su autor, y bordar medianamente en tapicería.

No era bonita, y solo estaba dotada de esa gracia fresca de la juventud, agregando á ella unas maneras distinguidas.

Pero la madre veia con terror la próxima ruina de su casa: ya habia llegado el caso de deber á la modista una suma mayor que la que debia al maestro Linares el zapatero: entonces se dijo que las amistades que mas le convenian eran las de gente rica, aunque no tuviera muchos pergaminos, y se dedicó á ser la

directora, por decirlo así, de algunos plebeyos, enriquecidos en el comercio y en especulaciones mas ó menos honrosas.

La marquesa, pues, vió el cielo abierto cuando el honrado señor Blas Linares fué á ocupar el cuarto segundo de la hermosa casa que ella habitaba, con mucho dinero y con dos niñas llenas de vanidad y de pretensiones, á las cuales podria acabar de educar.

Y por otro lado, ¡qué ventajosa amistad para su hija! Ya no podia comprar á Enriqueta dos trajes al mes, y era seguro que entonces iba á suplir á su bolsillo el del espléndido y bonachon ex-zapatero.

Este empezó por rogarle que no se acordara de la cuenta que tenia con su casa, y que la diera por satisfecha, pues entre buenos amigos no debia pensar en semejantes futesas.

Al dia siguiente de haberse trasladado á la calle del Cármen, don Blas—que así llamaba la marquesa á su antiguo zapatero,—manifestó á aquella lo apurado que se hallaba para comprar el mueblaje de la casa, en atencion á que él entendia poco de esas cosas.

—Amigo don Blas, dijo la marquesa, no hay que apurarse por tan poco: yo iré con la niña mayor de usted, y compraremos lo que, á mi parecer, haga falta: las cuentas se le remitirán á usted despues.

—¡Oh, señora marquesa! ¡será usted tan buena! exclamó enajenado el viudo: ¡ah! No sabe usted el peso que se me quita al pensar que no tengo que andar en ese negocio. ¡Ya se ve! ¿Qué sé yo de poner una casa? Catalina era la que se cuidaba de comprar lo que hacia falta y de reponer lo viejo.

—Lo que sí aconsejo á usted, señor don Blas, dijo la marquesa, es que ponga su casa bastante elegante; eso proporcionará

á las niñas excelentes partidos; porque, por mas que se diga, el mundo se paga mucho de las formas, y hace de ellas mucho caso.

—Señora, todo á su gusto de usted, concluyó don Blas: disponga usted de mi bolsa y tambien para usted: si le hace falta algun mueble de lujo...

La marquesa se sonrió irónicamente ante la generosidad de don Blas, expresada, á la verdad, de una manera algo grotesca, pero llena, por otra parte, de candor y de sinceridad, y respondió con tono de dignidad ofendida:

—Gracias, don Blas: tengo mi casa puesta desde hace años segun debe estar, y nada necesito.

—¡Ah señora! ¿Habré tenido la desgracia de disgustar á usted? exclamó el cándido artesano: ¡perdóneme usted! Nada sé, nada entiendo de finura y de buena educacion; pero hablo á usted, como se suele decir, con corazon en la mano.

—Que se vista Paulina y que baje, dijo la marquesa, dando la mano á don Blas para levantarle, pues casi estaba este á sus piés: saldremos en mi coche.

Poco despues, la elegante berlina blasonada de la marquesa llevaba á esta, á su hija y á Paulina á uno de los mas lujosos almacenes de muebles que habia entonces en Madrid.

Paulina sintió que su corazon se hinchaba de orgullo y de placer, al verse en hermoso carruaje al lado de la marquesa y de su hija.

Rosa se asomó al balcon con el objeto de ver partir el coche, é hizo á su hermana, con la mano, una señal de despedida.

Ya iba á retirarse y á cerrar el balcon, cuando se quedó inmóvil con los ojos fijos hácia el lado de enfrente de la calle y un poco mas arriba de su casa.

A la puerta de una elegante joyería, habia visto á Vicente, el hijo del confitero.

—¡Si somos vecinos! pensó Rosa: ¡y yo que no me acordaba!

Y empezó á saludar con la cabeza al aprendiz de platero.

Este, como atraido por una fuerza magnética, dejó el umbral de la tienda, y avanzó apresuradamente hasta debajo del balcon de Rosa.

—Sube, le dijo esta.

El muchacho entró en el portal, subió la escalera, y á la puerta de la habitacion se encontró á Rosa.

Vicente, al verla, se olvidó de la joyería y de la reprimenda que tendria que sufrir de parte del maestro, y una alegría vivísima y profunda, como todas sus sensaciones, se pintó en su cara triste é inteligente.

—Entra, dijo Rosa: nos hemos mudado aquí: Paulina ha salido con la marquesa: van á comprar muebles para arreglar la casa: yo he sentido mucho dejar nuestra antigua calle, donde murió mi pobre madre... mi padre está en su cuarto...: entra, que se alegrará mucho de verte.

Rosa dijo todo esto de un tiron, pintando así, con amable desórden, todos los diversos sentimientos que la agitaban: sus ojos brillaban con la dulce luz del contento y tenia entre las suyas las manos de Vicente.

—A Dios gracias, dijo el muchacho, que os habeis venido á vivir á esta calle, donde yo vengo á trabajar: ¡qué alegre estaré ahora! ¿Te asomarás alguna vez al balcon?

—¡Muchas veces al dia!

—¡Qué dicha! Si vieras qué triste estaba en la tienda porque no te veia! Rosa, mas pensaba en tí, que en mi hermano y en mis hermanas!...

—¡Ya lo creo! ¡Y yo en tí! ¡Cómo me acuerdo de las tardes de los domingos, cuando íbamos con nuestros padres y hermanos á la montaña del Príncipe Pio, á coger mariposas! ¡Y qué ramitos de flores me hacian! ¡Y qué bien sabian elegir para mí las naranjas mas dulces de aquélla vieja vendedora que tenia un nietecito al que tú llevabas tu postre!

—¡Pobre chico! ¡Era tan feo! repuso Vicente: tenia las piernas torcidas y no levantaba media vara del suelo!

—¿Te acuerdas, Vicente, del dia que me caí y me vendaste con tu pañuelo una herida que me hice en la frente?

—Sí que me acuerdo.

—¡Y cómo me estropeé un pié! Me llevaste en brazos, hasta que mi madre fué á buscar un coche.

—¡Qué tiempos aquellos! ¡ah! ¡Si no le hubiera caido á tu padre la lotería, todos seríamos iguales! ¡Maldita sea la lotería!

—¿Por qué dices eso? ¿No somos ahora iguales tambien?

—¿Qué lo hemos de ser? tu padre ha cerrado ya la tienda, y ahora vosotras hareis las señoritas, ireis al teatro, á las tertulias... ¡ya, ya sé lo que va á suceder! ¡Pronto tendrás novio!

—¡Novio! ¡si solo tengo catorce años?

—¿Qué importa eso? Cansado estoy de ver pasar al colegio chicas de tu edad, y de menos, con el novio al lado! ¡Las que se crian para señoritas, aprenden muy pronto esas cosas!

—¿Con qué tono dices eso Vicente?

—¡Yo me entiendo, y Dios me entiende tambien!

—Podrá ser; pero yo no te entiendo.

—¿Cómo está la puerta abierta? dijo la gruesa voz de don Blas saliendo hácia la antesala.

—Papá, respondió Rosa: estaba yo al balcon, ví á Vicente á la puerta de su tienda y le llamé: ahora íbamos á entrar á ver á usted.

—Buenos dias, señor Blas, dijo el muchacho algo ruboroso y dando vueltas á su gorra que tenia en la mano.

—Bien llegado, hijo mio: entra y almorzarás conmigo y con mi Rosita.

—¡Dios mio! ¡Qué dirá el principal! exclamo Vicente, que en tanto que habia estado hablando con Rosa, no se acordó de que habia principal en el mundo: ví á Rosa y me vine sin pedir permiso; pero ahora me voy.

—¿No quieres tomar nada?

—Muchas gracias, señor Blas: ya almorcé esta mañana.

—Pues, hijo, vuelve á tu obligacion, que la obligacion es lo primero; y ya sabes dónde estamos: hoy, cuando salga, entraré á ver á tu maestro y á decirle que te deje subir algun rato.

—Muchas gracias, señor Blas: adios, Rosa.

—Adios, Vicente, dijo la niña.

El aprendiz de joyero salió, y Rosa, despues de cerrar la puerta de la escalera, se fué al balcon para verle atravesar la calle.

Ya bastante tarde, volvieron la marquesa, su hija y Paulina.

Al dia siguiente, la casa se hallaba adornada con gran lujo y elegancia, y habia para el servicio interior una cocinera, una doncella y un criado.

Por el mueblaje pagó el bueno de don Blas sesenta mil reales: en cuya suma entró tambien el importe de dos primorosos mueblecitos que la marquesa *compró* para su gabinete.

Aunque pareció ofenderse mucho de la ingenua y noble oferta que le hizo de su bolsa el ex-zapatero para que tomase lo que le agradase, no halló inconveniente en hacer un arreglito con el mueblista, mediante el cual figuró pagarle los dos muebles para guardar encajes y joyas, y el almacenista los cargó en la cuenta de don Blas.

No tomó la suma que valian contra la voluntad de su dueño, puesto que el sencillo señor Blas Linares deseaba obsequiarla: por tanto, no puede darse el nombre de *robo* á la adquisicion de los meblecitos; pero nos parece que merecia muy bien el de *estafa*.

Vicente vió entrar los soberbios muebles dorados, los espejos y las ricas colgaduras con las lágrimas en los ojos é inmóvil en la puerta de su tienda: todo aquello le separaba de Rosa.

VIII.

Pasemos tres años, haciendo no obstante, una relacion sucinta de lo ocurrido, durante ellos, en casa de don Blas, aunque suponemos que ya lo sospechará el lector.

La marquesa no solo se encargó de dirigir su casa, sino de dirigir tambien á Paulina y á Rosa.

Esta última era blanda como la cera, por cuya razon se hacia de ella lo que se queria: su carácter débil, apocado y excesivamente dulce, no conocia ni nunca habia conocido la resistencia: era completamente igual á su padre.

Paulina era todo lo contrario: dominante, voluntariosa, vana, dura en sus modales, seguia las modificaciones de la marquesa, porque convenian con su carácter, y dominaba á su padre y á su hermana de una manera absoluta.

El buen don Blas era víctima de incesantes mortificaciones: su hija mayor le regañaba y le reconvenia duramente, porque no se queria vestir á la moda; pero el pobre señor se ahogaba con la levita y estaba en un potro con el frac: su aire era tan encogido, tan torpe, tan ordinario, en una palabra, que su hija, despues de un año de pruebas y de sujetarle á mil martirios, se dijo que lo mejor era prescindir de él, dejarle que hiciera lo que le parecie-

se, y salir siempre ella y su hermana con la marquesa y con su hija, ya que estas lo deseaban.

Paulina, dotada de gran perspicacia y de un claro talento, habia llegado á comprender perfectamente la posicion de la marquesa; y, comprendida, le sobraban medios para dominar á aquella mujer, que le era muy inferior en sagacidad.

No era, pues, la marquesa la que dirigia á Paulina, sino Paulina la que imperaba en el ánimo de la marquesa: esta no podia ya pensar siquiera en explotar á don Blas, porque siempre se le adelantaba Paulina, diciéndole con altivez que podia remediar sus necesidades y sacarla de apuros.

Comprendiendo la señorita de Linares—este título se daba en la tertulia de la marquesa á las hijas de don Blas—que ella no podia dar en su casa conciertos ni bailes, hizo que la marquesa los diese en la suya, sufragando ella los gastos que se le originaban: en una palabra, un lazo misterioso unia á aquella dama, á quien los años despedian del mundo, arruinada y llena de desengaños, con aquella niña altiva, que llegaba á sus umbrales con el corazon henchido de vanidad y de ambicion.

Rosa, como ya queda dicho, era una débil criatura, que temia mucho á su hermana, y que únicamente hacia lo que Paulina le ordenaba.

Solo eran iguales las dos hermanas en belleza: ninguna de las esperanzas maternales de la pobre Catalina se habia defraudado en este punto.

Paulina y Rosa eran mas bellas aun de lo que ella habia adivinado, y de su hermosura se hablaba mucho en Madrid, porque iba envuelta con el prestigio de una gran riqueza.

Paulina era alta, trigüeña y un poco pálida: sus cabellos y sus ojos negros y sus grandes cejas daban á su fisonomía un ca-

rácter apasionado : su boca de coral tenia un dibujo caprichoso y perfecto : era delgada y á la vez torneada con extrema perfeccion.

Rosa era de menos estatura, blanca como el nácar y tambien delgada : sus ojos azules, de mirada pensativa y dulce, solo hablaban de ternura y de amor : una espléndida masa de cabellos rubios coronaba su frente y se agrupaba en trenzas y en menudos rizitos, como sortijas y cadenas de oro.

Su delicada boca, su pequeña y rosada nariz, sus brazos y cuello algo delgados, no decian mucho en favor de la robustez de aquella niña : su extrema blancura no dejaba á sus mejillas sino el leve color que ostenta en su seno una rosa blanca; pero á la mas ligera emocion, se cubrian aquellas de un vivo sonrosado y su seno latia aceleradamente.

Un altercado la hubiera destrozado, y jamás habia pensado en sostener ninguno : cariñosa y tierna con su padre, y sumisa á su hermana, admiraba á esta y rendia un absoluto vasallaje á su talento y á su deslumbradora hermosura.

Tenia una amiga en Enriqueta, que la amaba mucho mas que á Paulina ; porque la mimada niña tenia algunas veces celos de la influencia sin límites que la hija mayor de don Blas ejercia en el ánimo de su madre.

Y á propósito de don Blas. ¿Qué habia hecho en los tres años que habian trascurrido desde la muerte de su esposa?

El primero trascurrió para él en medio de regaños de su hija y de mortificaciones de todo género : durante este tiempo se ensayó en él la levita, el frac, la corbata blanca y el chaleco de etiqueta, así como la bata y el casquete griego ; pero todo fracasó, y ya hemos dicho que la firmeza de carácter y la fuerza de voluntad de Paulina se estrellaron contra la imposibilidad que

el obeso cuerpo y el aire torpe de Blas Linares oponian á los esfuerzos de la jóven.

Pero Paulina creyó haber hecho mucho con intentar dar educacion á su padre, y, convencida de que esto no era posible, no volvió á pensar en él mas que para pedirle dinero cuando le faltaba, lo que sucedia con bastante frecuencia, á pesar de tener asignada cada mes una gran suma para atender al gasto de la casa.

El pobre Blas se vió reducido á almorzar y comer solo, pues sus hijas lo hacian á distintas horas que él.

El ex-zapatero salia á las seis de la mañana de su cuarto, y se iba á dar un paseo por las calles : á las ocho volvia á casa y le daban chocolate : á las dos comia, y á las diez de la noche cenaba y se iba á acostar.

Aquella soledad forzosa agobiaba al pobre hombre : desde que regresaba de su paseo por la mañana, ya no volvia á salir ni veia á sus hijas en todo el dia.

Cuando se cansaba de estarse solo en su cuarto, se iba á la antesala y aun á la cocina para charlar un poco con los criados; pero pronto se aburria y volvia á su soledad, cabizbajo y triste.

Poco á poco perdió sus encendidos colores, y su gran abdómen disminuyó una mitad : no tenia apetito, y se pasaba las noches dando vueltas en su lecho y suspirando profundamente.

Sin embargo, Rosa sentia el aislamiento de su padre y hubiera querido acompañarle ; pero, ¿cómo separarse de su hermana, cómo explicarle este deseo? ¡Imposible! El valor de Rosa no llegaba á tanto.

Tomó el partido de fingirse indispuesta alguna vez, y de quedarse al lado de su padre haciéndole compañía.

Aquellas eran las horas mas dichosas del buen Blas : adoraba

á sus hijas con ceguedad, con locura, y el oirlas y verlas era, para él, el supremo placer de la tierra.

Una mañana, despues de tomar chocolate, se le ocurrió volver á salir, y pasó por delante de la joyería donde trabajaba Vicente.

—¿Y por qué no he de entrar á ver al chico? se preguntó: así se pasará el rato. ¡Una tienda! ¡Ah! ¡Qué dichosas son las gentes que tienen una tienda! El tenerla ha sido mi sueño dorado por espacio de cuarenta años, y cuando lo logré... ¡pero vamos! ¿me voy á quejar ahora de haberla quitado?... Esto seria lo mismo que quejarme de mi pobre mujer, á quien Dios se llevó!... No pensemos en tal cosa, sino en ver á Vicente, que está ahí trabajando.

El señor Blas entró en la joyería.

Solo se hallaban en ella, á la sazon, el hijo del confitero y uno de los dependientes.

Las facciones de Vicente se animaron con una viva alegría al ver al padre de Rosa: el jóven dejó su trabajo y salió al encuentro de don Blas, ofreciéndole una silla junto á la que él ocupaba y volviendo á su obra.

Poco despues, bajó el dueño de la tienda y saludó afectuosamente al vecino don Blas, al que conocia por haber oido hablar de él á Vicente.

Era un hombre ya de edad y de muy agradable trato, que se hizo muy amigo del antiguo zapatero, pues, aunque mas instruido que este, sabia estimar su sencillez y buen carácter.

Desde aquel dia, el señor Blas lo pasó mucho mejor, pues algunos ratos de soledad los mataba en compañía del joyero y de Vicente.

Otro dia se preguntó que por qué no habia de ir á ver á su

amigo Juan Navarro, el padre de Vicente, y la respuesta fué encaminarse hácia su antiguo barrio.

Para esta visita, se puso su traje de paño grueso, su capa, sus zapatos y su gorra con visera: es decir, se puso á sus anchas y se dijo:

—Allí, de cualquier modo que vaya me recibirán con alegría.

La vista de aquella calle estrecha y sombría, de la tienda de Juan, tan mezquina y oscura, como siempre la habia conocido, y sobre todo, la vista de la que él habia tenido, ocupada por el tio Lucas, que remendaba los zapatos de las pobres mujeres de la vecindad, y por su hijo Luis, que trabajaba en obra prima con extraordinaria perfeccion, arrancaron á Blas algunos suspiros muy dolorosos.

¡Qué recuerdos tan gratos tenian para él aquella estrecha calle, aquellas humildes casas!

¡Allí habia él vivido, siendo muchacho, al lado de sus padres!

Allí se habia casado y habia visto pasar, al lado de Catalina, tantos años felices y tranquilos!

¡Qué dichoso habia sido allí, y á la sazon, qué poco lo era, á pesar de sus esfuerzos para persuadirse de lo contrario!

Con el corazon lleno de suspiros y los ojos llenos de lágrimas, fué como entró en la tiendecita del confitero, su amigo y antiguo vecino.

Sentado este detrás del mostrador, fumaba un grueso cigarro de papel.

Su hijo Domingo, que ya era un guapo muchacho, envolvia caramelos y hacia paquetitos de confites y piñones bañados en azúcar.

A la puerta de la trastienda, cosia Patricia una sábana nue-

va, cambiando frecuentemente con su marido algunas gratas palabras y una amigable y dulce sonrisa: en el piso de encima se oian los pasos breves y ligeros de las dos muchachas, que iban y venian cantando y disponiendo la comida.

Por último, en el fondo de la trastienda, reclinado en su vetusto sillon de vaqueta, estaba el abuelo Elías dormitando y teniendo entre los dedos un enorme rosario, en el cual, de vez en cuando, y al despabilarse con algun ruido, rezaba un Ave-María.

Aquel apacible cuadro doméstico hizo suspirar de nuevo al pobre Blas, que fué recibido con la misma cordialidad que cuando pasaba todas la noches á jugar al tute, á pesar de hacer ya mucho tiempo que se habia separado de aquellos buenos vecinos.

—Mal he quedado con vosotros, Juan, dijo á su amigo: no he venido á veros desde que me trajisteis aquí con mis chicas el dia de la muerte de mi pobre Catalina, que esté en gloria: ¿qué habreis dicho de mí?

—Nada, sino que, cuando no venias, no podrias hacerlo, ó no querrias nuestra amistad, repuso el grave y sesudo señor Juan.

—¡No querer yo vuestra amistad! repitió el señor Blas con vehemencia: ¿has podido pensar eso? Pero motivo he dado para ello, y, á pesar de todo, no habia dia en que no me acordase muchas veces de vosotros! ¡He sido un tonto!... Al principio, con el arreglo de la casa y el afan de complacer á Paulina, que me queria llevar á las tertulias y paseos, se me fué un año... y luego, me dió vergüenza!

—Pues aquí siempre somos los mismos, dijo el bueno de Juan: amigos con alma y vida: cuando quieras venir, serás muy bien

recibido ; y si no voy á verte, es porque no quiero exponerme á que tus chicas me hagan un desaire.

—¡Qué te han de hacer! exclamó el señor Blas : ¿acaso crees que ellas son malas?

—Dios nos libre de eso, dijo la señora Patricia : solo que sabemos por nuestro Vicente que salen siempre con la marquesa del cuarto principal, y que han echado un lujo grande... y ya ve usted, amigo Blas, como nosotros no hemos salido de nuestro paso y vamos todos vestidos á lo artesano, las chicas podrian tenerse á menos de tratarnos.

—Nosotros ni somos ni seremos nunca otra cosa que artesanos, añadió Juan : el que se dé vergüenza de tratarnos, peor para él : tú, Blas, serás siempre mi amigo, porque siempre nos hemos querido y desde niños nos conocemos : tus hijas. ya es otra cosa : sin que yo trate de culpar á tu pobre mujer, que ya está con Dios, no se te puede ocultar que, desde que eran muy pequeñas, les metió mucho aire en la cabeza : aire que llevan y llevarán adelante.

—No puedo remediar ese mal, repuso tristemente el antiguo zapatero. Juan, te lo confieso, quiero á mis hijas con idolatría.

—No les pruebas bien tu cariño, observó el confitero meciendo la cabeza.

—¡No sé probárselo de otro modo! Y por otra parte, ¿qué harias tú en mi caso?

—¿Yo? exclamó el confitero : en primer lugar, hubiera impedido á mi mujer que las criara como lo hizo la tuya ; y luego, si esta hubiera faltado, les hubiera tenido las riendas tirantes! Pero vamos, Blas, prosiguió el señor Juan : no quiero que el venir por mi casa te sirva de ocasion de un disgusto, sino de recreo y consuelo : comerás con nosotros, y despues iremos los dos á dar un paseo.

Así se hizo: se comió en familia, se recordaron los tiempos de la juventud, se paseó largamente, y se bebieron buenos tragos en la cena, acabada la cual el señor Blas se volvió á su casa y se metió en la cama rejuvenecido diez años, al tiempo que sus hijas empezaban á vestirse para bajar á un baile que daba la marquesa en celebridad del dia de su santo.

Otro año pasó mas dichoso para Blas que los dos anteriores: casi todos los dias iba á casa de su amigo Juan, veia á los conocidos del barrio, charlaba con ellos y bebia sus copitas; pero esto lo ocultaba el buen Blas á sus hijas, como si hubiera sido el mayor pecado de la tierra.

Vamos á encontrar á las dos encantadoras hermanas una noche, á la hora de acostarse, en el tocador de la mayor.

Era un gabinete octógono y dispuesto, no solo con un lujo extraordinario, sino con un gusto distinguido, pues Paulina estaba dotada de un talento poco comun para gastar bien mucho dinero.

El tocador—que, aunque se habia dispuesto para ambas hermanas, apenas usaba Rosa—se hallaba vestido de damasco de seda azul: una mesa con colgaduras de muselina blanca de la India y transparente de raso azul ocupaba el sitio principal: á cada lado de esta mesa habia un divancito de seda azul: en el testero de enfrente habia dos armarios de caoba tallada, cuyas puertas eran dos grandes espejos, que contenian esas prendas de vestir, esos accesorios, y esos adornos tan sencillos y tan necesarios para una mujer elegante.

Algunos sillones diseminados estaban ocupados por trajes de sociedad y de calle: sobre los divanes habia tambien guantes, flores, cintas y lazos en pintoresca confusion.

Dos mesitas colocadas debajo de las ventanas, sostenian cajas, frascos de esencias, peines, pomadas, juguetes de plata y porcelana y mil bagatelas que representaban grandes dispendios.

En el techo ardia una lámpara de porcelana con globo azul, pendiente de tres cadenas doradas.

Paulina, sentada delante de la mesa del tocador, y envuelta en un peinador de merino blanco, guarnecido de cintas y lazos color de rosa, deshacia lentamente su peinado, á la vez que hablaba con su hermana, que estaba sentada en el divan de la izquierda de la mesa.

Rosa llevaba aun el traje con que habia asistido al teatro, de donde hacia ya dos horas que habian vuelto, pues eran las dos de la mañana.

Acababa de cumplir diez y siete años, y nunca una niña rubia y delicada ha estado dotada de mayores atractivos que la hija menor de Blas Linares.

Su traje de tafetan blanco, listado de azul, dejaba ver un talle flexible y elegante como un junco.

Una copiosa cabellera rubia bajaba en gruesos rizos por su frente y sus mejillas: sus grandes ojos azules se hallaban pensativos y tristes, pero conservaban la suprema dulzura de la infancia: todo era en ella bello, puro, sonriente, agradable, armonioso, por decirlo así: con sus pequeñas manos cruzadas sobre las rodillas, parecia escuchar sumisa y tranquilamente las palabras de su hermana.

Paulina, por el contrario, manifestaba estar poseida de una cólera sorda y violenta: sus labios temblaban: sus mejillas se hallaban cubiertas de un vivo sonrosado: sus ojos lanzaban rayos: sin duda que seguian una conversacion desde hacia algun tiempo, á juzgar por la actitud algo fatigada de Rosa y de la irritacion de Paulina.

—Responde, dijo esta con mas vehemencia de la que hasta entonces habia usado: ¿has decidido no casarte con el marqués?

—No he decidido nada, repuso Rosa suavemente: ni él ni yo hemos hablado de eso.

—¿Pero te agrada?

—No me parece feo; por el contrario, conozco que tiene una bella figura.

—¡El te halla adorable!

—Y yo lo siento mucho.

—¿Por qué razon?

—Porque preferiria que no se hubiera fijado en mí.

Paulina hizo un gesto de impaciencia y dijo:

—Si quieres, antes de un mes serás marquesa.

—Hermana mia, repuso Rosa, ya te he dicho que el marqués no me ha dirigido ni una sola palabra de amor.

—Porque no se atreve.

—¡Mas bien creo que será porque no me ama!

—¿Y tú le amas?

—¡Yo... tampoco! respondió Rosa con un suspiro.

—¿Luego rehusas esa boda?

—¡Esa y todas!

Paulina miró á su hermana llena de sorpresa.

—¡Tendrás el corazon ocupado! exclamó tomándole una mano.

Rosa bajó la cabeza, se puso muy encarnada y nada respondió.

—¿Amas á algun otro? preguntó Paulina: ¿amas al vizconde?

—¡No! respondió Rosa.

—¿Al general? A pesar de no ser ya jóven, no me extrañaria.

—Tampoco.

—¿Pues á quién? ¿Prefieres á alguno á quien no conozco? ¿Dónde le has visto?

Rosa ocultó su rostro cubierto de encendida púrpura en el

seno de su hermana que, conmovida y llena de sorpresa, habia dejado el asiento que ocupaba delante de la mesa de tocador para ir á sentarse á su lado.

—¡Habla! repitió: ¡quiero y debo saberlo todo! ¿No sabes lo que te quiero? ¿No sabes que ahora debo ocupar contigo el lugar de una madre? Háblame con franqueza.

—Si nuestra madre viviera, no culparia, por cierto, el afecto que llena mi corazon, dijo Rosa: hermana, yo no sé si lo que siento se llamará amor; pero la verdad es que yo veo á todas horas una imágen delante de mis ojos: que sueño con ella y pensando en ella me despierto!

—¿Y quién es?

—¡Vicente! murmuró Rosa con acento trémulo y lleno de emocion.

—¡Vicente! repitió Paulina enderezándose como si la hubiera mordido una serpiente, pero sin soltar todavía la mano de su hermana: ¿de qué Vicente hablas?

—De Vicente, el hijo del señor Juan.

—¿De ese miserable aprendiz de platero?

—Sí, respondió Rosa con voz que era apenas perceptible por el temblor que la agitaba.

—¡Qué vergonzosas ideas tienes! exclamó Paulina soltando la mano de su hermana y separándose de ella con violencia: ¡ah! no bastaba para mi tormento el tener que sufrir los hábitos deplorables de nuestro padre, y la imposibilidad de hacerle adquirir el mas leve instinto de decencia! Era preciso que apurase el dolor de oirte rehusar un casamiento ventajoso, y la ignominia de verte apasionada de ese jóven vulgar! ¡Y yo sola para luchar con vosotros dos! ¡Ah, qué desgraciada soy!

Algunas lágrimas corrieron por las mejillas de Paulina, y sus facciones todas pintaron un agudo dolor.

PUBLIC LIBRARY

¡HABLA! QUIERO Y DEBO SABERLO TODO.

Rosa se levantó del sitio en que se hallaba sentada, y llorando á su vez, fué á arrojarse en los brazos de Paulina.

—Hermana mia, exclamó, no me culpes, no me acuses de que te doy penas! ¡Yo haré lo que tú quieras, lo que me exijas!... ¿Lo oyes? No llores de ese modo, ó el dolor me haria perder la razon.

—Rosa, dijo la hermana mayor volviendo á sentarse en el divan que ocupaba la menor, y haciéndola sentar á su lado : te lo confieso, lo que impera en mi alma es la ambicion, el deseo de sobresalir! He comprendido que en el mundo hace papel el que lo quiere hacer, y que cada uno es dueño del sitio que elige, siempre que lo sepa guardar! ¿Qué esperas amando á ese jóven? Si te casas con él, lo que, en tanto que yo viva, jamás consentiré, una existencia oscura, pobre, ignorada! Tú, tan linda y á quien el cielo ha favorecido con una educacion esmerada y con un caudal que tantas te envidian! ¡Qué distinta suerte hallarias uniéndote al marqués! Carruajes, palco en los teatros, joyas deslumbradoras, espléndidos trajes, un soberbio palacio... todo esto te hará ser una de las mujeres mas á la moda y mas envidiadas de Madrid! ¡Pero habla! ¡Respóndeme! ¡Dime si mis razones te convencen ó si todavía permaneces en tu funesto error!

—¡Yo no amo al marqués! murmuró Rosa temblando.

—¿Y eso qué importa? repuso Paulina : yo tampoco amo al baron, y, sin embargo, voy á casarme con él! El amor llegará despues ; y aunque no llegue, ya sabes que la marquesa dice, que para el matrimonio no es necesario el amor, y que, aunque este exista, se acaba al año de casados y queda solo una fria amistad.

—Razon tendrá la marquesa, repuso la inocente Rosa : ella sabe mucho y conoce el mundo mejor que nosotras ; pero, no

obstante, debe ser mas grato casarse con quien se ama : además, ya sabes cómo se querian nuestros padres y cómo se quieren los de Vicente!

—¿Y qué tiene que ver lo que nuestros padres han hecho con lo que debemos hacer nosotras? Nuestros padres y esa buena gente, á cuya familia pertenece el oficial de platero, eran unos menestrales ordinarios y llenos de preocupaciones y de ideas rancias : ¡nosotras ya estamos educadas de otro modo! Imita mi ejemplo : ¿puedes tú suponer que yo ame al baron?

—¡Oh, no! exclamó Rosa casi con terror : ¡amar á ese hombre! ¡Es imposible! Al menos, el marqués es jóven, y está dotado de una bella figura : con el tiempo tal vez podré amarle... pero tú, mi pobre hermana!... ¡ah! ¡qué prisa te corre casarte! Y siendo tan jóven, ¿por qué no esperas? Quizá encuentres otra persona que te agrade mas.

—¡No! ¡No me hables de esperar! exclamó Paulina : quiero salir lo antes posible de la situacion en que estamos : quiero mandar en mi casa y vivir á mi gusto : ¡si supieras cuánto me incomoda la vida que hace nuestro padre!...

—¡Pobre padre! ¡Muy triste debe ser! ¡Le dejamos tan solo!...

—Ya sabe él buscarse compañías, que ojalá hubiera olvidado!

—¿Qué dices?

—Esta tarde he averiguado que pasa la vida ó en la platería de la acera de enfrente, donde trabaja el hijo del confitero, ó en casa del mismo confitero, donde cena casi todas las noches y bebe en grande!

—¡Pero si nosotras no le acompañamos! ¡el pobre tiene que buscar algun medio para no morirse de tristeza!

—En fin, quiero estar en mi casa lo antes que pueda, para vivir como me acomode, sin cuidarme de lo que él haga.

—¡Dios mio! ¿Porque nos casemos con personas de rango, hemos de renegar de nuestro padre? exclamó Rosa asustada.

—¿Quién dice eso? ¡Vendremos á verle! pero al menos sus despropósitos y sus groseras inclinaciones no caerán tan directamente sobre nosotras, estando ya casadas: conque es cosa resuelta... la marquesa puede arreglar tu boda con el marqués y nos casaremos el mismo dia.

Rosa iba á hablar sin duda; pero una mirada de su hermana detuvo la palabra en sus labios.

—Ocupémonos de nuestras galas, prosiguió Paulina: estas son muy costosas y voy á adoptar, para tener mas dinero, un medio que me ha indicado la marquesa: aunque no podemos quejarnos de que nuestro padre sea mezquino, hay, sin embargo, que explotarle en esta ocasion: nuestros futuros nos harán magníficos regalos, y la marquesa nos hará uno á cada una, aunque para ello tenga que empeñarse; pero esto no basta, y las ricas galas que necesitamos exigen crecidas cantidades.

—¿Necesitamos ricas galas? ¿Para qué? preguntó Rosa cándidamente: ¡si tenemos los trajes á docenas!

—Eso no importa: ya nos los han visto todos, y ahora tenemos precision de hacernos, por lo menos, una docena nuevos: así, pues, tú pedirás á papá y yo tambien: á las dos nos dará, y la mas elegante modista de Madrid se encargará de nuestros equipos de boda. Yo haré una lista y saldremos á compras con la marquesa... Ahora vamos á dormir... adios, hermana mia, y alégrate con la brillante suerte que te aguarda y que tantas han de envidiarte.

Paulina abrazó y besó á su hermana con verdadera ternura, y

cada una se fué á su alcoba para buscar el descanso que ninguna de las dos pudo encontrar.

La hermana mayor permaneció desvelada hasta cerca del amanecer con sus locas ideas de ambicion, con su sed de goces y de fiestas.

Rosa, profundamente triste, vertió algunas lágrimas pensando en Vicente: oia la voz de su madre, quien, á la hora de su muerte, le habia dicho:

—Piensa en que te ama y en que sabrá hacerte feliz.

Pero luego se le representaban la cólera y las lágrimas de su hermana: quizá la vanidad se mezclaba tambien algun tanto á sus pensamientos, y se resignó á casarse con el marqués y á olvidar los sueños que otras veces habian ocupado su cabeza, y que á la sazon miraba solo como irrealizables locuras.

IX.

Dos meses despues y á principios de febrero, el salon de la casa de don Blas Linares resplandecia de luz y de pedrerías: elegantes damas—aunque en corto número—le ocupaban: algunos caballeros se paseaban tambien hablando en voz baja y riéndose de las pretensiones del ex-zapatero y de sus hijas, y diciendo que los novios de estas tenian muy poco decoro, comprando por algunos miles de duros unas esposas bonitas, jóvenes y elegantes, pero de un nacimiento tan bajo.

Aquella noche se firmaban los contratos de boda.

La marquesa presidia y hacia los honores del salon con su gracia acostumbrada y con su inalterable buen humor.

Las dos niñas hablaban con sus amigas, que eran las jóvenes que asistian por la noche á la tertulia de la marquesa, y con la

hija de esta que, á pesar de pertenecer á la mas alta sociedad, como se sabia que su madre estaba completamente arruinada, no encontraba un marido, por mas esfuerzos que hacia para dar con él.

Sin duda, á causa de pensar en esto y de convencerse además de que las hijas del zapatero Blas Linares le habian encontrado solo por ser ricas, era la sonrisa de Enriqueta algo amarga y sus facciones se hallaban contraidas con una penosa expresion.

Los novios estaban tambien en el salon: el marqués, futuro esposo de Rosa, se paseaba del brazo de un general: era un jóven de hermosa presencia, de aspecto osado y casi cínico, alto, delgado, nervioso y de unas maneras llenas de elegancia y distincion.

Toda su vida la habia pasado de orgía en orgía, y para él la mujer mas seductora era la mas desvergonzada; el mejor amigo, el mas desenfrenado calavera; y su único ídolo el dinero.

Las decepciones que sin cesar le habian abrumado, viviendo entre gente perdida, le habian hecho calificar el mundo de abominable y á las personas creyentes y morigeradas de tontos de capirote: era el marqués de Alcaraz de los que dicen que en esta vida solo se saca *lo que se saca á diente*, y que el que no se divierte y explota al prójimo es un simplon que merece ser explotado.

Si la marquesa, en vez de proponerle para eposa á la hija de un honrado artesano, le hubiera propuesto á la hija del verdugo, lo mismo se hubiera casado con ella, con tal de que hubiese sido rica y de que él pudiera vivir á gusto algunos años mas á costa del dote de su mujer.

Tal era el marqués de Alcaraz, indigno, por cierto, de poseer á la inocente niña, que se preparaba á ser para él una buena y

fiel esposa y á amarle con todo su corazon, á pesar de las ideas de su hermana acerca de la inutilidad del amor en el matrimonio.

El futuro esposo de Paulina tenia algunos puntos de contacto con el marqués; pero en la diferencia que se advertia entre los dos, llevaba el marqués la ventaja.

El baron de Evora, portugués, y que habia tomado carta de naturaleza en España, por haber cometido toda clase de excesos en su patria, era una especie de ogro feroz: ya no era jóven: su estatura, que no llegaba á la de Paulina, parecia casi cuadrada: tal era su fuerte musculatura y tan groseras sus formas: la altura de sus anchas espaldas le daban el aspecto de un jorobado: su cuello era corto, grueso y como enterrado entre sus hombros fornidos: su cara, ancha y encendida, estaba semi-cubierta por una barba rubia ó casi roja.

Tenia los ojos grises y pequeños, de perversa mirada y aviesa expresion: las manos y los piés muy grandes, la risa maligna y muy escasos cabellos, que, como la barba, tiraban á rojos.

El baron era de carácter duro é imperioso; pero su afan de agradar á Paulina, de cuya belleza se habia verdaderamente enamorado, era tal que habia adoptado la mas amable exterioridad que le habia sido posible, guardando para mas adelante el dominio y la dureza.

Casi arruinado tambien, no lo estaba hasta el punto que el marqués: aun poseia algun dinero, y enteramente despreocupado en cuanto á las condiciones de nacimiento, se reconoció prendado hasta la ceguedad de Paulina, y suplicó á la marquesa que negociase su matrimonio, como habia negociado el del marqués.

Hemos dicho que el baron no era jóven; pero á pesar de ha-

ber cumplido ya los cuarenta años, su atlética naturaleza se hallaba mucho mas robusta que la del marqués, que solo contaba veinte y seis de edad, y cuya salud estaba muy arruinada.

El baron, sentado al lado de la marquesa, hablaba con ella y contemplaba á su bella novia, que reia á carcajadas con sus amigas.

—¿Verdad que es linda? preguntó melosamente la marquesa al ver la mirada que el baron dirigia á Paulina.

—¡Demasiado para estar educada tan á sus anchas! respondió bruscamente el portugués.

—¿Cómo?

—Digo que, si usted la ha dirigido, no le hace mucho honor su obra; pero yo la ataré corta, y esto ha de ser muy pronto.

—Cuidado, baron, que Paulina tiene el carácter muy fuerte.

—Sea enhorabuena.

—Y no se dejará dominar.

—Lo veremos.

—Habrá escándalos.

—Ya sabe usted que nada se me da del qué dirán: yo educaré á mi mujer, porque la verdad es que no lo está: ¿y cómo ha de estarlo con aquel padre? ¡Mire usted qué figura presenta!

Al decir estas palabras, el baron señaló con descaro al señor Blas, que, sentado en un extremo del salon, dormitaba con una tranquilidad envidiable.

El buen hombre se habia puesto aquella noche una levita negra que le tenia muy embarazado, por ser de rico paño Sedan y bastante ceñida á su obeso cuerpo.

Un pantalon, negro tambien, y unas botas que le hacian ver las estrellas, pero que eran de rico charol y obra perfecta del primogénito del tio Lucas, completaban su atavío, además de

una camisola muy almidonada y de una corbata de raso, cuyos pliegues se hallaban prendidos con un grueso brillante.

El pobre don Blas, martirizado con su cuello almidonado y con sus botas de charol, sin hablar con nadie, porque á nadie conocia, se habia dejado vencer por un sueño profundo y lleno de paz.

La marquesa, al ver aquella simple y cándida figura, se echó á reir, si bien ocultando su risa detrás del abanico.

Al dar las nueve en el reloj colocado sobre la chimenea del salon, se abrió la puerta y el criado de la antesala anunció:

—El señor notario.

Acto continuo entró un grave personaje vestido de negro, con enormes anteojos de oro y un rollo de papel en la mano.

Saludó con la cabeza á derecha é izquierda, y fué á sentarse enfrente de la puerta, delante de una mesa cubierta con un tapete de terciopelo azul, guarnecido de una franja de oro; sobre la mesa se veia una preciosa escribanía de plata sobredorada.

Colocado ya en su sitio, el notario desplegó los papeles y leyó el contrato de matrimonio de la señorita Paulina Linares con el señor baron de Evora, y el de la señorita Rosa Linares con el señor marqués de Alcaraz.

Las novias aportaban cada una la suma de treinta mil duros.

El notario leyó la relacion de los bienes de los novios tan entredientes que nadie pudo apercibirse de ellos.

Y además, aunque la hubiera leido con clara y sonora voz, cosa que la marquesa le habia severamente prohibido, hubiera impedido que los concurrentes le oyesen cierto murmullo que se alzó en el salon, y en particular producido por la parte femenina de la asamblea.

—¡Ay, Dios mio! ¡Yo pensé que estas niñas eran mucho mas ricas! exclamó una vieja baronesa al oido de su vecina.

—¡Lo mismo creia yo! ¡Casarse esos hombres con las hijas de un zapatero por treinta mil duros!

—¿Pues acaso valen ellos ni ese dinero? observó un caballero, tomando parte en la conversacion: ¡hombres mas perdidos!... sobre todo, el marqués... solo vive del juego de trampa en el casino, ó explotando á las viejas presumidas que le convidan á comer para que les diga galanterías.

—En fin, repuso la vieja baronesa: matrimonio arreglado por la marquesa de B... ¡así habia de ser! las pobres muchachas me inspiran compasion: ¡en poder de esos dos truhanes!... ¡Y qué bien instruido estaba el notario! ¡Nadie ha podido oir lo que ha dicho!

—Pues yo no compadezco á esas muchachas: ¿por qué se empeñan en llegar á nuestra clase, dejando la suya?

—¡Si ellas no tienen la culpa! ¡Es la marquesa la que se empeña en explotarlas!

—Callemos, que ya está acabada la lectura: el notario se va: mire usted el ex-zapatero, ¡durmiendo como un bendito!

—Para ese es la vida.

El notario se habia levantado, en efecto, de la mesa: volvió á saludar á derecha y á izquierda, y salió de la estancia con la precision de un autómata.

A una señal de la marquesa, dos criados retiraron la mesa: un caballero se puso al piano y tocó un rigodon que algunas jóvenes parejas se apresuraron á aprovechar, en tanto que la marquesa se dirigió al comedor con el objeto de inspeccionar si se hallaba todo dispuesto para el té.

El baile duró hasta las dos, y despues los convidados pasaron al comedor, donde hallaron una colacion espléndida y servida con el gusto mas exquisito.

La murmuracion, no obstante, fué la que sacó un brillante partido, y todas las amigas de la marquesa rivalizaron en agudezas y graciosas ocurrencias.

X.

Ocho dias despues, un hombre entraba en una de las mas estrechas calles de los barrios bajos de Madrid.

Era ya anciano y caminaba como abrumado por una profunda tristeza, embozado en una capa de paño azul oscuro con las vueltas de terciopelo negro, como las que usan los artesanos bien acomodados.

Serian como las tres de la tarde: soplaba el viento frio aun de febrero, y aquel hombre parecia tan preocupado por melancólicos pensamientos, que no pensaba ni aun en subir el embozo hácia su cara para resguardarla del aire y de la ventisca.

Llevaba una gorra de paño azul como la capa, que dejaba ver sus cabellos blancos y cortados.

Otro hombre pasó por su lado con un delantal azul de lana, de los que usan los vendedores de pan y comestibles: dirigió sus ojos al de la capa, y dijo con alegre sorpresa:

—¡Calla! ¡Es el señor Blas! ¿Cómo viene usted hoy por aquí? ¿Sabe usted lo que pasa?

—Nada sé, porque hace dias que no he estado por el barrio, amigo Pedro: ¿qué sucede?

—¡Ahí es nada! En casa del señor Juan, el confitero, están de boda.

—¿De boda? ¿Quién se casa? ¡Pero ya caigo! ¡si me lo dijo el mismo Juan! ¡Qué mala está mi cabeza!

—Se han casado esta mañana Nicolasa y Luis, el hijo del tio Lucas, que ahora tiene la tienda de usted.

—Ya lo sabia, pero no entendí que fuera hoy: á saberlo, no hubiera venido.

—¿Por qué?

—No me hallo muy bueno.

—Ya veo, observó Perico el panadero, que desde que se ha hecho usted señor, está flaco y triste: si la cosa mas mala es salirse uno de su sitio. ¿Y las chicas, cómo están?

—Tan guapas: ayer se casaron.

—¡Vaya una cosa rara! ¡ayer se casaron ellas y hoy Nicolasa! ¿Y se han casado bien?

—¡Cómo bien! Con dos grandes señores, que tienen título y coche y criados, amen de un palacio!

—¡Oiga! ¿Y cómo no está usted mas alegre, queriéndolas tanto y habiendo tenido tan buena suerte?

—Ya ves, el disgusto de verme solo!...

—¡Ya lo creo! Pero debia usted vivir con una de las dos... con Rosa, que es la que mejor genio tenia... En fin, yo voy de prisa y ya me he detenido demasiado: con Dios, señor Blas: vaya usted á casa del señor Juan y echará una cana al aire.

—¿ Y tú, cómo no estás allí?

—¡Qué! Si mi padre me tiene mas sujeto!... Gracias y muchas que me deje desde las siete á las diez de la noche; pero, ¡cómo ha de ser! El lo dispone, démosle gusto, que es lo mejor que puedo hacer, porque mi padre es lo que mas vale en el mundo.

Pedro hizo con la mano una señal de despedida al zapatero, y se alejó en tanto que Blas entraba en casa del confitero.

Por primera vez, desde hacia muchos años, la puerta se hallaba entornada y únicamente abierto el postigo: es verdad que los parroquianos, sabiendo la fiesta de familia que se celebraba,

no iban á comprar mas que alguna cosa muy precisa aquel dia, y, para despacharla, bajaba Domingo, ó su mismo padre.

La fiesta se celebraba en el entresuelo, y desde la tienda se oia el ruido de alegres conversaciones y risas francas y el estruendo de platos y vasos.

Lo comida estaba en su mayor animacion.

El señor Blas dejó escapar en la tienda un profundo suspiro, y tomó la escalera que conducia al entresuelo con paso lento y triste.

Al derredor de la gran mesa se hallaban sentados los padres de Nicolasa y los de Luis, que presidian, vestidos con sus trajes de los dias de fiesta.

El padre del novio era aquel tio Lucas, á quien ya conocemos de oidas, y que nunca habia querido dejar su oficio de remendon, aun despues de haberse establecido su hijo en una buena tienda.

La madre era una anciana vestida de negro, de rostro apacible y alegre.

Los cinco hermanos de Luis, de los que habia dos aun bastante pequeños, se hallaban sentados con Petra, Domingo y Vicente, hermanos de la novia.

Los recien casados, sentados el uno al lado del otro, no comian por mirarse.

Vicente tampoco comia: estaba con la cabeza inclinada sobre el pecho y visiblemente afectado.

Algunos amigos íntimos de las dos familias, cuyo número no pasaba de seis, se hallaban tambien sentados á la mesa.

Cuando Blas entró, todos le saludaron con cordialidad y alegría, y le hicieron sitio en la mesa al lado de Juan: este le tomó la mano, se la estrechó con afecto y dijo:

—Mucho estimo, Blas, la prueba de amistad que me das en venir hoy aquí, acabándose de casar tus hijas, y tanto mas, cuanto que yo no te he avisado que se hacia hoy la boda de mi Nicolasa: pero, si no lo hice, fué porque pensé que no podrias asistir á ella, teniendo tú la misma ocupacion.

—Por desgracia estoy muy desocupado, repuso el zapatero: mis hijas se han ido anoche, y no volverán hasta dentro de un mes.

—¿Se han ido? repitió estupefacto el confitero.

—Sí... á pasar la luna de miel lejos de Madrid... esto es moda.

—¿Y á dónde han ido?

—Yo no lo sé.

—¡No lo sabes!

—No me lo han dicho.

—Pero, Blas, ¿me querrás decir entonces lo que eres tú para tus hijas? exclamó el señor Juan: ¿tan indiferentes te son, que hasta ignoras dónde están?

—Paulina no me lo quiso decir: Rosa me indicó que creia que iban á Paris, pero que no me lo aseguraba.

Al responder estas palabras, algunas lágrimas corrieron por las mejillas del pobre padre.

—Vaya... soy un imprudente... perdóname... y bebe un vaso de vino... ya hablaremos despues... y te desahogarás, que ya sé que ellas son las malas!

—¡No, no! ¡No hay tal! ¡Ellas son buenas y muy buenas! ¿Quién dice lo contrario? ¡Pobrecitas de mi alma! ¡No habrán querido sus maridos que me dijesen á dónde iban, y ellas, ¡qué podian hacer en eso!

—¡Bien, bien, sosiégate! repitió el señor Juan al ver que la agitacion de su amigo llamaba la atencion general.

—Hijo, ¿pero qué es lo que te pasa? dijo Patricia á Vicente: ¿qué tienes? te estoy observando, y aun no has probado bocado! ¿Estás malo?

—¡No, señora, madre! respondió Vicente: estaba distraido.

—¿Sabes que no te creia tan tonto? dijo por lo bajo Domingo á su hermano: ¿aun piensas en eso?

—¿Y qué quieres que haga? murmuró Vicente.

—Es decir que, en tanto que ella se está muy divertida, tú te consumes! ¡En la vida alcanzará tanto de mí una mujer!

—Yo no puedo olvidarla, repitió el muchacho.

—¡Poquitos humos que tendrá ahora! prosiguió Domingo: ¡nada menos que marquesa!

—¡Ella, vanidad! ¡Ah! ¡Qué mal la conoces, hermano! Es un ángel que no ha sabido resistir á lo que le han mandado! ¡Pobre Rosa! ¿Crees tú que será feliz? ¡Yo estoy seguro de lo contrario!

—Pero, hombre, ¿por qué no te has acercado á ella? ¿Por qué no le decias que la querias?

—¡Nunca me he atrevido á eso!

—¿Pues no eres uno de los mejores oficiales de platero de Madrid? ¿No ganas cincuenta reales cada dia, desde hace dos años? ¿Nuestra familia no es tan honrada y mas decente que la suya? Yo creo que un confitero es algo mas que un zapatero! ¿Y por qué te callaste? ¿Por qué dejaste que se casara con otro?

—¡Porque ese otro era un marqués!

—¿No dices que ella no le queria?

—Estoy persuadido de ello... ¿pero qué hacia yo? ¡Ya conoces el orgullo de su hermana!

—¿Y cuándo pone Vicente su tienda? preguntó á este tiempo uno de los presentes, cortando la conversacion de los dos hermanos.

—Ya podia haberla abierto, respondió el señor Juan: dinero ha ganado de sobra para establecerse, y además, yo le ayudaré con todo lo que pueda; pero dice que aun no tiene prisa, y que así se encuentra bien...

—¿Y qué dice á eso la novia? preguntó una de las mujeres.

La señora Patricia miró con profunda tristeza á su hijo menor, y respondió por él:

—Mi Vicente no tiene novia.

—¡Que no! ¡con veinte y un años y mas guapo que las pesetas! Diga usted que él se lo calla; ¡pero dejar de tenerla!...

—El dia que mi nieto quiera á una mujer, creo que sus padres y yo seremos los primeros en saberlo y en conocerla, dijo el abuelo Elías, que presidia la mesa.

—Digo lo mismo que mi padre, añadió el señor Juan; porque mis hijos saben que, siendo honrada la mujer que elijan, no les he de quitar el gusto, y que les ayudaré hasta donde alcancen mis fuerzas: yo creo que el que primero se casará de los dos será Domingo.

—¿Yo? exclamó este: ¿yo traer á casa otra mujer, mientras mi madre viva, para mandarnos? No haré tal: en tanto que no me falten mis padres, así estoy muy bien: la que se casará ahora será Petra.

La jóven se puso tan colorada, que su madre la miró con tierna compasion y dijo á Domingo:

—¡Qué bablador eres!

—¿Es algun pecado tener novio? ¿Y es él cosa de que se pueda avergonzar?

—¿Y quién es? ¿quién es? preguntaron las mujeres.

—Es Gregorio, el hijo del comerciante en hierro de ahí bajo.

—¡Guapo muchacho! observó Luis el recien casado: callado,

trabajador y el mejor hijo que conozco; y además, rico, como hijo único que es.

—Eso es lo de menos, opinó Patricia: mi marido ha trabajado lo bastante para dar un pedazo de pan á cada uno de nuestros hijos, y yo he hecho lo que he podido tambien: primero, ahorrando en la casa, y luego dándoles una crianza cristiana y buena: si Gregorio quiere á mi Petra por mujer, se le dará.

La comida se acabó á eso de las cuatro, en medio de una alegría franca y expansiva, aunque compuesta y decorosa: el señor Blas comió y bebió; pero la tristeza no huyó de su frente, y su cara, tan animada otras veces, parecia cubierta con un manto de plomo.

En tanto que la reunion se divertia charlando, el señor Juan dijo á su antiguo amigo:

—Baja conmigo á la trastienda y hablaremos.

El señor Blas siguió al confitero.

—Vamos, habla y desahógate, dijo este á aquel: ya me figuro lo que te pasa: tus hijas te miran como inferior á ellas: tal vez se avergüenzan de tí, ¿no es verdad? Habla, habla, porque todo lo que te sucede me lo habia yo figurado.

El pobre Blas tardó algun tiempo en responder: libre ya de testigos importunos, dió rienda suelta á su llanto, y ocultó el rostro entre las manos sollozando amargamente.

—¡Ah, Juan! exclamó: tú no sabes con cuánta crueldad me han tratado mis yernos y mi hija mayor! De la menor no puedo quejarme, porque la pobrecilla no tiene voluntad propia: pero Paulina! ¡Oh! ¡Esa Paulina á la que he querido y quiero con tanta locura! ¡Lo que me pasa es horrible! además, mi hija me dijo que no habia sido muy espléndido ni con ella ni con su hermana! ¡Que no he sido muy espléndido, cuando me he quedado sin mas

que unos dos mil duros para toda mi vida! ¡Cuando les he dado todo lo que tenia!...

—¿Acaso creerian tus hijas que eras mas rico? preguntó el señor Juan.

—Sin duda... ¡y lo era!—Pero, ¡ay, amigo mio! ¡tú no sabes lo que esas criaturas han derrochado en los cinco años que hace que falta su pobre madre! ¡Si han salido á mas de seis mil duros por año!

—¡Lo que en el período de cinco, suma treinta mil!

—¡Y aun han gastado mas! ¡Paulina nunca acababa de pedir! Es una criatura insaciable: ¿pero qué culpa tiene ella de ser así?

—No tiene ella la culpa, es verdad, repuso severamente el señor Juan: la culpa, la tienes tú: ¿por qué no la has corregido y castigado á tiempo? ¿Por qué seguiste la fatal marcha que tu mujer empezó, haciéndolas ser señoras elegantes, sin haber nacido para ello? ¡Blas, Dios ha de castigar tu debilidad!

El ex-zapatero, abrumado con las palabras de su amigo, volvió á ocultar su semblante entre las manos, y solo respondió con profundos suspiros.

—No es mi intento afligirte mas, prosiguió el señor Juan: perdóname, Blas: como te quiero y soy tu amigo de corazon, me irrito de que tú mismo te hayas buscado tu desgracia: pero lo hecho, hecho está y no tiene remedio. Veamos, ¿qué piensas hacer en adelante? ¿quieres venirte á vivir conmigo? Olvida á esas ingratas hijas, y acepta mi proposicion: aquí serás mi hermano y estarás cuidado y querido.

—Gracias, Juan, repuso el zapatero estrechando afectuosamente la mano de su amigo: agradezco en el alma tus ofertas; pero no puedo aceptarlas.

—¿Por qué? ¿Piensas que no te las hago de todo corazon?

—Estoy convencido de que son leales; pero, si me viniera aquí, me privaba de ver á mis hijas, porque ellas no querrian venir á verme.

—Sí, ya sé que lo tendrian á menos; pero déjalas, y ya que ellas se alejan de tí, olvídalas...

—¡Olvidarlas! exclamó el afligido padre: ¡mas fácil seria que me olvidase de respirar! ¡Desde anoche, que se fueron, Juan, me parece que he vivido veinte años! ¡Al rededor de mí hay una sombra negra, muy negra, en la que no penetra ningun rayo de luz! ¡El cielo me parece triste, el sol no alumbra para mí... y creo que mi corazon se ha deshecho en lágrimas!

De nuevo acudió el llanto á los ojos del anciano, que hizo un esfuerzo para enjugarlo, y continuó así:

—¡Si me viniera contigo, Juan, yo estaria muy bien; pero ellas no vendrian aquí, temerosas de que se riesen en el barrio de su tren y de su lujo... ¡como que las han conocido pequeñitas!...

—Ya irás tú á verlas, observó el confitero.

—¿Y si llega un dia en que no me quieran recibir?

—¡Cómo! ¿tienes ese horrible temor?

—Sí! ¡Lo tengo! Abrigo casi la certeza de que mis yernos van á cerrarme las puertas de su casa: entonces solo me quedará la esperanza de que ellas vengan á verme.

—¿Y vendrán?

—¡Oh! ¡Quién lo duda! Vendrán. Dios no querrá darme tan amargo dolor! ¡Vendrán, porque es demasiado misericordioso para abrumarme con tanta desgracia! ¡Y si no vinieran, le pediria que me diese una grave enfermedad, para que esto las moviese á compasion, y las obligase!...

El señor Juan meció tristemente la cabeza; pero á pesar de su

severidad, vió tan infeliz á su amigo, que no quiso decirte los pensamientos que se agolpaban á su mente.

—Y qué piensas hacer? le preguntó: ¿porque supongo que dejarás tu casa de la calle del Cármen?

—Mañana mismo, respondió Blas: ¿cómo habia yo de pagar, con los modestos recursos que me quedan, esa gran casa? Ya conoces que no puede ser: mañana me despediré del casero y tomaré un cuarto decente y arregladito en una casa de huéspedes solo para dormir; comeré en una fonda barata.

—¡Cómo! ¿vas á comer en una fonda barata, tan acostumbrado al escrupuloso cuidado de tu mujer y á la buena comida que has tenido siempre?

—Es preciso: quiero reservar todos mis recursos para adornar mi cuartito... ¡oh! Yo sabré elegirle y será bonito y alegre: pondré en él flores en el verano, y en el invierno un animado fuego arderá en la chimenea, porque lo quiero con chimenea! Esto es indispensable para que no se enfrien los delicados piés de mis hijas cuando vengan á verme... porque como estarán acostumbradas á la comodidad, jamás me perdonaria si dejarán de hallarla en mi casa: venderé todos los muebles que tengo ahora, excepto algunas cosas que agradaban á mis hijas: esas las reservo para regalárselas cuando vengan: lo demás que saque lo guardaré para emplearlo en tener en mi cuarto flores, alguna golosina y vino dulce que les gusta! ¡Ah, Dios mio! ¡Cuándo volverán!

—Cálmate, Blas, dijo el tio Juan, y oye lo que voy á decirte: si algun dia te ves olvidado por tus hijas y abandonado de todos, piensa en mí y vente á mi lado: hemos sido amigos desde niños, te quiero con el alma y nunca te faltará mi amistad.

Blas se arrojó en los brazos del señor Juan, y largo rato per-

manecieron los dos buenos y antiguos camaradas unidos por un estrecho y afectuoso lazo.

Separáronse, por fin, y el señor Blas tomó el camino de su casa con el corazon mas consolado por las palabras cariñosas del honrado señor Juan.

—Madre mia, dijo, al llegar la lectura á este punto, la señora de Clavieres, debe usted hallarse en extremo fatigada, y ya es tiempo de que deje su tarea : demos tiempo á estas niñas para que hagan algunas reflexiones, y mañana terminará usted su historia, que es, á la verdad, muy interesante.

—¡Oh! sí! exclamó Magdalena : ¡lo es tanto, que yo ya he llorado mas de una vez! ¡Cuánto me afligió la muerte de la pobre Catalina, y cómo me figuré lo que iba á suceder!

—Pues yo creo que lo mismo hubiera sucedido viviendo ella, opinó Carolina : ¿quién se empeñó, sino ella, en que sus hijas fuesen criadas como las grandes señoras?

—Fué un error muy triste, y que tal vez habrá pagado en el otro mundo, dijo la abuela : no hay ninguna desgracia tan dolorosa como las que uno mismo se busca, y el empeño de salir de la esfera en que la suerte nos ha colocado proporciona crueles martirios : no olvideis esto, hijas mias, y si un dia sois madres, educad á vuestros hijos no con mayor esplendidez de la que permitan vuestros medios y vuestra clase, sino con toda la modestia que sea compatible con el decoro : acostumbrad á vuestras hijas á que se sirvan por sí mismas y á que tengan pocos criados, pues sabiéndose ocupar de las cosas de su casa, sentirán mucho menos las vicisitudes de la fortuna. Es muy

dulce subir, pero es muy doloroso descender ; y siempre conviene mas, gastar algo menos de lo que se tiene, que excederse en dispendios locos, que traen consigo la ruina y la desolacion.

—Abuelita mia, dijo Carolina : yo creo tambien que las hijas del zapatero habian venido al mundo con mala índole y con un carácter duro.

—Yo tambien lo creo así, añadió Mariana ; y en particular Paulina: Rosa me parece un tipo mas suave y mas dulce.

—Muchas criaturas, dijo el señor de Clavieres, con la bondadosa gravedad que le era natural, nacen con malos instintos ; y sin embargo, la educacion los suaviza y modifica : el deber de los padres es estudiar el carácter de sus hijos, y aplicar á cada uno el método de educacion que se le adapte mejor, sin olvidarse de inculcar en el alma de todos las semillas de la virtud y de la humildad cristiana. Pero vamos á acostarnos, hijos mios, que ya son mas de las doce, y ninguno de nosotros tiene la mala costumbre de levantarse tarde.

Despidiéronse los amigos, y cada uno se fué á buscar el descanso, deseando que llegase la noche siguiente para que la baronesa continuase la interesante historia del señor Blas.

XI.

Sentado cada uno en su sitio, la abuela tomó el manuscrito y continuó la lectura en medio del mas religioso silencio :

Como un año despues del casamiento de Paulina y de Rosa, se hallaba la primera en su casa y en una disposicion de ánimo muy triste.

Eran como las nueve de la noche y acababan de entrar del comedor los dos esposos, sentándose en un elegante salon donde recibian una vez á la semana á sus amigos.

La primavera empezaba : el viento de una noche tempestuosa de abril silbaba en las ventanas, y aun se veia en la chimenea un alegre fuego.

Dos lámparas, colocadas encima de ella, daban luz al salon.

Paulina, vestida con un magnífico traje de casa, se habia dejado caer en un sillon que habia enfrente de la chimenea, y parecia hallarse poseida de una cólera violenta : sus mejillas, ordinariamente cubiertas de una fresca palidez, se hallaban encendidas : sus ojos lanzaban chispas : no obstante, guardaba silencio, expresando únicamente su irritacion en el movimiento nervioso de su pequeño pié, que heria el pavimento.

Su marido parecia aun mucho mas feo que el dia que se casó : sus ojos mas hundidos, su palidez mas biliosa, su aspecto mas duro y mas feroz.

Se hallaba casi tendido en el divan de seda, que habia á la derecha de la chimenea, y tenia subidos los piés sobre los almohadones, que aporreaba sin miramiento alguno con sus botas llenas de polvo ; además, silbaba una cancion con tan poco decoro, que mas parecia un lacayo solo en su cuarto, que un marido bien educado delante de su mujer.

Despues de algun tiempo, y cansado ya sin duda de la postura y de la música, se levantó, tomó el sombrero, que se hallaba sobre una silla, y se dirigió á la puerta sin decir nada á Paulina.

—¡Qué! ¿te vas? exclamó esta levantando la cabeza y con voz alterada por la ira.

—Ya lo ves, respondió el baron.

—¿Sin darme eso?

—Claro.

—¿No te he dicho que van á traerme el aderezo?

—¿Y no te he dicho que no tengo para pagarlo? ¿Por qué lo compras? ¿Por qué no me preguntas el estado de mis fondos antes de hacer tan crecidos gastos?

Paulina, humillada y contrariada mas de lo que su escasa paciencia podia sufrir, miró á su marido con un desprecio mezclado de rencor y de desesperacion.

—Yo creí, dijo, que mi dote bien administrado podia bastar, á lo menos, para mis gastos de tocador.

—¡Soberbio dote! ¡treinta mil duros! repuso el baron : ¡seis capitales como ese he destruido yo en poco tiempo! ¿Piensas que tu mísero dote ha de dar para tus caprichos de duquesa?

—Dejemos eso, que ya sé lo que haces de mi dinero, y seria cosa de no acabar nunca, dijo Paulina : ahora lo que me interesa es saber si puedo ir ó no al baile.

—No, contestó el baron con dureza : no puedes ir.

—¿Acaso, porque no se paga el aderezo? Pues me lo pondré y se pagará otro dia : de todos modos, nadie compra joyas pagando al contado.

—No es cuestion del aderezo, repuso con acento sombrío el baron , sino de que no quiero que vayas.

—¿Y por qué causa?

—Porque estará allí un hombre al que no debes volver á ver, si no quieres ser causa de que le mate.

—¿Vuelves á tu ridícula manía? preguntó la baronesa con tono despreciativo.

—Vuelvo á ella para no olvidarla ya ; no quiero que veas á mister Harwod.

—¡Qué grosera excusa! gritó Paulina, en la que, á pesar de sus pretensiones y de la buena educacion que habia recibido, conservaba aun ciertos resabios de cuando, siendo niña, jugaba

en la calle y á la puerta de la tienda de su padre: ¡di mas bien que no quieres darme el dinero para pagar el aderezo! Pero ya te digo que se pagará otro dia.

—Paulina, dijo el baron con voz áspera y oscura : tengo celos de mister Harwod... con motivo ó sin él, le detesto... no lo olvides!

Una risa amarga contrajo los labios de Paulina.

—Creo, respondió con acento incisivo, que lo mejor que puedo hacer es olvidar tan necias palabras: ¿acaso piensas que me casé contigo para enterrarme en vida? ¿para no oir una galantería de nadie? ¿para no tener amigos? ¡Si me lo hubieras advertido, jamás hubiera sido tu mujer!

—Te has casado conmigo para ser baronesa , para vivir á tu gusto, para prescindir por completo de tu padre, cuya presencia te avergonzaba, repuso el baron : sé todo eso ; pero desde que lo adiviné, me dije que te saldria mal la cuenta: sé tambien que el gran mundo consiente algunas ligerezas á las mujeres jóvenes y bonitas como tú, y hasta algunas infidelidades conyugales ; pero yo, en esta parte, Paulina, no soy del gran mundo : me he casado contigo, porque te amo, y no pienso aumentar el número de los maridos ridículos, siquiera porque mi figura lo es ya bastante : por lo tanto, Paulina, no olvides lo que te he dicho : aborrezco á mister Harwod, que te hace la corte, y no me acomoda que vayas á donde te puede ver, ni aun acompañándote yo : hoy te prohibo doblemente que asistas á ese baile, porque yo no puedo ir contigo.

—Iré con mi hermana y con su marido, dijo Paulina desentendiéndose de las observaciones del baron : ¿vas á dar ahora en la vulgar manía de tener celos?

—Toda mi vida he sido celoso, como buen portugués, respon-

dió el baron : hoy tengo celos del inglés, y los tengo tambien de otra persona.

Paulina se puso pálida al oir estas palabras : las sospechas de su marido concernientes á la aficion que le tenia mister Harwod no la habian alterado ; pero aquella alusion misteriosa la conmovió profundamente.

El baron observó la emocion de su esposa : en sus pequeños y huraños ojos brilló un relámpago de rabia, y dijo acercándose á ella y asiéndola del brazo :

—¡Yo pensé que amabas á tu hermana ; pero ahora me convenzo de que me habia equivocado!

—¡Basta ya, caballero! exclamó Paulina, que se habia recobrado : estoy cansada de escuchar sus ridículas palabras : ¿pretende usted adivinar, ó mas bien, calumniar hasta mi pensamiento? ¿Cree que aunque, en comparacion de usted, soy una niña, callaré á todos los denuestos de que se sirve abrumarme? Pues sepa que no ha de ser así, y tenga entendido que yo no carezco de voluntad.

La baronesa de Evora, dichas estas palabras, salió del salon y entró en su cuarto.

Era una linda habitacion, pero alhajada con mas ostentacion que buen gusto : los dorados brillaban por todas partes, y la seda y el terciopelo formaban las tapicerías.

Sobre la chimenea ardia un candelabro cargado de bujías.

La baronesa llamó, y su camarera se presentó al instante.

—Vé ahora mismo á casa del joyero, dijo Paulina á la doncella, y dile que te dé el aderezo, si está concluido.

La camarera se inclinó y desapareció ; pero, al llegar á la antesala, se dijo :

—Si espera el aderezo, ya está fresca : como que me lo van á

dar sin dinero! ¡Y con lo que le debe ya! A bien que ahí está el papá, que pagará, á pesar de lo que hacen con él.

Paulina pasó en una extrema agitacion el rato que su camarera estuvo fuera : ora se levantaba y media el aposento á pasos desiguales , ora se volvia á dejar caer en su sillon como abrumada de fatiga.

Oyó los pasos violentos de su marido y cerrar con estruendo la puerta de la escalera : sin duda el baron habia salido de casa.

—¡Oh, qué hombre tan aborrecible! pensó Paulina : ¿por qué me habré casado con él? ¡Cuando sale de casa, parece que se me quita un enorme peso del alma! ¡Cuando vuelve, un frio mortal recorre mis venas! Se diria que tengo como un fatal presentimiento de que he de sufrir, por causa suya, una horrible desgracia! ¿Dónde está esa dicha tan decantada del matrimonio? ¡Ah! ¡Si me hubiera casado con Ernesto, quizá la hubiera encontrado! ¡Pero entonces no le amaba! ¡Era para mí tan indiferente como todos los demás hombres! ¿Por qué le he conocido y le he visto de cerca?

La baronesa , abrumada por estos dolorosos pensamientos, ocultó el rostro entre sus manos y echó á llorar con amargura.

—¡Dios mio! prosiguió : y yo que amaba tanto á mi hermana... ¿qué digo? ¡que la amo con toda mi alma! ¡puedo pensar dia y noche en su marido! ¡Si ella lo supiera! ¡Si llegara un dia á sospecharlo!... ¡Pero no! ¡No se irritaria contra mí! ¿Acaso le ama ella, ni él la merece? ¡Rosa es un ángel, que vale mas que todos nosotros!

La camarera, al entrar, cortó el hilo de los negros pensamientos de Paulina.

—¡Cómo! exclamó esta al verla con las manos vacías : ¿no me traes el aderezo?

—No, señora, repuso la camarera con hipócrita tristeza.

—¿Y por qué?

—Porque no ha querido entregármelo el dependiente mayor: me ha dicho que sentia mucho no poder complacer á usted; pero que su principal le tenia expresamente prohibido que lo entregara, si no se pagaba su importe.

—Bien está... véte... no te necesito, dijo airada Paulina.

No bien esta se vió sola, volvió á recorrer la estancia con agitacion.

—¡Ah! exclamó: ¡y es Vicente, el amigo de nuestra infancia, quien se niega á entregar el aderezo! ¡Razon tenia yo para detestarle!

Paulina se quedó pensativa por algunos instantes, y despues prosiguió:

—¡Si Rosa quisiera ir y convencerle!... ¡A ella no le negaria este favor, porque la adora! ¡Todas las noches le veo bajo los balcones de casa de mi hermana!... ¡La sigue como su sombra! Y ella lo sabe.... ¿qué le cuesta pedirle el aderezo para mí?...

En este instante sonó con suavidad la campanilla de la escalera.

—¡Ella es! dijo Paulina: ¡así llama Rosa! Aquí está, y me sacará del apuro en que estoy.

En efecto, era Rosa la que llegaba: esta abrazó y besó á su hermana, y se sentó á su lado.

—Hermana mia, le dijo: ¿sabes lo que ocurre? ¡Papá está muy malo!

—¡Eh! ¡No será tanto! repuso la baronesa: ya sabes que él siempre ha sido muy quejumbroso.

—Ha venido á decírmelo á casa el ama de la que él habita, prosiguió la jóven marquesa: dice que ayer salió, que volvió muy

trastornado, y que se metió al instante en la cama sin querer comer... que se le declaró una fuerte calentura, y el médico, á quien se llamó, dijo que estaba de peligro : ahora acabo de verle... ¡y vengo llena de pena á rogarte, querida Paulina, que no seas tan cruel con nuestro pobre padre!

Rosa pronunció estas palabras con visible temor, y sus ojos, llenos de lágrimas, se fijaron suplicantes en su hermana, que le dijo con enojo :

—No vengas con reticencias, porque estoy de muy mal humor : ¿qué quieres decir con eso?

—¿Ha estado ayer papá en tu casa? preguntó la marquesa.

—Sí, repuso Paulina : estuvo y le rogué que me dejase, porque esperaba visitas, ¡y como él va tan mal vestido!...

—¡Y, sin embargo, es nuestro padre! murmuró tristemente Rosa: ¡y nos ama tanto, que, por darnos un dote opulento, se ha privado de la decencia precisa!

—¡Pero, hermana mia, si aunque llevase sobre sí tesoros de riqueza seria lo mismo! ¡Lo que le falta es la educacion! exclamó enojada Paulina : tú, que me haces reflexiones, ¿le tienes en tu salon el dia que recibes?

—¡No! respondió Rosa bajando la cabeza con abatimiento; pero no es por mí: es por Ernesto que se opone á ello... sin embargo, voy á verle cada dos dias.

—Tampoco el baron querria que nuestro padre alternase con las gentes que vienen á casa... pero dejemos esto, que el tiempo corre... Di, Rosa... ¿no vas esta noche al baile de la embajada?

—Tengo en casa el traje... pero estando papá malo...

—¿Se ha de mejorar, por que tú no vayas? ¡Qué tonta eres! Iremos las dos con tu marido.

—¡Dios mio! ¡No tengo valor para eso! repuso Rosa: y además, sé que no he de divertirme.

—Cuando estés allí, te divertirás: ¡y luego, nuestros vestidos van á llamar tanto la atencion! Vamos, aunque solo sea por dar que rabiar á la condesa y á su hermana.

—¿Y qué adelantamos con eso?

—Que rabien de envidia... vamos, está dicho... iremos, ¿no es verdad?

—¿Pero no vas á ver á nuestro padre?

—Mañana iré, respondió Paulina: ahora es ya tarde y seria molestarle.

—¡Molestarle! ¡Ah! tu sola visita le pondria bueno.

—Mira, hablemos de lo que corre mas prisa... mañana nos ocuparemos de nuestro padre... has de saber que espero un favor de tí.

—¿De mí? ¿cuál es? ¡Ya le tienes concedido!

—¡Puede que te parezca demasiado grande!

—¿Qué dices?

—¡Mira, no tengo aderezo para esta noche, hermana mia!

—¡Jesús! ¡Pues si tienes lo menos siete! exclamó la marquesa.

—Ninguno me gustaba para esta noche, y he mandado hacer uno.

—¿Y bien?...

—Está hecho; pero el joyero, porque debo algunas otras frioleras, no lo quiere entregar... ¡ya ves qué crueldad! ¿Y sabes quién es? ¡Vicente!

—No lo extraño, repuso Rosa: ¡como él no es mas que el dependiente de esa rica casa!...

—Rosa, dijo la baronesa: ¿no querrias tú ir á buscar mi aderezo? A tí te lo entregará Vicente sin dificultad.

—Acaso... respondió la jóven ; pero no puedo ir á buscarlo.

—¡No puedes ! repitió Paulina : ¿no quieres hacerme ese favor ?

—Ya te he dicho que me es imposible.

—¿Mas por qué?

—¿No sabes?...

—¿Qué? ¡Habla!

—¡Que Vicente me amaba! balbuceó la jóven haciendo un esfuerzo.

—Sé mas : sé que te ama aun, repuso Paulina ; y por eso es por lo que te pido, ó que vayas tú en busca de mi aderezo, ó que le escribas dos renglones á Vicente.

—¡No puedo !... ¡No me atrevo ! exclamó Rosa : ¿qué diria de mí ?

—¿Y qué te importa su opinion?

—¡Oh! ¡Mas de lo que tú crees! murmuró la marquesa, ¡hermana mia, ponte otro aderezo, y perdóname si me niego á complacerte ! ¡No es por falta de voluntad, es porque no puedo hacerlo !

—Está bien, dijo la baronesa friamente : no hablemos mas del asunto : yo misma iré en busca del aderezo... espérame en tu casa vestida dentro de dos horas.

—¿No va tu esposo? preguntó Rosa.

—No, no va, está ocupado... iré yo contigo y con Ernesto.

—Solo por complacerte y porque no digas que hoy me niego á todo, iré al baile, dijo la marquesa : ¡el estado de nuestro pobre padre me tiene llena de zozobra!

—Mañana iremos á verle y á cuidarle, repuso la baronesa: ahora estará durmiendo y para nada nos necesita : ¡pero anda... vuelve á tu casa para vestirte... que es tarde !

—¡Qué agitada te hallo! exclamó Rosa mirando á su hermana: ¿estás enferma?

—¿Yo? A Dios gracias, estoy muy buena, contestó Paulina haciendo esfuerzos para dominar su desasosiego.

—Pues me voy, dijo Rosa, á prepararme: antes pasaré por casa de nuestro padre y me informaré del portero...

—¡Qué empeño en creerle de mucho peligro! exclamó Paulina: véte á casa, y está segura de que en este momento estará descansando.

Rosa salió.

Su hermana llamó y la doncella acudió al llamamiento.

—Que enganchen, dijo la baronesa: la berlina pequeña de un solo caballo; ¡pero al instante!

Acercóse al espejo, despues de dar esta órden, y tomó de un cajon una mantilla, que echó sobre su cabeza: luego se envolvió en un chal negro y grande, y esperó.

—¡Tengo empeño en llevar esta noche el aderezo, y lo llevaré! dijo: ¡si cediera, creeria mi marido que le tenia miedo, y estaba perdida! ¡No, no quiero ser dominada, ni esclava de los brutales caprichos de ese hombre! Además, allí le podré ver y hablar..., allí, Rosa, distraida, me creerá ocupada de ese imbécil inglés... y podemos cambiar algunas palabras.

De nuevo entró la camarera á decirle que el coche la esperaba, y Paulina salió con paso rápido y mal seguro.

—¿Qué tendrá? se dijo la doncella: alguna cosa, y no buena, la preocupa; ¡alguna cosa negra como su alma! ¡Cuidado con despedir ayer á su padre de la manera que lo hizo! Vamos, ¡si no puede esperar ningun bien de Dios! Pero ese pobre viejo, ¿por qué las ha criado así, siendo un zapatero? Él mismo se ha puesto al cuello la soga que le ha de ahorcar; pero vamos á pre-

parar el traje; porque, como si lo viera, ¡ha ido á buscar el aderezo para ir al baile! ¡Qué maldita vanidad! ¡Todos los que han salido de la nada son lo mismo!

XII.

La baronesa se hizo conducir á casa de su padre, situada en la calle de Leganitos: la habitacion estaba en el piso tercero, y la casa, aunque de modesta apariencia, era limpia y decente.

Paulina subió los tres pisos apresuradamente, y llamó á la puerta, que abrió una criada gallega, gruesa y con trazas de muy sucia, como lo son generalmente las de las casas de huéspedes.

—Quiero ver á don Blas Linares, dijo la baronesa con imperio: lléveme usted al instante á su cuarto.

—¡Sí! ¡Para visitas está el pobre señor! repuso la criada: se halla muy enfermo y á nadie puede recibir.

—Yo necesito verle.

—Pues yo no puedo dejar que usted entre: el médico ha mandado que nadie le hable ni le vea.

—Llame usted á su ama, dijo la imperiosa Paulina con impaciencia: ella sabe quién soy.

La criada se acercó á una puerta que comunicaba con un pasillo muy largo y gritó:

—¡Señora!... Salga usted, que aquí la buscan.

Oyóse un paso pesado, y una mujer de aspecto duro y como de unos cuarenta años de edad apareció á los ojos de Paulina.

—Esta señora, dijo la criada, se empeña en que ha de ver á don Blas: yo le he dicho que el buen señor no está para eso, y ella ha replicado que queria hablar con usted.

—¡Ah! ¡Es la señora baronesa! exclamó la huéspeda con

acento servil: ¡muy malito está su padre de usted; pero pase usted, pase por aquí!

—¡Su hija! ¡Ese pobre viejo tiene una hija baronesa y vive en una casa de huéspedes!... se dijo la criada: ¡vaya una cosa chocante! ¡Estas señoronas tienen peores entrañas que los pobres!

La gallega se alejó haciendo estas reflexiones, y la patrona acompañó á Paulina, entrando las dos en el largo pasillo por donde aquella habia salido.

Hácia el fin de este, habia una escalerita.

—Suba usted por ahí, señora, dijo la huéspeda, y al llegar al último escalon encontrará una puerta: aquel es el cuarto de don Blas.

—¡Qué! ¿Ha dejado el que antes tenia? preguntó la baronesa admirada de aquel cambio en el alojamiento de su padre, á pesar de la dureza y frialdad de su corazon.

—Preciso ha sido, repuso la huéspeda: pagaba poco, y como he subido el precio de las habitaciones y él no queria pagar mas, ha tenido que dejar su cuarto para otro señor: en la escalera arde un farolito: suba usted y entre sin llamar, pues la puerta está solo con el pestillo por fuera.

La obesa señora se alejó, y la baronesa subió la escalera y abrió una puerta que se hallaba al final.

Precisa era toda la egoista dureza que una educacion fatal, unida á un carácter frio y calculista, habian dado á Paulina, para no lanzar un grito de doloroso terror al aspecto de la habitacion de su padre.

Era un cuarto reducido y abuhardillado, cuyas paredes no tenian otro ornamento que una capa de cal.

Una mesa muy vieja, un arca grande, ennegrecida por el tiempo, y que era uno de los muebles de la casa de Blas cuando se

casó, dos sillas cojas y un cofre antiguo componian aquel miserable ajuar.

En el fondo del cuarto, pues no tenia alcoba, y acostado en un catre de tijera, con sábanas gruesas y un deteriorado cobertor, se hallaba el antiguo zapatero con la cara vuelta hácia la pared y en una actitud que indicaba sumo sufrimiento : la cabecera del lecho, provista únicamente de una exigua almohada , estaba tan hundida, que la cabeza del pobre debia sufrir mucho.

Uno de sus brazos se veia sobre la ropa, y su mano, arrugada por la edad y enflaquecida por los padecimientos , pendia fuera de la cama.

Una ventanita, estrecha y situada cerca del techo, daba luz á aquella especie de camaranchon durante el dia : á la sazon le alumbraba un cabo de vela de sebo puesto sobre un candelero de barro, y este colocado sobre la mesa.

Un hedor desagradable y nauseabundo reinaba en la estancia, producido por la falta de aseo y de ventilacion.

Paulina fué cruelmente mortificada por esta mala impresion ; y sacando un frasquito de agua de olor le aplicó á su fina y rosada nariz.

Luego se aproximó al mísero lecho, se inclinó sobre él y dijo :

—¡Padre!

El enfermo abrió los ojos : miró en torno suyo de una manera ansiosa, y, reconociendo á la baronesa, murmuró :

—¡Hija mia! ¿Vienes á verme? ¡Gracias! ¡Estoy muy malo!

—Eso no será nada, dijo Paulina con frialdad : un constipado... ¿Por qué ha dejado usted la habitacion cómoda y abrigada que antes tenia? ¡Esta es tan mala!...

—Queria por aquella demasiado alquiler la huéspeda, repuso el señor Blas.

—¡Bah! ¿Y no podia usted pagarlo? Querido papá, ¿cuándo perderá usted la costumbre de llorar y de hacerse el pobre?

—¡Pobre estoy, hija mia, observó el anciano con un suspiro: mas de lo que tú piensas!

—¿Se figura usted que lo creo? ¡Cuando todos los que le conocen dicen que es una miseria lo que nos ha dado, y que se ha quedado usted con dos veces mas!...

—¿Quién dice eso? exclamó el zapatero incorporándose en su lecho con una violencia convulsiva y con las mejillas encarnadas de ira: ¿quién se atreve á decir que yo he guardado para mí mas de lo que os he dado, cuando os daria, si esto os hiciera felices á tu hermana y á tí, la sangre de mis venas? ¡Ah! ¡si ha sido la marquesa, dile que se engaña mucho! ¡apenas me quedó para vivir, y de eso he dado ya á Rosa casi todo!

—¿Cómo? ¿Rosa le pide á usted?

—¿Y qué hará la pobrecita, si su marido no le da nada? ¿Si todo se lo juega? ¿Si está malgastando su dote?

—¡Ah! ¡Ya! ¡Ella, con su aire de mojigata, sabe mas que yo! exclamó Paulina: ¡yo venia muy confusa á pedir á usted una cosa insignificante, y me alegro de saberlo, pues así se la pediré con mas confianza! ¡Creo que no seré yo menos que mi hermana!

—¿Venias á pedirme? exclamó el anciano con terror: ¿necesitas algo? ¡Mira, hija, que tengo muy poco!

Y el pobre señor Blas enjugó su frente, bañada con el sudor de la angustia, con un pañuelo de algodon de cuadros azules, que sacó de debajo de su almohada.

—¡Qué miserable vicio es la avaricia! murmuró Paulina: ¡y cómo descubre una vergonzosa educacion! ¡Vamos, padre, que lo que yo voy á pedir á usted es cosa de poca monta: se trata solo de treinta mil reales que necesito... pero al instante!

—¡Treinta mil reales!... repitió el señor Blas cruzando las manos: ¡imposible, hija mia! ¡Imposible! ¡No los tengo!

—Es decir que, siendo la primera vez que le pido á usted, me niega esa cantidad! gritó Paulina: es decir, que todo su amor y sus cuidados son para Rosa! ¿Es decir, que no puedo contar con mi padre para que me saque de un apuro?

—¿Son para un apuro? ¿Estás en un apuro, mi pobre Paulina? exclamó el señor Blas: ¡mira, hija mia, te juro que no tengo esa suma... y Dios sabe que te la daria á costa de mi vida!

—¡Eso no pasa de ser bellas palabras! dijo Paulina: ¡ya sé lo que debo á usted y que no puedo contar con nadie sobre la tierra! ¡Mas vale saberlo de una vez! ¡quede usted con Dios!

Y la baronesa dió dos pasos hácia la puerta.

—¡Óyeme, hija, óyeme! exclamó el anciano: ¡te juro, por la memoria de tu madre, que solo tengo en casa cuatro mil reales que he sacado de donde estaban, porque me parecia que se hallaban poco seguros, y que pensaba colocar en otra parte así que pudiera volver á salir: si los necesitas, llévatelos!

—No hago nada con cuatro mil reales, dijo Paulina bruscamente.

—¿No te digo que no tengo mas en casa?

—¿Y fuera de casa tampoco?

—Paulina, dijo el señor Blas: entre todo lo que poseo, no llega á quinientos duros: te lo digo como si estuviera en la hora de la muerte; pero todo eso te lo daré, si puede ahorrarte un disgusto, una lágrima: dime si te es preciso ese dinero.

—¡Muy preciso, padre mio! exclamó la baronesa arrodillándose al lado del mísero lecho: si no los tengo esta noche, no sé lo que hará mi marido... figúrese usted que he mandado hacer un traje completo y que ahora no quiere darme para pagarlo...

la modista me ha dicho que va á demandarme su importe ante los tribunales... ¡Oh! ¡Eso seria espantoso!... ¡Antes de que suceda, soy capaz de matarme!...

—¡No, no! dijo el señor Blas con voz ronca y agitada: en tanto que yo viva y pueda evitarlo, no tendreis ninguna pena, hijas mias... toma ahora esos cuatro mil reales... dáselos mañana á la modista, y por la tarde iré yo á llevarle el resto... aunque me quede sin un maravedí... así cumpliré lo que ofrecí á tu madre!

Paulina tomó una llave que su padre le presentaba con mano trémula y desfallecida: abrió el cajon de la mesa y sacó de él cuatro billetes de á mil reales cada uno.

—Ahora me voy... mi marido me espera, dijo la culpable é ingrata hija: ¡hasta mañana, padre... hasta mañana!

Y se lanzó á la puerta sin abrazar al anciano.

Este juntó sus manos y alzó al cielo sus ojos.

—¡Me matarán! exclamó con voz apagada: ¡me matarán! Pero, ¡qué importa, Dios mio! ¡Para qué quiero vivir, si no puedo verlas, si me he convencido de que no me aman! ¡Me creen rico, y mañana tendré que buscar una cama en el hospital! ¡Perdónalas, Dios mio, y derrama sobre ellas todas las felicidades que me has negado á mí!

XIII.

La baronesa, desde casa de su padre, fué á la joyería donde trabajaba aun Vicente, que persistia en no querer abrir tienda por cuenta propia.

El jóven se hallaba sentado junto al mostrador leyendo un periódico.

Oyó un coche que se detenia á la puerta: esta se obrió y dió paso á una señora cubierta con un velo, á cuya vista se levantó el hijo del señor Juan.

Paulina alzó su velo y miró con enojo el hermoso y expresivo rostro de Vicente.

—Caballero, dijo aquella con voz seca y breve: hace como unas dos horas que envié á mi doncella en busca de un aderezo de brillantes y perlas que habia mandado hacer para mí; pero tengo entendido que usted no se lo ha querido entregar.

Una profunda expresion de desvío y casi de odio se dibujó en el rostro del joyero: la vista de Paulina le hacia siempre daño; porque no podia olvidar que ella habia hecho casar á Rosa con el marqués.

—Es verdad, señora, respondió: tenia órden de no entregarlo, si no recibia de antemano su importe.

—¿Y de quién era esa órden, caballero?

—De mi principal, señora.

—Tengo entendido que es usted únicamente quien manda y ordena aquí, y que su principal de usted, á causa de sus muchos años y achaques, le ha abandonado la direccion de todos sus negocios.

Vicente se inclinó en silencio.

—Ya sé que debo alguna cosa á esta casa, prosiguió Paulina, y que el aderezo es de valor; y por lo tanto miraré como un favor el que usted me conceda lo que le voy á pedir.

—Hable usted.

—Esta noche tengo precision de ponerme ese aderezo... voy á un baile... y vengo á dar á usted una parte de su importe, y á rogarle que me lo preste hasta mañana que vendré á completar su valor: tome usted cuatro mil reales.

—¡Es muy poco! dijo Vicente mirando con desden las mejillas de Paulina cubiertas con el rubor de la vergüenza, á pesar de su serenidad: ya sabe usted que el aderezo vale treinta mil.

—Ya lo sé, caballero; por eso he dicho que venia á pedir á usted un favor: mañana pagaré el resto, y mi cuenta atrasada se irá tambien satisfaciendo poco á poco.

—Tome usted el aderezo, dijo Vicente, poniendo sobre una mesa un gran estuche de terciopelo: no olvide usted que soy yo quien tiene que poner su importe en la caja hasta que usted venga á satisfacerlo... mañana.

—No lo olvidaré, caballero: hasta mañana.

Paulina dejó caer de nuevo sobre su rostro el velo de la mantilla, tomó el estuche, salió de la tienda, subió á su coche y se alejó.

El joyero se sentó de nuevo y murmuró:

—¡La vista de esa mujer me desgarra el corazon! ¡Ah! ¡Cuánto diera por que fuera hombre y por poderle dar la muerte! ¿Qué ha hecho de Rosa, de mi dulce y buena Rosa? Sin duda otra *gran señora* como ella? ¡Pero no! Esta miserable criatura no puede haber cambiado aquel carácter angelical, aquel corazon sin hiel! Rosa no ha hecho mas que obedecer, y se ha casado con el marqués por no disgustar á su hermana; pero no la habrá seguido en sus desórdenes, ni lo hará jamás!

Vicente miró el reloj que se hallaba en el testero principal de la tienda: eran las once.

Llamó con un timbre, y salió otro jóven de la trastienda.

—Cierra, dijo Vicente: ya es hora.

Dada esta órden, desaparecio por donde el muchacho habia salido.

Media hora despues, se le vió en el portal inmediato al de la

tienda, que era el de la casa, embozado en una capa, y se dirigió á buen paso á la que habitaba el señor Blas, padre de Paulina y de Rosa.

Paulina llegó á su casa, llamó á su doncella, y, con el rostro radiante de alegría, empezó su tocado de baile, olvidada ya de su padre enfermo y del bochorno que su aderezo le costaba.

XIV.

A la misma hora en que Vicente salia de su joyería para ir á casa del señor Blas, Rosa, sentada en su cuarto, se hallaba sumergida en una profunda tristeza.

Apoyaba el codo en el brazo de su sillon, y se cubria los ojos con su pañuelo, que estaba ya empapado de lágrimas.

Nada indicaba que pensase en ir al baile de que le habia hablado su hermana pocas horas antes, y su afliccion era tan grande, que necesariamente debia provenir de alguna gravísima causa.

Sentada enfrente de ella, se veia á la marquesa, su antigua amiga y directora, ó mas bien la de su hermana, pues Rosa habia siempre sentido cierta repulsion hácia aquella mujer que la habia hecho muy reservada en su trato.

La marquesa, como mujer astuta, habia comprendido esta antipatía, y se habia resentido de ella profundamente, aunque sin dárselo á entender á Rosa.

Mas, para vengarse de ella, no habia perdido ninguna ocasion, y le habia fingido el mas tierno interés á fin de herirla con mas certeza y mayor seguridad.

Aquella mujer, que nunca habia brillado por la nobleza de sus sentimientos, se habia agriado de una manera indecible á

causa de los incesantes sufrimientos que le imponian la ruina de su casa y la miseria, consecuencia de sus desórdenes, á que se veia sujeta.

Su hija se habia casado con un capitan del ejército, hombre honrado y grave, que supo corregirle muchos defectos, y para quien fué la jóven una fiel y agradecida esposa.

Enriqueta, con mas talento que su madre, conocia perfectamente que, entre los jóvenes de su clase, no hallaria esposo, y aceptó aquel que la suerte le ofrecia, aunque muy contra el gusto de la marquesa.

—¡Dios mio! exclamó esta el dia que su hija le participó su firme decision de casarse con el capitan: ¡era preciso que yo apurase este último sonrojo! ¡tú casada con un militar! ¡Oh! Es horrible!

—Madre mia, repuso Enriqueta: mi padre ha muerto: entre él y tú habeis concluido con nuestra fortuna... ¿Qué he de hacer? Ya no soy una niña, ni puedo esperar largo tiempo: la mujer no tiene otra carrera que la de monja ó casada: yo quiero acogerme á la proteccion de un hombre honrado:para tí aun queda alguna cosa: no me dés nada, porque el que va á ser mi marido nada quiere ni yo tampoco: tenemos una holgada medianía con su sueldo, y esto nos basta.

Cualquiera otra madre hubiera abrazado y bendecido á su hija; pero la marquesa se encolerizó y le dijo que, en su modo de pensar, se parecia mas á la hija de un patan que á una señorita de alta clase; pero, al fin, la boda se hizo, y Enriqueta se halló muy bien, en su modesta y alegre casita, al lado de un buen marido, que á la vez la amaba y le profesaba estimacion.

La marquesa empezó, pues, á pasar su vida comiendo cada dia en distinta casa, adulando á unos, criticando á otros y contando en una parte lo que veia en la otra.

Iba á casa de la condesa de A... y le participaba que la duquesa de S... se habia comprado un soberbio aderezo, diciéndole á la vez lo que le habia costado: hablaba á la misma duquesa del convite que iba á dar la generala de X... y de las personas que iban á ser invitadas: averiguaba los desórdenes de los maridos y los referia á las esposas: sabia las aventuras de todas las jóvenes, y penetraba con una infernal habilidad los mas recónditos sentimientos de cada uno.

Por extraño que este tipo parezca, existe, y nosotros lo copiamos del natural: hay personas de clases distinguidas que, arruinadas por sus locuras, desempeñan cerca de los que fueron sus iguales el cargo de perpetuos aduladores y el de *corre-vé-dile* con una perfeccion y hasta con una aficion maravillosas.

Este era en la sociedad el papel de la marquesa de B... pero, en honor de su clase, debemos decir que ella no pertenecia á la noble y digna aristocracia de la sangre, á la que se habia elevado á causa de su belleza, que habia sido extremada, por medio de un casamiento brillante.

La marquesa, cuando por su desgracia dejó de poseer medios de serlo, volvió á descubrir su orígen plebeyo, y no se avergonzó de hacer en sociedad papeles muy poco dignos, ó mejor dicho, bastante indecorosos.

Entre las casas donde aun tenia entrada, y cuyo número se iba reduciendo cada dia, se contaban las de las dos hermanas, cuyas bodas habia ella arreglado.

Paulina la recibia siempre con frialdad.

Rosa, desde que la veia tan pobre y tan sola, la trataba con mas afecto.

Ella fue la que avisó á Paulina de la inclinacion naciente de mister Harwod, jóven agregado á la embajada inglesa: habia in-

sinuado tambien á Rosa que la amaba alguno de los jóvenes del gran mundo, que ella frecuentaba poco; pero Rosa le habia respondido siempre con indignacion:

—Señora, no me hable usted nunca de esas cosas: soy casada, y además tengo honor y por nada le quiero empañar.

—Pero, tonta, exclamó un dia la marquesa: ¿no ves lo que hacen todas?

—Yo nada veo, repuso Rosa: ya sabe usted que vivo retirada, y que voy rara vez á los salones.

—¡Otra necedad tuya! ¿Y por qué haces eso? Vamos á ver, ¿de qué nos ha servido á tu hermana y á mí el trabajar tanto para hacerte marquesa?

—De nada, señora, respondió la jóven: nunca habia deseado este rango.

—Pero, ya que lo tienes, ¿por qué no lo aprovechas?

—Me gusta poco la sociedad: creo que la mujer casada, si es buena y juiciosa como debe serlo, saca muy poco partido de los bailes y conciertos: además, yo estoy en esas fiestas violenta y confusa... sé que se murmura de nosotras, y que se nos echa en cara nuestro humilde orígen...

—¡Qué mujer, en tu caso, ha pensado nunca en esas cosas! Una marquesa de diez y ocho años, ¿no ha de despertar la envidia de todas las mujeres, y mas, siendo tan bonita como tú? ¿Crees que las demás se alegran de que tengas tú todas las ventajas? No, Rosa, no: acostúmbrate á las tiros de la envidia y desafíalos.

—Me es imposible, señora, respondió la pobre niña, meciendo tristemente su rubia cabeza: no sé arrostrar la amarga crítica del mundo, que me hiere y me acobarda: ¿para qué, pues, desafiarla? En mi casa no hago daño á nadie, ni á nadie ofenden estas

ventajas que usted dice que poseo y que no aprecio en mucho.

—Haz lo que quieras, repuso la marquesa despechada; pero sabe que te arrepentirás de tu singular método de vida: tu marido está acostumbrado á los placeres de su clase...

—Yo no le impido que vaya á donde le agrade, y alguna vez le acompaño.

—Sin embargo, eso no basta, y temo que, con tu vida de monja, se fastidie de tí y se ocupe de otras mujeres.

—¡Pues qué! ¿El hombre que se casa, debe ya pensar en otras mujeres? exclamó Rosa: y porque yo no guste de las fiestas y del bullicio, ¿merezco que me falte á la fé prometida?

La marquesa soltó una gran carcajada: tan larga y tan franca, que Rosa la miró sorprendida y llena de afliccion.

—Niña, dijo aquella: si los hombres y las mujeres hicieran solo lo que deben, el mundo seria muy tonto: pero la palabra *deber* es de goma elástica: ¿estás? Y te advierto que, sacrificándote á ella, harás una solemne tontería: vigila á tu marido, que no te falta motivo para ello.

—¡Qué dice usted! exclamó Rosa con terror.

—Que está mas amable de lo que te conviene con la vizcondesa de... y con otra... que no te quiero nombrar.

—¡La vizcondesa! Esa mujer, que puede ser mi madre y que es además tan fea, ¿piensa usted que puede darme celos?

—Pero es mujer á la moda, coqueta, elegante; tiene, en fin, todo lo que á tí te falta, ó no quieres emplear.

—¿Y quién es lo otra de que usted me habla?

—¡Esa... no me atrevo á nombrarla!

—¿Por qué causa? ¡dígame usted quién es, ya que ha vertido en mi corazon el veneno de la duda!

—Pues bien... ¡es... tu hermana!

—¡Paulina! gritó la jóven: y luego, alzando la cabeza que habia inclinado abrumada de dolor, exclamó:

—¡Imposible! ¡imposible! ¡Usted ha visto mal! Usted se engaña!

—No solo está él enamorado de tu hermana, sino que tu hermana lo está tambien de tu marido: toma, pues, el partido mejor que puedes tomar.

—¿Y qué partido es ese, señora?

—¡Véngate! ¡Dá oidos á uno de tantos como te persiguen con su amor!

—¡Jamás! dijo Rosa: si mi marido falta á sus deberes, no estoy autorizada por ello para faltar yo á los mios.

—¿De modo que les dejarás tranquilos?

—¿Qué he de hacer? ¿Y cómo evitaré que mi hermana desconozca todas las leyes del honor y de la naturaleza? ¡Ah! ¡Quién lo hubiera esperado de ella!

—¡Bah! ¡Bah! Hija mia, en el gran mundo no se conocen esos escrúpulos de monja! Por eso es *grande*, y bueno, y agradable! ¿Crees tú que la mayor parte de las damas de distincion se casan por amor? Pero nada mas te digo por ahora: observa y yo tambien observaré: estoy segura de que harás al fin lo que hacen casi todas.

La marquesa salió, y la pobre Rosa quedó sumergida en un mar de confusiones.

Imposible le era creer á su hermana, á la que tanto habia amado siempre, culpable de ingratitud para con ella; y además, pensaba la inocente que, si el marqués hubiera amado á Paulina, con ella se hubiera casado, puesto que nada habia que se lo impidiese: la infeliz ignoraba los horribles misterios del corazon de un hombre gastado por el abuso de todo.

Nada era mas cierto que la pasion del marqués por la hermana de su esposa : pasion que debia extinguirse en breve , viéndose correspondida; pero que , hasta que llegase este caso , era una verdadera locura.

Mas durable era la de Paulina , mas profunda, mas terrible: la desgraciada detestaba á su marido, y encontraba una especie de placer en hacerle traicion.

De todos los hombres que la asediaban con sus galanterías, era el esposo de su hermana el que la agradaba mas , acaso por la fatalidad y las negras nubes que rodeaban á aquella siniestra pasion.

Y, sin embargo, amaba á Rosa con toda la ternura de que era capaz su alma dura, y todo se lo hubiera sacrificado excepto su fatal amor.

Para no afligirla , ocultó , pues , su aficion al marqués , que, por otra parte, era tan naciente, que solo la intrigante marquesa la habia adivinado por ciertos indicios perceptibles nada mas que para ella.

Por lo tanto , Rosa no pudo vislumbrar nada , por mas que observó.

Al volver á hallarla ahora llorando y sumida en la afliccion, era tambien su marido la causa de su pena : oigamos el diálogo que sostenia con la marquesa, que acababa de entrar.

—¿ Por qué lloras ? le dijo esta tomándole cariñosamente la barba : ¿ qué te sucede ? ¿ Te ha dado algun pesar tu marido? ¡Habla! Ya sabes que te quiero mucho.

—Yo no sé lo que le pasa, dijo Rosa, que sentia, en efecto, la necesidad de algun desahogo : hace seis ú ocho dias que apenas se le ve en casa, y hoy ha venido á decirme que no queria que fuese al baile de la embajada inglesa , al que contaba ir con mi hermana.

PUBLIC LIBRARY

¡OH, HIJOS MIOS! ¡QUÉ HABEIS HECHO PARA QUE OS DEJEN MORIR SIN AMPARO Y SIN SOCORRO!

—¿Y por eso lloras? exclamó la marquesa con su eterna risa.

—Por eso, señora: poco me costaria quedarme en casa por mi gusto; pero que él me lo prohiba, y tan duramente como lo ha hecho, es cosa que me desespera.

—¿Sabes lo que debes hacer?

—Estarme en casa: eso haré.

—¡Al contrario!

—¡Qué dice usted!

—Debes ir al baile.

—¿Y con quién?

—Con tu hermana.

—¡Oh, no! ¡Se enfadaria mucho Ernesto! exclamó Rosa: jamás me atreveré.

—Estás perdida, si él descubre que le temes, dijo la marquesa: serás la víctima de su carácter iracundo: vé al baile y no cedas: quizá allí verás cosas que te iluminen acerca del cambio de tu marido.

—¡Oh, no! gritó Rosa: ¡no iré! ¡Veo que le estorbo... que no me ama! ¡Y he de estar allí afligida sufriendo su mal humor!... ¡no, no iré!

—Como quieras, dijo la marquesa: tú eres quien pierde en eso... pero, ¡calla! ¡Llaman! ¿Será visita?

—Debe ser mi marido, observó Rosa enjugando sus ojos: es así como él llama.

—Me voy, dijo la marquesa: de algun tiempo acá se ha vuelto bastante grosero, y no quiero nada con él.

La marquesa besó á Rosa en la frente, y salió en el mismo instante en que entraba el esposo de esta.

—¡La eterna ocupacion del llanto! exclamó el marqués: ¡qué agradable es tener por mujer un Jeremías! ¿Por qué lloras?

—No lloro, contestó Rosa.

—Voy á vestirme, dijo Ernesto: si te afliges porque esta noche me voy solo, no tienes razon para ello: es simplemente porque tengo un negocio pendiente con cierta persona á quien he de ver en la embajada: estaré poco rato, y luego tengo que ir á otra parte: así es que, esta noche, tu compañía me seria embarazosa, y te suplico que te quedes.

—Me quedaré, repuso Rosa: no me cuesta trabajo alguno: solo que habia dado á Paulina palabra de ir con ella, y ya tenia mi traje preparado.

El marqués pareció no poner atencion alguna en las palabras de su esposa, y salió de la habitacion para pasar á su cuarto y disponerse para ir al baile.

Así que estuvo vestido, se fué sin despedirse de su mujer.

Rosa, al oir el ruido del coche que se llevaba á su esposo, redobló su llanto, y, alzando al cielo sus ojos, exclamó:

—¡Oh, madre mia! ¡Qué terrible cosa es el gran mundos en el cual tanto anhelabas penetrar! ¡El que no ha nacido en él, vaga al borde de sus abismos como una sombra errante y desolada!

XV.

Vicente halló al señor Blas vestido y sentado delante de su mesa, en la que se veian muchos legajos de papeles desatados y extendidos.

Algunos de aquellos papeles contenian largas filas de guarismos.

El pobre hombre temblaba á impulsos de la fiebre y de la enfermedad: sus mejillas, lívidas por sus continuos padecimientos morales, tenian un color purpúreo en su centro, que les prestaba

la calentura : su vista se turbaba, pero el anciano procuraba olvidar su malestar para proseguir en su tarea.

Cuando Vicente entró, el señor Blas no se apercibió de su visita : tan absorto le tenia su trabajo.

A su lado izquierdo habia doce cubiertos de plata con sus correspondientes cuchillos; dos cucharones, uno de los cuales era de forma de cazo ; dos saleros de forma antigua ; dos bandejas ; una cadena de oro muy gruesa, que sostenia un magnífico reloj de oro tambien ; otro reloj de plata muy abultado, y tres juegos de botones para la camisa.

Además, habia una cajita cerrada, de palo santo, que figuraba un cofrecito, torneado con mucha delicadeza y perfeccion.

Vicente puso la mano en la espalda del señor Blas, y le dió las buenas noches.

—¡Ah! exclamó el anciano al verle : ¿eres tú, Vicente? ¡Dios te envia! Tal me encuentro, que temia que no podria ir mañana á tu casa.

—Con enviarme un recado, hubiera venido yo, dijo el jóven.

—¿Y con quién te habia de enviar á llamar? La criada de casa está siempre llena de ocupaciones, y á mí me sirve de mala gana desde que me he quedado pobre ¡Ah! ¡El dinero, el dinero! ¡Qué poco caso he hecho yo siempre de él, y cuánto le estimo ahora!

—¿No está usted mejor? le preguntó Vicente: ¿por qué se ha levantado á estas horas!

—Tenia que hacer, respondió el señor Blas, que parecia hallarse en un estado de extravío mental: ha venido Paulina y me ha dicho que necesita de mí...

—¿De su dinero, queria usted decir? observó con amargura Vicente.

—¡Mira, hijo, no la ultrajes! dijo tristemente el anciano: ¿por qué la aborreces? ¿Qué te ha hecho?

—¡Dios lo sabe y yo tambien! murmuró Vicente con voz sombría; y aunque no fuera mas que por el delito de ingratitud en que incurre con usted, debia odiarla.

—¿Pero á quién, sino á mí, han de acudir las pobres criaturas? ¿Quién, como su padre, las socorrerá? Mira, Paulina se ve ahora en un grave apuro, y para mañana tengo que darle veintiseis mil reales.

—¡Sí! Para que pague en mi casa un aderezo que ha llevado esta noche! dijo Vicente.

—¡Qué! ¡Es de tu casa el aderezo!

—Sí, señor: esta noche me ha dado cuatro mil reales, y me ha dicho que mañana me satisfará el resto.

—Mis pobres hijas me creen rico, dijo suspirando el zapatero, y Dios sabe que no es así... les he dado todo lo que tenia... y lo poco que me quedaba lo he empleado con ellas tambien: ya no me queda mas que lo que ves sobre esta mesa y muy poco dinero: aun habrá para sacar á Paulina de su compromiso contigo; pero nada mas... ¡Qué harán despues, Dios mio! ¿A quién acudirán? ¡Ah! Este pensamiento me mata!

—¡Oh, cariño loco y ciego! exclamó el joyero: y qué, señor, ¿va á dar usted á su hija todo lo que hay sobre la mesa? todos los sagrados recuerdos de su familia, todos los restos de su pasado bienestar, y hasta las alhajas que usaba su esposa, porque reconozco ese cofrecito: ¿todo lo va á sacrificar ante un capricho de esa hija ingrata y cruel? ¡Ah! Dios no puede menos de castigar esa obcecacion de su entendimiento, esa fatal manera de amar á sus hijas!

—¿Y quién la socorrerá en el trance en que se halla, si yo no lo hago, Vicente? ¡Ah! ¡Si supieras qué carácter tiene su marido! ¡Si supieras qué desgraciada es en su casamiento!

—¿Y quién le mandaba unirse á un hombre, á quien no conocia, á quien no habia tratado?

—La marquesa se lo aconsejó...

—¡Se lo aconsejó su vanidad! Y su vanidad le aconsejó tambien sacrificar á su hermana y casarla con un hombre que la hace, como á ella su marido, completamente desgraciada!

—Ya veo que guardas rencor á Paulina por la parte que tuvo en la boda de Rosa.... pero, ¡qué quieres, hijo mio! Ella creyó obrar así mejor... en fin, lo hecho, hecho está... mira, ya que has venido, apreciarás todo esto para ver si la suma que me dén por ello alcanza á pagar la deuda de Paulina con la casa de tu principal... no me queda mucho, como ves, pero observa que estas alhajas, que usó mi pobre Catalina, valen bastante.

Y el señor Blas abrió el cofrecito.

En su fondo habia unas arracadas de brillantes, un collar de perlas finas, aunque pequeñas, y varias sortijas, algunas de no escaso valor.

Vicente dejó caer sobre estos objetos, que el señor Blas exponia á su vista, una mirada llena de lágrimas.

¡Cuántas veces habia visto lucir aquellas alhajas á la señora Catalina, cuando le mecia sobre sus rodillas!

Para él eran unas buenas y queridas amigas, á las que amaba y que le traian á la mente los mas dulces recuerdos.

En la mano que se engalanaba las tardes de los domingos con aquellas sortijas, ¡habia él puesto tantas veces caramelos para Rosa!

—Señor Blas, dijo con voz alterada el jóven joyero: ¿es ver-

dad que se halla usted pobre, y que esto es lo último que le queda de su pasada riqueza?

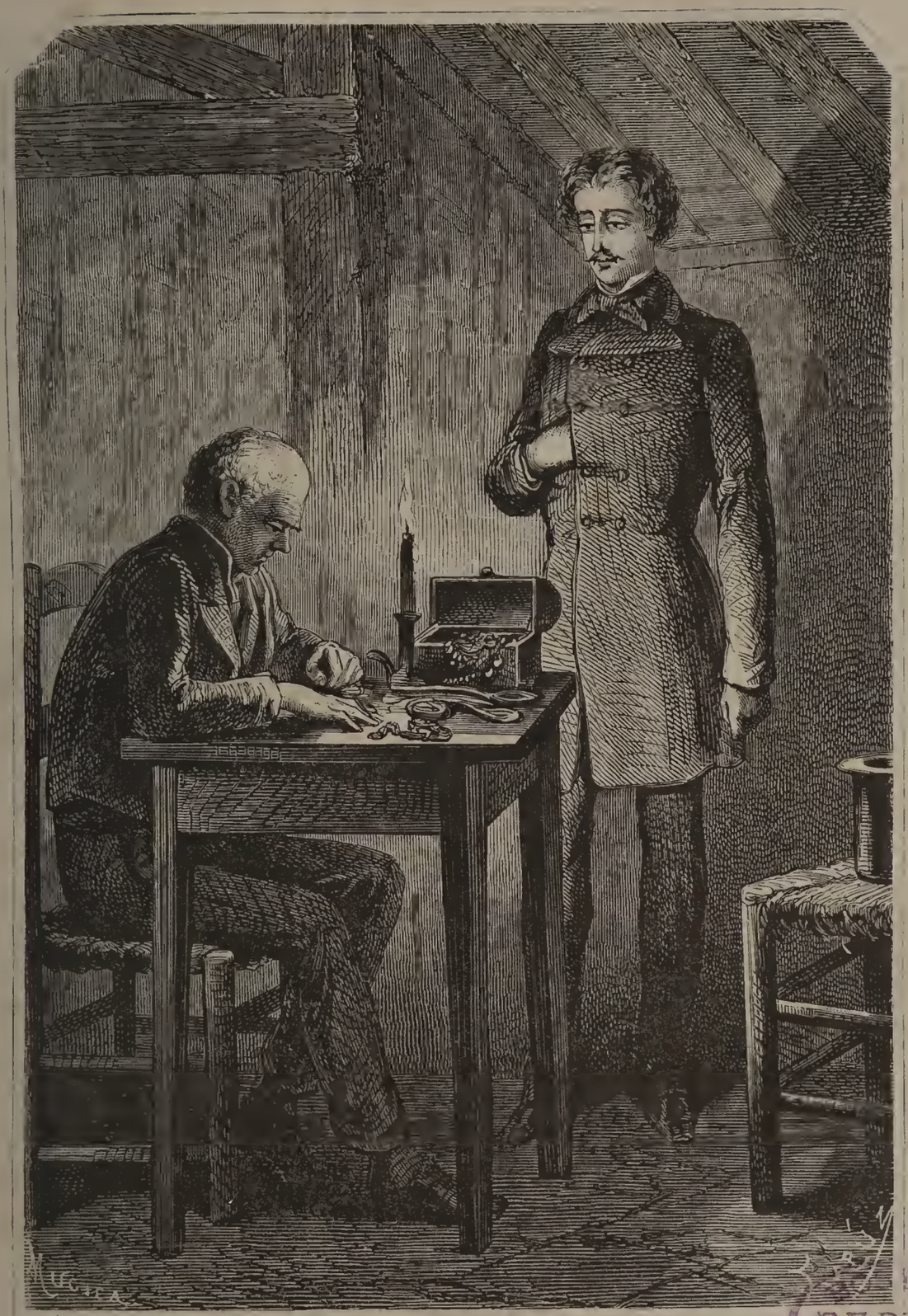
—¡Es cierto, hijo mio, respondió el zapatero: tan cierto como he de comparecer algun dia ante el tribunal de Dios!

—Guarde usted, pues, todo eso, señor: dijo Vicente: no permita ese mismo Dios, á quien invoca, que yo le prive de lo que le debe ser mas caro: yo pagaré la deuda de su hija de usted.

—¡Pero tú eres pobre, Vicente! exclamó el señor Blas: ¡tú no cuentas con mas que con el fruto de tu trabajo!

—Ya soy rico, respondió el joyero: el trabajo, si va acompañado de la fé y de la constancia, enriquece tambien: haré por usted un pequeño sacrificio, y lo haré con el mayor placer..... ahora, acuéstese usted y descanse.

—¡Dios mio! ¡Cómo podré yo pagarte lo que te deberé de dicha, aun mas que de dinero! exclamó el anciano estrechando las manos de Vicente y queriendo besarlas en el transporte de su gratitud: mira, estos cubiertos los hicimos mi mujer y yo á fuerza de ahorros y economía. ¡Estos botones de la pechera eran de mi padre, zapatero como yo! ¡Estos otros me los regaló mi pobre hermana, ya difunta! ¡Estos me los compró Catalina un dia de mi santo! ¡Este reloj de plata es el que llevaba cuando era muchacho! ¡Este de oro me lo regaló ella en nombre de las chicas! Y sus sortijas, su collar, sus pendientes, su cruz de oro..... ¡ah! desprenderme de eso, era desprenderme de la mitad de mi vida, Vicente! ¡Dios te pague el favor que me haces! y Dios me dé fuerzas á mí para pagártelo en lo posible... Escucha: así que esté mejor, iré á pedir obra á tu cuñado Luis y volveré á trabajar de zapatero... esto me distraerá... aun me queda algun dinero para ir viviendo... el jornal que me dé todas las semanas te lo llevaré á tí y te pagaré, si no en dos años, en tres, en cuatro



PUBLIC LIBRARY

VICENTE DEJÓ CAER SOBRE LOS OBJETOS.....

en cinco, en los que pueda!... aun no tengo sesenta y todavía puedo vivir algunos mas!

Vicente tardó en contestar: abundantes lágrimas corrian por sus mejillas: estrechó la mano abrasada por la fiebre del pobre anciano, y le dijo:

—Tranquilícese usted, señor Blas: nada me deberá usted, nada: ya le he dicho que estoy bien de intereses, y el desembolso de esa cantidad solo me obligará á trabajar un año mas: usted no debe trabajar, porque está en una edad que necesita descanso y sosiego: cuando carezca de los medios de tenerlos, no se desprenda tampoco de esas alhajas: ya sabe usted que en casa de mi padre hallará siempre una cama y un cubierto en su mesa.

—De muy buena gana iria á buscar una y otro, objetó el señor Blas dando un suspiro, porque la soledad me mata; pero eso seria dar lugar á que criticasen mucho á mis hijas: teniendo la en tan alta posicion, seria muy mal visto que yo estuviera en una casa extraña.

—Hasta mañana, señor Blas, dijo Vicente, comprendiendo que en este terreno era el insistir una cosa perdida: me retiro: son las doce y media y estará mi madre con mucho cuidado: ya vendré á ver si se le ofrece algo, y si se pone usted peor, haga que me avisen.

XVI.

El pesar del mal recibimiento que le habia hecho su hija mayor, habia puesto gravemente enfermo al señor Blas.

La alegría de ver á esta misma hija libre de un grave compromiso, por la generosidad de Vicente, le mejoró hasta el punto de darle aquella noche un sueño tranquilo y de proporcionarle al

dia siguiente fuerza bastante para ir á ver á las jóvenes.

Rosa le recibia siempre con abrazos de alegría.

En cuanto á Paulina, no temia entonces la dureza de su recibimiento, pues iba á llevarle una buena nueva, cual era la de que estaba solventada su deuda.

El señor Blas iba decidido á no referir á Paulina la escena ocurrida entre él y Vicente: queria limitarse únicamente á decirle, que el aderezo quedaba pagado y que ya podia usarle con toda libertad.

Serian como las doce cuando llegó á casa de su hija; pero no pudo verla: los criados de la primera antesala le dijeron que la señora habia vuelto del baile al amanecer y que estaba descansando.

Entonces el anciano sacó una deteriorada cartera de su bolsillo: arrancó de ella una hoja y escribió con lápiz.

—El aderezo está pagado: te espero mañana en casa.

Dobló despues el papel y lo entregó á uno de los criados, bajando la escalera muy triste, por haber sido defraudado en la esperanza que tenia de ver á su hija.

Dirigióse á casa de Rosa, y se le dijo que la señora marquesa se ohallabaen su cuarto.

Rosa lloraba al entrar su padre: es verdad que hacia dos meses que se podia decir que era el llanto su única ocupacion, pues su marido no ocultaba el desvío que le inspiraba, ni la depravacion de su conducta.

Al ver á su pade, rcorrió á echarse en sus brazos y exclamó:

—¡Ah, padre mio! !Soy muy desgraciada!

—¿Qué te sucede? preguntó el anciano, cuyo corazon estaba oprimido al ver presa á su hija de una angustia mortal: ¿qué hay de nuevo?

—Padre mio, acaba de irse la marquesa, dijo Rosa con voz sofocada por las lágrimas, y me ha dicho que anoche, en el baile de la embajada inglesa, mi marido no se separó de mi hermana, lo que ha dado á su intriga una publicidad que me pone en el mas doloroso ridículo.

—¡A su intriga! repitió atónito el sencillo anciano.

—Hace ya tiempo que sospecho que están de acuerdo; pero, sin embargo, cuando venian á decírmelo, era yo la primera que lo negaba.

—Pero, ¿cómo es posible que tu hermana dé oidos á tu marido? Ni entre herejes se ve eso. Vamos, Rosita mia, no creas esas picardías que vienen á contarte y que deben ser solo habladurías: tu esposo es un caballero de alta clase y no puede proceder de ese modo tan infame!

—¡Padre, dijo Rosa, yo me voy con usted! ¡No quiero estar mas en esta casa!

—¡Hija mia! ¡Mira que te engañan! observó el anciano: vas á dar una campanada, y antes es preciso cerciorarse...

—Estoy segura de que dicen la verdad: mi marido no quiso que yo fuera anoche al baile.

—¡Pero sospechar de tu hermana! Rosa, tú eres una niña: dejar así tu casa, hija mia, es una accion de una mujer sin seso! ¿Y para qué? Para ir á la de tu anciano padre, que ya está pobre! ¿Crees tú que conmigo no echarias de menos la vida opulenta que hoy te rodea? Pues te engañas, hija mia! Y esto no es decir que yo no te quiera á mi lado! tu vista me rejuveneceria diez años! Si supieras cómo me consume la soledad! Pero, Rosa, debo mirar por tí y por tu hermana, cuya reputacion quedaria perdida... Vamos, reflexiona un poco en lo que vas á hacer.

—¡Me voy con usted! repitió Rosa con decision: pensaba hacerlo esta noche, y lo hago ahora.

—¿Pero olvidas que tengo agotados todos los recursos? ¡Si á lo menos pudiéramos sacar tu dote! Pero, ¡dónde estará ya!

—¡Ay! Es verdad! Dónde estará! repitió la jóven; padre mio, usted no sabe lo que es mi marido. Para él, los tesoros de Creso serian poco! Juega, compra caballos, trenes, no sale de las orgías y está lleno de deudas: á los ocho dias de habernos casado, ya no pensaba en mí y seguia su vida de soltero como si no hubiese contraido delante de Dios compromisos muy sagrados! ¡Ah, padre mio! ¿Es este el gran mundo? prosiguió Rosa - yo le detesto, le aborrezco y quiero salir de él!

—¡Ojalá que jamás hubieras entrado por sus puertas! exclamó el anciano; pero, ya que estás en él, ten paciencia, hija mia, y no comprometas lo único que tu marido no te puede quitar: tu buena fama! Que nadie tenga que decir una palabra en contra tuya; que digan solo que eres desgraciada!... Por lo que hace á tu hermana, yo la veré y le diré que no está bien que dé materia á las habladurías, porque en cuanto á hacerte traicion, hija mia, no lo creas!

—¡Que no lo crea! ¡Ah, padre mio! La marquesa los ha visto toda la noche sentados uno al lado del otro... ¡Ah! Cómo puedo dudar!

—¡Quién hace caso de la marquesa! Esa mujer es quien tiene la culpa de todo! exclamó el señor Blas con un furor del que no se le hubiera creido capaz: esa mujer se metió á gobernar mi casa; esa mujer os casó á las dos, y es seguro que vuestros maridos eran ya conocidos suyos.

—Sin duda, padre mio, sin duda, respondió Rosa; pero tambien mi hermana sabia perfectamente quiénes eran esos dos hom-

bres : yo no lo sabia, y ahora que lo sé, no quiero vivir mas con mi marido ! Quiero irme con usted y quiero irme ahora mismo !

—Hija mia, dijo aterrado el zapatero, ten un poco de paciencia: tú no sabes el escándalo que darás dejando tu casa... todos te culparán á tí, y dirán que al fin nada bueno se podia esperar de la hija de un zapatero : yo hablaré á tu marido... ¿me ves tan tímido y que parece que no soy capaz de matar un pollo? Pues ya verás qué valor adquiero para trabajar por tu dicha !

—¿Es decir, objetó Rosa tristemente, que no quiere usted llevarme á su lado ? ¿Que me cierra usted las puertas de su casa ?

—¡Yo! gritó el anciano con una voz que partia de su corazon: ¡Yo no quererte á mi lado! ¿Pues no sabes que tu presencia seria para mí la vida y la salud?... que para mantenerte me pondria á ganar mi jornal con la mayor alegría, como el dia en que me casé con tu madre ? Teniéndoos á una de vosotras , hijas mias , no cambiaria mi suerte por la del emperador mas poderoso ! Pero, al decirte que esperes , lo hago porque miro por tu bien , que me es mas querido que el mio ! Hablaré á tu marido!

—Y él se burlará de usted.

—¡Quién se burla de un padre anciano que llora! exclamó el señor Blas alzando al cielo los ojos con una sublime confianza : no lo temas, hija mia, no lo temas... además, hablaré á tu hermana !

—¡A ella! si tiene el corazon de piedra! dijo Rosa, en cuyos dulces ojos pareció inundarse una centella de odio : ¿á quién ha amado ella jamás ? ¿de quién se ha compadecido ? Yo he sido en sus manos el instrumento de sus planes y de su ambiciosa vanidad !

—Aborrecerias á tu hermana! exclamó el anciano con terror: ¡Ah, Rosa! Eso seria mi muerte !

La jóven inclinó la cabeza y no respondió.

—¡Señor! prosiguió su padre: ¡qué mano terrible enseñó á estas criaturas un camino distinto del que con tanta paz y tanto amor hemos seguido su madre y yo! El infierno abrió sus almas á la vanidad, las separó de su modesta y humilde esfera, y ahora van ciegas y errantes por la senda de su perdicion! ¡Ah! Por qué me hiciste rico, señor! Maldita sea mi riqueza, que se ha tragado el bienestar y la felicidad de toda mi vida!

Detúvose el anciano, porque una voz imponente gritaba en su interior:

—No es la riqueza lo que causa la infelicidad, sino el mal uso que tú has dejado hacer de ella; lo que pagas ahora es la debilidad de tu carácter, y el no haber sabido, como esposo y como padre, sujetar en tu casa las riendas del gobierno y hacerte respetar!

—Padre, dijo Rosa asustada al ver la expresion del rostro del anciano, está bien... tendré paciencia: esperaré!

—¡Ah, hija mia! ¿De veras? exclamó el zapatero: renuncias á abandonar esta casa? ¿Perdonas á Paulina? Dime que sí, sin vacilar, que si ella falta á sus deberes de esposa y de hermana, Dios la castigará!

—Que de ella tenga piedad el cielo! repuso la jóven eludiendo la promesa del perdon: procuraré encontrarla inocente, padre mio, pero deseo no volver á verla!

—¡Cómo! ¿Reniegas de ella, Rosa?

—Hasta que tenga la certeza de su inocencia ó de su arrepentimiento, sí! Me es imposible hacer otra cosa, padre mio.

—Yo tampoco puedo hacerte fuerza acerca de este punto, dijo el señor Blas; mas vale que no os veais por ahora; adios, hija mia; esta noche vendré á hablar á tu marido.

Rosa meció la cabeza con una expresion que pintaba lo inútil que, en su opinion, era este paso.

—Es mi deber hacerlo, repuso el señor Blas, que parecia haber recobrado una firmeza repentina; y de hoy en adelante no pienso faltar mas á mis deberes.

Rosa abrazó á su padre y volvió á echarse á llorar.

Era evidente que hubiera dado la mitad de su vida por marcharse con él: en el término de pocas horas, se le habia hecho odiosa aquella suntuosa casa, su marido, el ambiente y las costumbres del gran mundo, al que habia sido arrastrada como una inocente corderilla, por su ambiciosa y dominante hermana.

Veia á lo lejos una pobre y humilde casita bañada por un alegre rayo de sol: en la ventana habia macetas, un pajarito cantaba en su jaula, un robusto gato se lamia las patas; ella cosia una camisa de lino, y á su lado se hallaba Vicente que la contemplaba con una amorosa sonrisa.

Y allá, en los aires, oia la voz de su madre moribunda, que le decia:

—Vicente te ama... si te casas con él, serás una mujer feliz!

Todo esto pasó rápidamente por la imaginacion de Rosa, en tanto que, reclinada en el hombro de su buen padre, dejaba correr sus lágrimas.

—Vamos, hija, valor! dijo el viejo zapatero: no te acongojes, y hasta la noche.

Y arrancándose de los brazos de Rosa, salió á la calle, dando gracias á Dios de que Rosa no hubiese abandonado el techo conyugal.

La marquesa volvió á reclinarse en su sillon y lloró durante largo rato.

Cuando, fatigada de sus lágrimas, intentó ocuparse de algo, le fué imposible hacerlo : el trabajo es el mejor amigo, el compañero mas fiel de la mujer ; pero si esta pierde el hábito de él, tarde, muy tarde vuelve á cobrarle aficion.

¡El trabajo! ¡Qué bueno, saludable, y consolador es el trabajo ! Aunque no produjera ningun otro fruto mas que el de entretener las horas y ocupar la imaginacion, debia estarle la mujer inmensamente agradecida : el tedio huye asustado de donde vive el trabajo, y el tiempo parece caminar con paso rápido y demasiado presuroso.

Rosa tomó un bordado que arrojó llena de fastidio.

Despues abrió un libro , pero aun no habia recorrido dos páginas, cuando tuvo que hacer con el libro lo mismo que habia hecho con el bordado.

Llenaban su alma sombras muy negras para que pudiera hallar placer en la labor, ni en la lectura.

XVII.

No habia ninguna semejanza entre las dos hijas del zapatero : lo que en la mayor resaltaba de malo, de soberbio, de voluntarioso, era hijo de su carácter duro, egoista, y profundamente calculador.

Paulina hubiera necesitado el contrapeso de un padre enérgico, á la par que justo, y de una madre tierna á la vez que digna ; estos dos sabios artífices hubieran labrado su carácter de hierro y le hubieran dulcificado inspirándole ideas suaves y consoladoras con las santas doctrinas de la religion cristiana.

Pero ¡ay! Era precisamente la ausencia de casi toda idea religiosa lo que habia pervertido dia por dia, hora por hora, la índole, los instintos y hasta el corazon de Paulina.

En su claro talento, cuya elevacion resaltaba con los mismos manejos que discurria para satisfacer sus caprichos, no podia contentarse con ideas rutinarias : su padre era sinceramente piadoso; pero, ¡qué tenia de comun el pobre entendimiento y el inocente corazon del señor Blas Linares con la imaginacion de fuego, la rápida penetracion y el corazon ardiente de Paulina!

Casi niega,—porque solo veia la religion como una luz velada é incolora,— Paulina corria adonde sus pasiones la llamaban con ansiosa rapidez, y en su intriga con el esposo de su hermana, se reia del dolor de esta y de la indignacion de su padre, si es que alguna vez pensaba que pudiera abrigarla.

—¡Pobres seres á los que yo domino! se decia: ¿por qué he de sacrificar yo á vosotros lo que amo, lo que puede hacer mi única felicidad? Ernesto tiene razon al asegurarme que mi hermana no merece que yo me haga violencia por ella : ¿acaso piensa ó siente como yo? ¿Acaso es otra cosa que una linda muñeca? Y mi padre, ¿qué otra cosa es mas que un autómata, á quien toda mi vida he visto sujeto á mi voluntad y á mi capricho? ¿A qué inquietarme por ellos? Pensemos en la ventura presente, como dice Ernesto : despues... ¿quién sabe lo que hay despues?

¡Horrible duda de la vida eterna, y mas horrible aun, cuando es formulada por los labios de la mujer!

El frecuente trato con el marqués habia hecho vacilar á Paulina en lo que creia con la ceguedad de la infancia.

Entre todos los hombres que componian la sociedad á que pertenecia Paulina, ninguno era tan depravado, ninguno padecia la tisis moral del marqués.

La hija mayor del señor Blas se creia amada veraz, profunda y eternamente por aquel hombre ; pero él no tenia por ella mas que uno de esos caprichos que ocupaban su vida durante algunos dias, ó lo mas, durante algunos meses.

Así, pues, Paulina faltaba á todas sus obligaciones, á todos sus deberes de esposa y de hermana por una quimera; por un hombre que acaso valia menos que su marido, y que la empujaba hácia su perdicion.

Todas sus débiles creencias de niña y de adolescente—muy entibiadas ya con el ejemplo de la marquesa, que por dedicarse completamente al mundo, nunca pensaba en Dios—se extinguieron al infernal contacto del alma helada del marqués: del marqués, que de todo se reia, que nada respetaba, que nada reconocia grande y puro sobre la tierra.

Rosa, dotada de menos talento y de una imaginacion menos poderosa, era una niña cándida y risueña antes que la traicion de su hermana la hubiera herido: y, herida ya, era aun mucho mas dichosa que Paulina.

Siempre es menos amargo ser la víctima que ser el verdugo.

Y además, Rosa, mas ignorante, mas mansa de espíritu, mas humilde de corazon, creia, rezaba y lloraba: se encerraba en un círculo estrecho y no salia ni queria penetrar mas allá.

Cuando lo presente la heria con demasiada crueldad, se refugiaba en sus recuerdos y pensaba en la modesta casita de sus padres; en su pobre madre, que tanto la amaba y la acariciaba tanto; en su padre, tan bueno y tan indulgente; en sus infantiles amigos los hijos del confitero, entre los que sobresalia Vicente, como la jóven palma entre los árboles de un bosque.

Rosa, además, no era culpable de ninguna falta hácia su hermana; y la inocencia consuela de todos los sinsabores de la vida, cuando aquellos no son merecidos.

Cuando su padre la dejó, se quedó resignada: nunca habia amado á su marido, y su union habia sido llevada á efecto, mas bien por complacer á su hermana y á la marquesa, que porque ella sintiese cariño hácia el marqués.

A la edad de Rosa, los dolores no abren llagas muy hondas, y ella se tranquilizó, aunque quedó muy triste en su soledad.

Si hubiese acudido el trabajo á acompañarla, ¡cuánto mejor se hubiera hallado!

A la misma hora en que Rosa quedaba sola y entregada al fastidio y al triste aburrimiento de la ociosidad, Petra, la hija del confitero, se hallaba apoyada en la ventana de su cuartito, que daba á un callejon estrecho, y hablaba con un jóven asomado á otra ventanita que habia enfrente de la suya.

Petra—como ya sabemos—era hermana gemela de Nicolasa, la que pocos meses antes se habia casado con Luis, el zapatero de *fino*, hijo del tio Lucas el remendon.

Menos bonita que su hermana, tenia, sin embargo, un encanto indecible, que, á no dudarlo, le prestaban la dulzura de su mirada y la gracia suave é ingenua que resaltaba en sus facciones.

Las viruelas la habian desfigurado algun tanto; pero su boca estaba adornada de tan bonita dentadura, sus ojos azules eran tan grandes y tan dulces, sus cabellos castaños tan abundantes y hermosos, que no se la deseaba mas bella al verla tan simpática.

Petra tenia además una figura elegante, y vestia, en medio de la sencillez y humildad que le prescribian la severidad paterna y el buen criterio maternal, con gran aseo y exquisito gusto.

Un vestido de lanilla barata, un cuellecito blanco y un delantal de tafetan negro componian su atavío fresco y bonito á la vez.

Sus cabellos se recogian en gruesas y sedosas trenzas con una aguja de plata, regalo de su hermano Vicente, que habia querido darle una de oro.

—¡Ni por pienso! dijo el severo señor Juan: una mocita no debe llevar nunca cosas de valor.

—Pero, padre, si traigo dos: una para Nicolasa y otra para esta: mire usted, son de oro liso: no tienen otro mérito que el de haberlas hecho yo para mis hermanas.

—Y el *desmérito* de valer cada una treinta duros: da esas agujas, una á tu madre y otra á Nicolasa: á Petra le traes una de plata: y cuando esté casada ya le comprará su marido una de oro, si quiere.

—Yo se la haré.

—Santo y bueno entonces: ahora, hijo, no te agravies: ya sabes mis ideas: las mocitas, modestas y humildes.

—Madre, tome usted esta aguja, dijo Vicente: yo pensé que usted no la querria llevar, y por eso no he hecho para usted, que, si no, se la haria yo toda llena de brillantes.

—¡Qué, me he de poner yo una aguja de oro, hijo mio! exclamó riendo la buena Patricia: ¿estás loco?

—Padre dice que se la dé á usted.

—Juan, ¿estás malo de la cabeza? preguntó la madre.

—Estoy muy bueno, respondió el confitero: toma esa aguja: y si no te la quieres poner, la guardas para hacer un regalo á la mujer de Domingo, cuando este se case.

Patricia tomó la aguja y la guardó en un cajon de la cómoda, admirando en silencio la profunda sabiduría de su marido.

Cuando volvió Vicente aquella noche, traia una aguja de plata para Petra.

—Toma: cuando no hay pan, buenas son tortas, dijo aquel: no hay mas remedio que obedecer á padre.

—¡Claro! respondió Petra abrazando á su hermano: y tanto te estimo esta como aquella: cuando padre no quiere que me ponga la de oro, sus razones tendrá.

Petra llevaba, pues, su aguja de plata en la mañana de que vamos hablando.

Un rayo de sol caia sobre los cabellos y la blanca frente de la jóven, que reia hablando con Gregorio, el hijo del mercader de hierro.

La tienda de este se hallaba al lado de la humilde confitería del señor Juan: la ventana del cuarto de Gregorio y la del cuarto de Petra estaban de frente en un callejon que daba la vuelta á las dos casas y las dividia, quedándose una á la derecha y otra á la izquierda de aquel.

Gregorio era un mozo alto, gallardo y moreno, con ojos y bigote negros y fisonomía alegre.

—¡Qué buen planton me diste anoche! exclamó: desde las doce hasta las dos te estuve esperando en este mismo sitio! ¿Por qué no te asomaste?

—Hijo, porque me dormí, respondió Petra: como madre me mandó lavar los suelos con la tia Lina, estaba rendida, me senté al lado de la ventana, y así amanecí esta mañana.

—¡Pobre Petra! dijo Gregorio: ¿y no te has desnudado?

—Hasta las tres, no: y eso porque entró mi madre y me encontró como te digo: me despertó y me hizo meter en la cama: llena estaba de frio y de dolores!

—Lo creo.

—Pero mi madre no se dió por entendida: lo que me confirma mas en lo que antes pensaba.

—¿Y qué era?

—Que mi madre sabe que hablamos por la ventana y hace la vista gorda.

—Si hiciera la vista gorda, no hubiera entrado en tu cuarto: lo que yo temo es que se nos acabe este rato bueno que tenemos cada noche!

—¡Ca, hombre! Yo pienso que entró mas bien porque, no oyendo mi voz, temió lo que sucedió: que me habia dormido vestida: lo cierto es que esta mañana no me dijo una palabra, como si nada hubiera pasado.

—Tu madre es muy buena.

—¡Vaya si lo es! ¡Y mi padre tambien! ¡Y mis hermanos son unos benditos!

—¿Pero por qué no querrán que nos casemos ya? preguntó Gregorio: no sé que pueda haber nada que lo impida!

—Esta mañana, mientras la peinaba, me habló mi madre de eso, Gregorio: me dijo que mi padre deseaba que nos casáramos el mismo dia Domingo y yo: que mi hermano se pondrá al frente de la casa y él descansará.

—¿Y le va á ceder el gobierno y el caudal?

—El gobierno sí: el caudal... esos ya son otros cantares: mi padre, en tanto viva, quiere ser el amo.

—¡Qué genio tiene mas raro!

—¡Y hace bien! ¿No es todo suyo? ¿No lo ha ganado á costa de mil sudores? ¿Pues por qué se ha de convertir ahora en pensionista de sus hijos? Lo mismo hace tu padre, y lo apruebo: mientras ellos vivan, ellos deben ser los amos: á los hijos solo nos toca obedecer.

—¿Y se sabe quién es la novia de Domingo? Como vive lejos de aquí...

—¡Ya lo creo! En uno de esos hermosos palacios de Recoletos: es doncella de casa de unos señores muy ricos.

—¡Buena cabeza tendrá!

—¡Qué mal pensado eres, Gregorio! Creo que es la criatura mejor del mundo: entre las camareras, las hay buenas tambien!

—¿Y hay señoritos en la casa?

—No: son solos el señor, que es banquero, la señora y dos señoritas.

—¡Bah! Menos mal.

—Y Clara, la novia de mi hermano, es de muy buena familia. ¡Si vieras á la madre! Tiene una facha muy fina y muy agradable...

—¿Será andaluza, verdad?

—¿Por qué dices eso?

—Porque todas dicen que son de muy buenas familias, y que han sido ricas, ¡y qué sé yo!...

—¡Guason! no son andaluzas: son de Madrid: el padre de Clara era empleado y se murió muy jóven; su mujer se quedó con muy poca viudedad y cuatro criaturas: trabajaba dia y noche para ellas: por fin, Dios se le llevó tres.

—¡Favor le hizo!

—¡Vaya! Clara ayudó á su madre á coser; pero era tan poco lo que daba de sí la costura, y su madre sentia tanto que fuese Clara sola á devolverla, cuando ella estaba mala, que era bastante á menudo, que le buscó esa casa, donde está como el pez en el agua: ¡y qué bonita es!

—Una vez la he visto, y no me ha parecido tal. ¡Mas me gustas tú!

—¡Porque el cariño ciega! Pero, al lado de Clara, soy un coco.

—¿Y dónde la conoció el bendito de Domingo? ¿No decia que no se queria casar?

—Ya ves: el amor hace cambiar de pensamiento: la conoció en el Paraiso del teatro Real.

—¡Hola! ¿Iba allí esa palomita sin hiel?

—Fué una noche con las señoritas y un tio suyo: era una

funcion para la que no hallaron billetes y se habian empeñado en ver: y mira si querrán á Clara, que la llevaron tambien.

—¡Ya, ya!

—Escucha, Gregorio: si te has de estar burlando, se acabó el que yo hable!

—¡Pero mujer, si no me burlo!

—¡Ya sé yo lo que te digo!

—¡Pues te engañas! ¡No me burlo! Y para hablar en pura plata, te diré que esa Clarita me parece demasiado fina para tu hermano, que es así.., muy á la buena de Dios.

—Ella le pulirá: la mujer, siendo buena, importa poco que sea demasiado fina: cuanto mas, mejor: ¿soy yo acaso demasiado ordinaria?

—¡No por cierto! Pocas te ganan á modos y á crianza; pero hablando de otra cosa, ¿cuándo se establece Vicente? ¿En qué piensa?

—¡Siempre en lo mismo!

—¿En Rosa?

—Sí, no la olvida.

—Pues mira que ella pensará en él.

—¿Quién sabe?

—¿Una marquesa pensar en Vicente?

—Su padre dice que es muy desgraciada, Gregorio.

—¡Hola!

—Y que le ha salido malo el marido.

—No correrás tú ese riesgo.

—¿Por qué?

—¡Porque yo soy muy bueno! ¡Ya verás qué dichosos somos!

—Con que me quieras, seré siempre feliz, Gregorio: trabajaré como mi madre, y, como ella, seré económica para que tú tengas comodidades y para que pases tranquila tu vejez.

—Yo no podria querer á otra mujer que á tí, Petra: te quiero desde que sé pensar, desde que era pequeñito.

—¡Y yo á tí! ¡Juntos hemos jugado! ¿Te acuerdas cuántas veces te caias por querer subir á esas rejas? ¿Cuántas veces corriendo tropezábamos y rodábamos por esa acera? Tú eras algo mayor; pero cuando yo andaba sola, apenas podias levantarme!

—¿Y las planchitas para las muñecas que yo te regalé?

—Guardadas: y las tenacillas de encañonar tambien.

—Para cuando nos casemos, te he elegido unas planchas!...

—¿Buenas?

—Las mejores que han entrado en casa desde hace mucho tiempo ; pero, ¡canario! Voy á decirle á mi padre que hable al tuyo para que aligere nuestra boda, que yo nada tengo que ver con Domingo y con Clara!

—¡Calla! Ahí ha parado un coche! exclamó Petra admirada; es el primero que he visto en mi vida llegar á este callejon! ¡Y baja de él una señora!

—Parece que apenas cabe el coche por la calleja! Pues si aquí no hay mas que esa casa desalquilada y la del pobre Benito el burrero... ¿á dónde irá esa señora?

—Hácia aquí viene.

—Va á la casa desalquilada, no hay duda: irá á verla... pero es muy mala para su porte!

—¡Ca! Irá á llevar alguna limosna á la mujer de Benito, que está enferma : ya sabes que la parroquia la socorre...

—¡No! Pasa á la otra acera : se dirige á la casa desalquilada... ahora da un golpecito... no, pues ahí dentro hay alguno que la espera!

—¡Claro! ¡Estará ya alquilada la casa! ¿No ves que han quitado los papeles?

—Cuando yo me asomé, estaban.

—Los habrán quitado sin verlo nosotros.

—Es muy raro.

—¡Paulina! exclamó Petra reconociendo el aire y la estatura de la desconocida.

La puerta se abrió, y aquella desapareció tras ella, volviendo á cerrar al instante.

—¿Qué dices? exclamó Gregorio.

—Que esa mujer es Paulina.

—¿La hija del señor Blas?

—La misma.

—¡Bah! Se te habrá figurado.

—Petra, hija, tu padre te está llamando, dijo á este tiempo la suave voz de la señora Patricia: anda, anda!

Petra se separó de la ventana, enviando una tierna mirada á su jóven vecino.

—Buenos dias, Gregorio, dijo afectuosamente la confitera: ¿y tu padre?

—Está bueno, para servir á usted, señora Patricia: ¿y en casa?

—El abuelo me da cuidado, respondió aquella: ni Juan ni los chicos conocen novedad en él; pero yo sí.

—¿Pues qué tiene?

—No sé... le creo de mal semblante; pero él dice que no tiene nada: Dios nos le conserve, porque el dia que él falte, faltará lo mejor de la casa.

—¿Y cómo ha de ser, señora? Ya tiene muchos años.

—Mas de noventa: pero, ¡estaba tan sano y tan bueno!

—¡No puede ser eterno! ¡Hágase la voluntad de Dios!

—¡Hágase en todo! Pero no quisiera que nos quedásemos sin el pobre abuelo!

La señora Patricia hizo á su vecino una señal cariñosa, y cerró la ventana.

Petra fué á ver lo que su padre le queria.

—¿Yo? dijo el señor Juan, que estaba en la tienda : no te necesito.

—Madre me ha dicho que me llamaba usted.

—Pues se ha equivocado.

Petra se dirigió en busca de su madre.

—Mi padre dice que no me necesita, le expuso.

—Ya lo sé, dijo Patricia, y únicamente he querido quitarte de la ventana : hija mia, viniendo todas las noches Gregorio, ¿qué necesidad teneis de estar hablando por la ventana? ¿Qué dirán los que os vean?

—Cualquiera puede enterarse de lo que hablamos, madre: bien poco importa.

—¡Tanto peor! Así aparentais lo que no es, y no hablais á gusto : además, me poneis á mí alma fama.

—¿A usted?

—¡Claro está! ¡Fama de descuidada! Vamos, hija, no hables mas de dia con Gregorio de ventana á ventana : en cambio, yo instaré á tu padre para que os case lo antes posible : así como así, las sábanas y almohadas ya se están acabando de coser, y Domingo tambien desea que se haga su boda.

¡Benditas sean las madres que unen la santidad del precepto á la suavidad de la forma, y que saben corregir sin ofender el amor propio y la dignidad de sus hijos!

XVIII.

Una hora despues de haber entrado Paulina en la casa que

Gregorio llamaba desalquilada, volvió el coche que la habia dejado.

El cochero habia recibido la órden de irse á donde bien le pareciese durante aquel tiempo, y se habia ido á una taberna á echar un bocado y un trago.

Cuando su reloj marcó la hora señalada, volvió á su sitio y se estacionó en silencio á la puerta de la miserable vivienda.

Detrás del carruaje venia un caballero embozado en una capa y llamando al cochero; pero este no le oyó, con el desapacible chirrido de las ruedas, hasta que se detuvo el coche.

El caballero, que no debia tener mucha paciencia, exclamó cuando pudo oirle:

—¡Eh! ¡Animal! ¿No me oyes? te alquilo el coche.

—No puede ser, respondió bruscamente el cochero.

—¿Por qué causa? Habrás venido á visitar á algun paisano tuyo en este hediondo callejon... vamos, ya volverás: ahora echa á andar, que tengo mucha prisa: tendrás buena propina.

En la voz del caballero se advertia un acento portugués muy marcado.

—Señor, respondió el cochero: no puedo salir de aquí: el coche está tomado desde hace dos horas.

El desconocido no respondió ni quizá oyó estas palabras: habia visto brillar un objeto en el fondo del coche, se habia inclinado para recogerle, y habia hallado una bolsita de seda verde de las que sirven para guardar dinero, y cuya boquilla de plata era lo que habia atraido su atencion al abrir la portezuela para entrar en él.

—Señor, guarde usted su dinero, dijo el auriga, equivocándose acerca de la procedencia de la bolsa: el coche ha sido tomado por una señora.

—Está bien... no insisto, dijo el extranjero con voz ronca; pero yo no veo aquí á ninguna señora.

—Está ahí... en esa casa.

—¿Sola?

—Es probable que no, respondió el cochero con una grosera sonrisa.

—Tú has visto entrar á álguien?

—No, señor; pero cuando ella llamó, abrieron.

El caballero quedó pensativo durante algunos instantes, y luego preguntó al cochero:

—¿Has visto, al entrar esa señora, cómo es el patio de la casa?

—Sí, señor; pequeño y muy oscuro.

Aquel hombre guardó silencio por breves momentos, y volvió á preguntar:

—¿Quieres ganarte dos mil reales?

—¿Quién pregunta eso? respondió el cochero: tengo mujer y seis hijos á quienes mantener, y, no robando, ganaré yo dinero, sea como quiera.

—Bien está: el que te ofrezco lo ganarás cón poco trabajo: llama á esa puerta.

—¿Y luego, caballero? preguntó el cochero estupefacto, pero adivinando algo de terrible en la mirada siniestra del desconocido.

—¡Luego, si no abren, volverás á llamar, y bajarán á abrir por miedo al escándalo: es probable que baje un caballero, pero es tambien posible que baje la señora: sea cualquiera el que abra, le dirás:—El marido de la señora lo sabe todo: ha querido tomarme el coche: entró en él y ha encontrado un bolsillo verde con boquilla de plata.

—¡Santo Dios! exclamó el cochero: ¿y eso es verdad, señor?

—Mira, dijo con voz sorda el extranjero, mostrando el bolsillo: y volviéndole á guardar, añadió:

—Yo esperaré allí, en la esquina de esa otra calle: deja que ella salga y que huya... pero, cuando él vaya á salir, detenle un instante hasta que yo llegue.

—¿Quiere usted matarle acaso? exclamó el cochero con terror.

—No..... solo quiero saber quién es..... porque no estoy seguro...

—¡Señor... por el amor de Dios, no me comprometa usted! rogó el cochero mas muerto que vivo: yo no sabia que trayendo á una señora que me alquiló en la calle, iba á un lance peligroso! Mire usted que tengo mujer y seis hijos pequeños!

—¡Calla y nada temas: así que yo haya llegado á la puerta de esa casa, está con cuidado y te daré los dos mil reales: ¡ea, llama! desde aquella esquina te estoy mirando.

El caballero se alejó hasta la esquina donde se hallaba situada la confitería del señor Juan.

El cochero llamó con mano trémula; pero nadie respondió.

El pobre hombre hubiera deseado poder huir del callejon; pero era imposible. El caballero estaba en la esquina inmóvil y pálido como la estatua de la venganza, y por el otro lado no tenia salida la estrecha callejuela.

Despues de haber visto con una mirada de angustia la imposibilidad de huir, y tentado, por otra parte, por su deseo de ganar los dos mil reales, volvió á llamar con una fuerza que se parecia algo á la rabia de la desesperacion.

Tampoco obtuvo respuesta.

Llamó por tercera vez; y entonces se oyó un paso ligero y el roce de un vestido.

La dama abrió cautelosamente la puerta.

Detrás de ella apareció, en el oscuro patio, la sombra de un hombre.

—¡Señora, dijo el cochero, su esposo de usted sabe que se halla aquí: se ha encontrado en mi coche un bolsillo de seda verde con cerradura de plata que ha reconocido!

—¡Cielos! ¡exclamó la jóven; ¡estamos perdidos!

—¡Huya usted! dijo el cochero en voz baja y con acento de súplica: huya usted al instante, yo la alcanzaré en esa otra calle con mi coche, y podrá subir sin que...

Paulina, á pesar de su valor natural, se puso á temblar como si tuviera fiebre, y dirigió al caballero que se hallaba en el patio y detras de ella una mirada de súplica.

Este hizo un gesto negativo.

—Cada uno debe irse por distinto lado, dijo con voz mal segura.

La jóven le dirigió una mirada de desprecio: el hombre por el cual se habia expuesto á las iras de su marido, la abandonaba cobardemente en la hora del peligro!

—¡Huya usted, señora! repitió el cochero.

Paulina dejó caer delante de su rostro el velo de su mantilla, y echó á andar presurosa á lo largo de la calle.

Ya doblaba la esquina del callejon, cuando quiso salir su compañero.

—¡Tú no saldrás! dijo una voz sorda y terrible: ¡tú no saldrás de aquí!

El cochero se volvió y se encontró con el esposo ultrajado.

Arrojóle este un bolsillo y entró en el oscuro patio.

El cochero subió al pescante y salió á toda prisa del callejon.

Pero ya no halló á la dama, que habia huido, rápida como la sombra del terror y la desesperacion.

El caballero que habia detenido al que trataba de salir, quedó con este, como se ha dicho, en el patio.

—¿No te has acordado de que era portugués, al hacerme traicion? ¿No es verdad, mi querido hermano? dijo con una risa sardónica y teniendo asido por el cuello al que se hallaba dentro.

—¡Perdon! murmuró con débil voz el acometido.

—¡Cobarde! rugió el esposo: ¡ni una palabra de piedad para ella! ¡Miserable! ¡Vas á morir ahogado entre mis manos!

Oyóse una lucha de algunos segundos: luego dos ó tres gritos sofocados y por último un suspiro.

El oscuro patio acababa de ser testigo de un homicidio.

El baron de Evora, sin armas de ninguna clase, porque no las llevaba consigo, habia ahogado entre sus hercúleos brazos al esbelto y delicado marqués de Alcaraz.

Cerró el baron la puerta de la casa, despues de salir á la calle con aparente calma, y dijo con una amarga sonrisa:

—¡Ahora á ella!

XIX.

Paulina, loca de terror, se dijo que no podia ir á su casa, en la que debia encontrar el terrible castigo de un esposo ultrajado y vengativo.

Dirigióse á la de su padre y subió, sin detenerse, al miserable cuartito que este habitaba en la casa de huéspedes.

El señor Blas habia salido para ir á ver á su amigo Juan, y este le habia detenido para que comiese con él y con su familia.

Hallóse, pues, sola en aquella pobre estancia, y su corazon, ablandado por el terror y por el miedo á la justicia divina, se sintió conmovido por la primera vez ante el aspecto de aquel miserable albergue, donde su padre pasaba su triste vejez.

Todo hablaba allí del inmenso sacrificio del anciano: las paredes frias y blanqueadas, los pobres muebles, la miserable cama.

Paulina pensó en la comodidad que rodeaba al anciano cuando su esposa vivia, y en la soledad y abandono en que habia quedado en el mundo, desde la muerte de su madre.

Lloró de pesar, de remordimiento, y cayendo de rodillas ante la imágen del Señor crucificado, que se veia á la cabecera del pobre lecho de su padre, inclinó la cabeza y oró para que Dios la librase del riesgo que la amenazaba.

Así estuvo por espacio de una media hora.

De repente, sonó un fuerte campanillazo y se estremeció.

Llamaban á la puerta de la escalera: oyó abrir y una voz, que le heló la sangre en las venas, y que preguntaba:

—¿Está don Blas?

—No, señor, contestó la criada: si quiere usted esperarle, pase usted á la sala : en su cuartito está su hija mayor, pero es tan incómodo y pequeño...

—No importa... estando mi mujer, tambien puedo yo estar, dijo el recien llegado : allí le esperaré.

—¡Ah! dijo la criada ; ¿es usted el yerno de don Blas?... Como no tenia el gusto de...

—Bien, bien, voy arriba, concluyó el baron bruscamente: cuando venga, dígale usted que le espero.

Y se dirigió á la estrecha escalera.

Al abrir la puerta, Paulina dejó escapar un grito, y pálida como un cadáver, se acercó al lecho y se acurrucó detrás de él.

—¡Calla! le dijo el baron con una calma mas terrible que todos los denuestos : he de matarte ; pero antes he de decir á tu padre el por qué: sabia que estabas aquí... eso era lo mas natural... y aquí he venido á buscarte : esperemos á que tu padre llegue, y nada temas.

La baronesa se arrojó á los piés de su marido; pero este le volvió la espalda friamente y se puso á pasear por la reducida estancia.

Paulina se levantó y se sentó en una silla, yerta de espanto.

Aquella angustia era superior á toda ponderacion: reuníase en ella la vergüenza abrasadora de la falta y el helado terror del castigo.

Tres horas mortales permanecieron así: á las cinco llamaron, y se oyó la voz de la criada que decia:

—Don Blas, en su cuarto de usted le esperan su hija y su yerno.

—¡Mi yerno! ¡Mi hija! exclamó el buen hombre entre alegre y pasmado.

—Arriba están.

Paulina oyó á su padre subir la escalera: no bien hubo abierto la puerta el anciano, se arrojó en sus brazos y exclamó con angustia:

—Sálveme usted, ¡padre mio! ¡sálveme usted.

Su marido la separó, con un leve movimiento de su hercúlea mano, del seno paternal.

—Buen hombre, le dijo con frialdad: he sorprendido á su hija de usted y mi esposa en una cita con un hombre, que era mi amigo, y además el marido de su hermana: á él le maté; á ella le toca ahora la vez, y va á morir: como los padres piensan siempre que no hay razon para castigar á sus hijas, no quise quitarla de este mundo sin decir á usted delante de ella el por qué: ahora ella dirá si miento.

El pobre Blas, trémulo, lívido mas bien que pálido, miraba mudo de terror, ya á su hija, ya á su yerno.

Este habia sacado de su bolsillo una pistola, que tenia en la

mano; pero el zapatero no la vió ni pensó en que podia tenerla: su escasa inteligencia se habia fijado en una sola cosa: er aun pensamiento que le atravesaba á la vez la cabeza y el corazon, como un hierro candente.

—¡Conque era verdad! exclamó al fin con voz ahogada: ¡conque hacias traicion á tu hermana y á tu marido! ¡Conque no eras una mujer honrada!

—¡Era una infame y, como tal, va á morir! dijo el baron: y apuntó á la desgraciada jóven, que se hallaba lívida é inmóvil.

Paulina no pudo gritar; pero del pecho de su padre salió un rugido : abalanzóse hácia el baron y le desvió con un supremo esfuerzo.

—¡Matar á mi hija, á mi vista! exclamó. ¡Y has podido pensar, cobarde, asesino, hombre bárbaro y feroz, que yo lo consentiria! ¡Véte! ¡Huye de aquí! ¡Abandónala! Culpable y todo, ¡es mia y no te la cederé!

—¡Dejarla yo sin castigo, despues de haberme hecho traicion! dijo el portugués: ¡me iré pagado!

Al decir estas palabras, empujó el gatillo y el tiro salió.

Paulina cayó sobre sus rodillas : extendió los brazos, miró á su padre, balbuceó la palabra *perdon* y se desplomó sin vida.

La bala le habia atravesado el corazon.

El asesino intentó huir; pero fué detenido por las personas de la casa y arrestado por los agentes de la autoridad, que acudieron presurosos, atraidos por la detonacion del pistoletazo y la consiguiente gritería.

Cuando el baron salia de la casa conducido entre soldados, oyó una voz cascada que decia entre sollozos.

—¡Paulina! ¡Hija mia! ¿tú no has muerto, verdad? ¿tú no has dejado á tu viejo padre? ¿Me oyes?... ¿Me ves?... ¡Respóndeme!

¡Pronuncia una palabra... una siquiera!... ¡vivirás á mi lado! ¡Ya no nos separaremos nunca... nunca!

XX.

Una mañana, á eso de las doce, el señor Gregorio, respetable comerciante de hierro, vecino durante toda su vida del señor Juan el confitero y buen amigo de este, entró en su tienda.

Iba vestido completamente de negro, y su camisa de Holanda estaba mas blanca que la nieve.

Su levita de exquisito paño, su pantalon nuevo, los botones de brillantes de su pechera, todo indicaba que iba á algun asunto importante á casa del señor Juan Navarro el confitero.

—Tenemos que hablar, amigo Juan, dijo el señor Gregorio despues de los primeros saludos.

La señora Patricia y su hija se disponian á salir de la tienda donde vivian; pero el mercader de hierro dijo:

—Petrita se puede marchar; pero usted, señora Patricia, hace falta con nosotros.

—Madre, mire usted qué colorada se ha puesto Petra! dijo Domingo que ya tenia grandes bigotes : bien sabe ella de lo que se va á tratar.

—Véte, hijo, dijo gravemente Juan.

—Y no vayas ahora á hacer rabiar á tu hermana , añadió en voz baja la buena madre.

—Solos ya el matrimonio y el vecino, empezó este con voz solemne :

—Amigo Juan, mi chico y su hija de usted se quieren, y eso lo sabe usted tan bien como yo desde hace tiempo: conque déme usted á Petra para esposa de Gregorio, y que se casen de aquí á

un mes: ¿qué hacemos así? Yo soy viudo desde hace años, y nos hallamos en poder de criadas: la casa va manga por hombro, y hace falta en ella una mujer: nadie mejor que Petra, que por ser hija de tal madre, sabe bien gobernar una familia.

—Vecino Gregorio, respondió el confitero, yo estaré muy contento de la boda: Gregorio es buen hijo, honrado, trabajador, pundonoroso; pero debo decirle que mi hija no es rica: tengo cuatro y todos han de ser iguales: á Domingo le desquitaré lo que vale la tienda, que será para él: á Vicente lo que ha gastado para que aprendiera su arte; y luego haré cuatro partes de la mitad de lo que haya: la otra mitad intacta quedará para mi mujer y para mí, que no hemos de estar á expensas de los hijos.

—Son tan buenos, observó Patricia, que no teníamos que temer nada para el porvenir.

—Mujer, los padres siempre deben de ser padres, y amos por lo consiguiente: ¿estamos? Quiero mandar y disponer, á lo menos, de la mitad, y que tú mandes como yo.

Y volviéndose al comerciante, prosiguió:

—Quedan, pues, diez mil duros para nosotros, y diez mil para repartir entre los cuatro: Nicolasa ya llevó su parte, dos mil quinientos: nada mas que otro tanto puedo dar á Petra: cuando su madre y yo faltemos, los cuatro hermanos se partirán los otros diez mil duros.

—Vecino Juan, respondió el comerciante: nada de esto tenia usted que haberme dicho: solo quiero á Petra para mi hijo y para que me cuide en mi vejez, que está cercana: vivirán á mi lado y ella gobernará la casa, con la suma que gasto al año, mil veces mejor que yo: les daré cada mes cincuenta duros como de alfileres y un fondito en una gaveta para que se vistan; y cuando

yo me muera, heredarán cerca de dos millones, que hemos hecho entre mi hijo y yo, á costa de nuestro trabajo : por tanto, no le dé usted nada á Petra , y su parte que se la repartan sus demás hermanos : si hubiera querido elegir nuera rica, no han venido á proponerme pocas á casa; pero elijo á su hija, porque su hija es modesta, laboriosa, aseada, humilde y cariñosa ; porque me cuidará , porque me respetará, supuesto que sus padres la han enseñado á obedecer; porque será buena esposa y buena madre, y confio que cada dos años me dará un alegre y robusto nietecillo.

—Mi Petra llevará lo mismo que sus hermanos ; amigo Gregorio. ¡No faltaba otra cosa! Porque usted sea rico, ¿ella ha de ir pobre ? No tiene mucho, pero tiene algo, y eso se lo daré.

—Dices bien, Juan, añadió la madre. Petra debe llevar lo mismo que los otros : cuando se casó Nicolasa , el tio Lucas y Luis nos decian tambien :

—Solo queremos á la chica : ¿de qué nos sirve una rica que gaste doble de lo que traiga ? ella sabrá cuidarnos y cuidar de la casa. Pero nosotros le dimos lo que pudimos, que no es mucho.

—Bien, bien, por eso no hemos de reñir, observó el señor Gregorio, que era bonachon ; pero ya que los temores de la señora Patricia por el abuelo Elias eran infundados , y este se ha puesto tan bueno , haremos la boda cuanto antes ; que no veo llegada la hora de que Petra eche la mano á la casa : las criadas me saquean, y ahora que me acuerdo, ¿no se va á casar Domingo tambien ? ¿No es amigo íntimo de mi hijo ? Pues que se casen en un dia el hermano y la hermana.

—Petra se puede casar antes que Domingo, observó el señor Juan : primero, porque como la novia de mi hijo es una pobre-

cita, mi mujer está haciendo para ellos algunas cosas y ropa blanca; y luego, porque Vicente desea tambien casarse el mismo dia que su hermano.

—¡Qué! ¿Se casa Vicente?

—Se casa y se queda con la tienda de su principal, que, muy rico ya, se retira del comercio y se la cede.

—Pues, vecino, Vicente sí que es bocado de cardenal para cualquiera chica: como que va á ser uno de los primeros joyeros de Madrid.

—En habilidad para su arte, lo es ya hace mucho tiempo.

—¿Y quién es la novia?

—La que lo ha sido siempre.

—¡Pues si nunca le hemos conocido ninguna!

—Pues mire usted, observó la señora Patricia, desde que sabe andar, ha querido á una mujer.

—¿Y quién es, quién es?

—Rosa Linares.

—¿La hija de nuestro amigo y vecino Blas?

—¡Esa misma! ¡La hija de mi pobre amiga Catalina! dijo suspirando la buena Patricia.

—Pues, amigo Juan, yo no me avenia á tal boda, dijo el señor Gregorio: ha sido marquesa y tendrá ya humos de tal; y luego, metida en esos belenes de las señoronas y con lo buenas prendas que eran su hermana y su marido... vamos, yo no consentia en semejante boda!

—¡No diga usted eso, por Dios, señor Gregorio! exclamó con acento suplicante la madre: no sabe usted lo buena que es esa pobre niña, y lo desgraciada que ha sido! Toda mi vida la quise yo á la par de mis hijas, porque era mas dulce y humilde que una oveja: la que la casó, la que la hizo de todos modos infeliz

fué su hermana ; pero Dios la haya perdonado : ahora á nosotros nos toca solo consolar al pobre de Blas , que está mas muerto que vivo y casi en la miseria, y á esa criatura que no ha merecido su mala suerte : ella siempre ha sido honrada , y nadie ha tenido que echarle en cara la mas leve falta, ni antes de casarse, ni despues de casada ; y además, nuestro Vicente la adora y solo por ella vive : desde chiquito , era una locura la que tenia por Rosa : este cariño creció con ellos y ha vivido siempre en el corazon de la muchacha , aunque á nadie lo ha dado á entender : ni á un año llegó el tiempo que fué marquesa : ya ve usted que poco se le pudo pegar y que se hará á nosotros.

—Me alegraré que así sea, dijo el señor Gregorio levantándose; porque Vicente merece ser afortunado : mejor hijo que él no le hay, porque el mio y el Domingo de ustedes lo mas que hacen es igualarle : ¿y dónde están ahora el señor Blas y su hija ?

—Haga usted cuenta que aquí , todo el dia ; pero viven ahí enfrente en la que fué su casa : como solo era alquilada, la dejó cuando se quiso hacer señor !

—¡Juan, por Dios, no seas así! dijo la bondadosa Patricia.

—Mujer, ¿pues no es verdad? ¿No dejó la zapatería?

—Porque su mujer se lo encargó así.

—¡Buen encargo!

—Dios habrá tenido en cuenta la intencion, observó la excelente mujer, y le habrá perdonado su yerro.

—La cosa es, prosiguió Juan, que cedió la casa y la tienda á Luis , cuando este se estableció poco antes de casarse con nuestra Nicolasa ; y como ahora la justicia cargó con todo el mueblaje y poco dinero que habia en casa del marqués , Rosa se quedó al lado de su padre. Luis, que tiene un corazon de oro, le dijo al tio Lucas :

—Padre, ¿no podíamos traer aquí al señor Blas y á Rosita? Los pobres están en una especie de guardilla: les cederemos, si le parece á usted y á Nicolasa, el cuarto segundo de casa, que tiene su cocina y dos piezas, y siempre será un consuelo para ellos verse entre gentes que los quieren de corazon.

—¿Pues no me ha de parecer, hijo? exclamó el tio Lucas: él te ayudó á establecerte, cediéndote la tienda que yo no podia tomar para tí y que has pagado poco á poco á nuestro amigo Juan: además, que tú eres el amo de tu casa, y queriendo tu mujer...

—Ni mi mujer ni yo, padre mio, mandaremos en tanto que usted viva, dijo Luis: los amos son usted y mi madre, y supuesto que merece su aprobacion, esta tarde iremos Nicolasa y yo á buscar al señor Blas y á su hija.

—Y así fué, concluyó el confitero: el padre y la hija están ahí enfrente: comen aquí ó allí, donde les parece; y yo he ayudado á mi amigo Blas á poner en órden sus negocios: aun le quedan unos mil duros que habia prestado á este y al otro que se los pedia; pero ya se van recogiendo y tiene algo con que contar.

—Esos se los dará á Rosa.

—¡Hombre de Dios, no diga usted eso! exclamó la señora Patricia: buenos treinta mil le dió el dia que se casó con aquel dichoso marqués y se los llevó el diablo: ni Rosa los admitiria, ni menos Vicente: mire usted, á la par que hago sábanas y camisas para Clara, la que va á ser nuestra nuera, las hago tambien para Rosita: ya vé usted lo que contamos que tenga la pobre: al dejar su casa en las garras de la justicia, lo perdió todo.

—De manera que ustedes, que son los que menos tienen, proveen á todo.

—¿Pues y qué hemos de hacer? Si no tuviéramos apego á la caridad, de usted debíamos aprenderla.

—¿De mí?

—¿Pues no da usted cada sábado, dia de la Vírgen, una comida á los pobres de la parroquia? ¿No va usted de casa en casa buscando miserias para socorrerlas? ¿No viste usted cada año á doce niños, en memoria de los doce Apóstoles?

—¡Bah! ¡bah! ¡Eso no vale nada!

—Dios lo cuenta en el cielo, y allí hallará usted los réditos; que el que da á los pobres, da á Dios.

—Conque, señora Patricia, avivar lo que se pueda, dijo el comerciante en hierro para variar la conversacion: no puedo esperar hasta que se casen los dos chicos de usted á hacer la boda del mio; porque, como ya he dicho, no veo llegada la hora de echar á las dos criadas que hoy nos sirven: peores ni mas sisonas no las hay.

—Se hará todo lo posible, señor Gregorio.

—¿No podria abrazar á Petrita antes de irme? preguntó el comerciante.

—Sí, señor, dijo la madre: tira de la campanilla, Juan.

El confitero hizo lo que su esposa le indicaba, y un instante despues se oyó la voz de la jóven que bajaba cantando.

Al ver á su futuro suegro, se detuvo confusa y turbada.

—Dentro de un mes, alegrarás otra casa, hija mia, dijo el señor Gregorio abrazándola y besándola en la frente: tambien quiero que cantes allí: ¿quieres algo para Gregorio? Ya es casi tu marido, pues acabamos de arreglar vuestra boda: conque llámame padre, y así te irás acostumbrando.

Dos lágrimas cristalinas cayeron de los ojos de la jóven, que besó con respeto y cariño la mano del anciano.

—¡Dígale usted á Gregorio, padre mio, murmuró, que soy muy feliz!

—¿Nada mas? preguntó el futuro suegro, que conservaba el brazo pasado al rededor del talle de la jóven.

—Ella misma se lo podrá decir, observó Domingo que habia bajado detrás de su hermana: ahí está á la puerta.

En efecto: Gregorio estaba á la puerta con su blusa azul, tiznada del hierro, y asomaba su hermosa y expresiva cabeza, impaciente con la tardanza de su padre.

—¡Ven, hijo mio! exclamó el señor Juan: ven y abrázanos; y como mi hija al tuyo, danos el dulce nombre de padres!

Y de los ojos del severo Juan cayeron tambien dos lágrimas de alegría, como dos avellanas.

—Desde que la mia se fué al cielo, deseaba con toda mi alma llamar á usted madre! exclamó Gregorio estrechando contra su robusto pecho á la señora Patricia.

—¡Qué! ¿No hay nada para el abuelo? dijo en la puerta de la trastienda una voz cascada: dormia en mi sillon, y el ruido de vuestra alegría me ha despertado.

Todos rodearon al viejo Elías: su hijo y su nuera fueron á sostenerle uno de cada lado: sus nietos Domingo y Petra asieron sus trémulas manos.

—Abuelo, dijo Gregorio, ya tiene usted uno mas que le ame y le cuide: ¡me dan á Petra!

—Yo te doy mi bendicion, y pido al cielo que envie la suya á tu matrimonio, hijo mio: ¡quiera Dios no llamarme á sí hasta que haya bendecido igualmente á tu primogénito!

Arrodillóse Gregorio para recibir aquella bendicion, y Petra le imitó: sus padres se postraron tambien á los piés del venera-

ble abuelo, y este, extendiendo sus manos sobre todas aquellas cabezas inclinadas, dijo:

—¡Vosotros sereis felices, porque honrais y respetais á vuestros padres, y alcanzareis larga y dichosa vida sobre la tierra!

XXI.

Aquella misma tarde, Petra consiguió permiso de su madre para pasar á casa de su hermana, situada en la acera de enfrente, á fin de darle la noticia de haberse arreglado su boda con Gregorio.

Nicolasa, su marido y sus suegros iban de tertulia todas las noches á casa del señor Juan; pero la impaciente jóven no podia esperar hasta la noche para ver á su hermana.

Halló cosiendo juntas, en la salita en que jugaban, siendo niñas, á Nicolasa y á Rosa: esta estaba mas bonita que nunca: habia desaparecido de sus facciones la expresion de malestar y de tristeza, que antes las envolvia, y una dulce sonrisa embellecia su semblante, siempre delicado y encantador.

—Gracias á Dios, ya se les quitan cuidados á nuestros padres, dijo Nicolasa: van á vernos colocados y felices á los cuatro: porque tú, Petra, serás tan dichosa con Gregorio como yo con Luis y como Rosa con Vicente: en cuanto á Clara, no puede ser mejor: ¡qué dulzura! ¡Qué buen corazon tiene! ¡Qué agradecida y alegre está, porque Domingo la ha elegido! Pero, ¿en qué piensas, Rosa? De cuando en cuando te pones como triste.

—¡Pienso en mi pobre hermana! respondió la jóven enjugando una lágrima: ¡yo tan feliz, y ella morir tan jóven y de un modo tan desastroso! Este luto que visto lo hay tambien en mi alma cuando pienso en ella.

—¡Pero, mujer! ¡Como se portó tan bien contigo! ¡te hizo casar á la fuerza, para quitarte despues á tu marido!...

—Yo nunca quise al marqués: así es que su modo de proceder no me fué tan ofensivo como si le hubiera amado: en cuanto á casarme con él, ella me lo aconsejaba para darme una posicion brillante: si luego se enamoró del marqués, ¿qué culpa tenia la desgraciada? ¡No se puede mandar al corazon!

—Yo creo, pues, dijo Nicolasa con alguna severidad, que si, casada tú con mi hermano, te agradase otro hombre, mandarias á tu corazon, como lo haria yo.

—Tú y yo, Nicolasa, repuso Rosa, no amaremos á nadie mas que á nuestros esposos: toda la vida les hemos querido: el amor hácia ellos ha crecido con nosotras; pero la pobre Paulina no amaba tampoco á su marido.

—¿Por qué se casó con él? observó Petra.

—Ya lo sabes: por su afan de alcanzar una clase elevada.

—Dios es justo y sabe siempre lo que hace, dijo Petra: á ella le dió su castigo: ¡qué bien merecido lo tenia su soberbia, su desobediencia, su orgullo para todas! á tí, que siempre has amado y respetado á tu padre, te dejó libre de tan odiosa union: recemos por ella y digamos:—¡Hágase la sabia y bendita voluntad de Dios!

—¡Hágase en todo! repitieron las otras dos jóvenes inclinando la cabeza.

Y todas tres rezaron en voz baja una oracion por el alma de Paulina.

—¿Qué se hizo el bárbaro de su marido? preguntó Petra.

—¿Qué se ha de hacer? repuso Rosa: ha sido condenado á algunos años de presidio... y nada mas.

—¡Lástima de...

—No deseemos la muerte de nadie, observó Nicolasa: aunque parezca que los culpables escapan del rigor de la justicia humana, la divina les hace expiar sns crímenes por el remordimiento.

—Di, Rosa, ¿y aquella marquesa que tanto dinero os sacaba, y que ayudó á hacer vuestras bodas? ¿Sabes de ella?

—Sí: el otro dia escribió una carta á mi padre pidiéndole algun dinero: dice que se halla en la última extremidad.

—Pero, ¿y su hija?

—Su hija está casada con un capitan y le da lo que puede, que no es mucho, que no es nada para una mujer que ha derrochado una fortuna.

—¿Y tu padre le dió?

—Ya sabes lo que es él: le envió cinco duros, que es todo lo que habia en casa aquel dia; pero voy á verle, pues no le he visto desde que hemos comido.

Rosa dejó su labor y bajó á la tienda: junto á la puerta y en un rinconcito, el tio Lucas remendaba zapatos; á su lado, el señor Blas trabajoba en unas botitas de mujer de extrema delicadeza.

A pesar de la nube de tristeza que cubria su rostro, se notaba en él una indecible expresion de bienestar y de dicha tranquila y sosegada: habia vuelto á engruesar, y se conocia que su obesidad habia de crecer aun mucho.

Luis, vestido con una decencia que se acercaba á la elegancia, arreglaba los estantes de la tienda, y tenia sobre el tablero preparada una gran cantidad de exquisitas pieles para cortar.

Rosa se acercó de puntillas á su padre, le tomó la cabeza entre sus dos pequeñas manos, se la hizo alzar, y le besó en la frente.

—¿Cómo va, padrecito? le preguntó.

—Bien, hija mia, respondió el señor Blas.

—¿Le duele á usted la cabeza?

—Hoy poco: esta noche he dormido bien; y esta mañana, despues de oir la misa que todos los dias hago decir por tu pobre hermana, vine á casa mas consolado que otras veces: luego, con el trabajo y la compañía del tio Lucas y de Luis, lo paso grandemente.

—¿Sabe usted que dentro de un mes se casa Petra?

—Presumia que seria pronto.

—Hoy se ha arreglado la boda.

—¿Y... las otras? ¿Qué dice Vicente?

—Por él se haria mañana; pero, ¡boda con luto!... tenemos que esperar á cumplir el año: ¿no es verdad, padre?

—Sí, hija, tienes razon: pronto llegará el dia mas feliz de mi vida: aquel en que te vea casada con Vicente y tranquila para siempre.

Rosa volvió á besar á su padre en la frente: hizo un amistoso signo de cabeza á Luis, otro al tio Lucas y subió la escalera.

—Buena boda logra tu chica, Blas, dijo el viejo remendon: Vicente, mas que un artesano, es un señor; tal es de fino y de agradable, y además rico y bienquisto de todos: si no se hubiera llevado la trampa la fortuna que tú tenias, ¡qué casa hubieran hecho entre los dos!

—¿Para qué querian tanto? dijo Luis: yo pienso, padre, que una holgada medianía es mejor que tener grandes riquezas.

—Dios me dió la abundancia y Dios me la quitó, dijo el señor Blas; pero mejor estoy así... pobre, que poderoso, viéndome obligado á hacer de señor: ¡qué angustias pasaba y qué soledad! ¡y qué verdad es que nadie puede vivir dichoso, si se sale del sitio en que nació! Si no me traeis aquí, me muero sin reme-

dio: y ahora me parece que he soñado cosas muy tristes para despertar en medio de la paz. ¡Ah! si, dando la mitad de lo que me queda que vivir, pudiera traer al mundo á mi mujer y á mi hija, ¡no cesaria un instante de dar gracias á Dios por tanta felicidad!

XXII.

Diez meses despues, la calle en que vivian nuestros amigos parecia hallarse animada por la alegría.

En medio de ella, habia una cuerda destinada á encender cohetes y voladores.

A las puertas de las casas, las muchachas, vestidas de fiesta, hablaban y reian: en cada uno de aquellos grupos, se veia á algun individuo del sexo fuerte, que animaba la conversacion.

A la puerta de la señora Braulia, que desde hacia veinte años cuidaba de un puesto de odorífica fruta, habia algunas mocitas con vestidos de percal y pañuelos de crespon de los llamados de talle.

Tres muchachos, tambien del barrio, se hallaban con ellas.

A la parte de adentro y sentadas en sillas pequeñas, estaban la frutera y las madres de las jóvenes.

—Por cierto, dijo una de estas, que padres mas felices que el señor Juan y la señora Patricia no los hay: ¡qué bodas han hecho todos sus hijos!

—Mujer, observó otra, las de las chicas buenas han sido, sobre todo, la de Petra; pero los chicos se han casado con dos pobres.

—Pero son como dos rosas.

—No tanto, no tanto, dijo otra: y además, ¡mira que Vicente

hace gran casamiento! ¡Con una mujer que ha sido marquesa!

—¿Y qué? Mas hueco estará.

—¿Por eso?

—¡Claro! Dirá que ella se baja á su clase, porque le quiere.

—Chicas, observó desde adentro la frutera, que oia la conversacion: habeis de saber que Rosita nunca quiso ser marquesa.

—¡Pero lo fué!

—Eso no es una falta.

—No, que es una sobra, dijo la madre de una de las muchachas, que envidiaba tambien la suerte de la hija del zapatero.

—Pero, mujer, repuso la señora Braulia, ¡si ella ha sido muy buena, aunque ha sido marquesa! Y tambien hay marquesas muy buenas y que hacen mucho bien!

—¡Son las menos!

—Yo sé de una que da muchas limosnas, que socorre á los pobres y á los enfermos, y que viste sin ninguna ostentacion; y de otras que, aunque lleven lujo, viven como Dios manda.

—Yo te digo que son las menos.

—De esas pocas ha sido una Rosa.

—Segun dice su padre, y segun dice ella.

—¿Pero piensas que Vicente no la ha seguido con la vista en tanto que ha estado casada? ¿que no sabrá todo lo que ha hecho?

—El amor es ciego.

—Pues, hija, si él es ciego, á los demás no nos toca ver: eso se cae de su peso.

—Claro: el tiempo dirá: pienso que al freir será el reir.

La frutera cambió la conversacion: era una de esas almas cándidas y buenas, que todo lo veia por el lado de color de rosa, y que conocia muy á fondo á Blas y á su hija.

Entretanto que se hablaba de los novios en la tienda de la frutera, en casa del señor Juan se hacian los aprestos de una suntuosa comida.

Se habian casado por la mañana sus dos hijos varones.

La señora Patricia, sus dos hijas Nicolasa y Petra, que hacia nueve meses se habia casado con Gregorio, y las dos novias Clara y Rosa, andaban de aquí para allá poniendo la mesa y disponiéndolo todo.

Eran cuatro muchachas á cual mas lindas y simpáticas, activas, laboriosas, diligentes, inclusa la misma Rosa, de la que, segun se recordará, iba ya haciendo el tedio su presa, cuando era gran señora tan contra su gusto.

Ahora se movia con tanta alegría y agilidad como Petra, Nicolasa y Clara, y atendia á todo.

Los convidados eran pocos; pero, como suele decirse, bien avenidos.

En la sala principal ó estrado, amueblado tan modestamente que se acercaba á la pobreza, se hallaban el abuelo Elías, el señor Blas, el tio Lucas, su hijo, el señor Gregorio y el suyo, y con ellos el señor Juan, Domingo y Vicente.

Este descollaba entre todos por su graciosa gallardía.

Era alto y esbelto, de facciones finas, rostro pálido y grandes ojos muy inteligentes: menos corpulento que su hermano, tenia mas distincion.

Como se ve, no habia ninguna persona extraña, pero con la familia bastaba para que estuviese la casa llena de gente.

La señora Patricia y el señor Juan, metidos siempre en su casa, no tenian muchas amistades ni compromisos, excepto sus buenos vecinos que ahora eran de la familia.

No obstante, para las cinco de la tarde habian invitado á al-

gunos conocidos, que ya hemos visto otra vez en la trastienda, para tomar un vaso de refresco.

El señor Blas estaba tan grueso, que parecia redondo: su semblante, sonrosado y lleno, respiraba la paz y el bienestar: sin embargo, aun se advertia en él una nube de tristeza, producida por el recuerdo tenaz de su hija.

—En comiendo, y en tanto que las mujeres preparan el refresco, hemos de ir á ver la platería de Vicente, dijo el señor Juan: es cosa buena, porque él ha traido de Francia un surtido como no habrá muchos.

—Una falta tiene la tienda en ese sitio, observó Domingo.

—¿Cuál? preguntó su padre.

—Que Vicente tiene que andar una legua para ir á abrirla por la mañana, y otra para venir por la noche.

Rosa pasó por la salita en aquel instante, llevando en la mano una fuente de yemas, fabricadas la noche anterior para la boda por la diestra mano del señor Juan.

Acercóse á su padre, y le dió un golpecito en el hombro y un beso en la mejilla.

—Padrecito, dijo: ¿ha visto usted qué bonito ha quedado el cuarto que nos cede padre Juan en el piso segundo? ¡Qué bien estaremos allí los tres! Clara y Domingo vivirán en el tercero, y se conforman con ese, porque usted, como está tan pesado, no puede subir mucha escalera.

—Gracias, hijo mio, dijo á Domingo el señor Blas.

—Patricia y yo viviremos en el principal, observó el señor Juan; que los padres deben tener y usar lo mejor: vosotros teneis cada uno un nido: para pájaros jóvenes, basta.

—Tiene usted razon, repuso Rosa desapareciendo con su plato de yemas.

—De modo que Vicente ha de echar dos viajes al dia de aquí á la calle del Cármen, observó Domingo.

—¡Que los eche! dijo el señor Juan: algo vale el vivir al lado de sus padres y hermanos, y al mismo tiempo tener una hermosa joyería en uno de los mejores puntos de Madrid. Tu hermano podia haberse ido á vivir allí con su mujer; pero no lo ha hecho por no disgustarme, y por no sacar de estos barrios á su padre Blas: nunca os duelan, hijos mios, los sacrificios que hagais por vuestros padres, porque Dios os los recompensará largamente, colmándoos de prosperidades!

FIN DE LA EXPIACION.

III.

EL BECERRO DE ORO.

. . . . . .

Es en vano, amigo mio, que usted trate, no de variar mis opiniones, pues sé que las estima justas, sino de apurar mi paciencia con las sutilezas de su ingenio: no saldré de una sola contestacion: la castidad y el pudor se replegan, como la sensativa, al contacto no mas de una mirada atrevida: en vano se quiere llamar *coqueteria* á la desenvoltura; *ingenio* á la osada provocacion, y *trato de mundo* al valor, poco envidiable, con que algunas mujeres arrostran las tentativas de seduccion: la castidad es tímida, ignorante, sin mancha como la luz! Es la mas hermosa corona de la mujer, y á la que la conserva, la estima el mundo y Dios la recompensa, aunque la haga pasar por duras situaciones para probarla.

(Carta de la autora á un anciano amigo.)

I.

La amable baronesa reunió, segun costumbre, á su familia la primera noche en que pudieron oirla todos sus individuos y sus jóvenes amigos, y prosiguió la lectura de su manuscrito de esta manera:

Hay en Aragon una hermosa y floreciente villa, cuyo nombre es Egea de los Caballeros, rodeada de bellas campiñas, de fértiles viñedos y de olivares siempre verdes, que para el pais simbolizan la paz y la esperanza de la riqueza.

Tal era su aspecto hace algunos años: muchos ricos labrado-

res sostenian no pocos brazos en el cultivo de sus campos y recoleccion de sus cosechas.

Las personas de mas elevada posicion de la villa, como el médico y su familia, el escribano, los curas, el boticario y algunas otras que, sin títulos, vivian de sus rentas, salian en los dias de fiesta á pasearse por el camino real, del cual se hallaba un trozo cuidado, plantado de árboles y terminado á entrambos lados por verdes bosquecillos, que se esmaltaban en la primavera de claveles y rosas.

En los demás dias de la semana, no tenia representacion alguna en el paseo el sexo bello: las señoras, por costumbre y por gusto, se quedaban en su casa ocupadas de su labor y de los cuidados de la familia.

La casa del boticario era el punto de reunion en las noches de los domingos: los jóvenes bailaban al compás de un piano muy viejo y muy poco armonioso, que tocaba el organista, mediante una módica retribucion, y que no faltaba en casi ninguna casa de las *principales*, como se llamaba á las de las señoras, ó de las *ricas*, como decian los labradores, aunque en algunas la hacienda habia llegado tan á menos, que los propietarios eran mas pobres que los que ganaban su jornal.

En la casa en que no habia piano, se bailaba los dias de santo al compás de una guitarra que tañia bastante bien el hijo del mayorazgo, que se llamaba Cirilo, y era una especie de salvaje de seis piés, que jamás habia dejado el calzon de pana y el pañuelo á la cabeza.

Sin embargo, las señoritas *finas* le admitian en sus *soirées*, ya porque verdaderamente era heredero de un mayorazgo, aunque no muy rico, ya con el objeto de que les diese música con su guitarra, en la que sabia tocar dos rigodones, una polka y el vals de santa Librada.

La señora en cuya casa hacia mas falta Cirilo, no por falta de instrumento, sino porque solo se alcanzaba el permiso de abrir el manucordio que habia en los dias que repicaban muy gordo, se llamaba doña Severa, y si acudian alguna vez á sus reuniones las señoritas y señoras de la poblacion, era solo porque no sabian dónde ni cómo pasar el rato, y además, porque no se picara doña Severa, lo que era de temer atendido su mal genio, muy conforme con su nombre.

Doña Severa no se habia casado nunca: era una mujer de cerca de sesenta años, prodigiosamente fea y aun mas desagradable: áspera, callada, dominante, mezquina, dura de corazon, segun decian, y de modales, segun se veia, no era querida de nadie que vistiese con decencia y que se diese humos de persona importante; pero, ¡cosa extraña! cuando salia á dar su paseo diario, todos los pobres trabajadores de los campos se quitaban el pañuelo que rodeaba su cabeza, y la saludaban con ternura.

—¡Vaya usted con Dios, señora!

—¡La Vírgen la acompañe!

—¡El cielo le dé larga vida!

—¡Bendita sea usted!

Estos eran los saludos que doña Severa oia sin cesar.

¿Qué hacia para merecerlos?

Nadie lo sabia.

Nadie le veia hacer dádiva alguna á los pobres, y lo que era mas raro, ningun pobre le pedia; al contrario, estos le daban un caudal de bendiciones: un caudal que debia realizar en el cielo.

Doña Severa respondia á cada uno de aquellos envidiables saludos con un grave:

—Buenas tardes.

Despues seguia su camino.

Ya hemos dicho que contaba cerca de sesenta años, al empezar esta historia, y ahora vamos á proseguir su retrato.

Era de estatura pequeña y delgada, ó mas bien, flaca: su cara, sequita y amarilla, parecia aun mas angulosa, gracias á la sombra que en ella proyectaba una enorme peluca negra y reluciente, que se agrupaba en anchas trenzas casi encima de sus cejas.

Sus ojos, muy negros y muy pequeños, no llegaban á dar luz á su semblante; pero bastaban para escudriñar el alma de los demás y para penetrar en sus pliegues mas ocultos con tanta seguridad, que pocas veces se equivocaba en la opinion que formaba acerca de una persona: mejor dicho, no se habia equivocado nunca.

Una boca pequeña, á la que ya faltaban algunos dientes, una nariz, tambien pequeña y encorvada, unas mejillas enjutas y una barba bastante larga completaban el conjunto de doña Severa.

Su traje era constantemente negro; en el invierno, de buen merino para que la abrigase, y en el verano, de mala seda, porque cuanto mas mala es mas fresca: tampoco llevaba jamás otra prenda de abrigo que un manton: en la estacion del frio, alfombrado ó de lana fuerte, y en la del calor, de crespon liso, negro ó de color oscuro.

A pesar de su apariencia dura y de su sombrío traje, no chocaba doña Severa, porque reinaba una perfecta armonía entre su voz y su persona, entre sus maneras y sus hábitos: al contrario que la mayor parte de las señoras de Egea, no hacia alardes de misticismo y santurronería: iba á oir una sola misa, y no siempre era esta la mayor; porque su genio era tan vivo, que ni aun una misa larga podia resistir su escasa paciencia.

Esto escandalizaba no poco á las señoras de la poblacion, y un dia le dijo la boticaria:

—¿Doña Severa, sabe usted que la critican?

—Sea en buenhora, respondió esta sin preguntar el por qué.

—La critican á usted, porque falta casi siempre á la misa mayor.

—Me tiene sin cuidado.

—¿Y sabe usted quién?

—No señora; ni quiero.

—Pues mire usted, son la escribana y sus hijas, dijo la boticaria, que era terca si las hay.

—Señora, es usted mas cansada que las moscas en un dia de lluvia! exclamó doña Severa: no me importa que hablen y que me critiquen: hago lo que me parece, y á nadie pido consejo ni parecer, porque á nadie debo nada: y sepa usted que no me ofende quien me critica por la espalda, porque ese teme darme un mal rato: la que me ofende es usted que viene con tales embajadas: conque suprímalas usted ó no vuelva mas por mi casa.

La boticaria se mordió los labios y se marchó resentida de la reprimenda.

Luego se vengó desatándose en invectivas contra doña Severa, á la que acusó de tener un genio infernal y una desvergüenza sin ejemplo.

Pero doña Severa pareció no oir nada de esto, ó, si lo oyó, no hizo absolutamente caso alguno.

El cura de la parroquia, que apreciaba mucho á tan extraña mujer, le preguntó un dia que por qué no se habia casado: doña Severa le respondió:

—No he hallado ningun hombre que me gustase completamente, don Zacarías: como yo he sido siempre bastante fea, tampoco

he debido agradar á muchos, y de los que me han pretendido no ha habido uno solo bueno para marido: tengo poco apego al matrimonio y, por mi gusto, nunca se casarian mis sobrinas.

Ellas no pensarán como usted, observó sonriendo el señor cura, que era en extremo bondadoso.

Las dos sobrinas de doña Severa eran dos jovencitas bastante opuestas á ella en la parte física y en la moral.

Avelina, la mayor, tenia ya diez y ocho años y no aparentaba quince: tales eran la delicadeza de sus formas y la graciosa ingenuidad de sus modales.

Era hija del hermano único que habia tenido doña Severa, y habia quedado, con su hermano Estéban, que le llevaba tres años, bajo la tutela y en la compañía de su tia.

Avelina no era lo que se llama hermosa: una carita pálida, alumbrada por dos grandes ojos oscuros, una rica cabellera de color castaño claro, y una nariz pequeña no constituyen una belleza: su estatura era escasa: su figura endeble no llamaba la atencion de nadie, lo cual justificaba hasta cierto punto el que Avelina no hubiese tenido aun ningun novio.

Irene, su prima, era hija de la hermana menor de doña Severa, que la habia dejado pequeñita: excedia bastante en estatura á su prima y abultaba doble que ella, á pesar de ser un año mas jóven: era corpulenta y rubia, con ojos azules algo osados, boca de grana y cutis muy fino como casi todas las personas rojas.

Las dos muchachas y Estéban, hermano de Avelina, eran muy pobres: el padre de estos últimos, abandonando á su esposa y á sus hijos, se habia embarcado para Méjico, y fué allí asesinado alevosamente: la pena que experimentó al saberlo, quitó la vida á su mujer, yendo los dos niños á poder de doña Severa: esta, cuando se abria el curso en la ciudad, hacia ir á estudiar á su

sobrino la carrera de leyes y le pagaba las matrículas y los libros que necesitaba, pero sin fruto alguno, pues Estéban llevaba calabazas todos los años por aturdido y desaplicado.

En cuanto á Irene, era tan pobre como sus primos, aunque por diferente causa: un pleito habia arruinado á su padre, y el cólera se llevó á este y á su madre.

Las dos sobrinas pasaban la pena negra con su tia la solterona: esta era, por lo menos, la voz que corria en la villa de Egea de los Caballeros.

Doña Severa tenia por criada, desde hacia veinte y cinco años, á una mujer que regañaba mas que ella, y que tenia á las chicas, segun suele decirse, como raton en boca de gato.

Avelina era callada, paciente, humilde: es verdad que por las faltas y desaplicacion de su hermano, la buena tia Homobona—que así se llamaba la criada—la trataba mal á ella tambien, y siempre se estaba quejando de los gastos que ocasionaban á la *señorita*, y diciendo que á quien Dios no le da hijos el diablo le da sobrinos.

Avelina era tan delicada, tan endeble, de tan escasa representacion y á la par tan apocada y tan tímida, que creia deber suyo el sufrirlo todo y el callar á todo: temerosa por ella misma, y aun mas por su hermano—que era realmente una carga muy pesada para su tia—se resignaba siempre y no hallaba consuelo ni apoyo en nadie.

Es verdad que tampoco lo pedia ni lo esperaba: habia visto en un libro, de los que componian la reducida biblioteca de su tia, este final de una antigua décima:

Que se pierde poco ó nada
Por sufrir y por callar;

y como ella pensaba, y con razon, que con chillar y quejarse

nada podia adelantar, adoptaba el consejo y complacia á la tia Homobona que tenia un genio perverso.

Irene, cuando le decia algo la vieja, la despedia con cajas destempladas y se le reia en las barbas si la regañaba.

La criada, furiosa, iba á quejarse á la *señorita*, que se encogia de hombros y oia las quejas como quien oye llover.

—¿Pero no ve usted cómo me trata Irene? exclamaba exasperada la tia Homobona.

—Si la regaño yo, regañaremos todos, respondia invariablemente la señora: hazlo tú...

—¡Para el caso que me hace!...

—Pues déjala.

—No hace nada de provecho en todo el santo dia.

—Mas descansada vivirá: no tengo mas deberes con esa chica que mantenerla y vestirla.

—La otra es la que me ayuda, la que cose y plancha la ropa de usted, la que lo hace todo.

—Los genios no son iguales.

—¡Ya! ¡Cómo usted la deja!

—¡Tú sí que me vás á dejar á mí, porque me canso de oirte!

La criada salia refunfuñando; y como no se atrevia á regañar con Irene, que se burlaba de ella, se desfogaba con Avelina.

—¿Por qué no se queja usted á su tia de lo que es esta muchacha? le dijo un dia la tia Homobona.

—¡Yo! repuso Avelina: ¿para qué?

—¡Para que la reprenda!

—No quiero dar á mi tia ese trabajo.

—¡De modo que, por dejar todos á la señorita Irene, es lo que es!

—¿Pero qué es?

—Una persona que no hace otra cosa que incomodar; á quien tiene usted que servir...

—Yo estoy contenta con servirla.

—Acaso será por contradecirme.

—No, señora, repuso la jóven, sino porque prefiero la paz á todo: donde no hay paz, no hay nada bueno: además, yo no sé regañar; mi prima ya cose y arregla la casa; si no lo hace mas y mejor, nada adelantaremos aunque yo le predique.

Su mismo hermano trataba á la pobre Avelina con dureza, cuando estaba en Egea.

Pretendia que esta tomase á su tia dinero para irse al café á jugar al billar, ó al dominó, donde perdia con mas frecuencia que ganaba.

—La tia debe tener muchos doblones y no me da un cuarto, alegaba un dia Estéban á su hermana: eso es infame: ¡como si no supiera yo que aquella amiga suya, que se metió monja, le dejó toda su fortuna!

—Yo tambien lo sé, repuso la jóven; pero, porque ella tenga una fortuna, ¿es una razon para que te la dé á tí? La tia la guarda y hace bien!

—Al fin y al cabo ha de ser para nosotros cuando se muera esa vieja ladina!

—Eso es lo que no sabemos, hermano: la tia es libre de dejar lo que tiene á quien quiera: de los abuelos le quedó muy poco, aunque es verdad que ella lo ha aumentado y hecho prosperar; pero no tiene obligacion de dejarnos nada.

—¡Hasta en eso tuvo suerte! Ella fué la mejorada por nuestros abuelos que le dejaron mas que á nuestro padre y á la madre de Irene juntos.

—Como que la tia quedaba soltera y sola, y los otros hermanos ya estaban colocados: ¿hay algo mas natural?

—Mira, Avelina, tú de todo sacas consecuencias favorables para la tia: siempre defendiéndola, cuando es aborrecible para todos: ¡eso ya raya en manía!

—Peor manía es la tuya, repuso Avelina con tristeza, de culpar á la que te ha recogido y te trata como á hijo: la tia es buena, excelente! Y si no, harto lo dice el que te sufre que estés perdiendo años y años en la universidad! Estéban, tu cabeza es muy mala, pero tu corazon es muy bueno..... estoy segura de ello... ¿por qué, pues, has de acusar á la tia? ¿por qué hablas mal de ella? ¿por qué eres con ella tan desagradecido é ingrato? ¿por qué no estudias? Considera, Estéban, que no debemos contar con nada y que yo nó tengo el dia en que falte nuestra bienhechora otro amparo que tú! A lo menos por mí, aplícate! No pierdas el tiempo para que seas algo en el mundo, porque, de lo contrario, llegará dia en que llores lo que ahora no has aprovechado!

—Tienes razon, Avelina, respondió Estéban: siquiera por consideraciones á tí, debia ser muy juicioso: por tí, que eres tan buena! Y además, nuestra madre me encargó, en la hora de su muerte, que te protegiese siempre! Ya verás, así que el curso se abra, cuánto estudio!

Avelina abrazó á su hermano: para aquella alma inocente y tierna, una promesa de Estéban valia mucho.

Esta conversacion tenia lugar en el verano y durante las vacaciones: la jóven no dejó de amonestar á su hermano dulcemente todo el tiempo que duraron, y este, cuando se fué á la ciudad, recibia cada semana dos cartas de Avelina animándole al estudio y al trabajo.

Estas cartas le sorprendian siempre en el café, ó en los toros, ó bien á la vuelta del campo, donde habia ido á merendar con sus amigos y camaradas; pero no por eso dejaban de hacer

en su ánimo una impresion profunda; porque Estéban, segun su hermana decia, tenia mala cabeza, pero buen corazon y bastante talento.

Al fin, en los exámenes sacó nota de *mediano*, y pudo seguir su carrera cuando ya estaba amenazado de ser expulsado de la universidad.

II.

Empezaba abril á asomar, detrás de los últimos dias de marzo, su alegre semblante y su rosada frente.

Ya era templado el aire, y las lilas y madreselvas de los huertos, que son muy hermosas en Egea de los Caballeros, le embalsamaban con el perfume fresco de la primavera.

La casita habitada por doña Severa tenia un jardinillo muy mezquino y muy descuidado: no obstante, como Avelina amaba las flores con la pasion de las naturalezas poéticas é inteligentes, la tia Homobona llamaba á Santiago—un pobre jornalero vecino, —para que le diese una vuelta cuando no hallaba donde ocupar el dia, y luego le pagaba con un trozo de tocino y un cucurucho de arroz para que diese de comer á su mujer y á tres niños pequeños que tenia.

Santiago tomaba lleno de agradecimiento el arroz y el tocino, pues de no tener nada, aquello era un socorro para su familia, que de seguro se hubiera quedado aquel dia sin comer.

Aunque entendia de jardinero, Santiago trabajaba de albañil: su jornal era de una peseta; y debe suponerse que se gastaba toda cada dia, y que los ahorros, caso de hacerse alguno, eran tan exiguos, que á la primera tos de uno de los niños, si habia que comprar un jarabe, se iban todos.

Y sin embargo, Santiago y Petronila, su mujer, eran dos seres buenos, honrados, inofensivos y tan caritativos, que muchas veces ayunaban por dar su plato á un pobre, si este les pedia limosna.

Doña Severa regañaba de los arreglos del jardin : su naturaleza, poco poética, no se avenia muy bien con lo *bello* y solo comprendia lo *útil* : habia sido siempre muy fea, y como tenia claro talento y exacto raciocinio, habia renunciado al amor antes de que el amor renunciase á ella.

¿Y qué luz hay mas bella para el alma y que derrame en torno suyo rayos mas dulces que el amor?

Una vida sin amor es como una flor sin perfumes.

Sin embargo, aquella anciana solterona, egoista al parecer, regañona, áspera é insolente, tenia un corazon muy grande y que un inmenso amor llenaba: el amor á todos los menesterosos, á todos los desvalidos: la caridad.

Continuamente daba limosnas, aunque no en crecidas cantidades, y pocas veces las daba por su mano, sino por la de un anciano sacerdote agregado á la parroquia, y que era un dominico exclaustrado.

Aquel buen señor era una especie de ángel con sotana: se llamaba el padre Matías : era pequeñito de estatura, delgado, alegre y apacible, como un bienaventurado : en lugar de llevar sombrero de teja, llevaba uno apuntado ó de picos, atado con dos cintas por debajo de la barba, y que con una levita negra muy larga, un pantalon que dejaba ver unas medias mas blancas que la nieve y unos gruesos zapatos, constituia su traje.

Un grueso baston le servia para apoyarse en los largos paseos que daba con alguna rapidez, é iba siempre seguido de un perro canelo, de casta entre dogo y mastin pequeño.

Este perro tenia tambien su historia, que era bastante interesante.

Nació en el campo, de una perra que, durante el verano, cuidaba por las noches las trojes, y quedó con la madre de guardian de la cosecha y de la hacienda; pero cuando apenas contaba seis meses, perdió todo el pelo á consecuencia de una enfermedad que le dejó en un estado repugnante.

El dueño dijo que no le queria en su casa; y sus hijos, muchachos de duro y perverso corazon, le ataron una soga al cuello y le llevaron con intencion de arrojarle al rio Arba de Luesia, que con otro y algunos arroyos fertiliza aquellos contornos.

Por el camino no escasearon los malos tratamientos: el infeliz animal, como si conociese la suerte que se le destinaba, se resistia á andar y ahullaba lastimosamente; los chicos le apaleaban y le arrojaban piedras: ya le llevaban casi arrastrando exánime y cubierto de sangre, cuando se hallaron con el padre Matías que salia á su diario paseo.

—¿A dónde vais con ese perro? preguntó á la desalmada tropa, pues á los hijos del dueño del perro se habian reunido otros muchos de la poblacion.

—¡Toma! contestó uno: ¡á echarle al rio!

—¡Esperad, chiquillos! ¡Quietos ahí! gritó el padre Matías con autoridad.

Los chicos se detuvieron, y el pobre animal se sentó sobre sus patas traseras, jadeante de fatiga, y fijando una mirada suplicante en el buen padre Matías.

—¿Por qué vais á echar al rio á ese perro? volvió á preguntar el sacerdote.

—Porque padre no le quiere en casa, dijo uno de los muchachos: se ha puesto malo y da asco verle.

—¿Y por eso le llevais al rio?

—Sí, señor : le ataremos al cuello una piedra muy grande y le arrojaremos en lo mas hondo para que no pueda salir: ¡andando, Palomo!

Y el chico tiró bárbaramente de la cuerda que llevaba el perro atada al pescuezo.

El padre Matías se aproximó al muchacho y le quitó la soga de la mano, despues la desató del pescuezo del animal y dijo:

—Yo me quedo con Palomo.

—¿*Pa* qué le quiere usted? preguntó uno de los hijos del antiguo amo.

—Para curarle, cuidarle y quererle : ¿no sabeis que no hay amigo mas fiel que el perro? Malas entrañas manifestais martirizando tan cruelmente á este animal que ningun daño os ha hecho : ¿y por qué? ¡Solo porque es desgraciado!

—¡Pero, señor, si está tan feo!

—Ya le vereis dentro de un mes : ¿y qué culpa tiene él de estar enfermo? Supongamos que á cualquiera de vosotros le envia Dios una lepra : ¿será humano que le echen al rio, y si se resiste á la muerte, que le arrastren y lo apedreen? Pues aun es peor el caso presente ; porque sois malos, dais disgustos á vuestros padres, y el pobre Palomo es un animal indefenso que os quiere y cuida de la hacienda : ¡eh! El perro queda para mí: á la escuela vosotros.

Los chicos se fueron cabizbajos y mohinos: el padre Martin llamó á Palomo y se lo llevó á casa del carpintero donde se hospedaba, dando la suma de una peseta diaria.

El total de su renta, como agregado á la parroquia, consistia en seis reales.

De los dos reales, que le sobraban, tenia que vestirse, cal-

zarse, pagar á la lavandera, atender á la cura de Palomo y mantenerle, sin que por eso pensase suprimir las limosnas que hacia.

Sucedia con el sueldo del padre Matías la parábola del pan y los peces, segun la cual, con una corta cantidad, comió todo el pueblo hebreo. Dios aumentaba y hacia el gasto.

Cuando la carpintera vió al infeliz animal, cubierto de heridas, destilando sangre y lodo, exclamó:

—¡Señor! ¿adónde va usted con esto?

—Es el pobre Palomo, Teresa, repuso el sacerdote: unos pícaros chicos iban á arrojarle al rio...

—¡Qué herejía! ¿Pero usted, qué va á hacer con el perro?

—Me lo he quedado.

—¿Para qué?

—Para curarle y que despues me haga compañía: vamos, no te enfades, Teresa, ni tú tampoco, Bernardo. Pondré á Palomo en mi cuartito: solo os pido un pedazo de estera vieja para que se eche y descanse, en tanto que voy á llamar al albéitar.

—Padre Matías, ¿qué nos hemos de enfadar nosotros? exclamó el honrado Bernardo que cepillaba una tabla: su merced es el dueño; y, á la verdad, que un perro es una excelente compañía; y usted ha hecho una buena obra salvando á ese infeliz de la suerte que le preparaban: figúrese usted que, desde que se puso malo, le ataron en un cobertizo donde daba el sol todo el dia: yo le oia aullar cuando iba al corral á buscar madera: ni le daban de comer, ni de beber: anda, Teresa, ponle algo para que se eche ahí en un rincon del patio, y un cacharro con agua, pues observo que está muerto de sed y de fatiga.

—Yo creo que curará, observó Teresa: mi padre tuvo uno que se puso así y curó: ya verá usted, padre Matías, cuando rece en su Breviario durante las noches del invierno, ¡qué buena

compañía le hará el Palomo echado á sus piés; pero calla!... Por allá va el albéitar... ¡Eh! ¡Pascual!

En efecto, el albéitar pasaba por la acera de enfrente: oyó á Teresa y se acercó á la tienda.

—Buenas tardes, padre Matías, dijo; buenas tardes, Bernardo: ¿qué se ofrece?

—Que veas á este perro que ha recogido el padre, contestó Teresa: dinos si te parece que curará.

—Cuidándole bien, sí: yo le pondré bueno.

Palomo fué lavado con agua tibia en un arteson de remojar madera, y despues le envolvió el albéitar con un gran paño mojado en agua de azufre.

Se le dió de beber agua con nitro, y de cenar un poco de sopa, y al instante se durmió con un sueño profundo, quebrantado de sus fatigas y de su largo martirio en casa del labrador.

Ocho dias despues, estaba bueno y curado de sus heridas y de sus llagas, de las que no quedaba otra señal que la falta de pelo; pero este renació pronto, y Palomo se puso tan gordo que abultaba cuatro veces mas que antes.

El animal llegó á ser el amigo de la familia y el compañero inseparable del padre Matías, quien solo le prohibia que le acompañase cuando cada mañana iba á decir misa.

Cuando alguno daba noticia de haberse hallado al exclaustrado, siempre decia:

—He visto al padre Matías y á su perro.

Al verlo tan hermoso, sus antiguos amos le llamaban en la calle y le hacian caricias: él meneaba la cola; pero en seguida se iba corriendo al lado del sacerdote ó del carpintero, como diciendo:

—Me acuerdo bien de vosotros; pero me encuentro mejor aquí: ¡abur!

El padre Matías era el limosnero de doña Severa, segun queda dicho ; pero esta le encargaba el mayor secreto : así es que el buen señor, cuando iba á socorrer á algun pobre, enfermo ó sin trabajo, decia :

—Tomad : esto os traigo de parte de una buena alma.

—¿Y quién es? ¿Quién es?

—No lo puedo decir.

No obstante, la caridad es como un perfume exquisito : por tapado que se halle el frasco en que se encierra, siempre se escapa algo que revela dónde se oculta : veian entrar al padre Matías con tánta frecuencia en casa de la solterona , que todos los pobres de la villa sabian, ó sospechaban por lo menos, que era ella quien les socorria en sus penas y trabajos.

Era, pues, una hermosa tarde de abril cuando doña Severa se hallaba , acompañada de sus sobrinas, en una salita donde dormian las dos jóvenes y donde se hacia labor.

La casa era la última de la calle mayor y daba ya á la campiña : era de apariencia modesta ; pero, aunque vieja y antigua, bastante cómoda.

El cuarto estaba amueblado con una sencillez casi monástica: las paredes, blanqueadas, solo veian interrumpida su monótona blancura por tres cuadros, ennegrecidos por el tiempo, y que representaban á san Antonio, á san José y á la Vírgen del Rosario.

Un sofá muy antiguo y muy macizo, de madera pintada de verde con dibujos que habian sido dorados ; media docena de sillas compañeras, un manucordio, que servia de base á un magnífico crucifijo, y dos mesas sobre las cuales habia dos urnitas de cristales que contenian un Niño Jesús y una Divina Pastora, de cera, completaban el mueblaje, que era el mismo que tenian los padres de doña Severa.

La alcoba se veia adornada con cortinas de percal, de fondo blanco con figuras de color de rosa, y estaban guarnecidas con un fleco blanco de algodon.

A pesar de la humildad, uso y antigüedad de los muebles, respiraba aquella habitacion un aseo y una frescura que la hacia parecer agradable.

En dos jarritos de loza verde, colocados uno á cada lado de la urna de la Divina Pastora, habia dos ramos de lilas, que esparcian un delicioso perfume: en el balcon habia macetas llenas de plantas y flores: á lo lejos se veia la arboleda que fecundaba el rio, los huertos, verdes ya y que empezaban á florecer, y los olivos de monótono y eterno verdor.

El molino movia sus aspas como brazos que predicaban el trabajo: las chimeneas dejaban escapar columnas de azulado humo y decian á los labradores, que se ocupaban en las faenas del campo, que la esposa diligente les preparaba la sana y abundante cena.

Doña Severa tejia una calceta muy fina: sus dos sobrinas cosian: la tia Homobona hilaba.

Ya hemos dicho que las dos primas en nada se asemejaban: Avelina era pequeña y delgada, y tenia la tez blanca y pálida.

Sus ojos pardos, grandes y rasgados, eran dulces y límpidos: la expresion de su fisonomía, tranquila y pensativa, tenia un indecible encanto: se veia brillar en aquel rostro la luz del talento, unida á la luz de una alma buena, sensible y llena de una apacible serenidad.

Su traje, de modesto percal y ya compuesto en mil partes, lo estaba con tanto primor, que parecia una gala sobre su talle esbelto y delicado: un delantalillo de lana negro se enlazaba detrás de su cintura, y su cabello formaba á su pequeña é inteligente cabeza un tocado natural y lleno de gracia.

Irene era media cuarta mas alta y doble corpulenta: su tez blanca y rosada, sus ojos alegres y azules y sus cabellos rojos la hacian aparecer como la muchacha mas bella de la poblacion, segun la opinion de casi todos los jóvenes.

Sin embargo, á primera vista se conocia que la materia y la prosa se habian aposentado en ella como en terreno propio.

Comia mucho, dormia mas y no pasaba pena por nada.

Su vestido, de la misma tela y de la misma fecha que el de su prima, estaba mas viejo, mas deslucido y tenia bastantes manchas.

En vez de estar en cuerpo, llevaba sobre el vestido un pañuelo de lanilla, cuyas puntas habia atado detrás de la espalda.

Su peinado era tan vulgar, como distinguido el de su prima: en una palabra, cualquiera hubiera tomado á Avelina por la señorita de la casa y á Irene por su criada.

Doña Severa, vestida de negro, llevaba aun su pañuelo de lana y su gran peluca de inalterable forma.

Las dos primas cosian en la misma tela: era un vestidito de percal oscuro. Irene tenia la falda; pero á cada dos puntadas que daba, miraba por el balcon al campo.

Avelina cosia, sin alzar la cabeza, en el cuerpo del vestido.

Doña Severa hablaba muy poco.

La tia Homobona solo desplegaba los labios para regañar.

Irene no decia mas que necedades.

Avelina casi nunca hablaba, porque nadie la entendia, excepto su tia; pero esta, la mayor parte de las veces, permanecia encerrada y absorta en sí misma.

—Ya está el cuerpo, dijo Avelina cortando la seda con sus tijeras: ¿has acabado la falda, Irene?

—¡Acabar! respondió esta con flema: pegando estoy el segundo paño.

—Pero, Dios mio, ¿qué haces?

—¡Toma! ¡coser!

—¡Es sábado... y hemos prometido á doña Liboria que para esta noche estaria acabado este vestido de su niña! exclamó la jóven con acento doliente.

—¡Eso! ¡ahora debias de llorar! dijo Irene: ¡si no está esta noche, estará mañana!

—¡No es lo mismo! ¡Yo he dado mi palabra!

—¿Por qué la das?

—¡Porque conté con que me ayudarias siquiera un poco! ¿Quién habia de pensar que no querrias hacer nada? Dame esa falda.

—Toma y dime qué hago yo.

—¿Qué has de hacer? Ya no quèda mas que esto, y pensé que, al acabar yo de coser el cuerpo y las mangas, habrias tú acabado la falda para pegarla yo ahora.

—Pues, hija, no es así: que mucho y bien, la paloma lo vuela.

—¿Acaso querrás decir con eso que tu prima cose mal, verdad? preguntó doña Severa alzando los ojos de su calceta y fijando una mirada penetrante en su sobrina menor.

Esta inclinó la cabeza avergonzada y confusa.

Su tia hablaba tan pocas veces, que se la escuchaba siempre con una especie de asombro.

—¿Niña, cuánto os dan por hacer ese vestido? preguntó la solterona dirigiéndose á Avelina.

—Tia, por otros que hemos hecho ya para Mariquita, nos ha dado su madre doce reales.

—Toma dos, Irene, dijo doña Severa: tú no has ganado mas: cuando te paguen, añadió volviéndose á su sobrina mayor, me

darás dos á mí y guardarás diez en tu hucha : ¿lo oyes?

—¡Sí, señora! respondió Avelina encarnada y llena de turbacion.

—A cada uno lo suyo y á Dios lo de todos ; y cuidado que no me dejaré engañar : los diez reales se han de poner en la hucha delante de mí.

—Está muy bien, tia.

—Y desde hoy, cada una cobrará lo que cosa, ¿estamos? Que no es regular que la una no haga mas que comer y dormir y la otra trabaje como una negra : diga usted, tia Homobona, ¿quién ha repasado esta semana la ropa?

—La señorita Avelina, respondió la anciana.

—¿Y quién ha aplanchado?

—La señorita Avelina.

—¿Y quién aplanchó y repasó la semana pasada?

—La misma.

—¿Qué haces tú entonces? preguntó la tia á la sobrina menor.

Esta bajó los ojos, se puso colorada y no respondió ni una palabra.

Avelina hubiera deseado hallarse debajo de tierra.

—Hija, no sé cuál será tu suerte, dijo doña Severa : mala te la auguro ; porque Dios ha prescrito el trabajo como ley ; pero, en fin, con tu pan te lo comas , y ¡ojalá que no tengas que llorar!

—¡Allí viene el padre Matías! dijo Avelina para distraer á su tia : ¡qué gordo y hermoso está Palomo!

La tia Homobona fué á abrir, sin sacar la rueca de la cintura, y el padre Matías entró en la habitacion seguido de su perro.

La anciana criada acercó una silla para el sacerdote, y se fué

á la cocina á disponer el chocolate; pero, cuando aquel fué á sentarse, le dijo doña Severa:

—Hágame usted el favor de pasar á mi cuarto, porque tenemos que hablar.

—Mira, prima, dijo Irene así que su tia hubo desaparecido: estoy tan harta de la tia y de su casa, que me voy á marchar.

—¡Marcharte! ¿Y á dónde?

—A servir; á la ciudad.

—¿Pero qué es lo que puede irritarte de ese modo?

—Aquí, todo: tú te haces la mosca muerta y no dejas resorte por mover para que me riñan: esa vieja lenta me quema la sangre y me echa en cara el pan que como: conque lo he dicho: me voy y cuanto antes.

—Pero, mujer, observó suavemente Avelina: ¿dejarás de conocer que la tia tiene razon?

—¿Cuándo?

—Cuando te regaña: ¡si no haces nada!

—No quiero coser ajeno.

—¿Y por qué? ¿Es algun sonrojo? ¿No somos pobres? ¿No saben todos que no tenemos nada? ¿que la tia solo cuenta con un pasar modesto?

—No falta quien asegura, y nosotros lo sabemos tambien, que es rica.

—Y yo creo que los que tal dicen, y aun nosotras, nos equivocamos: ¡rica ella y da tanto!

—¿Ella dar? Malos ratos.

—No: yo lo sé, lo he visto: un dia que estaba yo en esa alcoba, ignorándolo ella, dió al padre Matías muchos envoltorios de papel, y le dijo:—Mire usted, esto para José, el zapatero que está enfermo: esto para la viuda de Juan el albañil que se cayó: esto para el viejo Eulogio; y esto para usted.

—¡Sí! ¡Lo que es á él, ya le dará!

—¿Por qué dices eso?

—Yo me entiendo.

—¿Serás mal pensada?... ¡De la tia!...

—En fin, lo que digo es que, para coser ajeno, prefiero servir: que no quiero que suene que me tiene de favor.

—Nadie ignora, porque la tia lo dice á todos, que trabajamos para vestirnos; pero aunque pagáramos aquí lo que comemos, ¿no es mas decoroso estar al amparo de nuestra tia y con una criada que nos sirva, que estar sirviendo? Y además, ¿no te quiere el hijo del mayorazgo? ¿Por qué no le haces caso y te casas con él?

—Es muy bruto.

—Pero es muy bueno; y no hay mujer que no sepa, si quiere, educar á un hombre.

—¡No era mal empeño el de educar á Cirilo! A pesar de todo, si la tia me quema mucho la sangre, le digo que sí y me caso con él.

Irene se detuvo y miró atónita al camino que se veia á la derecha del balcon abierto: un elegante carruaje avanzaba por él, y sentados en el pescante, entre algunas maletas, venian el cochero y una camarera.

Detrás y á paso mas lento, venia un furgon lleno con el menaje de una cocina, conducido por una especie de carretero, y en cuyo fondo se veia sentado al cocinero, que se daba á conocer por su gorro blanco de algodon, y un chico, de unos diez y seis años, que era indudablemente el pinche.

—Esos deben ser los vecinos de la casa nueva, dijo Irene: asómate para verles bajar.

Avelina, llena de curiosidad, dejó su labor y se asomó al balcon.

A la derecha, y ya en el mismo camino, se elevaba un pequeño y lindo palacio de construccion moderna.

Se habia levantado en el centro de un parque, que se cerraba por medio de una verja, y á cada lado tenia un pabellon separado del cuerpo principal del edificio, á los que se subia por una escalera separada tambien.

El palacio solo tenia un piso y una azotea con su terrado muy grande.

A la espalda habia un hermoso jardin: en cuanto á los pabellones, parecian tambien capaces y cómodos.

Las dos primas esperaban con marcada curiosidad ver bajar del carruaje á los nuevos habitantes de Egea.

Descendió primero un caballero jóven y de bella presencia, que dió la mano á una dama anciana.

Luego ayudó á apearse á una señorita, que parecia contar unos veinte años á lo sumo.

El traje de los tres respiraba elegancia y riqueza; pero el de la jóven era el mas notable.

El caballero fué á ofrecer el brazo á la dama anciana para entrar en la casa; pero aquella le señaló á la jóven con un gesto expresivo.

Sin embargo, la señorita rechazó el apoyo y echó á andar ligeramente hácia la casa.

Entonces el caballero ofreció de nuevo su brazo á la anciana, que esta vez lo aceptó, y pronto desaparecieron todos tras de la verja de hierro que remataba en puntas doradas.

Quedó solo el furgon, que descargaron el cocinero y el pinche.

—¡Qué traje lleva esa jóven! dijo Irene: grana y blanco! ¡Es deslumbrador!

—Demasiado para camino, repuso Avelina.

—¡Y qué sombrerito con plumas blancas! Esas gentes son, á no dudar, de Madrid. Ahora llega otro carruaje: mira, bajan del fondo dos camareras: y son francesas, á juzgar por las gorras: y del pescante dos lacayos: ¡debe ser muy rica esa familia y muy dichosa!

—¿Quién sabe? murmuró Avelina.

—No se puede dudar. La riqueza...

—¡Ay, Dios mio! ¡Me he olvidado de coser! dijo Avelina: esta noche no podré acostarme si he de acabar el vestido, y he de acabarlo, porque la palabra es palabra.

—Pues, hija, yo no pienso ayudarte, porque como no he de cobrar...

—Aunque no me ayudes, te daré la mitad.

—¿Darme? ¿Y para qué? ¿Qué hago yo con seis reales?

—Guardarlos.

—¡Vaya un capital!

—Por algo se empieza: á esos seis reales vas reuniendo otros, como hago yo: ¡así es que ya tengo en mi hucha seis duros!

—¡Pues tienes una gran cosa! Mas de seis duros valdrán las botas que lleva esa señorita que ha entrado en la casa nueva.

—Tengo para comprarme un vestido que me hace mucha falta; y á tí no te vendria mal otra cantidad semejante, porque te hallas en el mismo caso que yo.

—¡A mí me hacen falta tantas cosas!...

—Hablo de lo necesario y no de lo superfluo: vamos, prima mia, no te desanimes, que eso es lo peor que puedes hacer: valor, y luchemos con la desgracia: Dios recompensa la resignacion.

Irene sacudió negativamente la cabeza y con la expresion del mas profundo desaliento.

—¿Por qué no te casas con Cirilo? ¿No sientes por él inclinacion alguna? preguntó Avelina.

—Ninguna, contestó su prima.

—Entonces, no hablemos de eso.

—¿Por qué? Para casarse, maldita la falta que debe hacer el amor.

—Querida Irene, repuso Avelina: nada sé del mundo, á pesar de tener diez y ocho años, pues ya recordarás que solo contaba doce cuando mi tia me trajo á su lado, y antes tampoco habia salido de este pueblo en el que he vivido con mis padres; pero aun tengo presente el santo cariño que los unia, la alegría con que mi madre llenaba todos los deberes de su casa, la felicidad que nos rodeaba á todos, la paz y dulce satisfaccion que presidian en nuestras comidas! ¡Ah! ¡Cuando pienso en eso, me digo que no me casaré nunca sin amor! Algunas veces se enojaba mi padre, y mi madre le desarmaba con ir á apoyarse sobre su espalda y murmurar á su oido algunas palabras dulces: otras era mi madre la que se enfadaba y su marido acudia á disipar la nube que la envolvia: ninguno de ellos se resistia á la primera tentativa del otro, y, si lo hacia, no llegaba su fortaleza para resistirse á la segunda! ¡Ah! ¡Qué bella y santa vida disfrutaron mis padres, á pesar de su pobreza!

Irene se encogió de hombros.

—De modo, repuso, que para tí las delicias de la vida consisten en comer poco y mal, llevar humildes vestidos, pasar los dias remendando, barriendo, cuidando de las haciendas mas groseras y desempeñando los oficios mas bajos de la casa? ¿Y para esto se casan algunas mujeres?

—Para esto se casan muchas, prima mia: por esta razon no debe casarse ninguna sin amor, pues solo el amor puede dar

fuerzas para llenar los arduos deberes domésticos: el amor es la luz que todo lo ilumina y lo embellece y que hasta ahuyenta las sombras de la pobreza.

—A bien que, si yo me caso con Cirilo, no seremos pobres.

—Tampoco es tan rico que puedas vivir libre de cuidados: es verdad que ningun caudal basta para eso.

—Pues yo, cuando me case, será para llevar la mejor vida posible.

—Y yo para trabajar cuanto pueda, para tener arreglada mi casita, para hacer feliz á mi marido.

—Ya sale la tia: calla.

En efecto, se habia abierto la puerta del cuarto de doña Severa, y dió paso á esta y al padre Matías.

Ambos volvieron á sentarse al lado de las muchachas, y la tia Homobona sirvió un exquisito chocolate con tortas de manteca, que su ama, ayudada de Avelina, habia hecho.

Doña Severa dió una sopa á cada una de sus sobrinas; y luego les dijo gravemente:

—Idos á merendar.

Las dos salieron y se dirigieron al comedor, donde la tia Homobona les sirvió un plato lleno de frutas secas y pan tierno.

III.

La esposa del rico banquero americano don Alejandro Montereal habia quedado viuda hacia algunos años, con un hijo único que se puso,—cuando cumplió los veinticinco,—al frente de los negocios de su padre, y con una pupila, de cuyo cuidado se encargó al venir á Europa.

Clemencia de F... contaba á la sazon diez y seis primaveras

y era heredera por su padre y por su madre de una inmensa fortuna: su padre, español que habia hecho en América todo su caudal, vino á Madrid, donde sucumbió dos años despues de llegar: siendo ya viudo, nombró por tutora de su hija á la señora de Montereal, que habia sido amiga íntima de su mujer.

Además, le significó el deseo de que, al llegar á cumplir Clemencia, veinte años, la casara con su hijo Carlos que ya tendria veintiseis.

El buen señor no se acordó de pensar siquiera si los caractéres de ambos jóvenes podrian avenirse : tuvo presente la fortuna de los dos, que, reunida , seria colosal, y esto bastaba, á su parecer, para que fuesen muy dichosos.

No era extraño que tuviera estas ideas : habia ido á América muy pobre, y habia muerto cuando apenas empezaba á dar treguas al trabajo para disfrutar los placeres de la riqueza, que habia adquirido á costa de grandes fatigas y de no pocas decepciones.

Su simpática figura y su intachable conducta le habian granjeado la confianza y el afecto del comerciante en cuya casa trabajaba y el amor de su hija única , jóven amable y buena , que no titubeó en darle su mano, á pesar de que podia aspirar á partidos mucho mas ventajosos; pero su suegro le impuso la condicion de que habia de seguir trabajando del mismo modo que si nada tuviera, para adquirir, despues de casado , la fortuna de que carecia siendo soltero.

El amor á su esposa y el amor propio obligaron al jóven español á entregarse á un trabajo sin descanso, y con el apoyo de su suegro y en su misma casa, llegó á adquirir un caudal considerable.

Una niña vino al mundo para alegrar su union; pero su madre murió dejándola de muy pocos años.

Clemencia la heredó y heredó tambien á su abuelo: su padre arregló todos los negocios de su casa y volvió al suelo natal.

Cuando murió, abandonó el mundo casi consolado al pensar que su hija quedaba muy rica y que tenia asegurada una opulenta boda.

—Hija mia, le dijo en su última despedida: si la riqueza no es la felicidad, es, á lo menos, un poderoso auxiliar para conseguirla: todo se doblega al poder del oro: si te dejara pobre, creo que hubiera preferido matarte y llevarte conmigo al sepulcro, porque tú no sabes ni, gracias al cielo, sabrás nunca, los dolores que lleva consigo la pobreza; pero ya no debes temer á la suerte: todo sonreirá en torno tuyo: todos te amarán: todos se apresurarán á satisfacer tus deseos mas leves, aunque sean injustos: sin embargo, hija mia, sé buena é indulgente para los demás y compadece á los necesitados: no puedes, ya te lo he dicho, saber nunca cuán amarga es la pobreza: yo lo sé, y aunque siento mucho dejarte, me voy tranquilo, porque te dejo rica... muy rica!

Clemencia inclinó llorando su linda cabecita sobre las almohadas de la cama de su padre: este continuó tras una pausa:

—He pensado tambien en un esposo para tí, hija mia. Carlos Montereal, el hijo de la señora que va á ser tu tutora, es un buen partido y el que yo hubiera preferido á todos: poseedor de una fortuna mas opulenta que la tuya, dotado de una bella y simpática figura, de una educacion esmerada y un talento poco comun, sabrá hacerte dichosa: no obstante, si no le amases, díselo con franqueza y tambien á su madre: no quiero dejarte impuesto un precepto, sino tratar de que tengas presente un buen consejo, que seguirás ó no, segun tu corazon te indique.

Aquella noche murió el padre de Clemencia: al dia siguien-

te, salió ella para ir á casa de su tutora, que ya habia pasado á su lado los últimos de la vida de su padre.

La señora de Montereal era una de esas personas de carácter blando y apacible, no por efecto de excesiva bondad, sino de un refinado egoismo : casi nada en el mundo la alteraba, á no ser cuando oia á su hijo quejarse de algun dolor ó le veia inapetente : fuera de su hijo, le era todo indiferente, y teniendo todo lo necesario para vivir á su gusto, no violentaba este absolutamente en nada.

Clemencia le parecia un excelente partido para Carlos : tenia, á sus ojos, el mayor de todos los méritos, el de ser muy rica : era, además, bonita, elegante, coqueta y estaba dotada de un talento no vulgar y que, comparado con el suyo, era muy brillante.

Estableciόse entre aquellas tres personas , que formaban una sola familia, cierta especie de independencia muy cómoda.

La señora de Montereal tenia la manía de los viajes, y aunque era, como americana, muy perezosa para todas las cosas de la vida, jamás lo fué para meterse en un wagon ó en una diligencia.

Su hijo no gustaba de otros viajes que de los que se hacen al extranjero : iba siempre con gusto á Paris, á Londres, á Italia, á Suiza ; pero detestaba el interior de España, al contrario de su madre, que amaba nuestro bello pais y gustaba de las expediciones cortas.

No bien Clemencia dejó el luto, su tutora se aprovechó de aquella agradable compañía para visitar todas las provincias de España, aunque ya tenia algunas bien conocidas : la huérfana halló en el viaje una provechosa distraccion para la pena que la agobiaba desde que habia perdido á su padre.

—¿Va usted contenta á viajar, Clemencia? le preguntó el dia antes de la partida el hijo de su tutora.

—Sí por cierto, contestó la jóven.

—¿Gusta usted del movimiento?

—Me agrada ver lo que no conozco.

—Pues yo le aseguro que echará de menos lo que deja.

—Aun no conozco á Madrid, repuso la jóven: mi padre no me habia presentado en el mundo, porque no tenia edad para ello.

—Al volver, daré un baile por tí, querida Clemencia, dijo la señora de Montereal: habrás cumplido diez y ocho años, y ya es tiempo de que te presentes en la sociedad, donde tienes reservado un sitio tan envidiable.

En los ojos de la jóven brilló una centella de placer.

—¿Y usted no nos acompaña? preguntó á Carlos.

—No, señorita: me quedo en Madrid, repuso este: no me gusta viajar por España: además, en la primavera hay aquí recursos deliciosos: las partidas de caza, los últimos bailes, las extranjeras que vienen á ver nuestro cielo, el Escorial, el Retiro... no, me quedo y compadezco á usted.

—¡Ah! ¿Y son muy bellas esas extranjeras? preguntó Clemencia pensativa.

—Hay de todo; pero generalmente lo son.

—Y generalmente no: figúrate, hija mia, que vienen algunas inglesas horribles! dijo la elegante señora doña Gertrudis de Montereal para disipar las nubes de tristeza que se agrupaban en la frente de Clemencia: nosotras, continuó, tampoco lo pasaremos mal: ya verás: llevaremos una camarera que nos sirva: nos detendremos cuando nos hallemos fatigadas: ahora vamos á Cataluña, y á la vuelta á Aragon: donde mas me agra-

de la campiña, compraré un terreno y haré edificar á mi gusto un pequeño palacio, para las primaveras y los veranos que no tenga gana de ir á tomar baños de mar con el equipaje que para esas excursiones se necesita.

Doña Gertrudis lo hizo como lo dijo: al dia siguiente salió con Clemencia y su primera doncella Anita para su servicio.

Carlos se quedó solo y muy á su gusto: era un jóven de un carácter superficial y adorador frenético de toda clase de placeres: educado por un padre, que tenia poco de moral y que habia sido un *padre jóven* en toda la fatal acepcion de esta palabra, no pocas veces el padre y el hijo se habian encontrado en la misma orgía y habian visto aparecer la aurora sentados á la misma mesa de juego. Carlos fué iniciado, desde muy temprano, en el arte de esas vergonzosas aventuras á las que se da el santo nombre de amor, que tan poco lo merecen, pues en nada se asemejan á la pasion mas noble de la vida.

Rico, mimado y completamente libre, fué pronto el objeto de adoracion de todas las mujeres, desde la gran señora que dedica la noche á lucir su belleza y sus galas, hasta esas pobres criaturas que viven como el ídolo en su templo, para ir despues á morir en el mísero lecho de un hospital.

Montereal tenia un nombre verdaderamente ilustre como jóven á la moda y como dotado de una bella y simpática figura: mantenia á la bailarina de mas fama, á la aventurera mas en boga, y les ponia la casa bajo un pié que todas envidiaban su suerte y anhelaban reemplazarlas.

Pero, ¿qué se hacia entretanto de la savia del corazon, del generoso entusiasmo que se abriga en un alma jóven?

¡Ay! ¡Para siempre, quizá, se habian extinguido en Carlos!

A fuerza de abusar de todo, todo le habia cansado.

La mujer era para él un juguete de barro ó porcelana, que arrojaba cuando habia llegado á fastidiarle, lo cual sucedia muy pronto.

Su paladar, ó bien se hallaba sujeto á un apetito voraz, ó apenas podia soportar el preciso alimento.

Aburríase en los salones, en los paseos, en su casa, é igualmente en las de sus numerosas *amigas*.

La vista de la bella, de la apacible naturaleza, nada decia á su alma enferma y marchita antes de tiempo, á su imaginacion envuelta en las sombras del hastío y del materialismo.

Sus creencias de la infancia se habian ido apagando como una luz á la que falta el cuidado.

Su madre era la que podia haber velado por aquella alma, que habia nacido buena y generosa, pero que se iba pervirtiendo, desde la adolescencia, con una rapidez terrible ; pero su madre ni habia sabido ser para su marido una esposa tierna y previsora, ni era tampoco una madre cuidadosa y prudente.

No habia debido al cielo la señora de Montereal un talento extraordinario, ni tampoco gran firmeza de carácter : superficial, ligera, amante del movimiento y de la diversion, era una niña con los cabellos blancos, y ni podia apreciar la trascendencia de ciertas ideas, ni derramar en el corazon de su hijo las semillas de una religion que ella apreciaba con mucha tibieza y conocia de una manera bastante imperfecta.

Clemencia fué al lado de aquellos dos seres sabiendo solamente una cosa : que la riqueza es el manantial de la dicha y de los placeres, y que el que es rico es omnipotente.

No sabia, ni se le habia dicho tampoco, que la riqueza proporciona los goces inefables de la caridad y de hacer el bien :

sino que, con su dinero, tendria bailes, paseos, teatros, joyas, carruajes, que excitaria la envidia de *todas* y se conquistaria los homenajes de *todos*.

La opulenta viuda compró, como deseaba, un terreno para edificar un palacio de verano á la entrada de un vallecito fresco y encantador é inmediato á la floreciente y rica villa de Egea de los Caballeros, no porque pensase en tener contacto ni relacion con sus vecinos, sino para conseguir prontos socorros si alguno de su familia se ponia enfermo.

Un buen arquitecto de Madrid le hizo los planos, y se procedió al instante á la edificacion, quedando levantado en pocos meses el mas lindo palacio.

La señora de Montereal volvió muy alegre á la coronada villa; pero su hijo se rió de semejante adquisicion.

—Si hubieras comprado un *chalet* en Suiza, ó un palacio en Paris en la avenida de la Emperatriz, no me reiria, le dijo: ¡pero un palacio en Aragon!... ¡Entre cafres! ¡Eso es ridículo!

Tales fueron las razones con que acogió Carlos la noticia de la adquisicion hecha por su madre.

Cuando el palacio estuvo concluido, esta se empeñó en que habia de acompañarla su hijo, diciendo que estaba segura de que, despues de ver la finca y el sitio en que se hallaba, seria el primero en aplaudir su buen gusto.

Carlos cedió á las reiteradas instancias de su madre: se sentia agobiado de fastidio, y se dijo que así mataria un par de meses hasta que llegase la estacion de ir á Baden, á Aguas Buenas ó á Dieppe.

Ya les hemos visto llegar y les seguiremos al interior de aquella encantadora morada, que reunia á la sencillez campestre todo género de comodidades.

IV.

Era la señora de Montereal una dama que ya pasaba de los sesenta años, de figura esbelta y que jamás habia pasado del límite preciso para ser ese bello tipo de la mujer delgada sin ser flaca, y alta sin demasía.

Rubia en su juventud, tenia ya los cabellos blancos; pero abundantes y sedosos.

Sus ojos garzos, de dulce y seductora mirada, conservaban aun cierto atractivo poderoso, debido á la serenidad y alegría que brillaban en su pupila.

En cuanto á sus demás facciones, eran un modelo de belleza y distincion, y dejaban adivinar que pocas mujeres hubieran podido sostener con ella la competencia cuando era jóven: su nariz, de una delicadeza extrema; su frente, que no era ni ancha ni angosta; sus mejillas, de correcto y suave dibujo; su cuello un poco largo; todo era en ella noble, gracioso, encantador.

Clemencia era de su misma estatura, es decir, bastante alta: iba á cumplir veinte años, época fijada para su casamiento.

Era rubia con ojos azules, de fisonomía algo fria y desdeñosa, pero de intachable belleza: los que sabian sentir, la hubieran deseado menos hermosa, pero mas simpática y mas expresiva.

Persuadida de que á causa de su inmensa fortuna no debia tomarse la mas leve molestia por nada ni por nadie, hasta en su atavío era tan desdeñosa, que llevaba sus trajes con una especie de fastidio: su vestido de larga cola, de alpaca blanca, estaba adornado, con gran primor, con terciopelo grana: un sombrerito húngaro, de fieltro blanco, con bordes de terciopelo grana, sujetaba su sedosa cabellera rubia, que se agrupaba en espesas trenzas detrás de su cabeza.

La falda del vestido estaba recogida sobre otra igualmente blanca y grana, que dejaba ver unas botas de exquisita hechura encerrando sus diminutos piés.

Carlos ostentaba el tipo americano en toda su hermosura: grandes ojos negros sobre tez morena: cabellos negros y facciones delicadas, aunque ya marchitas por la fatiga del *no hacer nada*, que es mas molesta que las continuas ocupaciones.

Era alto, y estaba dotado de tal vivacidad, que no sabia estar quieto y en reposo ni un instante.

Vestía, con exquisita elegancia, un traje gris de primavera y un sombrerito redondo.

El traje de su madre era igualmente gris: en vez de ir recogido y corto como el de Clemencia, era espléndidamente largo: una capota gris, atada debajo de la barba, cubria su cabeza.

Cuando entraron en el parque del palacio, cuya verja abierta les estaba esperando, la anciana pareció extasiarse ante la hermosa campiña que se desplegaba á su vista.

El parque estaba sembrado de alelíes y violetas, que ya exhalaban un delicioso perfume: se habian plantado además algunos arbustos; pero Clemencia no les concedió ni una sola mirada.

Gustaba poco de las flores, cosa extraña y triste en una jóven de su edad.

Carlos miró en torno suyo, y dijo como sorprendido:

—No es feo el paisaje.

—¡Feo! Si es encantador! exclamó la viuda con tanto entusiasmo como si hubiera sido creacion suya la campiña que contemplaba.

—¡Qué polvo, qué calor y que cansada estoy! gimió Clemencia.

—¿No te alegra esta hermosa vista, mi querida niña? preguntó la anciana.

—¡No, señora! No me recrea absolutamente nada, respondió Clemencia: el campo me aburre.

—¡Pues si el año pasado te agradaba tanto este sitio!

—He variado sin duda.

—¿Quereis que volvamos á Madrid?

—¿Sin descansar del viaje? ¡Eso no puede ser! ¡Ya estoy molida! Necesito lo menos ocho dias para reponerme de la fatiga.

—Me voy, dijo Carlos: daré una vuelta por ahí.

—¿Sin ver la casa? exclamó su madre con asombro.

—Tiempo me quedará para eso.

—¿Sin quitarte el polvo?

—Voy á coger mas... ¿para qué?

—¿Y á dónde vas?

—A ver lo que hay por la villa: parece grande: si hubiera alguna muchacha bonita con quien pasar el rato.

La señora de Montereal señaló á su hijo su prometida con una mirada; pero Clemencia se hallaba ya al fin de la escalera y se dirigia á la casa.

—¡Qué! Bastante pena pasa ella por lo que yo hago! repuso Carlos: ¡como yo por lo que ella hace!

—¿No la amas? preguntó la madre con cierto terror.

—Sí, mamá: la amo como he amado á tantas otras: me engaño; recuerdo una á la que he querido mas que á Clemencia.

—Ya me figuro cuál es, dijo la anciana riendo.

—Atenais, aquella muchacha que bailaba en la Ópera: ¿verdad, mamá, que era encantadora?

—Yo, repuso la señora de Montereal, no le encontraba nada de particular: era pequeña, morena...

—¡Pero con unos ojos!... ¡Qué ojos aquellos, mamá! ¿No los recuerdas?

—Sí: era la única cosa bella que tenia.

—¡Y su talento! ¡Y su gracia! ¡Y aquella dulzura que habia en su rostro! ¡Pobre Atenais! ¡Si no hubiera muerto!...

—Bien está en el otro mundo, dijo gravemente la viuda: aquí solo nos hubiera dado disgustos: tan encaprichado te veia con ella, que llegué á temer que no te quisieras casar ya con Clemencia.

—Si hubiera vivido Atenais, me hubiera negado á semejante boda.

—¡Cómo! ¿Hubieras pensado en casarte con una bailarina?

—¡Eso no! Pero hubiera estado siempre soltero... ¿y quién sabe? ¡Hoy es elegante casarse con una gran actriz!...

—¡Gran actriz, una bailarina!

—¿Quién lo duda? ¡Hay bailarinas que tiene mucho talento!...

—Sí, en los piés.

—Atenais lo tenia; pero en fin, mamá, no hablemos mas de eso, que me pone triste: adios, voy, como he dicho, á reconocer el terreno.

Carlos atravesó el parque y tomó el camino á la derecha, llegando bien pronto á la entrada de la calle mayor, donde se hallaba situada la casa de doña Severa.

Irene estaba asomada al balcon. Carlos vió una cabeza rubia desde lejos, y se dijo que aquella cabeza debia ser de una mujer jóven.

Se adelantó mirando, é Irene volvió el rostro, pues hasta entonces habia estado dando la espalda á la direccion que traia el jóven americano.

—No es fea, se dijo este: para una villa de esta importancia. es un hallazgo!

Carlos se paso los lentes y miró con tal atrevimiento á Irene, que esta se retiró colorada y confusa.

—Es roja, añadió para sí el jóven: la sosez de Clemencia me ha hecho perder la aficion á las rubias; pero de rubia á roja hay diferencia: además, esta flor silvestre debe ser un modelo de inocencia y de pudor, cosas que no sé cómo ha perdido ya Clemencia. ¡Dios mio! ¡Es tan extraño! ¡Por qué las jóvenes de nuestra sociedad, por cortos que sean sus años, han de perder tan pronto la apariencia del candor! Clemencia ha vivido al lado de mi madre... no ha tenido amor, ni emociones.... y sin embargo, es ya una mujer gastada, saciada de todo, desdeñosa, fria, insoportable para mujer propia!

Carlos se detuvo y miró en torno suyo, como si se asombrase del curso de sus pensamientos: el aire puro del campo, la vista del transparente cielo, el aroma de las flores, esas emanaciones de la campiña en una bella tarde de primavera, el zumbido de los insectos, esos mil ruidos de la naturaleza, ese himno general que la creacion eleva hácia Dios, parecian hacer vibrar alguna cuerda, muda hasta entonces en su alma, y enviar á ella algunos rayos de luz.

—¡Es particular! pensó el jóven: jamás habia yo reflexionado como hoy! ¿Qué pasa en mí? ¿Qué me sucede? ¿Por qué siento calor y vida en el corazon? Casi tengo deseos de llorar, de gritar... Hay en mí algo que no habia sentido.

El padre Matías pasó en aquel instante por el lado de Carlos, seguido de su perro Palomo, que andaba con trabajo á causa de su extrema gordura.

El sacerdote llevó la mano á su sombrero de tres picos, que aquel dia no iba atado, lo sacó de su cabeza y dijo afablemente al forastero:

—Buenas tardes.

—Chist, espere usted un poco, dijo Carlos al ver que el sacerdote pasaba de largo: ¿es usted de este pueblo?

El padre Matías se detuvo y contestó:

—Para servir á Dios y á usted.

—¿Vive usted en él?

—Toda mi vida: antes de entrar en el convento, en el convento, y despues del convento.

Y el padre Matías dejó escapar un profundo suspiro.

—¿Y qué tal es esto? preguntó el jóven, que contemplaba, casi sin poder contener la risa, la extraña figura del eclesiástico, su sombrero apuntado, su corto pantalon y su larga levita.

—¡Esto es una hermosísima villa! exclamó el padre Matías con vehemencia: hay dos parroquias, y unos huertos tan llenos de frutas, que parece que Dios ha echado su bendicion sobre ellos: con esto, buenos libros y una conciencia tranquila, se puede pasar aquí la vida admirablemente, caballero.

—¡Ah! ¡Ya! ¿usted lee? preguntó Carlos.

—En una tablita que tengo colgada con dos cordeles en mi pobre celda de exclaustrado, guardo tesoros! dijo el padre Matías.

—¿Qué libros lee usted?

—Cuatro grandes poetas son mis favoritos, caballero: y, si usted sabe sentir y pensar, lo serán tambien para usted.

—¿Y cuáles son?

—Jesucristo, Homero, Shakespeare y Goethe: jamás me cansan sus obras.

—¡Y qué! observó Carlos, que conocia al poeta aleman solo por haber visto su ópera Fausto: ¿lee usted las herejías de Goethe?

—Admiro su genio con entusiasmo, caballero: ¿no ha leido usted su inmortal poema?

—No, señor.

—Pues léalo usted y en aleman.

—No poseo ese idioma.

—Entonces no lo lea usted : las traducciones solo le darian una idea muy imperfecta de él.

—¿Y usted sabe el aleman?

—Lo bastante para leerlo y escribirlo un poco.

—Y á Shakespeare, ¿en qué idioma le lee usted?

—En el suyo : el inglés lo poseo mejor que el aleman : el francés me es tan familiar como el español.

—Pero, ¿cómo, sabiendo tanto, vive usted aquí? En una poblacion de mas importancia podria usted ganar mucho dinero; porque, sin que sea mi ánimo ofender á usted, creo que su posicion no será muy desahogada.

—Sí que lo es, señor, respondió el padre Matías con una dulce sonrisa : tengo seis reales diarios y las misas que á veces me encomiendan algunas señoras para los dias de su devocion, ó por las almas de personas que amaban y que ya están al lado de Dios.

—¡Seis reales diarios! repitió Carlos estupefacto,

—Es mucho, ¿no es verdad, caballero? repuso el exclaustrado : yo gasto poco : doy una peseta en casa del carpintero, que es muy honrado y su mujer una bendita: me cuidan bien, lo mismo que á mi Palomo : vea usted qué gordo está! Pues mire usted, á pesar de que han aumentado la comida desde que tengo á este animal, no han querido que les dé cinco reales, como era justo y yo les ofrecí : así es que me sobran dos para zapatos y la lavandera : lo que gano con las misas y con algun sermon, que me encargan, es para los pobres.

Carlos guardó silencio.

Contemplaba atónito á aquel hombre tan lleno de ciencia y de

talento, y al mismo tiempo mas cándido que un niño, mas humilde y modesto que un santo, y mas feliz que él, á quien el hastío le roia el corazon, gastando veinte mil duros al año en vicios y locuras.

—Ya verá usted, prosiguió el religioso, ¡qué bien se pasa aquí la vida! ¡tenemos un cielo tan hermoso y una campiña tan bella! ¡Habla tanto al alma esta naturaleza! Por las mañanitas debe usted salir al campo con un libro, y se le harán las horas minutos : ¿qué autor prefiere usted?

El rubor de la vergüenza se pintó en el rostro de Carlos: no leia, ni habia leido jamás, pues las horas de su vida eran pocas para atender á las carreras de caballos, para visitar á sus queridas y para ir á los teatros y al casino.

—Leo poesías, dijo.

—Gustará usted de Zorrilla, ¿no es cierto? ¡Oh! Es el rey de los poetas españoles, como Víctor Hugo lo es de los franceses.

—¿Conoce usted á Zorrilla?

—¡Lo sé de memoria! ¡Qué leyendas! ¡Qué *Capitan Montoya*! ¡Qué *Tornera*! ¡Qué *Testigo de bronce*! ¡Cuánta melodía y belleza encierran! ¿Se acuerda usted de una leyenda que se titula: *La princesa doña Luz*? Y de aquellos versos :

—Palomas de los valles
Que al pié de su ventana
Con amoroso arrullo
A reposar venís,
Doléos de la hermosa
Que morirá mañana
Si al valeroso amante
Su mal no le decís?—

—¡Pues qué! ¿Gusta usted de las poesías amorosas? preguntó Carlos, á quien aquellos dulces versos habian encantado el oido.

—En Zorrilla me gustan todos los géneros.

—Pero siendo usted sacerdote...

—Pero, mi querido señor, ¿está acaso reñida la religion con todo lo bello? La religion solo prohibe lo malo y lo culpable! Yo hago tambien versos.

—¿Usted?

—Y no malos: si usted quiere venir un dia á mi casa le leeré una de mis poesías: las horas en que hago versos son mis horas de placer: siento que mi corazon se inflama de entusiasmo, que mi frente arde, que hay mas vida en mis venas!

—¿Cómo es que se dedicó al estado eclesiástico? preguntó Carlos, que se sentia verdaderamente interesado por aquel hombre singular.

—Por complacer á mis padres, en primer lugar, y en segundo porque no sentia antipatía al estado: despues he comprendido los santos goces que encierra: ser el padre de la viuda y del huérfano, consolar á los afligidos, apaciguar las contiendas, ser el amigo de los pobres... ¡Oh! ¡Qué mas hermosa mision puede alcanzar el hombre!

—¿No ha amado usted nunca á ninguna mujer?

—No, señor: miro como á mi familia á los necesitados, amo á los niños, y ayudo en lo que puedo á los ancianos: los libros ocupan tambien mucho mi atencion, y toda mi vida me ha sucedido lo mismo: ellos son mis amores: cuando me encargan un sermon, soy dichoso, no por lo que me dan, sino porque trabajo en hacer resplandecer la bondad, la infinita misericordia de Dios, é ilumino las almas con los débiles rayos de mi inteligencia: no dejaria mi pueblo, ni mis pobres, ni estas campiñas por todo el oro del mundo.

—¿Pero no tiene usted influjo ó relaciones bastantes para alcanzar un curato en propiedad que le diera mas sueldo?

—¿Y para qué mas? ¿No le digo á usted que aun me sobra del que tengo? Además, si me dieran el curato, tendria quizás que ir á otro pueblo, y eso seria para mí muy penoso: en el tranquilo cementerio de esta villa duermen mis padres y mis hermanos: cada dia voy á rezar sobre sus tumbas y á llevarles flores: no quiero alejarme de ellos, sino que me acuesten á su lado para dormir en paz!

Carlos sintió que se asomaba una lágrima á sus ojos, y guardó silencio mirando al religioso con tierna veneracion.

Este observó que el sol doraba apenas las copas de los árboles mas altos, y dijo:

—Muy tarde se hace: adios, caballero: ¿viene usted á Egea por mucho tiempo?

—No, señor: por muy poco, respondió Carlos: soy el hijo de la señora que ha edificado esa casa nueva: mi madre se quedará aquí con la jóven que la acompaña, y yo me volveré á Madrid; pero antes quisiera que viniera usted á verme.

—Lo haré con mucho gusto, señor: ¿cuál es su nombre de usted?

—Carlos de Montereal: téngame usted, desde hoy, por un amigo.

—Muchas gracias, señor don Carlos: yo valgo muy poco; pero puede usted disponer de mí: cualquiera de estos dias iré á ver á usted y á ofrecerme á su señora madre: siento no poder hacerlo tan pronto como quisiera, porque pasado mañana tengo que predicar.

—¿Dónde predica usted?

—En Santa María: una señora devota hace una fiesta á la Vírgen, y me ha encargado el sermon.

—Iré á oir á usted.

—Me alegraré mucho, y espero que me diga los defectos que note: adios, señor don Carlos: me llamo Matías Rniz para servir á usted: hasta otro rato: vamos, Palomo.

El buen señor echó de nuevo mano á su sombrero y se alejó seguido de su perro y de la mirada llena de asombro de Carlos.

Este continuó su excursion meditabundo y reflexivo.

Nuevos horizontes se abrian ante su vista: la palabra de aquel hombre sencillo y cándido, del hombre de Dios, habia despertado en su alma alguna cosa que dormia.

—¡Qué sabiduría! pensaba: ¡qué gran talento unido á una modestia mayor, á una humildad cristiana que sorprende, á una dulzura y alegría de carácter que encantan! Este hombre tiene, á no dudar, algo de santo y de ángel, algo tan sublime que deslumbra mi vista, que confunde mi entendimiento y que me hace ver mi humillante pequeñez! ¿Qué tiene de comun este pobre exclaustrado con los sabios y los hombres eminentes que yo he visto en el gran mundo? ¡Qué pequeños me parecen ahora, con su hinchada apariencia, con su ridícula prosopopeya!

Llegó al fin de la calle y desistió de seguir adelante: volvió por ella, y pasó de nuevo por debajo de los balcones de la casa de doña Severa.

Apoyada en el antepecho estaba entonces Avelina, y miraba melancólicamente el sol que se escondia: detrás de ella, se veia la rubia cabeza de su prima, que miraba hácia el interior.

Montereal descubrió desde lejos la cabecita fina é inteligente y el dulce y simpático rostro de Avelina: una palidez extraña cubrió su semblante, y sus labios murmuraron estas palabras:

—¡Se parece á Atenais!

Avelina reparó en la atencion con que la miraban, y se puso encarnada, embelleciéndose mucho mas.

Luego fijó sin afectacion su vista en otra parte, y por último se retiró del balcon.

Carlos siguió á lo largo de la calle hasta su casa, sin pensar mas en el paseo, y con el pensamiento ocupado por el recuerdo del padre Matías y por la imágen de Avelina.

V.

Dos meses antes del dia en que llegaron á Egea los propietarios del palacio, uno de los albañiles cayó de un andamio y falleció á las cuarenta y ocho horas de resultas de la caida.

Su pobre mujer quedó con tres niños, de los cuales el mayor solo tenia siete años y tuvo que resignarse á vivir de la caridad del vecindario.

Doña Severa le daba cada dia el almuerzo, y además vistió y calzó á las tres criaturas, que se hallaban completamente desnudas; pero como si la suerte hubiera querido agobiar con todos sus rigores á la infeliz viuda, el mayor de sus hijos fué atacado de una grave enfermedad, á la que el médico dió el terrible nombre de calenturas malignas.

El año anterior habia habido en un pueblo cercano una fiebre que habia hecho muchas víctimas; y al oir el nombre de la enfermedad del hijo de la viuda, todos se pusieron á temblar y huian de él como de una cosa apestada.

La pobre mujer, que vivia solo de la caridad, se encontró, pues, sin auxilio alguno, aislada y abandonada de todos en su angustiosa situacion.

Ya se le habian acabado todos los recursos: habitaba á la sa-

lida del pueblo en una casita arruinada, de la que únicamente quedaba en pié un cuarto en el patio; pero en tal estado, que el agua penetraba por las paredes y las yerbas nacian en los rincones.

Era una noche, y hacia cuatro dias que habia llegado la familia de Montereal.

A la calma de la naturaleza, habia sucedido por la tarde una tempestad de esas tan frecuentes en el mes de abril, que habia quedado en una copiosa lluvia de temporal.

El niño enfermo se hallaba acostado en la única cama que habia en la mísera estancia, y que se componia de un jergon y de una manta rota y agujereada en mil partes: las paredes húmedas y salitrosas dejaban aquel dia pasar mas humedad que de costumbre, ó mas bien, estaban completamente mojadas.

No habia en la estancia mas muebles que una mesilla vieja, una silla rota, algunos cacharros groseros colocados en una tabla y el jergon donde descansaba el enfermo.

Los otros dos niños se hallaban acostados juntos en un pedazo de estera, vestidos con sus miserables harapos por no tener su madre nada con que cubrirlos y temblando de frio.

Un candil colgado de un clavo alumbraba aquella triste escena.

El fogon de barro,—porque la estancia carecia de hogar,—estaba apagado y cubierto de frias cenizas.

La viuda, sentada al lado del miserable lecho en un banquillo de madera, tenia el semblante oculto entre ambas manos y lloraba desoladamente: era una mujer alta y con señales de haber sido bella, pero espantosamente flaca y demacrada.

Sus sollozos eran violentos y desesperados.

De cuando en cuando alzaba el semblante, dirigia una mirada

de extravío á su doliente hijo y dejaba escapar un suspiro de convulsivo dolor.

—¡Oh, hijos mios! exclamó levantándose del banquillo y dejándose caer violentamente de rodillas en medio del cuarto: ¿qué habeis hecho para que os dejen morir sin amparo y sin socorro? ¿Dónde está la caridad? ¡Por qué, al dejar vuestro padre este mundo, no alcanzó de Dios que nos llevase con él á todos! ¡Dios! repitió la desdichada: ¡Dios está sordo á mis ruegos! ¡Cuánto le he rezado! ¡Cuánto he llorado de rodillas! ¡Y nada... nada! Vosotros morís aquí, á mi vista, como canes abandonados; ¡unos de hambre! ¡otro consumido por la enfermedad! ¿Dónde está esa misericordia divina de que tanto nos hablan en la iglesia y en los sermones; que tanto alaba el padre Matías?

La desgraciada mujer, sin dejar su postura, volvió á esconder el semblante entre las manos.

Apenas hacia dos minutos que se hallaba en tan desesperada actitud, cuando llamaron á la puerta.

—¿Quién va? preguntó la viuda asombrada de que hubiese quien se atreviera á ir á su mísera y apartada vivienda á aquella hora, pues eran las diez de la noche y llovia además á torrentes.

—Abra usted, dijo una voz de mujer.

La viuda abrió.

Una bocanada de aire frio y una ráfaga de lluvia penetraron por la puerta y apagaron la luz.

La viuda se puso á temblar.

—Nada tema usted, dijo la que entraba: soy doña Severa: yo cerraré la puerta: encienda usted la luz.

La viuda obedeció: encendió de nuevo el candil, y se volvió á mirar á la que llegaba.

Traia la señora en la mano una cesta con tapas: sus vestidos estaban empapados: llevaba en los hombros un pañolon negro y un pañuelo de seda en la cabeza, pero de todo destilaba el agua en abundancia.

—¡Señora! ¡Salir en una noche como esta! exclamó la viuda: ¿sabe usted que le puede costar cara su imprudencia?

—La tia Homobona está menos fuerte que yo, Petronila, y el estado de usted y el de estas criaturas no consentian espera, observó doña Severa: vamos, no pensemos en mí: aquí tiene usted caldo para el enfermito, chocolate, azúcar, carne y arroz para usted y los pequeños, y dinero para pan: si he dejado de venir dos dias, ha sido porque la jaqueca me ha tenido en cama, y esta vez me dió con vómitos y tos nerviosa; pero hoy me levanté, y así que todos se acostaron, vine: en el suelo de la cesta encontrará usted un poco de carbon: caliente usted caldo y déle una tacita al niño.

—¡Y yo dudaba de Dios! exclamó la pobre mujer. ¡Ah, seseñora, usted que es tan buena, ruéguele que me perdone!

—Jamás se debe dudar de su divina é inagotable bondad, repuso doña Severa: Dios no nos desampara nunca: ¿no ha venido el padre Matías?

—No, señora: hace tres dias que no le veo.

—Está velando y cuidando en la aldea vecina á un pobre anciano, y además ayer predicó... pero ¿qué veo? ¿No enciende usted la lumbre, Petronila?

La infeliz mujer probó á levantarse; pero se hallaba tan débil, que no le fué posible hacerlo.

Doña Severa se aproximó al fogon, puso en lé el combustible que sacó de la cesta, encendió una pajuela y la aplicó soplando con la boca, por no encontrar otra cosa.

En seguida acercó el caldo y le calentó, dando una taza á la madre y otra al niño enfermo.

—Señora, exclamó Petronila, no se aproxime usted al niño: dicen que la fiebre que padece es de las malignas: ¡ni el médico quiere acercarse á la cama! Yo le daré el caldo poquito á poco, porque soy su madre y nada me importa el peligro tratándose de aliviarle.

—No pensemos en eso, dijo doña Severa pasando su brazo por detrás de la cabeza del enfermo: yo le daré el caldo: vamos, Petronila, si está usted ya mas recobrada, ponga usted á guisar esa carne con arroz, porque usted necesita algo mas que caldo, y el sueño de esos pequeños no me parece muy tranquilo.

—¡Ah, señora! exclamó la viuda: ¡si las gentes del pueblo supieran lo buena y caritativa que es usted! Pero usted oculta la caridad, del mismo modo que si fuera algun delito!

—La caridad, para ser agradable á Dios, ha de ser secreta, Petronila: y lo primero que hago encargar á todos los que de mí reciben algun socorro es que nada digan.

—Pero es que nadie sabe lo buena que es usted, al paso que hay otros que apenas dan y lo cacarean tanto!...

—Cada uno obra segun su conciencia le aconseja.

—¡En el cielo se lo hallará usted, señora!

—Así lo espero, aunque lo que hago merece muy poco.

En aquel momento llamaron de nuevo á la puerta.

—¿Quién es? preguntó la viuda.

—El padre Matías: abra usted, Petronila.

—¡Ah! Ya decia yo que tampoco podria olvidarme mi bienhechor!

El religioso llegaba tan calado como doña Severa: por cada pico de su sombrero caia un chorro de agua: entró en la misma ha-

bitacion y se dejó caer en la silla abrumado de fatiga.

Su semblante se hallaba cubierto de una palidez mortal.

Doña Severa sacó de la cesta, que ella misma habia traido, una botellita de vino, echó como dos dedos en un vaso que vió sobre la mesilla de la viuda y se lo dió á beber al padre Matías.

—¡Ya ha muerto! murmuró este: esa fiebre es un azote del cielo!

—¡Qué! El tio Geromo ha muerto de la fiebre, padre Matías? preguntó doña Severa.

—Sí, señora, respondió el sacerdote.

El padre Matías bebió el vino que le ofrecian, y devolvió el vaso á doña Severa; pero advirtió que, al tomarlo, temblaba la mano de la caritativa señora.

—¿Qué es eso? preguntó mirándola con terror: ¿se siente usted mala?

Doña Severa se dejó caer en el banquillo descolorida y trémula.

Entretanto el enfermo, reanimado con el caldo que habia bebido, se habia sentado en su lecho, y sus dos hermanitos se habian despertado con el grato aroma que despedia la carne que se cocia en el fogon: ambos se levantaron, y, asiéndose á la falda de su madre, exclamaron:

—¡Tenemos hambre! ¡Mucha hambre!

—Ahora comereis, corderos mios, gracias á esta buena señora: id y besadle la mano de rodillas.

Los dos niños obedecieron, y estrechando la mano que doña Severa dejaba caer inerte y fria á lo largo de su cuerpo, la besaron uno despues de otro.

—Petronila, dijo el padre Matías: tome usted tres duros que me ha valido el sermon que prediqué ayer: dé usted de comer á

estos niños... mañana iré á pedir por las casas, á ver si reuno limosna para que pueda usted comprar un colchon para el pobre enfermito.

—¡Ah, padre Matías! ¡usted pedir limosna para mí! exclamó llorando Petronila.

—Cuando yo no tengo, debo pedir á los que tienen: yo espero que me darán, porque hay en el pueblo gente que puede, y además iré al palacio y me prometo sacar de allí un buen socorro, porque el señor jóven es muy amable y muy simpático: en fin, Petronila, buen ánimo, que Dios no falta á nadie; pero doña Severa está inmóvil y fria... ¡Dios mio! ¡Qué descolorida se ha puesto!

—Señora... señora... ¿qué siente usted? preguntó la viuda aproximándose: ¿está usted mala?

—Sí, respondió doña Severa: mi cabeza arde... mis miembros tambien... ¡todo da vueltas en torno mio!

—Esto es la fiebre, ¡Dios mio! exclamó el padre Matías: el haberse mojado tanto al venir... esta atmósfera inficionada... ¡Ah, pobre señora! Vamos, vamos, salgamos de aquí: salgamos, señora, al aire libre; la llevaré á usted á su casa y se llamará al instante al médico: aquí no hay socorro de ningun género para usted... vamos, no nos detengamos!

Deña Severa levantó con trabajo su cabeza, que pesaba como si fuera de hierro, que abrasaba como una fragua ardiendo.

Hizo despues un esfuerzo supremo y se asió al brazo del religioso, que la sacó casi arrastrando de la mísera vivienda.

Petronila, afligida, cubrió de nuevo las espaldas de su bienhechora con el pañolon que se habia quitado, y su cabeza con el pañuelo de seda que habia tenido cuidado de secar al fuego.

Doña Severa apenas podia andar ni tenerse en pié.

Cuando salió con el padre Matías á la campiña, ya la lluvia habia cesado.

La luna habia aparecido en el cielo, y el campo exhalaba ese penetrante perfume de la tierra que abre su seno para recibir la fecundante lluvia.

Algunas personas se hallaban en los balcones y hablaban con sus vecinos de un lado á otro de la calle por donde debia pasar el padre Matías sosteniendo á la pobre señora víctima de su caridad.

En aquella calle estaba situada la botica, y, á la puerta, se hallaban las hijas de la boticaria; en un piso bajo de la casa de enfrente estaban la escribana y las suyas.

Hablaban de la tormenta y de las luces que cada una tenia la costumbre de encender al santo de su devocion.

—A mamá, dijo la hija mayor de la escribana, todas le parecen pocas, y pone nada menos que un altar.

—Nosotras, observaron las boticarias, encendemos dos cirios que han alumbrado al Santísimo Sacramento, y rezamos una parte de rosario.

—¡Calla! dijo la escribana: ¿quién viene por allí? ¡Me parece que veo el sombrero del padre Matías!

—¡Ciertamente! ¡El es! ¡y trae á una mujer en los brazos!

—¡El padre Matías!

—¿No le ven ustedes? Ya está muy cerca y camina por la luna: ¡miren ustedes á Palomo!

—¡Cierto, cierto! ¡El es! ¡trae á una mujer en los brazos!

—¡Qué escándalo!

—¡Qué vergüenza!

—¡Un ministro del altar!

—¿Y quién será ella?

—¿Doña Severa?

—¡Claro está! Y luego se hace la grave y la prudente, y tiene á sus pobres sobrinas sin respirar.

Las maldicientes callaron.

Llegaban entonces el religioso y su compañera, que andaba lentamente, aunque esforzándose todo lo posible.

El rumor de las voces hirió los oidos de la enferma, que se puso á temblar.

—¿Qué es eso, señora? le preguntó el padre Matías : ¿se siente usted peor?

—¡Ay, Dios mio! ¡Qué van á decir esas gentes! exclamó doña Severa.

—¿De qué? preguntó cándidamente el padre Matías.

—¡De vernos á estas horas!

—Digan lo que quieran, señora : lo que yo desearia es que estuviera usted buena y sana.

—¡Hablaban ya tanto de nosotros! Por el pueblo corria la voz de que teníamos conferencias misteriosas, y como esto es verdad...

—¿Y qué objeto tenian esas conferencias? Hablar, señora, de sus limosnas secretas ; pero si hablan, ¿qué les hemos de hacer? Nadie se libra de una mala lengua.

Al decir esto, pasaron doña Severa y el padre Matías por entre los vecinos que se habian ido reuniendo en las dos casas.

Cuando aquellos se hallaban á alguna distancia, estallaron de nuevo las risas y las hablillas.

—¿Ve usted lo que dije? balbuceó doña Severa : ¡Dios mio! ¡A nuestra edad! ¿Cómo no se les ocurre que puedo ir enferma?

—¡Mañana diré yo la verdad! exclamó el padre Matías.

—¡No, no! repuso la anciana: nada de eso: no quiero que sepan que he dado aquello poco á Petronila: hice voto de ejercer la caridad en secreto, una vez que estuvo mi pobre padre á la muerte... no me haga usted faltar á él... y... Dios me juzgará!

—Chicas, dijo la hija mayor de la boticaria á sus amigas las de la escribana: ¿vamos á hacer una cosa?

—¿Qué?

—Vamos á seguir á la pareja, para ver si es doña Severa la que va con el padre Matías.

—Vamos allá.

Cinco sombras se deslizaron pasito á paso tras de la anciana señora y el buen sacerdote, que se dirigieron, en efecto, á casa de la primera.

Llamó el padre Matías, abrió la tia Homobona y los tres desaparecieron tras de la puerta.

Las cinco malignas jóvenes echaron á correr y dijeron á sus familias que no se habian engañado en sus sospechas.

VI.

Y aquella misma hora, la señora de Montereal, su pupila y su hijo se hallaban reunidos en el salon de su casa, aburriéndose de una manera extraordinaria.

Sobre la chimenea ardian dos candelabros cargados de bujías; y además, en cada una de las mesas laterales habia encendidas dos lámparas magníficas, y otra, que no lo era menos, en el techo.

Doña Gertrudis y Clemencia estaban vestidas con tanto esmero y buen gusto como si fuese noche de una numerosa recepcion : llevaba la jóven un traje de seda de color claro, y algunos brillantes reian entre los abundantes bucles de su sedosa cabellera rubia.

La anciana llevaba un rico vestido de seda negro con encajes y hebillas de azabache.

Cada una de las dos damas se hallaba sentada en un sillon...

Clemencia se empezaba á dormir en el suyo.

Carlos hojeaba un libro; pero se cansó muy pronto, y se puso á pasear por la sala tarareando una cancion.

—Calla, dijo su madre : Clemencia se duerme.

—¡No deja de ser eso muy político! exclamó el jóven.

—¿Y qué ha de hacer la pobre niña? Se aburre....

—A mí me pasa otro tanto, repuso Carlos ; y sin embargo, no me duermo delante de ella : mamá, Clemencia está muy mal educada.

—¡Calla, hijo mio, que te puede oir!

—¡No me importa! ¡Está muy mal educada, lo repito!

—¡Pero es tan rica!

—¿Y yo para qué quiero su riqueza? ¿Acaso soy pobre?

La opulenta viuda miró sorprendida á su hijo : jamás le habia oido expresar semejantes ideas, y creia que apreciaba la opulencia como el supremo bien.

—¿Te seria indiferente que fuese pobre? le preguntó.

—No por cierto , pero la quisiera de otro modo : esta niña piensa que, con ser rica, está dispensada de todo : no tiene buenas maneras, ni conversacion agradable, ni habilidad para nada : ahora, que la boda esta próxima, me asusto de pensar en ella!

La madre miró al hijo verdaderamente asustada de lo que oia.

—¿Sabes, le dijo, que te encuentro muy variado en tu modo de pensar? Yo no sé lo que te mete en la cabeza ese cura que has conocido aquí; pero lo cierto es, que te la ha trastornado por completo.

—Madre mia, repuso Carlos con gravedad: no negaré que ese hombre—el mas grande, á mis ojos, que hasta ahora he conocido—ha abierto á mi pensamiento caminos extraños y llenos de luz: el último sermon que le he oido, me ha dejado asombrado.

—¡Cómo! ¿Has ido á la iglesia?

—Sí, señora: el suyo ha sido el primer sermon entero que he oido en mi vida; pues, aunque algunas veces he entrado en la iglesia por curiosidad, esta no ha podido resistir al hastío que me causaban las frases rutinarias y vulgares que oia.

—¿Y ese hombre predica bien?

—Como si el Espíritu Santo hablase por su boca: el tema de su sermon ha sido la santidad del matrimonio, y desde que le he oido, me asusto al pensar que le voy á contraer con esa jóven.

Y Carlos señaló con una mirada de desden á la dormida Clemencia.

—Mira, hijo mio, dijo la señora de Montereal: vuélvete á Madrid, véte á Paris, ó á donde te acomode, en tanto que llega la época tan cercana ya de la boda: recobra tu alegría y tus bellas ideas, y déjate de hacer el misántropo y de oir á ese pobre cura, que tiene mas de extravagante que de santo.

—Madre mia, respondió el jóven: yo procuro volver á mi antiguo buen humor, y, para entretener el tiempo, he buscado aquí una intriga en la que—te lo confieso—tengo hasta algo in-

teresado el corazon: he hallado á una jóven, que se parece á Atenais.

—¿Qué dices? ¿Dónde la has visto?

—En un balcon, la tarde que llegamos : he hecho que Sebastian, mi ayuda de cámara, se informe de quién es y cómo se llama, porque no me he atrevido á hablar de esto al padre Matías.

—¡Vaya una cortedad extraña!

—No la puedo remediar, madre mia.

—¿Y qué te han dicho las averiguaciones de la buena alhaja de Sebastian?

—Que es una jóven de una familia decente : que es huérfana y está al cuidado de una solterona ridícula que hay aquí, llamada doña Severa ; y que tiene un hermano, mayor que ella , estudiando en la ciudad con poco provecho hasta ahora.

—¿De modo que esa jóven es pobre?

—Vive á expensas de su tia, y además esta, que posee, segun dicen, una fortuna regular, la hace coser ropa para las hidalgas del pueblo, á fin de que se pueda vestir con el producto de su trabajo : con las mismas condiciones de generosidad tiene tambien á otra sobrina.

—¿Y esa es bonita?

—Para los ojos de esta gente, no pasa hoy de ser una muchacha fresca y bien parecida : los mios, que son mas conocedores, han adivinado en ella una futura beldad.

—Pues mira, hijo mio, dijo la americana con una sencillez que disculpaba el cinismo que envolvian sus palabras : dedícate á sacar , si quieres , el mejor partido que puedas de las dos... pero no te comprometas.

—¿Y cómo, mamá? Estas labriegas son inabordables : á mí se

me va el alma tras de la menos apreciada aquí, que es la que se parece á Atenais y se llama Avelina ; y aunque para estas gentes nada vale su figura dulce y delicada , á mí me enajena : pero, ¿cómo podré hablarle? ¿cómo lograré entrar en casa de esa solterona feroz y beata? He hecho lo único que podia hacer ; pero sin resultado.

—¿Y qué ha sido?

—He pasado por su calle todos los dias, desde aquel en que la ví : le he hecho señas expresivas, la he mirado durante algunos minutos, parado debajo de su balcon...

—¿Y nada has conseguido?

—Nada : me mira, se pone muy colorada y se retira : viendo que nada consigo así, voy á emplear otro medio, y es el de hacer el amor á su prima.

—¿A la que promete ser una beldad?

—Justamente : esa no huye cuando la miro, ni se pone tan confusa como Avelina, á pesar de tener un año menos.

—¿Es decir que, haciendo señas á la menor, cuentas poder acercarte á la otra?

—No hallo otro medio.

—¿Y tienen novio?

—No, señora : es decir, un bestia que hay aquí, á quien llaman el mayorazgo, ha hecho proposiciones á la menor, que es la rubia ; pero ella no le hace caso.

—¿Y á la interesante copia de Atenais nadie le ha dicho?...

—A esa nunca le ha dirigido nadie una palabra de amor : además, ella es tan delicada y los jóvenes de aquí tan palurdos, que no podria menos de reirse del que se atreviese á enamorarse de sus gracias.

—Hijo mio, observó la señora de Montereal con voz dulce : no

conocí á esa Atenais, que acaso solo porque se murió te llegó á interesar : tampoco conozco á esas muchachas de que me hablas; pero todos tus caprichos me complacen hasta el dia, porque no perjudican en nada á mis proyectos respecto á tu enlace con Clemencia : de lo que anhelo que te libres es de una inclinacion formal y grave : en lo que no quiero que pienses es en otra boda : por fortuna, creo que conoces bastante bien el mundo para saber que el amor no es necesario para nada en eso que llaman matrimonio, y que, en mi concepto, no es, ni mas ni menos, que un negocio como otro cualquiera : así, pues, negocio como el de la boda que tenemos proyectada no has de hacerlo en toda tu vida : Clemencia es una niña, á pesar de sus veinte años, con poco corazon , y bastante frialdad en sus afectos : esta jóven , así que sea tu esposa, no te molestará mucho, porque se dedicará á comer, á dormir y á engordar.

Carlos asintió á la opinion de su madre con una sonrisa triste.

Esta prosiguió con su ingenuidad de *madre jóven*, á pesar de sus sesenta años :

—Ya ves ahora, que es tu novia, lo poco que se cuida de tí ; aun menos lo hará cuando se case : quizá entonces se haga coqueta por algun tiempo; pero tú, hijo mio, tienes demasiado mundo y demasiado talento para que eso pueda mortificarte : hoy bendigo ese capricho, ese inocente devaneo que te retiene á mi lado : y ahora que recuerdo : en casa hay bastante ropa blanca que hacer, porque las doncellas se pasan el dia charlando ó en el espejo : haré que llamen á una de esas jóvenes, ó á las dos, si te parece, para que cosan aquí.

—¡Ah! ¿De veras, querida mamá? exclamó Carlos : sin embargo, quizá se nieguen á venir á casa; pues, aunque viven como de limosna, al fin son sobrinas de una de las personas decentes del pueblo.

—¿Y eso qué importa? ellas vendrán muy contentas, y si ponen algun reparo, se vencerá ofreciéndoles aumentar la remuneracion de su trabajo : ¡eh! está dicho : mañana les enviaré un recado : á toda costa quiero comprar tu permanencia á mi lado, tu distraccion, tu tranquilidad y tu alegría.

—Gracias, mamá, dijo Carlos estrechando y besando la mano de la anciana : á la verdad, la afeccion que siento hácia esa jóven, que se parece á Atenais, me preocupa mas que otras que he sentido únicamente por algunos dias. Avelina me recuerda á la que tanto amé : ¡ah! si Atenais hubiera vivido y hubiera querido aceptarme por esposo, jamás me hubiera casado con otra. Yo estaba loco por aquella mujer, mamá! Ella me amaba... á lo menos, así lo creia yo : y sin embargo, nunca pude vencer su constancia para que me recibiese en su casa, para que saliese conmigo, para que cediese á esas exterioridades que dijesen á los demás la ciega pasion que me inspiraba.

—Pero te aceptaba carruajes, brillantes y un sueldo de alfileres de cuatro mil reales mensuales : ¡no gastaste poco con ella y no te hizo perder poca salud! Ya recordarás que, alarmada por las cartas que recibia de Paris, fuí á verte y te hallé tan pálido é inapetente, que llegué á temer por tu vida: aquella mujer, segun tus mismos amigos me dijeron, te tenia en una continua y cruel alarma hallándote siempre celoso, desesperado é infeliz.

Clemencia abrió los ojos en aquel momento, é incorporándose, cortó la poco edificante conversacion de la madre y del hijo.

La jóven tendió una mirada fria en torno suyo, y al ver á su prometido, un vivo color de rosa vistió sus mejillas, avergonzada de haberse dormido en su presencia.

—Perdon, dijo confusa : me dejé dominar del sueño: ¿es muy tarde?

Y sin esperar respuesta, sacó ella misma de su pecho un relojito de oro y miró la hora.

—Son las once, dijo: ¡qué temprano! ¡y qué pesadas son aun las veladas! ¡señora, qné lástima que no haya libros en casa! Leeria algun rato.

—¿Leer tú, hija mia? exclamó la madre de Carlos: ¿y para qué es eso bueno?

—Segun he oido decir, para distraer algunas horas de fastidio.

—Y tambien para cansarse la vista: ¡jamás te habia ocurrido eso!

—Porque en Madrid teníamos la vida mas ocupada; pero aquí es indispensable buscar alguna distraccion: yo quiero probar á leer.

—En efecto, mamá, observó Carlos: ¿no hay en esta casa ninguna habitacion dedicada á biblioteca?

—No, hijo mio: no he pensado en eso.

—Pues es necesario habilitar una: lo contrario es de muy mal tono: yo encargaré libros á Paris, á Londres, á Alemania y á Madrid: una biblioteca cuesta algunos miles de duros; pero es preciso tenerla, sobre todo, en el campo.

—Pues yo creo que el dinero que cueste es un dinero muy mal empleado, observó la anciana: sin embargo, si á los dos os complace, hágase: que habiliten á vuestro gusto la sala verde.

—Iré mañana á la ciudad para encargar los primeros trabajos al mejor ebanista que encuentre: lo restante lo harán en Paris: ¿tiene usted predileccion por algunos libros, querida Clemencia?

—Cuando yo me educaba en Paris, respondió la jóven, se elogiaba allí hasta las nubes á dos escritores: se llamaban Sue y Balzac: encargue usted sus obras para mí.

—Lo haré : ¿y ahora, no querrá usted tocar el piano un poco, en tanto que nos sirven el té?

—Con mucho gusto.

Y la jóven se sentó delante del piano, y se puso á tocar una preciosa aria de Bellini, llena de dulzura y de melodía.

En tanto que la ejecutaba, sus ojos parecian animarse : un suave sonrosado se extendia por sus mejillas y una tierna sonrisa entreabria sus labios.

Carlos la miró, y un pensamiento repentino atravesó su mente.

—¡Aquí hay alma! se dijo : no es una estatua de piedra, como habíamos creido : ¡Clemencia es capaz de sentir y de amar!

Cuando llegó el alegro, que estaba lleno de valentía y de sentimiento, una densa palidez vistió las mejillas de la jóven, y un temblor pareció recorrer todo su cuerpo : tal era la violencia de su conmocion.

La señora de Montereal agitó el cordon de la campanilla y dijo al criado que se presentó :

—El té.

Un instante despues, el aromático líquido humeaba en tazas de plata cincelada, colocadas sobre un velador de mármol y rodeadas de bandejas, tambien de plata, cargadas de dulces y pastas.

—¡Oh! ¡ha tocado usted divinamente! dijo Carlos á Clemencia cuando esta hubo finalizado : ¡qué expresion! ¡qué ternura!

—Gracias, respondió con su habitual y helado acento la jóven, en cuyo rostro y mirada se habia apagado ya hasta el último rastro del entusiasmo.

VII.

Al amanecer del dia siguiente, llegó á casa de doña Severa el médico, que no habia querido levantarse durante la noche.

La solterona era generalmente aborrecida en el pueblo, porque apenas se trataba con las gentes, porque no dejaba penetrar á nadie, excepto al padre Matías, el túpido velo que ocultaba sus hábitos, puros como los de una religiosa, y su santa caridad, y porque, cuando era necesario, decia la verdad si se la preguntaban, y no disimulaba su odio y su desprecio hácia la falsedad y la mentira.

No se aplaudia ni se elogiaba su género de vida retirado, modesto, ajeno á todo lo que fuera chismes y rencillas; ni su caridad para con sus sobrinas; ni su devocion en la iglesia: al contrario, de continuo se buscaban móviles poco dignos para todas sus acciones.

Decian que tenia á sus sobrinas como criadas; que no les daba ni el alimento preciso; que las trataba mal; que era desden lo que la obligaba á huir del trato de las gentes; que sus relaciones con el padre Matías daban qué pensar; y todas esas monstruosidades que, con el velo complaciente de la *crítica*, se oyen y se dicen en los pueblos, en los cuales el delito mayor es aislarse y no dejar penetrar las miradas en lo mas íntimo y reservado de la vida.

Doña Severa era, pues, generalmente detestada, y sus sobrinas generalmente compadecidas; en particular Irene, que pasaba por la muchacha mas bonita de la villa.

—Esa vieja bruja, decian, tiene á la pobre muchacha como en un cautiverio, sin permitirle ni respirar, sin dejarla que vea

al mayorazgo que se casaria con ella, y entretanto que la infeliz se consume trabajando, la tal doña Severa... vamos, ya debe estar ardiendo en los infiernos.

Sin embargo, cualquiera persona razonable y que no hubiera estado cegada por la espesa venda del odio, que penetrase en la alcoba de doña Severa, habria, por lo menos, dudado mucho de que Dios, en sus altos juicios, le reservase el infierno para despues de su muerte.

La mártir de la caridad parecia haberse embellecido desde que la hirió la fiebre, con su pestífero aliento, en la insalubre y miserable morada de la pobre Petronila: quizá tambien la habia inficionado el gérmen del contagio que el padre Matías traia de casa del moribundo, cuya alma acababa de encaminar al cielo, y cuya muerte habia endulzado con sus consoladoras y santas palabras: ello es, que doña Severa estaba mortalmente herida, y que la agonía envolvia ya con sus sombras el semblante de la anciana, antes grave y triste, como espantado de las miserias de la vida; ahora dulce, plácido, alegre, como si ya vislumbrase la eterna gloria.

El médico entró cuando el sol tendia en el cielo su dorada cabellera. Avelina, consumida de angustia, estaba sentada al lado del lecho, y enjugaba con su pañuelo de hilo la frente de su tia, que á cada instante se bañaba de sudor, humedeciendo sus labios secos con una esponjita empapada en agua de naranja: tal era la doliente pesadez de la cabeza de la enferma, que no podia esta levantarla ni aun para beber.

El alma tierna y apasionada de Avelina se asomaba entonces á sus ojos negros, en los que se leia la ansiedad mas profunda: en algunas horas parecia haber enflaquecido de un modo extraordinario: la angustia y el dolor se pintaban en sus facciones cada vez que miraba el rostro cadavérico de su tia.

Irene entraba y salia, asomándose al balcon con bastante frecuencia, desde que el dia extendió por la campiña sus primeras luces: tenia grabada en su memoria una imágen que ocupaba todo su pensamiento: la del jóven caballero que habia venido á habitar con su familia el palacio nuevo.

¡Qué diferencia de él al mayorazgo, á todos los labriegos que la admiraban, y aun á todos los caballeros de Egea!

¡Qué envidiable conquista tenia la esperanza de alcanzar!

¡Porque el jóven la habia contemplado, la habia saludado, se habia sonreido, y le habia dirigido miradas tan expresivas!.....

Irene fué, pues, la que vió llegar al médico y corrió á avisar á su prima, que se levantó con ansiedad para recibirle.

Acercóse el doctor al lecho con aire grave, tomó el pulso de doña Severa, y despues de haberle levantado los párpados y haber contemplado el fondo del ojo, dijo con sangre fria:

—Tiene la fiebre: no hay remedio: el cura, y cuanto mas pronto, mejor.

—¡Ah, señor! exclamó Avelina, que prorumpió en sollozos: ¿conque no hay esperanza?

—Ninguna: lo que hay que tener es mucho temor de que este caso se propague: hasta ahora no habia tenido esta enfermedad mas que el chico mayor de Petronila, la viuda del albañil, y como esta vive fuera del lugar, no ofrecia tanto peligro; pero aquí ya es otra cosa: niñas, yo aconsejo á ustedes que, supuesto que la enfermedad de su tia no tiene remedio, la dejen y se vayan á casa de una amiga: el mal es contagioso y mortal, mucho mas de mayor á menor.

—¡Abandonar á nuestra tia... á nuestra bienhechora! Jamás! exclamó Avelina: ¡jamás, caballero!

—¿No está la tia Homobona para cuidarla?

—Nuestra obligacion es permanecer aquí, repuso la jóven con energía; y, por mi parte, no pienso faltar á ella: mi prima hará lo que le parezca mejor, porque yo no puedo disponer de su voluntad: la mia es quedarme.

—Me lavo las manos, dijo el médico; y como nada tengo que hacer aquí, me retiro.

—¡Qué! ¿Sin recetar nada? exclamó Avelina con terror.

—Lo único que puedo recetarle es el confesor, y ya lo he hecho: estoy seguro de que no sale de hoy.

El médico desapareció.

Avelina se dejo caer llorando sobre la silla de la cabecera.

Apenas habia el médico traspuesto el umbral, abrió los ojos doña Severa y los fijó en sus sobrinas.

Avelina procuró ocultar su llanto para no afligir á su tia, y se apresuró á enjugarlo; pero doña Severa le dijo con voz débil y reposada:

—No te hagas violencia, pobrecita: todo lo he oido y sé que me dan pocas horas de vida: quiero, por lo mismo, apresurarme y hablaros á las dos: di á la tia Homobona que no deje entrar á nadie, Irene, y que ella tampoco entre hasta que se la llame: despues cierra la puerta por dentro y vuelve.

En tanto que la sobrina menor ejecutaba estos encargos, la mayor enjugaba el sudor frio que brotaba de las sienes de la enferma, y humedecia sus labios abrasados con el líquido consolador que habia preparado.

Irene volvió y se sentó á los piés del lecho de su tia.

—Avelina, empezó doña Severa: escribe hoy mismo á tu hermano y dile que se venga para que esté á vuestro lado: que deje ya la carrera, porque sospecho que no la podrá acabar, sino muy tarde y sin lucimiento alguno: si quiere trabajar, puede ha-

cerlo en el despacho del notario, que para esto ya estará bastante instruido, y ganará un sueldo regular como primer pasante: este es el mejor partido que puede tomar, y, por otra parte, su amor propio no se resentirá mucho de renunciar á la toga de la abogacía, cuando tan poco cuidado ha puesto en conquistarla: puede acabar su carrera al lado de don Santiago el notario: él es ya viejo, no tiene hijos, y no será extraño que, si está satisfecho de él, le venda sus notas y le deje su despacho acreditado y productivo. Avelina, por lo que respecta al porvenir de tu hermano, esto es lo que deseo, y te encargo que hagas lo posible para conseguirlo con tus persuasiones y consejos.

Detúvose la enferma fatigada, y por un violento esfuerzo pudo levantar la cabeza y tragar algunos sorbos de la copa que su sobrina le presentaba con la mas tierna solicitud.

Despues de descansar breves instantes, continuó así:

—Me parece haber notado algunas veces que Estéban te profesaba cierta inclinacion, Irene: si no me equivoco, y tú le correspondes, casaos: á pesar de su mala cabeza, sé que tiene un corazon excelente, y aunque, cuando estaba en la ciudad, llevaba una vida menos juiciosa de lo que debia, en Egea no hay tantas ocasiones de hacer locuras, y además el deber de velar por su hermana y por tí le contendrá y le convertirá: así lo espero: á tí, Irene, te dejo todos mis bienes en un testamento que tengo hecho desde hace tiempo, excepto esta casa, el mueblaje de ella y todo lo que contiene que son para tí, Avelina, como tambien todas las cantidades que tengo prestadas á varias personas de este pueblo y de algunos cercanos, que te las devolverán en el próximo mes de junio, y de las cuales puedes disponer.

—Pero, querida tia, observó Irene: ¡eso no es justo! Me deja usted mucho mas á mí que á mi prima... usted posee bastantes

bienes... hay un molino, un olivar, dos viñas, y tres ó cuatro casitas en este pueblo... esto debe partirse...

—Yo sé lo que me hago, interrumpió la moribunda: mañana, el notario abrirá mi testamento en presencia del alcalde, del señor cura párroco y del padre Matías, que son mis albaceas: os conozco á las dos y por eso procedo del modo que lo he hecho. Tú, Irene, eres vanidosa y poco amiga de trabajar: así es que necesitas mas que tu prima, que es modesta, laboriosa y económica: vivireis juntas hasta que te cases con Estéban, con el mayorazgo, ó con otro: pero si, despues de casada, Avelina no quiere estar á vuestro lado, que viva ella sola en esta casita, que ya tiene bastante juicio para eso, y además, tal vez el padre Matías consienta en venir á acompañarla en su soledad.

La enferma calló agobiada de fatiga.

Avelina se inclinó hácia ella y le dijo con voz dulce:

—Querida tia, si ha terminado usted ya de hacernos saber su voluntad, descanse y tranquilícese usted lo posible.

—Aun me falta otra cosa que advertirte, respondió doña Severa.

—Hable usted.

—En esa gaveta que hay á la cabecera de mi cama, hallarás algun dinero... ya sabes que la casa y *todo lo que contiene* es tuyo, y de ello dispondrás desde este instante: yo ya no soy de este mundo, sino de Dios.

—¿Quién sabe, tia mia? Tal vez...

—No hay esperanza, respondió doña Severa, ni yo me hago ilusiones: me muero: dispondrás, pues, que se me haga un entierro muy modesto y que se abra mi sepultura en la madre tierra, de donde todos salimos y á donde todos tenemos que volver.

—Está bien, mi querida tia, balbuceó Avelina llorando de nuevo.

—Vamos, no hay que afligirse, dijo la señora: todos hemos de andar el camino de la muerte. Avelina, no te olvides de asistir en lo que puedas á la pobre viuda del albañil... ya ves: queda con tres criaturas y sin mas amparo que el de la caridad: yo le daba algo; dale tú tambien: y ahora, hijas, que llamen á mi confesor, y así que venga, dejadme sola con él.

El sacerdote tardó muy poco en llegar: era el cura párroco, y recibió la confesion de la enferma; confesion corta y tranquila, pues bajo su áspera cubierta ocultaba doña Severa el alma mas pura y mas inocente.

El padre Matías fué despues á ver á la enferma: sus sobrinas entraron de nuevo en la alcoba.

—¿Has escrito á tu hermano? preguntó doña Severa con voz débil.

—Sí, señora, respondió Avelina: he aprovechado, para hacerlo, el rato que hemos estado afuera.

Pasados algunos instantes, la postracion de doña Severa era profunda: un fuego interior la devoraba: Avelina envió á buscar nieve, acordándose de haber oido que era un remedio bueno, y la aplicó á la frente y á los labios de la enferma, que parecia recibir un inefable consuelo.

En cuanto á Irene, aprovechó la primera ocasion oportuna para huir de la habitacion de su tia, que juzgaba apestada.

Serian como las dos de la tarde, cuando llegó un lacayo del palacio, y dijo que venia á rogar á las señoritas que fuesen á verse con su señora que deseaba hablarles.

—No están para nada, respondió de muy mal humor la tia Homobona: su tia se está muriendo.

—Yo puedo ir, dijo Irene saliendo del cuarto que ocupaba con su prima.

—¡Cómo! exclamó la criada escandalizada: ¿tiene usted valor para salir hoy de casa, estando su tia espirando como quien dice?

—¿Y qué falta hago yo? preguntó Irene con desenfado: si la pudiera aliviar, me quedaria; mas para llorar y gemir basta con mi prima: ya que no puede entrar en la alcoba, porque están en ella los curas, se ha puesto á llorar á la puerta á mas y mejor!

—¡Cria cuervos para que te saquen los ojos! gruñó la tia Homobona: ¿es decir que, para usted, no es nada el que su tia la haya educado y mantenido? ¿que reniega usted de ella á la hora de su muerte?

—Yo no reniego de ella.

Irene arregló sus cabellos al espejo lo mejor que pudo: echó sobre ellos un velo de tul liso y salió con el lacayo.

—¡Ya sospecho por qué se da usted tanta prisa en ir! barbotó la vieja criada ciega de cólera: todo ese afan es porque vive allí el mozalbete ese que, desde que ha llegado, pasea esta calle! ¡Eso es! ¡Ingrata!... ¡Pero ella purgará su pecado!

No habia llegado aun Irene, acompañada del lacayo, al fin de la calle, cuando la puerta del cuarto de la enferma se abrió, y el padre Matías apareció en el umbral.

—Que entren las niñas, tia Homobona, dijo: su tia les quiere dar el último abrazo.

Avelina, que lloraba reclinada en una silla á la puerta de la estancia, entró al instante: el padre Matías dijo á la criada:

—Llame usted á la otra.

—¡La otra... la otra! gruñó la vieja entre el raudal de su llanto.

—¡Vamos, llame usted á Irene! no se vaya la pobre señora sin verla.

—Pues señor, se irá, porque no está en casa su sobrina.

—¡Que no está en casa! ¿Qué dice usted?

—Que se ha ido.

—¿Pero á dónde?

—Al palacio.

—¿Habrá tenido miedo al contagio? ¿Por qué ha ido allí? ¿Qué es esto? exclamó el padre Matías con asombro.

—Han venido á buscar á las dos...

—¡A las dos!

—La señorita Avelina ni oyó el recado ; pero la otra lo oyó y se fué diciendo que, para llorar y gemir, bastaba con su prima.

El padre Matías no concedió largo tiempo á su sorpresa, por violenta que esta pudiera haber sido en otra ocasion: guardó silencio y se volvió al lado de la que moria.

Avelina se hallaba arrodillada junto al lecho : su tia, agonizante ya, apoyaba su mano sobre la inclinada cabeza de la jóven, á la que ahogaban los sollozos, que no podia contener.

—¡Madre mia! ¡Mi bienhechora! exclamó aquella : ¡ah! ¡Me deja usted! ¡Se va al cielo! ¿Qué será de su pobre Avelina? ¿Dónde hallará otro amparo tan generoso, tan grata compañía?

—Yo velaré por tí, desde allá arriba, hija mia, dijo doña Severa : sé buena y serás feliz! pero Irene... ¿dónde está Irene?...

Todos guardaron un triste silencio : nadie osó acusar á la ingrata jóven.

—Se esconde, sin duda, por temor al contagio... murmuró doña Severa : no la culpo por eso... Dios me tome en cuenta la pena que me causa el no verla al morir... no merecia yo que me diera este disgusto, pues he sido para ella una madre : Avelina, no abandones á nuestra vieja criada... no seas

ingrata para nadie, y di á tu prima que la perdono... ¿oyes? ¡Que la perdono! ¡Así Dios la perdone como yo!

Estas fueron las últimas palabras de doña Severa.

Pocos instantes despues, habia dejado de existir.

Dos horas mas tarde, llegó Irene.

—¿Y mi tia? preguntó.

—¿Qué le dije yo á usted? la ha abandonado usted en la hora de su muerte, ingrata y malvada criatura! exclamó la tia Homobona.

—¿Ha muerto? No pensé yo que seria tan pronto, dijo Irene con serenidad. ¡Pobre señora! ¡Que nos espere largos años en el otro mundo!

VIII.

El funeral de doña Severa fué muy modesto, ó mejor dicho, muy pobre, segun ella misma habia dejado mandado.

Abierto el testamento y enterados los albaceas de su voluntad, se colocó el féretro en una mesa, cubierta con un paño negro, en el centro de la iglesia, y se dijo una misa de *Requiem*.

Luego se depositó el féretro en la tierra, y se señaló el sitio en que descansaba con una sencilla cruz de madera negra, que tenia esta inscripcion:

SEVERA CAMPOS: MURIÓ Á LA EDAD DE SESENTA AÑOS, SOLTERA.

¡ROGAD Á DIOS POR EL DESCANSO DE SU ALMA!

Sin embargo, aquella modesta mujer, aquella buena cristiana tuvo un magnífico cortejo: todos los pobres del pueblo y los de

las cercanías acudieron á rezar por ella y á acompañarla á su última morada.

Petronila, la viuda del albañil, fué tambien al cementerio al tiempo que cubrian el ataud con tierra: se arrodilló al lado de la fosa, y exclamó con voz dolorida:

—¡En mi casa, por venir á socorrerme, fué herida de la fiebre! Antes de anoche, cuando llovia á mares, vino á traerme provisiones... estuvo viendo á mi hijo, le dió caldo, y sin duda le atacó la calentura que á él le mataba! ¡Pobre señora! ¡Alma caritativa! ¡Dios le dé el cielo que merece!

Las bendiciones de los demás desvalidos se mezclaban á las de Petronila: así es que todas las invectivas de la boticaria, de la escribana y de las hijas de ambas, y todas las seguridades que daban de haber visto volver á doña Severa apoyada en el brazo del padre Matías tuvieron poco éxito, particularmente entre los pobres aldeanos, que conocian y amaban á las dos personas calumniadas.

La caridad, la santa caridad alumbraba con espléndida luz el recuerdo de doña Severa, y todos los beneficios que ella habia ocultado salian entonces de la oscuridad, como otros tantos testimonios triunfantes de su virtud.

Una jóven, vestida de luto, se mezclaba al acompañamiento del cadáver; una jóven hermosa, delicada y en cuyas facciones se hallaba escrito el mas profundo dolor.

Era Avelina.

Avelina, que habia querido dar á su tia el último adios.

Cuando dos hombres levantaron el modesto ataud de paño negro, cubierto de cintas de lana blancas, para ponerlo en la fosa, la jóven dejó escapar un grito doloroso: se arrodilló y abrazó la lúgubre caja sollozando amargamente.

Cuando arrojaron sobre ella la primera porcion de tierra, la pobre jóven cayó desmayada en los brazos de las personas mas próximas.

—Esa, dijo uno de los *señoritos* del pueblo, debe ser la heredera de la hacienda: por eso hace esos extremos: la otra no está.

—Pues mira, observó otro: no es fea, y se dice que su tia tenia mas de lo que se pensaba: conque *ojo al Cristo, que es de plata.*

—Ó de oro: ¿quién sabe?

—¿Vas á decirle tú algo?

—No, no me gusta: es demasiado enclenque y pequeña: me agradan mas las buenas mozas.

—Como su prima.

—Justamente: si la heredera de la hacienda hubiera sido aquella, no pasaban ocho dias sin que le hablase de boda.

—Pues, á pesar de que esta no vale un pito, puede que le diga yo algo.

Esta conversacion tenia lugar entre un grupo de jóvenes, donde se hallaban los mas elegantes y los mejor educados de la villa: eran tambien los mas ricos, y, segun sucede en las poblaciones muy pequeñas, ninguno de ellos tenia oficio, carrera ó profesion.

Avelina nada oyó de lo que pasaba en torno suyo, pues se hallaba absorta en su dolor.

Petronila la condujo á su casa, de la cual no habia salido Irene, ocupada en coser sus vestidos de luto.

Avelina halló en la gaveta de su tia una cantidad que ascendia á unos veinte mil reales.

Abierto el testamento y pasados ya ocho dias de la muerte de

doña Severa, la jóven llamó una mañana á su prima y le dijo que la escuchase por breves momentos, pues tenia que hablarle de algunas cosas de la casa, de las que aun no habian tratado nada.

—¿Qué tenemos que hablar? preguntó la indolente Irene algo admirada: ya sé que tú llevas ahora el gasto; pero así que empiecen á pagar los arrendadores, lo que no creo que tardará, te satisfaré mis alimentos.

—Querida prima, respondió Avelina, no se trata de eso ahora; sino de que va á llegar mi hermano, y no me parece muy decoroso que viva bajo el mismo techo que tú, si es que, segun decia nuestra tia, que esté en gloria, te tiene aficion: háblame con franqueza: ¿se la tienes tú á él? Estéban y yo puede decirse que seguimos siendo tan pobres como antes; él debe ponerse á trabajar al instante en casa del notario para ganar su pan: este fué uno de los deseos que nuestra buena tia me significó, y él está dispuesto á cumplirlo: yo no tengo mas que esta casa, de la que nada hay alquilado, y los créditos que con ella me dejó mi tia, y que de seguro ascenderán á una suma insignificante, que no espero cobrar; pues los deudores serán personas muy necesitadas, á las que no quiero ni sabria agobiar: somos, pues, como te he dicho, bastante pobres Estéban y yo... tú eres casi rica, ó á lo menos has quedado bien acomodada... ¿amas á Estéban? ¿Piensas en que un dia llegue á ser tu marido? Háblame con franqueza.

—¿Qué prisa corre decidir eso? preguntó Irene muy admirada: lo que es por ahora no puedo responderte: tu hermano me miraba con alguna aficion, á lo menos, así lo creia yo; pero nunca me ha dicho una sola palabra de amor: únicamente me ha dirigido algunas flores y piropos, como los dirige á todas las jóvenes y hasta á las labradoras: dejemos esto, y oye, que tambien tengo yo que hablarte de otra cosa.

—Ya te escucho, dijo Avelina.

—El dia que nuestra tia murió, ya recordarás que vinieron á buscarnos del palacio, de parte de esa señora anciana que le habita con su familia.

—En efecto.

—Pues bien, yo no sé quién le dijo que nosotras hacíamos vestidos para algunas señoras del pueblo; y cuando yo fuí, supe que lo que deseaba era que fuésemos á coser á su casa las dos durante algunos dias.

—Tú, prima mia, ya no necesitas trabajar, observó Avelina; yo no me encuentro en tu caso, y por lo tanto aceptaré la labor que esa dama me ofrece.

—Es que yo pienso aceptarla tambien, dijo Irene.

—¡Cómo! ¡Coserás tú, ahora que no lo necesitas, cuando antes lo hacias con tanto disgusto!

—Sí tal, y así se lo he dicho á esa señora: debe ser cosa muy agradable vivir una temporada al lado de gentes de tanto tono.

—¿Pero vas á ir al palacio á coser?

—¡Vaya! ¡Y con mucho gusto!

Al decir estas palabras, el rubor envolvió con una ardiente nube el blanco rostro de Irene: su prima advirtió aquella confusion, y le dijo con dulce gravedad:

—¡Cuidado, prima mia! Mira que vive allí ese jóven que te mira tanto!

—¡Ya lo sé! repuso Irene con algun despecho: como que es el hijo de esa anciana señora: pero la que se quiere guardar, triunfa de todos los peligros: además, ¿no vas á venir tú tambien?

—¡Yo! exclamó Avelina: no por cierto.

—¿No dices que piensas trabajar?

—Sí, porque lo necesito; pero aquí, en mi casa.

—¡Qué boca te llenas de *tu casa*!

—¿Hay otra palabra mas dulce? dijo Avelina. ¡Ah! Bendita sea mi tia que me ha dejado este modesto asilo! Pero, añadió tomando con ternura la mano de su prima: al decir mi casa, digo tambien la tuya!

—Gracias, repuso Irene: pero dime, ¿insistes en no ir á coser al palacio?

—Insisto, prima mia: iré solo para encargarme de la costura que me quieran dar y para devolverla.

—¡De ese modo, tengo que ir yo sola!

—¿Pero á qué? tú no necesitas trabajar, como yo; ya te lo he dicho: la voluntad de nuestra tia te ha dejado en muy buena posicion: hasta que te paguen el arrendamiento de tu hacienda, en mi mesa tienes un cubierto y tu aposento en esta casa: no vayas al palacio, Irene, te lo suplico! Si estuvieran las señoras solas, no importaba tanto... pero ya ves, estando ese jóven, es dar ocasion para que murmuren... en los pueblos, como sabes, todo se critica!

Irene no alzó los ojos del suelo, donde los tenia fijos, ni respondió una sola palabra á su prima; pero esta, que conocia bien su fisonomía, se dijo que la resolucion de Irene era irrevocable.

—Quiero, dijo aquella por fin, ver de cerca lo que son esas gentes del gran mundo, á las que solo conozco por las novelas que me prestaba Juana, la hija del boticario: ¡qué felices deben ser! tengo gran curiosidad de ver el equipaje de esa señorita, sus vestidos, sus adornos, sus joyas. ¡Ah! ¡Ese mundo en que ellos viven debe ser mucho mas hermoso que el nuestro! ¡Vivir como ellos es vivir en la gloria! Di, Avelina, ¿no es verdad que si esa gente va al cielo tendrá dos cielos?

—¿Quién sabe? repuso la jóven sonriendo: de seguro que tambien tienen sus penas: nadie está exento de ellas en la tierra, porque si hubiera personas completamente dichosas, no se llamaria esto *valle de lágrimas*.

—¿Pero qué penas puede tener la familia que habita el castillo?

—Dios lo sabe y ella tambien: nosotros no podemos saberlo: pero, ¿acaso envidias su suerte?

—¡Oh! ¡Y tanto como la envidio! exclamó suspirando Irene: ¡tener coches, galas, brillantes! ¡Dar espléndidas comidas! ¡Hallarse rodeados de homenajes! ¡Ah! ¡Qué dicha la de esa jóven que vive en el castillo! Yo daria la mitad de mi vida por pasar la otra mitad en su lugar!

—¡Pobre Irene! dijo sonriendo Avelina: por mucho que lo desees, no está en tu mano igualarte con esa rica é ilustre señorita: acuérdate de que somos hijas de pobres labradores: en cuanto á mí, estoy contenta con mi suerte: ya, mi solo amor sobre la tierra es mi hermano: mi única afeccion eres tú!

—¿Pero no piensas en casarte algun dia?

—Por ahora, no: á nadie amo: de nadie soy querida: ya lo sabes.

—En verdad, dijo Irene, que para eso de novios tienes mala suerte: nadie te dice nada!

—¡No te sucede á tí lo mismo! observó Avelina con dulce sonrisa: muchos jóvenes del pueblo te han hecho sus declaraciones, y ahora te haráu mas, al saber que ha quedado para tí toda la hacienda de la tia.

—Y apropósito de esto, dijo Irene pensativa: no deja de admirarme que nuestra tia haya hecho tanto por mí y por tí tan poco! A no ser que lo hiciese guiada por la misma idea que te-

nia de nosotras! ¡Ya sabes! Que tú valias mas sin nada, que yo con tesoros; pero yo te demostraré que la tia se engañaba, y solo sentiré que algun dia me envidies!

—¡Envidiarte yo! exclamó Avelina: no lo creas, prima mia: te amo demasiado para eso.

—Pero si llego á casarme antes que tú...

—Te desearé toda suerte de felicidades.

—Verdaderamente que eres muy buena, dijo Irene echando los brazos al cuello de su prima: otra cualquiera no miraria con buenos ojos las ventajas que la fortuna me concede.

—A mí me envanecen, observó Avelina: ¿no eres mi compañera de la infancia, mi amiga y mi hermana? ¿No deseo poder darte este dulce nombre? Ojalá que llegue el dia en que seas la esposa de Estéban, y en que yo pueda vivir en vuestra compañía, siendo el testigo de vuestra dicha.

—Avelina, dijo la jóven; algunas veces, cuando pienso que tarde ó temprano he de casarme, me dijo que no es Estéban el esposo que yo deseo: puesto que dicen que soy bella, tal vez podria alcanzar otra cosa mejor... ¡Dios mio! ¡Encerrarse aquí para siempre! ¡No salir de entre estas cuatro paredes! No ver mas que á las gentes del pueblo, tan toscas y tan ridículamente vestidas! ¡Eso me mataria de hastío! No, no puedo pensar ahora en casarme... no hay en mí ninguna vocacion al casamiento: ya lo resolveré... á bien que tiempo hay para ello, pues mi edad...

—¿Pero vas á ir al palacio?

—Mañana mismo, pues ya he concluido mi vestido de luto.

—¡Pero, prima mia, no se resiente tu orgullo al pensar que vas como costurera! exclamó Avelina: tú que eres una jóven que ha recibido una educacion decente; que tienes una posicion desahogada...

—Repito que quiero ver lo que son y lo que hacen esas gentes.

—Escucha, Irene, dijo Avelina: en este momento quisiera ser tu madre ó tu hermana mayor, para impedirte que fueras al palacio; pero nada puedo hacer mas que doplorar tu obstinacion: casi me da espanto, te lo confieso, el ansia ardiente con que deseas acercarte á la vida de esos señores opulentos, que á tanta altura están sobre nosotros: además, prima mia, no quiero negarte que he observado que te persigue el hijo de esa dama... y bien, ¿crees que el interés que has inspirado á ese jóven es amor? ¿Crees que ese rico caballero puede pensar en hacerte su esposa? No, Irene: yo apenas conozco el mundo; pero me parece que hará contigo lo que aquel marqués, que vino con sus amigos á cazar por estas cercanías, hizo con la hija de doña Rita: entretenerla, engañarla, marcharse y, si te he visto, no me acuerdo.

—Es que María, la hija de doña Rita, era muy fea y muy tonta.

—De fea, Irene, no tenia nada: y el que fuera tonta no impidió que se muriese de pena, al ver el abandono del hombre á quien amaba tanto.

—¡Bah! Se murió porque Dios quiso.

—Está claro, repuso con tristeza Avelina: todo sucede en este mundo porque Dios lo permite; pero María murió de pena, acaso para alcanzar cerca del supremo Juez la corona del martirio: además, Irene, voy á decirte otra cosa, que nunca te diria á no verte, como se suele decir, al borde del abismo.

—¡Dios mio, qué cosas dices! ¡Dónde está aquí el abismo!

—En el palacio: sí, prima mia: tengo un año mas que tú, y debo aconsejarte: no vayas al palacio: si ese gran señor te ama, que venga á verte aquí... á esta casa, bajo mi custodia y la de

mi hermano; porque, oye lo que te iba á decir: ese caballero me ha mirado y hecho señas, y me ha enseñado cartas, lo mismo que á tí, ó quizá mas y con mas insistencia.

—¡Ah! exclamó Irene con el asombro de la incredulidad.

—¡Sí, á mí! Ya ves lo poco que valgo, y, sin embargo, á mí se ha dirigido: acaso hará lo mismo con todas las jóvenes del pueblo.

—¿Y desde cuándo te ha paseado la calle y te ha hecho señas? preguntó Irene con una sonrisa algo hiriente.

—Desde el mismo dia en que llegó.

—¡Solo hace doce que está!

—Pues en los cuatro primeros agotó, para llamar mi atencion, todo el arsenal de sus recursos.

—¿Y nada me habias dicho?

—¿Para qué? Esas cosas no se dicen: se rie una de ellas y nada mas.

—A pesar de todo eso, iré al palacio, dijo Irene con una sorda y celosa irritacion, que habian despertado en ella las palabras de su prima.

—Haz lo que quieras, concluyó Avelina con tristeza: no puedo impedirte que vayas, y lo siento.

Las dos primas se separaron poco contentas una de otra.

Basta por esta noche, continuó la baronesa, dejando su manuscrito: mañana proseguiremos la lectura de esta historieta: ahora vámonos á descansar, y pidamos á Dios que nos conceda un sueño tranquilo.

IX.

—¿Qué os va pareciendo de los personajes de mi narracion? preguntó la anciana á sn familia y amigos, reunidos ya en torno suyo al dia siguiente: ¿quién os interesa mas?

—Yo, dijo Mariana, admiro mucho á doña Severa: ¡qué humildad bajo aquel aspecto duro! ¡Qué dulce caridad! ¡Qué consoladora ternura para todos los que sufrian!

—Para mí, observó uno de los caballeros, es muy grande y muy noble la figura del buen padre Matías: he conocido una copia, aunque imperfecta, de ese santo sacerdote: otro que reunia tambien á la mas cándida sencillez el mas luminoso talento que jamás he visto: era, como el padre Matías, cura de una aldea y merecia el trono de la sabiduría y de la virtud.

—Las dos niñas, dijo el baron, interesan algo; pero el mándria de Estéban...

—¿Y Petronila, compone todavía algun papel? preguntó Magdalena.

—No quiero responder á esa pregunta, contestó la abuela; pero abro mi historia y ella te lo dirá.

—Espera un poco, abuelita, dijo Carolina: no leas hasta que no te haya dicho cuán odioso me parece el tipo de la anciana señora de Montereal. ¿Es posible que exista un carácter como el suyo? ¿Es dable á la ancianidad tener ese cinismo, esa despreocupacion, ese apego al dinero, ese egoismo refinado? ¿Existe ese tipo, ó lo has inventado tú, abuelita?

—Yo nada invento, hija mia, respondió la baronesa... no hago mas que copiar del natural, y ese tipo no es tan odioso como tú supones, ni tan poco comun: la señora de Montereal es

únicamente una mujer que no ha recibido una educacion religiosa, que en nada cree, que casi nada espera: á eso vienen á parar las jóvenes educadas para las superfluidades de los salones, y no para las prácticas de la vida cristiana y para la áspera prosa de la vida: las grandes fortunas heredadas son un cáncer que corroe la savia del alma, porque traen consigo la ociosidad, el ansia de los goces y el hastío que estos mismos goces dejan detrás de sí: hijas mias, conservad la savia del alma con la ocupacion continua, con la oracion, con las sagradas afecciones de la familia: meditad, rezad y dad al corazon el bienhechor rocío de la beneficencia. Ahora prosigamos la historia, y en ella hallareis algun ejemplo saludable que imitar.

Irene fué aquella misma tarde al palacio: estaba bella con su vestido de luto, que hacia resaltar la nevada blancura de su tez y sus cabellos dorados, abundantes y sedosos.

A través de su mantilla de gasa negra, se veia su gallardo talle y su blanca garganta.

Sus ojos azules brillaban con la emocion y la alegría: sus mejillas se hallaban tambien animadas con un leve color de rosa.

Cuando entró en el salon, no habia nadie en él; pero, apenas se habia sentado, cuando oyó abrir una puertecita situada á su derecha, y vió aparecer en ella la bella figura de Carlos.

Este se adelantó hasta la jóven, tomó su mano, y exclamó lleno de júbilo:

—¡Irene!

—¡Ay, Dios mio! ¡Calle usted! dijo la jóven que se habia puesto pálida súbitamente: si le oyeran, ¿qué dirian de mí?

—¿Quién ha de oirme: repuso el jóven: y aunque así fuera, ¿no

soy yo el amo de mi casa? sosiéguese usted, querida Irene: siéntese y hablemos como buenos amigos.

La jóven se sentó trémula y turbada.

Carlos se sentó á su lado sin dejar su mano: la miró con ojos llenos de cariño y le dijo con ternura:

—Irene, ¡cuánto he pensado en usted! ¡Cuánto deseaba verla! ¡Qué dichoso me considero junto á usted! ¡Ah! ¡Qué puede compararse á la felicidad que experimento! ¿Sabe usted por qué no me he ido ya á Madrid? pues ha sido únicamente porque ansiaba verla, hablarle, decirle que la amo desde la primera vez que la ví...

Irene, sofocada, atónita, pero latiéndole el corazon de orgullo y de alegría, pugnaba débilmente por retirar su mano, cuando se oyó el roce de un vestido de seda en la antecámara.

Carlos soltó entonces la mano de la jóven y se puso en pié.

La puerta se abrió y apareció la majestuosa y elegante figura de la señora viuda de Montereal, que cobijó la situacion con una mirada risueña y maligna.

Irene saludó con bastante torpeza á la madre de Carlos; pero esta estrechó la mano de la jóven y le dijo con amabilidad:

—Doy á usted mil gracias, señorita, por haber venido; tenga usted la bondad de seguirme al cuarto de la señorita Clemencia, mi pupila, y ella dirá á usted lo que espera de su habilidad.

La anciana é Irene salieron sin que esta se atreviese á mirar á Carlos, que volvió la espalda y desapareció por la misma puertecilla que le habia dado paso.

Irene atravesó dos ó tres antesalas y se halló á la puerta del vestíbulo con su guia: sus ojos estaban deslumbrados; en su primera entrada no habia reparado en las magnificencias de aquella casa; pero entonces le pareció hallarse en un palacio encantado.

Bajaron la escalera principal, y despues de cruzar el parque, subieron la que conducia al pabellon de la izquierda, que era donde habitaba Clemencia.

Todo tenia allí el sello y la ostentacion de la riqueza: una magnífica alfombra de hule, brillante como el cristal, cubria el pavimento: lámparas, jarrones con plantas de largas hojas verdes en su centro, tapices, candelabros, cortinajes de telas y dibujos desconocidos para Irene, todo esto se veia reunido con una profusion que desvanecia la cabeza y ofuscaba la vista.

Irene iba como mareada: atravesó una linda antecámara y un saloncito al lado de la señora de Montereal, y precedidas ambas de una camarera que las iba guiando.

Aquella camarera francesa era mucho mas elegante y distinguida que la pobre Irene, que deslumbrada, embriagada, contemplaba aquella serie de maravillas sin saber darse cuenta de dónde se hallaba.

—Levantó la doncella de servicio una cortina de damasco azul celeste, y apareció una puertecita esculpida al lado de la chimenea del salon: llamó, y una voz delgada respondió desde adentro:

—¡Adelante!

La camarera abrió y se adelantó sola algunos pasos.

A través del aturdimiento que entorpecia la vista de Irene, adivinó, mas bien que divisó un gabinete, que se hubiera creido que era la mansion de la hada de la riqueza.

Estaba vestido de seda blanca y rosa á listas: la sillería era de marfil con asientos de color de rosa: una mesa de tocador, rodeada de cortinajes blancos y rosa, de gasa, y semejantes á esos celajes con que el cielo se engalana al caer la tarde, sostenia un soberbio espejo con marco de plata cincelada: mesitas con

tableros de mármol blanco sostenian tambien candelabros cargados de bujías rosadas, cajitas de marfil y de sándalo, y frascos de plata y oro: en un estuche abierto rielaba una sarta de brillantes; mas allá se enredaba en un abanico de nácar un collar de perlas: flores, gasas, cintas, lindos sombreros, ricos vestidos, todo se hallaba allí en pintoresca y loca confusion.

Clemencia, envuelta en un peinador gnarnecido de encajes, estaba recostada en un blando mueble, forrado de damasco rosa y que era una especie de lecho oriental, en pequeño, para leer, meditar, ó reposar durante el calor de la siesta: la jóven le usaba solo para dormir, pues no sabia meditar ni gustaba mucho de leer.

Aquel mueble era magnífico: guarnecido de flecos y de cordones gruesos de seda, estaba adornado de grandes borlones en todos sus ángulos, y la cabecera, que tenia un blando cojin por almohada, se hallaba cubierta y velada por un paño de rico encaje.

Sobre aquel lecho de descanso, se destacaba la encantadora figura de Clemencia, envuelta en su blanco peinador y sumergida en una dulce languidez, ó mas bien, en una ligera soñolencia: sus cabellos, que aun no se habian dispuesto en la *toilette* de aquel dia, estaban recogidos en largas y abultadas trenzas, que caian por encima del respaldo del lecho.

Clemencia estaba descolorida, y su mirada como empañada por el fastidio y el tedio: cuando su doncella abrió la puerta, volvió la cabeza, esperando que le dijese lo que queria.

—Señorita, dijo aquella: aquí hay una jóven que viene con la señora: ambas desean ver á usted.

—Que pasen, dijo Clemencia incorporándose y haciendo bajar sobre sus piés diminutos su bata de batista.

La viuda é Irene entraron un instante despues.

—¡Hija mia! ¿Estás mala? exclamó la señora de Montereal adelantándose hácia Clemencia toda asustada.

—No, señora, á Dios gracias, respondió la jóven con la frialdad que le era habitual: ¿qué se le ofrece á esta señorita?

—¿Pero cómo estás sin peinar á estas horas, querida Clemencia?

—No tuve gana de hacer aun mi tocador, ni lo haré ya probablemente.

—Esta jóven, dijo la señora, viene á casa á coser, porque sabiendo yo que tú querias que te hiciesen chambras y enaguas sencillas, mandé que buscasen quien se encargase de esa labor.

Clemencia no respondió: dirigió su vista hácia Irene y la contempló con una mirada penetrante y escudriñadora.

—¡Qué ridículo peinado! se dijo: ¡qué cara tan tonta y tan vulgar! Que venga y me divertirá, porque me consumo de fastidio.

—¿Qué resuelves? preguntó la señora de Montereal al ver á su pupila tan ensimismada. ¿Puede venir esta jóven?...

—Sí, que venga, contestó Clemencia.

Y volviéndose á Irene, añadió:

—Pero quiero que cosa usted aquí.

—Se supone, observó doña Gertrudis: aquí vendrán ella y una prima suya.

—Señora, dijo Irene: yo vendré; pero mi prima no quiere salir de su casa: dice que hará en ella los trabajos que ustedes quieran confiarle.

—¿Pero, á lo menos, no vendrá á encargarse de ellos y á recibir explicaciones? preguntó la señora de Montereal.

—Creo que no querrá venir hasta que pueda hacerlo acom-

pañada de su hermano que va á llegar de la ciudad.

—¡Válgame Dios! exclamó doña Gertrudis : ¡qué escrupulosa es esa señorita! ¿O acaso teme que aquí le van á hacer alguna ofensa? Pues, para pobre, no son buenas esas cosas.

El rubor subió á la frente de Clemencia al oir el lenguaje de su tutora : encontraba mas noble la prevencion de Avelina que el apresuramiento de Irene ; y ya fuera porque su amor propio se alarmase con la presencia de una jóven bonita en su casa, ó ya porque la conducta de la ausente le agradase por su reserva, dijo á Irene :

—Yo iré á encargar á su prima de usted algunos bordados: en cuanto á usted, puede venir, cuando la señora lo disponga, y le buscaré tambien alguna labor.

—Desde mañana, dijo doña Gertrudis, que pensaba divertirse mucho con el galanteo de su hijo á aquella palurda: pero, hija mia, ¿vas á ir tú misma á encargar labores á esa jóven?

—Con eso me distraeré un poco : mi doncella me acompañará: de todos modos, apenas salgo de casa y aquí me aburro bastante.

—Hasta mañana, pues, señorita, dijo la anciana, dando á entender así á Irene que la entrevista se habia terminado : hasta mañana á las doce : no venga usted mas temprano, porque Clemencia se levanta tarde : comerá usted con las doncellas de casa.

Irene saludó y salió del pabellon acompañada de la camarera, que esperaba en la antesala.

En el parque halló á Carlos que se adelantó hácia ella.

—¿Va usted á venir mañana? le preguntó.

—Sí, señor, respondió Irene poniéndose muy colorada.

—¡Ah! ¡Soy feliz! exclamó el jóven haciendo esfuerzos para no reirse : adios, hasta mañana.

—Hasta mañana, repitió Irene.

—Si no temiera ofender á alguna persona, dijo Carlos, acompañaria á usted hasta su casa.

—¿Y quién puede ofenderse por eso?

—Tal vez algun mortal afortunado...

—No tengo novio, caballero.

—Entonces prolongaré mi dicha, dijo el jóven: vamos, y apóyese usted en mi brazo.

Irene, ciega, deslumbrada, ebria de orgullo, se apoyó en el brazo de Carlos.

Ambos echaron á andar: algunos labradores que volvian de los campos, por ser ya la caida de la tarde, se detuvieron para mirar á Irene asida del brazo del señor del palacio, que le hablaba en voz baja.

La sorpresa les dejó al principio inmóviles: luego se echaron á reir, y se alejaron guiñándose los ojos y haciéndose señas maliciosas.

La reputacion de la jóven quedaba para siempre comprometida en el pueblo donde habia nacido y donde habian muerto sus padres.

X.

Al llegar á la puerta de su casa, Irene trató de despedirse de Carlos; pero en los planes de este no entraba semejante cosa, y le dijo:

—Querida Irene, acompañaré á usted hasta entregarla á su prima.

—No, no, balbuceó aquella algo confusa: Avelina me regañará por haber consentido que usted me acompañara.

—¿Y tiene usted miedo á sus regaños? ¡No es poco severa su prima!...

—¡Vaya si lo es! Y además, caballero...

Irene se detuvo como cortada.

—¿Qué? Acabe usted.

—Pues bien, ella ha observado que usted me miraba cuando pasaba por debajo del balcon y que me hacia señas; me ha reconvenido porque salia á ver á usted y porque me decidí á ir á su casa, y me ha dicho que no hiciera caso de usted, porque usted tambien la habia mirado á ella y le habia enseñado una carta.

Carlos se mordió los labios; pero tenia demasiada experiencia para turbarse por tan poca cosa, y repuso en seguida con tono ligero:

—Eso, querida Irene, podrá ser efecto de la envidia: desde luego aseguro á usted que jamás he pensado en su prima, y que ni aun sé cómo tiene la cara.

—Bien poco vale, caballero.

Una sonrisa burlona pasó por los labios de Carlos, que dijo:

—Para mí lo mismo seria que valiese mucho, porque todas las mujeres, menos usted, me son completamente indiferentes: subamos, y así quizá se desengañará de sus necias ilusiones.

Ambos jóvenes subieron la escalera y entraron en la sala donde acostumbraba á estar doña Severa, y en la que se hallaba entonces Avelina; pero esta no estaba sola: á su lado se hallaba el padre Matías, quien, al parecer, la consolaba afectuosamente, porque ella lloraba.

A la vista de Carlos y de Irene, el religioso se levantó sorprendido.

Carlos le saludó amistosamente y se inclinó delante de Ave-

lina, que correspondió á su atencion con dignidad, despues de haberse enjugado los ojos.

—Señorita, dijo Montereal: le traigo á usted á su prima, á la que he tenido el gusto de acompañar.

—Caballero, repuso Avelina huyendo la ardiente mirada del jóven: mi prima podrá agradecer mucho la galantería de usted: yo le confieso que siento, por ella y por mí, que se la haya dispensado.

—¿Y por qué, señorita?

—Usted, que tiene mas mundo que yo, no debe ignorarlo: en los pueblos todo se comenta, y no hará ningun favor á la reputacion de Irene el que la hayan visto venir sola con usted.

—¿Y quién puede pensar mal, señorita, de una galantería tan natural y tan puesta en el órden?

—¡Pues qué! preguntó cándidamente el padre Matías: ¿en las grandes ciudades van solos los jóvenes de ambos sexos? Aquí, no, mi querido amigo, y Avelina tiene razon: ¡eso está muy mal visto!

—¿Y quién hace caso de las opiniones de esta gente?

—Señor, repuso Avelina, aquí es donde hemos de vivir mi prima y yo, y con estas costumbres hemos de conformarnos: por fortuna, esta noche llega mi hermano y él dispondrá lo que le parezca conveniente.

—De todos modos te advierto, dijo Irene, que desde mañana voy á coser á casa de este caballero: en eso he quedado con la señora y la señorita.

—Señor don Carlos, observó el padre Matías, ha de saber usted que esta niña ha quedado, á la muerte de su tia, con una fortuna que le permite vivir muy desahogadamente, sin que necesite trabajar: si va, pues, á coser, va por su gusto, no porque...

—Eso es cuenta suya y de mi madre: si estas señoritas se hallan bien, en cuanto á medios de subsistencia, yo lo celebro infinito: si no, no por eso dejaré de ser su buen amigo y su rendido servidor.

Carlos, al decir estas palabras, se levantó para retirarse: despidióse de las dos jóvenes y salió pensativo y cabizbajo.

—Hija, cásate cuanto antes con el mayorazgo, dijo á Irene el padre Matías: es un buen muchacho que te quiere, y tú necesitas el apoyo de un esposo.

—Padre Matías, repuso Irene, lo que es por ahora no pienso casarme: jamás quise al mayorazgo, y hoy, que soy mas independiente que antes, la tal boda me halaga mucho menos: si no quise llevarla á cabo cuando me hallaba bajo la dura y áspera dominacion de mi tia, ¿cómo quiere usted que, libre de ella, piense en semejante cosa?

—¡Ah! exclamó Avelina, ¡eres ingrata, y nada bueno puede esperarse de tí! ¡Califícas de dura y áspera la dominacion de nuestra buena tia, de nuestra madre! ¡Qué injusticia!

—¡Callad! dijo el padre Matías: oigo el ruido de un caballo que viene al trote... sí... y se ha detenido á la puerta... ese es Estéban que habrá adelantado su viaje.

Todos corrieron al balcon y vieron, en efecto, apearse del caballo al hermano de Avelina.

Esta corrió á sus brazos.

—¡Ah! ¡Bendito sea Dios! exclamó llorando: ¡ya estás aquí! ¡Ya tengo la mejor compañía y la que mas anhelaba mi corazon!

—¡Pobre tia! murmuró Estéban con voz alterada. ¡Dios me perdone lo mucho que la he hecho sufrir, y lo ingrato que he sido á sus beneficios! Ahora, hermana mia, seré otro... trabajaré

para tí, y ya que le dí mal pago en la tierra, procuraré que esté contenta de mí en el cielo.

XI.

A la mañana siguiente, Estéban fué á ver al notario, que le concedió en su despacho la plaza que para él le habia dejado encargada la buena doña Severa.

—Sé, desde hoy, aplicado y hombre de bien, hijo mio, le dijo, y gana el tiempo perdido: aun eres jóven y te será muy fácil conseguirlo: no te faltará mi ayuda, porque debí muchos beneficios á aquella santa mujer que Dios tendrá en su gloria y que fué tan ejemplar como mal comprendida acá abajo: mira por tu pobre hermana, que, como decia tu tia, es un ángel sobre la tierra: en cuanto á Irene...

El anciano se detuvo como cortado.

—¡Hable usted! dijo Estéban: ¿qué hay de Irene?

—Hace dos dias te hubiera aconsejado que te casaras con ella: hoy ya es otra cosa.

—¿Pues qué ha sucedido?

—Ayer fué sola al palacio y volvió acompañada del dueño de él: todo el pueblo la vió: hoy, segun me han dicho, ha ido al palacio tambien.

El rubor vistió de una nube de fuego el semblante del jóven, que respondió con voz alterada:

—Nunca he amado á mi prima hasta el punto de desear casarme con ella: sin embargo, me lastima profundamente su imprudencia y cuidaré de que no se repita: mientras viva á mi lado, quiera ó no, habrá de ser honrada.

—Aquí será ya muy difícil que se case: sabes lo que es este

pueblo y los chismes que andan en él : en las grandes poblaciones son menos vistas las imprudencias.

Estéban salió de casa del notario y llegó á la suya cabizbajo y triste, quejándose á su hermana del modo de obrar de Irene.

—¿Qué podia yo hacer? dijo Avelina : nuestra prima tiene el carácter independiente y voluntarioso: ¡oh, hermano mio! ¿Será el amor lo que te hace ver con tanta pena las ligerezas de Irene? ¡Quiera Dios que esto no sea cierto, pues ella no es digna de tí !

La jóven fué interrumpida por el ruido de un coche que se detuvo á la puerta ; y un instante despues apareció la tia Homobona gritando muy sofocada:

—¡Ahí está la señorita del palacio! ¡Qué lujo! ¡trae un vestido de seda que deslumbra !

—Que pase á la sala, dijo Avelina sin alterarse : y tú, hermano mio, ven conmigo á recibirla.

Avelina entró un instante en su cuarto y alisó las hermosas bandas de sus cabellos negros : ajustó algun tanto el lazo de las cintas de su delantalillo de seda , y se dirigió á la sala, seguida de su hermano.

Clemencia se habia sentado y contemplaba con asombro la humilde sencillez de la estancia en que se hallaba, y en la cual respiraba un fresco y plácido ambiente.

Ninguna idea tenia de la modestia y casi pobreza que tenia ante la vista: por la primera vez de su vida veia sillas de anea, mesas de caoba, pero negras en fuerza del uso, y cuadros con marcos de madera oscura.

El pavimento, sin hule y sin alfombras, estaba lavado y encarnado de limpieza , gracias al fregado que dos veces por semana hacia la tia Homobona desde tiempo inmemorial.

A cada lado del balcon habia una mesita, y en ambas se veia en un jarrito de loza verde un ramo de rosas y claveles que esparcian por la habitacion un fresco y delicioso aroma.

Cortinas de muselina muy antigua, pero blanquísima, caian delante del balcon, y como para que entrase el templado ambiente de la tarde se hallaba entreabierto, veíanse en la parte de afuera macetas llenas de flores y yerbas olorosas.

El sofá donde se habia sentado Clemencia, aunque de anea, tenia un cómodo y mullido almohadon de damasco carmesí: á sus lados no habia sillones, sino dos banquetitas para los piés.

Por último, sobre el sofá, y presidiendo aquella humilde habitacion, se elevaba una hermosa imágen de la Purísima Concepcion de María Inmaculada, vestida de azul y blanco, que parecia iluminar, con su sonrisa, aquel pobre recinto.

—¡Dios mio, qué bien se está aquí! se dijo Clemencia: ¡qué libremente se respira! ¡Qué atmósfera tan pura! ¿Cómo es que aquí estoy tan á mi gusto y en mi cuarto me ahogo? ¿Y por qué dirán que la opulencia y el fausto son la suprema felicidad?

Así meditaba la jóven, cuando, abriéndose la puerta, dió paso á Avelina, que entró seguida de su hermano.

Clemencia no sabia saludar mas que con exageradas cortesías francesas: Avelina correspondió á las que le hizo con modestia y serenidad: su hermano fijó la vista en la bella heredera y quedó deslumbrado: la hermosura de Clemencia se hallaba entonces despojada del velo de frialdad y de cansancio que la cubria, y brillaba en ella una animacion desconocida.

—Señorita, dijo: tengo algunos bordados que dar á hacer; y su prima de usted me ha dicho que usted se encargaria de ellos; pero aquí... en su casa.

—Con mucho gusto, respondió Avelina: señorita, yo soy po-

bre: necesito trabajar, lo mismo que mi hermano, y doy á usted mil gracias por la confianza que quiere dispensarme.

—Mi hermana y yo, señorita, añadió Estéban, sentimos profundamente que nuestra prima Irene se empeñe en salir á trabajar fuera de nuestra casa, que es la suya tambien: crea usted que no es su familia la que le aconseja este paso, sino exclusivamente su voluntad, que mi hermana, por mas que ha hecho, no ha podido torcer.

—Ahora que veo á ustedes, ahora que les hablo, lo creo, dijo Clemencia contemplando con tierno interés á los dos hermanos: observo que hay mucha diferencia entre las dos primas.

—¡A las dos nos ha educado con igual cuidado y amor nuestra excelente tia! observó Avelina, de cuyos hermosos ojos brotó una lágrima: Irene es buena; pero su poca reflexion la ha expuesto á la crítica de todo el pueblo, por venir acompañada de su señor hermano de usted ayer tarde.

—¡De mi hermano! repitió admirada Clemencia: yo no tengo hermano alguno.

—¿No lo es de usted ese caballero que vive en el palacio?

—No, señorita: es el hijo de mi tutora: ¡ah! ¡Y ha vuelto esa jóven acompañada de Carlos! Es cosa un poco extraña, pero me alegro de saberla... sí, me alegro mucho.

Las mejillas de Clemencia se hallaban cubiertas, al hablar así, de un vivo encarnado, que procedia parte de rubor y parte de indignacion.

Avelina comprendió que habia levantado una borrasca en el alma de la jóven, y se apresuró á decir:

—Perdon, señorita... acaso he cometido una imprudencia: sírvame de excusa lo afectada que me tiene la impremeditacion de mi prima.

—Amiga mia, dijo Clemencia estrechando, con una gracia tierna y digna á la vez, la mano de Avelina: quiero que usted me conceda su afecto y confianza... necesito mucho de una amiga... ¿quiere usted serlo mia?

—¡Tanto honor me confunde, señorita! repuso Avelina asombrada de aquella repentina muestra de cariño; pero crea usted que me hallo muy dispuesta á amarla.

—¡Repito que lo necesito mucho! dijo con un suspiro la opulenta jóven: mi pobre padre me decia que, siendo, como soy, muy rica, tenia cuanto necesitaba para ser dichosa: lo mismo me ha repetido siempre mi tutora; pero ¡ay! ¡desde hace algunos dias sé que no bastan las riquezas para asegurar la felicidad!

Estéban y Avelina callaban y miraban absortos aquella fisonomía, tan helada antes, y que se iba vistiendo con la espléndida luz del sentimiento y de la ternura: en medio de su pena, habia una dulzura singular y un mundo de sensibilidad.

Clemencia prosiguió:

—Ese jóven caballero es, como he dicho, hijo de mi tutora y debe casarse conmigo. ¡Ya ve usted de qué manera me guarda fidelidad! Si tanto valgo, ¿cómo se me estima en tan poco?

El ruido de dos voces de mujer, que altercaban en la escalera, siguió á estas palabras: el uno de aquellos dos ecos era áspero y regañon: el otro plañidero y suplicante.

Estéban salió con el objeto de enterarse de lo que sucedia, y las dos jóvenes guardaron silencio, por lo cual oyó Clemencia, quizá involuntariamente, lo que afuera se decia.

—¡Señorito! exclamó la voz que rogaba: esta tia Homobona tiene las entrañas mas duras que una roca! Queria ver á la señorita Avelina para que me diese una limosna, pues ¡mi Pedro está peor!

—Lo que tú eres es una buena maula, gruñó la vieja sirvienta: á la pobre señora le sacabas los ojos, y ahora quieres hacer lo mismo con los señoritos!

—Mi hermana está ocupada, Petronila, dijo Estéban; pero dígame usted lo que podemos hacer por usted y por sus hijos.

—¡Ah, señorito! Ya sé que ustedes no están muy sobrados: los que debian darme son los señores del palacio; porque, al fin, trabajando en su edificacion, fué como cayó y murió mi pobre marido! ¡Pero sí!... Ayer pasó por mi lado la señora vieja, le pedí una limosna, y exclamó volviendo la cara al otro lado como si yo le diera asco:

—¡Qué fastidio! ¡Déjeme usted pasar! Vamos á ver, señorito, ¿no es esto una picardia!

—Petronila, respondió el jóven, tal vez la señora iria de prisa: además, no sabrá que es usted la viuda del infeliz albañil que se cayó del andamio trabajando en su casa: á saberlo, le hubiera dado algun socorro; pero vamos á ver: mi hermana y yo queremos hacer por usted lo que podamos: desde mañana, véngase usted á almorzar y á comer con uno de los chicos!

—¡Dos bocas mas! exclamó Petronila: ¡ah, señorito! Eso es demasiada carga para ustedes.

—No importa: yo trabajaré un poco mas en casa del notario: para la caridad, Dios da siempre: ya irá Avelina mas tarde á ver eómo está el niño, y le llevará algun socorrillo: yo no llevo en este instante un cuarto encima: pero así que se marche una visita, que ahora la ocupa, irá mi hermana á ver á usted.

—¡Dios le dé tanta dicha como merece, señorito! exclamó la viuda del albañil con voz que embargaban lágrimas de gratitud. ¡Dios le haga rico y feliz! ¡Se lo pido con toda mi alma!

Oyóse el ruido de un beso estampado en una mano, y poco

despues entró Estéban de nuevo en la salita, donde su hermana y Clemencia habian estado ivmóviles y mudas oyendo su coloquio con la mendiga.

Al entrar el jóven, la rica heredera le dirigió una larga mirada tan dulce y tan profunda, que el corazon de Estéban latió con mas apresuramiento que de ordinario.

—Mi querida amiga, dijo despues Clemencia, tomando la mano de Avelina: ¿me permite usted acompañarla á casa de la viuda del albañil?

—¡Dios mio! ¡si vive en una miserable choza, señorita! repuso Avelina.

—¿Y qué importa? ¡Estoy tan hastiada de habitar palacios! exclamó la jóven con una triste sonrisa: ¡ay, amiga mia! he sido hasta ahora tan poco dichosa en ellos, me he aburrido tanto! ¿por qué no he de probar á ver si hallo la dicha en otra atmósfera? ¿Y cuál puede ser mas pura que la de la caridad? Quiero reparar la helada indiferencia, la falta de caridad de mi tutora y de su hijo... quiero socorrer á esa pobre mujer... ¿no soy muy rica? ¡Cómpreme, á lo menos una vez, el dinero, el placer de hacer bien!

—¡Vamos! dijo Avelina; ya es tarde, y si usted quiere acompañarme, podemos salir ahora mismo. ¡Dios premiará su buena accion!

Avelina echó su mantilla sobre sus hermosos cabellos, y dando el brazo Estéban á la opulenta prometida de Montereal, bajaron la escalera y los tres entraron en el coche de Clemencia, dirigiéndose á la arruinada casita de la viuda del albañil, á la que llegaron antes que la misma Petronila.

Esperaron, sin bajar del coche, á que ella llegase, y, mientras esperaban, mas de una vez se encontraron los ojos de Clemencia

y de Estéban y palpitaron sus corazones de un modo acelerado y que teñia sus semblantes con el rubor de una extraña, pero profunda y tierna emocion.

XII.

Al dia siguiente, Irene se peinó con primor, se puso su traje negro, pidió chocolate y se fué al palacio, donde la recibió la camarera de Clemencia.

—La señorita duerme todavía, le dijo: puede usted pasar al piso principal, donde la señora le tiene preparada labor: venga usted, y yo la acompañaré: ¿no se lo advirtió ayer la señorita cuando estuvo en su casa de usted?

—No la ví, respondió Irene, porque me hallaba en su pabellon: ¿pero estuvo en mi casa?

—¡Vaya! Y por cierto que vino con una cara tan alegre!... parecia otra!... eh! Ya hemos llegado. Laura, la doncella principal de la señora, dará á usted labor.

Al decir estas palabras, señaló á otra jóven, que se hallaba en pié á algunos pasos de distancia, y se retiró.

Laura condujo á Irene á una salita, en la que ella y la otra camarera de la señora de Montereal hacian labor durante el dia.

Una media hora hacia que estaba allí Irene preparando un bordado en un pañuelo, cuando se abrió la puerta y apareció Carlos en su umbral.

Irene no hizo, al verle, ningun movimiento de sorpresa: hubiérase dicho que le esperaba.

—¡Irene! exclamó Montereal: ¡cuánto ansiaba hablarte á solas!

—¿Y para qué?

—Para decirte que te amo, que te adoro... que mi única aspiracion se limita á ser correspondido.

Irene le miró sonriendo: aquellas palabras caian sobre su alma como una música celestial: iba á hablar; pero en aquel instante se oyó un rumor que hizo asomar á Carlos á la ventana de la estancia.

Era el galope de algunos caballos.

—¡Aquí están!... ¡ellos son!... ¡locos! ¡qué alboroto va á haber!... en fin, así animarán el silencioso aburrimiento de esta casa.

Y Carlos, sin cuidarse mas de Irene, desapareció.

La jóven, sorprendida, se asomó á la ventana: vió apearse á cuatro caballeros, que acababan de llegar seguidos de dos criados, tambien á caballo: aquellos entregaron las riendas á los servidores y entraron en el parque, donde Carlos les esperaba para abrazarles.

Luego los cinco amigos penetraron en la casa, é Irene quedó pensativa siempre apoyada en la ventana.

—¡Ah! se dijo: ¡son sus amigos de Madrid! ¡Qué alegre y animada se pondrá ahora esta casa! Habrá cacerías, grandes comidas, y quizá se bailará en el salon, en ese salon tan grande, tan lleno de espejos y dorados... ¡ah! ¿Por qué no soy yo igual á estas gentes? ¡Porque soy pobre! ¡Solo por eso! El dinero, el lujo, el esplendor! ¡Quién pudiera alcanzarlos! ¡Oh! Ya que no puedo participar de los goces de estas gentes, viviré cerca de ellas... Carlos parece amarme... ¿quién sabe?

La pobre Irene permaneció todo el dia sola con sus sueños: la señora de Montereal y su hijo estuvieron constantemente ocupados con sus amigos de Madrid: en cuanto á Clemencia, únicamente dejó su pabellon por la tarde para ir á ver á sus conocidos Avelina y Estéban.

Para poderlos visitar cada dia, Clemencia llevó á su amiga algunos bordados, y los dos hermanos y la rica heredera pasaron juntos dos horas que se les hicieron muy cortas.

Clemencia parecia salir con delicia de la atmósfera de hielo que hasta entonces la habia envuelto: comia mejor, reia, hablaba con animacion, leia con avidez y estudiaba la música.

La compañía de Avelina le habia hecho entrever los encantos del trabajo y de la beneficencia, y con ella bordaba y conversaba con una expansion que antes habia estado muy lejos de su carácter, calificado siempre de helado y orgulloso.

Mientras Clemencia aspiraba con ansia la atmósfera de la amistad y quizás del amor, Carlos espiaba la salida de su casa de Irene, y la esperaba en el parque.

—Querida Irene, le dijo cuando la vió: esos amigos me han tenido ocupado todo el dia, y voy á acompañarte ahora para que podamos hablar.

Irene se asió del brazo de Montereal; pero á pesar de la conversacion anunciada, largo trecho anduvieron sin que el jóven, meditabundo y triste, abriese los labios.

Ya iba ella á preguntarle la causa de su preocupacion, cuando repentinamente dijo Carlos:

—¿Tiene novio tu prima, querida Irene?

—No, al menos que yo sepa, respondió esta.

—¿Y lo ha tenido alguna vez?

—Tampoco.

—¿Y en qué consiste eso?

—Lo ignoro, pero como no es bonita...

—En efecto, repuso Carlos en voz baja y con un suspiro: ¡no es bonita! ¡Es encantadora!

—¿Qué dice usted? preguntó Irene asombrada, pero sin enten-

der muy bien el murmullo que se habia escapado de los labios de su caballero.

—Digo que desearia verla; hablar un rato con ella y con su hermano: de este modo, acaso desvaneceria la prevencion que pudiera tener contra mí, y podria ir de vez en cuando á tu casa.

—Entre usted ahora.

—No, ahora no: ya sabes que me esperan mis amigos.

Al pronunciar Carlos estas palabras, habian atravesado ya la mitad del patio de la casa de Avelina.

Era evidente que el jóven habia proyectado subir entonces mismo, pero que se habia arrepentido de su propósito; porque así que hubo formulado su negativa, se desprendió del brazo de Irene y echó á andar precipitadamente á lo largo de la calle, dejando á la jóven atónita y como espantada.

Esta, si bien por efecto de su total ignorancia del mundo, se dijo al pronto que tan violentos arranques y hasta la decision de llamarla de tú, debian ser propios de un gran señor, no pudo menos de extrañar la repentina desaparicion de Carlos, y en vez de subir la escalera de su casa, volvió de nuevo al palacio, sin duda para espiarle.

Eran en efecto los recien llegados amigos íntimos de Carlos de Montereal y cuatro de los jóvenes mas de moda y mas calaveras, no solo de Madrid, sino tambien de Paris, donde habian puesto muy alta la fama de sus locuras.

Sobresalia entre todos el marqués de V... por su desenfado y cinismo, que rayaba en el extremo mas repugnante y mas odioso.

Y sin embargo, las mujeres le encontraban encantador: así es que los triunfos del marqués con el bello sexo eran numerosos.

El trataba á las mujeres imperiosamente en la intimidad de sus relaciones, aunque en sociedad su galantería era delicada y llena de cortesía.

Esperaban en el salon que se les avisara que estaba servida la comida: Carlos habia significado á su madre el deseo que tenia de comer solo con sus camaradas, y se habia decidido que la anciana señora comeria con Clemencia, en uno de los comedores pequeños del cuerpo principal del palacio, y Carlos y sus amigos en el pabellon de áquel, para estar con mayor libertad.

—¿Qué te haces aquí tantos dias? preguntó á Carlos el marqués? ¿has decidido retirarte á la soledad? Tu ausencia empezaba á alarmarnos, y hemos venido á ponerle fin: ¿has encontrado alguna beldad campesina que te distraiga?

—Mira, respondió Carlos señalando con el dedo á una de las ventanas que daban frente á la en que se hallaban apoyados, en tanto que hablaban.

—¡Qué veo! ¡Una cabeza rubia! exclamó el marqués: ¡y parece muy bella!

—Promete, así que esté educada, una admirable hermosura; imagínatela, aunque sea desde aquí, vestida de raso y blondas y adornada de brillantes, y dime si no la ves mas hermosa y, sobre todo, mas fresca que todas nuestras decantadas bellezas.

—¡Ciertamente! repuso el marqués: y comprendo que, aburrido de conquistas fáciles y rutinarias,—porque casi todas las mujeres del gran mundo se parecen,—te dediques á esa aldeana que será como una planta inculta, y halles placer en pulir ese diamante en bruto.

—Te cedo el placer, repuso Carlos con sencillez.

—¿Te has cansado ya de pulirle?

—Aun no habia empezado mi trabajo: solo hace dos dias que

pude atraerla aquí, y no he tenido tiempo ni casi para hablarle.

—¿Y de qué medio te has valido?

—Mi madre me ha ayudado, deseando proporcionarme una distraccion que me detenga á su lado mas tiempo: esa jóven está aquí como costurera.

—¿Y á qué altura te encuentras en tu conquista?

—Solo han mediado algunas palabras de amor... nada mas.

—¿Y tu novia, qué dice?

—Nada sabe.

A este tiempo apareció un criado en la puerta y dijo:

—La señorita Clemencia desea hablar al señor, y le suplica que se sirva pasar por un momento á su pabellon, donde tambien le espera la señora.

—Dí que ya te sigo, respondió Carlos: y volviéndose á sus amigos, añadió:

—Procuraré no haceros esperar para la comida.

Carlos dirigióse al pabellon de Clemencia, y los cuatro jóvenes, no hallando cosa mejor que hacer, se acercaron á la ventana para mirar á Irene, que, lejos de coser, no se separaba de la suya y miraba tambien con avidez á los cuatro elegantes.

—La niña no es corta de genio, observó el marqués: lléveme el diablo si no arrebato su conquista á Carlos, y esto antes de que se acabe el dia de mañana.

Diciendo estas palabras, hizo sonar un timbre y dijo al ayuda de cámara que se presentó:

—Recado de escribir.

—¿Qué intentas, loco? exclamó riendo uno de los jóvenes.

—Pero, ¿qué dirán Carlos y su madre?

—Carlos me ha dicho que me cedia la educacion de esa her-

mosa niña: ¿no lo habeis oido? Y en cuanto á su madre, ¿merece acaso respeto, cuando ella misma trae á su hijo semejantes distracciones? ¡Eh! aquí no hay nadie que merezca consideracion.

El ayuda de cámara volvió con el recado de escribir: el marqués se sentó delante de un velador y le dijo:

—No te vayas: te necesito.

Y con mano rápida trazó estas palabras:

«Carlos de Montereal, hermosa niña, no ama á usted, ni la »ha amado nunca: la señorita Clemencia es su novia y va á ca»sarse muy pronto con él: yo quiero salvar á usted del engaño »en que la tienen y decirle lo que puede temer y esperar: di»chosamente, he llegado yo en su ayuda: hoy no me será po»sible verla, porque estaremos en la mesa hasta muy tarde; pero »mañana, cuando usted venga aquí, yo la esperaré y le haré ver »que es víctima de una intriga.

»El marqués de V.»

—Lleva esta carta á aquella jóven rubia y guarda para tí estos cuatro duros, dijo el calavera al ayuda de cámara: y sabe, añadió, que no me importa un ardite de que esto llegue á oidos de tu amo: solo te exijo un poco de reserva con las señoras.

El criado salió con la carta, y diez minutos despues, Irene la leia en pié, al lado de la ventana, y á la vista del que la habia escrito y de sus amigos, que se reian á carcajadas celebrando la serenidad y aplomo de la jóven.

¡Pobre Irene!

¡El humo de la vanidad habia penetrado en su cabeza y la envolvia con negras y sofocantes nubes!

XIII.

Carlos halló á Clemencia vestida de negro y sentada en el sofá en actitud grave y solemne.

A su lado estaba, tambien sentada, la madre de aquel, teniendo grabada en sus facciones una expresion de admiracion y de sorpresa.

—Ven, hijo mio, dijo al ver á Carlos: Clemencia ha deseado, á pesar de hallarte ocupado, que se te llamara, y dice que es tan importante el asunto que tiene que comunicarte, que yo tambien estoy impaciente por saberlo.

—Ya soy todo oidos, señorita, dijo Carlos sentándose junto á su prometida con la amable sonrisa que le dedicaba siempre.

—Seré breve, amigo mio, observó Clemencia: sé que han llegado algunos amigos de usted y no le privaré, durante largo tiempo, de su grata compañía: lo que tengo que decirle se expresa en pocas palabras: no amo á usted: le he conocido desde hace dos dias, y, despues de reflexionarlo maduramente, he decidido romper el proyecto que existe para nuestra union, y rogarle que me deje libre, como le dejo yo desde este instante.

La señora de Montereal dió un salto en su asiento: quiso hablar, y la expresion de su rostro decia que iba á hacerlo con tanta sorpresa como indignacion; pero no le fué posible: Clemencia volvió á tomar la palabra con la misma perfecta serenidad y sencillez con que antes habia hablado.

—Desde que hemos llegado á este pueblo, vivo, dijo ella: antes no hacia mas que existir: la vista del campo y de sus rudas labores; el hallazgo de una familia compuesta de dos jóvenes que son dichosos en su pobreza, y los santos goces de la ca-

ridad que he probado aquí por la primera vez de mi vida, la oracion, el reposo, la meditacion, ese alimento del alma, la dulce tranquilidad que reina en torno mio y que tan opuesta es al fatigoso bullicio del gran mundo, que solo deja el vacío; todo esto ha mostrado á mi pensamiento horizontes vastos y nuevos: todo esto me ha abierto el libro de mi alma, y en él, señora, no veo amor para su hijo de usted, sino solo una tranquila amistad.

Carlos miró á Clemencia sin hablar una palabra : tanto le habia sorprendido su declaracion ; pero en sus ojos se hallaba pintada una tierna expresion de gratitud.

Su madre fué la que parecia como herida por mil saetas invisibles, y exclamó con indignacion :

—¿Es decir, señorita, que se niega usted á casarse con mi hijo?

—Ruego á usted y ruego á Carlos tambien que me devuelvan mi palabra y mi libertad.

—¿Y no sabe usted que su enlace era un proyecto que hemos acariciado durante muchos años su padre de usted y yo?

—Lo sé, señora ; pero asimismo sé que mi padre, cuyo único pensamiento era mi felicidad, me perdonará si rehuso una union en la que no puedo hallarla.

—¿De modo... que se emancipa usted? que se separa de su tutora, ó, á lo menos, que lo intenta, pues hasta dentro de algunos meses no puede llevarlo á cabo, no siendo aun mayor de edad?

—No, señora, respondió Clemencia : yo estaré al lado de usted hasta que me case con un hombre á quien ame : aunque le suplicaré una cosa.

—¡Veamos... veamos! dijo la señora de Montereal que se ahogaba de furor.

—Que permanezcamos aquí, por lo menos, un mes.

—¿Ha encontrado usted en Egea, por lo visto, el hombre á quien debe amar algun dia?

—Tal vez, señora.

—¿Es decir, que un labriego vale mas que mi hijo?

—No es un labriego el que acaso llegue á ser el compañero de mi vida, señora: es un jóven pobre... muy pobre; pero rico en nobleza de alma y en bellos sentimientos.

—Señorita, exclamó la opulenta viuda: me canso de oir dislates y me retiro: espero hallar á usted, dentro de algunas horas, mas razonable: entretanto, le prevengo que comerá sola, pues, segun debe suponer, su compañía no puede serme agradable.

La jóven se inclinó sin contestar una palabra; y esta muestra de aquiescencia puso el colmo al furor de su tutora, que salió violentamente de la habitacion.

Así que ambos jóvenes quedaron solos, Carlos se volvió hácia su prometida, y juntando las manos, exclamó con la expresion de la mas viva y ardiente gratitud:

—¡Gracias, Clemencia!

—¡Qué! ¡No me culpa usted! dijo esta: ¿sabe usted, añadió sonriéndose, que podria resentirse mi orgullo?

—No lo temo: y luego, cuando usted sepa... cuando yo le diga...

—Hable usted: ya soy su amiga, su hermana: ya puede sacudir la dura cadena del amor impuesto: dígame usted cuanto quiera: no me amaba usted: ¿verdad?

—Profesaba á usted un afecto puro y tranquilo...

—¿Pero amor?...

—Mi corazon estaba vacío de este sentimiento hasta hace pocos dias, lo confieso.

—¿Y ahora?

—¡Ahora le ocupa una imágen adorable! ¡ahora creo que amo!

—¿Y esa imágen es la de una jóven que vive en este pueblo? ¿Es acaso la de esa pobre muchacha que su madre ha traido aquí?... ¡bajo el mismo techo que yo habito!... ¡Oh! ¡Eso es odioso! Eso me ha llenado de indignacion hácia ella, Carlos: eso le ha rebajado en el buen concepto en que yo tenia á usted: eso me ha hecho conocer que los hombres del gran mundo, á que usted pertenece, son muy pequeños, y que encubren, con el nombre de calaveradas, muchas infamias! Eso ha arrancado el velo que cegaba mis ojos, y me ha afirmado en la decision de romper nuestro proyectado enlace, y en el deseo de declararme emancipada dentro de cuatro meses, en cuya época habré cumplido veinte y un años y seré mayor de edad!

Clemencia dijo todo esto con las mejillas encarnadas de indignacion: sus ojos lanzaban destellos de luz y se veia que palpitaba en sus venas una sangre generosa.

—¡Oh! prosiguió: ¡desgraciadas, mil veces desgraciadas las mujeres ricas! son una presa que codician todos los libertinos y que, una vez conseguida, no les merece ni estimacion, ni respeto, ni compasion siquiera! Cuando ya ven sus caudales agotados, buscan una jóven inocente, sencilla, pero muy rica, como yo, para que, con su fortuna, provea á todos sus excesos, y con su candor pase, ciega y muda, por enmedio de los negros lodazales que abren en torno suyo! Si, por una desgracia mayor, llega á despertarse nuestra imaginacion un dia ú otro, no creemos en nada, porque la riqueza se extiende delante de nosotras como un muro de bronce! Nunca nos convencemos de que se concede algo á nuestra belleza, á nuestra virtud, á nuestros ver-

daderos encantos! Todas las muestras de simpatía que recibimos las tomamos como homenajes á nuestro dinero, y llega dia en que caemos en la mayor de todas las bajezas: en la de persuadirnos de que nuestro dinero lo es todo! Y al llegar á este caso deplorable, al que yo habia llegado ya al cumplir los doce años de mi edad, adios ilusiones, inteligencia, fé, esperanza, caridad y religion: una sola palabra, una sola idea se esculpe en nuestra mente y en nuestro corazon, y dia y noche, y soñando y despiertas, pensamos:—¡Valgo mucho, porque tengo mucho dinero!—¡No, Carlos! No me casaré jamás con un hombre del gran mundo, ni viviré tampoco en él mas cortas temporadas: para gozar, para amar, se necesita disfrutar de una existencia tranquila, porque en ella estamos mas cerca de Dios!

—Mi querida amiga, dijo el jóven; usted se exalta acaso demasiado: en todas partes puede usted hallar un amor grande, verdadero, tal como usted lo merece y tal como existe... yo puedo hablar así ahora, porque lo siento vivir en mi corazon: ¡yo amo!

Clemencia meció la cabeza con aire incrédulo.

—Yo amo, repitió Carlos á una jóven de este pueblo: á una jóven humilde y pobre, que vive con un hermano suyo: ¿no lo cree usted? ¡No le falta derecho para dudarlo! ¡Debe tener y tiene, segun he visto, tan mal concepto formado de mí! Sin embargo, es tan cierto que yo amo á Avelina, como lo es que hasta hoy no sabia lo que era amor.

—¡Avelina! ¿Es Avelina la jóven á quien usted ama, Carlos? exclamó Clemencia con alegría.

—Sí, querida amiga: así se llama; ¿pero usted quizá la conoce?

—¡Que si la conozco! dijo Clemencia: si voy todas las tardes

á su casa! ¡Si le profeso ya la mas tierna amistad! Hoy he pasado dos horas con ella y con su hermano...

Clemencia se detuvo, y un subido color de rosa volvió á invadir sus mejillas: Carlos la miró sonriendo: su experiencia le decia que era el hermano de Avelina el que habia hecho en el corazon de su prometida tan honda huella, que la obligaba á renunciar á su union.

—¿Por qué esa confusion, amiga mia? dijo tomando la mano de la jóven: así como yo he amado á la hermana, ¿no puede usted amar al hermano? En esta coincidencia solo hay una cosa que me admire; y es que la Providencia nos haya traido aquí para fijar nuestros destinos: y bien, Clemencia, usted que es mas dichosa que yo, puesto que puede ir á esa casa, ¿quiere usted presentarme á su amiga? Yo no sé cómo acercarme á ella, pues una vez que subí á su casa con Irene, me recibió con mucha frialdad.

—Con mucho gusto, respondió Clemencia alegremente: mañana por la tarde, ofrezco á usted que le presentaré á mi amiga: ahora, Carlos, separémonos: procure usted calmar á su madre, mientras yo voy á despedir á esa otra pobre jóven, víctima de un ruin engaño.

Carlos estrechó la mano de Clemencia con mas ternura de la que jamás habia usado con ella, y salió de la estancia, dirigiéndose, en vez de ir á buscar á su madre, á buscar á sus amigos.

Clemencia pensó que no era conveniente ir ella misma á hablar á Irene, y llamó á su camarera, que se presentó en seguida.

—Haz saber á esa jóven costurera, le dijo, que ya no la necesito: encárgate de su labor, págale y que se retire, á no ser que tenga que entenderse con la señora, en cuyo caso puede venir á tomar sus órdenes mañana, pues hoy se halla indispuesta.

La camarera fué á cumplir este mandato, y poco despues Ire-

ne, roja de cólera y de vergüenza, salia del palacio, á través de cuyas ventanas se oia la alegre conversacion, el choque de los vasos y la algazara de la comida de Carlos y de sus amigos.

XIV.

Algunos dias despues y á eso de las siete de la tarde, tenia lugar una magnífica escena á la salida del pueblo y en una casita recien edificada, ó mas bien, recien levantada entre un monton de ruinas.

Era propiedad de Petronila, la viuda del albañil, quien, por la generosidad de Clemencia, habia podido comprar la arruinada choza que el anterior propietario le habia cedido y que algunos obreros, pagados por su jóven bienhechora, habian reedificado en breve tiempo aprovechando los materiales viejos.

El patio se habia convertido en una tiendecita de lienzos, pues Clemencia habia creido, y con razon, que remediar la miseria presente no era nada, si no se precavia la futura.

Petronila tenia á la sazon una industria que le permitia ganar lo necesario para atender á su subsistencia y á la de sus hijos.

Los tres estaban gruesos y hermosos, y saltaban y cantaban al rededor de su madre, quien, para celebrar aquel dia la inauguracion de su tiendecilla, habia convidado á su protectora, al padre Matías y á los sobrinos de la buena doña Severa, que tanto la habia favorecido en vida, y que fué víctima de su misma caridad.

En la trastienda, cuya ventana daba á un jardinillo, se hallaban reunidas, en torno de una mesa cubierta con un mantel blanco como la nieve, todas estas personas y una mas, que se habia convidado por sí y ante sí, y que era Carlos.

Tenia la tienda su mostrador de madera y una estantería llena de piezas de lienzo para la venta de las clases mas comunes y, por lo mismo, mas usuales en el pueblo y en los lugarcillos vecinos: la estantería estaba cerrada con puertas de cristales.

La trastienda era una salita alumbrada por una gran ventana que, segun queda dicho, daba á un jardinillo: estaba abierta y el aroma de las flores penetraba por ella en las alas impalpables del ambiente de la tarde.

Al consignar que se hallaban en la trastienda todos los convidados, no hemos hablado con exactitud, pues nos hemos olvidado de uno que faltaba: este era el padre Matías, y solo á él se esperaba para dar principio á la merienda.

Sobre la mesa habia ya queso, manteca, vasos de leche con azúcar y dos grandes fuentes de cerezas y albaricoques, cuyo aspecto hacia saltar de alegría á los chicos.

Delante de cada convidado habia, además, un platito, que esperaba, al parecer, una jícara llena de chocolate.

En fin, ocupando el centro de la mesa, se veia un hermoso ramo de flores de vivos matices, colocado en un humilde jarro de loza verde.

Petronila iba y venia, siempre seguida de los tres chicos, que no querian separarse de su falda; tenia que salir á la tienda para servir á algunas compradoras que, mas por curiosidad que por otra causa, entraban, y luego daba una vuelta por la cocina, temerosa de que el gato le tirase las jícaras del chocolate, y pidiendo á Dios que no se retardase mucho la llegada del padre Matías.

Despues de haber hecho una de estas excursiones á la cocina, fué á sentarse al lado de Clemencia y exclamó con ternura:

—¡Ah, señorita! apenas creo la dicha que tengo... ¡qué feliz

soy! ¡Ya mis pobres hijos no padecerán mas hambre ni mas frio! ¡Ya están al abrigo de toda necesidad! ¡Ya tengo mi casita, mia sola! ¡Oh, qué placer es poder decir *mi casa*! ¡Quién lo habia de pensar, y menos yo, que era una infeliz mendiga!

Mientras así hablaba Petronila, Estéban y Clemencia escuchaban enternecidos y se conocia que, aunque no habian pronunciado la palabra *amor*, esta se hallaba en su alma y subia hasta sus labios en una inefable y radiosa sonrisa, y hasta sus ojos en una tierna mirada que de vez en cuando se dirigian.

Entretanto, Carlos cambiaba en voz baja alguna palabra con Avelina, que, tímida, conmovida y ruborosa, no osaba alzar apenas los ojos del suelo.

Montereal la miraba con ternura; pero aquella reserva, aquella timidez, aquel delicado rubor se le iban haciendo algo fastidiosos, y con frecuencia, y sin quererlo quizá, sus ojos se volvian hacia Irene que le devolvia una mirada provocativa é impregnada de promesas, ó una sonrisa burlona que le hacia poner rojo de cólera é indignacion.

Digamos algo acerca de la respectiva situacion de los cinco jóvenes, y de lo que habia acontecido desde nuestro último período.

Ya sabemos que Irene salió del palacio despedida por Clemencia: la pobre llegó llorando á su casa, y su prima le dijo con dulzura y firmeza, que ella sola era la que se habia proporcionado la pena que experimentaba por no saber guardar su dignidad y su decoro.

Las palabras de Avelina impresionaron desagradablemente á Irene, que ya estaba algo resentida con su prima: así fué que le preguntó con sorna:

—¿Es acaso envidia ó caridad lo que te hace hablar de ese modo?

—¡Envidia! repitió Avelina : ¿de qué?

—No sé : creo ver en tí una oposicion muy extraña á que vaya al palacio, y creo tambien adivinar la causa de ella.

—La causa ya te la he dicho.

—La causa no es esa : la verdadera causa es que temes que vea al señor de Montereal, acerca del cual tienes pretensiones...

—Yo...

—¿Por qué, si no, cuando pasa él por la calle y estás tú al balcon, te pones tan colorada?...

Un subido carmin vistió las mejillas de Avelina al oir esta observacion : era verdad que, acaso sin saberlo ella misma, veia con placer y emocion á Carlos cuando pasaba por debajo de su balcon : era verdad que, siendo tan distinto de todos los jóvenes del pueblo, que formando con ellos tan perfecto contraste, se habia dicho mas de una vez que la mujer á quien Carlos amase, seria muy dichosa : era verdad que, al ver que su prima iba todos los dias al palacio, donde Carlos podia verla y hablarle, un sentimiento amargo se habia deslizado en su corazon.

Así es que, ante la acusacion de su prima, le faltaron las palabras é inclinó la cabeza en silencio.

Irene, alentada con el abatimiento de Avelina, prosiguió :

—Siempre has caminado delante de mí, prima mia, y siempre me has causado cuantos perjuicios has podido : viviendo nuestra tia, me robabas su cariño, tú tenias todas sus alabanzas, yo toda su reprobacion : despues te has declarado señora absoluta de tu casa y has querido encerrarme en ella ; pero ten cuidado, porque soy muy mala para enemiga, y lo que es ahora creo que quedarás vencida!

Irene salió, dichas estas palabras, y Avelina la siguió con una mirada atónita y triste : pero era demasiado inocente para que

durase su aturdimiento, y pronto alzó la cabeza y se echó á reir exclamando :

—¡Vaya un modo de decir tonterías! la pobre Irene se ha deslumbrado á la vista del becerro de oro! ¡Quiera Dios desengañarla y hacerla muy feliz!

Pero no tardó en mezclarse á estas reflexiones una sombra negra, la sombra de los celos : amaba y temia.

Avelina era una criatura dulce, poética, que no podia ser comprendida de los jóvenes de aquella aldea, que veian en ella solo una muchacha insignificante, lo mismo respecto á belleza que á bienes de fortuna : humilde flor nacida á la orilla de un solitario arroyo, únicamente habia sido comprendida y amada por su tia : hasta su hermano la conocia poco, por decirlo así, porque á causa de las locuras de su vida, no se habia cuidado de estudiarla, y tambien porque Avelina, tímida y pudorosa , cerraba su alma como una sensitiva al menor contacto un poco rudo.

Ella, por su parte, no pensaba siquiera en aquellos jóvenes toscos, faltos de educacion y de trato, y que nada decian á su corazon ni á su cabeza ; pero á la vista de Carlos, al contemplar su noble figura, su fisonomía espiritual, amable é insinuante, toda su alma se estremeció : al oir su voz el dia que fué á acompañar á su prima, al ver sus maneras galantes y llenas de distincion, al leer en sus ojos un afecto verdadero, suplicante, profundo, afecto que en realidad sentia Carlos , porque ya sabemos que la presencia de Avelina le recordaba á aquella Atenais á quien habia amado, la pobre huérfana sintió que un mundo desconocido se abria ante sus ojos, y, sin apercibirse de ello siquiera, abrió su corazon á una grata esperanza.

Por eso aquella tarde, á pesar de que su primer instinto fué reirse de las locas amenazas de su prima, tembló, y su sonrisa se

apagó helada bajo la impresion de un terror profundo y repentino.

Aun se hallaba dominada por esta impresion, cuando la vieja criada entró á decirle que la camarera de la señora de Montereal venia á buscar á Irene de parte de su ama.

—Avísele usted, pues, dijo Avelina: ella hará lo que quiera.

—¡Lo que querrá ella será irse! ¡Claro está! refunfuñó la tia Homobona al salir.

En efecto: un instante despues entró Irene, y dijo á su prima con aire triunfante:

—¡Adios! La señora de Montereal ha enviado á buscarme.

—Ya lo sé, contestó Avelina: ¿y te irás sin esperar á que venga Estéban? ¿Y si él no aprueba que vuelvas á esa casa?

—Me importa poco: ¡adios!

—Adios, dijo Avelina mirando á su prima con tristeza.

Desde aquel dia, Irene solo volvia á dormir á su pobre casita, y sus primos sabian que comia con la señora de Montereal, y que salia con ella y en su mismo carruaje.

—¿Por qué le hemos de arrebatar una buena suerte? observó Estéban un dia que su hermana le hablaba de la estancia de su prima en el palacio: esa anciana señora gusta de su compañía, y estando con ella nada puede perder la buena reputacion de Irene.

Avelina sacudió tristemente la cabeza, aunque sin decir una sola palabra.

—Hermana mia, exclamó Estéban: ¿serias acaso envidiosa?

—¡Yo, envidiosa! gritó la pobre jóven con un acento arrancado del alma: ¡ah, Estéban! Haga Dios á Irene tan dichosa como yo deseo!

—¡Oh! ¡Perdona mis palabras! Yo debia saber que un ángel,

como tú, no puede tener envidia : pero, ¿qué quieres? á veces soy brusco y mal pensado : háblame de tí, de lo que pasa en tu corazon : ¿Clemencia no es tu amiga? ¿Estás contenta de su afecto? ¿te ha hablado del suyo el señor de Montereal? ¿Le amas? ¿te ama él? ¿Estás segura de que tiene hácia tí la afeccion que mereces?

—No, dijo Avelina : ¡jamás he pensado que sus muestras de simpatía encierren un amor verdadero : está entre él y yo el becerro de oro! ¡Pronto volverá á Madrid, y en Madrid me olvidará!

—¿Quién sabe?

La jóven meció de nuevo la cabeza con el movimiento lento y triste que le era habitual : su hermano no reparó en la desolada expresion de su semblante, y salió para ir á trabajar con el notario, pues desde que pensaba en Clemencia habia desplegado una actividad extraordinaria.

Algunos dias despues del en que tuvo lugar la conversacion anterior y la vuelta al palacio de Irene, se verificaba la reunion en casa de Petronila para celebrar la apertura de su tienda.

Irene habia sido tambien invitada por la misma Petronila, que no podia olvidar que era la sobrina de su querida y llorada bienhechora : la jóven, copiando los modales de la madre de Carlos, habia mejorado notablemente sus toscas maneras : los cuidados de su ambicion la habian adelgazado algun tanto, y las continuas galanterías de los amigos de Carlos, que aun se hallaban en el palacio, habian dado animacion á su mirada y á su sonrisa.

Ostentaba pues, en realidad, una hermosura espléndida á causa de sus cabellos dorados y de su tez de una nacarada blancura.

—Avelina, dijo Clemencia á su amiga : esta tarde voy á hacer una proposicion á ese buen sacerdote amigo tuyo : si accede á ella, seré muy feliz, porque no tendré que volver tan pronto á Madrid, del que estoy tan cansada, que lo que es por ahora puedo decir que le detesto.

—¡Pues qué! ¿Se trata de volver á Madrid? preguntó Estéban palideciendo de repente.

—La madre de Carlos, que es aun mi tutora y que lo será por espacio de tres meses todavía, quiere volverse ya : yo quisiera que se contentase con la compañía de su hijo y que me dejase á mí en Egea.

—¡Usted sola aquí! ¡Eso me parece imposible, señorita! observó Avelina, que tambien habia palidecido al oir hablar de viaje.

—¿No me quieres dar el placer de llamarme de tú? preguntó Clemencia con el acento de una dulce reconvencion : pase por esta vez, pero á la otra me enfadaré : por lo que hace á quedarme aquí hasta mi mayor edad, no lo creo imposible, si el padre Matías, al que solo conozco de verle en tu casa, pero al que tanto alabais, quiere amparar mi soledad.

—Ya lo oye usted, Avelina, dijo en voz baja Carlos al oido de la jóven : voy á alejarme de aquí, porque debo acompañar á mi madre: ¿no podré alcanzar lo que deseo? Media hora para hablar á usted á solas y con toda confianza, ¿es mucho pedir?

—Es mas de lo que yo puedo dar, respondió la jóven con acento temeroso y triste : ¿por qué quiere usted comprometer mi reputacion? ¿No nos vemos siempre que usted lo desea? Desgraciadamente, no hay muchas personas al derredor mio que me incomoden.

—Sin embargo, sobran para quitarnos toda libertad : esa

mujer, que sirve á usted, está siempre entrando y saliendo: ese buen padre Matías ha llegado á interrumpirnos las dos veces que he ido á ver á usted con la firme intencion de hablarle gravemente.

—Señor de Montereal, dijo Avelina con entereza: usted dice que me ama y yo no tengo motivo para dudar de la veracidad de usted; pero como soy una pobre muchacha lugareña, el amor de usted me parece una felicidad inesperada, y tanto mas, cuanto que yo siento tambien que mi corazon se inclina hácia usted: convénzame usted, pues, de que soy verdaderamente dichosa, de que su afeccion por mí es sincera y no hija de un mero capricho, con la delicadeza de su conducta, con su confianza en mí, con todas las pruebas, en fin, que, segun lo que yo pienso, deben ser las manifestaciones del verdadero amor.

—¡Qué extrañas ideas! murmuró despechado Carlos, y volviendo la cabeza al otro lado, donde su mirada, llena de enojo, se encontró con la acariciadora mirada de Irene llena de seductoras promesas.

—No es extraño que sean raras mis ideas respecto al amor, observó Avelina tristemente: he sido educada por mi tia, que no amó ni se casó jamás: sin embargo, señor de Montereal, sigo tambien lo que mi conciencia y mi instinto me aconsejan, y creo que no me engaño.

—¡Aquí está ya el padre Matías con Palomo! dijo entrando con alegría el hijo mayor de Petronila, que, al efecto, se hallaba apostado á la puerta.

Un instante despues, entró el venerable religioso, lleno de polvo y con señales de haber hecho un largo camino.

Petronila le acercó una silla á la mesa: uno de los chicos tomó su sombrero, otro su baston, y el tercero se apoderó de su mano y se la besó con afecto y veneracion.

—He hecho esperar á estas señoritas y á este caballero, verdad, Petronila? dijo: perdon; á pesar de que sentia mucho mi tardanza, no he podido evitarla.

—¿A que sé de dónde viene usted? preguntó Petronila poniendo delante del religioso su jícara de chocolate.

—De ahí... de un pueblo vecino... balbuceó el padre Matías, confuso y lleno de rubor, como si hubiera hecho una accion ¿vergonzosa: luego, y como gozoso de que le hubiera ocurrido una idea luminosa, exclamó:

—¡Tambien Avelina lo sabe!

—Viene usted de socorrer á una pobre familia, cuyo padre, que es jornalero, se halla atacado de la fiebre hace ya ocho dias, dijo Petronila: yo tambien lo sé.

—¿Pero qué tiene mi prima? observó Irene malignamente, al ver la actitud abatida y triste de Avelina.

—¿Yo?... ¡Nada... nada! respondió esta alzando la cabeza.

Todos empezaron á tomar el chocolate; pero los ademanes de Carlos eran bruscos é impacientes: su carácter indomable se rebelaba contra la apacible resistencia de Avelina respecto de la entrevista á solas que le pedia sin cesar y que ella le negaba siempre.

—Padre Matías, dijo Clemencia, yo quiero hablar á usted de un asunto mio; y si es tan bueno que me concede media hora de audiencia, cuando concluyamos de tomar chocolate, pasaremos al jardin y le diré de lo que se trata.

—Estaré á las órdenes de usted, señorita, contestó el anciano: y volviéndose á Petronila, que servia en pié á sus convidados, añadió:

—Mira, no te enojes, si no como estas tortas de manteca, porque ayuno, y aunque me gustan mucho... me sorbo el chocolate.

—¡Cómo! ¡Ayuna usted con el viaje que ha hecho á pié! exclamó Estéban.

—Sí, hijo mio : ayuno un dia sí, y otro no, por oferta, desde hace diez años.

—¡Ah! sí : cuando mataron malamente á Pedro el cojo, dijo Petronila, el padre Matías ofreció ayunar un dia sí y otro no, durante toda su vida, para que Dios recibiese en su gracia el alma del pobre hombre que murió sin confesion.

—¿Siendo hombre de talento, cree usted en esas cosas? preguntó Carlos, cuya fé naciente vacilaba al soplo del enojo que despertaba en él la firmeza de Avelina, como vacila una débil luz al soplo del aire de la tempestad.

—Antes que hombre de talento, dado caso que lo sea, soy cristiano humilde, caballero ; dijo el padre Matías con dulce gravedad, y el que lo es, cree verdadera, ciega y profundamente.

Cárlos dejó ver una sonrisa amarga, y volvió á decir algunas palabras en voz baja á Avelina, á las que la jóven respondió con un ademan negativo.

En cambio, Clemencia y Estéban, sentados el uno al lado del otro, se miraban y murmuraban algunas frases, al parecer, inocentes, pero en las que se encerraba un mundo de amor.

—Vamos al jardin, dijo aquella así que se hubo terminado la sencilla merienda preparada por Petronila : venga usted, padre Matías, y usted, Estéban, sígame tambien.

Los nombrados se levantaron de la mesa : Irene los imitó, y se aproximó á la ventana cantando á media voz y dejando caer sobre su prima y Cárlos una mirada burlona.

Montereal se acercó mas á Avelina y le dijo con voz rápida é imperiosa :

—Esta noche necesito verla á usted y hablarle sin testigos.

—Dígame usted ahora lo que tenga que decirme, respondió Avelina.

—¡Ahora es imposible!

—¿Por qué causa?

—¡Porque está ahí su prima de usted!

—¡Me voy, ya que estorbo! dijo Irene que oyó las últimas palabras de Montereal.

—¡No, quédate! suplicó Avelina con voz que tenia algo de lastimera.

—Volveré luego... no me gusta incomodar, dijo la jóven saliendo de la estancia.

Las mejillas de Avelina se vistieron con el rubor de la indignacion: encendióse en sus ojos una llama extraña, y volviéndose hácia Cárlos, le dijo con una expresion que se parecia á la del desafío :

—¡Ya estamos solos... hable usted!

—Sí, hablemos, dijo Carlos pasando su brazo al rededor del talle de Avelina : ¡hablemos, amor mio! ¡tengo tantas cosas que decirte!

—Yo tambien... y voy á empezar, repuso la jóven : déjeme usted tranquila, añadió desasiéndose del brazo de Carlos, y escúchelas : usted siente por mí yo no sé qué capricho, al que da el nombre de amor : usted no quiere hacer de mí su esposa : ha pensado en distraer su tedio conmigo, y próximo ya á partir para la córte, donde me olvidará, trata de seducirme para tranquilizar su amor propio, alarmado con la resistencia de una pobre lugareña ignorante y sencilla! ¡Y bien, caballero! Yo amo á usted con el primer amor de mi vida; mas por grande que este amor era, jamás me hará olvidar de mí misma hasta el punto de ceder á sus exigencias : si lo que usted siente por mí es un ca-

pricho, como supongo, délo usted por terminado y váyase ; si es amor, hable usted de él á mi hermano, y dé así una muestra de que no quiere engañarme.

Carlos miró á la jóven como atónito de sus palabras : le parecia imposible que aquella muchacha inocente, humilde, tímida como una niña de diez años, pudiese hablarle con tanta firmeza é imponerle condiciones : la benéfica influencia de sus primeras entrevistas con el padre Matías y la contemplacion de aquella exuberante naturaleza, parecian haber reanimado en él los instintos nobles, de que el cielo le habia dotado, y que la ociosidad y los extravíos de una larga y estéril juventud se habian encargado de enervar ; pero el pernicioso ejemplo de Irene, de aquella mujer bella, que le convidaba con el amor fácil que le rehusaba Avelina, habia vuelto de nuevo á envolver en sombras su alma.

La vanidad, la feroz vanidad del hombre de mundo, del hombre rico, del hombre afortunado, se levantó en su pecho rugiendo como un monstruo y le mostró á Avelina como la mas calculista y la mas helada de todas las criaturas.

—¡Ah! exclamó tras de algunos instantes de silencio: ¡conque tambien las lugareñas quieren atrapar pronto marido ! pero, mi buena amiga, ¿está usted acaso soñando? ¿Usted pretende que yo sea su esposo? ¿ Quién se lo ha hecho creer ? ¿ Sabe usted quién soy yo? ¿Se ha olvidado ya de quién es?

—No, señor, repuso Avelina, cuyos ojos se llenaron de lágrimas de cólera y de vergüenza: yo soy una mujer honrada, y usted un hombre que ha tratado á muy pocas que lo sean : para acabar, le repito lo que antes le dije: no comprendo el amor mas que legítimo, noble, sancionado con la aprobacion de los mios: no recibiré á usted á solas: no le haré ninguna concesion, sépalo desde ahora y no espere que varie nunca en mi decision.

—Ni lo espero, ni lo deseo, dijo Carlos: guarde usted, querida Avelina, su extraña é inútil virtud; y digo inútil, porque hasta hoy creo que solo yo he intentado vencerla: ahora me arrepiento y me retiro.

Inclinóse irónicamente, al decir estas palabras, delante de Avelina, que sintió helársele el corazon y que la tierra faltaba debajo de sus piés, y se acercó á Irene, que habia vuelto á entrar y cantaba apoyada en la ventana.

—Escucha, le dijo: mañana se va el marqués á Madrid: te irás con él y me esperarás allí: no te lleves nada de tu casa, ni digas una palabra á tu familia acerca de ese viaje.

—¿Vencí yo por fin? preguntó Irene con una sonrisa de que se la hubiera creido incapaz quince dias antes.

—Sí, respondió con serenidad Montereal: la tonta de tu prima ha cometido la ridícula torpeza de hablarme de boda: está preparada para mañana por la noche: una carta mia te avisará de todo: yo iré muy pronto con mi madre.

XV.

—Señor, dijo Clemencia, no bien se hallaron sentados en el jardinillo de la viuda del albañil, mirando al padre Matías con respetuosa ternura: he oido hablar de usted con tanta veneracion á cuantos le tratan, que hace dias que participo yo de ese mismo sentimiento: yo no tengo padres ni hermanos, y me veo sola en el mundo: á usted, como sacerdote y como hombre virtuoso y justo, vengo á decirle lo que pasa en mi alma y á pedirle un consejo, como si se lo pidiese á mi padre.

—Hable usted, hija mia, repuso el religioso con dulce gravedad: ni mi consejo ni mi cariño han de faltar á usted.

—Pues bien, padre mio, escúcheme usted y permita que tome desde algo atrás el hilo de la narracion que quiero hacerle.

Nací muy rica, pues ya lo era mi padre cuando llegué al mundo: mi madre era angelical, y poderosa tambien: murió muy jóven y yo quedé al cuidado de mi padre, quien habia sufrido los horrores de la pobreza durante una parte de su vida, y creia que la riqueza era el orígen de todas las dichas de la tierra : en esta creencia fuí yo educada, y no hubo capricho que se me rehusase en el mundo.

Perdí á mi amoroso padre, y se encargó de mi cuidado la señora de Montereal, persona muy rica y muy apegada á su opulencia : esta señora continuó la tarea que mi padre habia empezado, y llegué á los veinte años y medio fatigada con el peso de la riqueza y gastada sin haber vivido, porque jamás habia tenido nada que desear.

Estaba destinada para ser esposa del hijo de mi tutora, y aceptaba este proyecto sin repugnancia alguna, porque jamás habia conocido el amor: tampoco habia conocido los dulces encantos de la caridad y el suave consuelo de la oracion, ni habia visto la celeste luz de la esperanza, porque lo que tenia me parecia el supremo bien; y sin embargo, ¡qué desgraciada era, padre mio! Mi alma gemia como una pobre esclava privada del aire y de la luz: yo languidecia consumida de hastío, y mi rostro de veinte años se iba poniendo marchito como lo estaba mi corazon : ¡ la estéril adoracion del becerro de oro, que veia en torno mio, helaba mi alma!

En tal estado, llegué aquí : la naturaleza me habló, con su lenguaje de luz, de ambiente, de flores: leí en los cielos las palabras *Dios* y *Gloria* escritos con estrellas: le oí á usted predicar en la iglesia, y su palabra clara y sencilla, pero llena de calor,

de vida, de fé, despertó mi alma del triste letargo en que yacia: ví á los labradores entregarse al rudo trabajo, por su esposa y sus hijos, con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazon: el mio *deseó*: deseó amar, rezar, hacer bien á los desgraciados: se desentumeció, se inflamó con el calor, con la fé, con el entusiasmo, con la caridad: recé, creí, esperé... ¡y amé á este jóven desde un dia en que supe, sin que él se apercibiera, que era bueno y generoso para una mendiga á la que ofreció su mesa y una parte de lo poco que poseia!

Clemencia se detuvo al llegar aquí: un púdico encarnado cubria sus mejillas, y de sus ojos se escapó una lágrima que recogió con su pañuelo.

El religioso apoyó paternalmente la mano en la rubia cabeza de la jóven y le dijo con su voz reposada y dulce:

—Adelante, hija mia.

—No bien estuve convencida de que no amaba ni podia amar á mi futuro esposo, se lo dije leal y sinceramente: él me confesó que tampoco me amaba, y quedamos libres: en cuanto á Estéban, aunque nos hemos visto cada dia; aunque, segun creo, sabe mi amor y participa de él, nada me ha dicho acerca de sus sentimientos, por favorables que estos me sean, acaso por motivos de delicadeza: él es pobre, yo soy rica: yo he callado tambien, segun el decoro me aconsejaba; pero ahora, padre mio, le confieso á usted, en su presencia, que le amo y que pienso que solo á su lado seré dichosa...

—¡Ah, padre mio! exclamó Estéban: reciba usted el juramento que le hago de mi amor á Clemencia: ella no ignoraba que yo lo sentia: ¡yo tengo por una nueva dicha el confesárselo delante de usted!

—Ahora bien, prosiguió la jóven: mi deseo es casarme con

Estéban, así que llegue á mi mayor edad, muy cercana ya: pero mi tutora, enojada de que su hijo y yo hayamos roto nuestra union, quiere llevarse á Carlos á Madrid : yo deseo quedarme, padre mio: quedarme en esta apacible soledad para prepararme á los deberes que tengo que cumplir cuando sea esposa: necesito recogerme en mí misma, pensar y orar; ganar, en fin, para Dios y para mi entendimiento los veinte hermosos años que he perdido en las frivolidades del gran mundo: ¿cree usted que debo casarme con Estéban? ¿Cree usted, como yo, que no debo buscar la felicidad en otra parte, cuando la tengo aquí?

—Creo que ambos sereis muy dichosos , respondió con gravedad el sacerdote: todo lo que en tu alma haya aun de frialdad y de cansancio, desaparecerá al contacto de la alegría y el entusiasmo del alma de Estéban; sí, creo que ambos sereis dichosos; pero, antes de celebrar vuestra union, debeis meditarlo un poco y aprender á conoceros.

—Y bien, padre mio, dijo Clemencia: como Estéban no puede abandonar á su hermana para ir á Madrid, y como allí no le dejarian verme, es forzoso que, segun he indicado, sea yo la que se quede: ¿quiere usted vivir á mi lado, ser mi apoyo, mi tutor y mi padre?

—¿Quién lo duda , ni qué me cuesta complacerte , hija mia? repuso el anciano: ¡sí! aquí amarás á Dios y aprenderás á comprenderle en el gran libro de la naturaleza: aquí leerás y alimentarás á la par tu corazon y tu entendimiento : si tu tutora consiente en que te quedes, yo iré á acompañarte al instante : te prepararás á ser buena esposa ejerciendo la caridad , orando y pensando, y el amor y la amistad embellecerán tus horas, pues en la cariñosa Avelina has hallado ya una tierna amiga.

—¡Bendito sea Dios! exclamó Clemencia alzando al cielo una

mirada de gratitud. ¡Bendita sea su mano providente, que me ha traido á este humilde rincon donde debia encontrar la paz y la felicidad!

—Y ahora, prosiguió, voy á volver á casa acompañada de Petronila: adios, Estéban: ya soy tu prometida, ya sabes que te amo y todos los dias te veré en presencia de mi padre, de mi querido protector.

Clemencia besó la mano del padre Matías: dirigió una tierna mirada á Estéban, que apenas podia dar crédito á sus oidos y salió del jardin.

Estéban salió un instante despues para seguir con la vista, desde la ventana, el blanco vestido de Clemencia: el padre Matías, al que seguia el fiel Palomo, iba igualmente á abandonar el jardin, cuando sintió que una mano helada se apoyaba en la suya y que una voz débil pronunciaba estas palabras:

—¡Padre, padre! ¡Venga usted en mi socorro, porque me siento morir!

El religioso se volvió con espanto: habia conocido la voz de Avelina: esta se asió á él con el mortal desfallecimiento del náufrago: el padre Matías la sostuvo, y, á una débil seña de la jóven, volvió á entrar con ella en el jardin.

XVI.

Hallábanse solos en el humilde huertecillo de Petronila el anciano y la jóven.

La tarde acababa.

La luna aparecia en el cielo, como la bella y silenciosa soberana de la noche.

Cada pajarillo habia buscado su lecho en la rama de un árbol

y ya callaban todos entregados al sueño: solo el ruiseñor entonaba su himno á la noche: las ranas dejaban oir su monótono ronquido en el vecino arroyo, y las cigarras su eterno canto entre las hojas de los mismos árboles donde las aves reposaban.

—¿Qué te sucede, hija mia? preguntó el padre Matías sentándose sobre una piedra y haciendo sentar á Avelina á su lado: ¡qué pálida estás! ¡Jamás te he visto así!

—¡Padre, se va... se va! ¡Me abandona! exclamó la pobre niña, cuya mirada estaba apagada y triste: y además me ha ultrajado... me ha dirigido palabras insultantes!... ¡Ah! ¡Por qué ha venido aquí! ¡Era yo tan dichosa y vivia tan tranquila!...

Detúvose Avelina para dar paso á los sollozos que la ahogaban; pero aquella explosion alivió su pecho, que se desgarraba con el peso horrible de su dolor.

El religioso la dejó llorar, y ella misma volvió á tomar la palabra con mayor calma, cuando hubo dejado correr su llanto durante algunos instantes.

—Padre mio, prosiguió, yo amaba á Carlos Montereal, porque creí sus palabras llenas de pasion, y tambien porque es el hombre mas superior de los que he visto en mi vida: pero despues he conocido que solo sentia por mí un capricho pasajero, y que se proponia únicamente seducirme con promesas que jamás debia cumplir... Indignada, le he dicho que no llegaria á mí mas que por el camino recto, y al oirme, me ha calificado de ambiciosa, diciéndome que le vendia amor con el ruin objeto de conquistarle para marido!... despues de estas palabras... se ha ido! todo ha terminado entre nosotros... pero yo, padre mio, me siento morir de dolor... veo brotar, además, en mi corazon el soplo ardiente del odio... porque, segun me ha dicho Clemencia, hubo un tiempo en que él me amó sinceramente, porque me parecia á

otra jóven que murió y á la que dedicó una pasion profunda ; y me hubiera amado siempre, á no ser por la influencia de mi prima.

—¿Qué tiene que ver la pobre Irene en las borrascosas pasiones del alma de Carlos? dijo sorprendido el padre Matías : cálmate, hija mia : el dolor te hace injusta.

—¡Injusta! repitió Avelina : ¡no, no, señor! El dolor enseña mas que largos años de vida, y da una intuicion que ninguna otra cosa puede dar! Padre, yo he comprendido que el alma de Carlos estaba luchando entre dos elementos contrarios : yo le atraia hácia el bien : Irene hácia el mal : yo oponia á sus palabras atrevidas el rubor de mi frente y las lágrimas de mis ojos : ella la sonrisa y los halagos : ella ha vencido, y yo moriré !

—Hija, respondió el padre Matías, si ella ha vencido, no le envidies su victoria, porque es muy triste: tú no has caido, lejos de eso, te levantas triunfante sobre las miserias de la vida : no te pese de lo que has hecho, porque ha sido celebrado en el cielo con himnos de gozo.

—No me arrepiento de ello, padre mio, dijo Avelina, cuya voz iba perdiendo su sorda agitacion y era ya dulce como siempre, si bien profundamente triste : semejante á la violeta, que así que se arranca de su modesto lecho de verdura, se marchita y muere al solo contacto de la luz, yo hubiera muerto al contacto de un amor impuro, y prefiero morir llevando ante Dios mi virginal corona ; pero ¡oh, padre mio! Hay en mi corazon tanto dolor y tanta amargura hácia Irene, que necesito que la religion derrame su bálsamo consolador sobre las heridas de la miserable vanidad de la mujer!

—Ya has hablado dos veces de morir, Avelina, dijo con gravedad el padre Matías : no te dejes llevar de ideas exaltadas,

pobre niña : la muerte es una cosa tan augusta, que no se debe profanar hablando de ella sin respeto y como de un asunto indiferente : piensa mas bien en la vida y en el amor : piensa en que puedes ser la esposa de un hombre honrado y la madre feliz de hermosos hijos.

—¡Jamás! respondió la jóven meciendo la cabeza: padre mio, nadie, como yo, ha conocido lo que vale ese hombre á quien las pasiones extravian y llevan al precipicio la ceguedad de una madre y los malos ejemplos que ha tenido durante toda su vida! ¡Yo hago mas que amarle! Le compadezco, y siento con todo mi corazon no poder salvar su alma y su inteligencia!

—¡Y bien! ¿Crees acaso que ese dolor ha de abreviar tu vida? No, hija mia : Dios y su santa Madre vendrán en tu ayuda, ¿y quién sabe si ese hombre volverá algun dia á este rincon de mundo, cansado de sufrir desengaños? Ora y espera, apoyada en tu virtud y en la misericordia del Altísimo.

Avelina alzó al azulado cielo una mirada de suprema resignacion, y en sus ojos brilló la alegre esperanza del alma cristiana.

—Si Dios quiere que siga aquí como he vivido, sola y sin amores, hágase su santa voluntad, dijo : la pobre y humilde florecilla que brota á la orilla del arroyo es tambien feliz mirándose en el cristal del agua, y no carece de un soplo de brisa y de un rayo de sol.

—Aquí estoy yo para sostener tu valor, repuso el padre Matías : te queda un padre en mí, el cariño de tu hermano, la amistad de Clemencia, la caridad, la oracion y la hermosa vista de la naturaleza: no te llames desdichada, hija mia, en tanto que puedas decir al acostarte :

—He cumplido con mi deber.

El religioso salió del jardinillo llevando de la mano á la jóven,

LA MUERTE ES UNA COSA TAN AUGUSTA, QUE NO SE DEBE PROFANAR HABLANDO DE ELLA SIN RESPETO.

en cuya alma herida habia vertido el bálsamo de la resignacion.

Avelina y Estéban acompañaron á Clemencia á su casa, retirándose despues el hermano hablando á la hermana de sus proyectos de felicidad para el porvenir, y esta oyéndole con triste, pero dulce sonrisa.

XVII.

A la mañana siguiente y á la hora del desayuno, se echó de menos á Irene, que habia desaparecido de la casa.

Sus primos salieron á buscarla por todo el pueblo: unos labradores les dijeron que la habian visto, cuando iban al campo, subir á un carruaje, que esperaba á espaldas del palacio, con uno de los señores que habian ido á cazar por aquel sitio.

Los dos hermanos regresaron á su casa tristes y cabizbajos.

Avelina llevaba el corazon lleno de melancolía, y sentia hácia su prima, no ya odio ni rencor, sino una conmiseracion profunda.

El corazon de Estéban se hallaba lleno de una violenta cólera.

Ni uno ni otro pronunciaban una sola palabra: al llegar cerca de su casa, la camarera de Clemencia les alcanzó y entregó á Estéban una carta.

—¿Puede usted decirme cuál de los caballeros que habia en su casa de usted se ha marchado esta mañana? preguntó Avelina á la camarera, en tanto que su hermano se enteraba de la carta.

—El señor marqués, respondió la muchacha.

—¿Y sabe usted á dónde va?

—Segun oí decir anoche á su ayuda de cámara, señorita, va á Paris, á donde irá á reunírsele pronto el señor de Montereal.

—Yo enviaré la respuesta, dijo Estéban despidiendo á la camarera; y acercándose á su hermana, con el rostro lleno de alegría, añadió:

—Escucha lo que me escribe Clemencia, hermana mia! O mas bien, toma la carta y subamos á casa.

Avelina tomó el billete, y ambos entraron en su casa: la jóven leyó entonces su contenido, que estaba escrito con la inseguridad que comunica á la mano una gran alegría y en los siguientes términos:

«—Mi tutora, querido Estéban, consiente en que me quede aquí en compañía del padre Matías, á quien llama el *cura simple*: en compañía, pues, de este *sublime simple* esperaré el poco tiempo que me falta para llegar á mi mayor edad, y él nos unirá ante el altar.

»Mañana salen para Madrid mi tutora y su hijo: tu prima, acompañada del marqués, van á Paris, á dónde irá á reunírseles Carlos, así que haya dejado á su madre instalada en Madrid: ¡pobre muchacha! La compadezco, porque su destino será muy triste!... el de ser el juguete de todos estos hombres sin corazon!

»Di á Avelina que no se desconsuele por la traicion que le hace ese loco, que iba á ser mi esposo, indigno de mí y mucho mas de ella: asegúrale que encontrará un esposo mas acreedor á su cariño en el gran mundo á donde nosotros la llevaremos el invierno que viene; porque ahora ya tengo experiencia para escoger: entretanto, la consolará nuestro amor.

»Adios; mañana por la tarde vendrá ya *nuestro* padre Matías á vivir á mi lado: tuya de corazon

CLEMENCIA.»

Avelina dejó caer su carta sobre sus rodillas, y de sus ojos se escapó un torrente de lágrimas.

—¡Qué! ¡Tanto le amabas tú! ¡Y te abandona! exclamó Estéban: pero, ¿por qué te afliges? ¡Yo iré á pedirle cuentas de su conducta y á castigar su infamia!

Estéban, al decir estas palabras, tomó su sombrero y se lanzó hácia la puerta, pero su hermana le detuvo por el brazo.

—Déjale, dijo: nada me debe, porque no le he concedido mas que algunos minutos de atencion y el primer afecto que mi corazon ha sentido: este ha sido mal comprendido: pero ¡quién en este mundo no llora decepciones? Mi conciencia está limpia de toda mancha, y esta felicidad, la mayor de todas, nadie ni nada puede arrebatármela: desde aquí, desde este balcon donde le ví llegar, le veré partir, y mi corazon le dará un triste adios, pero conservará la tranquilidad de la conciencia.

En efecto, á la mañana siguiente, desde que el alba envió al mundo la primera luz, Avelina se hallaba en el balcon de la salita que habia ocupado su tia, y se apoyaba en el antepecho mirando tristemente el parque del palacio, que se descubria con toda claridad.

A eso de las ocho salió el carruaje de camino que habia traido á la señora de Montereal, á su hijo y á Clemencia: esta se hallaba á la puerta del parque.

Poco tardaron en bajar la madre y el hijo, seguidos de los tres amigos de Carlos que debian partir con ellos.

La viuda del banquero dió friamente la mano á su pupila; y entretanto Carlos se volvió, y, como cediendo á un movimiento involuntario, dirigió una larga y triste mirada á los balcones de la humilde casita de Avelina.

Esta se apercibió de aquella mirada y se hizo hácia atrás cubriéndose el semblante con ambas manos y dejando pasar por entre sus dedos un raudal de lágrimas.

La imaginacion de Carlos iba á Madrid, á Paris, á los grandes centros de la civilizacion y de la corrupcion humana; pero algo se quedaba detrás de él: algo mas noble que las pasiones de la tierra: algo mas graude, mas alto, que reside en el alma y que pone en ella la soberana mano de Dios.

Era la aspiracion hácia el bien, hácia la religion, hácia el amor, hácia el deber.

—¡El volverá! dijo detrás de Avelina una voz grave y sonora: lo he leido en la expresion de su mirada! Consuélate, Avelina, y espera! ¡El volverá!

La jóven vió á su lado al padre Matías.

La rica viuda, su hijo y uno de sus amigos subieron al carruaje: los otros dos jóvenes se acomodaron en una silla de postas que les esperaba, y bien pronto se perdieron todos entre una nube de polvo.

XVIII.

Tres años despues de estos sucesos, una jóven hermosa, con una belleza deslumbrante, pero comun y algo fria, llegó á Egea de los Caballeros, en un carruaje particular.

Pasó por delante del palacio de Montereal y preguntó al portero que se hallaba sentado al lado de la verja del parque tomando el fresco de la tarde:

—¿Estan aquí los señores?

El conserje miró á la hermosa dama y luego al carruaje de que se habia apeado, y conociendo que era persona de suposicion, se levantó, se quitó su gorra galoneada, y contestó con acento de profundo respeto:

—Señora, el poseedor actual es don Carlos de Montereal, que

hace tres años que se marchó con su señora madre y que no ha vuelto.

—Lo sé, respondió la dama, quien aunque no pasaba de los veinte años, aparentaba algunos mas á causa de los estragos que el arrebol habia hecho en su tez: lo sé; pero, cuando él se marchó con su madre, creo que quedó aquí la señorita Clemencia de F..., una jóven que debia haberse casado con el señor de Montereal.

—Y que se casó cinco meses despues con don Estéban de H... jóven del pais bastante pobre: esos señores viven en su castillo, ó en Madrid: ahora están aquí: ¿vé usted aquel edificio tan hermoso con sus torrecillas al pié de aquella colina? Allí viven, y por cierto que son la providencia del pais: son tan buenos y caritativos, que ahora no hay pobres aquí: ya tienen un niño y una niña que da gozo mirarlos.

La jóven desconocida miró el edificio que le señalaban, y que, en efecto, era magnífico : tenia el aspecto de uno de esos encantadores castillos modernos que reunen á la severa arquitectura de una época remota todos los atractivos de los mayores adelantos.

—¿Y podria usted darme noticias de una señorita que es hermana de don Estéban y que vivia antes en la entrada de esa calle que se ve desde aquí? volvió á preguntar la jóven.

—¿De la señorita Avelina?

—Justamente.

—Allí vive todavía.

—¿Sola?

—No, señora: con un sacerdote viejecito, llamado el padre Matías, y con una vieja regañona que le sirve de criada.

—Yo pensé que vivia con su hermano, murmuró la jóven : ella era pobre...

—¡Y lo es! Y sin embargo, vive solo con lo poquito que tiene: y dicen que todo lo que le dan su hermano y su cuñada—que la quiere con alma y vida—lo entrega ella á los pobres, no del pueblo, que de esos cuidan sus hermanos, sino de las aldeas inmediatas: ¡ah, señora! ¡la señorita Avelina es un ángel!

—Gracias por los informes de usted, buen hombre, dijo la viajera poniendo en la mano del conserje una moneda de oro.

Y subiendo de nuevo al coche, dijo al conductor algunas palabras á media voz, y se alejó del palacio.

El conserje siguió el carruaje con la vista y observó que se detuvo en la puerta de la modesta casita habitada por Avelina.

La jóven desconocida bajó del coche y entró en el portal terroso y estrecho que estaba barriendo la tia Homobona: esta, interrumpida en su faena, se volvió con muy mal humor y preguntó á la recien llegada:

—¿Qué se le ofrece á usted?

—¿No me conoce usted, tia Homobona? dijo la jóven.

La interpelada miró con desconfianza el rico traje de la que le hablaba, y respondió:

—No, señora: no recuerdo haberla visto en toda mi vida.

—¿No se acuerda usted de Irene?

La anciana se aproximó algo mas á su interlocutora, y, despues de un escrupuloso reconocimiento, respondió:

—Sí, veo que tiene usted el pelo rojo como aquella buena pieza: ¡si es usted ella, lo siento!

—¿Siente usted verme?

—A mí, tanto me da; pero siento el mal rato que va á llevar la señorita cuando usted se vaya, porque á pesar de las picardías de usted, nunca ha dejado de quererla, y la nombra muchas veces.

—Mi prima podrá quererme, tia Homobona, dijo Irene; pero usted no da muestras de haberme guardado un gran afecto!

—¿Qué quiere usted? Yo soy así: el pan, pan; y el vino, vino: usted no hizo mas que darnos malos ratos, mientras vivió su tia, con su genio holgazan y abandonado, y despues que murmurar á todo el pueblo con su escandaloso viaje: ahora vendrá usted otra vez á levantarnos de cascos y á alborotarnos la casa!

—¿De modo que usted desearia que no hubiese vuelto?

—Ni que se hudiera acordado en toda su vida de este pueblo.

Dibujóse en los labios de Irene una triste sonrisa, y sin hablar ya mas, se dirigió á la escalera y empezó á subirla con lentitud.

En el descansillo en que terminaba, se hallaba una puerta abierta: era la del cuarto que ella habia habitado en compañía de su prima.

Irene se detuvo: extendió la cabeza, y apoyada en el marco de la puerta, dirigió una mirada al interior, escuchando el murmullo de una voz que leia y que reconoció por la del padre Matías.

El cuadro que se ofreció ante sus ojos era digno de un gran pincel.

Al lado del balcon, abierto, y entoldado de enredaderas y jazmines, bordaba Avelina: hallábase vestida con un hábito de lana de Nuestra Señora del Cármen, ceñido á su delicado talle por una correa.

Su blanco y puro rostro habia adquirido, sin perder nada de su gracia sencilla y pudorosa, una expresion tranquila y casi feliz: era un semblante encantador que aparecia pensativo y á la vez lleno de inocencia.

Su frente, de veinte y un años, estaba tan blanca, tan pura, tan serena como cuando tenia diez y ocho: lo mismo que enton-

ces, estaba coronada de apretadas trenzas de cabellos oscuros.

Enfrente de ella, el padre Matías leia un poema de Víctor Hugo en francés: el grueso Palomo se hallaba acostado al lado de la jóven y dormia un sueño apacible, tendido en una alfombrita de estera de paja, dejando oir de cuando en cuando un resoplido de satisfaccion y bienestar.

Los mismos muebles decoraban la estancia que en la época en que la habitaba Irene, y la misma exquisita limpieza resplandecia en ellos: allí se verá el alto crucifijo de talla oscurecido por los años: las sillas de anea barnizadas de verde: las mesitas con las urnas del Niño Jesús y la Divina Pastora: el manucordio donde habia aprendido música doña Severa y donde el organista habia dado lecciones á las dos primas: por allí no habia pasado el tiempo: todo estaba lo mismo, no solo que tres, sino que diez años antes.

Algunas lágrimas brotaron de los ojos de Irene á la vista de aquel cuadro apacible y encantador.

Durante algunos instante y mientras derramaba su silencioso llanto, escuchó al anciano que seguia leyendo, con el calor de la inspiracion y del sentimiento, los sublimes conceptos del gran poeta.

Hablaba el libro de la pequeñez de la vida y de la grandeza de Dios: la voz del sacerdote, parecia mecida en alas de la brisa aromada y ligera de la tarde, y hubiérase dicho que subia como un incienso del alma hácia el azulado cielo que se veia por el balcon abierto de par en par: en la campiña y á lo lejos, se divisaban las azuladas y murmurantes aguas del rio, que corria dulcemente, fecundando los huertos que bordaban sus márgenes.

Un paso lento sacó á Irene de sus profundas reflexiones: la tia Homobona subia la escalera y se acercó á ella con la escoba en la mano, diciéndole con su gruesa y áspera voz:

—¿Por qué no entra usted? ¿tiene reparo? ¡No le falta razon! La verdad, se necesita mucho valor para volver á esta casa! Pero vaya, ya que ha venido usted, entre y no se quede en la escalera.

Avelina dejó su bordado, se levantó y fué hácia la puerta para ver con quien hablaba la tia Homobona; mas apenas hubo fijado sus ojos en Irene, recorrió un temblor violento todo su cuerpo y hubo de apoyarse en la pared para no caer.

—¡Avelina! exclamó Irene corriendo hácia ella y rodeándole el cuello con sus brazos.

—¡Ah! ¡Perdona mi turbacion! No es que no me alegre de todas veras de verte! dijo la jóven, recobrada ya: pero la sorpresa... entra, entra!

Las dos primas pasaron á la salita, y la recien llegada tomó la mano del padre Matías y la llevó á sus labios.

—Bien venida seas, hija, dijo el anciano: para los que te queremos, es una alegría el volverte á ver: ¿estás buena? ¿Qué ha sido de tí en los tres años que hace que te fuiste de nuestro lado?

En tanto que hablaba así el padre Matías, Avelina desataba las cintas del sombrero de su prima y la hacia sentar con las muestras del mas tierno cariño.

—¡Y qué! exclamó Irene asombrada: ni usted, padre mio, ni tú, Avelina, tienen para mí una palabra de reproche! ¡Así me reciben despues de mi culpable huida! ¡Yo creí que iban á llenarme de injurias!

—Si has sido culpable, si lo eres todavía, Dios te castigará, aunque yo le he pedido y le pediré con todo mi corazon que te perdone: á nosotros solo nos toca darte gracias, porque has vuelto á nuestros brazos.

—¿Te quedarás ya con nosotros? preguntó el sacerdote: ¿te

resuelves á vivir aquí? ¿te ha enseñado el mundo alguna cosa tan amarga, que te hace desear el reposo y la soledad?

—¡Dios mio! exclamó Irene cubriéndose el rostro con las manos: tanta bondad me confunde mas que las mas duras recriminaciones! ¡Ah! ¡si supierais quien soy y cuál ha sido mi vida!

—No queremos saberlo... solo queremos amarte y consolarte si sufres, dijo Avelina: una pregunta te haré no mas: ¿y *él*?

—¡No le veo desde hace dos años! respondió Irene: se cansó muy pronto de mí... y, ¿cómo no, despues de haberte tenido en su pensamiento? Se aburrió de la vida de Madrid y se fué á viajar por el extranjero, de donde acaba de volver... Por mi parte, no he podido olvidarle... él es el hombre á quien verdaderamente he querido.

La voz de Irene se apagó sofocada por las lágrimas; pero las enjugó y prosiguió con acento un poco mas firme:

—Me parece que Carlos, en el corto espacio de tiempo que ha viajado, ha envejecido diez años: está pálido y como abatido por un cansancio profundo de la vida: la muerte de su madre, á la que amaba en extremo, ha concluido de abatirle... he procurado verle y no lo he conseguido.

En cuanto á mí, querida prima, ya sabes que vendí muy pronto la hacienda que me dejó nuestra buena tia; luego he vivido de una manera que no me atrevo á expresarte: mi nombre es hoy de moda entre los hombres mas ricos y mas libertinos: he tenido y he disipado varias veces mucho oro: ya me ves... he adquirido el aspecto de una gran señora, sus maneras y su fausto, que tanto he ambicionado: pero ¡ay! ¡detrás de esto, no hay ya nada! ¡ni inocencia, ni fé en el género humano, ni modestia, ni paciencia, ni esperanza, ni aun deseos!

—Aqui despertará todo eso, dijo el religioso mirando á la po-

bre Irene con una profunda compasion: ¿por qué fuiste á arrojarte en medio de la tempestad y dejaste el nido materno? Pero ya que vuelves á él, espera hallar lo que dejaste, pues nada ha cambiado para tí: aquí verás los corazones que te amaban: la humilde iglesia en que recibiste por la vez primera el pan celestial: el blanco lecho en que, al amparo de tu tia, dormias tus cándidos sueños: contempla á Avelina: ¿no lees en su frente la tranquilidad mas dulce? Ella no ha dejado ni de amar ni de esperar: aun es una niña inocente.

—¡Señor, repuso Irene, yo la admiro y la envidio, pero no puedo imitarla! ella no ha gustado ese veneno que el mundo destila en las venas y que hace desearlo siempre: ella conserva lo que es necesario para vivir dichosa en la soledad: la inocencia y la fé: yo nada de eso tengo ya: yo seria aquí vituperada, despreciada, escarnecida, y no tengo valor para arrostrar la reprobacion general, aunque la he merecido!

—¡Y qué! ¿te vas? preguntó Avelina con tristeza.

—Sí, ahora mismo: ya he satisfecho el vehemente deseo que me asaltó de ver los lugares donde nací y de verte á tí, mi amiga de la infancia: ahora, adios! el dulce recuerdo de tu virtud me acompañará donde quiera que me halle; pero me vuelvo al mundo, porque no podria vivir en esta soledad: cuando vea cercana á la muerte, quizá volveré á buscarte para descansar en este retirado cementerio al lado de mis padres!

Antes de que Avelina tuviera lugar de responderle, la abrazó Irene: pero al ir á tomar, para besarla, la mano del padre Matías, este la retiró y le dijo severamente:

—¿Dejas de nuevo este asilo seguro por las tempestades y los peligros del mundo? Pues el Señor lo ha dicho: El que ama el peligro perecerá en él: quédate á nuestro lado, prosiguió dulcifi-

cando su acento: quédate aquí, hija mia: arrostra la vergüenza que has merecido, y si han dejado de estimarte culpable, te compadecerán arrepentida!

—¡La compasion de estas gentes! ¡jamás! ¡jamás! exclamó Irene: ¡adios, padre mio! ¡Mi fortaleza no llega á tanto!

Dichas estas palabras, se lanzó fuera de la habitacion, bajó la escalera precipitadamente, y bien pronto vieron perderse su carruaje el padre Matías y Avelina, que le siguieron con una triste mirada.

XIX.

Aun pasó otro año, rezando y esperando el padre Matías; rezando y haciendo mucho bien Avelina, pero ya sin esperar nada.

Al fin de él, recibió esta una carta de Irene que le escribia cada dos ó tres meses: el último párrafo decia así:

«La casa del banquero Montereal ha quebrado: era cosa que debia esperarse de las locuras de su dueño: la ley ha embargado hasta el moviliario de las casas que tenia aquí y en Paris, y Carlos se ha quedado reducido á la miseria: nadie le compadece, porque todos dicen qne su completo descuido en los negocios y sus excesos de todo género le han conducido á esta situacion: ya estamos vengadas de él, yo por haberme hecho dar el primer paso en la senda del mal, tú por haber desgarrado tu corazon con mentiras que creiste para verlas despues convertidas en humo.»

Avelina sintió con esta noticia un agudo dolor: á su pesar, amaba siempre á aquel hombre, ó mejor dicho, su recuerdo, pues á sus ojos habia sido solo una sombra casi fantástica; pero á la que su imaginacion habia revestido de toda clase de encantos y de atractivos.

Acababa de leer la carta de su prima, cuando entró en su cuarto Petronila, la comercianta en lienzos, toda sofocada.

—Señorita, exclamó, ¿sabe usted lo que sucede? La justicia se ha apoderado del palacio para venderlo! ¡Ya está en la plaza el edicto! ¡Quién habia de pensar que aquellos señores tan ricos habian de verse así!... ¡Ah! ¡si donde parece que hay jamones no hay ni clavos donde colgarlos!

—¡Perder hasta ese último asilo! murmuró Avelina. ¡Oh! Eso es horrible! ¿Qué les da ese mundo por el que todo lo olvidan, por el que desprecian amor, tranquilidad y virtud? ¡Cuánto diera ahora por ser rica! ¡Yo compraria esa casa y se la devolveria!

Petronila ya no oia estas palabras: habia salido para hablar con la tia Homobona del acontecimiento que preocupaba á toda la villa.

—¡Toma! dijo detrás de la jóven la voz del padre Matías.

Avelina se volvió: el religioso la habia oido: estaba allí como su ángel bueno, y le presentaba un pliego que ella tomó temblando.

—Poco antes de morir tu tia, dijo el sacerdote, me dió este pliego cerrado y me dijo:—si mi sobrina se ve alguna vez en una extrema necesidad de dinero, á causa de alguna enfermedad que agote sus recursos, ó por otro motivo, déle usted este escrito.—Ahí le tienes, hija mia: quizá hallarás en él medios para seguir los impulsos de tu corazon: este ha sufrido mucho y necesita algun consuelo.

La jóven temblaba tanto, que alargó el pliego al padre Matías para que lo abriese él, lo que verificó al instante.

Bajo la cubierta, apareció un papel doblado, en el que solo habia escritos algunos renglones con la letra gruesa y redonda de doña Severa: decian así:

«En el antiguo buró colocado á la cabecera de mi lecho y abriéndole hácia la izquierda, hay un resorte que consiste en un boton negro: oprimiéndole, sale un cajoncito que contiene treinta mil pesos en monedas de oro: ese dinero es para tí, puesto que lo necesitas, sobrina mia: el notario tiene otro pliego cerrado, en el que le aviso que, en el caso de morir tú sin hacer uso de ese dinero, lo emplee en el socorro de los pobres: si tú lo necesitas, participaselo para que inutilice dicho pliego.»

—¡Corramos! exclamó Avelina: dentro de dos horas es la subasta: abramos, padre, ese cajon... ¡ah! ¡bendita sea mi buena tia!

XX.

Aquella misma tarde y al esconderse el sol entre dos altas montañas, un caballero jóven, de hermosa y elegante presencia, pero de semblante marchito y triste, entraba en Egea siguiendo la alameda festoneada de verdor, que, sirviendo de paseo, llegaba hasta el camino real.

Conducíale un caballo de alquiler, que sin duda habia tomado en algun pueblo cercano, y el paso lento del pobre animal, que se hallaba bastante flaco, armonizaba con la fisonomía abatida y macilenta del que le regia.

Hallábanse sentados en uno de los bancos de la alameda casi todos nuestros conocidos: Clemencia y su marido habian ido á buscar á Avelina, segun acostumbraban algunas tardes, para dar un paseo, y hablaban de los acontecimientos y de la venta del palacio, que con sorpresa de todo el pueblo habia adquirido el padre Matías.

El héroe del dia estaba sentado en otro banco del paseo, en-

frente del que ocupaban el jóven matrimonio y Avelina, y jugaba con los hijos de Estéban, que eran dos hermosos querubines rubios y rosados.

Algunas gentes del pueblo habian salido tambien á paseo, y todos, al pasar por delante del padre Matías, se detenian y le decian algunas palabras que expresaban su sorpresa ó una maligna ironía.

Una de las primeras personas que salió al paseo fué la boticaria con sus hijas, y se detuvo como para saludar al anciano.

—¡Vaya, vaya! Y qué oculto tenia usted que era rico, padre Matías, dijo la boticaria: ¿quién lo habia de pensar? Ya no me admiro de que diera usted tanto á los pobres.

—Yo he dado á los pobres siempre mucho menos de lo que era mi deseo, repuso con sencillez el sacerdote.

—Pues, santo varon, aun podia usted haberles dado mucho mas, segun lo que hoy se ha visto, observó la boticaria.

A este tiempo llegó tambien la escribana, que igualmente se detuvo.

—¡No se tiene usted que quejar de su amiga doña Severa! dijo dirigiéndose al padre Matías.

—Señora, prorumpió el padre Matías; no saben ustedes de la misa la mitad: á pesar de mi calma, me canso ya de sus habladurías; y, por lo tanto, les aconsejo que sigan su paseo y me dejen en paz: lo que fuere sonará.

Las dos entrometidas se miraron, y encubriendo su confusion bajo una risa maliciosa, se alejaron del padre Matías.

Palomo las despidió ladrando, y luego se echó sobre la yerba para que los niños de Clemencia, sus amigos, jugasen con él.

—Allí viene uno á caballo, dijo Avelina que miraba á la entrada de la alameda... yo creo conocerle... Y sin esperar á

que se acercase mas, echó á correr al encuentro del que llegaba, y exclamó al acercarse mas:

—¡Carlos!

Todos se levantaron: el viajero se apresuró á llegar al sitio donde estaba Avelina y se apeó al instante.

En un momento se vió rodeado de sus amigos.

Avelina, trémula de emocion y de alegría, tuvo necesidad de apoyarse, para no caer, en el brazo de su hermano, que la miraba con una cariñosa sonrisa.

—¡Y nosotros que no sabíamos dónde buscarle! exclamó el padre Matías: ¡ah! ¡Dios nos le envia!

—Mañana salgo de nuevo de este pueblo para no volver jamás, dijo Montereal: voy á pasar á América y á reconquistar trabajando, si me es posible, la fortuna que tan locamente he disipado.

—Ya hablaremos de eso, observó el padre de Matías: ahora vamos todos á acompañar á usted á su casa.

—Mi casa aquí es la posada, repuso Carlos: ninguna otra me queda, aunque no me perdonaré en mi vida el no haber conservado la que edificó mi pobre madre! ¡Ah, amigos mios! ¡Qué triste debió ser su muerte! Yo estaba lejos de ella y solo tuvo á su lado personas extrañas para cerrar sus ojos! Pero no hablemos mas de esto: ¿ha comprado nuestro palacio alguna persona de este pueblo?

—Sí, respondió el padre Matías.

—¿Y tendria la bondad de permitirme entrar en él por la última vez? ¡Quisiera darle el postrer adios!

—¡Qué dices, Avelina? preguntó Estéban mirando á su hermana.

—Digo, respondió esta, que podemos ahora mismo ir á él y

dejar instalado al señor de Montereal, retirándonos nosotros para que descanse.

—¡Cómo! ¿Pues de quién es ahora mi antigua casa? preguntó Carlos.

—De Avelina, respondió Clemencia: ella la ha comprado esta mañana.

—¡Ella! repitió Montereal.

—Ella para cedérsela á usted, dijo la jóven, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas: ella que ha querido reservarle esa pacífica morada: ella que ahora dice á usted que no necesita expatriarse, porque puede vivir aquí modesta, pero felizmente! y si usted quiere recoger los restos de una gran fortuna que, por diseminados que estén, aun bastarán á proporcionarle algun recurso; si prefiere volver al bullicio de las populosas ciudades, hágalo y váyase tranquilo, en la seguridad de que aquí le queda un asilo para los dias de su vejez!

Carlos permaneció algunos instantes sin movimiento, y semejante á la estátua del asombro: despues quiso hablar, pero de sus labios no salió ningun sonido: por último, tomó la mano de Avelina, la estrechó con respeto y le dijo con voz ahogada por la emocion:

—Contestaré á esas nobles palabras en la casa que fué de mi madre.

Y pasando por su mano las bridas del caballo, tomó el camino del blanco palacio, que se alzaba como una nevada paloma entre la verdura del valle.

Todos le siguieron: entraron en el suntuoso edificio, á cuya puerta se hallaba el conserje, y llegaron al salon principal.

El conserje condujo á la cuadra al desfallecido caballo, dándole mas avena de la que en su vida habia visto.

—Avelina, dijo Carlos, así que todos se hubieron sentado: yo venia aquí con el objeto de dar un adios á los lugares que amaba y de despedirme tambien de tí... no queria ir á América... queria matarme... aquí... al lado de esta casa, que fué mia, y en la que tantas veces he pensado en tí... pero ahora... lo confieso: he vuelto á verte y la muerte me espanta!

—¿Morir? Aquí están la paz, el amor, la felicidad, porque aquí está Avelina! exclamó el padre Matías: ¡eh! no se hable mas de semejantes disparates! Dentro de quince dias, os casaré: entretanto, quédate en el palacio, mi querido hijo: esta es tu casa, porque es ahora propiedad de la que va á ser tu esposa: reune tus papeles, haz tu plan de vida, procura recobrar lo que puedas de tu fortuna perdida, y piensa ya en ser hombre honrado, esposo ejemplar y padre feliz.

XXI.

Seis meses despues, Avelina salia por la primera vez de la villa en que habia nacido, é iba á Madrid con su esposo y con el padre Matías, del que ni uno ni otro quisieron separarse.

Carlos de Montereal logró reunir un modesto capital, que hizo prosperar con su actividad y práctica de mundo, y que le proporcionó una existencia cómoda y desahogada: siempre fué un excelente esposo para Avelina, á la que llamaba su *ángel bueno*, y con la que vivia los veranos en el palacio de Egea y los inviernos en su casa de Madrid.

Irene, la pobre idólatra del becerro de oro, murió jóven y casi miserable, sin que la llorase nadie mas que su prima, que no la abandonó en su última enfermedad.

FIN DE EL BECERRO DE ORO Y DEL TOMO PRIMERO.

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS DEL TOMO PRIMERO.

—

Portada.	Anteportada.	
Señora, es en verdad incomprensible que se atreva usted á dirigirme la palabra.	Pagina	63
Margarita sacó de su pecho el ramito de violetas.	—	115
¡Habla! quiero y debo saberlo todo. . .	—	210
Vicente dejó caer sobre los objetos. . .	—	262
¡Oh, hijos mios! ¡qué habeis hecho para que os dejen morir sin amparo y sin socorro!	—	256
La muerte es una cosa tan augusta, que no se debe profanar hablando de ellá sin respeto.	—	442

BIBLIOTECA PARA TODOS.

VELADAS DEL INVIERNO,

EN TORNO

DE UNA MESA DE LABOR.

SALVADOR MANERO, EDITOR.

VELADAS DEL INVIERNO,

EN TORNO

DE UNA MESA DE LABOR,

ESCRITAS POR

D.ª MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

TOMO SEGUNDO.

BARCELONA:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO EDITORIAL
DE SALVADOR MANERO.
R. de Sta. Mónica, 2.—Ronda, 146.

1866.

ES PROPIEDAD DE SALVADOR MANERO.

Reservado el derecho de traduccion y reproduccion.

IV.

LA PRIMERA FALTA.

Aquel de vosotros, que esté sin culpa, arrójele la primera piedra.

(*Jesucristo.*)

Sed compasivas para los extravíos de nuestro sexo, ¡oh jóvenes cristianas! Antes de acusar, pensad que detrás de la falta puede haber una terrible lucha y un profundo dolor, y delante, muchas lágrimas y una muy amarga expiacion.

LA AUTORA.—De la obra inédita: *Un libro para las jóvenes.*

I.

—Hijos mios, dijo la baronesa, dirigiéndose á sus oyentes: la historia que os voy á leer es muy dolorosa: algunas de vosotras, mis queridas niñas, llevais ya en la frente el velo de las esposas, y otras vais á adornaros con él; por cuya razon, quiero que conozcais los escollos en que podeis caer y los riesgos que debeis evitar; pues, de lo contrario, era posible, si no fácil, que os arrastrase al abismo su superficie esmaltada de flores y de verdor.

Despues de escuchar mi relato, aprendereis que es preciso saber sujetar la imaginacion, y que nada hay mas triste que los extravíos en que el corazon no toma parte, pues este, sin quedar vacío, anhela un bien que ya no le es dado disfrutar.

El duque de Montenegro quedó viudo cuando apenas habia cumplido treinta años, con una niña que acababa de cumplir uno.

Amaba apasionadamente á su esposa, y le fué completamente imposible vivir bajo el cielo donde reposaba su cadáver, al menos, en tanto que su dolor era vivo y profundo: salió, pues, de Madrid, y se dirigió á Paris con su hija, la nodriza de esta y su ayuda de cámara de confianza.

Se apeó en el gran Hotel del Louvre, y despues se ocupó de buscar una casa que encontró en la bella y suntuosa calle de Rívoli: la hizo amueblar con elegancia, y se instaló en ella, montando su interior con esplendidez y tomando algunos criados mas, dos carruajes y dos caballos de silla.

El duque era rico, ó, mejor dicho, opulento: tenia, si no un talento luminoso, el necesario para saber vivir y un barniz de buena sociedad tan exquisito y delicado, que hacia de él un tipo de la primera y mas alta distincion.

Habia viajado mucho de soltero y residido en Paris y en Londres, y era tan admirador de la capital de Francia, que solo el placer de hallarse en ella mitigó considerablemente el dolor de su reciente viudez.

En Paris volvió á encontrar á sus amigas, á sus amigos, el club, los teatros, las carreras de caballos, todo lo que le habia encantado en otro tiempo: la duquesa María, tan jóven, tan hermosa, tan buena, tan adorable, que dormia en el cementerio de San Luis de Madrid y en un suntuoso mausoleo de mármol blanco, quedó casi olvidada en el corazon de su marido, cuando apenas se cumplian seis meses de la estancia de este en Paris.

Habia, sin embargo, una persona que se acordaba de ella cada dia mas; y esta era la nodriza de la niña, que comprendia lo que valia aquella jóven angelical.

A cada desórden de los criados, á cada gran comida de hombres solos, que daba el duque, la severa Agueda exclamaba:

—¡Ah! ¡Si viviera la señora!

—¿Qué haria? le preguntó un dia un criado: ¿regañaria? ¿tan huraña era?

—¡Huraña! Era un ángel sin alas, respondió Agueda: no desplegaria los labios, pero es el caso que tampoco tendria por qué, pues no sucederia lo que sucede: el señor duque llevaria una vida mas arreglada y vosotros tambien.

—Y no estaríamos aquí.

—Vendrian otros criados.

—¿Mejores qué nosotros? ¡No seria cosa fácil!

—¡Pues no habia de ser! Y además, que vosotros seríais mejores al verla y al oirla: mi marido era un demonio en carne humana: la señora duquesa nos llevó á los dos á su casa, á él de criado y á mí para criar á su hija: pues bien, mi marido, con todas sus diabluras, se volvió tan manso como un cordero sin mas que oir los buenos consejos que ella le daba: ¡oh, la señora tenia la miel en los labios y la sabiduría en el alma!

El tierno recuerdo que Agueda guardaba de la duquesa, fué transmitido á la pequeña Cristina, desde que esta pudo comprenderla, y la niña conservaba de su madre una memoria llena de ternura y de entusiasmo.

Decidido el duque de Montenegro á no volver á Madrid, vendió todo cuanto tenia y se instaló en Paris para siempre, proponiéndose, no obstante, pasar algunas temporadas viajando por puro recreo ó para tomar baños.

Entre las mujeres á la moda que trataba, halló, por fin, una que fijó irrevocablemente su atencion, y de la que se enamoró con locura.

Era una gran señora rusa, y notorio es que pocas, como las rusas, saben ser grandes señoras.

La que cautivó al duque, que no era otra que la princesa Fedora Kernok, habia enviudado hacia ya seis años, y vivia en compañía de una niña encantadora, que nació despues de morir su padre: era inmensamente rica y en extremo hermosa: su tez, algo morena, al contrario que la de casi todas sus compatriotas, la hacia parecer, mas bien que una mujer del Norte, una hija del Mediodia: sin embargo, tenia los grandes ojos azules de las rusas, su nariz perfecta, su rosada boca y sus dientes de perlas, así como su elegante estatura y sus delicadas manos.

Cejas, pestañas y cabellos negros acababan de dar á la princesa de Kernok un aspecto deslumbrador y que atraia tanto como encantaba.

La ví, hijos mios, por la primera vez, en un baile que daban los embajadores de Inglaterra, y fué tal el ascendiente que alcanzó sobre mí, que ya no pude separar de ella los ojos.

Su traje era rico y sencillo: se componia de un vestido de gros de Nápoles blanco, sin mas adorno que un magnífico encaje de Inglaterra, recogido en ondas con broches de perlas: gruesas perlas ceñian su garganta y se enredaban entre sus negros cabellos.

Pero mas que su belleza tranquila y, sobre todo, inteligente, me llamó la atencion la distincion de sus maneras, distincion tan completa y tan noble, que jamás, ni antes ni despues, he visto otra que se le pueda comparar.

Hablaba con el duque de Montenegro, quien, á pesar de ser hombre de mundo, acostumbrado á vencer sus emociones, no podia ocultar la violenta pasion de que estaba poseido y que se advertia en todas sus acciones.

Fedora contaba ya treinta y cuatro años, porque habia estado casada durante doce sin tener ningun hijo: así es que la única hija, que le habia dado Dios para consuelo de su viudez, era para ella el objeto de una ardiente idolatría.

Tenia un hermano muy jóven entonces, que vivia en Londres con un opulento tio suyo, hermano de su madre.

Aquella seductora mujer cautivó al duque por todas las maneras con que se puede cautivar á un hombre: le era muy superior en talento, instruccion y trato social : su esposo, gran diplomático, la habia hecho frecuentar, desde la época de su casamiento, la sociedad de los hombres mas distinguidos de todas las naciones, pues habia desempeñado varias veces la embajada de Rusia en Paris: así es que Fedora hablaba seis idiomas y estaba al corriente de todas las cuestiones de alta importancia política.

El afecto del duque pareció interesarle, mas por lo profundo y sincero, que porque halagase su vanidad, en razon á que habian sido solicitados su cariño y su mano por los primeros personajes célebres del mundo : sin embargo, fuerza es decir que en ninguno de estos habia hallado la afeccion ciega y constante, el culto que le dedicaba Montenegro: el amor de este era el mas verdadero, el mas apasionado, el mas capaz de sacrificios que ella habia hecho sentir en su vida.

El duque le habló de matrimonio; pero la princesa meció negativamente la cabeza, y respondió :

—No quiero dar á mi casa un jefe que no sea el padre de mi hija, ni á su hija de usted, amigo mio, una mujer que ejerza autoridad sobre ella sin ser su madre : seré, pues, su amiga de usted, pero no su esposa.

—¡Ah, Fedora! veo claramente que usted no me ama! exclamó el duque.

—Confieso á usted que no me ha inspirado una pasion ardiente y exclusiva; pero le tengo cariño, y aprecio sus buenas cualidades.

—¡Y yo amo á usted como un loco!

—Ya lo sé y se lo agradezco: pero ámeme usted un poco menos, para que pueda amar á su hija un poco mas: imíteme usted: yo amo á mi Diana un poco mas que á usted.

—¿Cree usted que su hija seria conmigo desgraciada?

—No por cierto: pero así será mas dichosa.

El duque tuvo, pues, que contentarse con lo que le concedian: y, aunque no era mucho, se consideró tan feliz, que toda su vida fué poca para consagrarla al amor de la princesa.

Esta pidió que le llevasen á Cristina, á la que tomó y acarició con ternura, teniéndola en su regazo.

—¡Pobre niña sin madre! exclamó contemplándola con tristeza: si yo no lo fuera, tú serias mi hija; pero no quiero ser madre mas que de mi Diana: sin embargo, quiero que seas su amiga y la compañera de sus juegos, su hermana, en lo posible.

Llevaron, pues, á Cristina á casa de la princesa todos los dias, y á no ser porque cada noche iba á dormir á la de su padre, hubiera podido creerse aquella al lado de su madre y de su hermana.

Habia entre las dos niñas notables diferencias, así físicas como morales.

Cristina era mas hermosa que la hija de la princesa: su tez, blanca como el nácar, hacia un constraste deslumbrador con sus ojos negros y rasgados: no tenia los cabellos negros, sino de un armonioso color castaño: sus cejas y pestañas de color oscuro y el sonrosado de sus mejillas acababan de dar tal realce á su hermosura, que se quedaban los ojos suspensos al contemplarla.

Diana era blanca y rubia, pero sus facciones carecian de re-

guridad: el mayor encanto de su fisonomía era una expresion de inalterable y plácida dulzura: su boca era grande, y su dentadura desigual y defectuosa, al paso que la boca de Cristina era una gruta de coral y perlas.

En lo que toca á su parte moral, Cristina era impresionable, soñadora, sensible hasta lo infinito: altiva é impetuosa, dotada de una alma ardiente, la vista de un dia risueño la alegraba, y los dias nublados la sumergian en una profunda melancolía: su imaginacion era tan viva, que jamás podia estar un instante ociosa: adoraba la lectura y la necesitaba, pues, si no alimentaba su cabeza, se consumia con extrañas y quiméricas visiones.

Diana era mas dulce, mas apacible de carácter, porque sentia con mucho menos vehemencia; mas igual y mas prosaica: parecia nacida de padres pobres, pues todo le agradaba, todo la divertia, su apetito era inmejorable y su humor el mas alegre.

Diana reia á carcajadas por la causa mas leve.

Cristina no se reia nunca y sonreia pocas veces, descubriéndose siempre en su sonrisa un tinte de melancolía.

Diana estaba organizada para ser dichosa.

Cristina estaba dotada de un temple de alma, el mas propio para ser infeliz.

Por lo demás, las dos niñas se amaban tiernamente; y Cristina era amada con pasion por su padre y con verdadero cariño por la princesa, que era la primera en compadecerla y en procurar calmar su sensibilidad con la prosa de la vida.

Del cariño que Agueda profesaba á la niña no hay mas que decir que aquella se hubiera dejado matar por evitarle un dolor de cabeza, y que miraba, con una especie de orgullosa vanidad, sobresalir la hermosura de su Cristina al lado de todas las niñas

de su edad, como la rosa sobresale entre todas las flores de un jardin.

Cristina creció, pues, entre caricias y cuidados: todos la amaban. Diana no podia estar sin ella, y, por encargo de su madre, le daba el dulce nombre de hermana: vestian iguales, y juntas hicieron la primera comunion.

El amor del duque á la princesa fué degenerando en una apacible amistad: los años, segun costumbre, enfriaron aquel sentimiento tierno, vivo y exclusivo, porque nada es comparable, para el remedio de las pasiones, al transcurso del tiempo: pero el afecto, á que se redujo la que el duque sentia, si bien mas puro y mas frio, siguió siendo hasta la muerte profundo é inalterable, como no podia menos de suceder tratándose de una mujer tan superior como la princesa.

Por lo que á esta toca, su corazon cambió poco respecto al duque; pues el afecto, que le dedicaba, jamás habia sido otra cosa que una amistad acendrada, pero tranquila.

La vida de las dos niñas era feliz y apacible, y se deslizaba como las aguas azules de un lago: á las ocho de la mañana, en el buen tiempo, y á las nueve en la estacion mas rigurosa, llegaba Cristina acompañada de Agueda á casa de la princesa, que era uno de los magníficos palacios del Faubourg-Saint-Germain: la berlina oscura que las conducia se volvia á la *rue Rivoli*, y las dos permanecian hasta la noche en casa de la princesa, pues conociendo esta el cariño de Agueda por Cristina y sabiendo que nadie podia cuidar mejor á las dos niñas, habia ordenado á la nodriza que se quedase allí siempre.

Cristina iba vestida de una bata muy sencilla: entraba en el dormitorio de Diana, saltaba sobre su lecho y la despertaba con un abrazo y un beso: saltaba aquella de la cama; se envolvia en

un peinador y ambas entraban en el gabinete de tocador, donde las peinaba la camarera de Diana.

El guardaropa de Cristina era igual al de su amiga, y las dos tenian todos sus vestidos en una espaciosa sala, situada dentro del gabinete de tocador: la princesa mandaba hacer perfectamente iguales los vestidos y sombreros para ambas niñas.

Acabado el tocador, iban á desayunarse, y luego entraban á ver á la princesa, quien, despues de vestida, pasaba una hora recostada en un sofá hablando con las niñas: hasta la hora del almuerzo, que era la una, se ocupaba el tiempo con el maestro de inglés, con el de música y el de dibujo: en seguida estudiaban un poco y se dedicaban á alguna labor de aguja hasta la hora del paseo: despues de la comida, á la que siempre asistian dos ó tres personas de la intimidad de la princesa, pasaban al salon para tomar el café, y las jóvenes cantaban acompañándose alternativamente y se entregaban despues á su labor de tapicería.

La noche que la princesa iba al teatro, la pasaban solas, y únicamente las acompañaba un rato á última hora el duque, que con este fin dejaba la ópera ó la comedia: estas noches eran las mas felices para Diana y Cristina, pues estudiaban, discutian, leian versos en voz alta y hablaban con toda libertad de mil tonterías propias de sus cortos años.

Algunas veces decia Cristina:

—¿Vamos á hacer castillos en el aire, Diana?

—Vamos, respondia esta: yo quiero que mi madre viva siempre, aunque sea muy anciana; que me toque en suerte un buen marido, amable y complaciente, que me compre lindos trajes y me lleve á los bailes, á los teatros, á las corridas de caballos y al bosque: y tú, ¿qué deseas?

—¿Yo? Un castillo solitario á orillas del mar: un esposo amante, enamorado, que se siente á mis piés, á la luz de la luna, y diga versos que componga para mí: quiero tambien una barca para pasear al pié del castillo con el amado de mi corazon, sola con él y reclinada en su hombro, en tanto que entona una cancion de amor.

—¡El mar! ¡Un castillo solitario! ¡Pasear en una barca! exclamó Diana estupefacta la primera vez que oyó estas cosas: ¡pero eso es muy feo! ¿No vale mas tener un espléndido palacio en la avenida de la Emperatriz, que es un sitio tan divertido? ¡Un palacio de esos cerrados con una hermosa verja de hierro, y cuyo parque está lleno de macetas con arbolitos enanos! ¿No vale mas que la barca una buena y cómoda berlina, y en vez de un poeta lánguido y amarillo, que suspire versos al oido, un buen mozo que sepa galopar, que ria y que sea divertido!

—No puedo sufrir á los hombres alegres, ni tampoco á los hombres felices.

—Pues, ¿cómo los quieres? ¿Desgraciados?

—Sí: desgraciados y tristes: cuánto mas melancólicos mejor.

—Pero, ¿por qué? Un hombre triste solo puede estarlo ó por ser muy pobre, en cuyo caso no te lo darán para marido, ó por ser perseguido, lo que indicará que no es muy bueno, y tampoco te convendrá casarte con él.

—Puede ser perseguido ó inocente á la par.

—¡Qué tonterías! Desengáñate, que el que solo atiende á su casa y á los negocios, no es perseguido ni molestado; y luego un hombre preocupado no ama á su mujer como debe.

—Yo no le quiero preocupado, sino triste.

—¿Triste sin motivo? Entonces será un tonto ó un hipocondríaco insoportable. ¡Tal vez te querrá tener encerrada como una monja!

Cristina quedó pensativa y como buscando frases que diesen á entender á su amiga lo que ella queria decir ; despues, sacudiendo su bella cabeza, le tomó la mano y le dijo con dulzura :

—Yo no sé cómo explicarme, mi amada Diana : mira, yo no quiero, para esposo, ni un perdido, ni un hipocondríaco, como tú dices, sino un hombre que sea muy sensible, que tenga mucho talento, y que sea poeta, pues así será algo melancólico : quisiera que hubiera sido desgraciado, que hubiera sufrido muchos desengaños, porque de este modo me amaria con locura, única y exclusivamente, como al ángel de su redencion.

—Vamos, dijo Diana tras de algunos instantes de reflexion : tú lo que quieres es un romántico : un pollo lánguido y sentimental : pues, amiga, á mí no me gustan los pollos de ninguna manera.

—Ni á mí tampoco, respondió Cristina : prefiero á un pollo un hombre ya marchito : aunque tenga cuarenta años, no me importa ; pero ha de ser de buena figura.

—¡ Entonces será un hombre grave, que ya no hará versos ! Vamos á ver, ¿te gustaria el marqués de Montbar?

—¡Sí! dijo Cristina á media voz y ocultando su semblante, lleno de rubor, en el seno de su amiga.

Esta la miró sorprendida.

—¡Qué! ¿Pensabas en él cuando me hacias la descripcion del hombre que te gustaba?

—Sí, por cierto.

—¡ Pero es viudo ! ¡ Si tiene una hija casi de nuestra edad ! Julia, ya la conoces.

—Lo sé ; y sé, además, que fué muy desgraciado con su primera esposa.

—Así lo he oido yo decir tambien: ella le detestaba, porque

la casaron á la fuerza y amaba á otro : y le detestaba tanto, que se mató arrojándose al estanque de su jardin, á los quince dias de haber nacido Julia : ¡qué espantosa historia!

—Y bien, observó Cristina tomando de nuevo la mano de su amiga : esa espantosa historia es lo que me hace tan interesante al marqués de Montbar : yo sabria hacerle olvidar, á fuerza de ternura, el odioso desamor de aquella mujer!

—¡Y tienes quince años y él cuenta ya treinta y ocho! ¡Qué! ¡si nos trata como á niñas y nos trae dulces!

—¡Y, sin embargo, le amo!

—¡Ay, Dios ! ¿Y cómo haremos para que lo sepa? exclamó Diana : díselo á mi mamá y arreglará tu boda.

—¿Yo? ¡jamás! repuso Cristina : ¡qué vergüenza ! ¡antes morir !

—¿Quieres que se lo diga yo?

—Diana , dijo agitada la jóven española ; escúchame : si me amas , si en algo tienes mi reposo , nada digas á nadie de la confesion de mi amor ! ¡Sea un secreto que se quede entre las dos! ¿Me lo prometes?

—Sí, contestó la jóven ; pero ¡qué importaba que lo supiera mi mamá! En quince dias arreglaba tu boda.

—Si dijeras una sola palabra, me moriria de vergüenza! exclamó Cristina: calla, calla por piedad, ó me arrepentiré de haberte hecho esta triste confidencia.

El duque, que entró en aquel instante, interrumpió la conversacion de las dos niñas, á las cuales abrazó con las mismas señales de ternura.

—¿Se ha tomado ya la colacion, señoritas ? preguntó sentándose entre las dos en un canapé.

—Aun no, dijo Cristina.

—Pues que la traigan : me dareis algo, y yo, en cambio, os daré una nueva muy agradable.

—¡Qué, duque! ¿Vas á cenar con nosotras? exclamó gozosa Diana : ¡qué gusto! Nos contarás un cuento de los que tanto me hacen reir.

Dicho esto, la niña fué á tirar de la campanilla, y Águeda se presentó, pues se hallaba á la puerta, como un carcerbero, para no dejar pasar ni aun á los criados.

—Que nos sirvan, ordenó Diana, con tres cubiertos y aquí mismo : el señor duque nos acompaña.

—¡Eh! prepara el cuento, prosiguió la heredera de Kernok, echando sus brazos al cuello de Montenegro, y que sea bonito.

—Esta noche no hay cuento, repuso el duque, pero allá va la noticia : mañana ha decidido tu madre llevaros al teatro: ¡y á qué teatro!... A la grande Ópera, á su palco y vestidas de gran *toilette*: es decir, mañana hacemos una semipresentacion de vosotras en el gran mundo.

Los criados trajeron una mesita ya servida, en la que habia té, dulces, pastas y chocolate á la española para Cristina : era un refrigerio que la primera mandaba servir todas las noches á las niñas, pues decia que á la edad en que se crece, se necesita alimento para dormir bien.

El duque tomó de todo, y, cuando hubo acabado, le dijo Diana con su natural alegría :

—Lleva á mamá estos dulces, y dile que esa noticia no nosva á dejar dormir de placer.

—Papá, añadió Cristina, esta noche me quedaré aquí para que hablemos de nuestros trajes.

—¿Es poco todo el dia de mañana? preguntó sonriendo el duque.

—Es poco, muy poco, repusó Diana : dormirá en mi alcoba, y así hablaremos toda la noche del acontecimiento que nos espera.

—Julia irá tambien para acompañarnos, advirtió el duque : la princesa se lo ha hecho ofrecer así al marqués de Montbar.

—¿Y él irá ? preguntó Diana.

—Irá, y con algunos otros amigos : ¡no nos faltarán visitas !

El duque, despues de haber besado de nuevo á las dos jóvenes, salió lleno de alegría y de satisfaccion.

II.

Puede suponerse que Diana y Cristina no cerraron los ojos en toda la noche.

A la una volvió la princesa de la Ópera, y entró á darles un beso, segun acostumbraba á hacerlo cada noche con su hija, que jamás la veia, por estar completamente dormida.

—¡Cómo ! ¿Os ha desvelado la gran noticia ? preguntó Fedora sonriendo : de modo que, debiendo acostaros á las once, estareis desmayadas! Os servirán, como á mí, un vaso de leche, y lo tomaré con vosotras.

La camarera de la princesa trajo los tres vasos, y cada una bebió el suyo : las jóvenes querian preguntar alguna cosa y no se atrevian.

—Llevareis vestidos blancos, de gasa, dijo Fedora, con trasparentes de tafetan blanco : en los cabellos una sola rosa cada una, blanca tambien, y otras dos en los hombros: los cinturones serán blancos y cerrados, en vez de hebilla, con otra rosa : así estareis muy bonitas : Julia irá vestida del mismo modo, pues la modista le hace el traje igual al vuestro : solo que no le sen-

tará tan bien, porque es muy morena: la pobre niña no puede lucir vuestras gracias, ni vuestro talle, y yo le compraria, á cualquier precio, un poco de la belleza que le falta para mañana por la noche: ¡cuánto va á sufrir esa criatura al veros á las dos! pero, ¿qué hacer? Es un mal que no tiene remedio.

—En verdad, mamá, dijo Diana, que siempre que veo á la pobre Julia, experimento un sentimiento de pena que casi me trae lágrimas á los ojos.

—¿Pues qué tiene? preguntó sorprendida Cristina.

—¡Qué! ¿No has reparado que es bastante jorobada? observó Diana.

—No, repuso Cristina: no la he visto mas que una noche en carruaje: salia del teatro, y ya habia subido á él, con su padre, cuando nosotras pasábamos, y mi papá, que nos acompañaba, mandó que se detuviera nuestra carretela para hablar al marqués: es la única vez que he visto á la señorita Julia de Montbar, y, como estaba sentada, no pude distinguir su talle.

—Pues es muy deforme: ya lo verás, afirmó Diana.

—No le faltaba mas que eso á su pobre padre para ser desgraciado, dijo con un suspiro la princesa: ¡una hija sola y verla así! pero adios, hijas mias: dormid con tranquilidad hasta mañana, sin pensar mas en que vais al teatro; porque, si descubro ojeras en vuestras caritas, desistiré de un proyecto que tengo.

—¿Cuál, cuál? preguntaron á la vez ambas jóvenes.

—No quiero decíroslo, porque seria quitaros completamente el sueño.

—¡Ah, señora! exclamó Cristina: mas lo perderemos pensando en cuál podrá ser ese proyecto y procurando adivinarlo.

—¡Sí, mamá! ¡dilo, por Dios, añadió Diana.

—Allá va, pues, queridas tiranas, dijo la princesa: mañana

haceis en el mundo una media aparicion, y dentro de quince dias daré un baile para presentaros completamente en él: teneis ya diez y seis años la una y quince la otra, y es preciso que os vayais dando á conocer.

La promesa del baile hirió á las dos niñas de una sorpresa tal, que ni una ni otra dijeron una sola palabra. Cristina fué la primera que se repuso, y exclamó con profundo asombro:

—¡Un baile!

—¡Estaremos en un baile! repitió Diana uniendo las manos.

—¡Eh! á dormir, dijo la princesa besando tiernamente á la señorita de Montenegro: á dormir, repitió abrazando á Diana; si las fiestas os causan demasiada sensacion, habrá que renunciar á ellas.

La noble y encantadora dama tomó la palmatoria de plata, que habia traido en la mano, y volvió á su habitacion, que era espaciosa, magnífica, llena de suntuosidad como la de una reina.

Sentóse en un sillon y, apoyando la mejilla en la palma de su blanca y aristocrática mano, quedó pensativa.

—En el mundo, se dijo, los mayores triunfos van á ser para la belleza de Cristina, que es tan sobresaliente, tan perfecta, tan encantadora: su hermosura hará palidecer la gracia sencilla de mi hija... ya sé todo esto de antemano... ¿qué comparacion hay entre una y otra? Ninguna, y Cristina lleva todas las ventajas: pero ¿qué importa? ¡En cambio, mi hija está dotada, gracias al cielo, de un organismo mucho mas propio para ser feliz, que esa pobre niña, para la que preveo, á pesar de los dones de la fortuna y de la belleza que le ha prodigado la suerte, un porvenir muy triste! ¡Si pudiéramos encontrar pronto para ella un buen esposo, tierno, grave y previsor, que contuviese, con una realidad agradable, su imaginacion de fuego! ¡Quiéralo Dios y há-

galo en su bondad, como fervorosamente se lo pido! ¡En cuanto á mí, creo que he sido para ella una tierna y amorosa madre, y que, á faltarle yo, seria mucho mas desgraciada!

La princesa se arrodilló en su magnífico reclinatorio de terciopelo carmesí, coronado por una imágen del Salvador, y uniendo las manos, rezó con fervor las oraciones de la noche.

Las jóvenes se durmieron al fin, pero muy tarde, y despertaron ya muy entrado el dia.

Este se pasó en hablar del acontecimiento de la noche, en contemplar los vestidos, que trajo la modista, y las rosas blancas elegidas por la misma princesa en el salon de Guelot, el rey de las flores artificiales, y en probarse los zapatos y los guantes.

Un peluquero, de gran fama entre la aristocracia, fué á peinar á Diana y á Cristina, y colocó sus cabellos del modo mas á propósito para hacer resaltar la gracia juvenil de sus fisonomías, y de una manera á la par sencilla y artística, bajo la inspeccion de la princesa.

Los largos cabellos rubios de Diana daban vuelta á su cabeza en dos espesas trenzas, que le formaban como una rica diadema de oro.

Los cabellos castaños, sedosos y naturalmente ondulados de Cristina se agrupaban en gruesos bucles sobre su frente, descendiendo por su cuello algunos mas largos, que iban, segun sus movimientos, á caer sobre su espalda.

Despues de la comida, se vistieron; y cuando entraron, asidas del brazo, en el salon donde las esperaban la princesa, el duque y dos ó tres amigos de este, todos dejaron escapar un grito ó una exclamacion de sorpresa.

Diana estaba fresca y bonita como una rosa de mayo; pero Cristina se asemejaba á Venus, al salir de la espuma de las aguas, pura, virginal, inmaculada todavía.

Su estatura era mayor que la de su amiga, y á pesar de la endeble esbeltez de sus quince años, era tal la perfeccion de sus delicadas formas, que lo que dejaba ver de sus hombros, espalda y pecho el casto escote de su traje parecia hecho á torno.

El color castaño subido de su espléndido cabello y sus grandes ojos negros, coronados de cejas y guarnecidos de pestañas negras, hacian resaltar la pureza de su alabastrino cutis, que parecia bruñido y mate como el nácar: la emocion habia teñido sus mejillas de un color de rosa mas subido que el de costumbre; y su frente, cubierta á medias por la rica masa de sus cabellos, su nariz, de dibujo griego, y su boquita de rosa daban á su rostro esa expresion sublime que nos arrebata en las Vírgenes de Murillo.

—¡Dios mio! ¡Qué hermosa estás! exclamó la princesa que, á pesar de figurarse en su mente cómo estaria Cristina engalanada, sintió una sorpresa dolorosa como madre: acércate para que te vea!... me has dejado deslumbrada, pues jamás te habia creido tan bella!

—¡Y qué! observó el duque tomando á su vez á Diana por la mano y llevándola cerca de las bujías: ¿no está tambien esta encantadora? ¡mire usted qué ojos azules, qué talle, qué cabellera, y, sobre todo, qué aire noble y distinguido!

—Tambien estás tú muy bonita, hija mia, dijo la princesa: estoy contenta de vosotras: ahora me toca á mí..... mirad mi traje.

Las dos jóvenes dejaron escapar un grito de asombro.

Fedora llevaba un vestido de color de rosa pálido con una cola tan espléndida como la de una reina, y masas de brillantes radiaban en sus cabellos, brazos y garganta; mas á pesar de ser tantas las joyas y valer una suma fabulosa, habia presidido á su

forma y colocacion un gusto tan inteligente y exquisito, que parecia no sobrar ni una sola, y que la belleza de la gran dama las necesitaba todas, como homenaje, mas bien que como ornamento.

La madre estaba tambien mas hermosa que la hija, con su alta estatura, su blancura de marfil y sus cabellos negros: un velete de encaje blanco iba sujeto en ellos con una magnífica corona de brillantes, y caia cerca del talle.

—Ya es hora, dijo mirando el reloj de la chimenea: iremos las tres en mi berlina con uno de estos señores; y usted, duque, se acomodará con los demás en otro carruaje: llegaremos cuando se haya empezado, y esto basta para que no aparentemos una ridícula prisa de exhibir á estas niñas.

Cantábase aquella noche la *Norma*, del inmortal Bellini, y el acto primero tocaba á su fin cuando entraron en su palco la princesa y las dos jóvenes.

El marqués de Montbar se hallaba ya en él con su hija.

Al entrar los recien llegados, padre é hija se levantaron y Cristina pudo ver la deformidad de que le habian hablado.

Julia de Montbar era de muy poca estatura, aun para sus catorce años: su carita morena, dulce é inteligente, no presentaba ningun carácter de belleza: tenia una hermosa cabellera negra y ojos negros tambien, muy tristes y llenos de una inefable dulzura.

Se conocia que aquella niña era de salud delicadísima, y que mas tarde ó mas temprano debia morir de una enfermedad de pecho.

Nada de esto, sin embargo, hubiera atraido sobre ella la atencion: lo que la fijaba de una manera tan triste como invencible, era la desigualdad del lado izquierdo de su espalda, que presentaba una prominencia extraordinaria.

Sus bracitos muy flacos y muy morenos, su cuello mas moreno todavía, su cara huesuda ya y enflaquecida, ofrecian tal contraste con la pura y dulce belleza de Cristina, á cuyo lado se hallaba sentada, que parecia aun mas fea de lo que lo era en realidad.

Su padre lo comprendió así y la miró con desgarradora tristeza: pero ella, como si hubiera leido lo que pasaba en el alma del marqués, le sonrió con una inefable expresion de dulzura y de conformidad.

El traje de Julia era igual al de las otras jóvenes; pero no presentaba ninguna gracia en su corte y forma, á causa del mísero cuerpo que encerraba.

Cristina, que era dulce y afectuosa, empezó á hablar á Julia así que cayó el telon: en tanto que Diana, deslumbrada, embriagada de alegría y de placer, pasaba revista á los trajes y adornos de todas las damas.

—¡Qué hermosa está esa criatura! dijo en voz baja el marqués á Fedora, señalando á Cristina: no hay en todo el teatro una jóven con quien poderla comparar!

Cristina oyó estas palabras, y, volviéndose, envió al marqués una brillante y tierna mirada de elocuente gratitud.

Mr. de Montbar palideció y se quedó con los ojos fijos en el rostro encantador de Cristina.

La mirada que le habian, dirigido estaba llena de amor, ó él estaba loco.

Despues de algunos instantes de silencio, se acercó á la jóven y le dijo:

—Estaba haciendo notar á la princesa la belleza de usted, señorita: verdaderamente, es arrebatadora!.

—¿Le parèce usted así? preguntó la jóven turbada.

—Sí, señorita.

—¡Tanto mejor! repuso Cristina en voz baja.

—¡Qué! ¿tiene usted en algo mi voto?

—¡En mucho!

Y Cristina volvió á mirar al marqués con la candidez y lealtad que se advertia en todas sus acciones, y que residia en su alma.

El marqués guardó silencio, turbado, conmovido de una manera desconocida.

Sentado detrás de Cristina, contemplaba su hermosura, la gracia esbelta de su espalda y cuello, la gallardía de su virginal cabeza, y se preguntaba si era verdad lo que le decian los ojos de la jóven, ó si solo era una loca ilusion que él se habia forjado.

No obstante, al llegar en el acto segundo al duo de Polion y de Adalgisa, en el bosque, aquella música ardiente, apasionada y voluptuosa hizo palpitar con fuerza el corazon de la española, el rubor subió á sus mejillas, las lágrimas á sus ojos, y, dominada por una emocion profunda, exclamó volviéndose al marqués de Montbar:

—¡Oh, qué bello debe ser verse amada así!

El marqués la miró en silencio, y aquella mirada expresiva y triste hizo palidecer de súbito á la jóven.

El marqués volvió á preguntarse si soñaba; pero ya no habia lugar á la duda: la fisonomía de Cristina hablaba demasiado claro, sin saberlo ella, que, en su inocencia, ignoraba con cuánta fidelidad asomaban á su rostro las impresiones de su alma.

Mr. de Montbar quedó todo la noche pensativo y silencioso: no miró á nadie: sentado detrás de la jóven española, ora escuchaba la arrobadora música de Bellini, ora aplicaba lo que oia á

la expresion del rostro de Cristina, y se preguntaba si acaso se habia engañado acerca de lo que pintaba.

En vano la princesa le dirigió la palabra algunas veces: el marqués le respondia, pero al instante volvia á caer en su distraccion.

Las jóvenes fueron el objeto de la admiracion general: Diana era una de las mas ricas de Francia, y aun de Rusia, donde habia nacido y donde las fortunas son las mas colosales del mundo: el salon de su madre era uno de los centros mas estimados de la aristocracia: la belleza de Fedora, proverbial en la alta sociedad de Paris, no menos que su talento y la distincion de sus hábitos y maneras: todas estas circunstancias hacian de la aparicion en el mundo de la jóven rusa un verdadero acontecimiento.

Su compañera, aunque no tan rica, era tan hermosa, y asimismo de una clase tan elevada, que aparecia como una nueva estrella en el cielo del matrimonio.

Solo la pobre Julia se hallaba olvidada de todos, y aunque ocupaba uno de los sitios mas visibles del palco, nadie reparaba en ella.

Dotada de un talento penetrante, como todos los seres imperfectos, la desgraciada criatura comprendió desde luego el triste papel que tenia reservado en el mundo, y se prometió renunciar á él.

—¡Oh! pensaba en tanto que todas las damas fijaban los gemelos en sus dos compañeras: no volveré jamás á ninguna fiesta! Hé ahí á mi padre humillado y pensativo, sin duda al ver el contraste que formo con estas dos hermosas jóvenes! ¿Por qué he venido? Qué triste noche está pasando por causa mia! ¡Oh, jamás volverá á suceder! Renunciaré á la sociedad, me refugiaré en su amor... eso me bastará!

Julia, al llegar aquí, cambió el curso de sus pensamientos; su semblante tomó de repente una expresion de angustia desgarradora.

—¡Dios mio! se dijo: ¡y si se volviera á casar! Y si se olvidase de mí por otra mujer, ó me quitase, á lo menos, la mejor parte de su amor! ¡Ah! Eso seria horrible! Horrible para mí, pobre desheredáda de todo amor en la tierra! El es jóven, tiene una figura interesante, un rostro hermoso... no, no! Dios no querria hacerme completamente desgraciada!

Un anciano, que entró seguido de dos jóvenes, distrajo á la pobre Julia de sus sombrías reflexiones.

—Bien venido, Mr. de Valence, dijo la princesa presentando su mano al anciano con tanta coquetería y tanta gracia como si fuera un jóven: ¿estos dos señores, que acompañan á usted, son sin duda sus hijos?

El conde de Valence señaló á uno de los dos jóvenes y dijo, presentándole á Fedora:

—Mi hijo mayor, vizconde de Valence, que se hallaba viajando por Oriente: mi segundo hijo Edmundo, añadió señalando al otro jóven.

La princesa les dió la mano sucesivamente y les dirigió algunas palabras afectuosas: luego, volviéndose á su hija, le dijo:

—Diana, aquí tienes al señor conde de Valence, uno de los buenos amigos de tu padre, y á sus dos hijos: dedica al primero tu veneracion y cariño, y á los segundos tu estimacion y amistad, de las que estoy cierta son muy dignos.

Diana saludó graciosamente á los tres caballeros, presentando su pequeña mano primero al padre y despues á los hijos, segun su edad.

—Hija mia, dijo el conde: muchas veces te he tenido sobre

mis rodillas; por cuya razon, ni tu madre ni tú debeis extrañar que te hable con familiaridad.

Y el anciano señor, cuya cabeza estaba blanca como la nieve, tomó en sus manos la rubia cabeza de Diana y estampó un beso en su nevada frente.

—Gracias, conde, por el afecto que usted ha conservado á mi hija durante sus largos viajes, dijo la princesa con emocion; ¿pero ha dejado usted acaso la embajada que desempeñaba cerca del Sultan? ¿Ha vuelto usted definitivamente á Paris?

—Sí, señora: ó, al menos, cuento permanecer en él dos años.

El conde, despues de esta presentacion, se volvió hácia el duque de Montenegro, conocido suyo tambien, y le presentó á sus hijos.

El duque, á su vez, dió á conocer al conde á Cristina, pues aunque la princesa la trataba como á su hija en los actos de sociedad, por decirlo así, *oficiales,* no era posible alterar la costumbre establecida, segun la cual correspondia al padre la presentacion.

El conde y sus hijos saludaron luego al marqués de Montbar y á Julia, ya conocidos todos, y desde entonces se habló de mil cosas agradables, pues Mr. de Valence era persona de un talento tan brillante como cultivado.

El mayor de sus hijos llegaba ya á los treinta años; era un hombre de un exterior seductor por sus maneras, su reserva, y la natural elegancia de su lenguaje, siempre benévolo, pero que tenia un tinte de altivez muy pronunciado; por lo demás, en sus grandes ojos oscuros se leia la sensibilidad de una alma noble, y sus labios, algo gruesos, indicaban la bondad, al mismo tiempo que en su elevada frente estaba escrita la inteligencia.

—Arturo es un hombre distinguido, dijo á media voz la princesa á su anciano amigo señalándole á su hijo mayor: ¿tiene algun proyecto de enlace, ó le tiene usted por él?

—No, amiga mia, repuso el conde: mi hijo mayor se ha dedicado hasta ahora á satisfacer su pasion por los viajes y las ciencias, á lo que no me he opuesto, tanto porque esa aficion le preservaba de los desórdenes de la juventud, cuanto porque, siendo una persona instruida, puede servir mejor á su pais: es un jóven por la exquisita sensibilidad de su corazon y porque conserva vírgenes sus ilusiones, y además un hombre grave, un sabio. Sus costumbres son las mas puras; su fé sagrada; cree en las santas verdades de la religion, que su madre le enseñó cuando niño, y cree ciegamente, lo que, en un hombre de ciencia, es tan extraño como nuevo: ama á su familia, respeta á las mujeres y tiene del amor la idea mas elevada: en una palabra, estoy orgulloso de él.

La princesa tomó la mano del conde, la estrechó y dijo:

—Diana tiene ya diez y seis años, y su padre se llenaria de gozo en el cielo si el vizconde de Valence pudiera llamarse un dia príncipe de Kernok.

—Arturo tiene ya treinta años, observó el conde, que no se sorprendió al oir las palabras de la princesa: casi dobla la edad á Diana, querida Fedora: ¿qué le parece á usted mi hijo menor?

—No tan bien como su hermano, respondió la princesa, y eso que su figura es infinitamente mas hermosa: ¡qué mirada tan triste! ¡qué amarga sonrisa! ¿Ha sido desgraciado en amores?

—Sí, y varias veces, segun he podido saber, porque él es reservado con todos y conmigo tambien: á la muerte de mi hermano mayor, heredará un título opulento y será mucho mas rico que Arturo.

La representacion terminó, y todos salieron del palco.

Los carruajes esperaban: la princesa y las tres jóvenes fueron en el mismo, y en otro el duque de Montenegro, el marqués de Montbar y el conde de Valence: los dos hermanos, hijos de este, subieron en el suyo: á la puerta del palacio de Kernok, se despidieron todos, quedándose dentro la princesa y su hija.

Desde allí, el duque y Cristina tomaron el camino de su casa, el marqués de Montbar y Julia el de la suya, y otro tanto hicieron el condè de Valence y sus hijos.

III.

El baile dado por la princesa en la siguiente semana, para presentar definitivamente al mundo á las dos jóvenes, fué magnífico y se habló de él en Paris durante algunos meses despues.

Los soberbios salones del palacio de Kernok estaban profusamente iluminados, adornados de flores y llenos de lo mas escogido y brillante que encerraba la capital de Francia.

Las dos niñas llevaban trajes blancos y sencillos como los que habian llevado al teatro, con la sola diferencia de estar recogidos con guirnaldas de yedra.

Dos collares de perlas finas, de gran tamaño y del todo iguales, ceñian las esbeltas gargantas de Diana y de Cristina.

La edad de esta era aun demasiado escasa para presentarla en el mundo, pues solo contaba quince años y medio; pero su alta estatura y lo desarrollada que estaba le hacian aparentar alguna mas.

Diana tenia ocho meses mas que su amiga; pero era mucho mas niña que esta, tanto por la alegría de su carácter, cuanto por la sencillez de sus gustos.

Su inocencia, su gracia, su ingenuidad y la dulzura de su rostro interesaron á Arturo, que se dedicó á ella en la noche del baile con gran alegría de la princesa y del anciano conde de Valence: estos se miraban y se hacian señas de inteligencia, al ver á los dos jóvenes conversar juntos, y pintarse un gozo sencillo en la inocente cara de Diana y un interés creciente en la noble fisonomía del vizconde.

Cristina se hallaba sentada en un ángulo, silenciosa y triste: bailó tres ó cuatro veces, y luego dijo que se hallaba cansada, y fué á sentarse al lado de la princesa.

—¿Qué tienes, querida mia? le preguntó esta: ¿te sientes mal? ¿estás fatigada?

—Sí, señora, repuso la jóven: como no estoy acostumbrada á tanto ruido, me duele la cabeza.

—Pues véte á aquel gabinete, dijo la princesa señalando á uno que se hallaba al fin del salon: allí está el señor de Montbar hojeando unos albums que he recibido hoy: dile, de mi parte, que te lleve á tomar un helado y que te los enseñe despues.

Cristina palideció y quedó inmóvil y muda.

Fedora pensó que la fatiga la indisponia ó que el olor de las innumerables macetas de piedra blanca, cargadas de flores, que decoraban el salon, influia en el organismo nervioso de la jóven: levantóse, la tomó del brazo y se dirigió con ella al gabinete.

—Marqués, dijo, Cristina no se siente buena; su malestar debe ser efecto del calor y la fatiga: llévela usted al comedor, que le dén un helado, y luego distráigala usted un poco en la galería para que tome el aire.

La princesa, dichas estas palabras, se dirigió de nuevo al salon.

Cristina y el marqués quedaron solos.

—¿Es cierto que está usted mala, señorita? preguntó con voz insegura Mr. de Montbar.

—No me siento bien, respondió la jóven con trémula voz: estas fiestas me divierten poco.

—A mí me fatigan, dijo el marqués; y en ellas padezco mas que de ordinario.

—Entonces, ¿por qué ha venido usted? preguntó Cristina andando ya hácia la galería con su compañero.

—He venido por ver á usted, respondió este con una sencillez casi solemne.

Cristina tembló y no tuvo valor para contestar una palabra hasta despues de pasados algunos instantes.

—Marqués, observó, reflexione usted lo que me dice, porque sus palabras me hacen una sensacion profunda: ya lo ve usted... casi tengo miedo de lo que oigo.

—Desde la noche de la ópera, dijo el marqués, solo pienso en usted, Cristina: he dejado de venir todos estos dias, temeroso de dejar adelantar una afeccion fuerte, irresistible, que se alzaba en mi alma... mi amor hácia usted; pero hoy no he podido acallar mi deseo de verla, de decirle lo que siento: Cristina, yo he creido ver en los ojos de usted un sentimiento de benevolencia... ¿me atreveré á decirlo? ¡casi de cariño hácia mí y ahora temo haberme equivocado!

—No se ha equivocado usted, respondió la jóven: yo le amo.

—¡Ah, Dios mio! ¿será verdad? exclamó el marqués: ¿y cómo? ¿desde cuándo? ¿y por qué? ¿Por qué he merecido yo esa dicha, pudiendo ser casi su padre de usted, y siendo, además, un hombre tétrico á causa de mis desgracias?

—Esas desgracias son el orígen del amor que á usted profe-

so, respondió la jóven: hay para mí mas atractivos en amar á un hombre que ha sufrido los desengaños del mundo, que en amar á otro que espera de él la felicidad, y que se cuida poco ó nada de su mujer: usted ha sido, segun dicen, muy infeliz, y aunque no sé á punto fijo por qué, me basta que lo haya sido para que yo le ame.

—¡Angel de bondad! exclamó el marqués estrechando con pasion la mano de Cristina: yo debo hablar á usted de mi pasado, y lo voy á hacer ahora mismo, porque si mi historia no la asusta, mañana quiero pedir su mano: sentémonos aquí, añadió el marqués haciendo entrar á la jóven en una salita situada al fin de la larga galería de cristales: desde el salon nos ven; pero no es probable que vengan á interrumpirnos, porque se va á abrir el *buffet*.

Cristina, cuya fisonomía se habia iluminado con la expresion de una alegría plácida y serena, se sentó en un divan de seda, y el marqués tomó asiento á su lado y empezó así con voz conmovida:

—Tengo cerca de treinta y nueve años, es decir, veinticuatro mas que usted, mi querida niña: por la misma época en que usted vino al mundo, mi padre, anciano ya y muy enfermo, desde hacia seis años, me llamó á su cuarto, tomó mi mano y me preguntó:

—Jorge, ¿qué te parece la señorita Adela de V...?

—¿A mí, padre mio? ¡bien! le respondí; me parece bonita.

—Tiene diez y nueve años, prosiguió mi padre: es, como tú dices, bonita, y, aunque no rica, su fortuna es regular: ¿te casarias con ella?

—No tendria inconveniente, contesté; pero ella tal vez lo tenga.

—¿No amas á nadie?

—No, padre mio: mis devaneos no han tenido hasta ahora bastante interés para llegar hasta mi corazon.

—Ella creo que ha amado ya; pero á una especie de aventurero indigno de ella: su madre quiere casarla, á fin de disipar la tristeza pertinaz que se ha apoderado de su espíritu, y ha pensado en tí: yo puedo morir de un instante á otro, hijo mio, y quisiera dejarte casado con Adela.

—Padre mio, respondí, ya he dicho que esa jóven me agrada: creo que podré curar su tristeza con mis atenciones y mi cariño; pero, ¿y si ella me tiene aversion? ¿y si rehusa unirse á mí? Jamás la obtendré por la fuerza; y tanto menos, cuanto que no estoy enamorado de ella.

—Adela ha dicho que se casará contenta contigo: así, pues, y no habiendo por tu parte ninguna oposicion, esta noche te presentará á ella, como su prometido, mi amigo el conde de Valence.

En efecto: el conde de Valence me llevó aquella noche á casa de la madre de Adela, en defecto de mi padre, que desde hacia algun tiempo no salia de su cuarto.

Adela era muy bella y lo habia sido mas, porque su belleza estaba alterada por las lágrimas y el insomnio: me recibió con dulzura, y su madre con muestras del mayor cariño: á mí me pareció ella mejor que otras veces todavía, y salí contento de poder complacer á mi padre sin ningun esfuerzo de parte mia.

Un mes despues, nos casamos, y no habian pasado quince dias desde nuestra union, cuando mi pobre padre murió en mis brazos bendiciéndome por mi obediencia.

Pero ¡ah! que no sabia el anciano la amarga copa que me quedaba que apurar, además del dolor de su muerte!

Yo no sé si Adela recibió alguna carta del hombre á quien habia amado, recordándole sus promesas ó acriminándola por su proceder: lo cierto es que, desde que se vió unida á mí por los lazos indisolubles del casamiento, se apoderó de ella una desesperacion, que en vano procuraba ocultarme: solo comprendió lo pesado de su cadena cuando ya no podia huir de ella, y, si alguna vez se rendia al sueño, se la oia llamar á voces al hombre á quien habia amado y al que no podia olvidar.

En vano procuraba ocultarme los estragos que hacia en ella aquella pasion fatal; en vano sonreia é inventaba mil ardides generosos para engañarme: ni la esperanza misma de una próxima maternidad pudo consolarla de haber enajenado para siempre su libertad.

Nueve meses habian pasado desde nuestra union, cuando un dia fatal le trajeron una carta: era de su antiguo amante, que le decia que, supuesto que ella habia faltado á todas sus promesas, aprovechándose de la libertad en que le habia dejado, pensaba casarse tambien: yo ví la carta, que no tenia firma; pero la desgraciada conoció bien la mano que la habia escrito.

Desde aquel dia, la languidez que la consumia, el aburrimiento de la vida y sus terribles insomnios tomaron un desarrollo aterrador: llegada la hora del alumbramiento, dió á luz á la pobre Julia, y la vista de su deformidad acabó de extraviar su razon.

¡Cuánto sufrí durante cinco meses, Cristina! ¡Cómo me avergonzaba de la aversion que mi mujer sentia hácia mí, y que en vano queria ocultarme! Y sin embargo, yo me preguntaba cuál era mi culpa ó mi delito para tan amargo castigo, y qué me faltaba para ser amado, y nada hallaba que me remordiese la conciencia: mi corazon, tierno y expansivo, mi alma que tenia

aspiraciones al amor, á la belleza ideal, á todo lo grande y noble, gemian sin cesar en perpetuas tinieblas : no me quejaba y ponia toda la fuerza de mi voluntad en aliviar á mi desgraciada esposa, sobre todo, acerca del estado de su hija ; pero esta violencia mataba para siempre la alegría de mi juventud, que bien pronto debia apagarse por completo bajo el golpe mas terrible.

Unos quince dias despues del nacimiento de Julia, y cerca ya del amanecer , me habia retirado á descansar á ruegos de mi esposa, á cuyo lado habia pasado la noche : quedaba con ella la enfermera , y rendido de fatiga , porque hacia muchos dias que no me acostaba, me tendí sobre mi lecho.

Poco hacia que me habia entregado al sueño, cuando oí gritos y gemidos, que me despertaron lleno de sobresalto: mi casa, situada en el arrabal Saint-Honoré , tenia un extenso jardin y á él daba la ventana de mi cuarto : corrí á ella y la abrí , porque del jardin subian los gritos : ¡cielos! ¡qué espantoso espectáculo se ofreció á mis ojos ! el cadáver de Adela, extraido del estanque por el jardinero y su hijo, era conducido por estos que pasaban por debajo de la ventana.

Caí privado de conocimiento, porque mi ánimo, fatigado con tantas penas, no pudo resistir tan tremenda emocion, y permanecí veinte dias entre la vida y la muerte , sumergido en un espantoso delirio.

En cuanto mis fuerzas lo permitieron , dejé á Julia con su abuela materna, y me fuí á viajar ; pero mi espíritu abatido ha permanecido siempre sombrío y triste , y volví, al cabo de dos años, con la misma melancolía que me llevé.

Julia seguia lo mismo, á pesar de haberse agotado todos los recursos de la ciencia para remediar el ultraje impuesto á su cuerpo por la naturaleza ; y la vista de esta pobre criatura , el

triste recuerdo del fin desastroso de su madre, la memoria de la ingratitud con que pagó mis desvelos, y el amor que empezaba á nacer para ella en el fondo de mi corazon, y que sin duda le hubiera profesado, aumentaron mi tristeza en vez de disiparla.

Muchas veces me he dicho, Cristina, que yo no podia inspirar amor á nadie: juzgue usted si habré visto una luz celeste en sus ojos, cuando he creido que me prometian un poco de ternura... ¡ah! ¡ahora es cuando digo que Dios es todo misericordioso!

El marqués inclinó su cabeza y dejó en la pequeña mano de Cristina un ardiente beso y una gruesa lágrima.

—Y bien, Jorge, dijo la jóven con acento vibrante: yo te amaré por todos los que no te han amado y por aquella pobre mujer obcecada que te desconoció.

—Luego, Cristina mia, exclamó Mr. de Montbar, ¿puedo pedir mañana tu mano?

—Por mí, esta noche.

—No, no, dijo el marqués; te conozco lo bastante para saber que eres demasiado entusiasta: tu edad es, además, la de una niña, y aunque la vehemencia de tus impresiones te haga aparecer decidida, es conveniente asegurarse: esperemos: no por mí, para quien poseerte será la felicidad suprema, sino por tí: reflexiona un poco en mis años, en que tengo una hija, por la que debo mirar, y en que no soy tampoco muy rico: necesito, á pesar de mi título, trabajar para que tú tengas todo lo que quieras tener en bienestar y hasta en fausto: tú, Cristina mia, puedes aspirar á un enlace brillantísimo, ya por el nombre que llevas, ya por tu hermosura y tu juventud: además, tu padre te dará una fortuna mas que regular: piénsalo, piénsalo! No quiero tomar el delirio de un momento por una decision: consúltalo con

la princesa: te lo suplico, Cristina, y no me respondas hasta pasado algun tiempo! Considera que si te arrepientieras despues de casados, me volveria loco ó me costaria la vida!

—¡Jorge, yo te amo! dijo Cristina: solo esto te digo! ¡Solo esto te repetiré siempre! Si quieres que espere, esperaré: si quieres que hable del asunto á la princesa, tambien lo haré; pero ningun consejo, ninguna objecion podrán torcer mi voluntad de ser tu esposa.

—¡Dios te lo pague! exclamó el marqués: gran deuda contraigo contigo, si he de volverte la felicidad que me das en este instante: habla tú á la princesa y yo hablare á tu padre esta misma noche.

—¿Antes de salir de aquí?

—Ahora mismo: vamos al salon y te dejaré al lado de la princesa, para ir al instante á buscar la seguridad de mi dicha.

El marqués y Cristina volvieron al salon de baile.

IV.

Al dia siguiente, y á eso de las dos de la tarde, se hallaban, en el salon de Fedora, esta y la hija del duque de Montenegro.

Diana estaba tambien con su madre y con su amiga, y, sentada en el hueco del balcon, se ocupaba de una labor de tapicería, pero solo en la apariencia, pues frecuentemente dejaba escapar la aguja y quedaba inmóvil y como sumergida en una profunda cavilacion.

Su dulce y apacible semblante pintaba una emocion extraordinaria, y cuando dejaba de trabajar llevaba los ojos desde su madre á su amiga, espiando el semblante de cada una con inquietud é interés.

—¿De modo, dijo la princesa prosiguiendo una conversacion ya empezada, que estás decidida á casarte con el marqués, querida Cristina?

—Sí, señora, respondió la jóven: completamente decidida.

—¿No te importa la diferencia de edad?

—Nada, señora.

—Mira, hija mia, que tú serás aun muy jóven cuando él sea un anciano: considera que no hallarás en él el amante rendido y apasionado que tú desearias.

Cristina sonrió con la expresion de una sublime confianza.

—Es un hombre que ha sufrido, prosiguió la princesa; que ya tiene pocas ilusiones, porque el dolor se las ha agotado; que gustará del retiro y del reposo.

—Yo tambien, señora.

La primera guardó algunos instantes de silencio, como si meditase alguna otra objecion que oponer; pero la que se le ocurria debia ser tan dura, que le hizo vacilar y detenerse por dos veces despues de abrir los labios para formularla.

—Es preciso que te haga otra reflexion todavía, dijo con acento triste: Cristina, mi corazon, que encierra para tí un cariño maternal, tiembla al pensar en este enlace, y yo no sé por qué! así es que debo hacerte cuantas advertencias se me ocurran, aunque te sean penosas y á mí tambien! Cristina, ¿has pensado en que el marqués no supo hacerse amar de su primera esposa?

—Porque ella amaba á otro.

—No hay mujer que, por enamorada que se halle de un hombre, no sienta hácia otro gratitud al menos, si este es para ella bueno, tierno y previsor: conocí á la marquesa... era buena y de apacible condicion: ¿qué la pudo arrastrar al violento extre-

mo de darse la muerte, á ella tan sencilla en sus creencias, tan sincera y verdaderamente piadosa?

—Tal vez, señora, seria el pesar de ver que su hija sacaba tan terrible imperfeccion.

—¡Tal vez! dijo la princesa pensativa: ¡sí! quizá su espíritu, perturbado ya con el dolor de haberse unido con lazos que la separaban del hombre á quien amaba, acabó de extraviarse á la vista de la desgracia de su hija: ¿pero has pensado en esa hija? ¿Sabes los deberes que para con ella contraes? ¿Sabes que será un eterno cuidado y una pesada carga en tu vida? ¿Sabes que esa carga no se acabará nunca, porque Julia, á causa de su imperfeccion física, no se casará jamás?

Pasó como una nube por la frente de Cristina al oir estas palabras; pero casi en el mismo instante brilló en sus ojos un generoso ardor, y respondió:

—Todo lo sé.

—¿Te crees capaz de amar á Julia? ¿de mirar por ella? ¿de consolarla de su desgracia?

—Sí, señora.

—Piensa en que apenas podrás tener sobre ella autoridad alguna, porque es casi de tu edad: no olvides que es celosa hasta de las miradas de su padre por lo mismo que su amor es el único con que cuenta en el mundo!

—Señora, dijo Cristina en cuya voz se notaba un ligero tinte de impaciencia, aunque tengo poca edad, mi entendimiento es mas sólido de lo que de ella debe esperarse: no ignoro que mi union con el marqués presenta inconvenientes; sobre todo, para mí: pero por todos paso por una sola razon: le amo y creo que soy amada de él como yo deseo serlo; amo tambien á su hija por ser suya, y no será por falta de cariño y de cuidados de par-

te mia si Julia no es feliz : ¿qué mas puedo decir á usted? si no me caso con Montbar, me tendré por la mas desgraciada de las criaturas y no me casaré con nadie.

—¡Pero, Dios mio! ¿Qué hay en Mr. de Montbar para que de ese modo te haya cautivado? exclamó Diana: ¡hallarias tantos jóvenes y de mejor figura!...

—¿Qué posee de notable el vizconde de Valence, para que te hayas tú enamorado de él? preguntó Cristina á su amiga : la primera vez que te presentas en sociedad te enamoras ya, y no quieres ni que te hablen de nadie mas: ¿por qué te extrañas de que yo ame, desde hace tiempo, al marqués?

Diana se puso muy colorada : luego, dominando su emocion, se levantó, se dirigió hácia su madre y la abrazó con ternura diciendo :

—¡Mamá, no le impidamos que sea dichosa!

—Cristina, dijo la princesa: tu padre va á venir de un instante á otro para pedir mi parecer acerca de si debe conceder tu mano al marqués, ó no : ya que has pesado todas las dificultades, ya que tienes arraigado en el alma un amor grande y profundo, un amor inextinguible, y como es necesario para ser una buena esposa, no dejarás de ser, por causa mia, la marquesa de Montbar: solo te exijo una cosa, y te la exijo como te la exigiria tu madre, si viviera : espera un año para casarte : entonces estarás próxima á cumplir los diez y siete, y además, Diana tardará todo ese tiempo tambien á ir al altar, y mi deseo es que juntas vayais el mismo dia.

—¡Señora, ó mejor dicho, querida madre mia, gracias mil veces! dijo Cristina besando con ternura la mano de la princesa: esperaré ese tiempo y mas, si lo exige usted, para cerciorarme de que es firme mi resolucion y de que mi amor por el marqués

no es un capricho, sino una afeccion ciega y profunda : sí, me someto á todas las pruebas á que usted y mi buen padre quieran sujetarme.

—Ya es, pues, asunto concluido, dijo Fedora: en ese tiempo, hija mia, estúdiate : frecuentarás la sociedad, verás lo mas selecto de la juventud; y, si alguna vez cambian tus sentimientos, no temas decírmelo : lo mismo quiero que haga mi hija: ahora dice que ama al vizconde; pero eso puede ser una ilusion de niña, y es preciso que se asegure antes de comprometer su porvenir: esperemos, hijas mias, esperemos: aun sois muy niñas: aun hay muchas flores en el camino de vuestra existencia.

La princesa se retiró despues de abrazar á las jóvenes: poco despues llegó el duque con el objeto de participarle, aunque ya lo habia hecho por escrito, que el marqués de Montbar le habia pedido en la noche anterior la mano de su hija.

—Es preciso concedérsela, dijo Fedora : Cristina le ama con un cariño serio y profundo.

—¡Es posible! exclamó el duque: ¡á su edad ! ¡á la edad del marqués !

—El amor, amigo mio, no reconoce edades : avéngase usted á esa boda : el marqués es la nobleza y la lealtad personificadas, y con nadie , como con él , podrá ser Cristina tan dichosa : si bien no es muy rico , tiene talento para acometer empresas , y creo que sabrá ganar dinero con su ingenio : es activo, probo, inteligente, caballero, y posee una alma bellísima : no nos quejemos ni usted ni yo de la eleccion de nuestras hijas, y roguemos á Dios por que no cambien.

El duque quedó ya satisfecho con la opinion de su amiga y aliviado del enorme peso que era , para él , el cuidado de la suerte futura de su hija, á la que amaba con idolatría.

V.

El término de un año impuesto por la princesa para probar el amor de Cristina, en la apariencia; pero en realidad, no solo para probar el de la jóven, sino tambien el del marqués, el de su hija y el del vizconde de Valence por esta última, pasó rápidamente, sirviendo solo para que Cristina se apasionase mas y mas de Mr. de Montbar.

No era esto extraño por cierto : el marqués era el tipo perfecto del hombre bueno, amante y honrado, y además su figura, tan bella, que muy pocos podian sostener con él la competencia, parecia haberse embellecido mas todavía con los reflejos de dicha que le enviaba su alma embriagada con el amor de Cristina.

Era Jorge de Montbar un hombre de carácter melancólico y pensador, exaltado en sus sentimientos y, por lo mismo, poeta : la ternura y la indulgencia formaban la base de su índole ; pero no una indulgencia débil, sino razonada y basada en una exquisita sensibilidad y benevolencia.

Verdaderamente valeroso, tenia, sin embargo, para las mujeres una galantería afectuosa y casi tímida, y era tan capaz de defenderlas de cualquier hombre como de respetarlas.

Desde su aparicion en el mundo,—del que habia vivido retirado por espacio de trece años,—las mujeres le contemplaban con admiracion y se disputaban sus obsequios y sus preferencias con una tenacidad que las hubiera comprometido mucho, si el marqués hubiera sido un hombre de otro modo de pensar.

Pero era tal su hidalguía y tanta la grandeza de su carácter, que ninguna corrió riesgo alguno, y las preferencias, de que era objeto, se consideraban como la cosa mas natural del mundo.

Cristina fué envidiada, y esto la llenó de orgullo, porque su alma apasionada no podia interesarse por ningun hombre vulgar.

El marqués era alto, y sus formas, sin poderse afirmar que empezaban á ser gruesas, habian perdido ya la esbeltez de la primera juventud: sus cabellos, castaños, eran naturalmente rizados, espesos y ya matizados con algunas hebras de plata.

Sus ojos, de un azul muy oscuro, estaban llenos de inteligencia, de ternura y de melancolía: su color era pálido y negras sus cejas, sus pestañas y su bigote fino y rizoso: una nariz de dibujo griego, una boca perfecta, y una frente elevada completaban aquel conjunto, del cual eran los rasgos característicos la bondad, el talento y la energía de una alma grande y de un temple poco comun.

Vestia con una rica sencillez y usaba pocas joyas: los botones de su magnífica camisa de batista eran casi siempre de oro liso; una sola sortija, que era un cintillo de oro cerrado por un brillante, lucia en su dedo anular como recuerdo de su madre; la cadena y el sello de su reloj eran de escaso valor; no así este que, por su estructura, era una alhaja admirable.

Comia poco, dormia menos y habia huido siempre de los desórdenes en que consumen su vida y sus fortunas tantos hombres de su clase; pero su inteligencia, vastísima ya por sí misma, se habia enriquecido con tan extenso caudal de conocimientos, que era á la vez sabio y poeta, gran filósofo, profundo pensador, político eminente, hacendista notable y elocuente orador.

Reanimado, vuelto á la vida, por decirlo así, con el amor de Cristina, se sentó en la Cámara, al abrirse la legislatura, y pocas sesiones se pasaron sin que apareciese como una lumbrera aquel hombre hasta entonces oscurecido.

Conociendo el elevado talento de Cristina y apreciándole mas que nadie, quiso ser grande de todos modos y darle la opulencia de que ella se habia visto rodeada, durante toda su vida, al lado de su padre y de la princesa Fedora, y para esto adquirió una agencia de bolsa, pues la actividad era ya necesaria al exceso de vida que sentia.

Cada mañana recibia Cristina, al despertarse, un hermoso ramo de flores, que Águeda le llevaba, y dentro de él un billete: el marqués, además, le llevaba libros de esos que, á la vez que deteitan el ánimo, alimentan el alma y que instruyen en la ciencia de la virtud: estas lecturas eran las mas propias para la elevada inteligencia de Cristina y para su índole recta y altiva, tan casta y virginal, aunque por nada se sonrojaba.

Cristina era una niña pudorosa y digna, llena de ilusiones: un vaso de alabastro que conservaba intacto todo su perfume.

¡Qué felices eran las dos amigas! Cada noche se referian mutuamente las palabras de amor del hombre á quien cada una amaba.

Diana se contentaba con menos que su amiga. Esta, mas apasionada, exigia mas demostraciones y perdonaba menos cualquiera distraccion: si tardaba el marqués en llegar por la noche algunos minutos mas de lo acostumbrado, Cristina sufria de un modo visible.

—¡Dios mio! ¡Qué gusto tienes en hacerte desgraciada! le dijo un dia Diana: ¿qué te importa que tarde un poco mas ó menos?

—No lo puedo remediar, repuso Cristina: yo quisiera ser menos vehemente, tener tu calma... ¡nadie ganaria en ello tanto como yo!

Pero á la llegada del marqués, algunas dulces palabras la

tranquilizaron, como sucedia siempre: aquella naturaleza noble y generosa podia sufrir mucho, pero no podia guardar ningun resentimiento: en extremo sensible, le era además de todo punto imposible disimular lo que sentia.

Con mas dicha que pesares, iba pasando el año señalado para el matrimonio de las dos jóvenes: el amor de Diana al vizconde de Valence resistia á la prueba, y aquella ingenua y casta niña, lo mismo que la apasionada Cristina, pudiera decirse que solo vivia por su amor.

Todo lo que el grave Arturo decia era para su inocente y risueña prometida motivo de admiracion: le amaba y á la vez le respetaba de una manera tan verdadera como tierna y profunda: y esto es justamente lo que sucede en todos los dichosos matrimonios en que el hombre es superior á la generalidad, y la esposa tiene la superioridad encantadora de la inocencia y la virtud.

Tal vez Fedora hubiera deseado en su hija mas tendencia á brillar, mas ingenio, mas condiciones para ser una mujer á la moda; pero Diana habia nacido para ser la modesta flor que habia de vivir al calor del hogar doméstico y para la práctica silenciosa de todas las virtudes cristianas.

Julia, la desgraciada hija del marqués de Montbar, era la única persona que sufria amarga y profundamente: desde que sabia pensar, un solo sueño de ventura habia acariciado su mente: el de vivir constantemente al lado de su padre y el de que este no partiria con nadie el cariño que la profesaba: la infeliz criatura creia tener un derecho á ello por su desgracia, y se decia que el alma noble y el elevado talento de su padre lo comprenderian así: á pesar de sus pocos años, la soledad, la meditacion y sobre todo, el dolor, ese gran maestro de la vida, habian madura-

do su talento, naturalmente grande y precoz, como suele serlo en todos los infelices seres lisiados por la mano cruel del destino: algunas veces, cuando podia escaparse de la vigilancia de su aya, se encerraba en su cuarto para llorar; pero la excelente señora, que la amaba verdadera y tiernamente, iba á buscarla y la consolaba de su desgracia con la seguridad del invariable cariño que su padre le profesaba.

Pero en vano Mme. de Varennes se esforzaba en tranquilizar por largo tiempo la tristeza de Julia: esta volvia mas dolorosa y mas tenaz, y tomó un carácter alarmante desde que empezaron las relaciones del marqués con Cristina.

¡Cosa extraña y terrible!

Al paso que el padre revivia y adquiria en su persona y en su corazon reflejos de alegría y de felicidad, la hija languidecia y se apagaba como una lámpara abandonada, y á la cual se acaba el alimento.

Sin embargo, el marqués no habia dejado de amar á su hija: la veia, como antes, una hora cada dia, que le dedicaba despues del almuerzo: comia con ella, por lo menos, cuatro dias de la semana, pero los otros dos comia en casa de la princesa: la llevaba á paseo algunas tardes; é instábala con empeño para que saliese con Mme. de Varennes y fuera al bosque y á los teatros: la invitaba á que hiciese compras, y le encargaba que de nada se privase; pero Julia sacudia la cabeza con melancolía, y aunque delante de su padre fingia una sonrisa de complacencia y gratitud, al quedarse sola lloraba amarga y copiosamente, á pesar de todas las reflexiones de su excelente aya.

De esta suerte pasaron dias y meses.

Una noche, ya muy tarde, llegó el marqués á su casa preocupado y triste.

Cristina, indispuesta desde hacia dos dias, se habia agravado aquel dia y tenia una fiebre ardiente : Mr. de Montbar, casi loco, pues aquel amor llenaba completamente su alma, habia cedido á las instancias de la princesa y se habia retirado dos horas para volver al amanecer.

Decidido á pasar aquel tiempo sin acostarse, se sentó en un sillon y mandó al ayuda de cámara que pusiera una pantalla á la lámpara, y que se retirase hasta que amaneciera.

No bien habia salido el criado, llamaron á la puerta : el marqués, pensando que era su hija, que estaba con cuidado al ver que era tan tarde y deseaba averiguar si le habia ocurrido algo, dijo:

—Entra, Julia.

La puerta se abrió, y la plácida y respetable figura de madame de Varennes apareció en el umbral.

—¡Qué, señora! ¿Está mala mi hija? exclamó el marqués levantándose.

—No, á Dios gracias, señor marqués, respondió el aya : la señorita Julia está durmiendo en este instante : mi venida, muy importuna á esta hora, es solo con el objéto de hablar á usted de un asunto importante.

—Entre usted, pues, y tome asiento, dijo el marqués volviendo á ocupar su sillon: mucho favor me hará en acompañarme hasta que amanezca, porque no podria dormir: veamos, mi querida señora : ¿de qué se trata? ¿necesita usted dinero? ¿gasta Julia demasiado? no importa : mis negocios van bien y espero que produzcan mucho : no le consienta usted que se prive de nada.

—¡Ah, señor marqués! exclamó el aya : la señorita Julia apenas gasta! desgraciadamente, nada desea, y el dinero de su tocador está intacto hace dos meses! de eso precisamente venia á hablar á usted!

PUBLIC LIBRARY

¡AH SEÑOR MARQUÉS! DESISTA USTED DE VOLVERSE A CASAR.

—¿Pues qué sucede? ¿está triste mi hija?

—Está muy triste, y temo que esté tambien enferma dentro de poco.

—¿Pero cuál es el motivo de su tristeza? ¿Qué es lo que la aflige?

—¡Señor marqués, perdon! dijo Mme. de Varennes con voz conmovida: quizá voy á faltar á la consideracion que á usted debo y á mezclarme en cosas que no deberia... ¡pero la señorita Julia me es tan querida!... fuí amiga de su madre, y nada habrá que yo no intente para consolarla!

—¡Hable usted, hable usted! exclamó el marqués con voz agitada, pues sospechaba de lo que se trataba: ¿sabe usted lo que aflige á Julia? Dígalo usted sin rodeos.

—Pues bien, señor marqués: su hija de usted no puede acostumbrarse á la idea de su casamiento: tiene celos de esa jóven que va á ser su esposa de usted: ella encontraba un consuelo al desgraciado destino que el cielo le ha señalado, á su probable aislamiento, en la seguridad de que el cariño de usted seria suyo y solo suyo para siempre... y ahora la certeza de que se va usted á casar, de que la mejor parte de su corazon y de sus atenciones será para su esposa, la hace sufrir de un modo que me aterra.

—Jamás faltarán á Julia mi cariño y mi interés, repuso el marqués: porque sea buen esposo, no dejaré de ser buen padre.

—Eso mismo le he dicho yo mil veces; pero ¡ay! ¡en vano! la llaga no se cierra; por el contrario, cada dia se encona mas.

—El tiempo la convencerá de mi ternura.

—¡Ah, señor marqués! ¡desista usted de volverse á casar! exclamó el aya uniendo sus manos é inclinándose casi hasta caer á los piés de Mr. de Montbar: ¡por amor á Julia, no se case usted!

—¡Señora! repuso el marqués : ¡esto es una locura! ¿puede exigir mi hija que yo le sacrifique el reposo y la felicidad de toda mi vida? ¿Quiere que yo sea víctima de mi amor paterno? No puedo creer, en el buen sentido de Julia, tal pretension, que, por otra parte, en manera alguna estoy dispuesto á satisfacer.

—¡Ah! exclamó el aya : si esa niña fuese como las demás, si no hubiese venido al mundo marcada con un defecto físico que la imposibilita para el amor y para el matrimonio, seria injusto su dolor, y no tendria ningun derecho á exigir de usted tal sacrificio ; ¡pero es tan desgraciada!

—¿Dejará de serlo, porque yo lo sea tambien, señora?

—¡Usted puede olvidar á esa jóven, y consolarse con el amor de su hija!

—Señora, dijo el marqués con acento grave y dulce á la vez: usted no es una mujer vulgar, y, por consiguiente, voy á hablarle con confianza, seguro de que sabrá apreciarla: aunque de mas edad que mi primera esposa, fué usted su amiga, y ella distinguia á usted con su aprecio : distincion muy justificada y que influyó no poco en mi determinacion, cuando rogué á usted que se encargase de Julia : pues bien, amiga mia : ¿fuí yo dichoso en mi union?

—¡Oh, no! exclamo el aya : ¡fué usted desgraciado en demasía!

—La catástrofe que me arrebató á la madre de Julia, asombró mi espíritu de tal suerte, que ya sabe usted que he vivido por espacio de trece años alejado casi por completo de la vida, tanto de sus placeres como de sus ocupaciones : me sentia tan pequeño y de tan poco valor, al recordar la aversion de mi mujer, que ya no esperaba en el amor ni en la felicidad : una niña pura, hermosa, llena de esperanzas, de talento y de buenas cualidades

me amó... me devolvió la fé en la vida, en la felicidad ; me hizo desear el trabajo y los goces de la familia ; la amé á mi vez, temblando con la idea de que mi dicha fuera un sueño, y reviví... ¿y piensa usted que yo puedo renunciar ahora á todo eso para volver á la noche sombría en que he vivido?

Mad. de Varennes guardó algunos instantes de silencio y respondió levantándose :

—No, señor : veo que usted no puede renunciar á la felicidad.

—Además, señora, de mi amor, media el de Cristina : ella me ama y me ha amado espontáneamente : yo no puedo rehusar ese amor tan puro, tan noble, tan desinteresado, sin llenarla de dolor y sin condenarme á la desesperacion.

—No mas, señor marqués, dijo el aya : me retiro : solo tengo una cosa que hacer : consolar y distraer á la pobre Julia, y suavizar su pena con la creencia de que Dios recompensa largamente en el cielo los dolores de la tierra.

El aya dijo estas palabras con una frialdad irritada : mujer de edad avanzada y madre tierna de dos hijos, culpaba amargamente al marqués por no sacrificarlo todo al interés de Julia, á la que amaba con pasion, tanto por ser hija de su desgraciada amiga, cuanto por la deformidad que tan poderosamente debia contribuir á su infeliz destino.

Saludó al marqués y salió de su habitacion con las lágrimas en los ojos, compadeciéndose de la suerte de su educanda.

El marqués pensó breves instantes en lo que habia oido : luego se dijo que todo aquello eran fantásticos temores de niña mimada : que Cristina tenia por Julia un tierno interés, y que esta se consolaria muy fácilmente de su casamiento : y viendo que ya apuntaba el dia, salió de su cuarto y se dirigió precipitadamente

al palacio de Kernok, donde se hallaba Cristina desde que, sintiéndose indispuesta, se habia acostado.

En la mesa del recibimiento, halló una bandeja con muchas tarjetas que se habian recibido durante la noche anterior: vió en una las armas del conde de Valence, y extrañándole que no hubiera sido recibido por la princesa, la tomó y leyó:

EDMUNDO DE VALENCE.

Se despide para Italia.

—¡Ah! se dijo el marqués: ¡es el hijo menor! ya estará contento su padre, pues queria que hiciera este viaje para ver si se cura de su mortal melancolía. ¡Pobre jóven! ¡Muchos golpes debe haber llevado, y mucho se parece su estado al mio de otro tiempo! Vamos á ver al ángel de mi guarda, y Dios le depare á él otro parecido!

VI.

Cristina salió de su corta enfermedad mas fresca y mas bella de lo que jamás lo habia estado: durante los dias de su indisposicion, habia recibido tales pruebas del ardiente amor del marqués, que casi la bendecia por habérselas proporcionado.

En efecto, aquel amor primero, último y único del marqués,—pues á su esposa no habia llegado á amarla,—rayaba á una altura de la que no hay muchos ejemplos en nuestra gastada sociedad: desenvolvióse en el corazon de aquel hombre un raudal inmenso de ternura hasta entonces comprimido y mudo por falta de objeto.

Era Mr. de Montbar uno de esos hombres cuyo exquisito y delicado organismo no consiente excesos groseros y que no viven fuera de un círculo noble y elevado: cuando este círculo se es-

trecha ó desaparece, se repliegan en sí mismos, se aislan y enmudecen, retirándose del camino de los vivos.

Tal sucedió al marqués : Cristina, como un ángel de luz, vino á sacarle del purgatorio de su dolor, y le llevó á regiones espléndidas, serenas, llenas de esplendor y de gloria y para él desconocidas.

Con el amante, revivió el hombre : el hombre de talento, de instruccion, de elevada inteligencia.

Cristina era para él el supremo bien : sin ella, nada concebia : se imaginaba perderla porque se deshiciese su enlace y caia en el caos : y la idea del no ser, del suicidio, llenaba su cabeza.

Extasiábase mirando su hermosura, aquella hermosura que participaba de la pureza de las vírgenes romanas, y de la blandura de las Vírgenes de Murillo : para cada perfeccion de Cristina, para cada una de sus bellezas tenia él una adoracion : pasábase á veces largo rato mirando sus ojos, el corte de su frente, y la boca dulce y soñadora de la jóven, y decia despues á media voz :

—No, no hay ninguna como ella.

De esta suerte y aun antes de poseer á Cristina se extasiaba en los delirios de una felicidad suprema.

Así pasaron otros cuatro meses : la princesa se mostraba algunas veces en sociedad acompañada de las jóvenes y de sus futuros esposos.

En los salones, todos los hombres miraban con envidia al marqués y murmuraban :

—¡Qué dichoso es!

Todas las mujeres contemplaban á Cristina y decian :

—¡Feliz ella!

En tanto, Diana reia contenta como una cervatilla, y su grave prometido mecia la cabeza como desmintiendo melancólicamente aquellas predicciones de ventura.

Tambien unia un amor grande y profundo al vizconde y á Diana ; pero siendo otro el temple de sus almas, no tenia la espléndida manifestacion que el de Cristina y el marqués : ya sabemos que en Diana habia mas prosa y quizá menos talento que en su amiga, y que tomaba la vida *por su lado bueno*, segun se suele decir : en cuanto á Arturo, era así como deseaba á la compañera de su vida : ingenua, casta, sencilla, alegre y ajena á los sueños románticos de Cristina.

Esto no es decir que no estimase á la futura esposa del marqués de Montbar y que no le profesase un cariño fraternal: era el primero en reconocer sus bellas cualidades, su lealtad, su sensibilidad extrema, su elevado y exquisito talento, su imaginacion vivaz y apasionada; pero la compadecia por estas mismas dotes y se alegraba mucho de que Diana no las tuviera.

—Querido Arturo, le dijo un dia la princesa: muchas veces he deplorado que tuviese mi hija tanto candor y honradez y que no se pareciese un poco mas á mí y un poco menos á su padre; pero veo que á usted lea grada tal como es, y bendigo á Dios por lo mismo que antes me quejaba.

—Señora, repuso Arturo, nuestra Diana tiene cuanto necesita para ser feliz y dar la dicha al hombre que esté á su lado: no sucederá otro tanto á esa pobre niña á quien deseo toda clase de felicidades y á la cual, si se realizan mis temores, hemos de ver sumergida en grandes desgracias.

—¡Que! ¿Teme usted algo por Cristina?

—Temo mucho: mi hermano empezaba á enamorarse seriamente de ella, y mi padre y yo, de comun acuerdo, apresuramos su viaje para Italia, á fin de alejarle de Cristina.

—¿Edmundo la amaba?

—Sí, señora.

—¡Pero si solo la ha visto tres ó cuatro veces!

—Ese es uno de los tristes privilegios de Cristina: atraer, seducir, esclavizar con una mirada; y despues fatigar con el peso mismo de sus pasiones y con el exceso de su sensibilidad.

—¿Pero no lloraba Edmundo un desengaño de una mujer á quien amaba?

—Muchos desengaños ha sufrido: así es que, sin tener mala opinion de las mujeres, da poco valor á su cariño.

—¡Quizá hubiera sido dichoso al lado de Cristina! murmuró Fedora: ¡pobre Edmundo! ¿Por qué no me lo ha dicho usted? Al menos, Cristina hubiera podido elegir!

—¡Bendito sea Dios que nos ha inspirado la idea de alejar á Edmundo, señora! ¡Mucho deploraria el verle unido á esa jóven!

—¡Arturo! exclamó severamente Fedora: ¿tiene usted mala opinion de Cristina? ¿Ignora usted que ha sido educada por mí y que la considero como á mi segunda hija?

—Admiro á Cristina tanto como la estimo y la respeto, señora, respondió el vizconde; pero no quiero verla esposa de mi hermano.

—¿Y Cristina ha sabido algo de ese amor? preguntó la princesa: pero ¿qué digo? ¡Si algo hubiera sabido, no lo hubiera dicho!

—El amor de mi hermano ha pasado desapercibido para ella; pues la pasion que alimenta hácia el marqués es demasiado profunda, y mi hermano es demasiado noble para no ocultar la suya, sabiendo que Cristina estaba ligada á Montbar por un compromiso formal.

Algunos dias despues de esta conversacion, se celebraron los dos enlaces en la iglesia de la Magdalena.

Las dos novias vestian trajes iguales de seda blanca con túnicas de encaje blanco de subido precio: sus aderezos eran de perlas, y perlas habia tambien mezcladas en sus coronas de azahar: jamás esas hermosas flores han simbolizado mas pureza é inocencia que colocadas en la frente de aquellas encantadoras niñas.

La princesa, vestida de un largo traje de terciopelo negro, quiso acompañar á *sus hijas* á la iglesia, y sostuvo, como madrina, el yugo de seda blanca sobre sus cabezas.

Una alegría celeste radiaba en el rostro de aquella gran señora, aun jóven y bella: la alegría de la maternidad feliz, que ha llenado hasta el fin santa y cumplidamente su dulce y noble tarea.

En medio de la turba de convidados, cubiertos de seda y encajes, de brillantes uniformes y condecoraciones, se veia en el templo una figurita débil y raquítica, que tenia impreso el sello de una mortal tristeza.

Hallábase vestida sencillamente de blanco, y su rostro moreno y pálido se destacaba amarillento de entre las blondas de su sombrerito, que no alcanzaba á ocultar dos espesas bandas de cabellos negros.

Era Julia: todo lo que llevaba era de un gusto exquisito y encargado expresamente por la princesa á su modista, la mas artista de Paris: aquella mísera figura de quince años no presentaba ninguno de los rasgos característicos de su edad: hallábase marchita y como doblegada bajo el peso de un inmenso dolor.

A su lado, y arrodillada como ella, se hallaba su aya vestida de negro.

Cuando, terminada la ceremonia, bajaron del altar asidos de la mano Cristina y el marqués, un grito agudo se escapó del pecho de Julia y cayó desmayada en los brazos de su aya.

Ni su padre ni la desposada oyeron este grito: tan absortos iban en su felicidad; pero Fedora lo oyó, corrió hácia el triste grupo, hizo conducir á Julia á su carruaje y que el aya subiese con ella.

—Vamos, hija mia, le dijo despues de haber conseguido que volviera en sí haciéndola aspirar un pomito de sales: tu dolor es culpable á los ojos de Dios: Cristina será para tí una tierna amiga, una amable compañera: casi contais los mismos años: tú la amarás y serás dichosa.

Julia bajó la cabeza sin responder, y dejó escapar de su oprimido pecho un profundo suspiro.

—Además, prosiguió la princesa, puedes vivir conmigo, Julia mia: ahora quedo sola, pues Diana y su marido se van á su casa: quédate á mi lado y sé otra hija para mí. Mad. de Varennes vivirá á tu lado, pues yo no quiero privarte de su compañía: yo tendré la de las dos y me vendrá muy bien, pues la soledad me espanta.

—Gracias, señora, respondió Julia; pero yo no puedo separarme de mi padre: ¡le quiero tanto!

—Le verás todos los dias.

—¡Vivir bajo otro techo que el suyo! ¡abdicar mis derechos á su amor! ¡Oh, no! ¡eso jamás!

—¿No aceptas mi proposicion?

—Me es imposible, señora, aunque la agradezco con toda mi alma.

—Lo siento por tí y por mí, Julia; créelo, dijo la princesa: pero aun mas por tí que por mí: ya hemos llegado: por Dios,

haz un esfuerzo sobre tí misma y no muestres dolor en tu semblante!

—¿Acaso repara álguien en mí? murmuró la desgraciada niña con amargura.

—¿Lo dudas? tu padre te ama lo bastante para notar tu tristeza.

—Mi padre solo piensa ya en su esposa, repuso Julia.

—¡Y en tí, hija mia! ¿Qué tiene que ver un amor con otro? La misma Cristina, ¿qué dirá al ver que así recibes su union?

Julia se encogió de hombros con una triste indiferencia.

Fedora sacudió tristemente la cabeza como diciendo:

—¡Todo es inútil!

—¡Todo! repitió el aya por otro movimiento igual.

Eran las nueve de la noche: en el palacio de Kernok, espléndidamente iluminado, habia preparada una magnífica comida, habiéndose agotado en el decorado de la mesa todos los refinamientos de la suntuosidad y del buen gusto.

Al llegar al salon los novios, seguidos de los convidados, Cristina vió á Julia: la llamó, le tomó las manos y le quitó ella misma su sombrerito blanco, besándola tiernamente en las mejillas.

—Julia, le dijo, seremos muy amigas, ¿verdad? saldrás conmigo, te compraré todo lo que quieras, y en particular libros bonitos, pues sé que te gusta mucho leer: ¿me querias un poco?

—Sí, señora... respondió la niña con una repugnancia que en vano procuraba vencer.

—¡Señora! llámame Cristina: hazte cuenta que soy una hermana un poco mayor que tú: y ahora, como memoria de este dia, toma... era de mi madre... llévala tú.

La nueva marquesa de Montbar se quitó su guante blanco y

perfumado, sacó de su dedo anular una sortija de gran valor y delicadeza, adornada con un magnífico brillante, y la presentó á Julia.

—Gracias, respondió esta; tengo, señora, muchas sortijas de mi madre, que no me pongo.

Cristina volvió sus ojos asombrados y llenos de lágrimas hácia el marqués, que á dos pasos de allí era testigo mudo de esta escena.

—¡Mad. de Varennes! dijo con voz sorda: lleve usted á mi hija á casa!

—¡Jorge! exclamó Cristina aterrada.

—Y tú, prosiguió el marqués, guarda esa sortija, que esta niña ingrata debia haber recibido besando tu mano: es una joya que no merece y que no quiero que posea!

—¡Julia! exclamó la marquesa reteniendo á la altiva niña, que ya se alejaba con su aya: ¡ven aquí! no quiero que señale un pesar tuyo el dia de mis bodas! ¿Por qué me recibes con hostilidad? ¿Qué te he hecho? ¡Me aborreces, lo veo! ¿Pero, por qué? ¡Yo estoy dispuesta á amarte! ¡te amo! ¡Habla! ¿Qué tienes contra mí?

Julia, al oir este dulce lenguaje, se echó á llorar, y su corazon, que se destrozaba de angustia, se desahogó algun tanto.

—Vamos, vamos á la mesa, dijo Cristina tomando por la mano á Julia: te sentarás á mi lado... quiero que seamos amigas.

Mr. de Montbar dió gracias á su esposa con una mirada de profundo reconocimiento.

El banquete empezó: durante él, la alegría residió constantemente sobre la blanca y cándida faz de Diana; pero la fisonomía expresiva y apasionada de la marquesa de Montbar se cubria de vez en cuando de un ligero velo de tristeza al mirar á la hija

de su esposo, que, en actitud meditabunda y triste, atraia la atencion general.

Hubo un instante en el que sintió no haber permitido que se retirase con su aya, y así se lo dijo á su marido.

—Sí, respondió el marqués: hubiera sido mucho mejor que se retirase, y otra vez no se colocará á tu lado.

En vano el duque de Montenegro, la princesa, Diana, su marido y algunos de los concurrentes dirigian á Julia frases dulces: esta apenas respondia, y sus escasas palabras parecian ahogadas en lágrimas.

En fin, al levantarse de la mesa, y en tanto que pasaban todos al salon donde se hallaba servido el café, el marqués dió á su hija con voz severa la órden de retirarse.

Cristina no dijo una palabra para retenerla, cansada de la opresion moral en que aquella niña la habia tenido durante dos horas con su aspecto desesperado.

Julia salió sollozando, apoyada en el brazo de su aya.

La reunion se prolongó hasta las doce, á cuya hora se retiraron los convidados; y media hora despues, el duque y la princesa acompañaron á sus respectivas casas á los dos jóvenes matrimonios.

La casa de Mr. de Montbar estaba espléndidamente iluminada para recibir á su nueva señora: desde la escalera se veian hermosas macetas llenas de flores que perfumaban deliciosamente la atmósfera: por todas parte se veian ricos tapices, magníficos dorados, muebles nuevos y de un gusto exquisito: todo era elegante, rico y del mejor gusto.

En tanto que la novia, la princesa, Diana y Arturo visitaban aquella suntuosa morada, el duque entró con su yerno en el cuarto de este y puso en sus manos una abultada cartera.

—Hé aquí, querido Jorge, le dijo, el dote de Cristina: cuando Dios me llame á sí, y con mi título, tendrá el resto de mi fortuna que es bastante grande: no tengo fincas, porque aunque en España poseia algunas muy buenas, las vendí al fijarme en Paris: todo su dote consiste en billetes de Banco y títulos de la Deuda: ahora, hijo mio, solo me resta suplicarte que mires por su dicha como lo he hecho yo: que disimules sus defectos atendiendo á su tierna edad: á los diez y siete años, no es extraño caer en algunas faltas de carácter; pero su corazon es noble y bueno y sus errores no serán ni de larga duracion ni de peligrosas consecuencias: haz que no llore el dia que dejó la compañía de su padre y que bendiga el dia en que vino á tu lado.

—Señor, respondió el marqués: yo quisiera sin dote á Cristina y que usted guardara ese dinero, que no necesito ni me halaga: en cuanto á hacerla dichosa, no verterán por mí una sola lágrima sus ojos: si comete faltas, las excusaré como padre; pero no espero que llegue este caso: veo en Cristina el ideal de la pureza, de la noble altivez, de la honrada dignidad que defiende á la mujer: nada tema usted por la suerte de su hija, pues yo sabré hacerla tan feliz como se merece: mañana salimos para la Bretaña y habitaremos el antiguo castillo donde nació mi madre á orillas del mar: quiero realizar así uno de los sueños de la poética imaginacion de Cristina: á la vuelta, la verá usted mas alegre que hoy y le hablará á usted de su dicha.

El duque estrechó la mano de su yerno, y ambos salieron de su cuarto para reunirse á los demás.

—¿Dónde está la señorita Julia? preguntó la jóven marquesa á la camarera, que se presentó para irle abriendo las puertas del soberbio palacio que iba á habitar.

—Se ha acostado, señora marquesa, respondió aquella.

—¿Y su aya?

—Está en su cuarto y esperando las órdenes de la señora marquesa.

—Yo ya he visto y admirado tu casa, hermana mia, dijo Diana tomando las dos manos de Cristina: ¿te vas á ir tú sin ver la mia?

—No quisiera, respondió la marquesa; pero dice Jorge que mañana salimos para Bretaña.

—Saldremos por la tarde, observó el marqués, y la mañana la pasaremos con vosotros.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

Cristina abrazó á su padre, á la princesa y á Diana, estrechando con efusion las manos del vizconde, y todos salieron del palacio de Montbar.

El duque y la princesa acompañaron al vizconde y á su esposa á su casa, que no era menos espléndida que la de Cristina: al salir de allí, el duque, que se habia quedado muy triste, dijo á la princesa:

—Ya estamos solos los dos... ¿por qué no nos unimos al pié del altar?

—Amigo mio, respondió la princesa, ya pasó la edad de nuestras ilusiones: ¿y qué es el matrimonio sin esas hermosas compañeras? Nada mas que una tierna y acendrada amistad: esa nos la profesamos pura, leal, inalterable: no enajenemos, pues, nuestra libertad, ó, á lo menos, pensémoslo maduramente antes de hacerlo, en cuyo caso creo que seguiremos contentos con nuestro estado actual.

Llegaban, al decir esto la princesa, á la puerta de su casa: Fedora dió la mano á su amigo con la misma serena cordialidad

de costumbre, y entró en ella, volviéndose el duque á la que antes ocupaba con su hija.

Cuando quedaron solos los marqueses de Montbar, Jorge llamó á sus criados y los puso á las órdenes de su mujer, que les dirigió algunas palabras con la dulce benevolencia que era la base de su carácter: ordenó al mayordomo que hiciese á cada uno un regalo en nombre suyo, y los despidió encargándoles que dijesen á Mad. de Varennes que podia recogerse.

Julia quedó aquella noche, por la primera vez de su vida, sin el beso de despedida de su padre, y su aya la oyó dar vueltas en su lecho y exhalar amargos y frecuentes suspiros.

VII.

A la caida de la tarde del siguiente dia, Mr. y Mad. de Montbar salieron para Bretaña, despues de haber visto la casa de Diana y de su marido, aunque ya la tenian, desde antes, muy examinada, pues la princesa habia presidido á su arreglo, agotando en él los tesoros de su buen gusto y los recursos de su colosal riqueza.

Sin embargo, una gran sencillez se advertia en el palacio de Valence, pues ambos esposos eran poco amantes de la fastuosa ostentacion: todo era, mas bien sólido y cómodo, que brillante y deslumbrador.

Se almorzó en familia, y Julia formó parte de ella.

La pobre niña procuró sonreir y se mostró tan conformada y serena como le fué posible; pero la princesa comprendió que se hacia una violencia espantosa.

Su padre no pensaba en ella, completamente embebido en contemplar á Cristina, que estaba bella como la imágen evocada por los sueños de un poeta.

Su traje de viaje, de un gris claro, descubria su elegante y gracioso talle, y se doblaba en espléndidos pliegues en el pavimento: teniendo que ponerse un sombrerito redondo de fieltro, su peinado caia negligentemente en gruesas trenzas y apretados rizos sobre su frente y cuello; y aquella cabellera, de un matiz armonioso y de una abundancia rica y sedosa, hacia resaltar la pureza nacarada de su tez y la adorable suavidad de sus facciones.

Cristina reunia dos cosas muy difíciles de encontrar juntas: la belleza y la gracia, y las reunia en el mas alto grado de perfeccion.

—¿Va Julia á Bretaña? preguntó Diana á su amiga.

—Yo, por mí, la llevaria, contestó Cristina; pero Jorge dice, y no sin razon, que en aquel castillo aislado se va á aburrir la pobre niña: está inmediato á una pequeña aldea en la que solo viven pescadores.

—No me parece muy oportuna la presencia de Julia en vuestra luna de miel, observó el duque al oido de su yerno.

—Veamos el parecer de Julia, dijo la princesa: ¿quisieras ir, hija mia, ó quedarte conmigo?

—Yo, contestó la niña, me alegraria de ver la Bretaña.

La princesa leyó en sus ojos:

—Yo no quisiera separarme de mi padre.

—Todo se puede arreglar siendo Julia razonable, dijo el marqués: estaremos dos meses en Bretaña: dentro de uno vendrá Julia con su aya, y así no se le hará tan penoso el estar allí durante largo tiempo, y verá el pais, que es muy pintoresco y hermoso.

—Está dicho, observó el padre de Cristina: yo llevaré á Julia de aquí á un mes, sin que por eso deje de acompañarla su aya.

Terminado el almuerzo, se levantaron todos de la mesa y em-

pezaron los tiernos y tristes abrazos de la despedida, pues se acercaba la hora de partir.

—¡Julia, valor! dijo la princesa que veia descomponerse por instantes el rostro pálido de la señorita de Montbar: ¡treinta dias se pasan muy pronto, hija mia, y los pasarás conmigo!

Julia volvió sus grandes ojos negros hácia la princesa; pero en ellos se pintaba una angustia indecible, y sus labios temblaban de un modo convulsivo.

—Ven, Julia, ven, dijo Diana: ahórrate y evita á tu padre este triste adios.

Pero la jóven, lejos de ceder á aquel consejo, corrió al marqués y se abrazó á su cuello con una fuerza nerviosa y desesperada.

—Adios, Julia, dijo Mr. de Montbar: hasta dentro de un mes.

Un gemido sofocado respondió á estas palabras: el marqués sintió aflojarse el lazo, que formaban los brazos de su hija, y que el débil cuerpo de esta caia por su propio peso inanimado é inerte.

El vizconde la recogió en sus brazos: Julia se habia rendido á un profundo desmayo.

—¡Idos, idos ahora! dijo la princesa: eso no es nada. Julia es muy nerviosa y la menor cosa la altera de un modo terrible.

El marqués salió de la habitacion preocupado y triste.

Ya al empezar á bajar la escalera, se volvió y dijo á la princesa:

—¡Cuidado, por Dios, con mi pobre Julia, señora!

—¡Ay, Dios! exclamó Cristina con alguna amargura: desde que me he casado, solo nos hemos ocupado de Julia!

—Perdon, amada mia, dijo el marqués subiendo al carruaje

que esperaba á la puerta : desde ahora solo me ocuparé de tí : de tí, que eres lo que mas amo en la tierra.

—Si me hubieras dicho que esa niña iba á sufrir tanto con nuestra union, no se hubiera llevado á cabo, repuso Cristina.

—Si Julia fuese como las otras jóvenes de su edad, yo haria menos caso de sus extremos, dijo el marqués ; pero su desgracia la pone en un estado excepcional.

—Su desgracia la pagamos todos ; de eso me quejo.

—¡Hablemos de nosotros, de nuestro amor, te lo suplico! exclamó el marqués, en cuyo corazon vibraba una cuerda dolorosa : no pensemos mas que en nosotros, porque tú eres para mí el mundo todo!

Estas palabras, el acento con que fueron pronunciadas, y las caricias que las acompañaron, disiparon las nubes agrupadas en la frente de Cristina, y al llegar al término de su viaje estaba contenta y era tan feliz, que solo sabia dar gracias al cielo por su dicha y contemplar el mar, que jamás habia visto, y aquella naturaleza llena de una poesía vírgen y casi salvaje.

El castillo era artísticamente hermoso, así por su antigua construccion como por lo espacioso de su recinto : apoyábase por un lado en una pequeña aldea, y por el otro le lamia el mar : en el pueblo, como queda dicho, no vivian mas que pescadores : habia una iglesia humilde y un pastor que amaba á sus feligreses como á hijos : aquellas pobres gentes pasaban su vida en el mar, en su casita ó en la iglesia.

Cristina vió en el castillo la mansion de amor y poesía que soñaba en su adolescencia : sus espaciosas y sombrías salas adornadas de espesos tapices de seda, sus altos techos con molduras doradas, sus rasgadas ventanas que daban al mar, sus cuadros que representaban escenas de martirios de santos, altos crucifi-

jos, ó bellísimas imágenes de la Vírgen ; su oratorio, cuyas ventanas ojivas tenian vidrios de colores, y todo aquel conjunto antiguo, casi misterioso, arrullado dia y noche por el himno eterno del mar, tenian para ella un encanto indecible.

Además, empezaba mayo, y las praderas se hallaban cubiertas con su manto primaveral de frondosas yerbas y pintadas flores : las noches eran tibias y perfumadas : la luna, clara y tranquila, reflejaba en las sosegadas ondas : la jóven marquesa de Montbar paseaba en una barca con su marido, y la ligera y elegante embarcacion era tripulada por dos marineros que se habian llamado al castillo para desempeñar ese solo cargo.

El marqués hizo adornar aquella barca : se la alfombró, se la cerró con cortinas de seda, y se la llenó de cómodos cojines y bancos mullidos : además, hizo llevar á ella el arpa de Cristina, cuyo instrumento, asi como el piano, tocaba esta con perfeccion, y muchas veces le pedia que cantase una romanza de Rossini ó de Meyerbeer, acompañándose, en tanto que la barquilla se deslizaba por las olas.

La mañana se dedicaba á dar un paseo á caballo por la selva que se extendia á la izquierda del castillo, y que pertenecia al marqués: este la hizo limpiar, y en su centro dispuso que se construyera además un gabinete de verdura.

Despues del almuerzo, dedicaban un rato á la música y á la lectura, y Cristina bordaba algunas veces hasta la hora de la comida.

Un dia á la semana, iba á la aldea al caer la tarde ; visitaba y socorria á los enfermos y á los ancianos ; acariciaba á los niños y para todos tenia palabras de consuelo : así es que se deseaba el dia de su aparicion, como la de un ángel bienhechor, y el que sufria solia tranquilizarse diciéndose á sí mismo :

—Paciencia, que el sábado está cerca y vendrá la señora marquesa!

Era, en efecto, el sábado, dia consagrado á la Vírgen, cuando hacia Cristina sus excursiones caritativas.

La jóven daba á conocer que era española en la vehemencia de sus sentimientos, en la nobleza de su carácter y en su tierna y entusiasta devocion: una fé profunda llenaba su alma, y su conciencia era tan pura que no admitia ni la sombra de un mal pensamiento.

¡Dichosa ella si su fogosa imaginacion, siempre ávida de emociones fuertes, hubiera podido ceder un poco de sitio al cálculo y á la reflexion!

VIII.

Pasó un mes como un dia: tan breve se hizo para los esposos.

Una mañana trajeron una carta al castillo; era para la marquesa y de su padre: decia así:

—Dentro de pocos dias pienso abrazaros, hija mia: en Paris, el calor es ya insoportable: la princesa, Diana y su marido van á pasar un mes en Londres; yo me voy con vosotros, y si quereis dejar ese bello pais y visitar algun otro, yo pasaré en él el verano.

—¡Nada dice de Julia! observó el marqués despues de leer la carta que su mujer le habia entregado.

Cristina no respondió.

—¿Estará enferma? dijo el marqués.

—Mi padre va á venir y te lo dirá, repuso Cristina con algun enfado.

—¡Pero quedamos en que él la traeria!

—Como cosa convenida, no habrá creido preciso volver á hablar de eso.

—¡Qué tono, Cristina! ¿estás incomodada conmigo?

—No, respondió la marquesa: ¿por qué habia de estarlo? Yo sabia que no podias estar mucho tiempo sin Julia.

Mr. de Montbar inclinó la cabeza sin contestar: su esposa tomó un libro, y ninguno de los dos volvió á dirigirse la palabra hasta la hora de la comida.

Esta fué silenciosa y triste.

Cuatro dias despues, llegó al castillo el duque de Montenegro.

—¿Y Julia? fué la primera frase del marqués.

—No ha querido acompañarme, respondió el recien llegado: dijo que se hallaba bien en Paris y que esperaria vuestro regreso.

—¡Pero la princesa se va, y tambien Diana y Arturo!

—Julia se quedará con su aya.

—¿Está buena? ¿Por qué no me escribe? preguntó el marqués.

—Está buena, respondió el duque; y en cuanto á escribirte, no habrá querido hacerlo, temerosa de causarte la molestia de contestarle.

Aquella misma tarde, el marqués escribió á su hija, que le respondió al instante, diciendole que no habia ído á Bretaña porque, sabiendo que debian volver dentro de un mes, preferia esperarles.

Volvió á renacer el sol de la dicha en el castillo, y Cristina se sintió doblemente feliz con la presencia de su padre.

Empezaron de nuevo los paseos matinales y nocturnos, los ratos de lectura y de música, las excursiones á la orilla del mar,

en las cuales Agueda, que habia seguido á su querida Cristina, llevaba algunas provisiones de boca.

Pasó otro mes, y Mr. de Montbar, que tenia precision de ir á Paris, propuso á su esposa que, si se hallaba bien en el castillo, se quedase en él con su padre hasta fin del verano.

Esta proposicion desagradó mucho á la marquesa, que se quejó de ella como una falta de cariño.

—No, le dijo; á donde vayas, te seguiré.

El marqués abrazó á Cristina dándole gracias por su mismo enfado, y se señaló el dia de la vuelta á la capital de Francia.

La marquesa se despidió con dolor de aquel magnífico y apacible recinto donde habia pasado su encantadora luna de miel: un temor extraño oprimia su corazon; le parecia que oia rugir la tempestad lejos de allí, y que toda la serenidad de su alma se quedaba entre aquellas paredes consagradas con la vida de virtudes de la madre del marqués, que allí habia nacido y vivido en el seno de la paz y de la tranquilidad doméstica, entre Dios y su familia.

Despidióse del magnífico castillo, de la verde selva llena de pajaritos, de su gabinete de verdor, á cuya puerta brotaba murmurando una clara y risueña fuente; dijo adios al mar, sobre cuya superficie tantas veces habia soñado y cantado; á la barca que la habia mecido sobre sus claras ondas; á la pobre iglesia de la aldea y á las familias de los pescadores á quienes habia aliviado y socorrido, y que la despediau llorando y enviándole mil bendiciones.

En una hermosa mañana de estío dejó la marquesa aquel apacible valle y aquel castillo que tanto amaba, y subió al carruaje de camino con su marido y su padre.

—¡Ah, señora! exclamó un anciano para el cual dejaba Cris-

tina una corta renta vitalicia; si alguna vez es usted desgraciada, vuelva entre nosotros! ¡aquí la consolará el recuerdo del bien que ha hecho!

Cristina hizo una señal de despedida, y los caballos partieron al trote; pero la jóven marquesa oia, á pesar del estruendo de las ruedas y mas bien con el corazon que con el oido, estas palabras:

—¡Vaya usted con Dios, señora marquesa!

—¡Dios vaya con usted!

—¡Su santa Madre la acompañe!

El viaje fué triste y silencioso; solo el duque se esforzaba en sostener la conversacion: el marqués no iba triste, sino preocupado con sus negocios y sus planes financieros: Cristina iba mas melancólica; sentia dejar la Bretaña donde tan dichosa habia sido sola con su esposo, y sentia tambien ir á Paris, cuyo ruido y algazara tenian para ella pocos atractivos, y menos desde que habia gustado las dulzuras de la soledad embellecidas por la inteligencia.

Iba á hallarse sin su amiga y sin la princesa, que era para ella la mas tierua de las madres.

Además, la herian como una ofensa la distraccion y el silencio de su marido.

—¡Jamás le he visto así! pensaba: ahora ocupa su pensamienta entero esa odiosa y rebelde Julia! cuando los hombres tienen hijos, á quienes aman tanto, no se debian casar!

Llegaron por fin á Paris: cuando el carruaje se detuvo frente á la puerta de su casa, esta se abrió y dos personas aparecieron en ella; el aya y Julia: á la vista de la jóven, la misma Cristina no pudo reprimir un grito de espanto y de sorpresa.

Julia era solo la sombra de aquella débil criatura que ella habia conocido: tal estaba de enflaquecida y de cambiada.

Su padre la abrazó, dejando escapar lágrimas de sus ojos.

—¿Por qué no has venido á Bretaña? le preguntó la marquesa, quien, ante el aspecto doliente de Julia, sentia evaporarse todo su enojo: ¿estás enferma, querida Julia? ¿Qué sientes?

—No quise ir, respondió la niña con voz ronca y fatigada, porque como papá no me quiso llevar cuando se marchó, inferí que le incomodaba: despues me puse mala: ¡me dolia el pecho! tenia mucha tos y me dije:

—Si estando buena le era molesta mi presencia, ¿qué seria ahora? No, no, me estaré aquí hasta que vengan y aquí les esperaré.

Luego, abrazando á la marquesa, añadió en voz baja:

—¡Perdon, Cristina! ¡Ya sé que soy en el mundo como la sombra negra de tu dicha; pero poco estaré ya en él!

—¿Qué dices? exclamó la marquesa aterrada: Julia, ¿qué significan tus palabras?

—¡Desde que tengo este dolor en el pecho, sé que voy á morir, respondió la niña, y doy, por salir del mundo, mil gracias á Dios!

—¡No, tú no morirás, exclamó la marquesa: curarás, te amaremos y procuraremos todos, y yo la primera, que seas feliz!

Julia sacudió la cabeza sin responder, y una triste sonrisa pasó por sus labios descoloridos.

—Es preciso llamar al médico hoy, ahora mismo, dijo Mad. de Montbar dirigiéndose al aya.

—Ya se llamó, señora, respondió el aya con tristeza; ¡pero su mal no tiene remedio! ¡bien se lo dije á su padre y no me creyó!

—¿Qué le dijo usted? preguntó con altivez Cristina.

—Que, si se casaba, se quedaba sin hija.

—¿Y se atreve usted á decirme eso... á mí? exclamó Cristina: ¡no suponia á usted tan insolente!

—La verdad se debe decir siempre, señora, dijo friamente Mad. de Varennes; y yo digo ahora la verdad.

—¿Y quién se la preguntaba?

—Nadie, ya lo sé; y si la he dicho, es solo para que usted sepa que debe pagar á su esposo el quedarse sin hija con mucho amor y gratitud.

El aya, dicho esto, volvió la espalda, y Cristina la siguió con una mirada en la que habia mas tristeza que enojo, porque comprendia que sus palabras encerraban una grande y triste verdad.

Julia, á quien las emociones fuertes hacian un daño terrible, se sintió tan mal, que se vieron precisados á acostarla: la marquesa, profundamente compadecida de ella, se sentó á su cabecera, resuelta á endulzar todo lo posible los sufrimientos de la desventurada niña.

El marqués se sentó al otro lado del lecho, sombrío, mudo y absorto en dolorosas reflexiones.

IX.

Julia empezó á languidecer mas y mas desde aquel dia: en vano Cristina y su marido redoblaban sus afectuosos cuidados: en vano la marquesa, cuya alma era tierna y generosa, prodigaba á la doliente niña cariñosas palabras y muestras de tierna afeccion. Julia era una flor que se inclinaba hácia la tierra.

Dos meses transcurrieron viéndola languidecer y contemplando como su vida se apagaba lentamente: apenas podia permanecer en el lecho y pasaba semanas enteras recostada en un ancho sillon.

Cristina, durante aquel largo espacio de tiempo, no se acostó ninguna noche, y apenas se recostaba algun rato en su lecho.

Una noche en que el marqués se habia retirado á su cuarto para tomar algun descanso, la agonizante niña asió la mano de la marquesa y la estrechó con íntima ternura.

—¡Cuánto siento morirme! murmuró; ¡y cómo me acuso ahora de no haber dominado mi pena en vez de entregarme á ella!

—¿Por qué hablas de morir? exclamó la marquesa besándola en la frente: ten esperanza en Dios, que tal vez te dejará aun por largo tiempo á nuestro lado.

—No, Cristina, me muero, repuso Julia, y muy pronto: no veré la noche del dia que va á empezar, y Dios sabe que lo siento, porque queria haberte pagado tu cuidado y tu cariño: cuando mi padre se casó contigo, casi te aborrecia, segura de que ibas á robarme la mejor parte de su amor; pero ahora veo que tu corazon me lo hubiera devuelto: no importa: ¡hágase la santa voluntad de Dios! ¡Cristina, ama á mi padre, que ya queda solo en el mundo! ¡hazle feliz!

La marquesa lloraba: veia en las facciones descompuestas de Julia que tenia razon al asegurar que le quedaba muy poco tiempo de vida: su pecho se levantaba con un silbido lúgubre: su nariz se habia afilado de una manera espantosa: su palidez era ya lívida.

Ya no pudo tomar alimento, y Cristina acercó á sus labios un cordial.

Llegó el dia: era uno de los primeros de octubre, nublado y triste; uno de esos dias en que un viento, ya frio, hace caer las hojas secas de los árboles.

Julia se sentia ahogada; y suplicó á su aya que abriese la ven-

tana que daba sobre el jardin: una ráfaga de aire empujó á la habitacion algunas hojas marchitas.

Julia las miró rodar á sus piés, sonrió tristemente y murmuró en voz muy baja:

—Antes estabais verdes y lozanas y yo tambien: ¡ahora vosotras y yo volvemos á la tierra!

Pasó la tarde rezando, y aprovechando un instante en que algunos amigos habian sacado á su padre de la habitacion y le habian conducido al jardin para que respirase, se despidió tiernamente de Cristina y de su aya, y pidió que le trajesen á su confesor.

Este, que se hallaba en el palacio de Montbar preparado para acudir al menor deseo de la enferma, entró y la reconcilió, pues hacia dos dias que le habia administrado los sacramentos de la Iglesia, hablándole despues con dulzura de nuestra santa religion, del cielo y de su madre, á la cual iba á encontrar.

A la caida de la tarde, el marqués se escapó de sus amigos y corrió á la habitacion de Julia, deteniéndose, no obstante, como petrificado de espanto y de dolor al verla agonizante ya.

Corrió á ella llamándola con angustia. Julia abrió sus grandes ojos negros, en los que se pintaba ya la muerte: echó los brazos al cuello de su padre; reclinó en su pecho la cabeza, y dejó en aquel abrazo su último suspiro, como si solo hubiera esperado, para morir, la ocasion de poder hacerlo en el seno paternal.

—¡Hija mia, hija mia! ¡yo soy tu asesino! gritó fuera de sí Mr. de Montbar: ¡ah! ¡por qué no me contenté con tu amor y con tu compañía! ¡miserable de mí!

El aya, que lloraba junto al cadáver, alzó la cabeza al oir estas palabras y miró con terror á la marquesa, temiendo el efecto que sobre ella podian producir.

Este fué, en verdad, horroroso: la altiva Cristina se levantó con la palidez de la muerte en el rostro, con los ojos centelleantes, y los labios temblorosos: acababa de recibir una herida mortal en su corazon y en su amor propio.

No pensó en consolar á su marido: pensó solo en que este la habia ultrajado delante de varias personas á quienes no conocia: el pasado apareció á sus ojos, y recordó que ella era la primera que habia amado al marqués y la primera de los dos que lo habia manifestado: despertóse de repente el orgullo de su sangre española, de su alta clase, de su riqueza, todos los orgullos á la vez, incluso el de su hermosura y el de su talento, y á través de aquel negro torbellino de ideas desoladoras, un pensamiento, candente como un dardo de fuego, penetró su cerebro y descendió á su corazon.

—¿Por qué me he casado con él? se dijo: ¿me ha dado posicion, riqueza? ¡No! conmigo ha ganado, y sin embargo, se arrepiente de su casamiento conmigo! ¡Oh, inútil sacrificio! ¡Oh, lazo odioso! ¡Ahora es cuando conozco mi deplorable ceguedad!

Todo esto lo sintió Cristina con la rapidez del relámpago: cuando salió de la estancia, ya no era la misma Cristina que hemos conocido.

X.

Una muralla de hielo se levantó entre el marqués y la marquesa de Montbar.

Negras nubes de dolor envolvian el alma del desgraciado padre, y este dolor irritaba mas y mas el orgullo de su esposa, que se levantaba gimiendo en el fondo de su alma.

Ni una palabra de consuelo le concedia: apenas le veia mas

que en las comidas, que eran silenciosas y tristes ; y esta conducta resintió tambien al marqués, que necesitaba y esperaba consuelos.

La dulce compañera que habia soñado para su triste vida, habia desaparecido. Cristina helada, muda, indiferente, orgullosa, era insensible á su dolor.

Ni él se quejaba, ni ella tampoco : y este silencio prolongaba tan tirante y amarga situacion.

Necesaria era, dc parte de la marquesa, una heroica virtud cristiana para sobreponerse á las heridas de su amor propio y consolar á su marido ; pero Cristina solo tenia diez y nueve años, no comprendia el corazon del hombre, ni tenia, en su recto orgullo, bastante generosidad para perdonar.

Así pasó parte del invierno, y la princesa, su hija y su yerno regresaron del extranjero.

Fedora y el vizconde comprendieron al instante que un abismo separaba á los esposos : trataron de indagar la causa y la supieron muy pronto.

Cristina manifestó lo que la habia herido á la princesa ; pero no con el llanto, sino con el fuego de la indignacion en el semblante, llamándose ultrajada con tanta crueldad como bajeza.

—Este ha sido el pago, término de mis sacrificios por esa niña que Dios ha llamado á sí y de cuya suerte se me acusa tácitamente : yo creia que merecia gratitud, y hé aquí, señora, la recompensa que he obtenido!

—Hija mia, respondió suavemente la princesa : nadie merece reconocimiento por cumplir con su deber y tú no has hecho otra cosa cuidando á la pobre Julia : en cuanto á las palabras que la desesperacion arrancó á tu marido, debes, ya que no puedes olvidarlas, perdonarlas de todo corazon.

—¡Imposible! exclamó Cristina con vehemencia.

—Nada es imposible con una firme voluntad: hija mia, en las situaciones apuradas de la vida, á la mujer es á la que corresponde ser fuerte y valerosa: no te lo habia dicho, porque pensé que jamás serias desgraciada, pero sábelo ahora que te ha llegado la hora de sufrir y de llorar: la tarea de la mujer es mucho mas ruda que la del hombre, porque tiene por base casi siempre la paciencia silenciosa y la plácida resignacion: si hay nubes en el cielo conyugal, á tí te toca serenarlas.

—¡A mí! repitió indignada la marquesa: ¿se han extendido por mí esas nubes acaso? ¿He traido yo la tempestad?

—¿No, respondió la princesa, pero existe: tampoco la ha traido tu marido: es quizá la mano de Dios, que quiere probarte: Dios hiere lo que no se inclina ante su santo poder: olvida las palabras de tu esposo, y, si no puedes, perdónalas como cristiana: consuélale: no te alejes de su dolor; por el contrario, aproxímate á él para calmarle: el matrimonio es un lazo estrecho, que no debe aflojarse jamás: si la pobre niña, que está en el cielo, era un obstáculo para tu dicha, ya ha desaparecido: piensa en que su padre necesita tu amor para consuelo.

Cristina inclinó la cabeza sin decir una sola palabra: comprendia que la princesa tenia razon; pero el calor de sus razonamientos no penetraba en su alma herida y ya fria en sus aspiraciones de amor.

El vizconde alcanzó mejor resultado con el marqués.

—He ofendido á Cristina, lo sé, dijo: he sido imprudente en la manifestacion de mi dolor: y, sin embargo, yo la amo con toda mi alma! mi cabeza extraviada dictó aquellas palabras: mi corazon le está profundamente reconocido por los cuidados y atenciones que ha prodigado á mi pobre Julia: vamos ahora mismo á verla para que me perdone.

El marqués fué al cuarto de su esposa y le tomó las manos con ternura y timidez.

—¡Perdon, amada mia! le dijo: sé que he sido culpable: pero perdona á un padre desgraciado que, en el extravío de su dolor, pudo ofenderte: despues he extrañado tu desvío, porque no me acordaba de las palabras que pronuncié; tan independientes fueron de mi voluntad: cuando las recordé, una insensible timidez me impidió acercarme á tí y demandar mi perdon... ahora vengo para que me absuelvas y para asegurarte de que tu amor es la felicidad de mi vida!

Mr. de Montbar estaba tan interesante al hablar así, sus ojos se veian animados por una tan tierna elocuencia, que Cristina le vió tal como le habia conocido y amado y le echó ambos brazos al cuello.

—Si solo ha sido tu cabeza la culpable, le dijo, la perdono.

La princesa y el vizconde salieron de aquella casa, que antes vestia la tristeza, casi felices, pensando que ya dejaban en ella la alegría.

Pero ¡ay! el primer grano de arena habia ya caido en el lago azul del matrimonio! los corazones de Cristina y de su marido habian estado separados durante seis meses y se habian acostumbrado á vivir el uno sin el otro!

El marqués, á pesar del acendrado amor que profesaba á su esposa, no podia defenderse de la tenaz melancolía que le asediaba: se llamaba siempre el matador de su hija y veia en sueños la irritada sombra de su mujer y la pálida de Julia que le acriminaban dura y amargamente.

Para distraerse de su continua é insuperable tristeza, se dedicó, con mas asiduidad que antes, á los negocios, en los que pasaba la mayor parte del dia.

Cristina volvió á la sociedad con la princesa y con Diana: conocia que su dicha habia huido, ó que, al menos, se le habia escapado la parte mejor de ella, y cansada de deplorar su pérdida, procuraba aturdirse en las distracciones.

Poco á poco sustituyó á su apasionado amor por su marido una fria amistad: le estimaba, le queria sinceramente; pero ya no le amaba.

Mr. de Montbar embebecido en sus negocios, en la política y tambien en su habitual tristeza, no reparó ó aparentó que no reparaba en el cambio que se operaba en su esposa: habia hallado en la caza, que le causaba una fatiga corporal, el mejor lenitivo para su melancolía, y se alejaba de Paris con frecuencia para cazar en algunos de sus sotos: á los cuarenta y cuatro años no se piensa en amor como á los veinte.

Sin embargo, amaba con delirio á Cristina y admiraba su sobresaliente talento y las dotes de su noble carácter.

Cristina se cansó pronto de la sociedad: su alma altiva se indignaba de los alardes de coquetería que veia en las demás mujeres: no comprendia el coquetismo su corazon honrado y bueno; y separándose del camino que la mujer sigue generalmente en los salones, era objeto de la crítica de las que los frecuentaban, porque la reserva y el pudor de la jóven chocaban con sus costumbres desenvueltas y poco conformes con el decoro.

Diana se habia retirado tambien de los salones: era ya madre de una hermosa niña, dicha que el cielo no habia querido conceder á Cristina y que, sin duda, hubiera llenado su vida.

Cristina empezaba á comprender que en su existencia habia un vacío inmenso: que estaba sola moralmente; pero cuanto mas deseaba una afeccion profunda, mas se disgustaba de las insípidas y vacías galanterías de los jóvenes á la moda y mas huia de ellos.

Llegó, por fin, á encerrarse en su casa y á no salir mas que para ir á misa á una iglesia cercana : el hastío enfrió su corazon é hizo palidecer sus mejillas : se desmejoró visiblemente, y, despues de un año de una vida sin emociones y sin objeto, cayó en una languidez mortal.

Yo creo que Cristina nunca habia amado á su marido con ese amor, que llena la vida, y que ella, mas que nadie, era capaz de sentir.

Su pasion por él habia sido una ilusion, un engaño de su mente calenturienta : la niña deseó amar, y no conociendo á nadie mas que al marqués, se fijó en él y tomó por amor su vaga necesidad de ternura y de afectos.

Cristina, peligrosamente enferma ya, no se quejaba : sonreia siempre y pasaba su vida recostada en un divan en su cuarto, leyendo ó tocando en su piano tristes melodías, que pintaban el estado enfermizo de su ánimo.

La princesa se alarmó seriamente de la situacion de la jóven y se la hizo notar al marqués : este llamó á uno de los mejores médicos de Paris, que ordenó á la paciente un viaje á Italia, pues la consideraba amagada de una enfermedad de pecho.

El marqués lo abandonó todo ; mandó hacer apresuradamente los preparativos de viaje, y salió para Niza con Cristina , que se oponia á partir alegando que no estaba enferma.

XI.

El aire balsámico de los jardines de aquella hermosa ciudad, puerta á la vez de Francia y de Italia , devolvió á la marquesa algunas fuerzas : paseaba á caballo con su marido y hacia lo posible por distraerse.

Su hermosura llamó muy pronto la atencion general del alto círculo que se reune en Niza los inviernos: la marquesa de Montbar eclipsó desde luego á todas las mujeres: su belleza, las gracias de su talento y de su instruccion, su misma enfermedad la hacian interesante.

Formóse en torno suyo una pequeña corte, y los hombres mas á la moda se disputaban sus preferencias.

Haria como unos diez dias que Cristina se hallaba en Niza, y su pecho se sentia aliviado del enorme peso que le agobiaba en Paris, cuando una noche, al entrar en el salon, despues de haber asistido á un concierto, vió una tarjeta sobre la chimenea.

No tenia armas ni distintivo alguno de nobleza: solo se leia en ella este nombre:

Edmundo de Valence.

—Por fin, vamos á hallar aquí á un amigo, dijo Cristina á su marido mostrándole la tarjeta.

Mr. de Montbar palideció ligeramente y frunció las cejas.

—¿Qué tienes? le preguntó su mujer: ¿te incomoda que se encuentre aquí Edmundo?

—No, respondió el marqués: me es indiferente: nunca ha sido mi amigo.

—¿Pero tienes antipatía á Mr. de Valence?

—¿Cómo tenérsela, si apenas le he visto cuatro veces en mi vida? Él ha estado siempre viajando.

—El caballero, que ha dejado esta tarjeta, ha dicho que vendrá mañana á las tres, observó el criado que se presentó con el té para los señores.

El marqués sintió que su corazon se oprimia: él sabia que Edmundo de Valence habia estado enamorado de Cristina, y que, para ahogar su pasion, al ver que estaba comprometida, habia huido de Paris.

Pero, en su cualidad de hombre de experiencia, se dijo que era mejor que ella ignorase esto, segun lo habia ignorado hasta entonces, y ya no volvió á ocuparse del asunto.

Al dia siguiente, el marqués no salió, contra su costumbre, y, lejos de ir al club, bajó al salon á las dos y se puso á leer.

A poco rato, llegaron algunas personas. Cristina era el astro què brillaba y todos se agruparon á su lado.

Cristina se hallaba encantadora aquel dia : su traje, de seda gris plata, con adornos grana y encajes blancos, hacia resaltar la esbeltez de su estatura, que acaso se podia tachar de un poco delgada, pero que la hacia mas espiritual y mas interesante : sus cabellos caian en largos bucles sobre su frente y hombros : aquel clima benigno habia extendido sobre sus blancas mejillas un delicado color de rosa y habia dado á sus ojos algunos destellos de alegría : hallábanse en Niza algunos grandes artistas y el contacto de la inteligencia habia comunicado calor á su corazon.

Cuando anunciaron á Mr. de Valence, estaba verdaderamente hermosa y sostenia una conversacion animada con un pintor célebre : su buen gusto en el arte y su conocimiento de él tenian asombradas á las personas allí reunidas y hacian sonreir de orgullo al marqués, que la miraba con una especie de arrobamiento: al ver que se le acercaba Mr. de Valence, Cristina se detuvo y le dió la mano con amabilidad.

Solo dos ó tres veces le habia visto, y entonces notó la admirable belleza de su rostro y su porte distinguido y elegante.

Edmundo de Valence tenia los ojos negros y muy hermosos : una palidez aristocrática vestia sus mejillas : un bosque de cabellos negros y finos se rizaba sobre su frente : su boca, de un dibujo perfecto, era melancólica y soñadora : en su sonrisa habia mas tristeza que amargura.

Cristina le siguió con una mirada cuando fué á saludar á su marido; y, así que ocupó un asiento, le dirigió la palabra con amabilidad.

—Francia debe estar muy enojada con usted, señor de Valence, le dijo: hace ya tres años que ha huido usted de ella y que le llama.

El acento de aquella dulce voz conmovió á Edmundo, que miró profundamente á Cristina: luego respondió:

—Solo me acuso de ingratitud delante de mi padre y de mi hermano, señora: únicamente ellos se acuerdan de mí, segun creo, y nada mas que de ellos me acuerdo yo.

—Es usted entonces muy injusto.

—¿Por qué?

—Porque hay además otras personas que desean su vuelta.

—Yo doy gracias á esas personas, repuso Valence con una sonrisa incrédula; pero no pienso por ahora volver.

—¿Se halla usted bien en Italia?

—Muy bien: y, sin embargo, ya ve usted como me he acercado á las puertas de Francia: en esta parte me parezco á los niños que, aunque sus nodrizas sean feas y displicentes, les profesan especial predileccion.

—¿La Francia ha sido mala para usted?

—Tengo poco que agradecerle: pero, marquesa, estamos hablando de mí solo, y esto es poco agradable para estos señores: ¿ha venido usted, como casi todos los que vienen aquí, por falta de salud?

—Sí, señor: vine enferma, pero ya estoy mucho mejor.

—¿Y van ustedes á estar durante mucho tiempo, querido marqués?

—No, amigo mio, respondió este: saldremos de aquí dentro de un mes.

—¿Para volver á Paris?

—Para ir á España : deseo que Cristina respire el aire natal antes de volver á Francia.

Mr. de Valence se volvió á mirar á la marquesa; pero esta se hallaba ya hablando con las demás personas que habia en el salon.

Con profundo arrobamiento contemplaban todos aquella fisonomía juvenil y encantadora, que se animaba al hablar: el alma de Cristina chispeaba en todos sus ademanes, en su mirada, en el eco sonoro y límpido de su voz: era una flor que revivia bajo un rayo de sol.

Mr. de Valence se despidió en breve: el rato que estuvo, excepto las palabras que cambió con Cristina, habló muy poco: las damas presentes se resintieron de su indiferencia, pues apenas las miró.

Así que salió, y, segun costumbre, empezaron á murmurar de él, vengándose de este modo de lo que llamaban su grosería.

—Hé ahí el hombre mas afortunado que he visto con las damas, dijo uno de los presentes.

—¡Ya! ¡como que solo se ha dirigido á mujeres insignificantes ú olvidadas ! repuso una de las señoras : así, no es milagro alcanzar fortuna.

—¡Insignificantes! repitió el que habia hablado : ¿sabe usted la historia de la princesa Colonna?

—¿De la llamada tan sin razon la *maravilla de Italia?*

—De la misma: con razon ó sin ella, pasa por una de las mujeres mas encantadoras del mundo.

—¡Y bien! Concedo sus encantos y estas damas tambien, ¿no es verdad, señoras ?

—Ciertamente, respondieron todas con una sonrisa irónica.

—Sepamos la historia, añadió Cristina.

—El señor de Valence rehusó casarse con la princesa, cuya fortuna es regia y su belleza tan admirable como perfecta.

—No la amaria, observó el marqués.

—¡No amarla! dijo una de las damas: ¡si estaba loco por ella! Ella era la que no le amaba.

—No lo dió á conocer cuando se comprometió con él tan sin miramiento, querida condesa.

—Se arrepentiria de su capricho.

—Quien se arrepintió fué él y así se lo dijo: en seguida huyó de Venecia donde ella habitaba.

—¡Es posible! Si ella se habia comprometido realmente, fué muy mala accion.

—Es hombre que deja de amar fácilmente; y que, cuando ha dejado de amar, no sabe fingirlo ni un instante.

—¿Y cuál es aquí la ocupacion de ese caballero? preguntó malignamente otra de las señoras.

—Segun he oido asegurar, ninguna, dijo el marqués: admira la Italia, pinta, escribe, compone música: es en diferentes artes hombre de talento, pero inútil para un trabajo asiduo y complicado, al cual no tiene tampoco necesidad de entregarse, pues posee una fortuna mas que regular é independiente.

—Sin embargo, observó el que habia hablado de la buena suerte de Edmundo con las damas, que era un rico banquero inglés: aun por las mujeres que ha dejado de amar siente Mr. de Valence y les prueba una exquisita deferencia: así es que ninguna puede aborrecerle, y hasta la princesa Colonna le profesa la mas sincera amistad.

—Es muy extraño, dijo la marquesa de Montbar con su ingenuidad natural, que sean las damas las que acriminen á Mr. de

Valence y los hombres los que le defiendan: siempre he creido que en estos asuntos debia suceder lo contrario.

—Ya ve usted, pues, que se ha engañado, querida mia, dijo la condesa de... con no poca ironía: lo que probará á usted que, para que nuestra opinion le acuse, le debemos tener en muy mal concepto.

Las damas, despues de esto, se fueron retirando: parecia como que se hallaban incómodas oyendo hablar de Mr. de Valence.

Cristina quedó pensativa y meditabunda.

—Basta, madre mia, dijo la señora de Clavieres á la baronesa: la lectura de esta noche ha sido mas larga que de costumbre, y debe usted hallarse fatigada: mañana acabará usted la historia: ahora veamos qué opina el auditorio de los personajes.

—A mí me parece, dijo Mariana, que en esta historia no hay ninguno malo, ni antipático: la figura mas insignificante es la de Diana, y á mí me encanta su carácter sencillo, su modestia y su alegría natural.

—Es, en efecto, observó la baronesa, la que tiene mejores disposiciones para ser dichosa. Cristina está fatalmente dotada, y la reflexion era la que podia detenerla en la pendiente de sus pasiones.

—Pero, abuelita mia, ¿qué culpa tiene Cristina de ser así? preguntó Magdalena.

—¡Claro, señora! ¿qué culpa tiene? añadió Luisa: ¡nadie elige su modo de ser, y nadie le puede cambiar!

—Escuchad, mis queridas niñas, dijo la anciana: nadie puede elegir el temple de su organismo, la viveza mas ó menos grande de la imaginacion, ó su temperamento nervioso ó linfá-

tico: nadie puede remediar el sentir con mas ó menos vehemencia: Dios templa á la humana criatura, segun su santa voluntad; y, segun es su temple, son mayores ó mas suaves las pruebas de su vida; pero hay un regulador para todos, un freno que el mismo Dios nos ha impuesto: la conciencia: no hay accion culpable, por pequeña que sea, que no se halle reprochada por una voz secreta que, como un juez inexorable, se levanta en el fondo de nuestro corazon: esa es la conciencia, y la conciencia es mas estrecha y menos tolerante en las personas de elevado talento: por tanto, la de Cristina debia advertirle que, dejándose llevar de impresiones que la alejaban de su marido, faltaba á su deber de cristiana y de buena esposa.

¿Pensais acaso, hijas mias, que no se debe contener la imaginacion cuando esta desbarra? ¿Dejaríais acaso correr á un abismo á un caballo desbocado, que os llevase sobre su lomo, pudiendo echarle de nuevo el freno, aunque esto os costase algun trabajo? ¡Oh, no! No querríais ir á la muerte: y sin embargo, si dejais desbordar vuestra imaginacion en locas quimeras, si buscais el peligro, no lo dudeis, ¡os llevará á la pérdida de la dicha y de la felicidad! poned á vuestros sueños el freno de la humildad y de la religion, y no salgais nunca de la senda estrecha, pero bordada de flores, del deber.

Ya vereis hasta dónde condujeron á la pobre Cristina los extravíos de su imaginacion, y como llegó dia en que se arrepintió amargamente de no haber sido humilde de corazon: ahora, hijos mios, recojámonos para rogar á Dios que os aparte del camino de las pasiones y para hallar despues un sueño bienhechor.

XII.

—Desde aquel dia—prosiguió á la siguiente noche la baronesa—desde el dia en que Edmundo de Valence fué á ver á la marquesa de Montbar, esta se lo encontró constantemente en su camino; en paseo, en el teatro, en las fiestas y conciertos á donde concurria, siempre tenia ante sus ojos la bella figura de Mr. de Valence, y siempre hallaba los negros ojos de este fijos en los suyos.

La marquesa. lejos de huir de su vista, sentia un placer secreto al encontrarle: y si por casualidad alguna vez no le veia, se sentia disgustada, displicente y de mal humor.

El marqués se tranquilizaba en vez de alarmarse, al ver que Edmundo no habia vuelto á su casa: habia en el corazon de aquel hombre tanta buena fé é inocencia, que no podia creer en la traicion: él no iba siempre con su esposa, pues la atencion á sus negocios le absorbia por completo; y cuando la acompañaba, si hallaba á Mr. de Valence, le parecia esto efecto de la casualidad.

Cristina estaba cada dia mejor, mas alegre, mas sonrosada: revivia! ¡se sentia amada y amaba!

Mr. de Montbar habia creido siempre que con la conciencia intranquila no puede haber alegría en el rostro, y que las faltas salen á la cara como una mancha indeleble.

¡Cuánto se engañaba!

Su esposa se aturdia y tomaba por dicha la fiebre de su cerebro que todo lo vestia de espléndidas luces.

Lo que no podia menos de llamarle la atencion era que Mr. de Valence ni se acercaba á ella, ni procuraba hablarla: y era que

mas experto que ella, y mas acostumbrado á las lides de amor, sabia el mejor camino de vencer, y encendia el fuego que despues le habia de evitar el trabajo de la conquista.

No era Edmundo ni un seductor de oficio, ni un amante rutinario: estudiaba y comprendia muy pronto á las mujeres: solo á una habia amado en su vida en su primera juventud, y esta habia sido una cortesana que habia llenado de hiel su corazon y habia apagado, con el hielo de su cinismo, las mas puras creencias de sn alma adolescente: las demás mujeres le habian cansado muy pronto, y el hastío era el monstruo que devoraba su vida y se la hacia amarga cuando vió á Cristina.

¡Qué hermosa é inocente le pareció aquella casta figura! ¡Cómo le hizo volver con el pensamiento á sus mas bellos dias! ¡Y además de la dulzura y de la candidez de sus diez y seis años, ¡qué talento se leia en los ojos de Cristina! ¡Qué profunda sensibilidad!

—¡Huyamos! se dijo un dia aterrado: huyamos! no encadenemos su alma pura y virginal á mi alma marchita! lo que yo siento es un deslumbramiento, una impresion de admiracion y de alegría ante esa criatura, que ha arrojado un rayo de luz en medio de las tinieblas que me circuyen... Dado caso que mi fortuna y mi posiciou no pareciesen insignificantes á su padre y que este me la diese por esposa, ¿soy yo acaso propio para la vida material, para ser el sosten y el jefe de una familia? No me enojarian esos cuidados materiales y fatigosos? ¿Y no me han dicho que ella ama al marqués de Montbar? ¡Dejémoslo, pues, y huyamos!

Lejos de Paris, ya se rió de lo que él llamaba su pasion sentimental y se burló no poco de sí mismo; mas, al saber que Cristina se hallaba en Niza, un deseo irresistible de verla se apode-

ró de él: la vió mil veces mas linda, mil veces mas interesante, y leyó en sus ojos que aun era la mujer-ángel que él conocia, y que el mundo no la habia marchitado con su impuro aliento.

Sus ilusiones renacieron, pero no quiso volverla á ver: y sin embargo, una fuerza invencible le llevaba cerca de la marquesa y no podia separar de ella los ojos.

Llegó el dia de la partida para España. Cristina salió de Niza sin pesar: una voz secreta le decia:

—¡Él te sigue!

Y en efecto, Mr. de Valence la seguia.

Cristina habia contado, durante toda su vida, lo que pasaba en su corazon á su amiga Diana: ¿por qué no le hablaba entonces de sus impresiones? Solo al pensarlo, sentia que el rubor subia á su frente, y que mas fácil le seria morir que hablarle de esto: entonces se llamaba culpable y se acusaba de infidelidad á su marido; á aquel hombre que la habia preferido á todas las cosas de la tierra y hasta á su misma hija; á aquel hombre que con tanta ternura la amaba.

Despues de la voz de la conciencia, venian los sofismas de que Cristina queria armarse para amenguar su culpable desvarío.

—Yo no amo á mi esposo, se decia: ¿y tengo la culpa de haberme engañado? tengo la culpa de haber hallado tras el amante melancólico y tierno, que soñaba, el hombre de negocios, el padre que piensa de coutinuo en su hija muerta? Si tanto la amaba, ¿por qué se casó conmigo? ¡por qué no me dijo que la preferia á todo? Entonces, yo hubiera rehusado su mano, y ambos hubiéramos sido libres y yo mas dichosa!

Con estas falsas razones se queria engañar á sí misma la marquesa, que vió con un loco júbilo en Sevilla á Edmundo, la primera vez que fué á visitar su hermosa catedral: oculto tras una

de las columnas se hallaba aquel, y en una mirada le dijo mas que pudiera decirle su boca en dos horas de protestas.

En tanto que Mr. de Montbar miraba un altar que coronaba una bella escultura, Edmundo se acercó á la marquesa y le preguntó:

—¿Cuándo volveré á ver á usted?

—¡Mañana! respondió Cristina casi sin saber lo que respondia.

—¿Dónde?

—Aquí.

El marqués se volvió: Edmundo habia desaparecido.

—Vámonos, Cristina, dijo Mr. de Montbar, que no se habia apercibido de nada: aquí hace demasiado fresco para tí.

—Mañana volveré... si te parece, observó la marquesa.

Al dia siguiente volvió, en efecto. Edmundo se hallaba detrás de la misma columna.

Acercóse á ella y le dijo:

—Salgamos de aquí, Cristina: no debemos profanar el templo, yo explicando á usted mi amor, y oyéndome usted: salgamos por esa otra puerta: ahí nos espera un carruaje.

La marquesa siguió á Edmundo sin decir una palabra: aquel hombre, cuya voz apenas habia oido, ejercia sobre ella una fascinacion extraña: por otra parte, creia soñar y que el mundo daba vueltas á sus piés.

La marquesa y Edmundo subieron á un carruaje que les condujo á la campiña.

Aquel dijo á Cristina todo lo que sabe decir un hombre de experiencia y de talento que se halla verdaderamente enamorado.

Cristina oia fascinada aquel lenguaje del corazon, rápido, brillante, lleno de encanto y de fuego: parecia una estatua; pero

de vez en cuando sus ojos lanzaban un rayo de entusiasmo : tenia veintidos años y ninguna experiencia : su esposo, grave y reflexivo, la amaba con ternura, pero jamás se habia sabido expresar como se expresaba Edmundo : este le era muy superior en el arte de la seduccion, y arrancó á Cristina la promesa de ir á encontrarle al dia siguiente á una casita aislada, perdida en medio de uno de los bosques de verdura que rodean á Sevilla.

Dos dias despues, y al ir á vestirse el marqués de Montbar, halló una carta encima de su mesa de noche : no tenia sobre ; pero estaba cerrada.

Sin darse cuenta del por qué, sintió que se helaba su corazon : la abrió y leyó, con el cabello erizado, estas palabras:

«Adios, Jorge : te he faltado : amo á otro y no quiero manchar tu casa con la presencia de una culpable : no llegan á tanto mis fuerzas, aunque pienso que el matrimonio es una cadena que se puede romper cuando pesa demasiado... para mí era intolerable y la he roto: ¡adios, y sé feliz!—Cristina.»

Una lívida palidez cubrió el semblante del marqués : sus labios se cerraron convulsivamente, y con voz ronca exclamó :

—¡Traidora!... ¡Me asesina!... ¡Hija mia!... ¡Hé aquí el castigo de tu muerte!

Y como si su corazon se hubiera hecho mil pedazos , cayó en un sillon inmóvil y frio, estrujando convulsivamente la carta que acababa de leer.

XIII.

Al dia siguiente, el marqués de Montbar , que parecia haber vivido diez años en una sola noche, salió de la fonda donde aun se hospedaba, apoyándose en un grueso baston.

Su paso era débil y vacilante: aquella noche habia encanecido sus cabellos y ahondado sus mejillas.

Se hallaba completamente vestido de negro, lo que hacia resaltar la densa palidez de sus facciones.

Dirigióse al gobierno civil y pidió ver al gobernador, á quien demandó media hora de audiencia reservada, que le fué al instante concedida.

—Señor, dijo con voz sorda: mi esposa huyó en la madrugada de ayer del domicilio conyugal, seducida por un hombre.

El gobernador miró turbado y á la vez compadecido al marqués.

—¿A qué disfrazar la verdad? prosiguió este: lo que sucede no es un crímen de mi parte, ni quiero considerarlo como tal de la suya: es una desgracia y nada mas.

—¿Sabe usted quién es ese hombre? preguntó el gobernador.

—Creo saberlo: el que me infunde sospechas se llama Edmundo de Valence y es natural de Paris: deseo saber si está aun en la ciudad ó si se le ha dado pasaporte.

El gobernador escribió dos renglones en un papel y tiró de la campanilla.

—Que se averigüe esto, dijo al oficial que se presentó.

Diez minutos despues, entró otro empleado y entregó una nota al gobernador retirándose al instante.

—No se ha dado pasaporte á esa persona, dijo el gobernador, y debe hallarse en la ciudad ó en algun pueblecillo inmediato: ¿quiere usted encontrar á los culpables? pondré á su disposicion algunos agentes para que le ayuden en sus pesquisas.

—Gracias, caballero, respondió el marqués: admito con reconocimiento el auxilio que se me ofrece, pues yo solo quizá tardaria mucho á dar con los culpables: no tema usted ni un

crímen, ni siquiera un escándalo, porque es precisamente el escándalo lo que trato de evitar : quisiera que las pesquisas se hicieran con todo el sigilo posible, y que cualquier indicio que haya se me avise reservadamente.

—Así se hará, caballero, dijo el gobernador.

Mr. de Montbar salió con paso lento : su cabeza se hallaba doblada sobre el pecho, como si la abrumasen á la vez una inmensa vergüenza y un supremo dolor.

Dirigióse á su casa y se dejó caer de nuevo en un sillon, como si sus fuerzas se hallasen agotadas.

Dos horas estuvo con la cabeza oculta entre sus manos : pasaba por delante de sus ojos su vida entera tan triste y tan llena de pesares : veia á Cristina faltándole á la fé prometida, cuando él todo lo habia olvidado por ella.

Su ayuda de cámara le sacó de sus dolorosas reflexiones, al entrar con una carta cerrada en una bandejilla.

—La persona que la ha traido espera á que el señor marqués la lea, dijo el doméstico retirándose.

La mano de Mr. de Montbar temblaba de una manera nerviosa : lo que tenia en ella debia ser algun aviso del gobernador.

No se engañaba : era una nota concebida en estos términos:

«Se han encontrado las personas, cuyo paradero desea usted saber : esta noche debian salir para Inglaterra y con este motivo se ha presentado para refrendar un pasaporte : se ha seguido al hombre que lo ha traido : la persona encargada de dar á usted este aviso le acompañará hasta su domicilio.»

Mr. de Montbar sintió que la alegría subia á su rostro en nubes de fuego : levantóse, guardó en el bolsillo el aviso que acababa de recibir, tomó su sombrero y salió á la antecámara, donde esperaba el agente, al que dijo con voz trémula :

—Vamos.

Este le siguió silenciosamente.

Atravesaron ambos la ciudad: eran las cuatro de una templada tarde de otoño: al salir al campo, el aroma de los viñedos, de los olivares, de los huertos llenos de frutales y de flores, comunica la alegría al alma é imágenes risueñas al pensamiento: los últimos aromas de las flores de setiembre parecian transmitir una embriaguez encantadora á los sentidos.

El marqués, dotado de una naturaleza tan poética, nada sentia, sin embargo; caminaba cabizbajo y pensativo al lado del agente, y, cuando levantaba la vista, un relámpago de ira ó una lágrima de dolor brillaba en sus negros ojos.

Atravesando un vallecito florido, se hallaron en un bosquecillo de árboles jóvenes, regado por un arroyuelo, al fin del cual se veia una casita blanca, semejante á una nevada paloma.

Detúvose el agente, y dijo con su voz grave y helada:

—Aquí es.

—Amigo mio, repuso el marqués, ya no necesito de la ayuda de usted; le doy mil gracias por haberme acompañado y le suplico que se retire.

Al decir estas palabras, puso una onza de oro en la mano de aquel hombre, que se retiró haciendo mil cortesías.

La puerta de la casita estaba abierta; un mozo de una fonda salia con una enoame cesta vacía, y se dispuso á cerrarla; pero el marqués le detuvo, pasó, cerró despues y empezó á subir tranquilamente la escalera.

XIV.

La casita tenia un solo piso: diez ó doce peldaños de una escalera suave y cómoda conducian á él.

Sin duda los actuales habitadores no habian querido quedarse en la planta baja, á fin de evitar la mucha publicidad.

Una mujer, vestida con una bata blanca, arreglaba algunos platos sobre una mesa cubierta con un mantel muy limpio: esta mujer se hallaba de espaldas á la puerta de la estancia donde se habia detenido el marqués, pero este la conoció fácilmente.

Dos trenzas magníficas de cabellos castaños descendian por su espalda: su estatura era alta y su figura estaba llena de nobleza y distincion.

Cerca de la ventana habia un hombre jóven y de bella presencia, que leia un periódico francés.

Ni una ni otro vieron aparecer á Mr. de Montbar, que habia entrado justamente al abrir el camarero la puerta para salir.

Cristina se volvió para alcanzar un plato de un aparador que se hallaba á su derecha, y entonces su vista se fijó en el marqués; lanzó un grito sofocado, y dejó caer el plato de la mano, quedándose pálida y temblorosa.

El que leia se volvió vivamente para averiguar la causa del espanto de su compañera: vió á un hombre apoyado en el marco de la puerta, y no distinguiendo bien sus facciones, exclamó con aire sorprendido é irritado:

—¡Caballero!

—¡Caballero! repitió el marqués mirando á Edmundo frente á frente.

Este, como herido de un rayo, dejó caer á su vez el periódico que tenia en la mano, y quedó inmóvil y confundido ante el marido ultrajado.

Mr. de Montbar avanzó algunos pasos lentamente hasta colocarse en medio de los dos, cruzó los brazos sobre el pecho, y dijo con una triste amargura:

—¿Por qué temblais? ¿Quién soy yo? ¡Un hombre honrado! ¡Nada mas! ¿Quién sois vosotros? tú, una pobre y débil criatura, añadió señalando á su mujer ; y usted un vil seductor: un hombre despreciable!

Al pronunciar estas palabras, designó á Mr. de Valence, que dió un salto hácia atrás y se puso lívido de cólera.

—No te castigaré, Cristina, prosiguió el marqués sin hacer caso alguno de aquel movimiento: yo soy un hombre fuerte y valeroso, y no alzaré mi mano sobre una criatura débil é indefensa: esa seria una hazaña digna de un cobarde: además, desgraciada mujer, solo tengo fuerzas para compadecerte: te conozco y sé que, pasada esa embriaguez que se ha apoderado de tí, tu verdugo mas cruel será tu propia conciencia: en cuanto á usted, señor de Valence, hijo y hermano de mis dos mejores amigos, ya es otra cosa.

—Estoy á las órdenes de usted, dijo Edmundo con frialdad: solo usted tiene derecho á imponer condiciones.

—Saldremos esta noche los tres para Paris : mi mujer volverá á su casa, que es la mia : usted y yo nos batiremos con testigos ; el mio lo será su hermano de usted.

—El mio, mi padre, repuso Edmundo : está dicho.

Y miró fieramente al marqués, como haciéndole ver que le importaba muy poca cosa de la vida.

—No hay que hablar ahora nada mas, dijo el marqués : hasta la noche, caballero, en la casa de postas.

—Hasta la noche.

Mr. de Montbar ofreció el brazo á su mujer, que se apoyó en él sin decir una sola palabra, y salió despues de enviar una mirada de desesperacion á Edmundo de Valence.

XV.

Es el amanecer de un dia nublado de setiembre : pocos faltan para que se acabe, y la lluvia cae por intervalos espesa y fria en las calles de Paris.

El marqués de Montbar se paseaba ya por su aposento : habia velado toda la noche, y así lo demostraban dos bujías casi consumidas, cuyos restos ardian en dos candeleros de plata, á pesar de penetrar ya por los cristales la dudosa claridad del dia.

La noche anterior habian llegado de Sevilla el marqués, la marquesa y Mr. de Valence : ni una palabra habian cambiado en todo el camino : Cristina, presa de una terrible fiebre, habia venido recostada en un rincon del carruaje : los dos rivales habian guardado un profundo y obstinado silencio.

Con mas frecuencia, y con mas piedad tambien que las de Edmundo, se habian detenido sobre la marquesa las miradas del ultrajado esposo ; pero ella no tenia el atrevimiento de soportarlas, y si bien su imaginacion exaltada siempre, y mas aun en aquellas extremas circunstancias, le decia que no era un crímen amar á otro que á su marido, la vergüenza de su falta y la voz de su conciencia hablaban mas alto que los sofismas de su cabeza.

Así que llegaron á su casa, Cristina se retiró á su cuarto, y á las repetidas preguntas de Agueda, solo respondió que se sentia enferma y que necesitaba de reposo.

¡Terribles fueron las horas de aquella noche!

Su huella profunda se grabó en las delicadas facciones de Cristina, que á la luz del dia aparecieron marchitas para no adquirir ya mas su anterior frescura.

¡Iban á batirse! ¿Cuál de los dos moriria? Si sucumbia Edmundo, ¿cómo podria soportar el peso de la vida?

Apenas la aurora empezaba á enviar al mundo su primera luz, oyó Cristina que álguien entraba á ver á su marido: preguntó quién era, y le dijeron que el conde y el vizconde de Valence.

Oyóles asimismo salir, y, en su angustia mortal, corrió al aposento de su marido y llamó á la puerta, que estaba cerrada desde que habian salido los testigos.

—¿Quién va? preguntó la voz de Mr. de Montbar.

—¡Soy yo! dijo Cristina con acento tembloroso.

La puerta se abrió: la marquesa dió dos ó tres pasos en la estancia; pero era tanta su emocion, que sus piernas se negaban á sostenerla, y tuvo que apoyarse en una silla para no caer.

Su marido fué hacia ella, la tomó por la mano y la condujo á un asiento.

—Cálmate, Cristina, le dijo, y dime lo que quieres: tu estado me causa una profunda piedad... habla, amiga mia, habla: ¿qué deseas? No me temas: mi corazon no guarda ni un solo reproche para tí... yo soy aquí el mas culpable... no he sabido cuidar de tu dicha, y por lo mismo, de la mia: por olvidar el dolor que me causaba la muerte de Julia, me dediqué á los negocios, á la política, en fin, á distraerme: he sido un marido como tantos otros, pero no me portaré como ellos: no te castigaré, ni te culparé: ¡nada temas!

—¡Oh, suprema bondad! exclamó la marquesa cayendo de rodillas á los piés de su marido: esas dulces palabras me desgarran el alma, mas que sangrientas reconverciones: mátame, Jorge, mátame... ¡pero no te batas!

—¡Matarte! repitió el marqués poniendo su mano enflaquecida sobre la cabeza inclinada de su mujer: eso, Cristina, no se-

ria digno de mí, ni podria hacerlo : yo no soy un cobarde, pero tendria miedo á lo que me sucederia despues de tu muerte : tu sombra ensangrentada me perseguiria sin tregua y no me dejaria descanso ni paz. ¡Hazaña triste es matar á una mujer! No espere ya el que la lleva á cabo un instante de tranquilidad : ¡no! yo soy cristiano y rezo cada noche, gracias á Dios, las oraciones de mi infancia, y digo de todo corazon estas sublimes palabras : *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores* : yo te perdono, Cristina.

—Entonces, Jorge, dijo esta levantándose con la esperanza en los ojos, ¿por qué vas á batirte?

—Por dos razones, repuso el marqués haciendo sentar de nuevo á su esposa : para castigar á ese hombre, que no ha respetado en tí á mi mujer, y con la esperanza de morir : si le mato, queda castigado : si me mata á mí, tú te verás libre y yo descansaré en el sepulcro de toda una vida de dolores.

—¡No, no! Ese duelo impío no puede llevarse á cabo, exclamó la marquesa : su padre, su hermano no lo consentirán!

—Su padre y su hermano acaban de arreglar conmigo las condiciones : dentro de una hora debemos hallarnos sobre el terreno.

—¡Jorge, por Dios! ¡renuncia á ese proyecto! dijo la marquesa cayendo á los piés de su marido y torciéndose las manos : ¡mírame á tus plantas! ¡Yo me encerraré en un convento! huiré del mundo para siempre! ¡piedad, piedad!

—Nadie te compadece mas que yo, Cristina, pero es imposible lo que me pides, ¡es imposible! He perdido la dicha : déjame, al menos, el honor!

—Pero, ¡Dios mio, yo voy á volverme loca! ¿Qué armas habeis elegido?

—No quieras que te hable de estas cosas, mi pobre amiga, dijo el marqués volviendo á levantar á Cristina y llevándola dulcemente hácia la puerta: cálmate; retírate á tu cuarto... la princesa va á venir y Diana la acompañará, pues acabo de escribirles dos letras: ten valor para dominarte y calma para escuchar sus consuelos.

—¡Y mi padre! ¡mi padre, gran Dios! ¡Qué dirá de mí! ¡Qué dirá de su culpable hija!

—Yo hubiera querido ocultar á tu [propia familia este desgraciado acontecimiento, dijo tristemente el marqués, pero no ha sido posible: te suplico de nuevo que te tranquilices y que no me quites el valor.

En aquel instante, se detuvo un carruaje en la calle, y poco despues sonó la campanilla de la puerta de entrada.

Uno de los criados que estaban levantados desde muy temprano, sorprendido como sus compañeros de la agitacion que reinaba en la casa, abrió:

La persona que llamaba era el vizconde de Valence, que traia bajo el brazo una caja de pistolas.

Cristina, al verle, lanzó un grito de terror y se dejó caer de rodillas delante de él.

—¡Piedad, vizconde! exclamó; que no se lleve á efecto ese duelo fatal! ¡impídalo usted por el amor de Dios!

—No puedo, señora, respondió friamente el vizconde; usted debia haber evitado que se provocase: ahora ya es imposible retroceder.

La marquesa se dejó caer de espalda contra un asiento, sin hallar fuerzas para levantarse, sin color y sin voz.

El marqués y el vizconde aprovecharon aquel instante y salieron.

El ruido del carruaje, que se alejaba, sacó á Cristina de su atonía y, levantándose, corrió á su cuarto dando gritos desesperados y se arrodilló delante de un crucifijo.

Pero su cabeza extraviada no le permitia rezar; veia las mortíferas pistolas apuntando y luego caer dos cuerpos bañados en sangre: dos hombres, que cerraban para siempre sus ojos, acusándola de su muerte.

Entretanto, el marqués y su padrino llegaron silenciosamente al sitio designado de antemano, que era detrás de las tapias de los Inválidos: apeáronse y se pusieron á pasear, guardando siempre el silencio mas profundo.

¿De qué podian hablar entonces aquellos dos hombres, aunque unidos por la mas cordial y sincera amistad? Arturo de Valence temblaba por la vida de su hermano: de su único hermano, al que queria con la mayor ternura.

Un enojo sordo contra la marquesa llenaba su corazon; acusábala de la desgracia que abrumaba á su familia, del dolor que torturaba á su marido, y del pesar que debia desgarrar el corazon de su anciano padre.

A la tercera vuelta, vieron llegar otro coche y descender de él á un jóven que ayudó á apearse á un venerable anciano.

Aquella cabeza blanca, inclinada sobre el pecho por un profundo dolor, hizo temblar á Mr. de Montbar; pensó en el martirio del pobre padre sirviendo de padrino á su hijo, y pidió perdon á Dios de habérselo ocasionado.

Edmundo tenia tambien una caja de pistolas bajo el brazo, que entregó á su padre poco antes de llegar á donde estaba su adversario.

Saludáronse todos friamente: se examinaron las pistolas; se contaron los pasos de distancia; los dos contendientes se pusie-

ron el uno enfrente del otro, con la pistola en la mano, y se apuntaron.

La palidez de los padrinos era terrible; pero ningun músculo de su rostro pintaba la mas leve agitacion.

El conde, inmóvil, parecia la estatua del horror, con su frente severa y espaciosa, coronada de cabellos blancos.

Él fué quien dió la señal con una palmada: y en el mismo instante salieron los dos tiros.

La bala del marqués fué á sepultarse en el costado de Edmundo: la de este pasó rozando el hombro de Mr. de Montbar.

Los cocheros transportaron á Mr. de Valence al coche que le habia traido con su padre y en el que se habia quedado un cirujano: este sacó del botiquin que llevaba trapos y vendas para restañar la sangre, pues la hemorragia era alarmante.

Mr. de Montbar y el vizconde estuvieron mirando cómo colocaban al herido.

—¿Es peligrosa la herida? preguntó el marqués.

—Bastante, caballero, respondió el facultativo; pero, añadió mirándole, veo que tambien tiene usted el hombro lleno de sangre.

—Esto no es nada, repuso Mr. de Montbar: una ligera rozadura: ¡ojalá que no ofreciese mas peligro la herida de Mr. de Valence!

Dichas estas palabras, se encaminó á su coche con el semblante triste, seguido del vizconde.

—Amigo mio, le dijo; puede usted acompañar á su padre y á su hermano: mi estado no ofrece el peligro mas leve.

—Sin embargo, no debo abandonar á usted, dijo el vizconde: ¿por qué no permite usted que registren la herida?

—No, no, es inútil, y no merece la pena, repuso el marqués.

El cochero azotó á los caballos que tomaron un medio galope.

XVI.

Al dia siguiente, todo Paris tenia noticia del duelo ocurrido entre el marqués de Montbar y Mr. de Valence, y de todas las circunstancias que le habian precedido, así como del motivo de él.

¿Quién lo habia dicho? Con claridad, nadie: pero dado el hecho, se fueron recogiendo indicios y detalles: se supo que se habian hallado en España los marqueses de Montbar á Mr. de Valence, que habian venido juntos y que el duelo habia tenido lugar: no fué menester otra cosa para que la reputacion de la marquesa quedase lastimosamente comprometida.

Cuando el marqués llegó á su casa, su mujer corrió á su encuentro con ansia; pero tranquilizada ya respecto de su herida, no se atrevió á preguntarle nada acerca de la de Edmundo: era esta una crueldad de la que no era capaz Cristina, cuyo corazon era tan noble, aunque estuviera extraviado por una loca pasion.

Tampoco Mr. de Montbar pronunció el nombre de su enemigo: se hizo curar la leve herida que tenia en el hombro, y luego fué al cuarto de su mujer, y le dijo con voz tranquila y tomándole afectuosamente la mano:

—Cristina, creo que aun renacerá la dicha para nosotros, y que aun podremos ser el uno para el otro lo que hemos sido durante cerca de cinco años: entretanto, seamos dos amigos: yo procuraré complacerte en todo, á fin de que tu corazon olvide lo que jamás debió acoger.

La marquesa bajó la cabeza sin pronunciar una palabra: su corazon se destrozaba al pensar en que quizá Edmundo habia

muerto: no sabia á quién preguntar ni de qué modo adquirir alguna noticia: hasta entonces habia esperado la llegada de la princesa y de su hija; pero estas no habian parecido.

—Mañana, prosiguió el marqués, hay baile en la embajada inglesa: es forzoso que vayamos los dos: yo entraré en el salon dándote el brazo: ese es el medio mejor de hacer callar á los maldicientes.

—¡Pero estás herido! murmuró Cristina: ¡ah! no merezco yo tanta generosidad.

—Mi herida es una cosa insignificante: mañana por la noche estará casi cicatrizada: este duelo se sabrá al momento, y á todo trance es preciso evitar que las malas lenguas...

—No tengo que hacer mas que obedecerte, repuso la jóven con abatimiento: manda, soy tu esclava.

—No quiero yo que seas tal cosa, repuso el magnánimo esposo: sé mi amiga, mi hermana: cuando la herida que sangra en nuestros corazones se haya cicatrizado, quizá podré darte de nuevo mas dulce nombre: únicamente siento que yo camino hácia la vejez y que tú empiezas á vivir: no obstante, espera dias mas felices.

Un criado llamó á la puerta, y avisó á la marquesa que su padre la esperaba en el salon.

Cristina se puso lívida de espanto, y miró á su marido con angustia.

—No te dejaré expuesta al primer ímpetu de la cólera de tu padre, dijo el marqués: ¡ven! ¡Yo te acompañaré!

Y tomándola de la mano, la condujo al salon.

El duque de Montenegro se paseaba con aire sombrío y con la cabeza inclinada sobre el pecho: sus grandes cejas negras estaban convulsivamente fruncidas: al ruido de los pasos de su hija y de su yerno, que se acercaban, se estremeció.

Abrióse la puerta y apareció el marqués, que tenia de la mano á Cristina.

—¡Padre! murmuró esta con voz temblorosa.

—No me dé usted ya jamás ese nombre, señora, barbotó el duque: á eso he venido, á prohibírselo: mi hija era honrada y fiel á la fé conyugal: usted no lo es, y el alma de su madre debe estar profundamente trisie en el cielo.

Cristina no se arrojó á los piés de su padre, como lo hubiera hecho otra mujer: el reproche la irritaba: la benevolencia la volvia humilde.

Retiróse dos pasos, y permaneció pálida y silenciosa.

—Yo la he perdonado y no quiero privarme de su compañía, dijo el marqués con acento solemne: señor, no sea usted mas cruel que yo, que soy el único que tenia derecho á castigar.

—¿Y mi nombre escarnecido? ¿Y mis canas manchadas con un borron indeleble? exclamó el duque exasperado.

—Solo el marido es responsable de las faltas de una mujer casada.

—¿Y usted acepta esa responsabilidad?

—Sí, señor.

—¿Y saldrá usted con esa mujer á la calle?

—Mañana iré con ella á la embajada inglesa.

El duque dió un paso hácia atrás: no pudo al pronto comprender aquella inmensa generosidad; pero luego la radiosa luz de tan caritativo proceder penetró las tinieblas de su enojo, y se arrojó en los brazos de su yerno.

—¡Oh, hijo mio! exclamó: ¡mejor que esa infeliz extraviada mereces tú toda mi ternura! ¡gracias, gracias por tu generosidad! ¡Ojalá que ella sea el mayor castigo para la conciencia de

mi hija, y que le diga hasta qué punto es grande el corazon que ha ofendido!

Hubo algunos instantes de silencio: el duque hacia esfuerzos para dominar la emocion que sentia: Cristina lloraba: el marqués se hallaba triste y cabizbajo.

—Procura merecer mi perdon, que aun no te doy, y el que tan generosamente te ha dado tu marido, dijo el duque á su hija: piensa en su grandeza de alma, y que tu vida, de la que le hiciste dueño en tu extravío, se ocupe en recompensarle su admirable abnegacion.

Estrechó por última vez la mano de su yerno, y salió sin mirar á su hija.

—Cristina, dijo el marqués cuando quedaron solos: retírate á descansar, bien lo necesitas, ¡pobre mártir! ¿por qué hablan de castigo, ni qué castigo mas rudo que el que estás sufriendo desde hace tantas horas? Vé y reposa, desgraciada criatura.

—¡Gracias! exclamó la marquesa: necesito efectivamente estar sola: ¡mi cabeza arde! ¡Mi corazon pesa de una manera terrible... me ahogo! ¡hasta luego, Jorge, hasta luego!

Lanzóse Cristina fuera de la estancia, y corrió á encerrarse en su cuarto.

Ya allí, su primer pensamiento claro fué para Edmundo: ¿habia muerto? No, porque en este caso su padre no hubiera dejado de acusarla por ello: ¿estaba herido de peligro? esto era lo mas probable, casi lo seguro.

Llamó á su nodriza y le tomó las manos con ternura.

—Vé á su casa, le dijo, si no quieres que pierda la razon; ya sabes que vive con su padre... infórmate de cómo está, de si es de peligro su herida, de todo! Vé, mi buena Agueda, y pruébame así que tu cariño es una verdad!

La complaciente mujer salió aturdida: la marquesa, impaciente, creia que eran las horas minutos... temblaba de ansiedad y de fiebre.

Agueda tardó mas de una hora en volver; le dijo que habia hablado con el ayuda de cámara de Mr. de Valence, y que le habia asegurado que la herida era muy peligrosa, si no mortal; que su amo deliraba desde el instante en que le habian acostado, y que no cesaba de pronunciar el nombre de Cristina.

La marquesa se torció los brazos con desesperacion, y prorumpió en secos sollozos.

—Y qué, señora, exclamó Agueda: ¿querrá usted todavía á ese hombre, que la ha comprometido á los ojos de todos, y que podia haberla dejado á usted sin esposo? Pues yo no me acordaria de él sin horror!

—¡Ojalá, repuso Cristina, que yo pudiera hacer lo mismo! ¡Ojalá que mi cabeza mandase á mi corazon! pero, ¡ay, Agueda! Mi corazon es todo suyo, y siento que así será hasta que muera!

—¡Bah, bah! tonterías de niña! ¿Y qué sacará usted de ese amor? Malos ratos y muchas penas! Además, el señor marqués podrá perdonar la primera falta, pero si llega á saber que sigue usted pensando en él, ¿qué dirá?

—¿Qué sé yo? ¿puedo yo vencer mi pensamiento, Agueda? Y además, dado el primer paso, ¿crees que mi esposo verá ya en mí á la esposa pura y sin mancha á quien respetaba tanto como queria? ¡ay! El amor quedará tal vez, pero el respeto me faltará! Siempre estará dudando de mi virtud, auuque esta sea tal que me convierta en mártir! Le agradezco su perdon, pero no me basta para ser dichosa!

—¿Seria usted acaso mas feliz viviendo al lado del señor de Valence?

—¿Y quién lo duda? exclamó la marquesa con entusiasmo: por él me he perdido y tengo derecho á todo su respeto, á toda su consideracion: en tanto que aquí, al lado de mi marido, que es el ofendido, solo puedo sufrir reproches y excitar la compasion!

—Señora, dijo Agueda: es siempre mucho mejor el marido, que el amante: yo soy una pobre mujer que nada sabe del mundo; pero he observado eso, y siendo jóven, tuve ocasion de apreciarlo en un pueblo de Castilla: dos infelices mujeres dejaron al marido por el amante, y luego el amante les hacia pasar la pena negra: pero esto no tiene nada que ver con usted: estoy segura de que no dejará su casa dando un escándalo terrible y á su marido un dolor mortal.

La llegada de la princesa, á la que anunció un criado, cortó la palabra de la nodriza, que se retiró á una señal de la marquesa.

El rostro de Fedora, siempre altivo, estaba grave y profundamente triste: sentóse al lado de Cristina, sin tomarle la mano, y la miró con una compasion tan fria y casi tan acusadora, que la marquesa sintió que su corazon se llenaba de ira y de dolor.

—No hubiera esperado lo que sucede, dijo la princesa, de tí, que has crecido á mi lado: de tí, á quien he educado con tanto cariño y amor; pero no vengo á reconvenirte, hija mia, sino á consolarte, y á decirte que el hombre, por el que has perdido el derecho de levantar la frente, no lo merece.

La marquesa guardó un triste silencio: la princesa prosiguió:

—Como tú, otras muchas se han perdido por él, y, sin embargo, camina de placer en placer, y no ha satisfecho la sagrada deuda del honor, ni aun con jóvenes que le han dedicado su primer amor y cuya virtud ha agostado para siempre.

—¡Oh, basta, basta, señora! exclamó la marquesa: ¡ah! qué empeño en desgarrarme el corazon, como si su herida no fuera ya demasiado sangrienta!

—Yo pensé, repuso la princesa con mayor frialdad en la voz, que escucharias mis palabras con gratitud.

—¡Con gratitud, señora! ¿y cómo es eso posible? ¿Qué bien les debo? Y además, solo mi marido tiene derecho á juzgarme y reconvenirme: en los demás, no le reconozco: si usted no quiere, no vuelva á verme; si Diana no ha venido creyendo, como pienso, que el entrar en mi casa perjudicaria á su reputacion, que no venga; pero si ella ó usted vienen, que no sea para mortificarme con reconvenciones!

—Ni ella vendrá, ni yo volveré, dijo la princesa levantándose: te compadezco y no quiero molestarte mas.

Fedora salió, dichas estas palabras, y Cristina la siguió con una mirada, en la que habia impresa una sombría desesperacion.

Cuando hubo desaparecido, exclamó:

—¿Por qué dudar? todos me acriminan, todos me compadecen! Todos se creen con derecho para reconvenirme; para hablarme con una piedad insultante!... Sí... lo que yo he pensado es lo mejor!

XVII.

Serian como las diez de la noche del dia siguiente, cuando el marqués de Montbar entraba en el cuarto de su mujer.

Hasta llegar á la puerta, sombrías nubes cubrian su semblante; pero, ya en ella, procuró disiparlas por medio de una sonrisa, en la que, á pesar de advertirse una gran cordialidad, habia no poca violencia.

La marquesa estaba sola, envuelta en una bata de cachemira azul y hundida en un sillon, con la frente apoyada en la mano.

Un quinqué ardia sobre la chimenea.

Agueda, sentada en la antesala, trabajaba en una calceta muy fina: de vez en cuando se dormia sin dejar de la mano su monótona labor.

A la llegada del marqués, estaba dormida; pero el ruido de sus pasos la despertó.

—¿Está vestida la señora? le preguntó.

—¡Vestida! replicó la nodriza frotándose los ojos: ¡ca! ¡no, señor!

—¡Pues ya es muy tarde!

—¡Dice que se siente muy mala esta noche y que no puede salir!

El marqués se encogió de hombros, y entró en el gabinete donde se hallaba su mujer.

—¡Qué! ¡aun estás así! exclamó Mr. de Montbar: ¿sabes la hora que es, querida Cristina?

—Jorge, dijo la marquesa con voz suplicante: ¡perdóname que no vaya á la embajada! ¡ahórrame el martirio de ir!

—¡El martirio! ¡No te harás superior á tus recuerdos, ni por dos horas! observó el marqués con no poca amargura.

—¡Es que no puedo! dijo la marquesa, cuya voz estaba llena de sollozos.

—¡Todo se puede con una firme voluntad!

—¡A mí me falta el valor para esa terrible prueba! gimió Cristina: ¡Dios mio! ¡Presentarme ante esa sociedad maldiciente! ¡Qué será de mí!

—Es la única manera de cortar las hablillas y de embotar los dardos de la murmuracion, dijo el marqués, compadecido del

dolor de su esposa: yo te protegeré; porque, al verte de mi brazo, nadie querrá ser mas riguroso que yo, ni se reconocerá con derecho para serlo: ¡vamos, Cristina, valor! Es necesario que te vean en público: créeme: dame gusto en esto.

—¡Tú no has pensado, repuso la marquesa, en que hay muchas mujeres que me envidiaban, y en que estas van á ser mis mas terribles jueces! ¡yo soy nerviosa... arrebatada! pudiera oir alguna frase que me hiriese demasiado, y tal vez se me escape alguna palabra imprudente... ¡Oh, Dios mio! ¡Un escándalo, en mi situacion, seria terrible, y mas terrible aun devorar los ultrajes de las que siempre han sido mis enemigas!

—Aunque oigas palabras equívocas, haz como si no las escuchases.

—Tu empeño, dijo la marquesa levantándose, mas parece á un castigo que á una reparacion: pero ya que deseas que así sea, no tengo el derecho de quejarme, sino el de obedecerte.

El marqués no respondió: aquel silencio pareció á la marquesa un acto de despotismo, puesto que era asentir á que deseaba que le obedeciera.

Llamó á sus doncellas y entró en su gabinete de tocador para vestirse.

El marqués entró en su cuarto para vestirse tambien.

Su fisonomía estaba mas sombría que al presentarse en la estancia de su mujer: aquella palabra *escándalo*, aquella terrible palabra resonaba en sus oidos y aparecia ante sus ojos como un fantasma amenazador y armado con una espada de fuego.

Cerca de las once eran cuando volvió á entrar en el cuarto de Cristina: esta llevaba un traje deslumbrador; pero su palidez era tal, que parecia un cadáver envuelto en costosas galas.

¡Pensaba en Edmundo! ¡en Edmundo herido por ella! ¡agonizante quizá!

El carruaje esperaba: el marqués ofreció el brazo á su esposa. Agueda le colocó en los hombros la capa de raso blanco guarnecida de pieles, y bajaron la escalera silenciosos y sombríos.

¡De qué distinto modo hubiera ido al baile la marquesa, si hubiera permanecido inocente!

Su corazon sangraba y se oprimia con un funesto presagio.

El carruaje se detuvo á la puerta de la embajada, y los marqueses de Montbar entraron en el patio, que estaba adornado de candelabros y de innumerables macetas de flores.

El peristilo de la escalera, muy ancho y sostenido por columnas de mármol, se hallaba cerrado por una verja dorada, y, huyendo del calor de los salones, algunos caballeros disfrutaban allí del aire fresco de la noche y del aroma de las flores del patio.

—¡Calle! Ahora llegan el marqués y la marquesa de Montbar, dijo uno de ellos.

—¿De veras?

—Véalos usted.

—¡Pero si ayer se ha efectuado el escandaloso desafío con Valence!

—A pesar de eso, están aquí.

—Pues digo que esa mujer tiene muy poca aprension.

—¡Y él mas valor que un héroe!

—¡Imposible parece!

—He visto sangre fria, pero no hasta ese punto.

Toda esta conversacion llegó á oidos de Cristina y de su marido: este sintió el temblor nervioso del brazo de su esposa, y sintió tambien que su corazon se helaba y que su valor era mas bien temeridad al arrostrar tan pronto, despues de un lance ruidoso, las hablillas del público.

Pasó por el peristilo con la cabeza erguida, y su esposa bajó la frente abrumada con el peso de las miradas de todos aquellos hombres.

Llegaron á la puerta del salon donde se hallaba recibiendo la embajadora: al ver á Cristina, hizo un gesto de asombro, casi de espanto: luego la saludó con notable frialdad.

¡Ella, tan amable, tan cordial y tan benévola para todos!

En vez de ir á colocarla, como lo habia hecho otras veces, y como lo hacia con sus amigas predilectas, la embajadora dijo á Mr. de Montbar:

—Querido amigo, dejo á usted el cuidado de colocar *á la señora.*

La embajadora habia llamado siempre á la jóven *su querida Cristina: su adorable marquesita.*

¡Qué humillacion!

La sala daba vueltas en derredor de los ojos del marqués.

Cristina respiraba apenas, y solo murmuraba por lo bajo como si estuviera loca ó sonámbula:

—¡Bien lo decia yo! ¡Bien lo decia yo!

Dos ó tres veces fué el marqués á colocar á su mujer en una silla desocupada, y las damas sentadas cerca la hicieron desaparecer ensanchándose, como si repugnaran semejante vecindad.

De repente y cuando ya faltaba el sentido á la desgraciada jóven, oyó esta una voz muy conocida y muy dulce que le dijo:

—¡A mi lado, Cristina! ¡Ven á mi lado, que hay asiento!

—¡Gracias, Diana! exclamó el marqués con efusion: gracias por ella y por mí!

—¡Dios mio! ¡Estais lívidos los dos! dijo la vizcondesa: mar-

qués, váyase usted allá fuera... busque á Arturo y tranquilícese; yo sosegaré á mi pobre hermana.

—¡No, no! No quiero alejarme de ella, respondió Mr. de Montbar.

—¿Qué puede temer á mi lado? preguntó Diana: además, esas mujeres se reportarán.

—¿Ha venido tu madre? preguntó la marquesa á su amiga con voz temblorosa.

—Sí, respondió Diana: está allá... á la izquierda... ¿no la ves?

—¡Cuánto te reñirá!

—¿Por qué?

—Porque me has llamado al lado tuyo.

—¡Infeliz amiga mia! exclamó Diana, de cuyos ojos cayeron dos lágrimas gruesas y hermosas como dos perlas ofrecidas en el altar de la caridad: ¡á qué extremo has llegado de timidez y apocamiento! ¡Nada temas por mí! Es verdad que mi madre me ha prohibido que fuera á verte hoy, pero podré hacerlo mañana y todos los dias; tú eres como antes, mi Cristina, la querida compañera de mi infancia.

Diana se detuvo y miró con angustia en torno suyo; oia sordas risas y cuchicheos que la hacian temblar.

Una dama jóven y muy elegante, que se hallaba á su espalda, la tocó con el abanico: la vizcondesa se volvió.

—¿Quereis algo? le preguntó.

—Sí, repuso aquella: queria decirte que te comprometes de una manera horrible, querida Diana.

—¿De qué modo?

—¡Estando al lado de esa mujer! Estrechando su mano y dándole muestras de tan íntima amistad!

—Ha sido mi amiga de la niñez, querida Clotilde, y ahora la amo como antes.

—¿Pero no sabes el escándalo que acaba de dar?

—Sí, lo sé... respondió la vizcondesa, cuya firmeza empezaba á vacilar.

—Clotilde no se refiere solo al desafío, vizcondesa, dijo otra encantadora jóven rubia y delicada; se refiere á que en Sevilla se fué á vivir á casa del amante: eso es horrible é imperdonable!

—¿Es mas noble y mas digno tener el amante sentado á la espalda? exclamó la marquesa volviéndose con las mejillas rojas como la púrpura y los ojos echando llamas: porque creo que es su amante de usted el duque de...

—Eso solo le interesa á mi marido, dijo la jóven rubia: yo no le he abandonado ni he abandonado mi casa.

—Pero, querida mia, repuso Clotilde riendo, no sé por qué te entretienes en discutir con la señora: ¡no estais *á la misma altura*!

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Señoras, perdon! ¡perdon para mi pobre amiga! exclamó la inocente Diana de cuyos ojos se escapaban gruesas lágrimas.

—¡Perdon! ¿Por qué le imploras para mí de esas mujeres hipócritas y malvadas! gritó la marquesa levantándose; ¿y por qué he consentido yo en venir á su lado? ¡Bien sabia que habian de tomar una ruin venganza de los triunfos que he conseguido sobre ellas!

Una carcajada de todas las damas sentadas al derredor acogió estas palabras: pero hasta aquella risa, por punzante que fuese para la marquesa, era comedida: mas diestras que ella, sabian provocar el ridículo con sus pullas, y hacer que cayese entero y

sangriento sobre Cristina, entregándola á su doloroso é impotente furor.

Este subió á su último grado al oir las insultantes risas: entonces la marquesa se levantó como la cierva herida de muerte, y exclamó con acento ahogado y con una risa convulsiva:

—¡Ah! ¡ah! ¡os teneis á menos de estar á mi ladó! Creeis que mi presencia os mancha! Pues bien, sabed que yo tambien me creo manchada con vuestra hipócrita proximidad y con el espectáculo de vuestros desórdenes, y huyo contenta de vosotras y despreciándoos tanto como mereceis!

Cristina, ciega, casi loca, presa de un terrible parasismo nervioso, con los dientes apretados y los ojos centelleantes, atravesó el salon con paso presuroso.

Ni la misma Diana se atrevió á seguirla: tan inaudito era el escándalo.

La princesa, que se hallaba sentada hácia el centro de la sala y habia seguido todos los pormenores de la escena precedente, clavó en la infeliz jóven una mirada de sangriento y profundo desprecio.

Cristina no vió aquella mirada ni ninguna de las de asombro, burla ó estupefaccion que se fijaban en ella; pero su marido que, al verla atravesar el salon, se adelantó á recibirla, la percibió muy bien y la sintió en el corazon como la hoja de un puñal.

El marqués era demasiado noble para dejar á la abandonada Cristina sin socorro, y la amaba todavía con pasion: detuvo su loca marcha por en medio del salon, la asió de la mano y la condujo al umbral de la puerta.

Desde allí miró con desprecio á aquella multitud cubierta de oro y seda, y gritó con voz poderosa y clara:

AQUELLA DE VOSOTRAS QUE ESTÉ SIN CULPA ARRÓJELE LA PRIMERA PIEDRA.

—¡Yo soy el que protege á esta mujer, que es la mia! Soy el marqués Jorge de Montbar, y hago responsables á todos los hombres aquí presentes de la vileza con que sus esposas... y sus queridas, han insultado á la marquesa de Montbar!

El marqués desgarró su rico guante blanco, le sacó de la mano izquierda y lo arrojó en medio del salon como un reto mortal.

Nadie lo recogió.

Con la cabeza erguida y sin soltar la mano de su mujer, que se hallaba yerta y pálida como un cadáver, prosiguió:

—¡Coquetas sin corazon! ¡Hipócritas, que vendeis cada dia la fé conyugal! ¡Delante teneis aun á esta mujer, á la que, olvidando todas las leyes de la caridad, habeis insultado! Aquella de vosotras, que esté limpia de toda culpa, arrójele la primera piedra!

Todas las cabezas se inclinaron al oir las sublimes palabras de Jesucristo arrojadas en medio de aquel salon lleno de declaraciones amorosas, de pensamientos culpables, y de las notas de una música voluptuosa y mundana.

El heroico esposo lanzó una última mirada á aquella turba, y salió con su mujer atravesando el ancho peristilo, donde se hallaban los lacayos asombrados, y bajando lentamente la escalera.

Su coche estaba allí, pues previendo algo de lo que iba á suceder, habia ordenado á los lacayos que esperasen.

Ayudó á entrar en el carruaje á Cristina, que se acurrucó en el rincon mas oscuro, como si hubiera querido huir de sí misma.

El marqués, dominado por su amarga y terrible emocion, tampoco habló una palabra.

El carruaje llegó al palacio de Montbar.

Al bajar de él, el marqués condujo á su habitacion á su es-

posa, quien, apenas entró, se echó de rodillas y exclamó inclinando la cabeza :

—¡Ah! ¡Perdon! ¡Perdon!

—¿De qué? preguntó el marqués : ¿de qué he de perdonarte? ¡ tú eres la que debes perdonarme por haberte sometido á tan bárbaro martirio ! Yo te obligué á ir á esa fiesta.

—¡Pero yo debia haber sufrido, haberme callado ante la burla y el insulto ! ¡Ah ! ¿Tengo yo, por ventura, el derecho de ser aun altiva ?

—Lo tienes, como lo tiene toda mujer que no se halla degradada, repuso el marqués : tu duda prueba que tu alma está ilesa y que es noble y enérgica : sosiégate, mi pobre Cristina, sosiégate : ya no volveremos á frecuentar mas esa despiadada é hipócrita sociedad ! huiremos de Paris : ¡nos iremos al campo y viviremos en la soledad ! Ahora seremos dos amigos , dos hermanos : despues... ¿quién sabe? el olvido es un bálsamo poderoso, el mas eficaz de todos los bálsamos : confia en él y en Dios : ora y descansa : ¡mi apoyo jamás te faltará !

El marqués besó en la frente á su esposa y salió.

Cristina volvió á dejarse caer de rodillas, y sepultó su cabeza en el asiento de una silla, sollozando con honda amargura: como sucede á todas las naturalezas altivas, el rigor la irritaba ; pero la dulzura la conmovia de suerte que la llevaba al mas alto grado de gratitud.

—¿Este hombre es un santo, ó un héroe ? se preguntaba: yo no habia concebido nada tan grande sobre la tierra ! Yo le he arrebatado su hija : yo le he cubierto de oprobio : yo le he sumergido esta noche en la sima sin fondo del ridículo ! ¡Y él me ampara, me protege, desafia al mundo entero, se proclama mi esposo y mi defensor! ¡Dios mio! Si dais palmas y coronas á los

mártires del cuerpo, ¿qué premio dareis á este mártir del corazon?

Un fuerte campanillazo y algunas voces descompasadas, que le siguieron, interrumpieron las reflexiones de Cristina: despues se oyó sollozar á un hombre y á un hombre anciano: la marquesa, impulsada por una fuerza irresistible, corrió hácia la puerta que daba al cuarto de su marido y la abrió, porque en él habia entrado la persona que gemia y en la voz habia reconocido con horror al antiguo ayuda de cámara de su padre: helada de pavor, se quedó en el umbral y oyó preguntar á su marido dirigiéndose al viejo:

—¿Qué hay, Francisco? ¿Qué sucede?

—¡El señor duque... el señor duque!... exclamó Francisco agitado.

—¿Qué tiene?

—Fué á la embajada de Inglaterra...

—¿Fué? ¡No le ví!

—Pues fué, sí, señor, y presenció lo que pasó con la señora marquesa... se salió del baile, vino á casa como un loco, y... y...

—¡Acabe usted por Dios!

—Se encerró en su cuarto... y...

—¿Qué?

—Oí un tiro... entré... por la puerta del lado de su alcoba... y le hallé cadáver!

—¡Cadáver!

—¡Se disparó un pistoletazo!

Un grito desgarrador se escapó del pecho de Cristina, que cayó sin sentido: el marqués no lo oyó: aturdido con la desgracia que le acababan de relatar, loco con tantas y tan terribles emociones, salió de la estancia con el ayuda de cámara, y se

dirigió á casa de su suegro, por si aun habia alguna esperanza de salvarle.

¡Solo halló un cadáver, cuyo rostro expresaba la mas desgarradora desesperacion!

XVIII.

Edmundo de Valence se hallaba acostado en la magnífica cámara que ocupaba en casa de su padre, grande y opulento señor en toda la extension de la palabra.

Su herida era muy peligrosa : una fiebre ardiente le devoraba, y el médico habia declarado por la tarde que, si no disminuia, su estado seria en extremo grave.

Sentado á su cabecera, sombrío y desesperado , se hallaba su padre : quebrantaba el corazon ver á aquel noble anciano, con la cabeza blanca, llorando lenta y silenciosamente.

La cámara estaba alhajada con una suntuosidad admirable, pero á la par con esa sencillez del mejor gusto, cuando se trata de la habitacion de un hombre.

El tapiz de las grandes cortinas de los balcones era de seda de Persia, de color verde claro con lunares en relieve mas oscuros : dos magníficas panoplias de armas extranjeras de guerra y caza, una mesa obra maestra del arte de ebanistería, algunos cuadros de gran mérito y una librería de palo santo, con los volúmenes favoritos de Edmundo, componian el moviliario.

La alcoba estaba adornada de columnas é interiormente cerpara por un rico tapiz de seda, á la sazon descorrido.

En el fondo y en un soberbio lecho esculpido, se hallaba Edmundo : una lámpara de alabastro pendia del techo sostenida por una cadena de plata : á los piés , un velador de palo sánto,

con tablero de mármol, sostenia botellas y vasos, un termómetro y un reloj de instantes fijos.

Al lado de este velador, y sentada en un sillon, dormitaba una enfermera.

Las revueltas ropas de batista del lecho dejaban ver sus colchones de damasco carmesí: la colcha era de rico terciopelo del mismo color.

Edmundo, vestido de una camisa de batista, tenia los brazos fuera de la ropa, agitado por un mortal desasosiego: la blanca tela de su camisa tenia una gran mancha de sangre: su frente, cubierta de lívida palidez, se hallaba inundada tambien de un sudor frio: la hermosa masa de sus cabellos negros se destacaba de la blanca camisa, entre una pila de almohadas que la sostenia: sus grandes ojos, pesadamente cerrados, parecian abrumados por el peso de su doliente cerebro: sus labios secos y entreabiertos dejaban ver el nacarado esmalte de sus dientes: su respiracion era lenta y entrecortada.

El conde de Valence adoraba á sus dos hijos, pero con mucha mas pasion á Edmundo que al mayor: la delicada belleza de aquel, su talento, su carácter melancólico, su perfecta elegancia, todo esto le hacia seductor á sus ojos: además, el heredero de su casa era Arturo: Edmundo, como segundo, era mucho mas pobre, aunque á la muerte de su padre debia poseer los bienes del título de su hermano que debia pasar á él.

Todo el dolor del alma del desgraciado padre se leia en sus ojos y en la expresion desesperada de su rostro: los labios de Edmundo murmuraron algunos sonidos: el conde inclinó la cabeza y oyó esta sola palabra:

—¡Cristina!

—¡Siempre el mismo pensamiento! se dijo el conde; la imá-

gen de la marquesa se ha grabado en su alma con caractéres de fuego : aun, en medio de su letargo, teme por ella... ¡Oh, Dios mio! ¿Qué haré para tranquilizarle?

—¡Cristina! volvió á murmurar Edmundo mas distintamente.

—¿ Hijo mio , qué tienes ? preguntó el anciano inclinándose hácia el lecho : ¿sufres? ¿quieres algo?

—¿No ha venido, padre mio? preguntó el herido.

—¿Quién?

—¡Ella!

—¿Quién es ella? ¿De quién hablas, hijo mio?

—¿De quién puede ser sino de Cristina? ¿No ha venido á ver cómo estaba? ¿La habrá muerto su marido?

—No , tranquilízate ; repuso el conde : Cristina vive y está buena.

—¿Está buena y no ha venido á verme? ¡Padre, eso no puede ser! ¡Quizá no sepa que estoy herido y que me muero!

—Lo sabe, hijo mio : su nodriza ha venido á saber de tu estado.

—¿Y le han dicho la verdad?

—Toda la verdad.

—¿Y no ha venido Cristina?

—Ya ves que no.

—¡Padre, necesito verla, porque me muero!

—¡Qué dices! exclamó aterrado el conde : ¡verla! ¡Eso, hijo mio , no es posible ! Cuando ella no ha venido, será porque no habrá podido dejar su casa ni á su ofendido esposo.

—¡ No , no ! repuso Edmundo agitándose con desesperacion : cuando ella no ha venido, es porque su marido la ha castigado con la muerte.

—¿No te digo que vive?

—¡Por engañarme! ¡Ella ha muerto, ha muerto!

Y Edmundo, ocultando la cabeza entre las ropas del lecho, se puso á sollozar desesperadamente.

La primera luz del dia penetraba ya por los cristales: el conde, cuyo corazon se prensaba de angustia, salió á la antecámara y ordenó á un criado que fuese á llamar al médico.

En seguida despertó á la enfermera y le pidió un cordial para el moribundo; pero este, en vez de tomarle, lo rechazó con despecho.

—¡Edmundo, hijo mio! ¿Quieres matarme? exclamó el anciano con el llanto en los ojos.

—¡No, padre mio! ¡Quiero morir; respondió el herido; pero quiero morir despues de verla!

El conde dejó caer la cabeza sobre el pecho y ocupó de nuevo su sillon á la cabecera de la cama.

La respiracion del herido era cada vez mas penosa y mas entrecortada: sollozaba y lanzaba gritos inarticulados, dejándose llevar de la desesperacion.

De esta suerte se pasó media hora hasta la llegada del médico: este se acercó al lecho, examinó al enfermo y dijo:

—Esta terrible agitacion agrava mucho su ya deplorable estado: es preciso, á toda costa, que venga esa persona á quien llama.

—¡Imposible, doctor! ¡Imposible! exclamó el conde: ¿sabe usted que es una mujer casada?

—Lo sé.

—Ya ve usted, pues, que es imposible que venga.

—Creo que no, señor conde; una falta suya ha conducido á su hijo de usted á las puertas de la muerte: ¿no seria disculpable que faltase hoy por humanidad?...

—¡Eso seria hasta justo, doctor! exclamó el pobre padre; ¿pero quién se atreverá á aconsejarle que dé un paso tan arriesgado?

—Usted.

—¡Yo!

—Solo el padre de Edmundo puede suplicar á esa mujer que se comprometa de tal suerte.

—¡Oh, jamás! ¡Jamás me atreveré! murmuró el conde.

—Pues Edmundo morirá: es imposible que resista la violenta crisis que le acosa, señor conde.

—¿Es decir que el medio que proponeis es el único recurso de salvarle, doctor?

—El único, á menos que esa idea fija abandone su cabeza.

—¡Esperemos, esperemos! ¡Quizá varie!... Quizá ese pensamiento que le atormenta dará lugar á otro.

—El doctor se encogió de hombros : la crisis nerviosa del herido iba á mas en vez de calmarse : el nombre de Cristina salia sin cesar de los labios de Edmundo, que la lloraba muerta con gritos desesperados.

La fisonomía del conde se descomponia : la angustia se retrataba en sus facciones : en fin, aturdido, casi loco con los lamentos de su hijo, el anciano tomó su sombrero y se lanzó á la calle.

Media hora despues, volvia á entrar con Cristina de la mano.

La marquesa iba pálida y muda como la estatua de la desesperacion.

—¡Hijo mio, hijo mio, aquí está Cristina! exclamó el anciano : ¡vive, vive! Ella quiere que vivas, y yo moriria si tú faltases.

Edmundo abrió los ojos, miró á Cristina, dejó escapar un grito de alegría y asió sus dos manos con pasion.

—¡No ha muerto! ¡No ha muerto! exclamó con delirante expresion.

—¡Pluguiera al cielo! murmuró la marquesa con ahogado acento.

XIX.

Cuando el conde de Valence llegó á casa de Cristina, esta habia vuelto ya en sí del mortal desmayo que le habia causado la noticia del suicidio de su padre, gracias á la vehemencia misma de su dolor.

Sentóse en una silla, y se preguntó si la escena del baile y la catástrofe que acababa de tener lugar eran efecto solo de una horrible pesadilla; pero la fria y espantosa realidad no tardó en aparecer ante sus ojos.

—¿Qué soy yo ahora para el mundo? se decia: un objeto de desprecio y de horror! Ni mi padre ha podido hallar fuerzas para soportar mi oprobio y ha buscado la muerte: ¿por qué no he de buscarla yo? ¿Quién me llorará? ¡Nadie! Mi marido dará gracias al cielo de que haya seguido el ejemplo de su primera esposa! ¡Desgraciada de mí! A dónde me ha conducido mi primera falta! yo era buena, feliz, amada de todos: yo era el orgullo de mi padre y de mi marido! ¡Ah! Dios me ha probado con harta crueldad!

La marquesa se detuvo: el dia nebuloso dejaba penetrar por las vidrieras de la ventana de su dormitorio una triste luz. Cristina tenia la cabeza muy débil, pues hacia muchas horas que no tomaba alimento alguno: esto, unido á la fatiga de tantas y tan violentas emociones, habia encendido en sus venas una abrasadora fiebre: quiso salir, porque ansiaba ir á dar el último adios

al cadáver de su padre, y sintió que su cabeza se desvanecia y que todo daba vueltas ante sus ojos.

—¿Por qué, Dios mio, exclamó, no me dais la muerte como fin de tan terribles dolores? Solo hay en la tierra un ser que me ame... Edmundo!... Y ese, por mi culpa tambien, quizá está agonizando!

En aquel instante, oyó sonar violentamente la campanilla de la puerta de entrada, y poco despues vió entrar al conde con el semblante descompuesto.

A la vista del anciano, que tal vez venia á reconvenirla tambien por la muerte de su hijo, la marquesa dejó escapar un grito y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Edmundo se muere, señora! exclamó el conde, como si quisiera corroborar el pensamiento de Cristina: ¡se muere y la llama á usted! ¡venga usted á darle este último consuelo!

—¡Se muere! repitió la marquesa: feliz él y desgraciada de mí.

—¡Quizá, al ver á usted, recobre la vida! A lo menos, en que usted vaya está fundada la única esperanza del facultativo que le asiste: ¡ah! sígame usted: se lo pido de rodillas!

—¡Sí, sí, iré! exclamó Cristina: basta de catástrofes por causa mia; vamos, señor, vamos, y, al menos, que se salve Edmundo!

La marquesa se dirigió á la puerta de su cámara; pero su cabeza se desvaneció y estuvo á punto de caer.

El conde le dió el brazo y la sostuvo: en la esquina de la calle habia ya carruajes de alquiler: tomó uno, ayudó á Cristina á entrar en él, se sentó á su lado y dió al cochero la órden de apresurar el paso hácia su casa.

Cristina, cuya fiebre crecia por instantes, iba como adorme-

cida: al llegar al lado del lecho de Edmundo, aun se hallaba presa de un vértigo.

Pero al grito de alegría del hombre á quien amaba tanto, del hombre que, á pesar de las borrascas de su dolor, no se separaba de su pensamiento, se sintió querida con pasion por él y volvió en sí con un sentimiento de felicidad.

La desventurada dió gracias al cielo por haberla reunido con el que la amaba, separándola de los seres á quienes ella habia ofendido.

—Ya estoy á tu lado para siempre, dijo á Edmundo, ya no nos separaremos!

—¡Nunca, nunca! exclamó el herido: yo seré para tí todo lo que has perdido, todo lo que dejas por mí!

—Hijo mio, dijo el conde, Cristina no puede permanecer aquí mas que muy poco tiempo.

—¡Volver á mi casa! dijo espantada la marquesa : jamás, señor conde, jamás!

—Para evitarlo, marquesa, no puede usted permanecer en Paris: dentro de una hora debe usted salir para Inglaterra: así que deje á Edmundo fuera de peligro, yo seguiré á usted y él se nos reunirá tan pronto como pueda viajar.

—¿Pero qué mal hay en que esté aquí, padre mio? preguntó el enfermo.

—Que su marido la hará volver al domicilio conyugal, hijo mio, y esta vez ya no la perdonará tan fácilmente.

—Es cierto, murmuró Edmundo: parte, Cristina, parte! la certeza de que me esperas me aliviará en breve, y podré ir á reunirme contigo!

—Abandonar el sitio donde duerman los restos de mi padre! exclamó la marquesa : alejarme de todo lo que me amaba! ¡Ah! Eso es horrible!

—Tú padre irá á verte donde quiera que estés, observó Edmundo: un padre perdona siempre.

—¡Mi padre ha muerto!

—¡Ha muerto! repitieron atónitos el conde y su hijo: ¿dónde? ¿cuándo?

—Esta noche se ha suicidado al salir de la embajada inglesa, donde presenció los insultos de que fuí objeto.

—Ese lazo menos la liga á usted ya á la Francia, mi pobre Cristina, dijo el conde: ya no puede usted contar con otros protectores que con mi hijo y yo: pero nosotros la indemnizaremos de todo lo que ha sufrido: vamos, ahora, á tomar algun alimento: entretanto, vendrá un carruaje, y se enviará á buscar á Agueda con una persona de confianza, que llevará dos renglones de usted: dentro de una hora tomará usted con ella el ferrocarril para Inglaterra: se embarcará usted en Calais y mañana estará usted en Londres, desde donde nos escribirá al instante.

Como por encanto se presentó á los ojos de Cristina una mesa servida con todas las delicadezas que el paladar mas enfermo ó mas exigente podria desear: halló en seguida un gabinete de tocador dispuesto con una camarera para vestirla, y, sobre un divan, un precioso traje de camino de riguroso luto.

El anciano conde hacia todas las cosas maravillosamente y con espléndida magnificencia.

Poco escrupuloso en materias de religion, lo era mucho en las que él creia de honor, y se habia propuesto llenar con rica perfeccion los deberes de hospitalidad hácia la marquesa, á la que profesaba una ciega gratitud por haber salvado á su hijo de una muerte segura con su sacrificio.

Antes de cambiar de traje, Cristina escribió dos renglones á su nodriza, á quien se los llevó un mozo de recados de una fonda cercana.

Cuando la marquesa estuvo dispuesta, el conde entró y le presentó una pequeña y elegante cartera perfumada.

—Hija mia, le dijo: solo así te llamaré en adelante, y como padre te trataré, reemplazando el que la desgracia te ha quitado: tú serias la esposa de mi hijo, si no te uniese á otro un lazo indisoluble, y su esposa serás si el cielo lo desata algun dia: así, pues, bien puedo ofrecerte este préstamo: me has seguido generosamente por salvar á mi Edmundo, y nada has sacado contigo: aquí tienes algun dinero para los primeros gastos de tu instalacion: admítelo, como admite una hija lo de su padre.

Cristina tomó la cartera, no sin que sus mejillas se cubriesen de un vivo encarnado: ¡ay! estaba destinada á aceptar todos los sacrificios!

—¡Gracias! dijo el conde: vamos, y ahora el último abrazo á Edmundo, y parte: ya te espera Agueda en mi cuarto: necesitas por algunos dias calma y soledad: lejos de Paris, hallarás ambas cosas.

Cristina se despidió de Edmundo con sollozos y abrazó á su padre con el mismo dolor: echó el velo de blonda de su sombrero sobre su rostro bañado en llanto, y subió al carruaje con Agueda, que la hubiera seguido al fin del mundo.

Apenas hacia algunos minutos que habian partido, cuando llegó el vizconde de Valence con su esposa: ambos se hallaban azorados.

—¿Está aquí la marquesa, padre mio? preguntó Diana al conde.

—No, respondió el anciano con gravedad.

—¿De veras?

—¿Te he engañado yo alguna vez, hija mia?

Diana bajó la cabeza sin responder.

—¿Pero ha estado, padre? preguntó su marido.

—Sí, contestó el conde con la misma firmeza.

—¿Y ahora está?

—¡No!

—¿Pues dónde se halla?

—Camino de Londres.

—¡Perdida para siempre! exclamó Diana dejándose caer sollozando sobre una silla: ¡y yo que la amaba tanto! ¡Desgraciada hermana mia! . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Aquella noche, á las once, el ayuda de cámara del marqués de Montbar llevaba al conde de Valence un paquete cerrado con lacre negro.

Dentro habia una carta, y muchos billetes de banco.

La carta solo contenia estas palabras:

«Señor conde: mi mujer ha desaparecido por segunda vez de su casa: visto su empeño en huir de mí, no pensaba ya buscarla, y siento que haya ido á arrostrar las molestias de un viaje, temiendo sin duda, que yo la obligaria á vivir á mi lado: puesto que usted debe saber dónde se halla, y conociendo desde largo tiempo la hidalguía de usted, le remito su dote, que le suplico haga llegar á sus manos.

«Soy de usted, señor conde, con la mayor consideracion.

»*S. S. Q. B. S. M.*

»El Marqués de Montbar.»

XX.

Como unos quince meses despues de los sucesos que acabamos de referir, y en una helada noche de invierno, una escena muy triste tenia lugar en una linda casita, situada en la calle de Babilonia de Paris.

La entrada era por el jardin, en cuyo centro se veia un pabellon que servia de vivienda á dos personas y su servidumbre.

En el barrio eran conocidas por Mr. y Mme. Lawrence, esposos dotados de una belleza poco comun, que parecian melancólicos y que huian en lo posible y sin afectacion de ser vistos y de tratar con las gentes.

Alabábase mucho en el barrio la belleza delicada, pura y aristocrática de Mme. de Lawrence, española de nacion, segun habia dicho su nodriza, vieja habladora, pero que solo decia lo que no importaba mucho que se supiera.

En la noche de que vamos hablando, los llamados esposos se hallaban en un lindo saloncito bien alumbrado por una lámpara que pendia del techo, por dos candelabros con bujías colocados sobre la chimenea, y por un quinqué que sostenia un velador del Japon.

Al lado de este velador estaba sentada la jóven española con un bordado en la mano en el que no trabajaba.

Era efectivamente muy hermosa: su alta estatura, esbelta y elegante, tenia proporciones llenas de gracia y delicadeza: su rostro sentimental era de una belleza angélica: sus cabellos de un castaño claro y brillante, caian en gruesos bucles por su frente y espalda, y hacian parecer mas hechiceros sus ojos negros: sin embargo, en aquel divino rostro, tan perfecto y tan puro, se

hallaban dibujados á la vez una enfermedad mortal y un desaliento terrible.

Cerca de ella dormitaba, en un sillon, un caballero jóven y de una belleza varonil y triste á la vez.

Sobre el velador habia un té servido para dos personas.

La jóven, pues contaba poco mas de veintitres años, miraba ya el té que se enfriaba, ya á su compañero: la expresion tímida de su rostro decia que no se atrevia á despertarle : dos veces se levantó y se dirigió hacia él, y otras dos volvió á sentarse sin haberle llamado.

Por fin, sin dejar su asiento, dijo con voz dulce.

—¡Edmundo!

El que dormitaba alzó la cabeza.

—¿Qué quieres? contestó.

—El té se enfria.

—¡Y bien! ¡Tómale tú! ¡No quiero té!

La jóven enjugó una lágrima.

—¡Siempre llanto! dijo Mr. de Valence levantándose y paseándose con violencia : ¡siempre quejas! Cristina, es preciso concluir!

—¿Acaso, me quejo yo? preguntó la marquesa haciendo esfuerzos para sonreir.

—Soy yo el que se queja : desde que murió mi padre, echo de menos una familia, un objeto, algo que me saque de esta perpetua soledad, de este aislamiento que me hastia y me consume.

—Yo he dejado por tí á todos los mios, observó la marquesa con amargura : he dejado mi rango, mis amigos, mi esposo! ¡Un hombre tan bueno para mí!

—No te exigí yo semejantes sacrificios, dijo el marqués.

—¡Y sin embargo, los aceptaste!

—¡Siempre lo mismo! exclamó Mr. de Valence colérico: ¡siempre quejas! ¡siempre lágrimas! ¡Preciso es que acabemos, Cristina!

—¡Es á eso á lo que querias venir á parar! exclamó la marquesa: ¡y qué! No hay mas que seducir, que perder á una mujer honrada para decirle el dia en que el hastío reemplaza al amor: ¡es preciso acabar! ¿Crees que no has contraido conmigo ninguna obligacion? ¡Qué será ahora de mí! ¡Mi dote se ha empleado en pagar tus deudas! Nada me has dejado para poder atender á mi subsistencia: ¡acaso amas á otra mujer... y á mí no me queda otro recurso que el suicidio!... ¡Y, sin embargo, yo te amo todavía!... ¡Oh, vergüenza!... ¡Oh, desesperacion!

—Vamos, cálmate, Cristina, repuso Mr. de Valence sentándose al lado de la marquesa: cálmate y hablemos: ya sabes que, á la muerte de mi padre, mi hermano heredó su título y yo el que este llevaba: desde entonces, echo de menos á mis amigos, mi casa, mi familia! En tanto que vivió mi padre, su inmensa ternura para mí lo iluminaba todo; pero desde hace diez meses que él falta, todo lo veo oscuro y triste, y he comprendido, por fin, que solo un amor puro y legítimo puede llenar el amargo vacío que su pérdida ha dejado en torno mio: mi hermano tiene esposa y dos hermosos hijos: yo le envidio: en una palabra, el cansancio y el deseo de familia y de hogar han muerto la pasion que me inspiraste, Cristina: no sé mentir: yo no puedo ser tu amante; pero siempre seré para tí el mejor amigo: tengo treinta años y la razon ha llegado sin que yo la llamase.

—¿Es decir, caballero, observó Cristina, cuyo cuerpo temblaba y cuyo rostro estaba pálido como las hojas de una azucena,

que cuando usted se iba y me dejaba sola horas enteras, era ya para buscar esa esposa honrada y pura, que ahora, marchito ya y cansado de todo, viejo á los treinta años, le exige la conveniencia?

—Sí, Cristina, respondió Valence.

—¿Y... la ha encontrado usted?

—Sí.

—¿De modo que está usted decidido á que todo se acabe entre nosotros?

—No puede ser de otro modo.

—¡Oh, infeliz de mí! exclamó la marquesa alzando al cielo sus ojos y sus manos unidas: ¿qué he hecho? ¿Qué hombre es este al que he fiado lo que tenia mas caro en el mundo, que me ha costado la estimacion de todos y de mí misma, que me ha costado la vida de mi padre?

—Has hecho lo que hacen tantas otras mujeres en tu lugar, Cristina, respondió el vizconde prosiguiendo con fria y calculada obstinacion la idea de su rompimiento: has sacrificado á una quimera la felicidad real y positiva de tu vida : en cuanto á mí, soy un hombre como todos los demás : la debilidad vuestra es el orígen de nuestras victorias : pero no hablemos mas de esto: es tarde y necesitas descansar : tranquilízate y acostúmbrate á la idea de nuestra separacion.

—¡No, no! exclamó la marquesa levantándose: esa separacion es imposible! ¡No se abandona de ese modo á una pobre mujer sin recursos, sin amigos, sin apoyo de ningun género: no, caballero, usted no puede abandonarme tan cobarde y cruelmente!

El vizconde agitó el cordon de la campanilla: en tanto que se presentaba el criado, se acercó á Cristina.

—Señora, le dijo, hace dos dias he solicitado la mano de una

jóven tan ilustre por su cuna, como adorable por su belleza y su virtud : además, es muy rica... y me la han concedido.

Y, volviéndose al criado, añadió :

—Pon luz en mi cuarto.

Cristina no respondió ni una sola palabra : el golpe la habia anonadado.

—Buenas noches, señora, dijo Valence : mañana es forzoso que yo deje esta casa para no volver.

El vizconde desapareció, dichas estas palabras, y la marquesa exhaló un grito ronco, dejándose caer en un sillon.

Un segundo despues, se abrió de nuevo la puerta del salon y dió paso á Agueda, que venia cautelosa, pero precipitadamente.

—¡Señora, señora, tengo una cosa para usted! dijo á la marquesa: ¡mire usted! una carta.

La marquesa alzó la cabeza con un movimiento maquinal.

—Aquí está, prosiguió Agueda sacándola de su bolsillo: se la ha dado á Benito un señor alto, que dice que tiene el pelo blanco, aunque es jóven todavía.

Cristina tomó la carta con desmayada mano; pero, así que vió el sobre, dejó escapar un nuevo grito: habia reconocido la letra de su marido.

—¡Es muy justo! murmuró: estará llena de reproches, y me dirá que lo que me sucede es el castigo de mis faltas: él no me ha perdido de vista, estoy segura de ello, y sabrá hasta qué extremo soy infeliz: no importa, apuremos hasta el fin este amargo cáliz... y despues... despues... iré á buscar el remedio supremo.

Abrió la carta, y leyó lo que sigue:

«Te he seguido paso á paso, Cristina, y conozco hasta dónde llega hoy tu desgracia: sé que ese hombre, en pago de tu amor,

te ha empobrecido, te ha sido infiel por mil miserables caprichos, y por fin te va á abandonar cobardemente, porque va á casarse con otra: pues bien, yo en pago del amor que un dia me tuviste, te ofrezco de nuevo mi casa, mi completo perdon, el olvido de todo lo pasado y la amistad mas tierna y sincera: no te haré vivir en Paris, donde todos saben lo que ha sucedido: te llevaré al pobre castillejo de Bretaña, donde eras tan amada, y los honrados pescadores, á quienes socorrias, no te pedirán cuenta de tu pasado, ni se acordarán mas que de tus beneficios: cuando la calma haya vuelto á tu corazon, nos iremos á un pais extranjero, donde todo sea nuevo para tí: mi vida está vacía y triste desde que te perdí: vuelve á llenarla con tu amistad y con tu grata compañía: cuando acabes de leer esta carta, estaré cerca de tí, y mi brazo, fuerte para defenderte, te prestará su apoyo para devolverte la libertad.

JORGE.»

La marquesa habia leido las primeras líneas de esta carta con el acento monótono y gutural de la sonámbula: luego los sollozos llegaron á sus labios, y su llanto fué tan copioso que hubo de interrumpirse varias veces: cuando acabó, exclamó alzando las manos al cielo:

—¡Ese hombre es un héroe, ó un santo!

—Es un hombre que ha aprendido en la ley de Jesucristo á perdonar, dijo á su derecha la voz del marqués de Montbar, que habia entrado mientras su esposa leia: salgamos de aquí, añadió presentándole el brazo; y tú, Agueda, síguenos.

Cristina se apoyó desfallecida en aquel noble brazo: apenas podia andar, y el marqués la sentia temblar con los sacudimientos de la fiebre.

Al pasar por el recibimiento, una puerta se abrió, y una cabeza curiosa se asomó por ella.

Era la del vizconde, avisado sin duda por alguno de sus criados de lo que pasaba.

El marqués se detuvo enfrente de aquella puerta, y, sin soltar el brazo de la mujer, alzó los ojos y miró con toda la majestad de la virtud al vil seductor: este se inclinó con profunda humildad y extremado sonrojo ante el marido ultrajado, ante el generoso protector de la debilidad y la desgracia.

El marqués pasó sin decir una sola palabra, y salió lentamente con su mujer, y seguido de Agueda que iba loca de alegría y á la vez enjugándose las lágrimas de admiracion que le causaba la conducta de su señor.

XXI.

La paz y la felicidad habian vuelto á residir, al parecer, en el castillo señorial de los marqueses de Montbar, situado á orillas del mar.

Los aldeanos tenian cada sábado su socorro de carne, arroz y dinero: el hospital estaba esperando con sus blancos lechos á los enfermos: la escuela recibia á los niños cada mañana para enseñarles á conocer y amar á Dios: en las ventanas del castillo habia flores, y las camareras iban y venian coquetamente vestidas; pero la señora de todo aquello, la autora de tantos beneficios, se moria.

Tranquila, llena de ternura para su marido y de dulzura y afabilidad para todos, Cristina de Montbar bajaba á la tumba con paso rápido y seguro.

Desde que su esposo la habia redimido de la penosa esclavitud de sus faltas, todos los instantes de su vida, todas sus acciones, todas sus palabras habian estado dedicados á probarle su sumision y su gratitud.

Habia en ella una ciega y entusiasta adoracion por aquel hombre, tan grande á sus ojos, y á quien no se creia digna de mirar; y ¡cosa extraña! un amor profundo, el mas intenso y el único verdadero de su vida, habia brotado en su alma hácia él desde su último y generoso perdon.

La primera aficion que le habia inspirado habia sido la aficion romántica de una niña soñadora: su amor por Mr. de Valence un engaño de su propio corazon; pero el amor que ahora sentia por su marido era una pasion intensa.

Y sin embargo, el pasado se abria como una insondable sima entre los dos: el amor, si volvia con sus dulces y castas ilusiones, debia tardar mucho en llegar al ulcerado corazon del marqués, y el sepulcro reclamaba su presa.

Era una noche de setiembre calurosa y perfumada: la luna lucia como un blanco fanal en el cielo: en una barca, conducida por dos remeros, iban dos personas: un hombre y una mujer.

Ella estaba vestida de blanco, y espesas trenzas de cabellos bajaban hasta cerca de sus rodillas: aquella hermosa cabellera fatigaba sin duda, con su peso, su dolorida cabeza, y la habia desprendido dejándola suelta.

El caballero, que se veia á su lado, era alto y robusto: á pesar de ser jóven, sus cabellos estaban casi del todo blancos: en sus facciones habia una gran belleza, unida á una gran distincion, pero se conocia que hondos pesares habian azotado su vida.

—¿Te sientes mejor, Cristina? ¿preguntó tomando la mano de su mujer, pues ya habrán conocido nuestros lectores al marqués de Montbar: ¿estás mas aliviada?

—¡No, respondió la marquesa: siento el pecho cada vez mas oprimido! ¿Por qué he de engañarte, Jorge? Pronto te dejaré.

Ambos hablaban en español, lengua nativa de la marquesa y que los remeros no entendian.

El marqués inclinó la cabeza con un abatimiento profundo, y nada respondió: su corazon le anunciaba la horrible pérdida.

—No podia ser de otro modo, prosiguió Cristina: las violentas sacudidas que he sufrido han ido gastando poco á poco los resortes de mi vida, muy frágiles ya: la muerte de mi padre, á quien tanto amaba, y de la cual fuí la causa, principió esta obra de destruccion; y luego, al leer en tu noble rostro lo que te he hecho sufrir, al pensar que te he arrebatado una hija, el reposo, el bienestar, mi corazon se oprime, como si una mano de hierro le aniquilase, y siento que voy á morir!

—¿No abandonarás nunca esas lúgubres ideas, mi pobre Cristina? exclamó el marqués: mi hija está en el cielo y allí es feliz: mi presente y mi porvenir los constituyes tú, y nada de lo que he abandonado á esa sociedad, que conozco demasiado, echo de menos: tú solamente me haces falta! ¡Vive para mí!

—¡Qué distinto tiempo era aquel en que vine aquí por vez primera! murmuró Cristina: y cómo, al compararle con este, siento que mi corazon se deshace en lágrimas de sangre! Entonces, qué inocente era yo y qué dichosa! Hoy qué culpable y qué desgraciada! ¡la sombra de mi padre me persigue sin descanso y me grita sin cesar:—Adúltera! ¿Qué has hecho de mi nombre que tan limpio llevó tu madre?

La marquesa extendió las manos delante de sus ojos como tratando de apartar una terrible vision, y guardó algunos instantes de silencio.

Su marido procuró calmarla murmurando á su oido frases llenas de consuelo y de dulzura.

Pasado aquel parasismo nervioso, prosiguió la marquesa:

—¡Cuando me ví tan cobardemente abandonada por el hombre causa de mi primera falta, quise buscar la muerte: sí! A no

haberte hallado al lado mio en la noche que me sacaste de la casa de la calle de Babilonia, hubiera buscado mi reposo en las aguas del Sena: pero tú me salvaste, y á tu amor sublime debo la última de las felicidades de la vida: la de poder morir como una cristiana.

—Volvamos á casa, dijo el marqués: estás helada: tu pecho se debilita: volvamos para que reposes.

La barca fué conducida al pié del castillo, y el marqués llevó en sus brazos á su esposa hasta su cámara, pues ya no podia andar.

El capellan y el médico del castillo acudieron presurosos.

Cristina se acostó, ayudada de sus doncellas, y pidió que la dejaran sola con el sacerdote.

El marqués se llevó al médico hácia el hueco de la ventana.

—¿Se va, es cierto? le preguntó con voz que temblaba.

—Sí, señor, repuso el facultativo: no vivirá dos horas: valor, señor marqués.

—¡Ya sabia que iba á dejarme, murmuró Mr. de Montbar; pero no que fuese tan pronto!

—Su esquisita y delicada naturaleza, dijo el doctor, no podia soportar fuertes emociones; y sin duda la han agitado algunas muy violentas y la han llevado á una rápida consuncion.

—La enferma llama al señor marqués, dijo el sacerdote.

Mr. de Montbar se dirigió á la alcoba y se sentó á la cabecera de la cama.

—¡Jorge! le dijo Cristina: no me dejes ya: quiero morir apoyada en tu hombro... solo á ti he amado sobre la tierra, y llevo á la tumba el terrible dolor de no poderte pagar tu clemencia infinita, tu ternura para mí... quiero dormir en el alegre cementerio de ese pueblecillo situado á las orillas del mar, entre las pobres sepulturas de los marineros: alguna vez vé á rezar por

mi alma, que expiará sus culpas en el purgatorio... despues tengo esperanzas de subir al lado de Julia, que ya me recibirá como á una amiga! Jorge, adios!... adios, esposo mio!

Cristina apoyó sus labios en la mejilla del marqués y dejó en aquel beso su postrer suspiro.

Solo hace algunos años que tuvo lugar la triste historia aquí consignada: aun se ve en un pueblecillo de la Bretaña un alegre cementerio, y en él una modesta tumba que tiene escrito el nombre de *Cristina, marquesa de Montbar*: cada tarde, al caer el sol, se ve arrodillado junto á la losa á un hombre de edad madura, cuyos cabellos están blancos como la nieve.

Reza y llora durante largo rato, y despues entra en un antiguo castillo, que se eleva á la espalda del pueblo, y cuyo pié besan las saladas olas.

Es el marqués de Montbar, que no ha vuelto á Paris ni se ha separado de la tumba de Cristina.

La princesa se ha dedicado á la devocion.

Su hija Diana, tan bien organizada para ser dichosa, lo es, en efecto, al lado de su esposo el grave Arturo, y es además madre de cinco niños.

Edmundo de Valence disfruta en paz de su título de vizconde y de la compañía de una mujer demasiado coqueta para ser virtuosa; demasiado frívola para amarle; pero es muy rica, y el orgulloso caballero ha podido reponer la brecha que sus desórdenes, despues de consumir el dote de la marquesa, abrieron en su fortuna.

Diana y su madre hablan algunas veces de Cristina y lloran al recordarla: ambas la amaban verdaderamente; pero ninguna de las dos la amó lo bastante para tenderle una mano salvadora.

—Líbrate, hija mia, de caer en la *primera falta*, dice la princesa á Diana; porque esta conduce á otras muchas: la primera falta atrajo á la pobre Cristina el desprecio del mundo, le arrebató su padre y la empujó al abismo, donde halló la muerte y la desesperacion: solo conoció una dicha: la de tener por esposo al hombre mas grande de la tierra, al mas noble, al mas heroico, pues supo perdonárselo todo, á imitacion del dulce, del santo, del divino Maestro!

FIN DE LA PRIMERA FALTA.

V.

UNA HISTORIA SENCILLA.

«Que todo lo que es verdadero y sincero, todo lo que es honrado, todo lo que es justo, todo lo que es santo, todo lo que es amable, todo lo que es de edificacion, todo lo que es virtuoso y todo lo que es loable en el reglamento de las costumbres, sea la ocupacion de vuestros pensamientos.»

(*Epistola de san Pablo á los Filipenses.*)

I.

—La historia, que voy á empezar á leeros esta noche, es una historia sencilla: al contrario que la anterior, no tiene escenas conmovedoras y terribles, sino dulces y suaves, y todas de la vida ordinaria, pero que os enseñarán que hasta en el curso de esa misma vida las causas pequeñas producen efectos grandes, y á veces lamentables, que para siempre comprometen ó conquistan la felicidad.

Hará como unos doce años que una amiga mia, rica, viuda y de carácter alegre, habitaba un modesto palacio en una de las calles retiradas de Madrid, situada hácia los barrios del Norte.

Mi amiga tenia abono en dos teatros: iba todos los dias á la Fuente Castellana, asistia á *soirées* y bailes, y vivia, en una palabra, en completo *gran mundo*, como se suele decir.

Su calle no era buena, pero esto no le importaba gran cosa, pues apenas la veia mas que á través de las ventanillas de su carruaje.

Conocida es la vida que hacen las personas del gran mundo, y sabido es tambien que, para ellas en lo general, la noche es dia, y el dia noche: así es que mi amiga, que se acostaba al amanecer, dormia hasta la una, que almorzaba, y despues entraba en su tocador á vestirse para el paseo : volvia de noche, comia y se vestia de nuevo para ir al teatro, desde el cual iba algunas noches al baile que daba alguna gran señora.

A pesar de lo poco que estaba en su casa, como vivia en el mismo barrio desde hacia ya muchos años, conocia de vista, cuando menos, á una familia que vivia enfrente y por la que experimentaba, sin saber por qué, una viva simpatía.

Esta familia se componia de marido y mujer, de edad madura, y de una hija muy bonita : por toda servidumbre tenian una criada, ya entrada en años, adusta y regañona.

La duquesa de A..., que era mi amiga, admiraba el órden perfecto de aquella reducida familia; pero fuerza es confesar que lo que en particular la admiraba era la posibilidad de vivir con la monotonía é igualdad que reinaban en casa de sus vecinos; pues veia á la madre cosiendo ó bordando cuando ella se levantaba y se acercaba al balcon de su cuarto; veia algunas veces venir al padre á las cuatro de la oficina, y, despues de comer, salir á todos en el buen tiempo á dar su paseito diario.

Su doncella le decia que la señora madrugaba y ayudaba á su criada á asear la casa, y que luego se ocupaba de su tocador hasta las once, á cuya hora almorzaban: acabado el almuerzo, madre é hija se entregaban á la labor.

Mi amiga era mujer de talento y de corazon, y no pocas veces el fastidio la asediaba en medio de las fiestas y de los placeres en que vivia de continuo.

Solo las cabezas completamente vacías son las que se hallan

completamente ocupadas de superfluidades: las personas que sienten y piensan necesitan con frecuencia del retiro, de la soledad y de la paz : así es que mi amiga, fatigada durante una temporada de su vida mundana, se quedó en su casa ocupándose únicamente en el descanso y la lectura.

Sentada al lado del balcon de su cuarto, veia todos los dias á su vecina, y no podia menos de envidiar la alegría que respiraban sus facciones y la paz de aquella fisonomía aun bastante hermosa.

¿Y cómo no envidiarlas?

Ella, que jamás se habia ocupado mas que de sus diversiones, se encontraba pálida y ajada, y sufria á esa fiera terrible que se llama *fastidio* y que es el mas cruel de los males.

Saludó un dia con la cabeza á su vecina, y esta le contestó afablemente, pero con dignidad y sin manifestarse admirada de que la opulenta señora fijase en ella la atencion.

Otro dia salió la duquesa al balcon y le dió los buenos dias, y la vecina correspondió á este nuevo saludo : despues hablaron ambas del tiempo, de la lluvia, de la bella estacion primaveral que se aproximaba, y la duquesa halló encantadora la conversacion y en extremo distinguidos los modales de su interlocutora.

Semejante descubrimiento puso el colmo á su asombro : mi amiga pensaba que solo las personas de alta clase tenian buenos modales, y era que ella jamás habia tratado á otras.

Así es que al ver que los de su vecina eran tan nobles y tan elegantes como los suyos, que su conversacion estaba llena de atractivos, y que su aire era distinguido, la creia un prodigio y se fué aficionando á ella de un modo irresistible.

En otra ocasion hablaron de modas, y la duquesa admitió de su vecina algunos figurines de un periódico francés que esta recibia.

—Me he suscrito á él,—dijo,—para que mi Eugenia se haga sus vestidos.

—¡Qué! ¿Sabe bacérselos?

—Y muy bien, señora: tiene bastante habilidad para cortar.

La duquesa se sonrió desdeñosamente y con una especie de compasion.

—Y bien, querida vecina, dijo tras algunos instantes de silencio: ¿quiere usted tomarse la molestia de pasar? Le estimaria que me diera usted su parecer acerca de un traje que me han traido para el baile que da mañana la princesa de B...

—¡Oh, señora! ¿Qué puede valer mi parecer á los ojos de una persona tan acostumbrada al buen gusto y á la suprema elegancia? observó la modesta vecina.

—¡No importa! insistió la duquesa: tengo en mucho la opinion de usted: pase usted, se lo suplico.

La vecina, aunque no de muy buena gana, cedió y atravesó la calle, hallándose al instante en casa de la duquesa.

De cerca le pareció á esta mas distinguida y mas elegante: llevaba hábito carmelita, pero cortado y hecho con muy buen gusto y una sencillez encantadora: sus cabellos castaños, aun muy abundantes y sedosos, estaban peinados con un abandono lleno de gracia: la duquesa rogó á su vecina que se sentase, pero esta procuró excusarse diciendo que era cerca de la hora de comer, y que tenia precision de vigilar á su criada, que era bastante pesada y nunca servia á tiempo.

—¡Cómo! exclamó la duquesa: solo tiene usted una criada y esa no es buena!

—No es tampoco de las mas malas, repuso riendo la vecina.

—¿Y tiene usted el trabajo de estar constantemente vigilándola?

—¿No hay mas remedio: es ya vieja, y á la pobre se le olvidan las cosas.

—¿Y por qué no busca usted otra?

—Perderia en el cambio: á lo que esta no alcanza, alcanzamos mi hija y yo.

—¿Pero enseña usted á su hija las faenas domésticas?

—Sí, señora.

—¿Y á ella le agradan?

—Mi Eugenia es muy razonable, señora, y sabe que lo que yo le enseño es por su bien.

—Estoy segura de que no desempeña á gusto esos groseros quehaceres, dijo la duquesa sonriendo.

—No le agradan tanto como yo quisiera; pero, á pesar de eso, los desempeña.

—Yo, observó la duquesa, tengo tambien una hija muy linda, que va á cumplir diez y seis años.

—Esa misma edad cuenta la mia.

—Olimpia, prosiguió la duquesa, se educa en un colegio de Paris; pero dentro de dos meses iré á buscarla, me la llevaré á Baden y luego la traeré aquí...

—Yo, dijo la vecina, tendré en breve otros cuidados: voy á traer á nuestro lado á una sobrina de mi esposo, hija de una hermana suya: la pobrecita ha quedado huérfana de padre y madre sin otro amparo que nosotros: de lo poco que tenemos le daremos lo mas necesario.

—Pero, señora, esa jóven va á perjudicar á su hija de usted! exclamó la duquesa: si la posicion de ustedes no es desahogada, lo que hagan por su sobrina equivale á arrebatar á su hija el único vestido que podia estrenar al año; el placer de llevarla al

teatro una noche al mes; todo aquello, en fin, que puede halagar á la pobre niña.

—¡Ya lo sé, señora! murmuró la vecina con alguna tristeza: pero ¿qué remedio? No hemos de dejar abandonada á la infeliz huérfana.

—¿Y qué edad tiene?

—Acaba de cumplir catorce años.

—¿Y es bonita?

—Segun asegura mi marido, su madre lo era mucho; á la niña ni él ni yo la hemos visto.

—¿Y cuándo viene?

—Muy pronto : mi marido va á buscarla mañana por la noche á Burgos, donde acaba de morir su madre.

—¡La compadezco á usted! dijo la duquesa.

—¿A mí, señora? preguntó su interlocutora muy admirada: ¿por qué?

—Porque como ustedes no son ricos...

—Nada de eso.

—Vivirán nada mas que del suelo de su esposo...

—Justamente.

—Que no será muy largo.

—Solo tiene doce mil reales anuales.

—¡Justo Dios! exclamó la duquesa echándose hácia atrás: ¿solo poseen ustedes por todo haber doce mil reales al año?

—Solo, señora.

—¿Y se puede vivir con eso?

—Ya ve usted que sí, repuso la vecina sonriendo, supuesto que nosotros vivimos.

—¡Pero cómo, Dios mio!

—¡Bastante bien!

—¿Y con tan escasos recursos va usted á traer á su sobrina?

—Lo es de mi esposo: y aunque él no se atrevia á proponérmelo, al verle tan apesarado, se lo propuse yo: ¿qué habia de ser de esa desventurada criatura? ¡No la habíamos de dejar abandonada! Pero vamos á ver el traje de usted, señora duquesa, porque me esperará mi hija...

La duquesa, muy pensativa, condujo á su vecina al tocador.

Tenia un corazon tierno y compasivo, y hubiera deseado poder ofrecer entonces algun socorro á la noble mujer que tan bien entendia los deberes de la familia y de la caridad; pero la veia tan contenta esperando el cumplimiento de su buena obra, observaba en ella tal dignidad, que no se atrevia ni aun á indicárselo, temerosa de ofenderla.

—Señora, ¿qué nombre es el de usted? preguntó á su vecina: aun no se cómo llamarla.

—Me llamo Ana, respondió esta.

—Y bien, querida Ana, ¿qué le parece á usted mi traje?

—Algo recargado, señora, repuso la vecina examinando el vestido con cuidado: lleva muchos encajes.

—Ellos aumentan su riqueza.

—Es que la riqueza, por sí sola, no constituye el buen gusto.

—¿Luego usted le quitaria algunos encajes?

—Los mas próximos al talle, sí: usted es un poco gruesa, y dejando el vestido mas sencillo la haria parecer mas esbelta: diga usted á su doncella, si es que usted tiene en algo mi opinion, que descosa los dos últimos volantes.

Ana se fué á su casa.

La duquesa no se atrevió á seguir su consejo, temerosa de desagradar á su modista, y llevó el traje tal como esta se lo habia enviado; pero volvió á casa algo disgustada, porque habia

visto otras damas que llevaban el suyo segun le habia aconsejado su vecina; es decir, mucho menos cargado de adorno, y por lo mismo, mucho mas elegante.

Apenas llegó á su casa, se reconvino por su aficion á ir todavía á bailes y deversiones.

—Ya no soy jóven, se decia dando vueltas en su lecho: en breve cumpliré treinta y seis años: mi talle empieza á perder su esbeltez: las primeras arrugas se dibujan ya en mi frente, y los homenajes y las lisonjas huyen de mí. ¿Qué hallaré cuando el mundo me haya dejado por completo? ¡La nada! ¡El vacío! En tanto que esa mujer, que jamás le ha pisado, vive feliz al lado de su familia, amada y respetada de su esposo, adorada sin duda de su hija... ¡su hija! ¡Yo tambien tengo una! ¡Yo tambien soy madre! ¡acojámonos á este santo amor! Sí, traeré á mi Olimpia y seré mas dichosa en su compañía: la tendré en el retiro: me iré con ella al campo, por lo menos, durante seis meses al año: su nombre y su fortuna son tan envidiables, que se casará magníficamente sin necesidad de darse á ver demasiado, y yo estaré tranquila y seré venturosa.

Mecida por estos pensamientos, se durmió la duquesa.

Yo la visité algun tiempo despues, y, gracias á sus noticias, seguí el hilo de la historia que está consignada en este cuaderno.

Dejaremos hablar á sus personajes para continuar con mas facilidad la narracion.

II.

Don Francisco Villavicencio habia servido desde muy jóven al gobierno en un Ministerio: mas artista que empleado, á no

ser por dar gusto á su madre, viuda de un consejero de Indias, hubiera sido pintor; pero esta, señora á la antigua, era bastante positivista y no entendia de bellas artes, pareciéndole muy mal que su hijo perdiese algunos años en la academia pintando cuadros, que nada ó muy poco habian de valer.

Francisco fué, pues, empleado, y con tan escasa fortuna, que, á los cuarenta años de edad, solo habia llegado á tener doce mil reales de sueldo.

Casó á los veintitres años con una linda jóven, hija de otro empleado y descendiente de una noble familia, y, poco despues que él, se casó su hermana única Josefina, que aun estaba en compañía de su madre.

Como si esta no esperase mas que ver colocados á sus dos hijos, se murió apenas trascurrieron algunos meses.

Francisco halló en su esposa Ana un ángel de belleza y de bondad: tuvo en su matrimonio dos niños que murieron, y despues una niña que recibió en la pila bautismal el nombre de Eugenia.

Tan feliz como fué Francisco en su enlace, fué desgraciada su hermana Josefina: su marido, militar de tan baja graduacion que no pudo dejarle viudedad alguna, era un calavera desenfrenado, que le hizo sufrir todos los tormentos imaginables: solo una niña fué el fruto de esta union, y se la llamó Felicia.

De resultas de un desafío, murió el esposo, dejando á la esposa y á la hija en Burgos, donde estaba de guarnicion su regimiento, sin amparo alguno.

Pero Josefina tenia valor: no queriendo ser gravosa á su hermano, se puso á coser y á bordar, ganando á lo menos lo preciso para ella y para su pobre hija, que solo tenia ocho años.

Esta era endeble y delicada: los disgustos que su madre ha-

bia tenido durante su embarazo la habian hecho nacer casi enfermiza, y ninguna belleza prometian sus facciones para el porvenir.

Su desarrollo fué muy lento: su estatura era pequeña; y la desconsolada madre padecia mas al verla en tan deplorable estado, que con todos los rigores de la pobreza de que se veia continuamente amenazada.

Su hermano le enviaba cada mes una módica cantidad, arrebatada, por decirlo así, al bienestar de su familia, y siempre le escribia afectuosamente ofreciéndole su casa y su compañía.

Josefina leia las cartas, que le dirigia Francisco, con los ojos llenos de lágrimas de gratitud, y le respondia siempre:

«¡Gracias, hermano mio, gracias! aun puedo trabajar: si algun dia me falta la salud, ó Dios me llama á sí, te pido tu amparo para mi pobre hija!»

De esta suerte transcurrierron seis años: Josefina, debilitada por sus largos sufrimientos, fué atacada de una fiebre que no pudo resistir: una vecina caritativa, pero muy pobre, la asistió, y al fin murió dejándole recomendada su hija hasta que llegase á buscarla su hermano, de quien esperaba que atenderia á la súplica que tantas veces le habia dirigido.

Ya se ha visto cómo el buen Francisco cumplió el voto mas ardiente de su pobre hermana; pues por la conversacion de su esposa con la duquesa sabemos que, al dia siguiente de aquel en que la llamó para que admirase su vestido nuevo, debia ir á buscar á la huerfanita.

Tres dias despues, se hallaban una mañana la señora de Villavicencio y su hija en la salita de labor.

La madre cosia.

La hija tenia un bordado en la mano; pero apenas hacia nada en él y parecia malhumorada y triste.

Era Eugenia una linda muchacha que acababa de cumplir sus diez y seis años: su tez blanca estaba alumbrada por dos hermosos ojos azules: sus cabellos negros, como sus cejas y pestañas, caian sobre su frente y sienes en ensortijados grupos, pues los llevaba cortados á la altura del cuello. Una nariz delicada y una boca muy pequeña completaban un conjunto de hermosura encantadora y noble, al que daba mayor realce el colorido de marfil y rosa de su tez.

Llevaba un vestido de modesta lanilla de color gris, bien cortado y hecho de la manera mas propia para realzar la gracia virginal de su talle.

—Hija mia, dijo doña Ana despues de algunos instantes de silencio: te veo triste... ¿qué tienes? Estás desanimada para la labor: ¿te sientes indispuesta? ¿sufres?

—No, mamá; nada tengo, respondió la jóven dando un suspiro.

—¡Me engañas! deja tu bordado: no trabajes.

Eugenia dejó su labor sobre el costurero y permaneció silenciosa y cabizbaja.

—¡Vamos, habla! repitió su madre con alguna severidad: ¿por qué me ocultas lo que pasa en tu interior? ¿Qué te sucede?

—Mamá, pienso que la venida de mi prima va á aumentar los apuros de la casa, dijo Eugenia con tristeza: ¡contamos ya con tan pocos recursos!

—¿Y eso solo causa tu pena? exclamó riendo doña Ana: ¿por eso estás triste? ¡Nada temas, hija mia! Dios da ciento por uno, y no dejará de pagarnos la buena obra de recoger á esa desgraciada niña, no obstante que es un deber de tu padre.

—¡Un deber, mamá!

—Un deber, hija mia: ¡cómo habia de dejar ir á una casa de asilo á la hija de su hermana!

—Cuando no se tiene mas que lo necesario, como le pasa á mi padre...

—¡Eugenia, qué te atreves á decir! gritó la buena señora casi con terror: ¡no acabes, no acabes de expresar lo que estoy segura de que no siente tu buen corazon!

En los ojos de doña Ana, al pronunciar estas palabras, asomaron dos lágrimas de dolor.

—¡Mamá, dijo Eugenia, perdóname! Ya sé que la caridad es un deber, y mas tratándose de ejercerla con la propia familia; pero la llegada de mi prima aumentará tus cuidados y tus fatigas. Muchas veces te he visto pensativa y silenciosa ante una corta cantidad de dinero, calculando sin duda de qué suerte podrías atender con ella á las necesidades de la casa, y te he oido murmurar con desaliento:—¡Imposible! ¡imposible!—¿Qué será, pues, de nosotros, madre mia? ¡Felicia es una persona mas para comer, para vestir, para la lavandera, para calzar! ¡Ya no podremos ir alguna noche al teatro, ni los domingos al café!

—Vamos, veo que esas dos últimas privaciones, que te amenazan, son las que mas te asustan! observó riendo doña Ana; pero, hija mia, cuando la caridad no cuesta nada, no es meritoria: prívate con paciencia de algun goce, que en tu interior satisfaccion hallarás la recompensa: tu padre y yo procuraremos que esas privaciones sean las menos posible.

—Y luego, mamá, considera que mi prima puede ser muy bonita...

Estas palabras cayeron de los labios de Eugenia como á pesar suyo.

Su madre la miró con mas tristeza que enojo.

—Hija mia, dijo despues de un instante, has tenido siempre un grave defecto, que oscurece muchas de tus buenas cualidades:

¡la envidia! La negra envidia, que te hará desgraciada y odiosa para todos. Si esa pobre niña es bonita, tanto mejor para ella: la hermosura ayuda siempre á encontrar un buen esposo, si á ella van unidas otras recomendables cualidades: tú eres muy linda, hija mia, y no tienes que temer las comparaciones: así, pues, ¿á qué inquietarte por el porvenir? A la verdad, que no encuentro motivo para ello.

—¡Ah, mamá mia! ¡Es que tú eres un ángel!

—No digas eso: ya no soy mas que una débil y pobre mujer, y toda mi fuerza está en que os amo con pasion á tu padre y á tí: si tú nos quieres á nosotros, seguramente que ha de satisfacerte nuestro amor y que todo sonreirá en torno tuyo: ya verás, buscaremos labor de fuera y coseremos las dos para ayudar á los nuevos gastos.

—¡No hay duda que el porvenir es lisonjero! murmuró la jóven con profundo desaliento.

En aquel instante se oyó un coche que llegaba y se detuvo á la puerta.

—¡Ya están aquí! exclamó doña Ana levantándose gozosa y corriendo á la puerta de la escalera, que ella misma abrió.

Subian, en efecto, don Francisco y su sobrina, á la que el buen señor daba paternalmente la mano.

Al ver á su tia, Felicia se desprendió vivamente y subió corriendo los escalones que le faltaban para llegar al tercer piso.

—¡Querida tia! exclamó abrazándola.

—Bien llegada, Felicia, dijo doña Ana abrazándola á su vez, y contemplando con tristeza la figurita pálida, endeble y nada bella de su sobrina: estaba con mucho cuidado por tí, hija mia: felizmente ya estás con nosotros sana y salva.

—¿Dónde está Eugenia? preguntó con extrañeza su padre.

—Ahí viene, repuso doña Ana: hoy no está muy buena.

Y volviéndose hácia su hija, que llegaba como maquinalmente, le dijo:

—Abraza á tu prima.

Las dos jóvenes se hallaron frente á frente, y se dirigieron una recíproca mirada.

—¡Qué hermosa es! pensó Felicia.

—¡Es muy fea! se dijo Eugenia.

Y el pensamiento de los dos se pintó en sus ojos: así es que la mirada de la huerfanita expresó una tierna admiracion, y la de Eugenia un profundo desden.

Felicia no era, en efecto, nada bonita, si bien habia en su fealdad un no sé qué que atraia de un modo irresistible: su figura delgada era mucho menor de lo que debia esperarse de su edad: Felicia, además, era pálida, acaso en demasía, y su boca demasiado grande, así como su nariz demasiado saliente; pero sus manos eran finas y bien formadas, y sus piés de una pequeñez extraordinaria: una hermosa cabellera rubia servia de adorno á su cabeza, y sus ojos azules expresaban la bondad y el talento.

Su tia se sintió atraida hácia ella de una manera inexplicable.

—¡Hé aquí el retrato de mi pobre hermana! dijo su marido: sí, en todo se parece; y sin embargo, Josefina era un prodigio de hermosura y de gracias, en tanto que esta pobre niña no pasa de ser simpática.

—La simpatía existirá para mi padre solo, se dijo Eugenia: lo que es yo no se la encuentro.

Y volvió á mirar á la pobre Felicia, que se hallaba miserablemente vestida con un trajecito de alpaca negra, pardo y viejo, pues se lo habian hecho de uno muy usado de su madre.

—Vé con tu prima, dijo doña Ana á su hija, y que se asee un poco para la comida: desde hoy, sois hermanas: Juana llevará su maleta, y haz que coloque su contenido en el cofre que desocupamos ayer y dejamos en tu alcoba al lado de su cama.

Estas órdenes fueron dadas con alguna severidad; porque doña Ana, que sabia leer en el rostro de su hija, habia visto en él la malevolencia y casi la aversion que profesaba á la pobre huérfana.

La criada se adelantó á recoger la maleta; pero Felicia no lo consintió y la tomó ella misma.

—Muchas gracias, dijo: yo la llevaré de paso que me voy.

Y salió en pos de su prima.

Así que ambas llegaron al cuarto de Eugenia, esta dijo á Felicia:

—Esa es tu cama, y ese cofre, que hay junto á ella, es para tí.

—¡Cómo! exclamó la huérfana: ¿voy á dormir á tu lado?

—¿Pués cómo no?

—Yo no esperaba tal dicha. ¡Ah! ¡Qué buena es mi tia, y qué buena eres tú en permitírmelo!

—¿Pues dónde pensabas que ibas á dormir?

—¡Qué sé yo! En cualquiera parte... en el cuarto de la criada.

Eugenia, á pesar de sus defectos, tenia un excelente corazon, y se enterneció al ver que para aquella pobre niña era la justicia un beneficio.

Pero su mal humor dominó en breve su enternecimiento, y se sintió molesta de tener que partir con su prima la agradable soledad de su cuartito.

Se dijo que ya no podria pasearse delante del espejo, ensa-

yando posturas y sonrisas; que ya no podria leer ó cantar, á menos que no hiciese todo esto en presencia de aquel importuno testigo.

—Vamos, le dijo ásperamente: abre tu maleta y coloca en el baul tu equipaje.

—Ya verás qué poco tardamos en hacerlo, exclamó Felicia: ¡mi equipaje es tan corto!

Dicho esto, la jóven se arrodilló en el suelo, y sacó, en primer lugar, dos vestidos de percal muy viejos.

—¡Cómo! ¿No tienes mas vestidos? exclamó Eugenia casi asustada.

—No, respondió sencillamente Felicia; no tengo mas que estos dos y el que llevo puesto.

—Y de ropa blanca, ¿estás mejor?

—Tengo tres camisas; la puesta y otras dos.

—¡Gran cantidad! ¿Y enaguas?

—Las mismas, y otros tantos pares de medias: en cuanto á pañuelos del bolsillo estoy muy bien, ¡tengo cuatro! En cambio, no tengo otro calzado que el que llevo: todo esto, con la manteleta que ves y un velo de tul ya usado, que era de mi pobre y buena madre, constituye mi guardaropa.

La voz de la niña era algo triste, al decir estas palabras; pero en su gracioso y apacible rostro no habia ni el mas leve rubor, sino solo una gran melancolía al evocar el recuerdo de su madre.

—¿No te mudas de vestido? preguntó Eugenia.

—¡Imposible! repuso Felicia : no tengo mas que este negro, y no puedo ponerme de color; porque, como sabes, estoy de luto: pero me cepillaré bien y me atusaré un poco.

Dicho esto , Felicia acabó de colocar su humilde equipo, y

tomando un peine del tocador, soltó las soberbias trenzas de sus cabellos, y se puso á alisarlos delante del espejo : en seguida se cepilló bien y se lavó las manos , quedando en breves minutos limpia, ya que no elegante.

Volvieron las dos primas á la sala, y doña Ana, dejando á Felicia con su esposo, que la hizo sentar á su lado, hizo una seña á su hija para que la siguiese á su dormitorio : en él ya, la miró con severidad y le dijo :

—He observado que recibes con hostilidad á esa pobre niña, y no es eso , Eugenia , lo que yo tenia derecho á esperar de tí : tu prima es huérfana, no tiene recursos ni apoyo alguno, y estos títulos reclaman todo tu cariño y las mayores atenciones de tu parte.

—Mamá, repuso la jóven : yo no faltaré en nada á mi prima, ni la trataré mal ; pero la simpatía no se puede mandar.

—¿Qué cosa has podido hallar ya en ella que te sea antipática ?

—Todo , mamá : mi prima es vulgar, y va vestida como la hija de unos artesanos.

—La pobreza, hija mia, y el continuo trabajo, hacen olvidar las maneras elegantes : además, ya sabes que tu prima vivia con su madre en el fondo de una provincia ; á nuestro lado adquirirá ese barniz, y no hay que acusarla si carece de él , pues esto no lo puede ella remediar : solo hay que hacer responsable á cada uno de las faltas del carácter y del corazon.

Eugenia calló.

Su madre prosiguió de esta suerte :

—Tu padre amaba á su hermana, y me consta que profesa gran cariño á todo lo que de ella procede : no le ofendas, pues, en una de sus mas caras afecciones, y sé la amiga de su sobrina:

aun no conocemos bien su carácter : este puede ser dulce y humilde, y en tal caso sufrirá , sin quejarse, tus sinrazones ; pero puede tambien ser altivo y violento, y entonces se quejará á tu padre , ó preferirá deber á su trabajo , en casa de personas extrañas, lo que tan mal le da la caridad : si esto sucede, piensa, hija mia, ¡cuántos disgustos tendríamos ! Considera que la paz, que por tantos años nos ha rodeado, se veria alterada, y que yo seria quien mas sufriera, pues tu padre me acusaria de no tener influencia sobre tí, ni de saber hacerme respetar como debo : reflexiona, Eugenia, y, al menos por tí, domina la mala impresion que te ha causado tu prima.

—Mamá, respondió Eugenia tomando la mano de su madre : nada temas ; por mí , no tendrás que sufrir : yo me venceré y trataré, como debo, á mi prima : no lo dudes ni un instante : además, creo que ella ha de tener buen carácter, y que es muy humilde y servicial : procuraré acostumbrarme á su traje y á sus maneras, y te ayudaré á educarla en todo aquello que pueda.

—¡Ahora te reconozco! exclamó gozosa la buena madre, abrazando á la jóven con la mas tierna efusion de su alma y besándola en la frente con infinito amor.

III.

Felicia fué descubriendo, en lo que faltaba del dia, mil bellas cualidades : viva, risueña y de una sensibilidad extremada, demostraba á sus tios, á la vez que el mas tierno amor, una gratitud extraordinaria, que procuraba probarles por todas sus acciones y palabras.

Con su prima era, además , en extremo complaciente , y solo procuraba darle gusto en todo.

Despues de la comida, pidió labor á su tia ; pero esta le dijo que aquel dia era de descanso.

—¿Qué sabes hacer? le preguntó Eugenia.

—Poca cosa, respondió Felicia : zurcir la ropa usada y coser la lisa.

—¿Y nada mas?

—Tambien sé algo de cocina.

—¡De cocina! repitió Eugenia admirada.

—Ciertamente : mi mamá decia que era bueno saber de todo.

—¿Y no sabes música?

—No.

—¿Ni nada de dibujo?

—Tampoco.

—¿Ni hablar francés?

—Absolutamente nada : mi mamá estaba tan pobre... pero, ¿tú sabes todo eso?

—Sí, lo he aprendido en el colegio.

—Todo muy medianamente, observó don Francisco : hija mia, muchas veces te he reprendido tu vanidad en esa parte : no es saber música tocar en el piano dos ó tres polkas ; ni es saber dibujo copiar con bastante inexactitud un grabado ; ni es poseer el francés traducirle con mucha dificultad y consultando á cada instante el diccionario : tienes algunas nociones de todo eso, nada mas ; y para que las adquieras ha sido menester que asistieras por espacio de cinco años á una pension á costa de grandes sacrificios en casa, sacrificios que ahora no podríamos hacer, pues el precio de todos los artículos ha subido extraordinariamente, y con lo que tenemos, apenas podemos atender á lo mas necesario.

Eugenia bajó los ojos avergonzada ante la reprimenda paternal.

—Hoy, dijo doña Ana con el objeto de llevar las ideas á otro terreno mas agradable para todos, tomaremos café en celebridad de la llegada de Felicia.

—Arreglaos y os llevaré, añadió don Francisco: es muy justo.

—Es el caso que Felicia no está bien con ese vestido, y hasta dentro de dos ó tres dias, que tendrá otro, no va á ser posible, observó doña Ana: por hoy, será forzoso tomarle en casa.

—Pues que vaya Juana á avisar que lo traigan á ese café de ahí cerca.

—Tia, dijo Felicia, yo sé hacer café muy bien, y, si usted quiere, lo haré: si lo desean ustedes con leche, no hay mas que traerla y de este modo saldrá mas barato.

—Pues veamos tu habilidad, dijo doña Ana: aquí hay una cocinilla económica: haz uso de ella.

Felicia puso manos á la obra: cuando ya tuvo encendida la mecha del espíritu de vino, preguntó á Juana dónde estaban las tazas y los platos, y en tanto que la criada iba á buscar azúcar y leche, preparó la mesa con tanta ligereza como habilidad.

—Vamos, es muy buena para criada, pensó irónicamente Eugenia: ¡qué bien sirve á todos! Creo que esto le será mas fácil que dejarse servir por los demás.

El café estaba exquisito, y todos alabaron mucho la habilidad de la recien llegada.

Cuando se encendió luz, fué tambien Felicia la que preparó la lámpara, con gran satisfaccion de Juana, que detestaba este servicio: Felicia la ayudó asimismo á limpiar y guardar las tazas del café.

—¡Ay, señorita! exclamó hablando con la huérfana : crea usted que ya me iba á ir de esta casa; porque, como nadie me ayudaba en lo mas mínimo, el cansancio era superior á mis fuerzas, y luego, al saber que usted iba á venir y que tenia que servir á una persona mas... esto acabó de decidirme : ya se ve , la señorita Eugenia ni por casualidad echa una mano á nada : la señora tiene buena voluntad , pero no puede ayudarme: ¡está tan delicada!.. así es que resolví salir con viento fresco ; pero ya veo que usted no trae aumento de qué hacer , sino al contrario.

—No, respondió Felicia , yo ayudaré á usted en todo lo que pueda, Juana : sé planchar bien y me encargo de toda la ropa delicada de mi tia y de mi prima, así como de las camisolas de mi tio : la ayudaré tambien á asear la casa , y , cuando usted esté fuera, daré una vuelta por la cocina : no tenga usted cuidado, que todo irá bien.

Aquella noche , antes de acostarse , Felicia se arrodilló ante una imágen de la Vírgen, que habia en el cuarto que debia partir con su prima , y rezó durante largo rato por el alma de su madre, por sus buenos y caritativos tios y por su prima.

En tanto, Eugenia se quitaba su peinado delante del tocador, y solo cuando ya se hallaba en el lecho rezó algunas *Ave-Marías*, que muy en breve vino á cortar el sueño.

A la mañana siguiente , Felicia despertó muy temprano : se levantó y volvió á rezar con el mismo fervor y tierna devocion, hecho lo cual , salió de puntillas para no despertar á su prima, que dormia.

Fué al comedor , que acababa de asear Juana , y vió sobre la ventana dos macetas desocupadas, y cuya tierra, seca y blancuzca, daba tristeza á la vista.

—¿Qué tenian estas macetas? preguntó Felicia á la criada.

—Unas albahacas que yo traje de la verbena, dijo Juana; pero, ocupada con mis quehaceres, no las cuidé y se secaron; y como la señorita Eugenia no gusta gran cosa de flores...

—¡Pues yo me muero por ellas! exclamó Felicia, y voy á poner aquí unas simientes que recogí de unas macetas que cuidaba mi mamá... ¡Ay! ¡cuánto le gustaban á ella tambien!

—¿Qué? Llora usted, señorita? exclamó Juana: vamos, que no hay para qué: la señora es una santa y será para usted otra madre: ¡lástima es que se halle tan mal de salud!

—¿Pues de qué padece?

—Del corazon: desde la muerte de sus dos hijos, está atacada, y solo la paz en que vive y el amor de su marido, que se mira en ella, hacen que vaya tirando: planté usted las simientes, porque las flores la alegran mucho, y, si no fuera porque las macetas son caras, tendria muchas por su gusto.

Felicia se dirigió á su cuarto: entró quedito para no despertar á Eugenia, que continuaba durmiendo, y buscó en el baul un paquetito de papel cerrado, que sacó y llevó á sus labios con religioso respeto.

Luego volvió al comedor, removió la tierra de los tiestos con un cuchillo viejo, la regó y puso algunas semillas en ella.

—Son pasionarias y capuchinas, dijo: las plantas de donde recogí esas semillas daban una cortina de flores y verdor á la ventanita junto á la cual bordaba mi madre: las mariposas venian á visitar nuestras flores, y algunas veces se acercaba á ellas un pajarito piando: yo las regaba al amanecer, y cuando llegaba el único rayo de sol que teníamos en aquella fria habitacion y hacia brillar las gotas de agua que quedaban en las hojas, parecian aquellas diamantes; ¡ah! mi pobre mamá daba gracias á Dios porque le dejaba aun aquel placer, y detrás de sus flores trabajaba contenta y resignada!

Y Felicia, enjugando las lágrimas que llenaban sus ojos, se puso á ayudar á Juana y á dar la última mano al comedor.

—Supuesto que le gustan á usted las flores, señorita, dijo la criada, que era una honrada asturiana, yo se las traeré siempre que pueda.

—Ya oigo á mi tia, observó Felicia; y corrió al encuentro de doña Ana abrazándola con ternura y preguntándole cómo habia pasado la noche.

—No he estado muy bien, contestó doña Ana: el cambio atmosférico hace mucho daño á mis nervios, y hoy me siento débil y quebrantada: esto no obstante, así que nos desayunemos, iremos á comprar un vestido para tí.

—Tia mia, ¿por qué ese nuevo gasto? dijo Felicia con timidez: ¿no basta ya con los de mi viaje? el vestido no es preciso.

—Te equivocas, repuso doña Ana sonriendo: hija mia, hay que atender ante todo á la decencia, y te es muy preciso un traje negro de alpaca: el que llevas puesto solo te sirve para casa.

Felicia fué á hablar; pero, temerosa de disgustar á su tia, se detuvo y la palabra espiró en sus labios.

En tanto que don Francisco y Eugenia se levantaban, la huerfanita preguntó á su tia si queria que la peinara.

—Mucho favor me harás, contestó esta: Eugenia es algo perezosa: no se levanta hasta las nueve, y yo me peinaria de buena gana mas temprano: pero dime, hija mia, ¿por qué razon madrugas tanto?

—Mamá y yo nos levantábamos siempre al amanecer, tia mia: ¡trabajaba ella tanto!

—Y tú, ¿qué hacias?

—Preparaba el desayuno para las dos, arreglaba nuestra pobre casita, me peinaba y luego me sentaba á su lado á hacer dobladillos.

—¡Pobrecita! murmuró doña Ana besando á la niña en la frente: ¡qué tristes han sido tus primeros años!

—Yo hubiera convenido en vivir así siempre, con tal de que no hubiera perdido á mi querida mamá, dijo la huérfana: ¡á su lado, era feliz!

Mientras así hablaban, doña Ana y su sobrina habian entrado en el tocador de la primera, y Felicia lo habia dispuesto todo con una ligereza maravillosa, poniéndose al instante á arreglar los abundantes y hermosos cabellos de su tia.

No bien habian terminado, cuando se oyeron los pasos de don Francisco.

—Hija mia, dijo doña Ana, despierta á tu prima, porque tu tio se enfada al ver que se levanta tarde, y hoy de seguro que le va á regañar: anda, y haz que baje al instante.

Felicia iba á salir; pero su tio la detuvo y la besó en la frente.

—Supongo que habrás dormido bien, le dijo; ¿pero dónde está Eugenia? ¿duerme todavía?

—No, señor, respondió la huérfana: está arreglando algunas cosas en nuestro cuarto... la ropa... y... en seguida vendremos las dos.

—Ana, dijo don Francisco dirigiéndose á su mujer: es preciso que Eugenia cambie de modo de vivir: ahora hay en casa una persona mas, y los gastos van á ser mayores: debe trabajar algo y ayudar á esos gastos: su conducta no puede tener disculpa alguna y merece serias reprensiones: no solo es perezosa, sino egoista, puesto que te deja desempeñar las faenas mas pesadas, y se levanta tarde y pasa luego el dia sin hacer nada de provecho.

—Te equivocas, amigo mio, respondió doña Ana. Eugenia trabaja, cose, borda, se hace sus vestidos: es mas laboriosa de lo que tú piensas.

Una sonrisa de incredulidad pasó por los labios de don Francisco, quien, al anunciar Juana que el chocolate estaba dispuesto, pasó con su esposa al comedor, donde un instante despues se les reunieron las dos jóvenes.

Terminado el desayuno, doña Ana dijo á Felicia :

—Ponte la mantilla, porque vamos á salir las dos: y tú, hija mia, si quieres venir, arréglate un poco tambien.

Felicia salió con el objeto de buscar su pobre velo; pero Eugenia exclamó amargamente admirada :

—¡Cómo, mamá! ¡Vas á salir con mi prima! ¿No ves cómo va?

—Voy á salir con ella para comprarle un traje, á fin de que mañana vaya mejor.

—Lo que es yo, si me lo permites, me quedaré en casa.

—¿Te da vergüenza de salir con ella?

—¡Quién lo duda! ¡Y tú tampoco debias hacerlo! ¡con un vestido tan corto y tan raido como el que lleva!...

—Eugenia, observó doña Ana, tienes mal corazon y esto me llega al alma : esa pobre niña te ama, te está agradecida: ¿por qué, pues, te empeñas en que te tenga aversion? La caridad, para que verdaderamente lo sea, ha de estar ejercida con dulzura y paciencia : de otro modo, pierde todo su mérito : quédate, si quieres; pero debia bastarte, para ir contenta, la idea de que vas á hacer una buena obra, comprando á tu prima el vestido que tanta falta le hace.

—Pues á mí tambien me hace mucha falta otro, mamá, murmuró Eugenia : ¡no tengo mas que uno de luto! ¡bueno se pondrá en seguida!

Doña Ana vió á su sobrina, que llegaba ya con la mantilla puesta, y no quiso responder.

Felicia abrazó á Eugenia y salió con su tia.

Poco despues, llegaron ambas á casa con un paquete que contenia un traje de alpaca negra y tela para dos camisas y dos enaguas.

Eugenia miraba casi con envidia el contenido del paquete, que su madre abrió sobre un velador: Felicia se acercó á doña Ana, y le dijo con timidez y cortedad bajando los ojos:

—Mi querida tia, en el ropero, que hay en su cuarto de usted, he visto esta mañana un traje negro viejo...

—En efecto, dijo doña Ana.

—¿Es de usted?

—Sí; pero ya está tan deteriorado, que solo podrá aprovecharse para algun forro.

—Si usted me lo quisiera dar, yo me haria un vestido con él: como soy de muy poca estatura, saldria bien.

—¿Pero, y el nuevo que acabamos de comprar?

—Este podria quedarse para mi prima.

—¡No, no! dijo doña Ana enternecida: este se ha comprado para tí.

—Yo me arreglaré el de usted, insistió Felicia.

—Ya te he dicho que se halla en muy mal estado.

—Estoy segura de que lo he de dejar como nuevo.

—¿Pero sabes tú arreglar vestidos?

—¡Vaya, sí, señora! ¡Y muy bien! Guardo los patrones que sacó mi mamá: vamos, querida tia, permítame usted que ensaye mi habilidad!

—Enhorabuena; pero además guardarás y te harás ese nuevo.

—Si el que ha sido de usted quedará nuevo para mí! Ya lo verá usted!

—Sea como quieras, dijo doña Ana: y tú Eugenia, hazte

cuenta de que ese traje te lo regala tu prima; pero en cuanto á las enaguas y camisas, Felicia, exijo que te las quedes.

Eugenia abrazó á su prima con toda la efusion de su gratitud, pensando con delicia en que ya tenia un traje nuevo que hacerse para el luto.

Felicia, que era la misma actividad, pidió permiso á su tia para ir en busca del vestido viejo, y se puso á descoserlo en el acto.

IV.

¡Dulce candor! Grata inocencia de la adolescente edad en que todo es alegría é ilusiones, ¡qué hermosos sois!

¡Cómo sembrais de flores el camino de la vida!

¡Cómo embelleceis cuanto os rodea, y cómo se esmaltan las mas pobres situaciones á vuestro paso y á vuestra mirada con los mas bellos colores!

La casa de doña Ana pareció transformada como por una varita mágica con la presencia de Felicia: por todas partes brillaban el aseo y elegancia : nacieron las semillas sembradas en las macetas de la ventana del comedor, y rompiendo su lecho de oscura tierra vistieron la superficie de hojitas verdes y frescas, que daban gozo á la vista : de una especie de camaranchon, que habia en la casa, salieron algunos retazos de telas olvidadas, de lana y seda, y Felicia hizo con ellos dos lindos almohadones de aplicacion para el sofá del cuarto de dormir de su tia : con algunas tiras de paño y otras de tapicería, que ella bordó, aprovechando algunos ratos de ocio, y cuyo cañamazo y lanas compró doña Ana poco á poco, se formaron dos bonitas portieres para las puertas de los gabinetes de la sala : se lavaron y plan-

charon los visillos y fundas de la sillería: las manecillas de metal y tiradores de las puertas se pusieron relucientes como el oro, y los candeleros de plaqué podian desafiar á los de plata.

No era esto bastante para la actividad prodigiosa de aquella pequeña hada: algunas piezas de ropa blanca, muy viejas y relegadas al fondo de un ropero desde hacia años, salieron á la luz, se compusieron con primor y entraron de nuevo en activo servicio.

Felicia sabia además algo de cocina y de repostería, porque su madre, previendo la desgraciada suerte que le esperaba, le habia hecho aprender todo lo que podia contribuir á que se ganase la vida.

Hubiera querido tambien que aprendiese la música, ó la pintura, para que á su vez pudiese haberla enseñado; pero, ya que esto no era posible, la instruyó en esas mil cosas del interior doméstico que podian hacerla una buena camarera ó una excelente ama de llaves.

—Hija mia, le decia con frecuencia: nada, mas que el vicio, hay vergonzoso en este mundo: ganarse honradamente la vida es un mérito: si no puedes ser una artista, serás, á lo menos, una jóven útil para el servicio y compañía de una dama de alto rango ó de su hija, y de esto no debes avergonzarte, porque no hay posicion, por humilde que sea, que no pueda ser ennoblecida por el trabajo, el talento y la virtud: si te haces estimable, te estimarán: si conservas tu dignidad, siempre inspirarás respeto, porque solo la persona que se olvida del propio decoro, no debe esperar que se lo concedan los demás: si por tu educacion y buen carácter sobresales entre todas las personas de tu clase, tanto mas apreciada y querida serás: así, pues, hija mia, no temas desempeñar los oficios mas humildes, y procura aprender todo aquello que pueda hacerte útil y agradable.

Felicia era, pues, una niña sin las habilidades que brillan en la sociedad y que se adquieren regularmente á costa de grandes dispendios; pero que sabia desempeñar á la perfeccion todas las faenas de una casa verdaderamente útiles.

Si Juana salia para hacer algun recado de su tio, ella barria, quitaba el polvo de los muebles y aseaba la casa tan pronto y mejor que ella.

Si era necesario planchar, y Juana no podia, lo hacia Felicia.

Si la ropa de su tio se hallaba empolvada, la limpiaba Felicia en un momento y se la dejaba á la cabecera de su lecho.

Un dia, que habia salido doña Ana, llegó su esposo cerca de la hora de comer con un amigo, á quien habia convidado á su modesta mesa: la agitacion de Juana fué extraordinaria, pues no tenia apenas dinero, por haber invertido en la compra la corta suma que le daban cada noche para el gasto: la pobre, ya tan tarde, no sabia qué partido tomar.

Felicia la tranquilizó, y con algunas cosas, que le encargó que subiera de la tienda, hizo un plato de frito, otro de dulce y otro de leche, lo que, añadido á una tortilla y á lo que diariamente se servia, compuso una comida muy presentable.

Cuando doña Ana volvió, se halló agradablemente sorprendida.

—¿Se ha traido todo esto al fiado? preguntó: ¿has puesto tú el dinero, Juana?

—No, señora, contestó la muchacha: el señor me dió dos pesetas y bastó.

—¡Bastó para todo!

—Sí, señora: la señorita Felicia me ha ayudado y me ha dicho lo que debia hacer.

—¿Y quién te ha enseñado á discurrir tan bien y á hacer ta-

les primores con tanta economía? preguntó á su sobrina doña Ana.

La pequeña hada dijo entonces de qué modo se habia arreglado, y mereció de su tia un cariñoso abrazo y mil demostraciones de admiracion.

El convidado era un hombre ya de edad bastante avanzada: su rostro venerable, sus cabellos blancos, su rico traje negro decian claramente que era una persona de distincion: habló de su familia, de su esposa, que habia muerto hacia un año, de sus hijos, de los cuales uno estudiaba en Madrid y el otro estaba al frente de una casa de comercio en Barcelona: él acababa de llegar de esta hermosa capital del Principado, y ofreció presentar á la familia de su amigo al hijo que estudiaba en la corte, antes de volverse á marchar.

Se alabaron mucho las disposiciones de Felicia, y el anciano, que la tenia á su lado, le hizo mil caricias y se informó con interés de su suerte.

Despues de la comida, la misma Felicia hizo y sirvió el café con su destreza y gracia acostumbradas.

A pesar de la desproporcion que se advertia en las facciones de la huérfana, se encontraba en ellas un no sé qué tan agradable, tan vivaz y tan afectuoso, que atraia y cautivaba de una manera irresistible: tenia un talento tan grande, que se descubria en todo, porque en todo esparcia su radiosa luz.

Así que hubieron terminado de tomar el café, y en tanto que don Francisco y su anciano amigo hablaban de sobremesa, doña Ana, con su hija y su sobrina, pasó á casa de la duquesa, á quien no veia desde la llegada de aquella, por haber estado sumamente ocupada.

Felicia, con su viejísimo traje negro, parecia tan aseada y tan

bien vestida como su bella prima, que habia elegido lo mejor de su guardaropa para ir á casa de la duquesa.

Esta miró con indiferencia á Felicia y colmó de cariños á Eugenia: á la verdad, la pobre huérfana no tenia nada que pudiera llamar la atencion de una gran señora: no era bonita y era tan pequeña, que mas parecia una niña que una adolescente: por su parte, admiró silenciosamente la magnificencia de la habitacion donde se hallaba, sin demostrar admiracion ni pasmo, no obstante que jamás habia visto otra ni siquiera parecida.

Aquella perfecta serenidad ofendió algun tanto á la duquesa, que la miró con extrañeza y sin poder comprender que no se quedase extática aquella niña que salia casi de la miseria.

—¿Sabe usted, amiga mia, que espero á Olimpia muy pronto? dijo á doña Ana: dice que se aburre ya mucho en su pension, y que no quiere esperar á que yo vaya; por lo cual vendrá con una amiga que debe salir de un dia á otro de Paris: espero que Eugenia le hará algunos ratos de compañía y que serán ambas buenas amigas.

Los ojos de Eugenia radiaron de placer.

Doña Ana miró á su sobrina con pena, pues le era muy dolorosa la exclusion que de ella se hacia.

La niña lo comprendió así, y dijo con dulzura:

—Tú podrás venir con tanta mayor frecuencia, prima mia, cuanto que ahora estoy yo para acompañar á mi tia.

La duquesa contempló casi con enojo á Felicia: las últimas palabras de esta eran un reto de la indigencia á la rica y poderosa dama: de la desvalida huérfana á la opulenta señora: de la dignidad al orgullo estúpido y casi cruel del nacimiento.

Porque la duquesa, á pesar de su bondad natural y de su generoso carácter, estaba de tal modo habituada á la adulacion y

á la mentira, que todo lo que se le resistia la indignaba como una injuria.

Despues de una larga visita, volvieron á casa doña Ana y las dos jóvenes: aun se hallaba allí su convidado; pero, así que ellas entraron, se levantó para despedirse.

—Amigo Herrera, le dijo doña Ana, extraño que no me haya usted presentado á su hijo desde que está aquí, y le exijo que me cumpla la palabra que nos ha dado de traerlo antes de que se vuelva usted á Barcelona.

—Así lo haré, señora, dijo el convidado, y espero que le recordará á usted á su madre, de la que fué usted tan buena amiga cuando vivíamos en Madrid.

Así que se marchó el anciano, ambas jóvenes se retiraron á su cuarto, despues de abrazar á don Francisco y á su esposa.

—¿Has visto qué palacio el de la duquesa? preguntó Eugenia á su prima, no bien estuvieron solas.

—Sí, es muy hermoso, respondió Felicia con indiferencia y desprendiendo la rica madeja de sus cabellos.

—¿No te has quedado admirada? volvió á preguntar Eugenia.

—Tanto como eso, no, dijo Felicia.

—¿Pues qué es lo que te admira á tí? exclamó la jóven con algun despecho, porque le parecia que la tranquilidad de su prima ponia en ridículo su exaltacion.

—A mí, respondió la huerfanita, me admiran algunas cosas; pero no el lujo y la riqueza.

—¿Y se podrá saber cuáles son esas cosas que te admiran?

—Sin duda, prima mia.

—Veamos, pues.

—Admiro la naturaleza: me encanta la vista del campo, y el

ver anochecer, sentada entre los árboles de un bosque, contemplando la luna entre las ramas y oyendo esos mil murmullos de la naturaleza que se duerme.

—¿Y quién te ha enseñado á admirar esas cosas? preguntó Eugenia riendo burlonamente.

—Nadie, respondió su prima: esas cosas ni se enseñan, ni se aprenden: se sienten y nada mas.

—¿Y qué otras cosas admiras?

—Una accion generosa y benéfica: eso me hace llorar y me causa la mas dulce emocion: tambien me causa admiracion y entusiasmo un buen libro, un hermoso trozo de música, un bonito cuadro: todo esto me hace sentir con vehemencia.

—A mí no me gusta leer, digo Eugenia.

—¡Te compadezco! exclamó su prima.

—¿Por qué?

—Porque no sabes de cuántos placeres te privas.

—¿Y qué culpa tengo yo de que no me guste leer?

—Es verdad: no eres culpable, sino desgraciada.

Felicia, dichas estas palabras, se puso su redecilla blanca, en la que recogia la hermosa madeja de sus cabellos, se arrodilló en el reclinatorio, y se puso á rezar con fervor las oraciones de la noche.

V.

Pocas personas habrá que no recuerden la terrible invasion del cólera en 1855, pues apenas habrá familia que no tenga que lamentar alguna víctima en aquella aciaga época.

La peste atacó entonces con preferencia á las personas de salud débil, y don Francisco Villavicencio quiso salir de Madrid

con su familia, ó enviar, á lo menos, lejos del foco de la mortandad á su esposa, á su hija y á su sobrina; pero doña Ana, al saber que su marido no podia abandonar su destino sin perderlo, se negó rotundamente á alejarse de la corte, asegurando que la suerte de su esposo seria la suya, y que por nada del mundo se separaria de su lado.

Víctima de este proceder, muy conforme, por otra parte, con los preceptos de la religion, fué la tierna esposa: el cruel azote la hirió con terrible violencia: una noche se acostó buena y despertó á las dos de la madrugada con agudos dolores: se llamó á un médico, que tardó en llegar mas de lo que convenia, y declaró que doña Ana era *un caso* fulminante y que tenia pocas horas de vida.

En vano el desgraciado esposo quiso ocultar la espantosa impresion que le hizo esta noticia: la enferma la leyó con toda claridad en su rostro descompuesto, y se despidió de él tiernamente, así como de su hija y de su sobrina.

A esta, sobre todo, le habló largo rato, aprovechando un intervalo lúcido de la enfermedad.

—Hija mia, le dijo, te ruego en esta hora suprema que no te separes de tu prima, hasta que se haya casado, y que seas siempre su mejor amiga: mi Eugenia es buena, pero tiene debilidades, que la harán quizá desgraciada: tú eres mas fuerte; aconséjala: guíala por el buen camino: háblale de Dios, de la virtud y de la paciencia, pues tú tienes acerca de esto ideas mas elevadas que ella: mi hija tiene un espíritu mundano, que no he podido elevar todo lo que hubiera deseado; tal vez tú consigas mas, porque á ambas os une el dulce lazo de la juventud, y Eugenia no puede achacar tus palabras y reflexiones á rarezas de la edad madura: tú eres una niña, Felicia mia, pero me comprendes, ¿no es verdad?

HIJA MIA; TE RUEGO QUE NO TE SEPARES DE TU PRIMA Y QUE SEAS SIEMPRE SU MEJOR AMIGA.

—Sí, mi querida tia, respondió la huerfanita llorando: sí, la comprendo á usted: quiere usted decir que sostenga el valor de mi prima, hablándole de otra vida mejor.

—Ciertamente: que le hables del cielo y de mí, hija mia, y que le dés sanos consejos.

—Así lo haré, aunque ella no los necesitará, porque es muy buena.

—Toma, además, á tu cargo el gobierno de la casa. Eugenia no entiende nada de eso. Juana está ya enterada del arreglo interior y te servirá de mucho descanso: cuida tambien de tu tio, que va á sentir mucho mi falta, y evita á Eugenia algunas reprensiones demasiado duras que su padre acostumbra á dirigirle: no es tan tolerante con ella, como yo, porque no sabe que es imposible cambiar la índole de nuestra hija: en una palabra, mi amada Felicia, si crees que vale algo lo poco que he podido hacer por tí, ¡y Dios sabe que pensaba haber hecho mucho mas! págamelo amando á Eugenia y cuidando á tu tio: estoy segura de que lo harás!

—¡Oh, tia mia! exclamó la huérfana deshecha en llanto; si el Ser supremo la llama á usted á su lado, yo velaré por la paz y tranquilidad de los seres que le son tan queridos, y haré cuanto pueda para que sean felices!

Doña Ana atrajo hácia su pecho la cabeza de Felicia, y la besó en la frente con íntima ternura y gratitud.

Poco despues se agravó el mal, y la enferma se dispuso á cumplir sus deberes de cristiana.

Despidióse de su marido, á quien recomendó que no abandonase á Felicia.

—Ya sé que no lo harás, le dijo: es hija de tu hermana, y aunque lo fuese de una hermana mia, le dispensarias los mismos

cuidados; pero, Francisco, te hablo particularmente del desamparo moral: no te hagas demasiado severo con las niñas, para que estas tengan confianza en tí.

La despedida de su hija fué mas tierna y triste que ninguna otra.

Eugenia, poseida de un verdadero y violento dolor, se ahogaba en llanto y escuchaba de rodillas las últimas amonestaciones de su madre, que le recomendó que amase á su desvalida prima y que la mirase como á una hermana.

La enfermedad arrebató bien pronto á la pobre madre las fuerzas y la voz; y, despues de algunos instantes de horrible padecer, sus ojos se cerraron para volverse á abrir en el cielo.

Don Francisco se encerró, con su hija, en una habitacion apartada.

Felicia tuvo que hacerse superior á su pena, y se ocupó de velar y vestir el cadáver, ayudada de Juana, que lloraba tambien sin consuelo por la muerte de su buena señora.

Un amigo de don Francisco, á quien avisó la misma Juana, fué á encargarse de los preparativos del entierro, que fué muy modesto, y todo se terminó quedando la casa sumergida en una mortal tristeza.

¡Faltaba de ella la tierna esposa, la amorosa madre, la benigna directora de esos modestos cuidados interiores, despreciables á primera vista, pero que componen el todo de una vida feliz y sosegada!

Don Francisco, presa de una violenta fiebre, tuvo que acostarse el dia mismo del entierro, habia vivido veinte años al lado de su excelente y cariñosa compañera, y el mundo quedaba vacío á sus ojos.

La duquesa envió á su doncella en busca de Eugenia, diciendo

que la tendria á su lado, durante algunos dias, para que se distrajese; y como don Francisco se hallaba enfermo, y enfermo de alguna gravedad, no pudo pedírsele permiso para aceptar esta invitacion.

—Yo no sé lo que haga, dijo perpleja Eugenia.

—¿Qué ha de hacer usted? observó Juana: quedarse, como es su deber, al lado de su padre.

—Te prevengo, Juana, respondió con acritud Eugenia, que estás muy equivocada si piensas mandar ahora en casa porque falta mamá: para mandar, basto yo.

—Yo no quiero mandar, dijo Juana: solo digo á usted que no está bien que se vaya dejando á su papá en cama: y, si no, que lo diga la señorita Felicia.

—No necesito saber su parecer, repuso con desden la jóven.

—Pues ella no lo haria.

—Ella ignora que una duquesa hace mas en llamarme que yo en ir á su lado: como que jamás ha tratado con personas de esa clase....

—Ya irá usted cuando el señor esté mejor: tiempo hay.

—¡No! iré ahora mismo á ver á la duquesa, y luego volveré.

—Pero si no debia usted salir ni á misa hasta pasados los nueve dias, señorita!

—¡No importa! La casa de la duquesa está un paso.

Y Eugenia, al decir estas palabras, salió con la doncella de la duquesa que la esperaba.

—¡Ni adios me ha dicho! exclamó dolorosamente Felicia: ¿qué soy yo para ella? ¡Ah, mi buena tia! ¡Qué falta me va á hacer!

—Y á todos, añadió Juana: pero usted tiene el apoyo de su

tio, á quien se puede quejar de las sinrazones de la señorita.

—¡Yo! ¡Quejarme yo de mi prima! exclamó con horror Felicia: ¡ser causa de que le riñan! ¡Dios mio! ¿Qué diria en el cielo mi querida tia! ¡ella, que me encargó que fuese su amiga!

—¡Pero si la señorita no quiere serlo de usted!

—¡Yo lo seré siempre suya!

—¡Y pienso que le hará pasar á usted la pena negra!

—¡Lo sufriré todo con paciencia! ¡Ese es mi deber!

—Usted es una santa y va á ser una mártir, dijo la criada: vamos á ver: ¿piensa usted que al señor le sabrá bien cuando sepa que su hija se ha marchado ya de casa?

—Se lo ocultaremos.

—¿Y si la llama?

—Irá usted á buscarla, Juana: todo, antes que agravar las penas de mi pobre tio.

—Y la señorita se irá mañana otra vez.

—Nosotros no se lo podemos impedir.

—Vamos, veo que va usted á ser el borrico de la casa.

—¡Qué remedio! tendré paciencia: tal vez, Juana, seré mártir como usted dice; pero, créame usted, en mi modo de pensar es preferible ser la víctima á ser el verdugo.

—¿Quién, siendo tan niña, le da á usted tanto talento y fortaleza?

—¡El padre de todos! ¡El consolador de todas las penas de mi madre! ¡Dios! respondió la huérfana señalando al cielo.

Eugenia no tardó en volver á su casa: la opulencia de la duquesa, su magnífico palacio y su amable trato la sujetaban á tan espléndida morada: pero no podia hallar en ella sosiego ni quietud, al pensar en su padre enfermo.

El corazon de aquella jóven era bueno: solo la vanidad os-

curecia sus brillantes dotes : solo la vanidad enfriaba sus tiernos sentimientos y las excelentes tendencias de su alma.

Así pasaron algunos dias : la enfermedad de don Francisco no se agravó : Dios, en su clemencia infinita, quiso conservar aquel apoyo á las pobres niñas.

Eugenia iba por la mañana á casa de la duquesa; pasaba con ella un par de horas, y despues volvia á su modesta vivienda.

Felicia no desatendia un instante el cuidado de su tio, y la ocupacion que le ocasionaba el ayudar á Juana: aquella criatura, tan ignorante de los usos de la buena sociedad y de las costumbres elegantes, era una enfermera admirable: sabia hacer toda clase de tisanas y se las daba á su tio con tanto cariño y solicitud como la hija mas tierna : si el médico mandaba darle baños de piés, Felicia era la que arreglaba lo necesario al efecto, la que graduaba el agua y estaba á la vista de todo : ella fué la que le veló seis noches seguidas, pues aunque Eugenia se empeñó en quedarse tambien, el sueño la rendia muy pronto.

Ante la rara energía para el bien que desplegaba Felicia, no era nada el débil ánimo de su prima.

Y sin embargo, Eugenia miraba cada dia con una antipatía mas profunda y mas injusta á su buena y cariñosa prima : todo le desagradaba en ella : la encontraba ordinaria y vulgar : su actividad fatigaba á la molicie, á la pereza de Eugenia, y esta molicie y esta pereza crecian cada dia al contacto de los hábitos ociosos de la duquesa, que se pasaba la vida en el lecho, en el sillon, ó en el carruaje.

Como un veneno lento y progresivo, aquel ejemplo se iba filtrando en el alma débil y juvenil de Eugenia : cada dia volvia esta á su casa mas disgustada, comparando su modestia casi pobre con el fausto de la casa de enfrente : ¡ya no existia su ma-

dre para fortalecerla, para darle buenos consejos, para animarla á la resignacion y combatir la mezquina y dolorosa impresion que sentia al volver del suntuoso palacio.

El tedio se iba apoderando de Eugenia cada vez mas: esta no cosia, no limpiaba su cuarto, no queria tomar ni el mas leve cuidado por su traje, y á veces lloraba durante horas enteras.

Su prima le preguntó un dia el motivo de su pena, y le respondió con áspereza, diciéndole que la dejara en paz, porque no se lo queria descubrir.

Felicia no se atrevió á volverla á interrogar.

Cuando don Francisco dejó el lecho, atribuyó la tristeza de su hija á la pérdida de su madre, y la consoló afectuosamente, acariciándola y llorando con ella; pero Engenia estaba triste por otra causa mucho menos digna que la que su padre suponia.

Su madre ya no estaba en el mundo para leer en su alma, y solo su madre podia haber adivinado lo que pasaba en ella.

Una mañana, le dijo la duquesa muy alegre:

—¡Esta noche, querida Eugenia, espero á mi Olimpia! Viene una amiga de Paris y me la trae! ¡Oh! ¡Qué dichosa voy á ser! Presentaré á mi hija en todas partes, la llevaré á los saraos, á los teatros, á la Castellana todos los dias! Yo tambien daré bailes! ¡Debe estar tan bonita! Ya era encantadora cuando niña, y ahora me dicen que su belleza ha crecido de una manera prodigiosa; ¡que se ha hecho adorable!

—Mucho me alegraré de conocerla, dijo tímidamente Eugenia.

—Mañana, querida mia, vendrás temprano: ¿lo oyes? continuó la duquesa que, desde la muerte de su vecina, trataba á Eugenia con un afecto casi maternal: muy temprano, porque yo tambien estoy impaciente por que veas á mi hija.

La jóven no durmió aquella noche y, ya muy tarde, oyó llegar el carruaje que conducia á Olimpia, segun todas las probabilidades: su deseo de ver á aquella maravilla de belleza y elegancia era tal, que se levantó de la cama y se acercó á los cristales del balcon para probar si, á la luz de un reverbero vecino, podia vislumbrar algo: solo logró distinguir una estatura distinguida y un sombrerito de viaje, que desapareció al momento en el fondo del extenso patio del palacio de la duquesa.

Aun pudo descansar menos Eugenia desde aquella hora; y ya era cerca del alba cuando cerró sus ojos al sueño.

No obstante, despertó temprano y se empezó á arreglar para cuando fuese hora de poder ir á la casa vecina.

Serian las once cuando anunció á su padre que iba á ver á la hija de la duquesa, que habia llegado, y que desde el dia anterior estaba invitada para almorzar con ellas.

—No me agrada eso, dijo don Francisco: es gente á quien yo no trato ni tengo ningun deseo de tratar: si has dado tu palabra, vé; pero excúsate en adelante y suprime tu visita diaria: no debe uno tener intimidad mas que con sus iguales.

Don Francisco era severo, y su hija le temia: así, pues, Eugenia inclinó la cabeza ruborizada de la reprimenda, y permaneció inmóvil.

—Te digo que vayas por hoy, prosiguió el padre: la palabra es palabra; pero en lo sucesivo no te comprometas de ese modo: estáte en tu casa, trabaja, lee: tienes buena compañía y buen ejemplo en tu prima, y no puedes quejarte de soledad: al lado de esas señoras, únicamente te proporcionarás mil sufrimientos de que no tienes necesidad: ellas son muy ricas; nosotros bastante pobres: ellas viven de un modo, que nosotros no conocemos, en fiestas, banquetes, teatros y bailes: tu condicion mo-

desta te exige y aconseja la estancia en casa, cuidando del buen órden y de la economía, dedicándote á la labor: esto fué lo que hizo tu madre durante toda su vida y esto quiero que hagas tú.

Eugenia salio de la estancia despechada y triste: el lenguaje de su padre, por justo que fuese, le parecia solamente duro é inconveniente: sus ojos estaban llenos de lágrimas de cólera al pensar que tenia que dejar la amistad de sus vecinas.

Cuando entró en el salon de la duquesa, la halló ya en compañía de su hija: ambas estaban sentadas en un divan, y la duquesa tenia entre las suyas las manos de la jóven, cuya belleza deslumbró á Eugenia.

Olimpia de Alburquerque tenia, poco mas ó menos, la misma edad que Eugenia; pues aun no habia cumplido diez y siete años.

Era de estatura mediana, pero que prometia crecer: un bosque de cabeños rubios, finos y sedosos, coronaba su frente y servia como de dosel al mas lindo y fresco rostro que se pudiera imaginar: pero este rostro tan precioso estaba pálido, y la expresion que resaltaba en él era la de la languidez y el hastío.

Su boca era una flor de coral rosa con el cáliz de perlas: sus ojos, de un azul transparente y sombrío á la vez, tenian una brillantez y un encanto indecibles: su mano de alabastro, con largas y bruñidas uñas de color de rosa, era tan delicada y bella, que las aristocráticas de su madre quedaban completamente eclipsadas: una sola sortija brillaba en el dedo anular de la mano izquierda de Olimpia: una sortija muy sencilla, pero encantadora y del gusto mas delicado, como todo lo que ella llevaba: era una cinta de oro esmaltada de negro, con un corazon igualmente esmaltado.

Llevaba la hija de la duquesa una bata de batista blanca, for-

rada de tafetan rosa, que, abriéndose por delante, dejaba ver una enagua con volantes encañonados: un canesú, adornado de encajes, formaba parte de aquel elegante peinador y velaba su cuello con una negligencia demasiado encantadora para no ser estudiada.

Todos estos detalles los abarcó Eugenia de una sola ojeada: detúvose cerca del umbral de la puerta; la duquesa la vió y, sin moverse de su sitio, ni dejar las manos de su hija, le hizo una señal para que se acercara: Olimpia se volvió y miró con frialdad é indiferencia á Eugenia.

Acercóse la jóven llena de cortedad, y preguntó á la recien llegada si habia tenido buen viaje, á lo que esta contestó con algunas palabras casi desdeñosas.

Luego anudó su interrumpida conversacion con su madre.

—Como te decia, querida mamá, prosiguió, debes estar muy agradecida á la condesa: los dias que he pasado en su casa han sido para mí dias de delicias: por la mañana, venia á su salon la mejor sociedad de Paris: por la tarde íbamos al bosque en carretela abierta: nuestro tronco se llevaba todas las miradas y la librea mas elegante era la de sus lacayos: despues de la comida, íbamos al teatro; y luego recibia dos veces á la semana de doce á dos, ó íbamos á alguna otra reunion de confianza, se supone, pues ella me decia que no queria presentarme oficialmente en el mundo, porque eso solo puede hacerlo una madre.

—¡Oh! No esperaba yo menos de mi querida amiga! exclamó la duquesa, como si su hija le refiriese de aquella dama las acciones mas virtuosas y meritorias: toda mi vida le agradeceré el que te haya distraido y cuidado tanto!

—Por lo que toca á compras, prosiguió Olimpia sin mirar siquiera á Eugenia, hallarás maravillas en los ocho cofres de

que se compone mi equipaje: no habia novedad ni gracioso capricho en Paris que ella no me comprase: ya te presentará las cuentas; pero te advierto que hasta la misma condesa dice que son exorbitantes; no porque las compras sean caras, sino porque son muchas.

—¿Y traes cosas bonitas?

—¡Admirables!

—Entonces nada importa: llamarás la atencion durante dos meses, y esto basta para que adquieras una fama de elegante, que será eterna: nada me parece demasiado caro para alcanzar este fin.

—¡Te encuentro tan buena y adorable como siempre! exclamó Olimpia abrazando á su madre con íntima y verdadera ternura: los años no han cambiado tu corazon para mí!

La duquesa devolvió á su hija sus caricias, y luego le preguntó:

—Pero dime, hija mia, ¿esos trajes y sombreros que traes, serán propios de tu edad? Ya sabes que una señorita no puede llevar lo que una casada, aunque esta sea muy jóven.

—¡Ah, mamá! ¿has olvidado ya el exquisito gusto de la condesa? ¿Qué mejor Mentor podias haberme elegido? Nada temas: todo es del gusto mas irreprochable: todo es sencillo, fresco, encantador: sombreritos de crespon blanco, azul y rosa: joyas de nácar y de coral: algunas perlas notables por su pureza: trajes blancos de muselina, de foulard, de sedas sencillas, de gasa: los mas caros son de gros; ¡pero qué colores! ¡qué adornos! ¡qué variedad! ¡Pues y la lencería! ¡Qué multitud de enaguas, peinadores, batas, gorras de cama, chambras y todo lo que el buen tono necesita! Y, no obstante, puedo tranquilizarte: nada de encajes, nada de brillantes, nada de plumas, nada de colores fuertes: el mio es el equipaje de la diosa de la juventud.

—Alma mia, ¡qué contenta estoy de verte tan animada! exclamó la dnquesa : antes eras muy melancólica, muy nerviosa, muy delicada: ¡ahora me pareces alegre y feliz! ¡Qué dichosa soy!

Y la madre volvió á abrazar á su hija casi llorando de alegría.

Eugenia se sentia humillada al ver que la dejaban en tan completo olvido : y, además, un sentimiento de tristeza y de amargura se deslizaba en su corazon, al presenciar las caricias de la madre y de la hija.

¡Ella ya no tenia madrè!

Ya no tenia en el mundo á nadie que la acariciase, porque el carácter severo de su padre no era propio para hacerle halagos.

La duquesa, que era en el fondo muy buena, se acordó de que estaba allí y le hizo seña para que fuese á sentarse á una silla á su lado : la tomó de la mano, y dijo á Olimpia :

—Hija mia, yo amo y estimo á esta linda jóven, que ha tenido la desgracia de perder á su buena madre, á la que tambien profesaba mucho aprecio y simpatía : creo que su compañía te distraerá algunos ratos : hoy almorzará con nosotras.

Olimpia miró á su madre con asombro.

¡Almorzar con ellas aquella pobre muchacha vestida de luto con un miserable traje de alpaca! ¡Esto era increible!

Tal pensamiento se leia en los ojos de la aristocrática jóven : y, sin embargo, Eugenia llevaba el mejor vestido que tenia : su único traje bueno : el que Felicia habia rehusado, para cedérselo, muy ajena de pensar que le serviria para el luto de su madre.

La jóven era muy linda, en efecto, y tenia un aire elegante y

gracioso ; pero al lado de la beldad de Olimpia, de su elegancia, de sus modales altivos, quedaba completamente eclipsada.

Siempre halla el castigo en su misma falta el que se sale de su esfera, y Eugenia, que en otro círculo hubiera sido encantadora, era insignificante en el de la duquesa.

A pesar de la recomendacion de su madre, Olimpia apenas le dirigió la palabra : á la una se levantó la condesa y apareció en el salon.

Era una dama de cuarenta y seis ó cuarenta y ocho años de edad, pero que á primera vista aparentaba diez menos : venia arrastrando una rica bata de seda, y llevaba sobre sus cabellos una elegante gorrita de blondas blancas.

Aun habia en su rostro restos de una extraordinaria belleza : su estatura era alta : su aire distinguido y algo desenvuelto : su aplomo infinito, como el de todas las personas de gran mundo.

—¿Me esperais para almorzar, verdad? dijo : ¿por qué no me habeis hecho llamar? Milagro ha sido que no he aparecido hasta las dos, á cuya hora acostumbro á levantarme en Paris : pero hoy tengo una hambre de estudiante ; por lo tanto, vamos al comedor, querida duquesa : y tú, niña, á ver si comes mas que en Paris.

—¡Qué! ¿Estás inapetente? preguntó la duquesa á su hija.

—¡No, mamá! ¡Yo nunca he comido mucho! Pero la condesa dice que cómo demasiado poco.

—¡Hola! ¿Y quién es esta linda niña? preguntó la condesa fijándose por la primera vez en Eugenia : ¡bonito semblante! ¡ojos azules y cabellos negros! ¡Esto es poco comun y, por lo mismo, encantador! ¡Es hija de alguna amiga tuya, duquesa?

—Apreciaba mucho á su madre, repuso la interpelada sin querer confesarse responsable de aquella amistad.

—Y su papá... ¿qué es?

—Casi no lo sé... creo que empleado : ¿verdad, Eugenia?

—Sí, señora, empleado , respondió la jóven casi ruborizada.

—¿Pero alto empleado, sin duda? ¿Es decir, con mucho sueldo?

—Mi papá no tiene mas que doce mil reales, balbuceó Eugenia.

—¡Doce mil reales! gritó la condesa : ¡Dios santo! Ese es el sueldo que doy yo á mi cocinero!

—Da pena, en efecto, saber que hay personas que viven con tan escasos recursos, dijo la duquesa ; pero vamos, que el almuerzo nos espera.

—¡Qué! Esta *señorita* va á almorzar aquí? preguntó desdeñosamente la condesa.

—Sí, respondió la madre de Olimpia avergonzada : la convidé ayer...

Eugenia estuvo á punto de decir que se iba ; pero tuvo miedo de dejar conocer su enojo temiendo caer en ridículo, y devoró la dolorosa cólera que le ocasionaba el verse tratada con tanto desden.

Pasaron al comedor, donde se sirvió un suntuoso almuerzo : la condesa y Olimpia apenas pensaron en Eugenia ; solo se ocupaban en referir sus diversiones de Paris y en recordar sus compras : únicamente la duquesa pensó en la hija de don Francisco y se cuidó de que almorzara, pues hasta los criados parecian olvidarse de servirla.

Durante el almuerzo, Eugenia descubrió nuevas gracias y encantos en Olimpia, muchos de los cuales no eran sino verdaderas impertinencias: esta apenas comia, y pronto, cansada de hablar, declaró que no podia vencer el sueño y el cansancio que tenia, y se fué á acostar.

—Querida Eugenia, dijo la duquesa: un criado te llevará á tu casa: la condesa y yo vamos á descansar tambien, pues ella está fatigada del viaje, y á mí la alegría de ver á Olimpia no me ha dejado dormir en toda la noche.

Eugenia, despedida así, saludó con despecho y se marchó.

—Querida mia, dijo la elegante condesa así que la jóven hubo desaparecido: ¡no sé, á la verdad, en qué piensas! ¿Crees que semejantes amistades pueden convenir á tu hija?

—Esa niña es muy bonita y muy buena, observó la duquesa: está bien educada...

—Será todo lo que tú quieras; pero es una pobre, que no pertenece á tu clase: estas gentes quieren igualarse con nosotros, y se debe evitar toda intimidad con ellas: ¡ya, por sí, son bastante osadas!...

—La madre de Eugenia era una santa, y, además, una persona muy delicada é instruida.

—¡Si yo no niego nada de eso! Pero, por mucho que valiese la madre y valga la hija, créeme, ten á esta á alguna distancia, porque me parece bastante presumida.

VI.

Pasaron algunos meses para don Francisco y su hija en una monotonía bastante triste: aquel echaba de menos á su buena esposa: la soledad le abrumaba. Doña Ana habia sido para él una tan buena compañera, que nada podia llenar el vacío que habia dejado en su alma y en su casa.

En vano acudia á las distracciones que antes le eran habituales: paseaba, y por la noche iba á una lotería, cuyo propietario era amigo suyo, donde tenia su partida de tresillo: una sombra

negra le rodeaba, y los descuidos mas insignificantes del servicio doméstico, que antes habia tolerado, los achacaba ahora á la falta de su esposa, y se indignaba con Eugenia, á la que de continuo acusaba de abandonada y holgazana.

Don Francisco amaba en el fondo á su hija; pero su cariño se iba entibiando, sin que él mismo se apercibiese de ello, porque hallaba opuesto á sus ideas y gustos cuanto la jóven pensaba, hacia y decia.

Era don Francisco uno de esos hombres, que aun existen en el siglo presente, que creen que la mujer solo ha nacido para coser y barrer su casa; que les gusta tenerla en un absoluto retiro, y que piensan que la extrema humildad y la austera devocion son inseparables de la virtud y del pudor.

Hombre *á la antigua,* nada entendia de ideas modernas, ni le agradaban en manera alguna cuando las oia exponer: apegado á sus hábitos y eterno defensor de sus costumbres, nadie en el mundo le hacia abjurar de su sistema, y solo su esposa habia podido convencerle de que algun domingo debian ir al teatro y al café.

Muerta doña Ana, un velo de luto se extendió sobre su casa.

El santo cariño de la esposa y de la madre dejó de alumbrar el hogar doméstico, y todas las ligeras incomodidades de la vida tomaron proporciones colosales para el viudo, que era mas egoista que tierno y mas severo que tolerante.

Unicamente Felicia conseguia dulcificar un poco el pésimo humor de su tio: este, que se hallaba siempre incomodado con su hija y con Juana, se mostraba satisfecho con los cuidados de su sobrina.

Es verdad que la pobre niña se hallaba sujeta á la mas penosa esclavitud: apenas tenia un momento suyo, pensando en lo

que podria ser agradable á don Francisco, y de qué modo, con el escasísimo dinero que cada noche le daba para el gasto, podria darle mejor y mas apetitosa comida, y arreglar mas económicamente los gastos de la casa.

Juana hablaba de marcharse y de que el humor del señor, no menos que la estrechez á que se veia reducida, se le iban haciendo intolerables; pero Felicia, que temblaba á la idea de tener una criada que no conociese los gustos de su tio, tan enemigo de innovaciones, le decia:

—¡Ay, Juana! ¿Adónde irá el buey que no are? ¿Donde dejará usted de sufrir?

—En cualquiera parte tendria que sufrir menos que aquí, señorita: y, si usted me quisiera creer, haria una cosa.

—¿Qué?

—Ponerse tambien á servir.

—No me daria vergüenza ni pena hacerlo, si me viese obligada á ello, Juana: soy una pobre huérfana, sin otro medio de vivir que el fruto de su trabajo; pero en tanto que pueda, prefiero servir á mi tio, á servir á otro.

—¿Y qué va usted ganando aquí?

—Aquí tengo todo cuanto necesito.

—¡Bastante es! Dos vestidos tiene usted, y ninguno está ya llevable de puro viejos. ¿Y cuando se acaben de romper?...

—Dios dirá.

—¡Y luego, siempre renegando el señor con que se gasta mucho y con que hay desórden, cuando no da la mitad de lo que hace falta!

—¡Es que hay que considerar, Juana, que los gastos de la corta, pero terrible enfermedad de mi tia y de su muerte le han atrasado mucho.

—¿Y lo hemos de pagar los demás? Aquí nadie lo pasa bien mas que su hija: sin hacer nada en todo el santo dia; escapándose, siempre que puede, á casa de la señora duquesa, y pasando el resto del tiempo tendida en un sofá, como una reina de comedia, en tanto que usted echa la hiel en el trabajo.

—¡Yo! ¡Si no hago casi nada!

—¡Nada! Coser, aplanchar, ayudarme á todo, y emplear el tiempo que le sobra en hacer calcetas para su tio.

—¿Me habia de estar parada?

—Lo que debia usted hacer era imitar á su prima.

—Pero yo no puedo imitarla, Juana: estoy recogida aquí por caridad, y debo ganar el pan que como.

Juana tenia razon.

Eugenia llevaba la vida mas ociosa, pero tambien la mas aburrida y triste.

No teniendo bastante valor para emprender ningun trabajo útil, se pasaba el dia leyendo novelas insulsas, mil veces leidas ya, ó dormitando, ó bien delante de un espejo peinándose de varias maneras, para que nadie la viese, pues á ninguna parte salia, á no ser que, en tanto que su padre estaba en la oficina, se escapase á casa de la duquesa, á donde este le habia absolutamente prohibido que fuese.

Allí era, no obstante, donde Eugenia se hallaba mejor: la condesa que habia traido de Paris á Olimpia, y cuyas pullas tanto asustaban á la hija de don Francisco, se habia vuelto á la capital de Francia: la duquesa, naturalmente amable y que, por ser madre, comprendia á aquella niña, que no la tenia, la recibia con bondad: la fria y orgullosa Olimpia se iba aficionando á ella, y ya le habia regalado dos vestidos suyos—que no queria usar—para cuando se quitase el luto: así es que podia asegurarse que

Eugenia solo se hallaba bien en casa de la duquesa, y que en la de su padre se consideraba en el purgatorio.

Una mañana, estaba sentada delante de la mesa del tocador y se peinaba melancólica y distraidamente, en tanto que su prima mullia su lecho.

—¿Sabes quién vino ayer, Eugenia? dijo Felicia.

—No, por cierto, respondió aquella con frialdad: ya sabes que pasé toda la mañana en casa de la duquesa.

—¡Y yo estuve con un miedo!... si tu papá llega á saber que vas á casa de la duquesa, no me regañaria poco!...

—¿Por qué?

—Porque no se lo aviso, segun me lo tiene mandado.

—¡Ah! ¿Conque te ha mandado que le digas?...

—Ya lo creo, muchas veces.

—No le hagas caso, y acaba de decirme quién vino.

—El hijo del señor de Herrera.

—¿El estudiante?

—Sí: es un jóven muy guapo y muy elegante: dentro de dos años, será médico!

—¡Vaya un personaje!

—¡Un buen médico vale mucho en la sociedad! tu papá se informó de sus estudios y de su salud, le habló con afecto, y al despedirse, le previno que no volviera mas que á las horas que él está en casa: es decir, por la tarde.

—Lo cual equivale á decir que no venga mas; porque ese jóven preferirá á venir aquí irse á paseo.

—Mi tio le dijo que, como éramos dos niñas solas, no parecia bien que hiciera muchas visitas: él manifestó que le parecia muy fundada esta observacion, y se fué tan conforme.

—¡Vaya con Dios! Esas gentes, aunque no vuelvan, poco es

lo que importa. Si fuera ese jóven como los que van por la noche á casa de la duquesa! ¡Oh! ¡Esos sí que son elegantes de primer órden! ¡Lo que oigo hablar de ellos me deja asombrada! ¡Qué gastar en caballos, en apuestas, en trajes! ¡Es maravilloso! ¡Sobre todo, el duque de Lierne! Ese va alguna vez de dia, y si los demás asistentes á la tertulia se le parecen, debe ser encantadora la reunion. ¡Oh! ¡si mi padre no fuera tan raro y tán ridículo, yo asistiria á ella y lo pasaria tan bien!...

—Prima mia, observó Felicia, me da pena oirte decir que tu padre es raro y ridículo; porque, á mi ver, lo que tiene es que se halla poseido de una profunda tristeza y nada mas: en cuanto á que no le guste que vayas á casa de esas opulentas damas, no lo extraño: el trato con ellas te hará desear cosas que no puedes alcanzar, galas que no basta á proporcionarte tu humilde fortuna; y solo por ahorrarte penas inútiles es por lo que desaprueba que vayas.

Eugenia se encogió friamente de hombros, como compadeciéndose de la necedad de su prima, y esta terminó sus quehaceres, saliendo despues para arreglar el cuarto de su tio.

Pasado algun tiempo desde que tuvo lugar esta conversacion, don Francisco, que se habia sentido algo indispuesto en la oficina, se retiró un dia á su casa cuando menos se le esperaba en ella.

Preguntó por su hija, y Felicia, muda y confusa, bajó la cabeza sin saber qué contestar.

—¿Qué es eso? exclamó bruscamente don Francisco: ¿qué es lo que me ocultas? ¿dónde está Eugenia?

—Ha ido á casa de la señora duquesa, tio mio! respondió temblando Felicia.

—¿A pesar de mi prohibicion?

La pobre niña guardó silencio.

—Y sin duda esto sucede cada dia: ¿no es verdad? ¡habla!

—Mi prima va alguna vez, querido tio... ¡no muchas!

—¿Y por qué no me has avisado?

—Porque temia que usted regañase á Eugenia.

—¡Basta! tú has faltado á tu deber ocultándome la desobediencia de tu prima, tanto como ella con la misma desobediencia! ¡Que inmediatamente vaya Juana á buscarla!

La sirvienta salió á cumplir la órden terrible de su señor.

Este se puso á pasear con agitacion por la estancia.

Felicia tomó su calceta y, sentándose temblando en un rincon, se puso á trabajar en silencio.

Poco tardó Eugenia en llegar: venia pálida y llena de temor.

—Siéntate y oye con atencion lo que voy á comunicarte, dijo don Francisco: es grave para tí y para mí.

Eugenia se sentó.

Su padre prosiguió en estos términos:

—Así que se cumpla el año de mi luto por la muerte de tu madre, me casaré otra vez; menos por mi gusto, que por la necesidad de traer á esta casa una cabeza que la gobierne.

Eugenia dejó escapar un grito de terror.

Nada de aspavientos, continuó el severo padre: está resuelto: tus farsas de duquesa postiza no te servirán de nada conmigo: he dicho que me caso y lo haré.

—¡Traer á otra mujer para que ocupe el sitio de mi madre! exclamó Eugenia con una cólera dolorosa: ¡darme madrastra! ¡Ah, señor! No lo esperaba de usted!

—Pues ya lo tienes por seguro: en esta casa, hace falta un buen timon y lo habrá... tu misma madre aprobaria mi pensamiento de traer una persona que cuide de tí, que evite quizá tu

perdicion: por lo tanto, no hablemos mas y prepárate á tener, dentro de dos meses, esa persona á quien obedecer.

Don Francisco, dichás estas palabras, entró en su cuarto y cerró la puerta, pues necesitaba de reposo.

Eugenia prorumpió en sollozos.

Su prima la abrazó y pudo consolarla, asegurándole que aquellas palabras no pasaban de ser una enseñanza para obligarla á no ir á casa de la duquesa.

Eugenia dió crédito á las reflexiones de Felicia, y se prometió que no iria en lo sucesivo á visitar á sus vecinas, para ver si de este modo podia conjurar el mal que la amenazaba.

Pero al dia siguiente, Olimpia le envió á su camarera para decirle que fuese á ver unas muestras de telas, y no supo resistir á su curiosidad.

Al tercer dia se hallaba muy triste, y volvió á ver á la duquesa con el objeto de distraerse: lo que prueba que para lo que se desea de veras no hay nunca impedimento verdadero.

—Lo que es yo, me alegraré mucho de que haya pronto ama en esta casa, dijo Juana: así, con obedecerla, estamos desocupados, y no que ahora no sabe una qué hacer y todo está mal!

—Yo por mí, añadió Felicia, me alegro tambien de que mi tio se case: así estará mas acompañado: ahora le pone de mal humor la soledad de la casa: á mí me gusta hacer lo que me mandan y nada mas!

En cuanto á Eugenia, era muy diferente: habia llorado mucho quejándose á la duquesa de la determinacion que habia tomado su padre, aunque callándole su oposicion á que la viera, así á ella como á su hija, y la duquesa, que habia rehusado siempre casarse por no dar padrastro á su hija, puso el grito en el cielo y acusó al padre de Eugenia de bárbaro y desnaturalizado.

Pasados algunos dias, volvió el jóven Herrera á visitar á don Francisco: era un jóven de veinticuatro años y de una presencia agradable y simpática: su mirada se fijaba en Eugenia con demasiada frecuencia y con una expresion tan afectuosa, que no podia equivocarse con ninguna otra.

Se llamaba Víctor y estudiaba con gran brillantez su carrera de medicina.

Durante la visita, Eugenia, sentada al lado del balcon, tenia un bordado en el que trabajaba con bastante negligencia.

Felicia tenia á su lado un canastillo lleno de ropa blanca, que estaba repasando.

De vez en cuando, Eugenia alzaba la cabeza y veia detrás de los cristales de los balcones de enfrente el perfil del duque de Lierne, que con alguna frecuencia se volvia y le enviaba una ojeada llena de ternura.

Sin embargo, Eugenia no observaba que, despues de mirarla, volvia la cara y se echaba á reir hablando con Olimpia de las pretensiones de su vecina, que se consumia en deseos de ser gran señora.

Hubo un instante en que don Francisco salió de su casa, y Víctor Herrera se aproximó á Eugenia, fijó en ella una mirada dulce, y le dirigió con tierno acento algunas palabras, á las que Eugenia respondió con extrema frialdad.

Desanimado el jóven volvió á ocupar su sitio, y, no bien entró de nuevo don Francisco, se despidió y se marchó.

—¡Me fastidia ese muchacho! dijo Eugenia á media voz, así que Víctor hubo salido: ¡qué vulgar y qué necio es!

—¡Pues á mí me parece muy agradable! observó Felicia.

—Lo comprendo, repitió Eugenia: tus gustos son todos tan distinguidos como ese.

La huérfana no respondió, y volvió á ocuparse en su labor.

VII.

Apenas habian transcurrido dos meses, cuando un dia, y á á eso de las diez de la mañana, llamó don Francisco á su cuarto á su hija y á su sobrina, y dijo á la primera:

—Ayer se cumplió el luto de tu madre; hoy me caso: no hay que asustarse por eso: no lo hago porque yo haya olvidado á mi buena Ana, ni pueda olvidarla nunca: he tomado este partido, como ya te he dicho, para que haya en casa una persona que mire por tí: me caso con una jóven buena, virtuosa y que tiene algunos recursos, que contribuirán á que lo pasemos un poco mejor: cuando digo jóven, no quiero decir que es una niña que podrás manejar á tu antojo: su edad es muy buena para que sea tu amiga y te dirija, y para que á la vez no te aburra con regaños continuos: tiene veintiocho años, costumbres muy virtuosas y una gran firmeza de carácter.

Eugenia se puso á llorar.

Su padre hizo como que no lo veia, y prosiguió dirigiéndose á Felicia, que escuchaba muda y contristada:

—A tí no tengo nada que advertirte: posees uno de esos felices caractéres que á todo se avienen y con todo se conforman: te gusta obedecer y no mandar: ¡ah! ¡A tí te irá bien siempre, porque exiges poco y das mucho en cambio.

Eugenia seguia sollozando: su padre le tomó una mano y le dijo:

—¿Por qué te desconsuelas de ese modo? ¿Crees que, aunque me case, te he de querer menos? Vamos, hija mia, sosiégate y escucha: lo que te voy á decir tiene mucha relacion con tu por-

venir: Víctor Herrera, el hijo de mi amigo, te ama: me lo ha dicho, y si tú le correspondieras, podrias casarte con él, así que terminara su carrera, para lo cual le faltan menos de dos años: tiene algo por su madre, y ha seguido sus estudios con tal brillantez, que se le puede asegurar un magnífico porvenir: ¿qué dices?

—Que no le amo, papá, respondió Eugenia sin dejar de llorar.

—No hablemos, pues, mas del asunto; pero creo que, para nuestra clase, no podias hallar un partido mejor.

Don Francisco se aproximó, dichas estas palabras, al cordon de la campanilla y tiró de él.

A los pocos instantes se presentó Juana.

—Desde esta noche, dijo don Francisco, habrá señora en esta casa: hoy me caso: no se convida á nadie á la boda, porque yo no soy amigo de fiestas: ahora voy á salir y volveré á las diez de la noche con mi mujer: que esté todo limpio y arreglado para que, al entrar, no reciba una mala impresion: como mi hija toma la boda como si fuera un entierro, he dicho á Agustina,—así se llama la que va á ser mi esposa,—que se halla indispuesta: así, pues, harás la comida para las dos señoritas y para tí: si luego quieren ir á vernos un rato, en esta tarjeta están las señas de la casa: que se vistan y las acompañarás tú: si no quieren ir, tampoco es menester que se violenten: anda con Dios, Juana: ya estás desocupada... y... que esté todo limpio y á la vela.

La criada, estupefacta, se retiró.

No dudada que su amo se casaria; pero aquella boda, sin ruido y de la que tan poco se habia hablado, la llenó de sorpresa.

¡No conocer á la novia!

Esto era una cosa inaudita.

Así que hubo salido la criada, don Francisco se acercó á su hija y la abrazó: contemplóla algunos instantes con profunda lástima y luego le dijo con ternura :

—No llores : yo soy siempre tu padre : la determinacion que he tomado, me la ha inspirado tu bien y te hará feliz.

Eugenia, con los labios apretados y la mirada cargada de rencor, cesó de llorar ; pero ni una palabra respondió.

El dolor era lo primero que se habia apoderado de su ánimo; pero la ira iba ocupando su lugar.

—¿Y tú, qué dices? preguntó á su sobrina don Francisco : ¿te irrita tambien mi casamiento ?

—Tio mio, respondió Felicia con suavidad, á mí no me toca mas que obedecer á usted y tratar de dar gusto á mi nueva tia.

—¡Ah! ¡Por qué no se te parece Eugenia! exclamó don Francisco saliendo de la estancia.

No bien se hubo alejado su padre, las lágrimas volvieron á los ojos de Eugenia, que se arrojó en los brazos de su prima, dándole, por la primera vez, esta muestra de cariño.

Felicia trató de consolarla con mil dulces palabras, pero no pudo conseguirlo.

Eugenia, sin conocer á su madrastra, le profesaba ya una aversion profunda, una decidida antipatía.

El dia se pasó muy triste para Eugenia, y menos mal para su prima, que ayudó á Juana á arreglar la casa de la mejor manera posible.

Se lavaron los suelos, se cambiaron las ropas de las camas y se adornó el lecho matrimonial, donde habia muerto doña Ana, con una colgadura blanca.

Juana, por consejo de Felicia, fué á buscar dos ramos de flores, que se colocaron en dos jarritos de cristal.

La misma Felicia pasó á los muebles antiguos un pañito con aceite y les dió una brillantez admirable.

Eugenia, por no ver semejantes preparativos, que le desgarraban el corazon y la llenaban de ira, se fué á casa de la duquesa.

—¡Hoy es el último dia de mi libertad! exclamó dejándose caer, al llegar, sobre un sillon.

—¿Qué te sucede? preguntó Olimpia riéndose.

—¡Que mi padre se casa!

—¿Cuándo?

—Hoy mismo.

—¡Bah! ¿Y eso te apura? observó la jóven : te vienes aquí.

—¡Ay, señorita! repuso Eugenia, que trataba á la hija de la duquesa con tanta distincion como si hubiese sido su sirvienta: ¡eso es imposible!

—¿Por qué?

—¡Porque mi padre no querrá desprenderse de mí!

—Si te quisiera, no se casaria.

—¡Es verdad!

—De modo que, ya ves, que á él no le importará gran cosa el que te vengas conmigo.

—En efecto... si... balbuceó Eugenia.

—¿No te parece que digo bien, mamá?

—Hija mia, dijo la duquesa : yo creo que el padre de Eugenia, á pesar de no ser con ella muy tierno, la ama en el fondo: ¿qué padre no ama á su hija? Si ese no la quisiera, seria el primero.

—Pero la verdad es, mamá, que Eugenia lo va á pasar muy mal.

—Bien, si vemos que su padre no hace lo que debe con ella,

y que la pobre muchacha tiene que sufrir malos tratos de parte de su madrastra, en ese caso le hablaré yo seriamente, y Eugenia se vendrá con nosotras.

Esta promesa consoló á la jóven, que no quiso volver á su casa hasta las nueve de la noche.

—¿Vas á arreglarte un poco? le preguntó Felicia, que se habia puesto el mejor vestido que tenia y se habia peinado con esmero, despues de haber terminado la limpieza y el aseo de la casa.

—¿Para qué me he de arreglar? observó Eugenia con aspereza : ¿para recibir á mi madrastra?

—Sin duda.

—No pienso en tal cosa.

—Haces mal.

—No, por cierto, porque me voy á acostar.

—¡Te vas á acostar!

—Como lo estás oyendo.

—¿Pero qué dirá tu papá?

—Que diga lo que quiera.

Eugenia se metió en la alcoba, su prima quedó absorta y pensativa, y se sentó tristemente al lado del balcon.

—¡Dios mio! se dijo: ¡qué guerra va á haber en esta casa! Por suave que sea la condicion de la que va á venir, ¿cómo ha de ver con paciencia los desvíos de Eugenia?

El ruido de un carruaje, que se detuvo á la puerta, sacó á Felicia de sus tristes reflexiones.

Juana fué á abrir, escuchó y volvió al lado de Felicia exclamando:

—¡Ya están ahí!

La huérfana sintió que su corazon palpitaba aceleradamente:

¿cómo la encontraria la nueva señora de aquella casa hospitalaria?

¿Conseguiria agradarla?

Y, si no la agradaba, si la echaba de su casa, ¿á dónde iria ella, pobre niña desvalida, sin amparo y sin auxilio alguno?

¡Oh! Era preciso á toda costa conquistar el afecto, ó á lo menos, la indiferencia de la esposa de su tio.

Mientras Felicia hacia estas reflexiones y esperaba con el corazon palpitante la primera mirada de la esposa de su tio, el matrimonio llegó al fin de la escalera y se ofreció á los ojos de Juana, que alumbraba, y de Felicia que temblaba de emocion.

La nueva esposa tenia una fisonomía vulgar, una figura bastante comun, y vestia con mucha sencillez: era, sin duda, de condicion humilde y bastante inferior á la de su esposo.

Aparentaba menos edad de la que tenia, aunque era bastante gruesa: su estatura no era muy alta: vestia de negro con una mantilla de fondo de raso y guarnecida de blondas como las artesanas bien acomodadas.

—Buenas noches, querido tio, dijo Felicia, que creyó debia adelantarse: ¡buenas noches, señora!

—Esta es mi sobrinita, Agustina, observó don Francisco: una niña muy buena y complaciente: ¿pero dónde está Eugenia?

—Señor, respondió Juana al ver á Felicia muy confusa: tenia jaqueca y se acostó.

Don Francisco frunció el ceño.

La novia dejó el brazo de su marido y se dirigió con él al interior de la casa. Juana y Felicia les siguieron, despues de cerrar aquella la puerta de la escalera.

Así que llegaron todos á la sala, Agustina se sentó y Felicia acudió á quitarle la mantilla, que dobló cuidadosamente: enton-

AGUSTINA SE SENTÓ Y FELICIA ACUDIÓ Á QUITARLE LA MANTILLA.

ces pudo verse la cara y la cabeza de la novia que, sin ser hermosa, nada tenia tampoco de fea.

Tenia el rostro ovalado, los ojos negros y el cabello del mismo color: sus mejillas eran demasiado encarnadas: su nariz poco fina: su frente estrecha, pero no deprimida: la boca grande, pero adornada de una bella é igual dentadura.

El peinado era amanerado y nada distinguido: su traje negro, de seda, estaba hecho sin gracia alguna: no obstante, á través de aquella espesa capa de prosa y de materialismo, de aquella apariencia vulgar y casi tosca, brillaban una bondad exquisita, una benevolencia admirable y un buen juicio, como brillaria un rico diamante engastado en estaño.

—Felicia, dijo don Francisco, anda y llama á tu prima: dile que se levante.

—No, dijo Agustina: si tiene jaqueca, es preciso que duerma: mañana la veré: no es justo que se la moleste por mí.

—Es que ella, á pesar de su jaqueca, debia haber estado esperándonos! murmuró colérico don Francisco: esa era su obligacion.

—La jaqueca no reconoce obligaciones, amigo mio: dijo Agustina: yo la tengo algunas veces, y me hago cargo de lo que es.

—Señora, dijo Felicia: ¿cómo quiere usted que la llame?

—¿Cómo llamabas á la otra esposa de tu tio? preguntó la novia riéndose.

—Le llamaba tia.

—Pues así me has de llamar á mí.

—¡Ah! ¡tanto mejor! exclamó Felicia batiendo las manos.

—¿Cómo tanto mejor?

—¡Me alegro de llamar á usted tia! Pero no me atrevia por no disgustarla: ¿y ahora quieren ustedes tomar chocolate? Ya está

hecho y dispuesto en el comedor. Juana ha tenido cuidado de prepararlo todo muy bien: hay azucarillos y agua fresca.

—Hemos comido á las cuatro y no vendrá mal una jícara de chocolate, dijo la novia: vamos, Francisco.

Pasaron todos al comedor: en la mesa del centro y sobre un mantel limpio habia una bandeja con azucarillos, otra con vasos llenos de agua, un plato con pan y otro con bizcochos de dos clases: Juana fué á la cocina y trajo dos jícaras de chocolate.

—Te agradezco, hija mia, este cuidado, dijo don Francisco.

—Y yo, añadió su mujer: y á Juana tambien: me parece muy buena mujer, y mañana le haré mi regalo de boda, así como á Felicia y á Eugenia: ¿no se llama así tu hija, Paco?

—Sí, respondió don Francisco.

—Espero que nos avendremos bien: yo, aunque hija de un tendero, sé lo que á cada uno se debe, y la contemplaré en todo aquello que sea justo.

—Si usted quiere ver la casa, tia, dijo Felicia, puede hacerlo antes de acostarse.

—Con mucho gusto: siempre le complace á uno saber lo que es suyo; pero déjame acabar de tomar chocolate.

En tanto que esta conversacion tenia lugar, dos ojos enrojecidos por el llanto echaban una mirada por la entreabierta puerta del comedor.

Eran los de Eugenia, que habia dejado el lecho para contemplar á su madrastra.

Pocos minutos bastaron para que la examinase: hizo un gesto de terror, y corrió de nuevo á su alcoba exclamando con voz ahogada:

—¡Misericordia! ¡Si es una paleta! ¡Una labriega! ¡Dios mio! ¡Qué será de mí!

Agustina visitó toda la casa : habló de añadir algunas cosas, de quitar otras por antiguas y usadas, de costuras, de bordados y de lo mucho que le agradaba el aseo.

—Este cuarto le ocupamos mi prima y yo, dijo Felicia al pasar por delante de la puerta.

—Bueno, este le veré mañana, dijo la novia: ahora no debemos hacer ruido ni incomodar á la enferma: tú, sobrinita, quédate aquí y acuéstate: nada temas de mí, y cree que tu segunda tia no será peor para tí que la primera.

Agustina besó á Felicia en la frente, y desapareció, dirigiéndose con su marido hácia el aposento nupcial.

VIII.

Al dia siguiente, desde muy temprano, se levantó la nueva señora de la casa: llamó á Juana y le dió sus disposiciones, despues de lo cual le dijo que su salario, que hasta entonces habia sido de sesenta reales, subiria á ochenta: le regaló, además, un vestido, y la enteró de la manera que queria que se hiciesen las cosas.

Felicia entró á saludarla al comedor, así que la oyó hablar, y recibió otro corte de vestido de seda y algunas palabras muy amables.

En vez de enterarla de sus obligaciones, le dijo:

—Me parece, querida mia, que tú has sido hasta ahora el borrico de la casa, y no quiero que esto se repita en adelante: llevareis el peso entre tu prima y tú, y, si aquella no hace lo que es de su deber, me quejaré á su padre.

—¡Oh, tia mia! ¡No haga usted eso por Dios! exclamó Felicia juntando las manos en ademan suplicante.

—¿Por qué? preguntó admirada Agustina.

—¡Porque mi tio le reñirá!

—Que ella no dé motivo.

—¡La pobre Eugenia no tiene madre!

—¿Acaso la tienes tú? observó Agustina: es muy raro que te compadezcas de tu prima mas que de tí misma!

—¡Es que yo siempre lo he pasado mal! exclamó Felicia: apenas he conocido otra cosa que pesares, y aparte del dolor que me causa el haber perdido á mi querida madre, la temporada mas feliz de mi vida es la que llevo en la hospitalaria casa de mi tia! Eugenia no está en igual caso: ¡ella era antes muy feliz!

—¡Pobrecita! dijo Agustina: ¡qué generosa eres, y cuánto debes haber sufrido ya, á pesar de tus pocos años!

Don Francisco entró en aquel instante en el comedor: echó una mirada á su alrededor, y no viendo á su hija, la hizo llamar.

Eugenia tardó en salir de su cuarto, y cuando se presentó fué con un aire tan altanero y desdeñoso, que la recien casada no pudo menos de mirarla con sorpresa y enojo.

—Buenos dias, querida mia, le dijo Agustina al ver que guardaba silencio: acércate.

—¿Qué tiene usted que mandarme, *señora*? preguntó la jóven...

—¿Qué mandarte? ¡nada! solo tenia deseos de verte.

—Pues ya estoy aquí.

—Esta es tu nueva madre, le dijo don Francisco: la obedecerás en todo, y procurarás que esté contenta: á tí, querida Agustina, te encargo que no le permitas ir, ni por un instante, á la casa de enfrente, donde ha adquirido sus humos de gran señora: que le hagas trabajar y llevar la vida modesta y retirada que le conviene: saldrá contigo y con su prima, y nada mas.

Dichas estas palabras con acento severo, don Francisco se dirigió á la puerta y desapareció.

Agustina miró á Eugenia: una amarga sonrisa de burla y de desden se hallaba fija sobre los labios de la rebelde jóven.

Durante algunos instantes, la recien casada pareció meditar: luego, como si hubiera tomado su partido, dijo á la hija de su esposo:

—Siéntate aquí junto á mí, querida Eugenia.

La jóven permaneció inmóvil.

—No temas: será por poco rato: es preciso que hablemos gravemente.

Eugenia se acercó sin dejar su risita insultante.

—Siéntate tú tambien, Felicia, añadió Agustina: quiero que me escucheis con atencion.

—¡*La señora* quiere que nos sentemos todos! observó burlonamente Eugenia: démosle gusto, prima mia, aunque, por mi parte, confieso que, si es largo el razonamiento, no voy á tener paciencia.

—He dicho ya que no será muy largo, pero es preciso, y de tí depende el abreviarlo, dijo Agustina con firmeza: escúchame.

Yo soy hija de un comerciante en telas de la calle de Toledo: es decir, de un hombre honrado, pero tosco y hábil solo en los negocios de su comercio: tú dirás,—¿y á mí que me importa todo eso?—¿no es verdad? Pero has de saber que esto te lo digo para que me conozcas desde luego y fijemos de una manera determinada la situacion.

No soy, pues, una persona fina como lo era tu madre, querida Eugenia : pero he recibido una educacion cristiana y soy incapaz de cometer una bajeza : además, yo no quiero atormentarte, ni quiero tampoco que tú me hagas sufrir ni tener en tí un

enemigo mortal, cuyos tiros podrian unos quedar embotados; pero otros me heririan y comprometerian la paz de mi casa y el reposo de mi marido, que es tu padre: ahora bien: ¿qué es lo que deseas? ¿qué plan de conducta piensas seguir? Veamos la situacion frente á frente y sepamos nuestras mutuas intenciones.

Este lenguaje firme sorprendió á Eugenia, que se quedó con los ojos bajos y no supo qué responder.

—Yo soy la esposa de tu padre, prosiguió Agustina: título que estoy orgullosa de llevar y que tiene sus derechos, que no pienso ceder: dime tú cuál es tu gusto, y veamos si todo se puede conciliar: ¿qué te propones?

—Señora, yo no tengo plan alguno, respondió Eugenia.

—Yo, sí, repuso la recien casada.

—¿Usted, sí?

—Indudablemente: aunque no tan encarnizada, esperaba hallar en tí una enemiga.

—¿Y, en consecuencia, ha formado usted su plan?

—Ciertamente.

—¿Y no podria yo conocerlo?

—Voy á explicártelo: harás dentro de casa lo que quieras ó lo que tu delicadeza te dicte: si quieres estarte ociosa todo el dia, eres dueña de hacerlo: si prefieres ayudarnos á tu prima y á mí, tanto mejor; pero si te vas á casa de esas grandes señoras vecinas, contra la voluntad de tu padre, se lo diré para evitar toda responsabilidad, así como le diré cualquiera otra cosa que hagas y te pueda comprometer ó me atraiga sus reconvenciones.

—¡Veo que es usted muy bondadosa! dijo Eugenia con una irónica sonrisa: ¿puedo ya retirarme?

—Si lo deseas, sí: Felicia y yo vamos á dar una vuelta por la casa, á fin de arreglarla á mi manera.

Eugenia se retiró; se metió en su cuarto, tomó una de las almohadas de su cama y, colocándola en un sofá, se tendió en él con la actitud estudiada que habia visto adoptar á Olimpia en un caso igual.

Agustina y Felicia empezaron á arreglar las camas, á barrer, á quitar el polvo á las cosas, á limpiar; en una palabra, toda la casa, en tanto que Juana iba á avisar que trajesen algunos muebles de casa del padre de la novia.

A las diez, la casa estaba hecha un espejo, y adornada la sala con una bonita consola y con cortinas de rico damasco carmesí.

En el comedor habia una alhacena antigua; pero de bonita hechura: algunos sillones, algunos cuadros de bastante mérito y unas banquetas para la antesala acabaron de dar á la humilde habitacion del empleado un aspecto de bienestar que jamás habia tenido.

Felicia y Juana se extasiaban ante aquellas mejoras.

—Mucho vamos ganando, dijo la criada: la señora parece buena, hacendosa como pocas, y mirará por la casa: ¿por qué es solamente la señorita Eugenia la que siente que haya venido?

—¡Ay, Juana! respondió Felicia: porque solo ella sufre el agudo dolor de verla ocupar el lugar de su madre!

IX.

Era una noche del mes de julio, algunos dias despues del matrimonio de don Francisco con Agustina.

Esta, Eugenia y Felicia se hallaban sentadas al lado del balcon tomando el fresco de la noche y aspirando el perfume de algunas macetas, cuidadas por Felicia, y que, con su agradable olor, embalsamaban el ambiente.

Agustina y Felicia hacian calceta. Eugenia, segun su costumbre, no hacia nada : habia acercado al balcon uno de los sillones, y allí se hallaba aparentando que dormia, para huir de tomar parte en la conversacion.

Felicia estaba entonces mejor vestida que antes : su tia, cuyo corazon era muy bueno, y que gustaba del carácter dulce y complaciente de la niña, no menos que de su actividad y destreza para todo, le habia comprado dos vestidos y alguna ropa blanca mas de la que tenia, transformándola así de una manera muy notable y muy ventajosa.

Aquella criatura pequeña, endeble de aspecto casi enfermizo, se habia robustecido, habia crecido durante el año y medio que llevaba de estancia en casa de su tio, y se habia hecho casi bella, ó á lo menos, habia descubierto en su rostro y en su persona gracias que nunca se habian sospechado en ella.

Sus ojos brillaban con la luz del talento : su tez pálida se habia vestido de un lindo sonrosado, y sus labios marchitos se veian teñidos de un animado carmin.

Eugenia, por el contrario, se habia ido marchitando poco á poco : la completa inaccion é inmovilidad de su vida le habian quitado el apetito : como estaba casi todo el dia dormitando, pasaba desvelada las noches, ya leyendo algunos libros nada edificantes, que le proporcionaba Olimpia, ya dando vueltas en su lecho.

Don Francisco se hallaba aquella noche y, segun su costumbre, en el café : acababan de dar las nueve en el reloj colocado en la consola de la sala, cuando sonó la campanilla de la puerta de la escalera.

Oyéronse los pasos de Juana, que iba á abrirla, y un instante despues el ruido que produce un rico traje de seda cuando arrastra por el suelo.

Una figura esbelta apareció en el umbral y, al fijar sus ojos en ella, exclamó Eugenia :

—¡Olimpia!... ¡señorita! ¡perdon!

—Querida Eugenia, ¡qué deseos tenia de verte! dijo la hija de la duquesa sin hacer maldito el caso de la señora de la casa y de Felicia.

Sentándose en seguida al lado de su amiga, prosiguió :

—¿Es que has decidido dejar nuestra amistad? ¿es que ya no quieres venir mas á casa? ¡Veinte dias sin verte! Algunos ratos te he echado de menos, porque me aburria de muerte, y esta noche me he dicho :

—Quiero saber lo que sucede á Eugenia y si ya nos ha olvidado.

—Olvidar á ustedes. ¡Ah! ¡Eso jamás!

—¿Pues por qué no vienes?

—Mi padre no quiere...

—¿Y por qué causa? ¿Acaso se cometen crímenes en mi casa? Yo pensé que debia darse por muy contento de que estuvieras algun rato en nuestra compañía : ya hemos sabido que se ha vuelto á casar: la cocinera de casa habló el otro dia con tu criada, y esta se lo dijo; pero esa es una razon mas para que te vengas con nosotros : ¡vaya, vente ahora un rato ! La verdad, creo que hablaremos mejor en mi casa que en la tuya : aquí no me siento muy bien : ¡qué poca luz! ¡qué feo y antiguo es todo!

—No está mi papá en casa, observó Eugenia, y cuando venga será ya tarde para ir.

—Vente ahora.

—Perdon, señorita, dijo Agustina : es imposible que salga de casa sin estar su padre : no cargo yo con esa responsabilidad.

—¡Ah! ¿Es usted la madrastra? preguntó Olimpia poniéndose descaradamente los lentes.

—Justamente, señorita.

—¿Y no le permite usted que se venga conmigo?

—Su padre es quien se lo prohibe.

—Sin embargo, si ella quisiera...

—No le pondria yo un puñal en el pecho para que se estuviese: tiene ya diez y siete años, y mi deber es aconsejarla, no emplear la violencia: si desoye mis consejos, se atendrá á las resultas.

—¿Y qué resultas serán esas?

—Se expondrá al enojo de su padre.

—¡Bien! esperaremos á su padre, dijo Olimpia con flema: mi madre vendrá á hablarle de este asunto importante solo con que yo la llame desde este balcon.

—Es usted muy dueña de hacerlo.

La jóven atravesó la sala, fué al balcon y llamó:

—¡Mamá! ¡mamá!

—¿Qué quieres, hija mia? preguntó desde el otro lado de la calle la voz de la duquesa.

—Pasa tan pronto como puedas.

—Está bien.

—Olimpia volvió al lado de su amiga, con la que se puso á hablar en voz baja.

Agustina, incomodada del papel que se le hacia representar, salió de la habitacion, en la que quedaron cuchicheando Eugenia con su aristocrática amiga, y Felicia trabajando en su calceta al lado del balcon.

Aquella figura modesta, casi humilde, emblema de las virtudes cándidas de una jóven, provocó al instante las burlas de la

soberbia Olimpia, que empezó á mofarse de ella en voz baja con su amiga, la cual aplaudia todas sus agudezas.

Aquel rato era el mas delicioso que, durante mucho tiempo, habia tenido Eugenia.

Aprobaba las sátiras de Olimpia, se reia de ellas, y aumentaba de su cosecha las pullas mas picantes, mirando á su inocente prima.

La pobre Felicia, tan sensible, tan impresionable, no podia hacerse superior á las burlas de que estaba siendo objeto, y que oia muy bien: hubiera perdonado á la extraña que fuese á insultarla; ¡pero á su prima!... ¡Ah! La perdonaba tambien; pero no podia menos de acusarla con amargura!

Las dos amigas se estaban divirtiendo con su peinado, con su traje y hasta con lo prosaico de su labor, cuando sonó la campanilla de nuevo y, tras de otro ruido de seda arrastrando por el suelo, apareció la duquesa.

Juana avisó á su señora, quien, enemiga de faltar á nadie, volvió á la sala.

La duquesa, por el contrario que su hija, saludó políticamente á Agustina.

—Vengo, dijo, á ver á su esposo de usted y á usted tambien, señora, para participarles un proyecto que he formado acerca de Eugenia, á la que mi hija y yo profesamos un gran afecto.

—Señora, respondió Agustina: á mi esposo es á quien toca decidir del porvenir de su hija: yo solo debo dar mi parecer, si me lo piden, y desear que sea el mas feliz.

—¿Cree usted que estaria asegurado viviendo Eugenia á mi lado y al de mi hija?

—¡Qué! ¡señora! ¿Quiere usted llevarse á Eugenia? exclamó estupefacta Agustina.

—Este es mi deseo: mi hija necesita tener en su compañía á una jóven que la distraiga y con quien poder hablar de cosas de su edad: ¿no cree usted que Eugenia estaria bien con nosotras?

—Pienso, señora, que, viviendo su padre, no debe abandonarle, y que, si lo hiciese, seria una ingrata.

—Yo creo que usted piensa así, porque no es su madre; mas espero que su padre será de otra opinion, dijo la duquesa: veremos lo que dice cuando venga.

—Aquí está ya, observó Agustina, que conocia el modo de llamar de su marido: él decidirá.

Don Francisco saludó á las dos damas, á quienes reconoció al instante, no sin un violento fruncimiento de cejas.

—Caballero, dijo la duquesa: ya sabe usted, y su difunta esposa lo sabia tambien, que queremos mucho á su hija de usted: ella ha desaparecido de nuestra casa desde que usted se ha casado por segunda vez, y, considerando que todos ganaremos en ello, vengo á proponerle que le permita vivir á nuestro lado.

El severo padre miró lleno de sorpresa á la que le hacia semejante proposicion.

—¿Y... con qué título? preguntó tras de una pausa.

—Con el de señorita de compañía, con el de amiga de mi Olimpia, respondió la duquesa.

—Bien está: que ella misma lo decida, dijo don Francisco con gran sorpresa de su hija, que no podia dar crédito á sus oidos.

—¡Yo! exclamó Eugenia: ¿yo he de decidir, papá?

—Sí, respondió este: elige entre la modesta casa de tu padre y el opulento palacio de estas damas: tú eres quien ha de decidir.

Eugenia titubeó un instante: su rostro palideció, y casi de repente se cubrió de un subido carmin, no atreviéndose á hacer ningun ademan que significase su vivo deseo de irse con la duquesa.

Su padre prosiguió:

—No puedo ofrecerte mas que una subsistencia muy modesta, y tú no te conformas con ella: aquí vives triste desde que has columbrado todas esas grandezas que yo no he visto ni deseo ver: aquí todos somos humildes y, por consiguiente, felices: solo tú eres la desdichada: solo tú sufres: pon, pues, el remedio, que está en tu mano: si antes me he enojado contigo, ahora te dejo árbitra de tu suerte: véte con esas damas: prueba! La casa de tu padre no se te cierra por eso: no puedo hacer mas por tí: no quiero que me acuses nunca de haberte impedido ser dichosa.

La tranquilidad aparente de su padre engañó á Eugenia: si esta hubiera adivinado el dolor que se encerraba en el corazon del autor de sus dias, jamás hubiera aceptado la proposicion de la duquesa; pero el padre, generoso aunque severo, tuvo bastante fuerza de voluntad para ocultar su pena bajo la apariencia de una firmeza fria.

La buena Agustina y la afectuosa Felicia miraban á Eugenia con los ojos llenos de lágrimas; pero ¿qué influencia podian ejercer las muestras de dolor de aquellas modestas y sencillas criaturas en el corazon de la altiva jóven, que solo soñaba con grandezas y palacios?

Atenta nada mas que á satisfacer su mas ardiente ambicion de penetrar en aquel mundo espléndido, que no habia hecho mas que entrever, y supuesto que su padre le daba de buen grado su consentimiento, se acercó á la duquesa y le dijo, no sin alguna alteracion en la voz:

—Estoy pronta á seguir á usted, señora.

Olimpia, en el transporte de su alegría, la abrazó olvidando su frialdad habitual.

Pero al separarse de aquellos lazos, Eugenia se halló á su lado la figura triste y profundamente afligida de su prima.

—¡Y qué! exclamó Felicia: ¡nos dejas! te vas de esta casa, de la que eras toda la alegría! ¡Ah! ¡no te alejes de nosotros!

—Ya vendré, ya vendré á veros, respondió Eugenia con voz que era cada vez mas trémula.

—Hija mia; dijo á su vez Agustina al oido de la jóven: mira que puedes arrepentirte del paso que vas á dar! ¡No dejes la casa de tu padre! ¿Tienes alguna queja de mí? Si la tienes, dímelo, y no me dejes con la pena de creer que he contribuido á que te perdamos!

—No, no, señora, respondió Eugenia: ¡no es eso! Ninguna queja tengo de usted: por el contrario, solo le debo muestras de afecto: pero déjeme usted cambiar de vida. Ya que Dios me abre otro camino, ¿por qué no lo he de seguir?

—Siempre es malo el camino que nos separa de los nuestros, observó Agustina: pero si estás decidida, véte y acortemos esta escena: á pesar de la aparente serenidad de tu padre, me da miedo su palidez.

Eugenia, que tambien sufria, se acercó á don Francisco y le abrazó en silencio, abrazó despues á su madrastra y á su prima, y salió sin pronunciar una sola palabra.

En la antesala, halló á Juana.

—¡Qué! exclamó esta : ¿se va usted?

—¡Sí! ¡Adios, Juana! dijo Eugenia llorando.

—¿Pero á qué son esas lágrimas? ¿Se va usted para no volver?

—Por ahora, sí.

—¡Santo Dios! ¡Qué oigo! ¿La sacan á usted de su casa esas señoras?

—¡Sí!

—¿Y su papá lo consiente?

—¡Sí!

—¡No, no! ¡No se vaya usted, señorita! exclamó Juana llorando: ¿por qué ha de abandonar usted esta casa, que es la suya, por otra casa ajena? ¿Quién la ha de querer á usted como nosotros? ¡Aquí, donde ha jugado de pequeñita, donde ha muerto su madre.... aquí es el sitio donde mejor puede usted hallarse! Esas señoronas no la pueden querer como á cosa propia: le darán muchos disgustos... tendrá penas... ¡ah! ¡No se vaya usted!

A este tiempo salian la duquesa y su hija, que habian estado despidiéndose de la familia, y Olimpia se aproximó á su amiga.

—¡Abrazar á una criada! ¡Qué vergüenza! dijo al verla en los brazos de Juana: vamos, anda, no sea que tu padre se arrepienta y te llame.

—¡Oiga usted! dijo Juana: sepa usted que esta criada, á quien abraza, le tiene mas cariño que el que usted le puede tener; que su madre se la encomendó á su cuidado, y que es tan honrada... ó mas, que las que arrastran sedas debiéndolas tal vez! ¡Oh! ¡Y si mi señorita no estuviera con la cabeza trastornada, no se iria con ustedes, no! ¡Puede que algun dia llore lo que va á hacer, y lo llore sin remedio!

Olimpia salió riéndose á carcajadas.

Eugenia la siguió.

La duquesa se volvió á la criada y le dijo:

—No tema usted por la suerte de Eugenia; pues, en cuanto dependa de mí, será la mas dichosa: el interés que usted manifiesta por ella la honra mucho: tome usted esta moneda de cuatro duros como su despedida.

Juana rechazó el oro con altivez.

—Señora, repuso, yo no recibo dinero mas que de mis amos:

la señorita no tiene un cuarto y no puede darme: cambie usted esa moneda en cariño para ella, y no solo me doy por contenta, sino que se lo agradeceré mas.

Juana se cubrió con el delantal los ojos llenos de lágrimas y cerró la puerta de la escalera, despues de haber dado paso á la duquesa, que seguia á su hija y á Eugenia.

Un instante despues, oyó la campanilla de la sala agitada con violencia: acudió y halló á su señor presa de una terrible convulsion nerviosa y sostenido por su esposa y por Felicia.

X.

Dejemos pasar algunos meses.

Algunas variaciones importantes ha habido en casa de don Francisco.

Es estío, y la familia, compuesta de los dos esposos, de un hermoso niño de tres meses, de Felicia y de Juana, habita ahora en una casita de Carabanchel de arriba, aportada por Agustina al matrimonio.

La casa es pequeña; pero el jardin, ó mas bien, la huerta, es extensa y está llena de verdor y de flores.

Don Francisco parece rejuvenecido: el descanso de su monótona vida de oficina, á la que, no obstante, asiste cada dia haciendo el viaje en el ómnibus, el recreo que se halla en su jardin, la compañía de su sencilla y buena esposa, y la vista de su hijo, le proporcionan una felicidad tan inmensa, que no cambiaria su suerte por la del rey mas poderoso de la tierra.

Ya en la edad madura, no dedicaba á su segunda esposa la pasion profunda que habia consagrado á la primera; pero la estimaba de veras y la queria con una ternura tranquila é inalterable.

Esto bastaba á Agustina, que era lo que el mundo llama una mujer vulgar; pero á la que se podria llamar tambien la esposa cristiana, modesta y buena.

Ella se contentaba con el cariño de su marido, y su sencilla comprension, no alcanzando los refinamientos, ó las profundidades de un amor mas hondo ó mas elevado, nada mas exigia: su mundo estaba limitado á las paredes de su casa: su única salida era á la iglesia donde daba gracias á Dios con todo el fervor de su alma por haberle dado el pan de cada dia, un esposo honrado y bueno, y un hijo hermoso, que hacia sus delicias.

En sus modestos haberes, la caridad tenia una gran parte: daba mucho á los pobres y con mas alegría que otras mujeres de su edad se compran una gala ó una joya.

Verdad es que ella procuraba mas por las buenas verduras, que por las hermosas flores de la huerta; que no leia mas que en su libro de oraciones ó en el Año cristiano; que hallaba mas placer en cuidar sus pollos y gallinas que en contemplar un pintoresco paisaje; pero si carecia de la poesía exterior y de la delicada elegancia de las formas, en cambio tenia la incomparable poesía de la virtud y las excelentes formas de la bondad.

La poesía de aquel tranquilo hogar estaba depositada en las manos de Felicia: de Felicia, que, sin ser bonita, era una de las mas graciosas y amables criaturas que se puede imaginar.

Habia crecido: su tez se habia ennoblecido con el suave sonrosado de la salud: sus ojos brillaban con la doble y hermosa luz de la ternura y del talento: su boca de rosa y perlas tenia una forma delicada y caprichosa: sus movimientos eran elegantes y graciosos: una nueva vida parecia haberse repartido en todo su ser, y, en efecto, un sentimiento poderoso y profundo le llenaba.

¡Felicia amaba!

Víctor Herrera tenia las primicias de aquel puro amor de diez y seis años: convidado por don Francisco á ir á ver la casita de Carabanchel y detenido en ella á comer por la buena y amable Agustina siempre que iba, habia hecho palpitar el corazon de la inocente huérfana y la habia hecho soñar en las dulzuras de su compañía.

El jóven, por su parte, no habia podido resistir al encanto de una intimidad naciente con aquella graciosa niña: faltaba Eugenia, que con su belleza habia hecho en su alma jóven y entusiasta una sensacion profunda; pero quedaba Felicia para animar la soledad del desierto: bien pronto la violeta no dejó lugar á que se echara de menos la soberbia rosa.

Agustina, aunque dotada de escasa dosis de eso que llamamos talento, tenia muy buen sentido comun, y no tardó en apercibirse de lo que sucedia: dijo acerca del asunto algunas palabras á Felicia y esta bajó la cabeza poniéndose muy colorada.

—Pero, hija, ¿es algun pecado para que te avergüences así? le preguntó tomándole lo mano: la mujer no tiene mas que dos carreras: monja ó casada: si te has de casar, has de tener novio!

—Tia mia, el señor Herrera no es novio mio.

—Pero se prepara á serlo.

—¿Quién sabe? ¡A él le agradaba tanto Eugenia!

Este nombre arrojó como una nube de tristeza sobre la frente de Agustina.

—¡Eugenia! repitió: no se acuerda de nosotros, ni conoce á su hermanito. ¡Nunca la hubiera creido tan ingrata!

—Ahora está tan preocupada con los preparativos de su boda, tia mia, que no debe extrañarte...

—¿Y antes de ahora?... ¡Solo ha venido á vernos dos veces en tanto tiempo!...

—Quién sabe, tia mia, si esas señoras temerán que se vuelva con nosotros y deje su compañía, y por eso...

Víctor iba á Carabanchel cada semana una vez al principio: despues, dos, y concluyó por ir todos los dias.

Hijo de una familia rica, y que sabiendo la brillantez con que seguia sus estudios no le escaseaba el dinero, habia tenido fáciles goces que le habian ocupado, y de los que podia haberle distraido el amor de Eugenia.

Su vida habia sido la de todos los jóvenes de su edad: un tanto disipada; pero aquella dulce y bella imágen no se apartaba de su pensamiento, y cada vez que la veia en alguno de los teatros á que asistia, vestida con elegancia, mas bella que nunca, y repartiendo sonrisas y miradas á los jóvenes, su corazon quedaba opreso durante muchos dias por tan violenta tristeza, que en nada hallaba tranquilidad ó alegría.

—Todo eso, se decia amargamente, todo eso y mas le hubiera dado yo, y hubiera podido poseerlo sin deberlo á la limosna de esas gentes altaneras: ¡ah! ¡con cuánto afan hubiera yo trabajado para ella! ¡Para ella, mi primero y único amor! ¡Para ella, á la que, desde niño, casi elevé un altar en mi alma!

Despues de ver á Eugenia, Víctor sentia un melancólico placer en acercarse á su familia para hablar de ella: don Francisco, tan contento con su suerte de ordinario, se entristecia de una manera tan visible como penosa al pensar en su hija; pero Víctor hablaba con Felicia, y esta parecia complacerse en consolar al jóven, hablándole de aquella cuya ausencia era ella la primera en deplorar.

De esta suerte se estableció entre ambos jóvenes una especie de dulce intimidad.

Víctor contemplaba con un secreto placer aquel lindo rostro, que con su mirada se vestia de un rayo de felicidad: la misma Felicia, ingenua y tierna niña, ignoraba lo que expresaban sus facciones; pero Víctor, con mas años y mas experiencia, leia en aquel rostro como en un libro abierto.

Nada hay que encierre mas atractivos para una alma generosa que el interés y cariño que esta inspira. Víctor pagó bien pronto con la suya la dulce adhesion de la huérfana, y se dedicó con el mayor placer á ilustrar la cándida ignorancia de esta con ideas sólidas y fijas acerca de todas las cosas de la vida.

—¡Qué hermosa es el alma de una adolescente, cuando se abre al amor y á la felicidad!

Semejante al jóven rosal que despliega todos sus capullos á las auras de mayo, deja escapar mil perfumes inapreciables. La fé, el entusiasmo, la alegría rebosan en ella é iluminan todo lo que la rodea de una luz clara como la del sol, y á la par suave como la de la luna!

Tal se abría el alma de la infeliz huérfana al soplo de la felicidad: la venturosa y modesta union de su tio le hacia presentir las muchas y nuevas bellezas que debia encerrar otra union en la que se mezclasen mas ilusiones y mas poesía del alma, mas inteligencia y mas juventud.

Dos meses despues de frecuentar la casita de Carabanchel, vió Víctor una vez á Eugenia que iba en carretela con la duquesa: con gran sorpresa suya, su corazon no latió como hasta entonces, ni experimentó ninguna sensacion penosa.

Su amor hácia ella habia muerto.

Una sombra negra habia en el alma de don Francisco: á pesar de su apariencia alegre y feliz, la memoria de su hija no se separaba de su pensamiento.

Cierto era que Eugenia habia ido á verle dos veces; pero era tanta la frialdad que se advirtió en su fisonomía, y tanta la alegría que manifestó al subir al coche para marcharse, que decian bien claro que la jóven no se hallaba en su centro en la casa de su padre, y que su imaginacion estaba en otro sitio.

Una tarde fué Víctor á Carabanchel y se encontró solo á don Francisco en el jardin.

Despues de cambiar los primeros saludos y algunas palabras indiferentes, la fisonomía del jóven se recogió de repente y pareció ocupada su imaginacion con una idea grave.

A través de los árboles del jardin, se oian las risas del niño, á quien su madre paseaba enseñándole los pajaritos y las mariposas: veíase tambien el blanco traje de Felicia, que andaba cogiendo flores para hacer los dos ramos que habitualmente adornaban el salon.

—Amigo mio, dijo Víctor á don Francisco: veo ahora una buena ocasion para hablar á usted de un proyecto que desde hace tiempo me ocupa.

El padre de Eugenia volvió á mirar al jóven un poco sorprendido y le animó con un gesto á continuar.

—¡Yo amaba á Eugenia, prosiguió Víctor, y casándome con ella hubiera sido dichoso!

—¡Y yo tambien! dijo el padre con tristeza é inclinando la frente.

—¡Dios, ó ella quizá, no lo ha querido! continuó el jóven: yo la amaba con toda mi alma, y solo por hablar de ella venia á ver á ustedes: pero á la vez iba comprendiendo lo que valia Felicia, y si no con la pasion que á Eugenia, comprendo que la amo lo bastante para hacerla feliz y serlo yo tambien.

Don Francisco tomó la mano del jóven, y la estrechó con afecto.

—¡Mi hija hubiera sido muy dichosa con usted! le contestó, y mi sobrina lo será tambien. ¡Ojalá que hubiera yo podido llamarme su padre!

—¿Me dará usted, pues, la mano de Felicia? preguntó Víctor.

—Sin vacilar, así que acabe usted su carrera.

Dichas estas palabras, don Francisco se volvió é hizo una seña para que se acercase á su sobrina, que andaba por un sendero próximo.

Venia la jóven con las mejillas animadas y los ojos alegres: realmente estaba muy bonita, y Víctor la miró con un entusiasmo que la hizo ruborizar.

—Felicia, le dijo su tio: Víctor acaba de pedirme tu mano y yo se la he concedido: ¿qué dices tŭ de esta determinacion?

La huérfana bajó la cabeza y se puso muy colorada, no sabiendo qué contestar.

—Hable usted, dijo Víctor: querida Felicia, ¿seria usted dichosa á mi lado?

—Sí, señor, respondió la jóven bajando de nuevo la cabeza; pero un instante despues, como recobrada de su turbacion, echó á correr y volvió á reunirse con su tia.

XI.

El verano tocaba á su fin, y ya don Francisco y su familia pensaban regresar á Madrid.

Los árboles se iban quedando desnudos de hojas.

Las flores habian terminado su corta vida.

Una mañana llegó el cartero y dejó una carta para don Francisco, cuya letra hizo palpitar aceleradamente su corazon.

Era de su hija.

La familia se hallaba en la mesa y acabando de almorzar.

—Es de Eugenia, dijo don Francisco.

—Veamos lo que dice, pidió Agustina.

Su esposo abrió la carta, la leyó para sí, y perdió el color.

Pero en vano Agustina le instó para que revelase su contenido : don Francisco guardó en el bolsillo la misiva, y respondió bruscamente á las miradas suplicantes de su esposa y de su sobrina :

—Ya sabréis lo que sucede : ahora me voy : nada me pregunteis, porque nada os puedo decir.

Dichas estas frases, don Francisco entró en su cuarto, se vistió y salió para tomar el ómnibus que diariamente le conducia á Madrid.

Echemos nosotros una mirada á casa de la duquesa, donde se hallaba Eugenia, y conoceremos el contenido de la carta que dirigió á su padre.

El móvil principal que impulsaba á la jóven á ir á casa de la duquesa era un vehemente deseo de ver al duque de Lierne, que parecia sentir hácia ella una viva inclinacion.

Ya creemos haber dicho que aquel jóven *lion* estaba dotado de una figura encantadora.

Hijo de una viuda, que le adoraba, se habia dedicado á disfrutar plenamente de todas las ventajas que ofrecen reunidos el nacimiento y la fortuna.

Sin embargo, en el mundo no era aquel jóven mas que dos cosas : duque y elegante : su madre, señora de escasísimos alcances, habia pensado que con la primera le bastaba y que, teniendo las dos reunidas, debia excitar la admiracion de todos los hombres y la adoracion de todas las mujeres.

Gracias á esto, el duquesito era dominante é imperioso como

pocos : despreciaba á todos y solo habia una clase en la sociedad á la que concediese alguna atencion : á las mujeres bonitas.

Las señoras de edad ya avanzada, y aun las que pasaban de veinticinco años, eran víctimas de las impertinencias, de los sarcasmos y de las groseras burlas del duque : así es que no tenia entre ellas grandes simpatías.

A la llegada de Paris de Olimpia, se dedicó á ella por ser lo que en Madrid habia mas de moda.

La encontró bonita y bastante superficial para admirarle : la encontró tambien elegante y, sobre todo, muy rica, que era lo que le convenia para casarse.

Por supuesto, que el jóven duque pensaba hacer caso omiso de su mujer, cuando la tuviera, y que solo deseaba la mas rica, fuese mas ó menos linda ; pero Olimpia lo era bastante para lisonjear su amor propio, y se dijo que reunia todas las ventajas y que *merecia* ser su esposa.

Mas ¡ay! habia contado sin la madre de su elegida!

La duquesa profesaba al jóven fatuo una antipatía tan profunda desde el instante en que comprendió que queria ser su yerno, que de buena gana le hubiera echado á la calle, á no haber temido mucho enojar á su madre, que era bastante mala para enemiga.

A pesar de esta consideracion, el peligro era eminente : el duque, incapaz de guardar ninguna consideracion á la altiva dama, creia del deber de Olimpia que sufriese todas las reconvenciones de su madre y que se empeñase en una lucha, tan culpable como dolorosa, con la que le habia dado el ser.

Un dia que, segun costumbre, Olimpia habia salido en carruaje con su doncella bajo el pretexto de hacer algunas compras, pero en realidad para ir á una cita que tenia con el duque en

casa de la madre de su misma doncella, le halló al llegar, cosa que casi nunca sucedia, que era siempre Olimpia la que tenia que esperarle.

—Querida mia, le dijo: he discurrido un medio para engañar á tu mamá y que me deje verte cuando vaya á tu casa.

—¡Un medio! repitió Olimpia: ¡ah! Veamos, veamos cuál es!

—Ya sabes que mi madre no quiere que me case hasta que haya cumplido veinte y seis años.

—¿Y bien?

—Sufrir á la tuya durante los dos años que me faltan para cumplir esa edad, me es de todo punto imposible: dejar de verte, me seria muy penoso.

—¡Yo moriria! exclamó Olimpia.

—Dejémonos de frases trágicas, amada mia: yo no moriria, ni tú tampoco; pero tú sufririas por no poderme ver y yo rabiaria al considerar que tu madre se salia con la suya, como suele decirse: así, pues, he pensado en esa chica que teneis en casa.

—¿En Eugenia?

—Justamente: aunque yo tenga todos los defectos que tu madre me atribuye, no me rehusará para ella, que es una infeliz recogida en tu casa por caridad: así, pues, voy á hacerle el amor, á fin de lograr, con ese pretexto, verte á todas horas.

Olimpia quedó silenciosa por algunos instantes: luego dejó escapar entre un suspiro estas palabras:

—¡Pobre Eugenia!

—¿Qué pobre? ¿No se empeña en hacer la gran señora? No ha dejado á su padre y su casa por la holganza y el fausto de la tuya? Pues ya debe saber que ese no es su sitio y que no hace nada de mas prestándote el servicio que me he propuesto.

—¡Gustavo, eres cruel! dijo Olimpia.

—¡Qué disparate!

—Luego, tengo miedo de una cosa.

—¿De qué?

—Eugenia es muy bonita.

—No lo niego.

—Mas bonita que yo quizá.

—Y sin quizá : esto no es decir que no me gustes tú mas, pero ella es muy linda.

—Por lo mismo, tu proyecto es muy peligroso...

—¿Pues qué temes?

—Que te enamores de Eugenia.

—No hay cuidado : las mujeres de baja estofa no son mujeres para mí : Eugenia será... una especie de pantalla y nada mas.

Al dia siguiente, el duque empezó, en efecto, la farsa convenida : ya hacia tiempo que le dirigia miradas de amor y frases galantes á hurtadillas de Olimpia : júzguese, pues, de la alegría con que vió la jóven que el duque se dirigia á ella á la vista de todos y sin rebozo alguno.

La misma duquesa no podia dar crédito á sus ojos.

¡El duque, tan vanidoso, dedicarse á Eugenia!

Esto parecia imposible ; pero no debia serlo cuando todos hablaban de aquel extraño acontecimiento.

Esta admiracion general probaba, mas que nada, la falsa posicion de Eugenia en el gran mundo.

Sabian todos de quién era hija, que habia preferido aquella casa opulenta á la modesta de su padre, y que su vanidad era mayor que todos los sentimientos tiernos del corazon de la mujer.

Así es que muchas amigas de la duquesa la trataban con frialdad extrema, indignadas de que quisiera llegar hasta ellas, y la

pobre Eugenia tuvo que sufrir y devorar en silencio no pocos desaires.

Sin embargo, la ambiciosa jóven sufria, si no contenta, al menos resignada, todos aquellos pequeños dolores, y se consolaba con demostrar á sus enemigas una fria y despreciativa impasibilidad que oponia á todos los desaires, á todas las frases picantes y de doble sentido.

Algunas veces se habia quejado á la duquesa; pero esta se habia encogido de hombros, riéndose de semejantes niñerías que tanto hacian sufrir á la jóven.

—Hija mia, le dijo un dia que la vió mas afligida que nunca: en tu mano está evitar que te desprecien.

—¡En mi mano, señora!

—Ciertamente.

—¡Y qué he de hacer?

—No bajes al salon: elige otra posicion mas humilde: yo no te la prescribo; pero te aconsejo que te acojas á ella: esas damas se irritan porque eres mas linda y te vistes con mas elegancia que sus hijas.

—Sin embargo, señora, mis haberes son cortos! observó Eugenia con una especie de dolorosa indignacion, pues la duquesa le daba muy poco cada mes para sus gastos de guardaropa y tocador, que ella tenia por muy mezquinos.

Esta contestacion fué muy imprudente, y la jóven lo comprendió así al ver fruncirse las negras cejas de su protectora.

—Ya sé que no te doy mucho, querida, le dijo la altiva dama con una sonrisita muy fina, pero muy amenazadora; no obstante, como tú tienes habilidad para vestirte demasiado bien con esa suma, desde hoy te la suprimo.

—¡Perdon, señora! murmuró Eugenia roja de vergüenza.

—Nada tengo que perdonarte, querida mia: yo soy la que tiene la culpa de lo que sucede: te he hecho daño al quererte elevar demasiado; pero aun hay remedio: en adelante, solo llevarás los trajes que dejemos mi hija y yo.

Estas palabras fueron un puñal para la altiva jóven: la duquesa salió dejándola sola, y ella corrió á su cuarto para llorar aquel nuevo pesar, mas grande y mas amargo que todos los que le habia impuesto la vanidad de aquellas señoras detestadas.

—¡Ah! se dijo: ¿qué es lo que he hecho? ¿por qué dejé la casa de mi padre? ¿No me convenia mas haber sufrido á mi madrastra, que á todas estas madrastras tan crueles? Pero volvamos á ella, que aun es tiempo: nadie puede obligarme á estar aquí: me arrojaré á los piés de mi padre, le diré lo que me sucede y me perdonará abriéndome sus brazos.

La imágen del duque se presentó entonces á su mente, y la hizo volverse á sentar apagando su generoso impulso de volver al lado de los suyos.

—¡No! pensó: no, jamás! Además del rubor de la confesion de mi engaño y de mis humillaciones, dejaré de verle! A él, que me ama, que es la única persona que se interesa por mí! Que tal vez piensa en casarse conmigo! ¡Casarse conmigo! ¡Oh, entonces, qué amargo golpe para todas esas mujeres que me desprecian! ¡Qué horrible venganza! Yo, duquesa! Esta sola idea me da el valor que necesito para sufrir y para esperar!

Eugenia se quedó en casa de la duquesa.

Pocos dias despues fué cuando el duque se sentó á su lado en plena tertulia, y se dedicó á hablarle durante toda la noche con gran asiduidad.

Las damas se miraron asombradas.

Eugenia las contempló á su vez triunfante: una sonrisa bri-

llaba sobre sus labios : una sonrisa terrible, la de la venganza satisfecha.

La misma duquesa, que rehusaba al duque para esposo de su hija, casi envidió la fortuna de Eugenia : la sola atencion de aquel príncipe de la moda la elevaba infinitamente mas de lo que á su juicio merecia.

Eugenia gozó aquella noche todas las delicias del cielo, ó mejor dicho, del infierno.

Sus ojos brillaban con un fuego extraño: parecian desafiar á todas sus enemigas y querer devolver todas sus injurias y todos los ultrajes moralès con que la habian abrumado.

¡Pobre Eugenia! Cegada por la vanidad, huia de la dulce paz de su hogar, del protector cariño de su padre, y se arrojaba en los brazos de aquella sociedad frívola y cruel, que no podia darle nada de lo que le arrebataba.

Eugenia era buena, paciente, y habia sido educada por su excelente madre en sólidos sentimientos religiosos ; pero aquella madre, que sabia herir con santa delicadeza las fibras de su alma; aquella madre que cultivaba sus buenos impulsos con el cuidado y el amor con que se cultiva una maceta de olorosas y tiernas flores, le habia faltado cuando le era mas necesaria.

No era la débil Felicia ni el severo padre quienes podian regular el carácter fantástico y un tanto caprichoso de aquella jóven : su madrastra, aunque buena y ejemplar, le era inferior en condicion, en educacion y en modales : así, pues, solo la desgracia debia enseñar á Eugenia : solo la sociedad, que tanto amaba, debia darle el golpe mas cruel, el mas amargo desengaño.

El duque empleaba con ella todos los refinamientos de la pasion mas verdadera : aquel corazon de cieno se ocultaba bajo las

mas seductoras formas y las mas engañosas apariencias.

Eugenia bebió, á grandes sorbos, aquel veneno que trasternaba su cerebro: el duque era su primer amor, y ¡cuán acompañado de ilusiones viene siempre el amor primero!

Muchas veces olvidaba hasta las quimeras embriagadoras de la vanidad: olvidaba que iba á ser duquesa, que iba á tener caballos, carruajes, palco en los teatros, joyas y ricas galas: pensaba solo en que iba á vivir al lado de aquel hombre tierno, delicado, y de una belleza que le parecia la mas perfecta de todos los mortales.

Una noche, la duquesa se quejó de un violento dolor de cabeza: al dia siguiente, no pudo levantarse: se llamó al médico, y dijo que su estado era grave y que lo que tenia la paciente era un ataque al cerebro.

Olimpia se asustó mucho: el duque olvidó algun tanto su papel de amante de Eugenia y fué á consolarla; pero á la pobre jóven le pareció aquello lo mas natural.

El estado de la duquesa se agravó de manera que, á las veinte y cuatro horas de haberse sentido enferma, hubo que administrarle los sacramentos.

El médico decia bien, con su ademan triste, que no habia ninguna esperanza de salvacion: la enferma lo conoció tambien y abrazó á su hija tiernamente sin poder pronunciar mas que algunas frases entrecortadas: en fin, al amanecer, la duquesa cerró sus ojos para siempre.

Olimpia se entregó á una desesperacion profunda: á los diez y nueve años, el alma es débil para soportar con valor los grandes infortunios.

El duque no se separó de su lado: Olimpia quedaba en libertad de casarse con él, heredera del título de duquesa, é inmensamente rica.

Aquella asiduidad chocó dolorosamente á Eugenia: el duque podia tener interés por su amiga; pero si la amaba á ella, como se lo habia hecho creer, aquel interés debia tener sus límites.

Eugenia observó, comparó y tembló.

El velo caia de sus ojos; los del duque se fijaban en su amiga con la misma tierna expresion que la habian mirado á ella: ¡ella habia sido nada mas que un pretexto, una pantalla!

Sin embargo, no quiso rendirse mas que á la conviccion: cuando vemos desvanecerse nuestras ilusiones, no queremos creer en la enormidad del mal y nos asimos á la mas leve esperanza.

Tres dias despues de la muerte de la duquesa, uno de sus antiguos amigos escribió á una prima lejana de la difunta que debia ser la tutora de Olimpia hasta la mayor edad de esta.

Era la baronesa D... mujer de cuarenta años, pero que tenia la pretension de que solo aparentaba veintiocho, coqueta, superficial y que en su vida habia visto á la que iba á ser su pupila.

El primer cuidado de la jóven huérfana fué despedir á todos sus maestros, excepto el de música: á pesar de que hacia largo tiempo que no adelantaba nada, la duquesa se habia empeñado en conservarlos, porque le parecia, y con razon, que, no obstante su estancia en Paris, la educacion de su hija, en punto á habilidades, era muy incompleta.

Además, como la duquesa era muy caritativa, tenia una particular predileccion por el maestro de música, que era un jóven pobre y modesto, de gran mérito, pero muy desconocido en el mundo artístico.

En vano le habia presentado ella en algunos salones para que acompañase á su hija. Claudio Ledesma llenaba modestamente su cometido, y se sentaba despues en el rincon mas separado del salon.

La duquesa le estimaba y resistia á las pullas de sus amigas, que se reian de tan humilde profesor y le negaban todo mérito, ó al menos, el mérito principal de los salones, que consiste en la osadía y el charlatanismo; pero aquella mujer que, en medio de las debilidades de su amor maternal, tenia un corazon noble y hermoso, conocia perfectamente lo que valia el profesor de piano, á pesar de su modestia y casi humilde aspecto.

Olimpia le conservó como un homenaje á la memoria de su madre: resuelta á casarse, creia que así compensaba en algun modo su desobediencia, pues ya es sabido que la duquesa no tenia afecto alguno al duque, ni le agradaba para esposo de su hija.

Claudio, desde el dia en que se agravó el estado de la duquesa, iba todos los dias á su casa, y Eugenia le recibia: se informaba de la situacion de la enferma, y despues de algunos instantes de visita se marchaba.

Desde el dia despues de su muerte, iba tambien; pero dejaba una tarjeta en el recibimiento y firmaba en la lista que se hallaba en la puerta de la habitacion.

Eugenia le perdió de vista durante algunos dias.

Cinco ó seis despues de la muerte de la duquesa, el duque habia pasado toda la tarde al lado de Olimpia. Eugenia habia entrado en la habitacion dos ó tres veces y, por fin, se habia sentado junto á la ventana con un bordado en la mano.

Los celos la ahogaban.

Su corazon parecia oprimido por una mano de hierro.

Una nube de sangre pasaba por delante de sus ojos.

Se le hacia traicion, y ella no podia dudarlo.

Pensaba que acaso la compasion habia llevado al duque al

camino del amor, y que la orfandad de Olimpia le interesaba; pero al ver á esta bella, delicada, y, aunque de luto, vestida con una espléndida sencillez, nuevas nubes negras se amontonaban en su corazon.

—Si ella es ahora huérfana y vive sola, pensaba, yo me veo sola tambien y lejos de mi padre!

Pero aquel pensamiento era ahogado por la voz de su conciencia que le respondia:

—¡Tú estás sola porque quieres! tu soledad es voluntaria! No esperes paz en la tierra sino en el seno de los tuyos.

Olimpia, incómoda con la presencia de Eugenia, la envió con distintos pretextos á otras habitaciones; pero viendo que al momento volvia, acabó por decirle claramente:

—Querida Eugenia, deseo estar sola con el duque.

—¡Sola con él! repitió Eugenia con una especie de extravío: eso, amiga mia, me parece que no es muy conveniente.

—Podrá no serlo, repuso Olimpia; pero es mi gusto: ahora ya soy el ama de mi casa y, desgraciadamente, dueña absoluta de mi volutad.

Eugenia empezaba á ver claro: su dolor fué tan violento, que la hizo palidecer y cerrar los ojos: cuando los abrió, se halló con la burlona mirada del duque, que se fijaba en ella sin piedad.

—¡Caballero, exclamó saltando de su asiento, usted no debia estar aquí!

—A fe mia, repuso el duque, que en ninguna parte podia hallarme mas á gusto.

Olimpia, fria y egoista como todas las jóvenes mimadas con exceso, no era, sin embargo, malvada: el dolor que se pintaba en el semblante trastornado de Eugenia la conmovió, y dijo tomándole la mano:

—Ven aquí, siéntate á mi lado y escúchame.

Eugenia se sentó maquinalmente : temblaba de lo que iba á oir : su corazon estaba lleno de lágrimas : la evidencia le pesaba como un manto de plomo ; y, sin embargo, no podia rebelarse contra ella.

—Querida mia, dijo Olimpia con acento cariñoso, pero firme ; hasta hoy has sido víctima de un engaño : yo debo estarte agradecida mientras viva; pues, gracias á tí, mi pobre mamá no comprendió la inteligencia que mediaba entre el duque y yo : este se fingió prendado de tí por pasatiempo y para engañar á mi madre : nada mas.

Eugenia dejó escapar un grito y quedó pálida como un cadáver : luego se cubrió los ojos con las manos y exclamó :

—¡Oh, infamia, infamia!

El duque se echó á reir : Olimpia tomó de nuevo la mano de su amiga y dijo :

—Cálmate : espero que tu vanidad, y no tu corazon, será lastimado con lo que te digo ; pero ni tu vanidad puede haber abrigado grandes esperanzas tampoco : no es lo probable que pensaras tú, hija de una humilde familia y acogida por mi madre que quiso hacer una obra de caridad, no es verosímil, digo, que pensaras en casarte con el duque de Lierne : veamos si hay alguna otra persona que yo conozca y que tú puedas admitir : en ese caso, te dotaré.

—¡Basta! gritó Eugenia : basta, señorita : no quiero ni su dote de usted ni su proteccion! Aunque de familia humilde, como dice, para nada necesito ni he necesitado nunca sus favores : para nada me hacia falta su caridad : ¡yo renuncio á unos y á otra!

Eugenia se enjugó las lágrimas que bañaban sus mejillas, y, volviéndose al duque, prosiguió :

—Por lo que toca á usted, es un infame que desprecio.

—¡Eugenia! gritó Olimpia: ¿te olvidas de quién eres y de quién soy?

—¿A qué alterarse? dijo el duque riéndose con flema: las injurias de esta gente entran por un oido y salen por otro, no mereciendo, por lo tanto, ni tomarse en cuenta: niña, que se le pase á usted el enojo, y piense no remontar tanto su pensamiento, porque puede ser muy fatal la caida: no ha de faltar á usted con quien casarse: ahí está, si no, el maestro de música.

Eugenia miró con una ojeada de desprecio al duque, y se encaminó á la puerta; pero, antes de salir, se volvió á Olimpia y le dijo con acento grave y profundamente conmovido:

—La perdono á usted, porque no me ha comprendido y me ha juzgado mal; y le suplico, porque su felicidad me interesa, que no se case con ese hombre: ¡oh, sí, señorita! prosiguió la pobre Eugenia animándose gradualmente: ¡oiga usted mi voz! ¡oiga usted mi consejo! ¡No se case usted con ese hombre, porque será usted muy infeliz!

Olimpia respondió con una sonrisa de lástima, y el duque con una carcajada.

La pobre jóven, abrumada de dolor y de vergüenza, salió de la estancia, subió á su cuarto y se dejó caer de rodillas delante de un crucifijo que se hallaba á la cabecera de su lecho.

—¡Perdon, Dios mio! exclamó: tú me castigas por mi ingratitud, por mi culpable vanidad! ¡Yo acepto esta expiacion! ¡Yo bendigo tu justicia y adoro tus decretos soberanos!

Despues de haber rezado algun tiempo, se levantó mas tranquila, se dirigió á un velador colocado en el centro del aposento, que tenia recado de escribir, y trazó las siguientes líneas:

«Mi bueno y querido papá: La señora duquesa se ha muer-

»to hace cinco dias: se espera á la tutora de su hija: yo, muerta »aquella excelente señora, estoy aquí muy triste y me siento »muy desgraciada: deseo volver al lado de usted, y le suplico »que venga á buscarme.»

Despues de firmar, cerró Eugenia esta carta y bajó para encargar á un criado que la pusiera en el correo.

Al cruzar la antecámara, se halló con Claudio que salia de ella despues de dejar su diaria tarjeta, y que la saludó respetuosamente: al ver la palidez de la jóven se detuvo el maestro de música y le preguntó:

—¿Está usted indispuesta, señorita?

—Un poco, respondió Eugenia.

—¿Quiere usted algo para su padre?

—¿Por qué me pregunta usted eso? dijo Eugenia sorprendida.

—Tengo que ir hoy á Carabanchel.

—¡Ah! ¿Habita allí alguna linda jóven amiga de usted?

—No, señora, repuso sencillamente el maestro de música: no tengo amigas jóvenes y bonitas: habita allí la buena mujer que me ha criado y me dió el apellido de su esposo y de sus hijos.

—¡Cómo! ¿Es usted acaso!...

—Expósito, señorita: no me da rubor confesárselo á usted.

—¿Y por qué?

—Porque no pertenece usted á ese gran mundo que quizá me despreciaria: ¡ah! ¡Le temo tanto!

—Es, en efecto, muy temible, repuso Eugenia con amargura: yo puedo asegurarlo como nadie!

—¿Qué dice usted?

—¡Perdon, amigo mio! dijo Eugenia enjugando una lágrima que brotaba de sus ojos: yo le estoy quizá deteniendo y molestando con el espectáculo de mis penas: usted tendrá que hacer... adios!

—¡Usted llora! exclamó Claudio: ¿por qué? ¿qué le ha sucedido? ¡Ah, señorita! si supiera usted el interés que me inspira!

—¿Por qué?

—Porque está usted sola entre esta gente, de la que, como ya le he dicho, no tengo buena opinion: sin padres, sin parientes, sin amigos, sus penas deben quedar sin el consuelo de ser comunicadas, pobre niña: el que siempre ha sido feliz no comprende los pesares de los demás, pero el que ha sufrido mucho los comprende y los compadece!

Los ojos del maestro de música, al hablar así, decian mas que sus palabras, y su acento era tierno y apasionado: Eugenia le miró asombrada, pues le parecia otro hombre distinto del modesto y silencioso que hasta entonces habia conocido.

—Perdone usted, le dijo, que no le revele por ahora la causa de mi pena: el principal motivo de ella es que he sido la víctima de un odioso engaño: que he perdido todas mis creencias en la amistad y en la nobleza del corazon! Para hablar largamente con usted necesitaba mas espacio y mas reposo, y yo sentiria mucho que nos viesen aquí, porque seria dar visos de verdad á una indigna broma de que he sido blanco.

—Y en la que va tambien envuelto mi nombre, ¿no es verdad?

—¿Cómo lo sabe usted?

—Lo adivino: aquí no habia mas que un corazon noble y ya descansa en el seno de Dios: quizá la persona que ahora ha quedado siendo la señora de esta casa ha inventado alguna historia para desembarazarse de usted y de mí.

—De mí sola.

—Y de mí se va á ver libre tambien: hoy venia á despedirme.

—¿Qué dice usted?

—Que hoy es el último dia que vengo á esta casa.

—¡Ah! exclamó Eugenia: deje usted pasar algun tiempo! En esta carta le digo á mi padre que venga á buscarme! No se vaya usted al mismo tiempo que yo: eso seria dar motivo á mil comentarios.

—¡Bien está! esperaré algunos dias para despedirme.

—¿Quiere usted encargarse de llevar esta carta al correo? No me atrevo á confiarla á ningun criado de la casa.

—Démela usted y, si usted quiere, la entregaré á su señor padre en propia mano.

—¡No, no! dijo Eugenia: mi padre es severo y no tiene buena opinion de mí: si en vez de los cabellos negros los tuviera usted blancos, aceptaria su oferta sin vacilar: no siendo así, no me atrevo: no haga usted mas que echarla en el buzon del correo.

—Cumpliré el encargo de usted, señorita.

—Ahora adios, señor Ledesma, dijo Eugenia tendiendo al jóven su mano: sea usted dichoso.

—¡Qué! exclamó el maestro: ¿no he de volver á ver á usted mas?

—No es fácil.

—¡Ah! ¡no! ¡Es imposible que yo pierda toda esperanza! repuso Claudio: indíqueme usted un medio.

—No hallo ninguno.

—¡Pues yo le buscaré! ¡Me es preciso!

—¿Tanto empeño tiene usted en verme? preguntó Eugenia con una sonrisa melancólica.

Claudio pareció recogerse un instante: por sus ojos pasaron en pocos minutos algunas ráfagas de luz: sus facciones adquirieron una expresion grave y llena de nobleza: en aquel rostro,

YO LA AMABA Á USTED Y LA AMABA SIN SABERLO.

PUBLIC LIBRARY

que nada tenia de notable, apareció de repente una belleza verdadera.

—Señorita, dijo al cabo á Eugenia: nunca, á no haber visto á usted hoy afligida, hubiera salido de mis labios la confesion que voy á hacerle: la tenia por altanera, por hija casi ingrata, puesto que dejaba á su padre por irse á vivir con los extraños: luego supe que tenia madrastra; y ya me expliqué mejor su conducta.

—¡Mi madrastra es un ángel! interrumpió Eugenia: no tengo por qué quejarme de ella.

—Aunque hubiera sido lo que generalmente son todas, señorita, el deber de usted era sufrirla: así me lo decia yo: y, sin embargo, un sentimiento grande se iba apoderando de mi corazon: yo amaba á usted, y la amaba sin saberlo!

—¡Qué oigo! exclamó Eugenia.

—Amaba á usted sin ninguna esperanza; porque yo, pobre expósito sin fortuna, no podia esperar que me correspondiese usted cuando la creia dominada por la vanidad; cuando estaba seguro de que le preparaban una alianza brillante: así, pues, si la duquesa hubiera vivido, si hubiera seguido usted protegida y feliz, mi secreto hubiera muerto conmigo: pero, al verla abatida y quizá desdeñada por las gentes de esta casa, creo que no la ofendo al decirle que tiene en mí un corazon adicto y cariñoso.

—¡Qué atrevimiento da la desgracia! pensó Eugenia, en tanto que una expresion de frialdad se extendia sobre su rostro: este hombre tiene razon: jamás se hubiera atrevido á hablarme así, á no verme tan afligida.

—Observo, dijo Claudio con melancólica dignidad, que mis palabras han ofendido á usted, y lo siento: sin embargo, no me pesa de haber descubierto á usted el estado de mi alma: no es

un crímen amar, y usted no me culpará porque la ame : ahora, adios, señorita : ya no insisto en que me diga dónde la podré ver : sé que no me lo dirá, y me contentaré con buscarla en mi pensamiento y donde pueda, sin que usted lo sepa y sin comprometerla : aunque muy pobre, soy muy honrado.

Claudio se alejó, bajó la escalera, y puso la carta en el correo.

Eugenia se encerró en su cuarto, ofendida, y mas llorosa que antes de hablar con el maestro de música.

XII.

Don Francisco salió para Madrid, segun su costumbre diaria : fué al Ministerio á decir que le dispensasen si aquel dia no asistia á la oficina, y se dirigió á buscar á su hija.

Un criado le dejó en la antecámara, porque no le pareció, por el modesto traje del padre de Eugenia, que debia llevarle al salon, y fué á avisar á su jóven señora presentándole la tarjeta que le habia dado el recien venido, y que tenia sencillamente inscrito su nombre.

Olimpia, que acababa de levantarse, la leyó y dijo al criado que esperaba la respuesta :

—Avisa á la señorita Eugenia : esta visita es para ella.

Y devolvió la tarjeta.

El criado la tomó y se dirigió al cuarto de la jóven, que, despues de leer el nombre que contenia, exhaló un grito de alegría y corrió hácia la puerta ; pero, antes de llegar á ella, se detuvo y dijo al criado :

—Pregunte usted á la señorita Olimpia si puede recibirme media hora, y tráigame usted la respuesta á donde espera mi padre : dígale usted que deseo despedirme de ella.

El criado salió asombrado de la palabra *despedida*, y Eugenia corrió al lado de don Francisco á quien abrazó con ternura.

—¡Ah, papá! exclamó: ¡qué cruelmente castigada he sido por mi vanidad! ¡Qué terrible desengaño!

—Nada me cuentes, repuso severamente su padre: nada me digas: nada quiero saber: los ultrajes que hayas sufrido serán de una naturaleza tan ruin como tu falta, pues no la hay mayor que la de preferir á su familia los goces de la vanidad: á nadie puedo ni debo pedir cuenta de las penas que tú misma te has buscado: la casa de tu padre se halla abierta para tí: ¡ojalá que jamás la hubieras abandonado!

Eugenia confusa, sonrojada, no se atrevió á contestar: conocia la severidad de su padre y toda la razon que tenia.

—He enviado á saber si puedo despedirme de la señorita Olimpia, dijo: así que traigan la respuesta, partiremos, padre mio.

—¡A ver si podrás despedirte de ella! ¿pues no eras su amiga?

—Hasta la muerte de su madre, sí.

—¡Dios mio! ¿Qué enorme falta has cometido despues para que te haya privado de su amistad, para que te haya arrojado de su presencia? ¡Habla! Nada queria saber antes, porque pensé que se trataba de miserables pequeñeces, de genialidades, de esas insignificantes humillaciones que tiene que sufrir todo el que se quiere igualar con los grandes! Pero ahora necesito que me expliques lo que ha sucedido.

—¡Ah, padre mio! exclamó la jóven; yo juro á usted, por la memoria de mi madre, que no he dejado de ser digna de su amor!

El criado abrió á este tiempo la puerta de la sala y dijo:

—La señora duquesa suplica á la señorita Eugenia que la dispense si por hoy no la recibe, pues se halla indispuesta y teme afectarse mucho con su despedida: dice que la verá otro dia.

—Vamos, dijo don Francisco: salgamos de aquí; y usted, añadió volviéndose al criado, dígale que le estimo en mucho sus bondades para mi hija, pero que no pienso que esta vuelva á pisar los umbrales de esta casa.

El criado respondió á estas palabras con una risita burlona.

—Enviaré mañana á buscar los efectos que me pertenecen, dijo Eugenia con voz ahogada, pues su corazon estaba dolorosamente oprimido.

Padre é hija salieron á la calle y fueron modestamente á pié á buscar el carri-coche que debia llevarles á Carabanchel.

Eugenia lloraba bajo su modesto velo de tul.

¡Qué mudanza en su suerte y cuánto tiempo hacia que no habia salido á pié!

Iba roja de vergüenza y su corazon se destrozaba al recordar sus ilusiones perdidas.

—¿Dónde estais? pensaba: ¿dónde estais, dorados sueños que he alimentado durante tres meses, tan breves entonces y tan eternos ahora para el recuerdo? Aquel palacio fantástico que yo soñaba, aquel blasonado carruaje, aquellas galas, aquellas joyas ¿qué se han hecho? Y, sobre todo, ¿dónde se han ido las visiones de aquel amor, el primero de mi vida? ¿dónde hallaré á ese hombre? En el pobre y mísero círculo en que voy á vivir, ni su sombra puedo vislumbrar. ¡Ah! ¡Cuánto mas valdria que Dios me reuniera con mi madre!

Llegada la hora, subieron al vehículo, y tomaron el camino de Carabanchel: en el camino, procuró Eugenia serenarse; pero solo á costa de un violento esfuerzo consiguió reprimir sus lágrimas.

Apeáronse cerca de la puerta de la casa, y don Francisco llamó : la criada , que abrió, habia sido recibida en el pueblo y miró asombrada á la jóven á quien no conocia.

Despues dijo :

—Están en el jardin, señor ; vayan ustedes allá.

Padre é hija se dirigieron , en efecto , al jardin y tomaron la calle de enfrente ; pero ni su risueño aspecto, ni el apacible aroma que en él se aspiraba, impresionaron á Eugenia : su pensamiento volaba mas que nunca á otras regiones.

Al final de la calle habia un cenador entoldado de jazmines y de pasionarias.

En el centro se veia una mesa de hierro , pintada de verde, y algunos bancos al rededor del cenador cubiertos de césped.

Unas cuantas sillas rústicas se hallaban allí tambien.

Sobre la mesa habia libros, juguetes de niño y costuras empezadas.

Allí se hallaban reunidos los individuos de la familia.

Agustina, sentada en una silla baja, dormia cantando á su niño.

A poca distancia estaba sentada Felicia cosiendo una camisita para el niño, hecha sin duda de alguna grande, vieja ya, pues á su lado tenia una canastilla llena de lo que regularmente se llama *trapos*, pero que son retazos muy útiles en toda casa en que hay órden y economía.

Al lado de Felicia, vestida con un modesto traje de percal de fondo blanco, habia sentado un jóven de gallarda figura y vestido con una elegancia exenta de pretensiones : hablaba en voz baja con Felicia, que cosia y se reia con confianza y sencillez.

La alegría iluminaba aquella frente de diez y seis años, aque-

llas graciosas facciones, y aquellos ojos que ora se inclinaban sobre la labor, ora se levantaban hácia el que le hablaba con una expresion de indecible cariño y de ventura inefable.

El niño cantaba débilmente al compás de su madre.

Un perro dormia apoyando el hocico sobre sus manos: un gato grueso, blanco y negro, se hallaba sentado sobre un banco; y un pajarito cantaba prisionero en su jaula, que se hallaba suspendida de un árbol.

Era un cuadro encantador de dicha y de paz, bañado por la luz de la tarde: el aire se hallaba cargado de perfumes, y allí cerca murmuraba una fuentecilla, deslizándose luego entre flores para formar un arroyuelo manso y cristalino.

Eugenia miró con profunda extrañeza al jóven que se hallaba sentado al lado de su prima y tambien á Felicia, cuyas gracias jamás habia sospechado: detúvose un instante é hizo á su padre una señal suplicante para que guardase silencio.

Víctor apareció tambien á sus ojos con una belleza, con una elegancia completamente nuevas, y que dejaron á Eugenia inmóvil y como estática, sin palabra y sin voz.

—¡Qué contraste formaba aquel apacible cuadro con el borrascoso que ella acababa de dejar! Allí, la vida tranquila de la familia, el jardin con sus flores y sus murmullos, las risas del niño, y el canto de la madre: en el espléndido palacio, que ella habitaba, la traicion, el engaño y el sarcasmo.

Parecióle que respiraba mejor y que aquel bello mundo que habia desdeñado, aquella familia sencilla, aquella vida patriarcal merecian mejor todas sus simpatías que cuanto hasta entonces habia visto.

Adelantóse de puntillas y abrazó por detrás á su prima, que se volvió sorprendida.

Al ver á Eugenia, Felicia arrojó la labor, se levantó presurosa y exclamó con alegría :

—¡Eugenia!

Todos rodearon á la recien llegada : la buena Agustina se acercó con su niño en los brazos y la estrechó con efusion.

Eugenia tomó á su hermanito y le besó tiernamente.

Víctor la contemplaba entretanto, no ya con la mirada triste del amante desdeñado, sino con la dulce simpatía de la amistad.

Eugenia no era conocida : su belleza, tan encantadora en otro tiempo, se habia ajado bajo la influencia de aquella vida, ó agitada por medio del placer, ó castigada por el dolor, ó abrumada de fastidio : la atmósfera de los palacios, el contacto de la vanidad, habian sido para ella corrosivos y abrasadores.

Sus ojos hundidos tenian al rededor un círculo morado, como si las lágrimas, cansadas de correr, se hubieran estancado allí : su tez estaba marchita, gracias á los cosméticos y pinturas que se daba imitando á la soberbia Olimpia : la sonrisa de sus labios tenia una triste expresion; y todo esto, en una jóven de diez y siete años, causaba una profunda impresion de tristeza.

—¡Ya estás, por fin, entre nosotros! dijo Agustina, abrazándola de nuevo : has de saber que tu padre nada nos dijo del contenido de tu carta, que le alteró bastante, y tu llegada nos ha sorprendido agradablemente : ahora pasaremos aquí ocho dias mas para que tú veas bien esta casita, y luego volveremos á Madrid á fin de ir preparando ya el ajuar de Felicia.

—¡El ajuar de Felicia! repitió Engenia mientras su prima se ruborizaba.

—Sí, dijo Agustina : has de saber que se casa.

—¡Se casa! ¿Con quién?

—El novio está presente, y tú le conoces desde hace tiempo.

Eugenia miró á Víctor, y conoció en la expresion de su rostro que era él.

El jóven sonreia con una dicha y una calma inefables.

Una expresion de sorpresa se pintó en el rostro de Eugenia.

Habia creido que Víctor se hallaba allí como un amigo de la familia y no como el futuro esposo de su prima.

Al saberlo, su corazon experimentó una sensacion extraña y que se parecia un poco á la tristeza.

No obstante, su fisonomía, acostumbrada ya al disimulo, no la dejó traslucir: por el contrario, Eugenia fingió una amistosa sonrisa, y tendiendo hácia Víctor su delicada mano, le dijo con dulzura:

—Sea en hora buena.

Víctor estrechó cordialmente la mano de Eugenia.

—Ven, ven, dijo Felicia levantándose y tomando del brazo á su prima: ya hablaremos de eso: ven á descansar un poco y á cambiar de traje para comer. Víctor se queda con nosotros, y en la mesa habrá un plato hecho por mí: es un plato de dulce, al que tanto él como mi tio son muy aficionados.

Eugenia siguió á Felicia en silencio: ambas llegaron al cuarto de esta, donde tuvo aquella que sentarse por algunos instantes: tantas y tan diversas emociones la tenian fatigada, nerviosa y casi convulsa.

—Mi querida Felicia, dijo tomando las manos de su prima: no te extrañes de ver ahora lágrimas en mis ojos y de verlas algunas veces en lo sucesivo: necesito llorar, porque soy muy desgraciada.

—¿Qué dices? exclamó Felicia: ¿tu vuelta á esta casa donde tanto se deseaba tu presencia, donde eres tan querida, es efecto de haber tú sufrido?

—Sí, prima mia : en pocos dias, he visto morir á mi protectora, y engañados á la vez el amor que llenaba mi corazon y la amistad que profesaba á Olimpia : todo me ha faltado á un tiempo, y vengo á buscar en tí, en mi padre, en la esposa de este, en la paz de esta casa, que jamás debí dejar, el alivio de mis penas: ¡quiera Dios que pueda hallarlo! ¡En cuanto á tí, perdóname! he sido contigo muy injusta, pero tú eres muy generosa! ¿No es cierto que me perdonas?

—¡Con todo mi corazon! exclamó gozosa Felicia : ¿quién en el mundo te ama como yo? ¿Cómo podré olvidar jamás la maternal acogida que me hizo tu buena madre, de la que eres un retrato?

—¡Ah! observó Eugenia : ¡ojalá que me pareciese á mi santa, modesta y dulce madre! Ella vivió siempre sin conocer las ambiciones ocultas, pero tumultuosas, que han azotado mi vida, y fué mas amada y mas feliz que yo! Pero yo sabré domar esta rebelde vanidad mia, y seré lo que nunca debia haber dejado de ser!

XIII.

La tutora de Olimpia llegó de Paris, donde residia desde hacia mucho tiempo ; pues aunque se habia casado en España, su esposo la llevó, dos años despues de su enlace, á la capital de Francia, y tanto le agradó que, no pudiendo alcanzar de su marido que fijase allí su residencia, aprovechó la triste ocasion de haber quedado viuda, y se fué á Paris á cumplir el primer mes de su luto.

Este hecho pinta ya bastante el carácter de la baronesa de la Rosa.

Bonita, coqueta, agradable en la forma; pero fria, superficial y helada en el fondo, atraia con una seduccion irresistible por una cualidad de su carácter que le conquistaba las simpatías de todos.

Demasiado altanera para tener envidia de nadie, se consideraba superior á todos y miraba á cada uno con una especie de conmiseracion profunda; pero esta altanería estaba disimulada con tanto cuidado y oculta bajo una forma tan agradable, que se parecia á la mas dulce y exquisita benevolencia.

Como consecuencia de esto, la baronesa solo decia á cada uno lo que le podia ser grato, y su amabilidad era tan sostenida y tan natural, que le conquistaba verdaderas simpatías y amistades provechosas.

¡Cuántas veces un consejo bueno, grave, desinteresado, es mal recibido en el mundo, en tanto que la servil adulacion es estimada y aplaudida!

¡Cuántas triunfa la farsa de la rectitud, de la nobleza y de la veracidad!

¡Cuántas se ve á la mentira suplantar á la honradez, al verdadero mérito, á la modestia!

La baronesa lo sabia: conocia la sociedad mejor que nadie, y se aplicaba de continuo á cubrir con flores el no poco fango que habia en su vida privada.

Verdad es que su corazon de mujer habia sido herido una vez de una manera incurable, y que aquella herida se lo habia envenenado. Su ardiente deseo de volver á Paris estaba sostenido por un violento amor que allí habia concebido hácia un americano que empuñaba entonces en los salones el cetro de la moda.

Si despues de viuda, atropelló—muy contra su costumbre—

las leyes del bien parecer y partió para la capital de Francia, fué con la esperanza de adquirir noticias de aquel hombre, cuya imágen no se separaba de su memoria.

En Paris supo que este se hallaba en los Estados-Unidos, y la baronesa voló á su encuentro.

El americano se rió de aquella mujer tan loca y que con tanta franqueza confesaba sus arrebatos; pero, á la vez que se burlaba, la miraba y la encontrada muy linda: por cuya razon la amó durante dos meses, al cabo de los cuales la envió á Londres diciéndole que iria muy pronto á reunirse con ella.

La baronesa, que ya se cansaba de aquel pais, quiso complacer á su amante y partió; mas esperó en vano, durante cuatro meses, la llegada del americano Mr. Rymel, que en lo que menos pensaba ya era en ella.

Hortensia,—que así se llamaba la baronesa,—no lloró su desengaño, pero acusó á la suerte de sus desgracias, porque en su seno llevaba un ser infeliz, fruto de su loca pasion.

Al poco tiempo, vió en un periódico inglés la noticia del matrimonio del rico jóven americano Jorge Rymel con una opulenta heredera del condado de...

Hortensia cayó desmayada: cuando volvió en sí, escribió una carta llena de denuestos á su antiguo amante, preguntándole al final qué era lo que pensaba hacer de su hijo.

Mister Rymel le contestó en estos términos:

«—Solo cuando una mujer es cándida, inexperta y sencilla, puede llamarse engañada: solo cuando su conducta anterior ha sido irreprochable puede aspirar á una reparacion: la de usted, señora, ha sido siempre á lo menos dudosa, y me he creido exento de tener que dar á usted un nombre, que la que he elegido llevará mucho mas dignamente, y de reconocer á un hijo que tal madre tiene.»

Hortensia se volvió á Paris; y allí nació aquella criatura infeliz, que fué enviada al instante á Passy con una nodriza aldeana que la camarera de la baronesa buscó en secreto.

De esta suerte terminó su romántica aventura: lo que prueba la venalidad de sus sentimientos es que, por la crueldad del padre, empezó á aborrecer al hijo, de suerte que solo fué á verle una ó dos veces, contentándose despues con enviar su sueldo á la nodriza.

Con efecto, para un carácter como el de Hortensia, una criatura era una carga demasiado embarazosa é insoportable.

Menos curada de sus locuras de lo que podia esperarse, despues de su novelesca aventura con Jorge Rymel, se entregó de nuevo á las fiestas y á los placeres: era bonita y poseia una fortuna mas que regular: se abonó á la Opera, dió *soirées* de confianza, pero encantadoras por el carácter agradable y cordial que sabia imprimirles, y su casa fué uno de los centros de la sociedad escogida de Paris.

La baronesa tenia elementos para ello: cantaba muy bien; era muy elegante, y su belleza española, animada y morena, le atraia un inmenso partido entre los hombres.

Alta, esbelta, de maneras dulces y expresivas, de grata sonrisa, de chispeante y vivaz conversacion, y de un ingenio dotado de esas mil gracias superficiales que tantos atractivos encierran, pronto se vió rodeada de una numerosa corte, no solo de hombres, sino tambien de mujeres, lo cual es mas raro y mucho mas difícil.

Demasiado experimentada para arruinarse, tenia el talento de lucir mucho gastando la mitad que otras: y además, sabia doblegarse á ciertas pequeñas ruindades y á escatimar en el interior de su casa de un modo que muchas no pueden hacerlo, por-

que se rebela su dignidad contra semejantes medios de economía.

En casa de la baronesa de la Rosa, solo se hallaba bien pagada la camarera, que era su persona de confianza: los demás criados tenian unos salarios muy mezquinos.

Verdad es que los cambiaba con frecuencia; pero á ella le importaba poco, porque decia que los criados nuevos sirven mejor y son mas atentos que los antiguos.

A la par que les cercenaba el salario y el alimento, aumentaba con ellos la dulzura de modales y la amabilidad.

Y esto mismo hacia con todos: la baronesa trataba con mayores consideraciones á la persona que mas detestaba.

Un amante desdeñado de la baronesa, y hombre muy cáustico, decia que acariciaba mas á quien mas mordia.

Así es que todos tenian en su amistad una confianza inalterable, y si alguno descubria el cieno oculto bajo aquella apariencia suave, alegre y tranquila, y daba parte á otro de sus observaciones, lejos de ser creido, se llevaba un título de malignidad y de intolerancia.

La edad no mejoró la índole de la baronesa de la Rosa, pero tampoco agrió su carácter, que se conservó siempre risueño, decidor y complaciente.

Las personas que discurrian se hallaban algunas veces desagradablemente impresionadas por aquella mujer inalterable, que jamás expresaba ni dolor ni enojo: decíanse que cómo era posible que ella sola no sufriese nunca y no chocase con las contrariedades de la vida: pero así era, en efecto: la baronesa parecia invulnerable.

Su hermosura se ajó: su fortuna quedó reducida á medianas proporciones: en cuanto á su hijo, hacia mucho tiempo que le ha-

bia perdido de vista: un dia, la persona encargada de llevar el dinero á la nodriza, se volvió con la cantidad, y dijo á la baronesa que el niño habia sido robado.

La baronesa quedó pálida é inmóvil, como si la hubiera herido un golpe profundo: entró en su cuarto, se dejó caer en un asiento y sintió, por la primera vez, un espanto secreto y doloroso.

¿Qué se habia hecho aquella desventurada criatura?

¿Llegaria algun dia en que se le presentase amenazadora y sombría á pedirle cuentas de su abandono?

Pero estos pensamientos ocuparon, durante poco rato, la cabeza de Hortensia: esta era muy valerosa y muy frívola, y tornó al instante á su vida habitual.

Pocos meses despues, solo pensaba en su hijo cuando soñaba ó en la soledad de sus noches de insomnio: la conciencia es el único, pero terrible castigo de algunas existencias que vemos muy alegres y muy fáciles.

Pasaron años: la baronesa era siempre la mujer del gran mundo, y llegó á los cincuenta sin sentirlo casi, estimada como siempre por la sociedad, que la apreciaba sobremanera, y á la que ella no apreciaba menos.

Cuando fué llamada al lado de Olimpia, se alegró mucho, porque ya en Paris era tratada como á señora de edad por los que la habian conocido jóven y que se llamaban con toda franqueza sus contemporáneos.

Llegó á casa de su pupila una noche, y la jóven salió á recibirla á la antesala, con bastante temor de encontrarse con alguna matrona intolerante y severa: pero ¡oh, alegría! en su tutora halló una mujer elegante, de una exquisita distincion, y dotada de una complacencia y dulzura que la encantaron.

Al acabar de subir la escalera, corrió hácia Olimpia con los brazos abiertos y exclamó ruidosamente:

—Este es, querida mia, uno de los instantes mas dichosos de mi vida! Me encuentro un ángel por pupila! Qué sobrina tan adorable! Qué hermosura y qué gracia! Cuando estuviste en Paris, prometias ya mucho; pero la realidad ha sobrepujado á todas las esperanzas! ¿Mas á qué extrañarme? tu madre era muy bella, y Paris guarda de sus gracias un recuerdo imperecedero! De eso soy buen testigo!

Olimpia, aturdida con aquel lenguaje expansivo y exagerado, miraba, sin embargo, á su tutora con una alegre sorpresa.

—Tia mia, le dijo, es usted muy buena en hallarme solo regular, y le agradezco la mencion que hace, al verme por la primera vez despues de tan largo tiempo, de mi adorada é inolvidable mamá.

Algunas lágrimas brotaron de los ojos de Olimpia al pronunciar estas palabras: esta jóven era bastante frívola por educacion y por carácter; pero habia amado apasionadamente á su madre, y quizá le avisaba su corazon de la falta que sus cuidados habian de hacerle en lo sucesivo.

La baronesa sacó su pañuelo de rica batista, y enjugó por sí misma los ojos de Olimpia con una gracia y un encanto indecibles.

—¡Cómo! exclamó: ¿lágrimas todavía? ¿ Aun no has llorado bastante, ángel mio? Has de saber que el llanto inútil es culpable, y que desde luego nada aja y destruye la belleza como las lágrimas: vamos al salon y sosiégate; si es verdad que una madre no tiene reemplazo, en mí hallarás la amiga mas fiel y mas adicta.

La baronesa se sentó algunos instantes en el salon; pidió

luego que se la llevase á su departamento, y para tomar el refrigerio, que á modo de cena se le habia preparado, se vistió de la manera mas elegante y mas coqueta, con un traje de seda, de color claro y de encantadora frescura, un cuello delicioso y una toquilla de encajes.

Comió y bebió mucho: obligó á comer á su pupila: se rió, bromeó, la aduló, y descubrió, en fin, tantas gracias, que Olimpia quedó encantada.

Ya muy tarde, la baronesa abrazó á su pupila y se retiró á su cuarto para descansar de las fatigas del viaje.

—Hagamos nosotros lo mismo, prosiguió la baronesa de Clavieres dirigiéndose á su auditorio, y vamos á buscar un sueño tranquilo para continuar mañana esta modesta historia, desnuda de grandes acontecimientos y de escenas terribles, pero cuyos sencillos sucesos demuestran una vez mas que solo por el camino del bien se llega á la felicidad.

XIV.

Algunos dias despues de la llegada de Eugenia á casa de su padre, la familia se preparó para volver á Madrid.

La buena Agustina, mas tierna que diplomática, halagaba cuanto podia á la jóven, deseosa de conquistarse su voluntad; pero era una empresa algo difícil, porque en el ánimo de Eugenia existia hácia ella una sorda prevencion, no solo á causa de que ocupaba el sitio de su madre, sino tambien porque la consideraba muy inferior á ella en nacimiento y condicion.

Eugenia, muy jóven aun cuando perdió á su madre, habia pasado en el centro del lujo y de la ociosidad los años que regu-

larmente se dedican á la reflexion : así, pues, los cuidados humildes y molestos del hogar doméstico le eran tan desconocidos como repugnantes, y no fué sin gran esfuerzo como ella se decidió á ayudar á Felicia en el aseo y costura.

Sin embargo, el ver á su prima tan feliz, en medio de aquellos cuidados, la animó algo mas y le proporcionó en la satisfaccion de cumplir con su deber un placer que en ninguna otra cosa habia probado.

Aquella apacible tranquilidad de la familia; aquella buena esposa que su padre habia hallado, y que tomaba para sí la parte mas fatigosa del gobierno de la casa; el ejemplo de su prima, ejemplar y modesta niña que agradecia como un inmenso beneficio el pan y el abrigo que se le daba; la alegría del niño; el cariño de su padre, y la contemplacion del amor que se profesaban Felicia y Víctor, hicieron resonar en su alma el sentimiento del deber, predisponiéndola para impresiones dulces y muy distintas de las tumultuosas y acres de la ambicion.

Sin embargo, fuerza es decirlo: la envidia, como decia la angelical doña Ana, ocupaba siempre con sus negras sombras el alma de aquella jóven: por envidia, habia deseado ir á casa de Olimpia; poseida de la envidia que las brillantes conquistas de su amiga le inspiraban, habia anhelado y obtenido las atenciones del duque de Lierne: ahora, al ver á Víctor, al comprender la dicha doméstica, al adivinar la del amor correspondido, se decia con dolorosa amargura:

—¡Víctor me amó primero con ardorosa pasion, y yo le desdeñé! ¿Por qué dejé la dicha para correr tras un fantasma que evocaba mi vanidad? ¡Ah! Yo podia haber sido tan feliz como lo va á ser mi prima, pues antes que ella fuí amada! Víctor siguió viniendo aquí para saber noticias mias, despues de instalarme

yo en casa de la Duquesa : la costumbre ha hecho lo demás: no, ¡él no ama á mi prima!

La tormenta volvió á levantarse de nuevo en el seno de aquella jóven infeliz y víctima de la mas cobarde y ruin de las pasiones : una pena la torturaba : la de ver á su prima próxima á ser dichosa : un solo deseo la perseguia: el de probar si aun era algo para el corazon de Víctor, que antes la habia amado tanto.

Un dia se hallaba sola en la salita de recibir cuando Víctor llegó : Felicia habia ido á vestir al niño, en tanto que Agustina se ocupaba, con la criada, de arreglar en la cocina una conserva.

Eugenia, que era como si dijéramos la señorita de la casa, trabajaba lentamente en una tapicería, dejando vagar su pensamiento por el vasto campo de sus deseos.

Cuando Víctor entró, se estremeció y se puso colorada como si el jóven hubiera podido leer en el fondo de su alma.

El doctor se apercibió de la profunda impresion que su llegada habia producido en Eugenia, y la miró con asombro : creia que jamás le habia concedido la jóven ni aun amistad, y que, lejos de eso, le consideraba muy poca cosa para ocuparse de él: por eso, al ver trastornado el semblante de Eugenia, se detuvo confuso.

—Siéntese usted, dijo esta con voz que procuró hacer mas alterada de lo que lo estaba en realidad: ahora vendrá mi prima.

—Querida amiga, yo estoy muy bien con usted, observó Víctor; y si Felicia se hallaba ocupada, no hay para qué llamarla.

—Eso podia yo haberlo creido en otro tiempo, repuso la jóven meciendo la cabeza con una mezcla encantadora de gracia y de tristeza; pero ahora ¡ay! todo ha cambiado.

—¡Es verdad! murmuró Víctor no sin algun embarazo.

—¡Ah! ¡Qué necia y qué ilusa he sido! exclamó Eugenia, como si hablase consigo misma: dejé la dicha por un sueño... que luego solo me ha dejado penas que llorar!

Víctor miró á su interlocutora mas y mas asombrado: la voz de Eugenia tenia una dulzura penetrante é iba derecha á su corazon: pero ¿qué queria decirle? ¿Acaso empezaria á amarle cuando él se iba á casar con Felicia?

Tal idea fué rechazada como loca por el grave Víctor; pero, al ver la expresion del semblante dè Eugenia, volvió á asaltarle con mayor fuerza.

La jóven parecia agitada y triste: su pecho latia con violencia: sus mejillas se hallaban cubiertas de rubor.

—Yo nada sé de lo que á usted ha sucedido entre esas gentes á cuyo lado ha vivido, dijo el jóven: ignoro si ha sufrido; únicamente sé que aquí era amada, que se la esperaba y que ha hecho bien en volver.

—¡Amada! repitió Eugenia: ¿por quién? ¿por mi padre? Este tiene ya á su esposa y á su hijo: ¿por mi prima? Felicia dedica á usted toda la fuerza de su cariño!

—Yo la recordaba á usted siempre, ¡Eugenia! dijo Víctor casi sin saber lo que decia.

Engenia volvió á mecer la cabeza con aire incrédulo.

—¿Lo duda usted? exclamó el jóven doctor.

—Sí, lo confieso.

—Ya sabe usted que la amé.

—¡Bien poco!

—¿Quién se lo ha dicho?

—¡El hecho de haberme olvidado en seguida!

—¡Se engaña usted!

Despues de esta respuesta, reinó el silencio.

El corazon de Eugenia latia de orgullo y de alegría; el de Víctor de angustia: conocia este que faltaba á la fé prometida á Felicia, que era perjuro á su amor; pero en su pecho pasaba algo tan poderoso que no podia concebir ni explicarse.

—No hablemos de cosas que pasaron para no volver, dijo Eugenia enjugando una lágrima que habia aprendido á verter á tiempo de su amiga Olimpia: ¡sea usted dichoso! En cuanto á mí, sepa que, si no pagué su amor, fué porque mi corazon se hallaba ya ocupado... ¡hoy está vacío como un sepulcro!

—¡Vacío! ¡A la edad de usted!

—He sido indignamente engañada, y el dolor hace vivir mucho!

—¡Así sucede siempre! exclamó con amargura Víctor: la mujer desprecia al hombre que la ama de veras, y prefiere al que miente mas, al que solo desea hacerla el juguete de sus devaneos! ¿La amaba á usted como yo el que tanto le ha hecho sufrir?

—¡Silencio! ¡Mi prima se acerca! dijo Eugenia al ver aparecer el traje de Felicia, que habia abierto la puerta de la sala.

La huérfana miró á su prima, á la que sin duda iba á preguntar alguna cosa, y se quedó inmóvil: miró despues á Víctor y se puso pálida.

Este bajó los ojos llenos de fuego ante la triste mirada de su prometida, como el reo ante su juez.

Eugenia, contrariada al pronto y en breve repuesta, alzó la cabeza y dijo á Felicia con imperio:

—¿Me buscabas?

—No, respondió Felicia con alterada voz: venia... venia... no está aquí lo que busco.

Y para no mostrar el llanto que brotaba de sus ojos, salió apresuradamente de la estancia.

Corrió á su cuarto y se encerró en él derramando un torrente de lágrimas; pero ni una queja salió de su corazon, ni alimentó un pensamiento amargo para su prima : era Felicia uno de esos ángeles de dulzura que rara vez llegan á la tierra, y que, cuando habitan en ella, solo saben derramar paz, amor y perdon en torno suyo.

Su pobre cuartito, estrecho, blanqueado, y del que se habia sacado lo mejor que habia para adornar el de Eugenia, fué testigo de su amargo y desconsolado dolor; porque su corazon le decia demasiado que el de Víctor habia vuelto á ser de su prima, y que esta, apenas presentada en casa de su padre, habia alcanzado la victoria, arrebatándole la única dicha de su desventurada existencia.

Desde aquel dia, Eugenia recobró la alegría y el esplendor de su admirable belleza; y Felicia empezó á languidecer como una pobre planta sin ambiente y sin sol.

Don Francisco advirtió la mudanza de su hija, y comprendió que una mutua inteligencia la unia al jóven doctor.

—¡Pobre Felicia! pensó: ¡mi hija la ha desbancado! ¡Pero eso es lo mas natural! ¿Qué comparacion cabe entre las dos? Al fin, creo que voy á salir de cuidados, porque si me la pide en matrimonio Herrera, se la doy sin vacilar.

Agustina seguia con afectuosa y triste mirada los estragos que el dolor hacia en el alma de Felicia: aunque sin lo que generalmente se llama mundo, pues jamás habia penetrado en sus umbrales, comprendió lo que pasaba y se compadeció profundamente de la desgraciada niña.

Una hermosa tarde, en que el sol de octubre fingia á los pá-

jaros un dia primaveral, le dijo que la acompañara á dar un paseo.

La niñera tomó al niño en brazos, y esta con Agustina y Felicia salieron al campo.

Llegadas á un llanito próximo al santuario de Nuestra Señora de Atocha, Agustina ordenó á la niñera que hiciera jugar al niño y que se alejase un poco con él: en seguida tomó la mano de la triste Felicia y le dijo:

—Habla y llora conmigo.

La jóven no necesitó oir mas: con la simpatía que une á las almas buenas, comprendió que se habian entendido la suya y la de su tia, y si bien la emocion le impidió hablar, se arrojó llorando en sus brazos.

—¡Mas valia que no hubiera vuelto á casa! murmuró la madrastra, que al fin lo era, y aunque guardaba bastantes atenciones á la hija de su esposo, amaba mas á Felicia: ¿por qué no se ha quedado con la duquesa?

—¡Ah, tia mia! exclamó la jóven: ¡su sitio está al lado de su padre y de usted, y no soy yo quien se queja de que haya vuelto! ¡Mi estrella ha estado siempre cubierta con las niéblas de la desgracia! ¡Pero ya que Dios lo ha dispuesto así, bendito sea!

—¿Y no aborreces á tu prima?

—No, señora: ¡le deseo toda la dicha posible! ¡Ojalá que se case con Víctor y que sea tan feliz como yo esperaba serlo!

—¡Pobrecita! ¡Eres un ángel! dijo Agustina; pero no te dé cuidado, que yo te buscaré un buen novio.

Aquella salida de la mujer buena, pero vulgar, hizo sonreir á la delicada y poética Felicia; mas su sonrisa era tan triste, que parecia empapada de lágrimas.

—No se toma novio así como se quiere, tia mia, observó: si

Dios me destina para casada, lo seré; y si no, pasaré al lado de usted toda mi vida.

—¡Eso seria para mí la mayor felicidad! exclamó Agustina: tu compañía me es muy grata, y no lo es menos para tu tio: pero deseo que halles un esposo digno, y no dejaré de pedir á Dios que te lo envie: en cuanto á tu prima, lleva consigo el mayor de los males, que es el de cansarse de cuanto posee y ambicionar todo lo que poseen los demás.

XV.

La baronesa de la Rosa, que empezaba á hacerse devota, porque ya no sabia de qué modo pasar el tiempo, acogió con gran benevolencia y distincion al duque de Lierne.

Olimpia, con su franqueza algo atrevida, le dijo que se amaban y que deseaban casarse lo antes posible.

—Sin embargo, querida tia, prosiguió: no porque yo me case, tienes que dejar esta casa: tu compañía me es muy agradable, y además vigilarás el gobierno interior mejor que yo, que no soy aficionada á esas mezquindades.

A la verdad, la coqueta Hortensia era aun menos aficionada que su sobrina á las mezquindades domésticas; pero aparentó que le gustaban mucho, reservándose para despues el rehusar ó aceptar, segun conviniese á sus miras y á sus ya muy mermados intereses financieros.

El flamante duque de Lierne se instaló casi por completo en casa de su novia, y se empezaron á hacer los preparativos para la mas brillante de las bodas que se hubiesen visto en Madrid.

Diez de las principales modistas se pusieron á trabajar para la novia: otras diez ó doce costureras ocuparon uno de los salones

del palacio, poniéndose á confeccionar ropa blanca de batista guarnecida de encajes.

Se encargó una vajilla de oro, otra de plata y dos de porcelana de Sevres y del Japon: las alhajas, los trajes, los sombreros, los ricos muebles para renovar los antiguos entraban durante todo el dia por las puertas del palacio: y á todas estas compras y gastos presidia la baronesa que, poco amiga de cuidados domésticos, lo era mucho de los que tenian un carácter mas importante y producian enormes dispendios, en los que su exhausto bolsillo salia bastante ganancioso.

Una mañana se hallaba con su pupila y sobrina admirando su traje de boda, que acababan de recibir de Paris.

Era ya muy tarde y estaban aun sin peinar y vestir, pues se habian ocupado toda la mañana en ver las maravillas que se iban acabando.

Una doncella entró y dijo á Olimpia:

—Señora duquesa, ahí fuera está don Claudio, el maestro de música.

—No estamos ahora para recibir visitas, dijo la baronesa: dí á ese señor que la señora duquesa no está visible.

—Tia, repuso Olimpia, un maestro de música, y tan modesto y humilde como ese, es *una cosa* que no merece la pena de negarse: no es ni aun lo que ellos llaman un gran artista, sino un artista muy en pequeño.

—¡Oh! Detesto á los artistas, observó la baronesa: todos son unos pobretes con mas humos que los grandes señores: tienes razon, un artista es *una cosa* y no una persona: nunca he sabido qué cara tienen, ni creo que el de que se trata se atreverá á mirarnos: díle que pase.

La camarera salió.

Un intante despues, un jóven de hermosa y simpática presencia apareció en la puerta con el sombrero en la mano.

La baronesa alzó los ojos con desden para mirar al que llegaba.

En el mismo instante se quedó pálida como un cadáver; temblaron sus labios, extendió los brazos hácia adelante, y dejando escapar un agudo grito, se desplomó en un sillon privada de sentido.

—Haga usted sonar ese timbre, señor Ledesma, dijo Olimpia: no sé lo que le ha dado á mi tia.

Claudio obedeció.

Toda clase de socorros fué prodigada á la baronesa, que al fin abrió los ojos, y los fijó con una mezcla de angustia y de afan en el rostro de Claudio.

Este era el retrato, la imágen verdadera, animada, palpitante de mister Rymel, el americano que le inspiró tan violento amor.

—Caballero, dijo con voz trémula Hortensia: ¿quiere usted darme las señas de su casa?

El artista miró á la baronesa sorprendido y sin saber qué responder.

Se admiraba de su violenta emocion y del temblor que se advertia en la voz de aquella dama, aun bella y de aspecto tan elegante como altivo.

—No extrañe usted mi peticion, prosiguió Hortensia: se parece usted á una amiga mia de un modo sorprendente, y esta amiga llora á un hijo perdido desde hace largos años... déme usted, por favor, esas señas.

Claudio volvió á mirar con asombro á la baronesa: su corazon palpitaba aceleradamente bajo su raida levita.

—Estas son mis señas, señora, dijo: y ahora la señora du-

quesa me permitirá que me retire: solo queria informarme de su salud y veo que esta es buena.

—Gracias por la discrecion de usted, amigo mio, dijo Olimpia: tengo, en efecto, que cuidar de mi tia, cuyo estado necesita reposo: puede usted volver cuando guste.

Claudió salió, y Hortensia le siguió con una ávida mirada: luego, sin añadir una sola palabra, se dirigió á su cuarto apoyada en el brazo de su sobrina, que la dejó sola y entregada al descanso.

Dos horas despues, apareció de nuevo fresca, rozagante y tan alegre como si nada hubiera sucedido.

Atribuyó á los nervios su emocion al ver al maestro de música, y se rió de si misma: jamás se la habia visto tan contenta.

Por la noche, y en tanto que su sobrina se hallaba con su futuro esposo, la baronesa se vistió de negro, se puso un velo, y tomando la tarjeta que le habia dado Claudio, salió, se metió en un coche de alquiler y dió las señas indicadas al pié al cochero, encargándole que fuese muy de prisa.

Su alegría y frivolidad habituales habian desaparecido: su rostro pintaba una emocion profunda: de sus ojos brotaba de vez en cuando una lágrima, que se apresuraba á enjugar.

—¡Mi hijo! pensaba en el fondo del carruaje: ¿será él? ¡Oh! ¡Esta esperanza llena todo mi corazon! ¡Qué vacío lo veo todo en torno mio! Ahora que llegan para mí los helados dias de la vejez, qué consuelo seria el tener un hijo! ¡Qué grata compañía! ¡Qué dulce apoyo!

Luego pensaba en la indiferencia con que lo habia abandonado, y se consideraba tan culpable que nada se atrevia á esperar.

Llegó el coche, por fin, á la casa del maestro de música, que era de modesta apariencia: la baronesa se apeó, pagó al cochero,

entró en el portal, subió los escalones á toda prisa, y llamó en la puerta del piso tercero, que daba frente á la escalera.

Una mujer abrió.

La baronesa preguntó por el maestro, y fué conducida á un cuartito interior, que solo contenia una cama, una cómoda y una silla.

Allí se hallaba Claudio, escribiendo música, á la luz de una humilde lámpara: al ruido del traje de seda de la baronesa, se volvió y la miró sin asombro.

—Esperaba á usted, señora, le dijo tomándole la mano y conduciéndola á un asiento; y á juzgar por mi ansiedad, la de usted debe ser demasiado cruel para que yo no me apresure á disiparla.

—¡Oh, sí! exclamó la baronesa: yo sufro cruelmente! Yo soy la que llora un hijo perdido.

—Un hijo abandonado: lo habia supuesto.

—¡Perdon, caballero! dijo la pobre mujer uniendo sus manos.

—Para evitar á usted el dolor de un largo interrogatorio, prosiguió Claudio, voy á hacer á usted una narracion corta y verídica de lo que me ha ocurrido desde que nací.

—¡Gracias, gracias! exclamó la baronesa preparándose á escuchar religiosamente.

—Sé, sin que me quede duda de ello, empezó Claudio, que nací en Paris, y que fué encargada de criarme una áldeana de Passy: apenas recuerdo á mi madre, porque solo una vez la ví á la edad de cinco años; pero ya tenia nueve cuando una noche entró un señor extranjero y, despues de hacer mil preguntas á mi nodriza, me tomó en sus brazos, me sentó en sus rodillas, me abrazó y me puso al cuello un medallon con dos retratos, diciéndome:

—Estos son los retratos de tu padre y de tu madre: aquí están, señora.

Y el maestro de música sacó de su pecho un medallon de oro, cuya sola vista arrancó un grito á la baronesa.

—¡Sí! dijo despues: ¡es ese! ¡lo reconozco! ¡yo misma lo compré!

Y asiéndole en su convulsa mano, le miró con una ansia febril.

Tenia, en efecto, en cada lado un retrato: el uno era el suyo en toda la flor de su belleza y de su juventud: el otro era el de Mr. Rymel.

La baronesa se levantó desolada, se arrojó hácia el artista y gritó con un acento arrancado del fondo de su alma:

—¡Hijo mio! ¡hijo mio!

Aquella voz llegó al corazon del artista, que abrió los brazos á su culpable madre.

—Acaba de contarme, dijo la baronesa, cómo viniste á España, y por qué llevas el apellido de Ledesma.

—Una compañía de titiriteros ambulante, que pasaba por Passy, continuó el jóven, me robó de la puerta de la casa de la buena aldeana, que me habia criado, y me trajo á Madrid: el director trató, desde el primer dia, de enseñarme el oficio, y yo no puedo decir, madre mia, lo que sufrí: hambre, malos tratamientos, amenazas, persuasiones; todo fué inútil: mi débil naturaleza y todos mis instintos se rebelaban contra aquellos bárbaros ejercicios, y mi raptor, cansado de gastar el tiempo en vano, me echó una noche á la calle: yo me senté en el suelo llorando: por mísero que fuese el asilo que perdia, no tenia otro: al amanecer, anduve á la ventura y llegué á una plazuela, donde un labrador descargaba fruta y verdura de un borrico: al verme llorar, se

compadeció de mí, me preguntó la causa de mi afliccion, y me dijo:

—No te apures, hijo mio: vendrás á mi casa, y aunque tengo otro hijo, serás el segundo y mi mujer te cuidará.

En efecto, me colocó en su borrico y me llevó á Carabanchel, donde contó á su mujer lo sucedido.

—Has hecho bien, dijo esta: el dia en que se hace una buena obra es el mas hermoso de la vida.

Yo tenia una aficion decidida á la música: aquellas buenas gentes me buscaron un maestro, y cada dia, cuando mi padre adoptivo venia á traer las verduras, venia yo tambien para dar leccion.

Hice rápidos progresos, estudié mucho, y á los diez y siete años me dijo mi maestro:

—Hijo mio, ya sabes tanto como yo: te cederé algunas de mis lecciones, y empezarás á ganar dinero.

Un año despues murió el hombre honrado que tan generosamente me habia socorrido: su hijo se hallaba casado en un pueblo de la provincia: yo me hice un sagrado deber de trabajar para la pobre viuda, y, en efecto, hallé lecciones: pronto el apellido de mi bienhechor,—apellido que este me cedió para coronar su santa obra de caridad,—adquirió fama: yo ganaba bastante dinero y se lo daba á mi madre adoptiva, que en breve pudo comprar una casita y un campo anexo, realizando así sus mas vivos deseos.

Instalada ya, me vine á Madrid y me puse á trabajar de nuevo: pero ¡ay! en mi alma habia un dolor profundo, incurable: por donde quiera que iba, oia dentro de mí esta terrible palabra:

—¡Bastardo!

Nada era la vida para mí: no tenia para quién trabajar ni á quién amar: ya habia cumplido con mi bienhechora, y esta, cuya alma se habia enfriado con la edad, me decia todos los dias que no me fatigase mas por ella, pues tenia ya lo bastante y aun de sobra para vivir feliz.

Fuí recomendado por la madre de una jóven, á quien daba lecciones, á la Duquesa, que me encargó de la educacion musical de su hija Olimpia: en su casa conocí á una jóven, pobre como yo, y á quien la Duquesa habia buscado para que acompañase á su hija: esta jóven era una niña de una belleza sorprendente, y al verla sentí que mi corazon se vivificaba y que renacian en mí los deseos de gloria y de vida:... sin embargo, nunca me atreví á hablarle de mi amor: la terrible palabra ¡bastardo! volteaba ante mis ojos escrita con caractéres de fuego.

Poco despues de la muerte de la duquesa, la jóven se volvió á casa de su padre: al verla por la última vez me atreví á indicarle algo de la pasion que me habia inspirado, aunque diciéndole antes que no tenia padres ni familia conocida: el rubor primero y despues el desden asomaron á su rostro, y yo perdí hasta mi última esperanza.

—¿Se llamaba Eugenia esa jóven? preguntó la baronesa.

—Sí, madre mia, respondió Claudio.

—Olimpia me ha hablado de ella: ahora bien, hijo mio, prosiguió Hortensia, cuyas facciones radiaban de alegría y de orgullo: solo quiero guardar silencio hasta que se verifique la boda de mi pupila, que será dentro de tres dias: no bien se haya instalado en el palacio el duque, como esposo suyo, yo vendré á tu lado, te proclamaré hijo mio y ya no nos separaremos jamás! Yo te pagaré con mi ternura, con mi amor sin límites, los tristes años que has estado en el olvido: tú trabajarás para mí, y alcan-

zarás gloria: mas tarde, si no hallamos ventura para ese amor de que me has hablado, la hallarás en otro nuevo: tú me amarás y yo encontraré en tí el fin y el objeto de mi desolada vida: de esta vida que arrastraba helada y vacía, llamándote en vano desde el fondo de mi alma: yo te contaré la historia de tu nacimiento, y tú perdonarás mis faltas y las lavarás con tu amor: mañana saldremos juntos y buscaremos una habitacion modesta, pero alegre y agradable, donde los dos hallaremos la calma y la felicidad.

XVI.

Deseando Víctor Herrera huir lo antes posible de la presencia de Felicia, que, aunque resignada y silenciosa, era para él una acusacion tácita, apresuró su casamiento con Eugenia y pidió la mano de esta á su padre.

Don Francisco nada halló que oponer á la demanda, y para librar á su sobrina del dolor de presenciar la boda, la envió con su esposa á la casita de Carabanchel.

—Pero, dijo Agustina, ¿te vas á hallar solo el dia de la boda de Eugenia?

—Por la mañana, sí: despues dejas á Felicia al cuidado de la tia Marciana, y te vienes tú para disponer la comida.

Agustina dió parte de aquella determinacion á su sobrina, que no pudo menos de aplaudirla en atencion á que la libraba del dolor de ver aquel casamiento que destruia todas sus esperanzas de felicidad.

Eugenia habia participado á Olimpia el dia en que se casaba para dar una satisfaccion á su amor propio: la jóven duquesa le contestó afectuosamente, diciéndole que tambien se casaba el mismo dia y enviándole un lindo aderezo.

Al amanecer del dia de la boda, Agustina y Felicia con la niñera y el niño salieron para Carabanchel: la jóven abrazó á su prima deseándole toda suerte de venturas, pero sin poder apenas contener su llanto.

Al apearse del coche que las habia conducido, vieron á una vecina á la puerta de una casita que estaba situada enfrente de la suya.

—¿Cómo está la tia Marciana? le preguntó afablemente Agustina.

—Enferma, respondió la mujer: el señorito Claudio ha venido á cuidarla y está con ella.

—¡Cómo! ¿Está ahí Claudio? preguntó alegremente Agustina.

—Sí, señora: y muy contento á pesar de la enfermedad de su madre, como él la llama: ¿pero sabe usted por qué? ¡Apenas lo va usted á creer! Porque ha parecido su verdadera madre.

—¡Será posible! exclamó Agustina.

—¡Vaya! ayer estuvo aquí con él.

—¡Ven, ven, Felicia! dijo Agustina conmovida; sígueme, visitaremos á esa pobre mujer enferma, y al mismo tiempo sabré lo que le sucede á una persona á la que estimo mucho.

Felicia, con la indiferencia que da un pesar profundo é incurable, siguió á su tia.

La habitacion de la tia Marciana, ya sexagenaria, era cómoda, limpia y hasta agradable: la anciana estaba en el lecho, y una jóven del pueblo, que la servia, le preparaba una tisana: á la cabecera se hallaba Claudio, el maestro de música, tan generosamente acogido y educado por ella y por su marido.

Agustina estaba tan preocupada por la noticia que le habian dado, que sus palabras, al entrar, fueron dirigidas al jóven.

—Claudio, ¿qué sucede? exclamó: ¿es verdad lo que me han dicho?

—Sí, respondió el maestro: Agustina, amiga mia, tú, que eres tan buena, da gracias á Dios: ¡he hallado á mi madre!

Agustina abrazó á Claudio con una ternura verdaderamente fraternal.

—Tú, hija mia, extrañarás mi alegría por la dicha de Claudio, ¿no es cierto? dijo á Felicia Agustina; pero nada hay mas natural: desde niño le he conocido en esta casa que, como sabes, está enfrente de la que antes habitaba yo con mi padre durante los veranos, y ahora es nuestra: juntos hemos jugado en nuestra infancia y hemos sido siempre los mejores amigos: ¡cuántas veces íbamos á los huertos á coger frutas y nidos de pájaros! Cuando llegamos aquí este verano que ha pasado, se hallaba él en Madrid: á la vuelta, le encontré un dia en la calle y le insté para que viniera á verme, pero su carácter tímido y la tristeza que le dominaba se lo han impedido: ¡bendito sea Dios, que le devuelve en su madre, á la que no conocia, el mas grande de los bienes!

Claudio se inclinó al oido de Agustina, y le preguntó en voz baja:

—He oido decir que se casa pronto... ¿es verdad?

—Hoy se ha casado, respondió Agustina con mal segura voz.

—¿Hoy? repitió Claudio.

—Sí... esta mañana: con un médico, que se iba á casar con esta pobre niña.

Y Agustina señaló á la sobrina de su esposo.

Una triste sonrisa pasó por los labios de Claudio, que dirigió á Felicia una mirada de conmiseracion y simpatía, en tanto que

Agustina se acercaba á la cama de la tia Marciana, que acababa de despertarse.

—Vente un poco con nosotras, Claudio, dijo Agustina tras de un breve rato: tu madrina está mejor: nos harás compañía y verás al niño, que está mas hermoso que un querubin.

—Vé, hijo mio, observó la tia Marciana : me da pena que no salgas de este cuarto.

El jóven siguió á su amiga y á Felicia hasta la casita vecina, y los tres se dirigieron al jardin donde se hallaba el niño con la niñera.

Agustina entró despues en la casa para disponer el almuerzo: Claudio y Felicia se quedaron en el jardin , se sentaron en uno de los bancos de jazmines y entablaron una amistosa conversacion.

XVII.

Un mes entero se habló en Madrid de las magníficas bodas de la duquesita Olimpia con el duque de Lierne ; pero tambien se añadia, no sabemos con qué grado de certeza, que el novio se hallaba completamente arruinado, y que, segun sus mañas , sabria dar pronta y buena cuenta del dote y bienes de su esposa.

Los recien casados marcharon al instante á Paris, como es de rigor en nuestros dias.

Olimpia , antes de partir , envió á buscar á Eugenia , que se presentó orgullosamente apoyada en el brazo de su marido.

—Querida mia, le dijo la duquesita , te he llamado para decirte que tu esposo queda desde hoy nombrado médico de mi casa y que le avisaré cuando volvamos para que empiece á desempeñar su mision.

Eugenia respondió con una fria sonrisa, y miró al duque con expresion de desafío.

Pero este la estaba mirando á su vez de una manera tan tierna y apasionada, que la hizo bajar los ojos ruborizada.

—Hé aquí una brillante conquista para dentro de poco tiempo, se dijo Eugenia.

—Esta tonta vanidosa volverá á servirme de diversion á mi regreso, pensó el duque: de todos modos, creo que mi mujer se me hará muy pronto insoportable.

Olimpia de nada de esto se apercibió: amaba á su marido, y se puede decir que era el único hombre á quien habia querido en el mundo: aunque altanera, era buena y confiada: debia, pues, ser la víctima de Eugenia, cuyo amor propio habia tan cruelmente humillado, y cuya pasion dominante era la envidia.

Despidiéronse todos, y aquella misma noche los duques de Lierne salieron para Paris.

Eugenia quiso, á lo menos, imitar *á su amiga* la duquesa, como ella la llamaba, aunque en el fondo del alma le profesaba un odio profundo, y consiguió de su marido que la llevase á Sevilla para lucir sus galas de desposada.

Felicia quedó sola al lado de sus tios, y volvió á sus ordinarias ocupaciones, pensando únicamente en la humilde pero noble tarea de descansar á su tia y de pagarle sus cuidados y su cariño.

La vida era, en aquella casa, monótona y casi claustral, pero apacible: la visita diaria de Claudio era el acontecimiento mas notable.

Un dia se presentó el jóven acompañado de su madre, que examinó á Felicia con atencion y le habló con cariño, admirando su modestia, su sencillez y su bondad.

Por entonces recibió Eugenia una carta de Olimpia, que aun residia en Paris pasando una vida encantadora.

Hé aquí algunos párrafos de dicha carta :

«Pero describiéndote mis placeres y diversiones, me olvidaba de hablarte de una cosa que te interesa un poco y que te llenará de admiracion.

»Has de saber que acaba de llegar mi tutora, la baronesa de la Rosa, con un hijo al que creia perdido y que ha encontrado en mi casa ; este hijo es Claudio Ledesma , aquel pobre maestro de música que mi madre protegia y que era tan bueno y tan modesto : me ha dicho que el padre de este, gran señor anglo-americano, escribió á uno de sus amigos para que averiguase su paradero : dentro de su carta, iba otra para la baronesa y, á consecuencia de lo que esta contestó , el americano se vino á Paris donde llegaron tambien Hortensia y Claudio , que ha sido reconocido como hijo por mister Rymel : este ha regresado ya á su pais despues de asegurar á Claudio una fortuna de tres millones de reales.

»¡ Qué mal hiciste en desairarle , querida Eugenia , cuando, segun el mismo me dijo, te confesó que te amaba!

»Su madre me ha dicho que ahora ama á otra jóven , con quien se va á casar, y cuya modestia y virtudes la tienen entusiasmada : me ha dicho tambien que esta jóven , lo mismo que Claudio, ha sido desgraciada en su primer amor, y que el hombre á quien ella amaba , se casó con otra cuando ya faltaban pocos dias para que se verificara su enlace.

»Al oir el lenguaje grave y sentimental de la baronesa , he comprendido que, cuando llega la edad madura, todas las cosas cambian de color á nuestra vista ; pero, mientras somos jóvenes, gocemos de los encantos de la existencia, que ya quedará tiempo de sobra para llorar y discurrir. »

La lectura de esta carta dejó muy pensativa á Eugenia.

¡Tres millones de capital!

¡Qué esposo tan apreciable hubiera sido Claudio para ella, y qué dichosa debia ser la jóven á quien habia elegido!

Víctor se habia ya convertido en un marido de los mas desagradables; porque, como era su fortuna muy corta y solo podia aspirar á mejorarla con trabajar mucho, preferia estudiar á ir á las diversiones, á los teatros y á las tertulias: además, rogaba á su esposa cada dia que gastase con moderacion.

La frívola Eugenia le fué perdiendo el cariño: nunca habia estado verdaderamente enamorada mas que del duque de Lierne: su casamiento fué la obra de dos sórdidas pasiones: la de la envidia y la de la venganza; pues creyó que su amiga véria con dolor que tan pronto hubiese encontrado otro esposo, y pensó que era un triunfo brillante para ella el arrebatar á la sencilla Felicia el amor de Víctor, que esta habia poseido antes.

Pasado ya lo mas crudo del invierno, volvieron á Madrid Víctor y Eugenia y fueron á vivir á casa de don Francisco ínterin encontraban una.

Eugenia se admiró de hallar á su prima mas linda que nunca, alegre como un pájaro, sencilla, modesta y laboriosa como siempre.

Agustina tenia un niño mas, y era Felicia la que cuidada de los dos y cosia y aplanchaba su ropita.

—Y sin embargo, dijo un dia Agustina: aquí donde la ves, querida Eugenia, Felicia se va á casar con un millonario.

—¡Con un millonario! repitió Eugenia, cuyo corazon dió un salto.

—Sí, por cierto: con un muchacho que parecia un pobre... que lo era; pero que ha encontrado luego madre y una gran fortuna.

—¿Y cómo se llama?

—Ahora Claudio Rymel: yo le conozco desde pequeñito.

—¿Claudio?

—Sí: la labradora que le recogió vivia en Carabanchel, en una casita que está enfrente de la nuestra.

Eugenia se mordió los labios hasta hacer brotar de ellos la sangre.

¡Su prima ganaba, al fin, el juego!

La llegada del mismo Claudio la distrajo de sus reflexiones.

¡Pero cuán cambiado le halló!

Ya no era el jóven pobre y tímido que habia conocido: era un jóven elegante, alegre, expresivo, amable, completamente dichoso: su felicidad brillaba en su rostro franco: el genio estaba grabado en su noble frente.

Claudio se acercó á Agustina y estrechó cordialmente su mano, saludando despues á Eugenia con la frialdad de una persona desconocida.

—Y Felicia ¿dónde está? preguntó el jóven.

—Adentro con los chicos, respondió Agustina: ya sabes que se entienden mejor con ella que conmigo.

—Mira lo que le traigo, Agustina, dijo el dichoso novio, sacando del bolsillo un estuche abultado.

Agustina le abrió y quedó deslumbrada.

Eugenia casi se desmayó.

En el fondo del estuche habia una corona de marquesa, formada de brillantes y rubíes; un collar soberbio, y unos ricos pendientes.

—¡Qué hermosas joyas! exclamó Agustina: ¡qué corona tan magnífica! Pero es de marquesa, si no me engaño.

—Felicia va á ser la marquesa de Rymel, querida Agustina: mi padre ha comprado este título para mí!

—¿Felicía marquesa?

—Sí : y con crecidas rentas : mi madre está loca de alegría.

Agustina corrió á la puerta y gritó con todas sus fuerzas :

—¡Felicia ! Felicia ! déjalo todo y ven , que está aquí Claudio !

Un instante despues, entró en la estancia Felicia trayendo en los brazos al niño menor de su tio.

—Dame á Juanito y mira lo que te trae Claudio, dijo Agustina tomando á su hijo.

Felicia examinó el estuche y dejó escapar un grito de alegre sorpresa.

—¡Qué hermoso aderezo! dijo : ¿es para alguna gran señora?

—Es el regalo de mi padre para tí, dijo Claudio: soy marqués de Rymel y, si en algo estimo este título, es por podértelo ofrecer.

Felicia estrechó la mano de Claudio y respondió con dulzura:

—Te quise pobre y lo mismo te querré rico: te quise maestro de música, y lo mismo te querré marqués; para mí eres siempre el mismo Claudio que me ha amado en la desgracia, y me consoló cuando estaba triste.

Algunos dias despues, se celebró la boda de Felicia y de Claudio: la madre de este asistió á ella y, abrazando á la jóven marquesa, le dijo :

—Ya no eres huérfana : yo reemplazaré á la madre que has perdido, y en tu esposo hallarás un buen compañero y un guia fiel; cosas, hija mia, que no siempre se encuentran y que tanta falta hacen á la mujer en el camino de la vida.

Los jóvenes esposos se fueron á vivir á un lindo palacio que compró Claudio en la calle de Alcalá: su madre se estableció,

cerca de ellos, en una modesta, pero bonita casa, donde con una vida arreglada y decorosa y casi enteramente dedicada á la caridad, hizo olvidar sus antiguas locuras.

Claudio cedió el piso bajo de su casa á donde Francisco y á Agustina, dejando á aquel la administracion de sus bienes, y señalándole un sueldo anual de diez y seis mil reales.

De esta suerte, Felicia no se separó de su familia y Agustina pudo vivir al lado de su jóven amigo Claudio y de Felicia, á la que profesaba un cariño maternal.

En cambio, Eugenia ni se acordaba de su padre: habia vuelto á anudar sus amistades con Olimpia; pero, sin imitar las bellas cualidades de esta, la superaba en vanidad, y en todos los defectos con que una educacion consentida y demasiado mimada habia enriquecido á la duquesa.

Dos años despues, cinco personas se repartian la atencion general en el puerto de Boulogne.

Eran los duques de Lierne, los marqueses de Rymel y una jóven separada de su esposo y llamada Eugenia.

La duquesa era notable por su gran belleza y por la paciencia y decoro con que soportaba las frecuentes y demasiado ruidosas infidelidades de su esposo.

La marquesa era un prodigio de gracia y de elegancia, sin que fuera muy hermosa: vivia tiernamente unida á su marido, y se podia decir que ella habia puesto de moda las mujeres buenas, pues ella era el oráculo del buen tono femenino.

En cuanto á Eugenia, era una de esas mujeres sin fortuna conocida, que disponen de la de todo el mundo, y que saben explotar, no solo el amor, sino tambien la amistad y los mas santos afectos.

Su belleza era tan perfecta como simpática á la vista: pero

bajo aquella seductora apariencia, se ocultaba un corazon profunda y horriblemente depravado.

Se decia que su marido, médico de bastante mérito, habia pedido su separacion oficial, y luego habia marchado á Ultramar.

Era prima de la marquesa; pero jamás quiso vivir al lado de esta, y solo se aprovechaba de sus servicios pecuniarios.

Cuando ya comprendió que era allí conocida á fondo, cuando ya notó que no podia engañar á nadie y que se la trataba con poca consideracion, desapareció sin despedirse.

Habia logrado hacer de nuevo la conquista del duque de Lierne : pero este sabia demasiado lo poco que dicha conquista valia, y la dejó por otras mas agradables.

Eugenia se fué á Paris, foco inmenso de corrupcion, y tierra de promision para las aventureras.

Su padre, que habia renegado de ella y cuya severidad se avenia muy mal con las locuras de su hija, cayó en una profunda melancolía, al verla lanzada por completo á la vida airada, separada de su esposo, pobre y privada del afecto de todos: un año despues de haber recibido la noticia de la completa perdicion de su hija, murió lleno de dolor y maldiciéndola en su lecho de muerte como á la autora de los amargos pesares que habian abreviado su existencia.

La baronesa de Clavieres cerró el manuscrito dando por terminada su historia.

—Abuelita mia, dijo Carolina, confieso que me gustan las historias que son muy tristes.

—Ya sabemos, repuso su madre, que tu género favorito es el dramático; es decir, el de la catástrofe.

—A mí, dijo Magdalena, me gusta mas el género dulce.

—O lo que es lo mismo, el *género-verdad*, añadió el baron: si es cierto que hay en la vida catástrofes dolorosas, no lo es menos que esto no es lo comun y que lo regular es lo sencillo: los pequeños acontecimientos traen los grandes resultados, y, por lo tanto, no debemos desperdiciar ningun medio, por insignificante que parezca, para llegar á la felicidad.

—Mi marido tiene razon, dijo la abuela: y además, hijas mias, yo he querido que en este manuscrito esté mezclado el género suave con el que no lo es, y que haya en él grandes pasiones y pasiones pequeñas: los accidentes leves de la vida tienen mucha influencia en nuestro porvenir, porque rara vez se presentan ocasiones de hacer heroicidades: si una mujer no hace brillar sus virtudes, su modestia, su resignacion, en las circunstancias comunes, es decir, en su vida ordinaria, jamás podrá brillar por ellas; porque los grandes acontecimientos no son frecuentes, y cuando se presentan tienen por base algun profundo trastorno social ocurrido en la familia y que trae siempre profundas aflicciones al corazon.

—Eugenia es un ejemplo de esto, observó la señora de Clavieres: si hubiera renunciado á las tentaciones de la vanidad y de la envidia, si hubiera vivido al lado de su familia, tranquila y modestamente, no hubiera sufrido el cruel desengaño de servir de pretexto al amor de la duquesita: si despues, por un culpable alarde de coquetismo, no se hubiera empeñado en arrebatar á su prima el amor de Víctor, se hubiera casado con Claudio, y hubiera llegado al rango que tanto habia ambicionado toda su vida.

Felicia, la modesta, agradecida y laboriosa Felicia, es tambien otra prueba de que Dios nunca deja sin recompensa á la paciencia y á la virtud, y de que todos los hombres, al tratar de elegir una compañera para toda la vida, prefieren á la que las posee.

No olvideis, hijas mias, que la vanidad produce muy amargos frutos: que la envidia es la sombra que ennegrece las mas bellas cualidades del alma, y que la modestia es una de las mas hermosas virtudes.

FIN DE UNA HISTORIA SENCILLA.

VI.

LA MISION DE LA MUJER.

Bueno es que padezcamos algunas veces contradicciones y que sientan de nosotros mal, aunque hagamos bien y tengamos buena intencion: estas cosas de ordinario nos enseñan á ser humildes y nos apartan de la vanagloria.

Porque entonces mejor buscamos á Dios por testigo interior, cuando por defuera somos despreciados y no nos dan crédito.

(Imitacion de Cristo.)

I.

No hace todavía muchos años, hijas mias, empezó leyendo la baronesa, que en un pueblecito de Aragon habia una infeliz familia de labradores tan dividida, tan desgraciada, que el techo de la casa que la cobijaba parecia cubierto con una densa y negra sombra.

El pueblo se llama Cabañas, y la que esto escribe ha pasado en él algunas horas muy dichosas.

Tan alegre aldea parece como coronada por el sol cuando este se levanta y cercada de verdura como el nido de una paloma en medio de un bosque.

Solo tiene una calle larga y dos pequeñas que la atraviesan; pero el campo se ve por todas partes con su risueño y espléndido verdor.

Entre casa y casa, asoman los verdes álamos sus ramas: las

margaritas coronan los tejados, y la golondrina cuelga su nido en las paredes de todos los edificios como una viajera amiga que va á llevar á los que le dan asilo la alegría y la felicidad.

Al final de una de las calles pequeñas ó de travesía, se hallaba la iglesia y, al lado, la casa del señor cura: la vista de esta casita regocijaba los ojos y el corazon.

Junto á la gran puerta, ojiva, vieja y maciza de la iglesia, se veia la que daba entrada á la habitacion del señor cura, que era muy humilde.

Encima de esta puerta habia un balcon pequeño, todo cargado de macetas, y, á los lados, se veian dos rejas, igualmente adornadas de macetas de barro que contenian plantas olorosas de rica lozanía y espléndido verdor.

El balcon lucia todos los primores de un colosal ramillete.

En el mes de mayo, el color de las rosas se mezclaba con la blancura de los jazmines, con el lila pálido y claro amarillo de las pasionarias y con el dorado fuerte de las capuchinas, que se enredaban como una caprichosa, espesa y embalsamada cortina.

Las macetas eran pequeñas, todas de barro colorado, fresco y alegre: una fila ocupaba el piso del balcon, y luego, sobre una tabla, habia otra segunda fila cuyas plantas llegaban al antepecho.

Detrás de aquella cortina, se veia, por las tardes, al señor cura rezando en su breviario; era aquel un anciano alto y delgado, de fisonomía que aun conservaba restos de una gran belleza y el sello augusto del talento, esa brillante luz que ilumina el rostro como un reflejo del alma en que se alberga.

Sus grandes ojos pardos tenian una mirada fija y penetrante como la del águila, pero llena de nobleza y dulzura; su nariz aguileña, su boca de gruesos labios, su espaciosa frente corona-

da de cabellos grises, su barba cuadrada, su tez blanca y rosada, hacian del vicario de Cabañas un tipo que era muy difícil olvidar despues de haberle visto una sola vez.

Su edad pasaba de los ciucuenta y cuatro años: sus manos eran blancas y estaban cuidadas con esmero, pues don Benigno —que así se llamaba el sacerdote—creia que nunca estaban demasiado pulcras las manos que cada dia levantaban á Dios en el altar.

Sus hábitos eran de rica calidad, amplios, elegantes, majestuosos: su rica media de seda en verano, y de fino estambre en invierno, dejaba ver lo diminuto de su pié, que calzaba zapato con hebilla de plata: por debajo de la manga de su sotana salia un rico vuelo de batista.

Don Benigno, hijo de una persona muy rica y de elevada jerarquía, habia visto lo que es el mundo y habia sido militar antes que ministro de Dios: habia disfrutado de todos los placeres de la vida y de la opulencia; pero su espíritu se fatigaba en la ardua lucha que tenia que sostener contra las miserias de la sociedad.

La elevacion de su alma vencia siempre, y don Benigno se quejaba en medio de los mas espléndidos goces materiales: poco á poco, un hastío profundo fué invadiendo á aquel brillante coronel de treinta años, y empezó á disgustarse de todo lo que la vida le daba á manos llenas: se aburria en los festines, en los convites, en los bailes y hasta en los teatros, donde las obras que veia le parecian basadas en falso y sostenidas por recursos ridículos ó exagerados; y era que, para aquel genio colosal, las concepciones del talento eran tan poca cosa que ningun interés podian ofrecerle.

Retiróse del mundo y quiso escribir para aliviar aquella fie-

bre del alma que le devoraba, aquella languidez del cuerpo, aquel hastío doloroso que de todo le traia, y que empezaba á empujarle hácia el sepulcro; se entregó al trabajo mental, esa panacea de los dolores humanos: su pluma dejó las asperezas de lo comun y se remontó á regiones elevadas: un aplauso unánime recibió sus concepciones; pero la envidia fué levantando traidoramente su horrible cabeza detrás de la luminosa faz del entusiasmo: se buscaron defectos á sus obras, se fingió hallarlos, se le ultrajó con sofismas, con sarcasmos, con burlas: los que no le comprendian se indignaron con él, y se levantó una cruzada rugiente y amenazadora contra aquel genio brillante que convertia á todos en pigmeos.

El coronel venció á las turbas, y luego se dijo que el mundo en que vivia no estaba formado para su alma y que habia hecho demasiado en dejarse engañar por tanto tiempo.

Un dia se aseguró en los salones de Madrid que el elegante, el sabio, el valeroso coronel D... habia entrado en un seminario, dejando el casco guerrero por la sagrada tonsura: tal determinacion, tan extraño é impensado acontecimiento llenó á todos de asombro; se achacó á un amor mal pagado y, en efecto, el amor era el que tenia no pequeña parte en su resolucion; pero era el amor no hallado jamás y que en vano habia buscado como él lo comprendia y lo necesitaba.

Una mujer habia subyugado su corazon durante mucho tiempo; pero, por una fatal coincidencia, aquella mujer estaba próxima á casarse y no tuvo bastante decision para romper sus compromisos.

Casada ya, ambos se buscaban como el cuerpo á la sombra sin hablarse, sin cambiar mas que un mudo saludo, una inclinacion de cabeza; pero sus ilusiones cayeron rápidamente al ver

que no guardaba con todos la compostura y frio decoro que con él, y que reia y coqueteaba con los demás con una frivolidad muy general y de buen tono en los salones: fácil conquista le hubiera sido la de Valeria; y, sin embargo, por su misma facilidad le halagaba tan poco, que renunció á ella sin esfuerzo y sin pena, llorando mas bien la pérdida de sus ilusiones que la de una conquista que apenas estimaba.

En fin, aquella alma grande se volvió toda entera á Dios como el supremo consolador de todos los males, como la fuente de eterna salud, como el que ve un puerto largo tiempo buscado y encontrado despues de mil fatigas y tropiezos: don Benigno se abrazó á la cruz de Cristo: se hizo el amigo de los pobres, el padre de los huérfanos, el protector del desvalido; y, deseando la calma y la soledad, pidió y obtuvo aquel curato de aldea, al que le siguió su madre, que sentia haberle visto tomar semejante partido, porque le cerraba el brillante camino de la vida, y á la par se alegraba de que le hubiera elegido, porque le ponia á salvo de mil sinsabores que ya le habia visto sufrir.

Durante diez años le acompañó la virtuosa anciana en su voluntario destierro: al cabo de este tiempo, el ángel de la muerte descendió á la tierra y agitó sus alas sobre la frente venerable de la madre del vicario, llevándose al cielo su alma.

Aquel era el último lazo que unia al mundo á don Benigno: mucho lloró la pérdida de su amada madre: él mismo la envolvió en su sudario y la colocó en un modesto sepulcro de mármol blanco, símbolo de la pureza con que aquella noble señora habia vivido: sobre la piedra tumularia habia grabada una corona de duquesa, esculpida en oro : era el postrer tributo consagrado á la elevada clase en que Dios habia querido colocarla.

El sepulcro se halló siempre cubierto y rodeado de flores, que

llevaban, no solo el hijo, sino tambien las labradoras á quienes la anciana señora habia socorrido y consolado en sus adversidades.

Don Benigno olvidó hasta la última memoria de su corona ducal: ya no quedó de ella otro resto que la corona que adornaba la tumba de su madre.

Una labradora de edad madura, viuda y pobre, pero aseada y limpia, fué á cuidar del señor cura: su hijo, que era pasante de la escuela con una peseta diaria, que le daba el maestro, servia de sacristan y de ayuda de cámara de don Benigno.

Cabañas no volvió ya á conocer ni el hambre, ni la escasez.

Ardia una casa, y el señor cura daba para levantarla de nuevo.

Se perdia la cosecha, y el señor cura indemnizaba á los labradores.

Habia enfermedades en una familia, y el bolsillo del señor cura estaba pronto para atender á los gastos necesarios.

En una palabra: don Benigno era la providencia del lugar: pero no una providencia con zapatos rotos, sotana grasienta y manteo remendado.

Verdad es que don Benigno era muy rico y podia vestir bien; pero, aunque hubiera sido muy pobre, jamás hubiera sido su aspecto indigno y miserable, sino aseado y pulcro.

Su dignidad le hubiera impedido ir haraposo, pues uno de los axiomas que mas procuraba inculcar en el ánimo de sus feligreses era que el que no se respeta no merece ni tiene que esperar el respeto de los demás.

Nunca, ni antes ni despues de pertenecer á la iglesia, habia pensado en agradar á nadie al hacer su *toilette*, sino en complacerse á sí mismo: se vestia por su propio decoro y no para parecer mejor ó peor.

Limpiaba su hermosa dentadura; cuidaba sus manos, que eran muy bellas, y llevaba sus hábitos talares cortados por el mejor sastre de Madrid.

La elegancia en aquel sacerdote era una segunda naturaleza: don Benigno era elegante en sus pensamientos, en sus maneras, en su traje y en todas sus acciones.

Pasaba muchas horas del dia leyendo ; no pocas en oracion; dos paseando, y las restantes visitando á sus enfermos y á sus pobres.

Recibia casi todos los periódicos y libros que en Paris y Madrid se daban á luz, y juzgaba sus páginas con una lucidez tan sorprendente , que le hubiera dado, á haber hecho públicos sus fallos, la fama del mas consumado crítico.

Dirigia cada dia al pié del altar una breve alocucion á sus feligreses, y cuando predicaba sus sermones de cuaresma ó de las festividades de la Vírgen, iba gente á Cabañas de lejanas poblaciones y hasta de Madrid.

Era su elocuencia la dulce y persuasiva del sacerdote sabio y virtuoso, del hombre que ha sufrido mucho y que todo lo espera de la divina misericordia, creyéndola la única fuente de paz y de felicidad.

En su casa era alegre y sencillo como un niño: la señora Andrea y Tiburcio, su hijo, le adoraban y decian que, al entrar en casa don Benigno, entraba un rayo de sol, que sin él se hallaban como á oscuras y que solo su vista les hacia dichosos.

En la comida era sobrio, y de tal suerte , que apenas se comprendia que viviese con tan poco alimento ; pero , aunque comia manjares muy ordinarios, le agradaban bien hechos, y ante todo condimentados con un aseo exquisito.

Su mesa estaba servida con modestia : la ropa blanca era casi

pobre; la plata, no muy abundante, pero brillaba de tanto limpiarla: la vajilla era blanca, de porcelana, con ligeros filetes dorados.

A su mesa tenia muchos dias á tres ó cuatro niños, aseados de antemano por sus padres con especial primor, y cuando, al andar por la calle, las labradoras querian impedir á sus hijos que le molestasen por el afan de apoderarse de su mano para besarla, el bondadoso sacerdote decia imitando al divino Maestro:

Dejad á los niños llegar hasta mi.

Tal era don Benigno, en cuyo retrato quizá me he detenido demasiado; pero le copio del natural, y lo hago con tanto placer, que todavía me estaria hablando de él mas tiempo, si el curso de mi historia no me exigiese ya que dé á conocer á nuevos personajes.

II.

Hácia el fin de la misma calle en que estaba situada la iglesia y en que habitaba el señor cura, habia una casa de buena apariencia, habitada por uno de los labradores mejor acomodados de la aldea y aun del contorno.

Este labrador se llamaba Juan Pedro, siguiendo la devota costumbre de muchos del pais que adoptan el nombre de los dos apóstoles.

Tenia dos hijas y un hijo, y además una mujer que era para la familia, segun decian todos, una cruz de las mas pesadas que Dios puede enviar á una casa.

En efecto, Lorenza,—este era su nombre,—hacia diez años que estaba privada de la razon: su locura, muchas veces pacífica y melancólica, era en otras ocasiones violenta y casi furiosa: la

infeliz gritaba, se golpeaba contra las paredes de su cuarto, ahullaba, gemia y acababa por acurrucarse en un rincon, yerta de fatiga y de espanto y presa de un temblor convulsivo.

¿Por qué habia perdido el juicio aquella mujer desdichada?

Nadie sabia mas que una causa para justificar tan horrible desgracia: su madre, que vivia en una casita inmediata y que habia sacado uno de los premios mayores en la lotería de Madrid, amaneció un dia muerta y robada.

Desde entonces, como si el cielo hubiera querido compensarla de la muerte de su madre, su casa empezó á prosperar, y bien pronto llegó á un estado, no solo de comodidad, sino hasta de riqueza.

Lorenza, hija única de una madre tierna y buena como pocas, cayó en una tristeza profunda, y pocos dias despues en una demencia espantosa.

El mayor de sus hijos era un muchacho de veinte años y hermosa presencia, que se llamaba Antonio.

Trabajaba con ahinco para el adelanto de la casa, tanto porque era algo ambicioso, cuanto porque se queria casar con Gregoria, la hija del molinero, que era mucho mas rica que él.

Despues de esta cualidad, recomendable hasta cierto punto, todas las demás del carácter de Antonio eran poco dignas de alabanza.

Orgulloso, pendenciero, maldiciente, gloton y dotado de un genio violento, áspero y despreciativo, era generalmente malquisto en la aldea: tenia pocos amigos, y estos de tan mala cabeza como él, á los que dominaba y manejaba á su gusto: solo á su padre, cuyo carácter duro y brutal conocia, tenia miedo: y era que, cobarde, como por lo regular lo son todos los malos, se doblegaba á una fuerza mayor que la suya.

La segunda hija de Juan Pedro se llamaba Lucía : todo el pueblo se la envidiaba á su padre y todos admiraban su graciosa belleza, que era verdaderamente notable.

Tenia la tez morena, los ojos negros como los cabellos, cuyas largas trenzas bajaban, al desprenderse, hasta el borde de la falda que vestia.

Su nariz era delgada, la boca lindísima, la frente estrecha y llena de gracia: respiraban sus facciones la alegría, el descuido, la felicidad; todo lo que, al pensar en su estado, no hablaba muy en favor de la sensibilidad de su alma.

Lucía tenia diez y siete años : era bastante alta y vestia con primor: no porque su padre fuese muy espléndido con ella, sino porque ella era primorosa en el arreglo de sus galas, y porque su hermano Antonio le daba de vez en cuando alguna cantidad de sus ganancias al juego.

Exceptuando lo que trabajaba en el arreglo de sus trajes y de los de su hermano, Lucía no hacia nada mas que componerse, hablar con las vecinas, reirse y cantar.

Todos los quehaceres de la limpieza, de la cocina, del cuidado del establo, estaban á cargo de Teresa, la hija menor de Juan Pedro, que cuando perdió su madre la razon contaba solo cuatro años de edad.

En el momento de darla á conocer en esta historia, tenia ya catorce; pero agobiada de trabajo, olvidada de todos, enfermiza, doliente y contrahecha, la pobre Teresa no aparentaba ni once con su exigua talla.

Era jorobada, pequeñita, endeble y de aspecto tan triste, que causaba pena al mirarla.

Su cuerpo, envuelto en harapos, parecia demandar el descanso y la piedad : y sin embargo, su padre le mandaba cada cosa

que queria que hiciese con un puntapié, y su hermano le daba dos por la causa mas insignificante.

Teresa se levantaba antes del dia, iba al fogon, encendia la lumbre y hacia el almuerzo para toda la familia: cuando el calor abrasaba la tierra; tenia que hacer tambien el de los segadores ante la hoguera que le quemaba el rostro y la hacia sudar con una angustia mortal.

Los trabajadores, despiadados y duros de corazon, por el hecho de estar sujetos á una faena superior á sus fuerzas, ó se reian de la *rata*,—así llamaban á Teresa,—ó se enfadaban con ella poniendo faltas al almuerzo, reconviniéndola con aspereza y diciéndole mil cosas groseras é insultantes denuestos.

Teresa, fatigada y afligida, se metia en el camaranchon que ocupaba detrás de la cocina, y se ponia á llorar con desconsuelo.

Cuando ya todos los trabajadores salian al campo, tenia que dar el almuerzo á su padre y á sus hermanos: estos, si el manjar estaba á su gusto, no decian una sola palabra en su alabanza; pero si tenia una falta, por leve que fuese, le disparaban un sinnúmero de amenazas.

—¡Si otra vez me das así esta tortilla, te confundo de un puntillon, mal bicho! le decia su padre.

—¿No habia sal en la tienda? Pues podias haber ido á comprarla, gruñia Lucía dándole un puñetazo.

—¡Ya podias haber hecho cocer mas estos torreznos, escuerzo! añadia Antonio tirándole de una oreja.

Teresa bajaba la cabeza, callaba y seguia sirviendo á su inhumana familia.

Así que su padre y su hermano salian de casa para ir al trabajo, y que Lucía se iba á peinar, Teresa subia á los graneros y abria una puerta que daba á un cuarto abohardillado: al subir,

llevaba siempre en la mano un plato con una jícara de chocolate rodeada de rebanaditas de pan.

En dicho cuarto estaba la loca.

Generalmente, Teresa la hallaba echada en la cama boca arriba y con los ojos muy abiertos.

El aspecto de Lorenza era casi espantoso : su delgadez habia llegado al extremo de hacerla semejante á un esqueleto : ya no habia rastro alguno de belleza en su semblante tan perfecto en otro tiempo: Lorenza habia sido mas hermosa que su hija mayor; pero entonces el verla causaba espanto.

Tenia el pelo cortado al rape: las mejillas tan flacas, que cada una formaba un hoyo muy grande : los labios tan delgados, que dejaban ver todos sus dientes blancos y agudos.

Sus ojos, negros, parecian salirse de las órbitas por los accesos de furiosa locura que de continuo les hacian revolverse con las agitaciones del delirio: y sin embargo, cuando tenia algun intervalo lúcido, aquellos ojos estaban bañados de una ternura infinita: en sus cabellos cortados habia ya muchas canas, á pesar de que la infeliz solo contaba cuarenta años.

La estancia no podia ser mas miserable en su aspecto y en sus accesorios: el catre de tijera de la loca tenia las sábanas y el cobertor desgarrados: una mesa y un banquillo, clavados en el suelo, eran todos los muebles de comodidad de la pobre Lorenza.

En tanto que la desgraciada demente vivia en el seno de aquella miseria espantosa, su hija mayor y su hijo gastaban cuanto querian y lo pasaban con la mayor esplendidez, viendo la vida por su lado rosado y venturoso: el mismo Juan Pedro se regalaba á mas y mejor, y, aunque silencioso y sombrío, se pasaba en casa las horas de frio de la madrugada y de la tarde en el invierno, así como las de calor muy fuerte en verano.

En estas horas, Teresa, semejante á una hormiga, iba y venia, fregaba y limpiaba la casa desplegando una actividad admirable: temerosa de despertar lás iras de su padre ó de su hermana, hacia el menor ruido posible, y hasta cuando subia á sus respectivos aposentos para mullirles la cama, trabajo que rendia sus brazos infantiles, se hacia todo lo mas chiquita posible para que no la vieran y tropezasen con ella.

Daba compasion el ver á aquella pobre criatura, escuálida y contrahecha, entregada á las mas rudas faenas, y algunas veces llorando bajo el peso de su inmensa fatiga.

En todo tiempo, llevaba un vestidillo de indiana agujereado en mil partes, los piés descalzos y sin pañuelo ni abrigo alguno, ni aun en los dias mas crudos del invierno.

Su padre le profesaba una especie de odio profundo ó interesado: sus hermanos la miraban como á un animal que tenia la obligacion de servirles.

Lucía tenia novio : la pretendia Casimiro , el albéitar, mozo rumboso, lechuguino y gran bebedor, no menos que gran tocador de guitarra.

Gregoria, la hija del molinero, tenia sorbido el seso á Antonio y le seducia con su enorme talla y crecido dote.

Juan Pedro pasaba algunos ratos en compañía de Braulia la tabernera, viuda de cuarenta años, con mas bigotes que un granadero, y que, segun decian malas lenguas, habia muerto á su marido de una navajada.

Con aquella amistad, estaban el señor cura, el alcalde y todo el pueblo muy descontentos: pero ya duraba hacia años y no llevaba trazas de acabarse en la vida.

Resultado de todo era que Juan Pedro, Lucía y Antonio vivian á su gusto, y que en la casa habia otros tres seres muy desdichados.

Estos eran la loca, la jorobadita y Leon, un viejo mastin al que todos pegaban y que se hubiera muerto de hambre en pago de sus buenos y leales servicios, á no haberle dado de comer Teresa á escondidas de su familia.

Era una noche de diciembre, y el pobre perro, que se habia echado al sol durante la tarde, se habia quedado en la calle al cerrar la puerta: aullaba de frio, y Antonio, incomodado de oirle, salió con un palo y le castigó cruelmente, dejándole fuera otra vez.

Mientras que esto sucedia, estaba Teresa dando de cenar á su madre: hallábase la loca sentada en el borde de su lecho, y su hija en pié, delante de ella, le iba dando algunas cucharadas de potaje, único alimento que destinaba su familia á aquella desventurada.

Al oir los aullidos de Leon, desvió esta la manecita que le acercaba el alimento y preguntó:

—¿Eres tú mi niña Teresa?

—Sí, madre mia, respondió la jorobadita, de cuyos ojos caian dos lágrimas al ver que no podia evitar el castigo que imponian al perro.

—¿De veras? volvió á preguntar la loca mirando con avidez á su hija.

—Yo soy Teresa, madre mia.

—¿La que era tan querida de mi madre porque era contrahecha?

—La misma.

—¿Conoces á Leon?

—Sí, señora.

—¿Es ese que llora?

—¡Ay! ¡Sí, madre mia!

—¿Por qué llora?

—Porque le pegan.

—¿Y qué ha hecho?

—No lo sé, madre.

—Pues yo sí: mira, yo creo que tú no eres mi Teresita: á aquella me la mataron... eres un ángel que Dios me envia para que me cuide; pero no importa, te diré lo que necesito decirte: yo sé por qué le pegan á Leon y le matarán: porque en aquella noche... en aquella noche terrible... queria matar á Juan Pedro!

La niña se estremeció como siempre que su madre hablaba de este modo: no comprendia lo que queria decir; pero su sangre se helaba al oir las misteriosas palabras de la loca.

El pobre perro seguia aullando.

—Anda, ángel mio, dijo Lorenza: tú que tienes la cara de mi Teresita, corre á buscar á Leon y tráemele aquí: mi madre le estimaba mucho: ella le crió y yo no quiero que le maten.

—¡Ay, madre mia! exclamó Teresa: ¡yo no puedo traer á Leon! ¡Ya oye usted cómo se queja y ve la pena que me causa; pero me es imposible evitarle los golpes!

—¿Y por qué?

—Porque me pegarian á mí, y me pondria enferma, y no podria cuidar á usted.

—¿Y quién te habia de pegar?

—Mi padre y mis hermanos.

—¿Quién es tu padre? ¿Es Juan Pedro?

—Sí, señora.

—¿Y tus hermanos?

—Lucía y Antonio.

—Anda, corre á buscar al perro, dijo la loca con acento imperioso: no te detengas: quiero tenerlo á mi lado.

Teresa se puso á temblar.

¿Cómo habia ella de obedecer á su madre?

¿Cómo habia de exponerse á la cólera de su hermano, que estaba enojado con el perro y que se oponia á que entrase?

El sudor frio de la angustia corria por su frente.

La loca rehusó la cucharada que la niña iba á ponerle en la boca y repitió:

—El perro llora: tráemelo en seguida.

Teresa alzó los ojos al cielo y se dirigió á la puerta: en el fondo de su alma pedia fervorosamente á Dios que la socorriese y le diese valor para complacer á su madre.

Bajó quedito: su padre y su hermano habian salido; aquel para ir á casa de la viuda, este para ir al molino.

En la cocina habia algunas muchachas, amigas de Lucía, charlando alegremente con ella.

Teresita respiró y rezó una Ave-María á la Vírgen.

Se dirigió á la puerta de la calle y la abrió con todo el silencio posible: el perro estaba echado á la parte de afuera, recibiendo la helada que caia; pero, amedrentado por los golpes, no se atrevia á quejarse.

Teresa dijo con su dulce vocecita:

—¡Leon! ¡Ven, Leon!

El perro saltó al patio con mayor ligereza de la que se podia esperar de su vejez.

—¡Calla y no hagas ruido ninguno, mi pobre Leon! dijo Teresa cruzando el patio y dirigiéndose á la escalera de tierra que conducia al cuarto de la loca: calla y sígueme: te ocultaré allá arriba... donde está mi madre y donde tengo aquel bonito libro que me dió Tiburcio: allí estará todo lo que me gusta y todos los que me quereis.

El animal, como si entendiera estas palabras, siguió en silencio á la jóven, que sin otra luz que el débil rayo de luna que penetraba por un agujero que habia en la escalera, la subió seguida del animal.

—Madre, dijo al llegar á la puerta, al fin le he podido traer á usted á Leon.

La loca se levantó del lecho, y á la luz del veloncillo que ya estaba ardiendo sobre la mesa, vió á su hija y al perro: entonces dejó escapar un grito de alegría y se adelantó hácia Leon.

El animal la reconoció al instante y se acercó á ella meneando la cola y dejando escapar dulces aullidos de alegría: hacia que no la veia cuatro años, y, sin embargo, la habia reconocido.

Lorenza se arrodilló delante de él y empezó á hablarle con tanto juicio como si le hubiera tenido sano.

—¡Sí, tú eres Leon! exclamó: ¿pero qué flaco y qué malo estás! ¡Y qué bonito eras cuando mi madre te trajo á casa! ¡Cómo corrias por el campo! ¡Cómo jugabas con Lucía y con Antonio! ¡Y luego, cuánto querias á mi Teresita, que era tan pequeñita y tan delicada! ¿Te acuerdas de Teresa, Leon? Mi madre me decia:—A esta hija debes quererla mas que á los otros, Lorenza, porque es mas desgraciada: por eso he querido tenerla en la pila y que se llame como yo: los otros no necesitan de nadie para ser felices y esa sí: no la castigues nunca, ni la hagas trabajar mas de lo que pueda ó quiera.—Esto decia mi madre, que era tan buena: ¿te acuerdas, Leon? Tú vivias con ella y eras su única compañía; y aquella noche en que la mataron quisiste matar al asesino... bien te portaste, querido Leon; y Juan Pedro llevará, mientras viva, la señal de tus dientes en su brazo derecho... ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡La llevará mientras viva!

Teresa sintió que su sangre se helaba, como siempre que su madre aludia á aquel acontecimiento, impenetrable para ella: la infeliz creia que sus palabras eran hijas de la demencia, y, sin embargo, un sentimiento de terror la hacia estremecerse.

Entonces recordó vagamente que su padre tenia en el antebrazo derecho la señal ya cicatrizada de una gran mordedura que le habia hecho, segun se decia, un perro de una granja vecina.

¿Se la habia hecho el perro de su abuela?

En este caso, ¿por qué disfrazar la verdad?

¿Habria algun misterio sangriento oculto bajo las palabras de su madre?

Teresa tenia ya catorce años y discurria como una mujer: además, la desgracia madura el raciocinio, y Teresa era la mas desgraciada criatura del mundo.

Como si la razon de la loca se hubiera reanimado al calor de los recuerdos, se volvió hácia la jorobadita, se sentó en la silla y la puso sobre sus rodillas.

—¡Dios mio! ¡Teresita de mi corazon! ¡Qué flaca estás! exclamó cubriéndola de besos. ¿Qué tienes? ¡Habla! ¡Tú eres mi Teresa, te reconozco! ¡Estos son los hermosos ojos de mi madre, su frente santa y tranquila, su boca sencilla, en la que jamás estuvo la mentira!

Teresa oia hablar á su madre con profunda admiracion: su lenguaje culto era el lenguaje de los libros que leia, y no se parecia en nada al tosco de su padre y de sus hermanos: en los ojos de la loca brillaba una ternura infinita: en sus facciones todas se retrataba una triste ternura: por entonces, al menos, habia recobrado la razon.

De repente gruesas lágrimas empezaron á correr por sus me-

jillas: habia reparado en la horrible desnudez, en los harapos que apenas cubrian el cuerpo flaco de su hija.

—¡Pobrecita mia! ¿Por qué vas así? exclamó: ¿no tienes otros vestidos? ¿Tu hermana se los guarda todos para ella? No lo dudo, porque tiene el alma de tu padre: nadie te cuida, nadie te protege, nadie te ama, ¿es verdad? Déjame salir de aquí: ¡tu madre vive y te cuidará, Teresa mia! Para mí no eres fea ni contrahecha: para mí eres la hija de mis entrañas: vamos, vamos... yo soy hija, no de labradores toscos, sino de un hombre noble y honrado á quien la desgracia condujo á la pobreza y á la muerte: mi madre y yo vinimos á este pueblo para vivir con lo menos posible; pero yo era una señorita y sabia leer, escribir y dibujar: todo esto te enseñaré á tí, hija mia, y peinaré tus hermosos cabellos rubios, y te lavaré, y te cuidaré con esmero.

Apagóse la voz de Lorenza por la fatiga misma de sus emociones: la infeliz se dejó caer sobre el lecho, cerró los ojos y se quedó dormida con un sueño tranquilo.

Leon subió á la cama y se acostó á los piés, despues de haber comido los restos de la cena de la loca, que le dió Teresa.

Esta tomó la luz, bajó quedito y se metió en su camaranchon, especie de agujero que habia al lado de la puerta de la cocina, y en el cual tenia una miserable cama, que se componia de un jergon y una manta muy vieja.

Se acostó; pero el frio, la fatiga y las revelaciones confusas, pero aterradoras de su madre, ahuyentaron el sueño de sus ojos.

Alguna cosa terrible se agitaba en su cerebro.

Eran las espesas sombras de su pasada ignorancia con la claridad de su razon.

Temblaba sin saber por qué.

Pensaba en su madre, y lloraba.

Pensaba en su padre, y se sentia helada de terror.

Mucho rato despues de estar acostada, oyó la puerta de la calle y el paso pesado de Juan Pedro.

Poco despues llegó Antonio.

—El perro no está á la puerta, observó este: ¡tal paliza le dí!

—Si vuelve, le atas al cuello una piedra y al rio con él, dijo Juan Pedro con su voz hueca.

Teresa rezó una Salve á la Vírgen y le pidió que no le ocurriese á Leon bajar del camaranchon de su pobre madre.

La infeliz niña no tenia, ni confiaba en otra proteccion que en la de la Vírgen; pero en esta tenia una confianza ilimitada.

III.

Era una clara noche de enero, tan fria, y, por decirlo así, tan transparente, que las estrellas parecia que brillaban mas que otras veces en la nítida pureza de la atmósfera.

Helaba.

La luna se alzaba sobre la espesura del bosque á la manera que en la sagrada selva de los Druidas; empero las aves no se oian, porque la mayor parte de ellas habian ido á buscar otro clima mas suave.

El bosque era de olivos y pertenecia á Juan Pedro, á quien le daba cada año muchas arrobas de aceite, que despues se convertian en dinero.

Mas lejos del olivar, un grupo de álamos alzaba su ramaje descarnado y seco, al parecer, por los rigores del invierno.

Al pié de aquellos álamos brotaba una fuente, produciendo un agradable murmullo.

El señor cura se hallaba en su cuarto, sentado y cenando en su modesta y elegante mesa, que le servia la señora Andrea, su ama y criada, todo en una pieza.

Era esta una mujer no muy alta y bastante gruesa, colorada y risueña, ostentando esa alegría que nace de una alma pura.

Tiburcio estaba en pié detrás de la silla de don Benigno: su madre enfrente y tambien de pié.

—Este brasero tenia hoy demasiado fuego, dijo el vicario, señalando debajo de la mesita en que comia: Andrea, mañana enciéndame usted la chimenea: es un lujo al que mi salud no quiere renunciar: hoy me duele mucho la cabeza.

—Mañana, señor, para cuando usted se vista, tendrá Tiburcio encendida la chimenea con un buen tronco: ¿pero no prueba usted siquiera ese pollo?

—No tengo gana.

—¡Qué! Se va usted á quedar con la verdura.

—Solo: eso me basta.

—¡Vamos, anímese usted!

—No puede ser.

—¡Pero, señor, se va usted á poner malo si da en la manía de comer tan poco!

—No lo creas, Andrea: lo que pone enfermo es comer sin apetito: mire usted, este pollo le vendrá muy bien á la pobre Lorenza la loca.

—Bien, pero..

—Que se lo lleve Tiburcio mañana por la mañana.

—Así se hará, señor.

—Ahora me voy á dar un paseo.

—¡Un paseo! ¡Con el frio que hace!

—Me embozaré bien en la capa: tengo que rezar, y lo hago

mejor en el campo que en casa: allí veo el cielo, y me parece que estoy mas cerca de Dios.

—Así me pasa á mí, dijo Tiburcio; cuando voy al campo, se me pasa todo el mal humor.

—Tú no debes tener nunca mal humor, observó gravemente la señora Andrea: ¡mire usted, á los diez y siete años, qué penas puede tener él!

—A nadie le faltan penas, madre: cuando veo á la pobrecita Teresa ir á lavar al rio con la helada, jorobada, y con un saco de ropa mas alto que ella...

—Dolor es, por cierto, dijo la señora Andrea: quien ha conocido á su madre, como yo, lo puede sentir mas que tú, hijo mio. Lorenza era una jóven como pocas, educada á lo fino en la ciudad, y tan hermosa como buena: la pobre pagó caro su empeño en casarse con Juan Pedro, que ha tenido siempre un geniazo como un Neron; pero era tan buen mozo, que Lorenza se enamoró de él como una loca.

—Aquí está la capa, señor cura, dijo Tiburcio poniéndola sobre los hombros del vicario: ¿quiere usted que le acompañe?

—No: me gusta y necesito la soledad: hasta dentro de un rato.

Don Benigno salió.

Iba triste y cabizbajo.

Pensaba, desde hacia algunos dias, en la suerte de una criatura miserable; de una pobre niña desgraciada: en la suerte de Teresa, que queria aliviar sin saber cómo lograrlo.

Habia oido contar tantas cosas acerca del mal trato que se daba á aquella criatura, y la habia visto, aunque de lejos, en tan deplorable estado, que aquella inmensa desventura en el pueblo que regentaba, aquella injusticia bárbara tenian su corazon profundamente contristado.

Al salir de su casa, tomó el camino del olivar, y se internó en él á paso lento.

Antes de rezar, queria meditar.

Trataba de arrancar á Teresa del poder de su padre cruel y llevarla á su casa; pero la niña tenia ya catorce años, y, aunque contrahecha de cuerpo, su cara era extremadamente bella.

Tiburcio contaba diez y siete años y vivia tambien en su casa.

Además, su padre podia negarse á que se llevaran á su hija.

Pensaba ponerla en una casita con su madre, la loca; pero igualmente se podia negar Juan Pedro á dejar á la madre y á la hija.

No hallando solucion posible, quiso pedir á Dios que le iluminara: se sentó al pié de un árbol cerca de la fuente y de cara á la luna: alzó al cielo los ojos y empezó á orar.

A su espalda, y distante solo unos pocos pasos, corria el rio con sordo rumor.

El ministro de Dios sintió descender la calma á su espíritu en medio del augusto silencio de la noche, y olvidó los dolores de la tierra y sus miserias para remontarse al cielo en alas de su fervorosa oracion.

De repente oyó un ruido como de pasos leves: se volvió, y vió una figurita que se adelantaba con lentitud.

Aquella figurita se inclinaba hácia el suelo, y parecia que, aprovechando la luz de la luna, buscaba y recogia algo: no podia ser otra cosa que pedazos de leña seca.

Don Benigno se hallaba sentado y la contemplaba absorto: cuando se aproximó mas á él, reconoció á la pobre jorobadita, que era todavía menos que una mendiga, puesto que no tenia ni aun el recurso de la limosna.

La desventurada criatura temblaba de frio bajo su haraposo y miserable vestido: llevaba, segun costumbre, los piés casi descalzos, y de cuando en cuando alzaba hasta la boca su mano derecha para calentarla con su aliento.

A la luz de la luna, y cuando ya estuvo cerca de él, el señor cura vió que llevaba un hacecito de sarmientos.

Pasó cerca de la fuente, dejó junto á ella la leña, y se sentó como desfallecida y abrumada de cansancio.

Entonces el señor cura oyó una vocecita débil y dulce que expresó algunas quejas llenas de angustia y desesperacion.

—¡Oh, Dios mio! exclamó la voz: ¿por qué no me sacais del mundo donde tan desgraciada soy? ¡Nadie me quiere, ni tengo á quien querer tampoco! ¡Todos me maltratan! ¡Estoy yerta de frio! ¡Tengo hambre! ¡Dios mio, yo quiero morirme para descansar, porque ya no me es posible sufrir mas!

Teresa pareció como extraviada por el amargo peso de sus reflexiones, y se levantó tambaleándose; pasó por junto el haz de su leña, que era ya bastante abultado, y echó á correr con direccion al rio.

El vicario la siguió.

Así que llegó á la orilla, Teresa se arrodilló é hizo una corta oracion á media voz: levantóse despues y extendió los brazos para arrojarse al agua.

Una mano fuerte la contuvo.

Teresa se volvió, reconoció al señor cura, y se quedó delante de él muda y temblando.

—Dios te dió la vida, y sólo Dios puede quitártela, hija mia, dijo don Benigno: la tierra es el tránsito para la eterna patria: caminemos con paciencia.

Dichas estas palabras, el sacerdote asió la helada mano de la

EXTENDIÓ LOS BRAZOS PARA ARROJARSE AL AGUA; UNA MANO LA DETUVO.

niña y se dirigió con ella hácia el sitio donde habia estado sentado.

—Mira ese estrellado cielo, dijo á Teresa: esa blanca luna, esta naturaleza tranquila y majestuosa: por dolorida que esté tu alma, ¿no te dice nada el augusto silencio de la noche? ¿No oyes en el espacio el himno consolador y celestial de la naturaleza? Aprende, hija mia, á elevar el pensamiento y sepárate de las miserias de la tierra para contemplar las grandezas del cielo.

—Señor, murmuró Teresa: mi madre está loca: mi padre y mis hermanos me maltratan de suerte, que á veces no puedo sufrir tanta angustia: trabajo mas de lo que mis fuerzas me ayudan: ¿qué haré?

—¿Quieres venirte á mi casa? preguntó el señor cura: vivirás como si fueras hija mia y estarás bien cuidada.

—¿Y mi madre? preguntó Teresa: ¿cómo abandonarla, señor? ¿Quién velará por ella?

—¿Cómo es que no pensabas en eso cuando tratabas de darte la muerte?

La pobre niña bajó la cabeza.

—Vive para ella, prosiguió el señor cura: este es tu deber: la mision de la mujer es consolar y aliviar á todos los que sufren en torno suyo: Dios le ha dado una pesada cruz, pero le guarda, en cambio, una hermosa palma: ahora vamos á tu casa; yo te acompañaré.

El vicario asió el haz de leña, y, seguido de la atónita Teresa, tomó el camino de la casa de Juan Pedro.

IV.

Cuando llegaron á casa de su padre, Teresa empujó la puerta,

que estaba entornada, y entró seguida de don Benigno, que iba cargado con el haz de leña.

Eran cerca de las diez: en la cocina se hallaban Juan Pedro y su hija Lucía, que hablaba con otra jovencita de aspecto risueño y feliz.

Esta jóven era hija del herrero y se llamaba María.

Tenia solo un año mas que Teresa y era mucho mas alta que ella.

El herrero era el mejor hombre del pueblo.

Tenia seis hijos, á los que habia criado con el único auxilio de un honrado é incesante trabajo.

María era la mayor y la que ayudaba á su madre en las faenas de la casa y en el cuidado de sus hermanos.

La señora Petra, esposa del herrero, era una de esas mujeres buenas, amantes y cristianas, que aman á su familia sobre todas las cosas, y que no tienen mas mundo que su esposo y sus hijos; ni la señora Petra concebia que hubiera otro que el que se encerraba bajo el cielo de Cabañas, en donde tenia sus alegrías y sus dolores.

Reducíanse aquellas á cuidar á sus hijos y á su Cristóbal; y los segundos á sentir cuando veia enfermos á estos seres que le eran tan queridos.

La señora Petra y el señor Cristóbal adoraban á su hija María: habíanse casado muy enamorados, y aquella primera hija resumia para ellos todas las alegrías de su amor: además, era tan buena y tan bonita, que, como su padre decia, era preciso quererla.

Otras dos niñas y tres muchachos formaban el total de la prole del herrero.

El buen hombre, en pié, delante de la fragua desde que Dios

enviaba al mundo la primera luz, machacaba el hierro y cantaba con toda la aficion que cabia en su robusto brazo y su alegre carácter.

Los dos muchachos mayores seguian el oficio de su padre : el menor iba á la escuela, donde aprendia con Tiburcio á escribir, á contar y la gramática: el maestro apenas se entendia con aquel discípulo, que, en cambio, se entendia á las mil maravillas con Tiburcio.

Como el herrero vivia en la misma calle que Juan Pedro, María se habia criado con los hijos de este último y habia tenido gran amistad con Teresa, que, como queda dicho, solo contaba un año menos que ella ; pero la suerte de la pobre jorobada se habia ido ennegreciendo, al paso que el horizonte de la vida de María permanecia cubierto de rosados matices.

Esta era adorada de su familia.

Teresa odiada de la suya.

Ocupada en servir á todos, en trabajar mucho mas de lo que sus fuerzas permitian, y en cuidar á su madre, Teresa dejó de jugar.

Un dia que iba á comprar pan, vió á María á la puerta de su casa.

—Ya no me quieres, le dijo esta con acento de queja amistosa.

—Como siempre, respondió dulcemente la pobre Teresa.

—¿Por qué no vienes á jugar conmigo como antes?

—Porque no puedo.

—¿Y por qué no puedes?

—Porque tengo que trabajar.

—¿Tú?

—Ciertamente.

—Yo tambien trabajo : coso, cuido de la ropa blanca de mis hermanos; todo el dia estoy ocupada.

Teresa calló : sus abrumadores quehaceres eran muy distintos de los que ocupaban á la feliz María; mas para hacerle entender esto, tenia que culpar á su hermana y preferia guardar silencio.

Poco á poco se fué aflojando aquel dulce lazo de la infancia, y al fin fué completamente desatado.

María, buena, pero risueña y descuidada, no simpatizaba mucho con el aspecto triste de Teresa , y se fué apegando á Lucía, que era, como ella, bonita, coqueta y alegre.

La desgracia silenciosa y resignada atrae las simpatías de los que sufren tambien ó han sufrido mucho ; mas para las personas que son felices , para las que tienen un carácter alegre, es muy desagradable compañera.

Cuando era niña, Teresa entraba en casa del herrero y pasaba allí algunos ratos; pero á medida que fué creciendo, su deplorable suerte llegó á avergonzarla, y huia de todos, no solo por no quejarse de su familia , sino por no presentarse á nadie tan miserablemente vestida.

Como se ve, Teresa iba siendo en el mundo una pobre paria olvidada de todos.

Al entrar don Benigno en la cocina llevando en la mano el haz de leña, todos se levantaron con respeto.

El mismo Juan Pedro, cuyo habitual ceño era sombrío, desarrugó la frente y trató de ensayar una sonrisa.

Teresa, asombrada y temerosa , se fué á sentar en el rincon mas oscuro.

—Señor Juan Pedro, dijo el vicario : necesito hablar á usted á solas, y le suplico que me conceda media hora de conversacion.

El labrador, bastante contrariado, hizo una señal á Lucía y á la hija del herrero, que salieron de la cocina.

—Y tú, mal bicho, dijo Juan Pedro dirigiéndose á su hija menor, véte á acostar ahora mismo.

Teresa salió de la cocina.

Volviéndose despues al vicario, el labrador añadió:

—Ya estamos solos y puede usted decirme lo que guste.

El cura iba á sentarse; pero Juan Pedro le dijo:

—Arriba, en mi cuarto de dormir, estaremos mejor.

—Este sitio le habia parecido á usted bueno antes de venir yo, repuso don Benigno, y es tambien bueno para mí; no hay, pues, necesidad de buscar otro, con tal de que aquí estemos completamente solos.

—Lo estamos.

—Pues empiezo: esta noche he salido con el objeto de pasearme, y he visto á su hija de usted, señor Juan Pedro, á su hija menor, desnuda, fatigada, casi yerta de frio, recogiendo leña en el bosque como una mendiga: ¿por qué consiente usted que haga eso la pobre Teresa, bastante desgraciada ya con su deformidad física?

—Es querer saber demasiado el investigar el por qué de lo que en mi casa se hace, señor vicario, respondió Juan Pedro con una sonrisa bastante acre; pero ya que usted quiere que se lo diga, ha de tener usted entendido que Teresa fué á recoger leña seca, porque los troncos de casa están verdes y cuesta mucho trabajo hacerlos arder.

—En ese caso, señor Juan Pedro, perdone usted que le diga que era mas natural que fuese su hijo de usted.

—¿Antonio? preguntó el padre estupefacto.

—Creo que solo tiene usted un hijo y que ese es su nombre:

contando ya veinte años, estaba mas en el órden que fuera él á buscar leña, que su hermanita, que solo tiene catorce.

—Sabe mas el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, señor cura.

—No hay duda, y siempre me ha parecido ese refran en extremo sabio, repuso el vicario; pero debo decir á usted que su conducta con su hija menor es inhumana; que todo el pueblo se halla escandalizado de ella, y que usted ofende á Dios con semejante injusticia, con ese odio, mas bien, hácia una pobre criatura de quien es usted padre: ¿por qué la aborrece usted? ¿Qué le ha hecho la infeliz? ¿Ni cómo es posible que un padre pueda aborrecer á su hija?

—Señor cura, yo no aborrezco á Teresa, respondió el labrador; ¿pero cree usted que me sirve de gusto el ser padre de semejante aborto?

—Ella no tiene la culpa de su imperfeccion, dijo don Benigno; pero no es esa la causa que se atribuye á su desvío de usted para ella: la causa verdadera, segun se dice, es que se parece á su abuela.

Juan Pedro palideció de una manera tan visible, que el cura pensó que se iba á caer.

Recobrándose algun tanto, á costa de un esfuerzo penoso, pudo el labrador balbucear:

—¿Qué tiene que ver eso?...

—No lo sé.

—¿Pues entonces?...

—Yo vine á este pueblo poco antes de que tuviera lugar la catástrofe que dió la muerte á aquella pobre anciana; pero he oido decir algunas veces que vivian ustedes sin paz y sin armonía, por lo que ella se separó de su lado y fué á habitar sola la

casita en que, siete meses despues, apareció degollada. Teresa, segun se asegura y segun lo que recuerdo de su abuela, se parece á ella mucho, tanto en el rostro como en la imperfeccion física que la distingue y que tambien su abuela tenia: ahora bien, señor Juan Pedro; si la vista de esta desgraciada criatura le mortifica á usted, por cualquiera causa que sea, cédamela á mí y permita que me la lleve á mi casa.

—No puede ser, respondió bruscamente Juan Pedro.

—¿Y por qué razon?

—Porque Teresa tiene que cuidar á su madre.

—¿No tiene usted otros dos hijos?

—Sí; pero estos no quieren verla, porque les da miedo.

—¡Ah! ¡Qué castigo del cielo sufrirán esos hijos! exclamó el vicario: ¿es, pues, la mas pequeña y la mas débil la destinada al sacrificio?

—Su madre se halla tambien mejor con ella.

—¡Porque su otra hija ingrata no quiere verla! ¡Porque ya ha hecho que la olvide! Y sin embargo, Juan Pedro, en el fondo del cerebro enfermo de Lorenza, tal vez está grabada la imágen de su hija mayor: ¡tal vez llama la desdichada á su hijo y echa de menos los cuidados de la una, la proteccion del otro, la ternura de los dos!

Juan Pedro parecia violento é irritado: movíase en su asiento y apenas podia contener su cólera.

El vicario lo conoció, y dijo con mas dulzura en la voz y en la mirada:

—He venido á molestar á usted solo para decirle que me ceda á Teresa, y aun vuelvo á suplicárselo antes de abandonar esta casa.

—No puedo acceder á lo que usted me pide, respondió lacónicamente el labrador.

—¿Se niega usted á ello?

—Me niego.

—Entonces, Juan Pedro, haga por borrar lo odioso de su conducta con esa niña; porque si los hijos tienen obligaciones muy sagradas que cumplir para con sus padres, estos las tienen tambien para los hijos: no olvide usted esto y haga que los hermanos de Teresa la traten como á tal y no como á una esclava: señor Juan Pedro, si usted se acercara al tribunal de la penitencia, al menos con la frecuencia que la Iglesia ordena, su vida de usted seria mas conforme con la moral y la religion: sí, prosiguió el vicario con firmeza al ver el gesto amenazador con que Juan Pedro se levantaba: su vida de usted es el escándalo del pueblo, y, segun dicen las personas que le han conocido, no era así, por cierto, su padre de usted. ¿Son esos los ejemplos que le ha dado? Si de un padre bueno ha salido tal hijo, ¿qué puede usted esperar de los suyos teniendo á la vista los deplorables que usted les ofrece?

—Señor cura, repuso con ira el labrador, yo creo que no es de la incumbencia de usted el entrometerse en casa ajena, y yo quiero que usted salga de la mia.

—He venido á cumplir con mi deber, repuso el vicario: he venido á ver si podia mejorar la suerte de su pobre hija de usted, á ver si conseguia hacerle comprender que su conducta en lo moral y en lo cristiano era altamente perniciosa: hablo á usted en el nombre de Dios: si no quiere oirme, tanto peor: yo no cesaré de amonestarle, en cumplimiento de mi obligacion, para que cambie usted de vida.

—Y perderá usted el tiempo, repuso burlonamente Juan Pedro.

El sacerdote no dijo una palabra mas.

Al trasponer el umbral de la puerta, una persona, que entraba, tropezó con él.

Era Antonio.

Este reconoció al vicario y se quitó el sombrero, saludándole con respeto, á pesar de lo preocupado que llegaba.

Don Benigno correspondió á su saludo y salió de la cocina.

Antonio tendió una mirada torva en derredor suyo: vió que su padre estaba solo, y, despues de hacer un violento esfuerzo para dominar la tempestad que rugia en el fondo de su alma, se acercó á él y se sentó en el banco del fogon que daba frente al que ocupaba Juan Pedro.

Este, desde la salida del vicario, se hallaba cabizbajo y sombrío.

No hay alma, por depravada que sea, que no sienta una profunda impresion de vergüenza al oir las palabras de justicia y de deber.

Antonio se dirigió á una alacena que habia colocada en un ángulo de la cocina: sacó una botella de vino y un vaso: llenó este y se lo bebió de un golpe, como si necesitase desterrar una violenta preocupacion, ó tomar alientos para una gran empresa.

Despues de esto, volvió á sentarse enfrente de su padre.

Tosió, escupió y dijo con voz que él queria hacer firme y que solo era insolente.

—Padre, esta noche vamos á hablar claro.

Juan Pedro alzó la cabeza bruscamente, miró á su hijo con extrañeza y le dijo:

—Déjame en paz: no tengo gana de conversacion.

—La tengo yo y hemos de hablar, repuso Antonio: ha de saber usted que probablemente no me casaré ya con Gregoria.

Juan Pedro se encogió de hombros con una indiferencia casi brutal.

—¡Ya sé que mi suerte y la de todos sus demás hijos le es á

usted indiferente! exclamó Antonio, que se iba acalorando: ¡ya sé que nada somos para usted: ya sé que el trato que tiene desde hace tantos años con la tabernera le hace descuidar su casa y su familia! ¡Todo eso me consta! ¡Lo que no sabia, y esta noche me lo ha dicho el molinero, es que la Braulia le consume á usted el dinero que sacamos de las cosechas! ¡Que no se ocupa usted para nada de la hacienda! ¡Que estamos casi arruinados?

—Con hijos como tú, no es extraño, repuso el labrador con un tono injusto y amargo: trabajas poco y mal.

—¿Y usted qué hace? ¿trabaja usted acaso? ¿Cuánto hace que no va al campo ni á dar una vuelta á los peones? ¿En qué piensa usted mas que en estar al lado de esa mujer, en emborracharse cada dia en su taberna? ¿Ni qué se puede esperar del hombre que hace ocho años que no ha visto á su mujer, viviendo bajo el mismo techo que ella, y que tiene á su hija menor como una esclava?

—¿Qué es esto? exclamó el labrador levantándose con ímpetu furioso: ¿todos venís hoy contra mí? Acaba de echarme el cura un sermon y vienes ahora tú á romperme la cabeza con habladurías? ¡Déjame en paz ó sabrás quién soy!

—¡Dejar en paz! repitió Antonio con la insolencia del hijo mimado y consentido: tengo veinte y un años, soy un hombre y quiero hablar: desde hoy, ha de cambiar usted de vida: desde hoy, dejará las relaciones de la tabernera, ó voy á su casa y le rompo los huesos: desde hoy, cuidará usted de la hacienda: desde hoy, ocupará mi madre otro cuarto mejor que el granero en que está: desde hoy, se tomará una criada y Teresa no trabajará sobre sus fuerzas: Lucía cuidará de la casa que, abandonada á la niña, se parece á una pocilga: en fin, desde hoy, esto será casa y no una cueva de gitanos!

Antonio, al hablar así, animado por el enojo y por el vino, se habia ido enardeciendo hasta la cólera mas violenta.

Como todos los hijos consentidos, se sublevaba contra su débil padre, que no habia sabido inspirarle, con su conducta, el debido respeto, ni, con su ejemplo, la aficion á la moderacion y á la virtud.

—Veamos, dijo Juan Pedro con una calma que tenia mucho de amenazadora: y si no hago nada de todo eso que te propones, ¿qué vas á hacer tú?

—Me iré de esta casa, respondió resueltamente Antonio.

—¿Y á dónde?

—A ser soldado... ó á otra cosa peor.

—¿Y qué otra cosa es esa?

—A ser contrabandista.

—Pues ya puedes irte desde ahora; porque no te quiero mas en casa: te arrojo de ella y te desheredo.

—No puede usted quitarme la parte de mi madre, dijo Antonio rechinando los dientes.

—No la tendrás hasta despues de mi muerte.

—Eso lo veremos.

—Lo veremos.

—¡Pues no faltaba mas!

—Ahora vete.

—Mañana me iré.

—Ha de ser ahora mismo.

—Pues ahora no me voy.

Al oir esta contestacion, Juan Pedro echó mano á una hacha de partir leña y la arrojó ciego de ira contra su hijo.

Este trató de huir el golpe, pero le alcanzó hiriéndole en la cabeza.

Antonio cayó bañado en su sangre.

Al ruido, acudieron Lucía y la hija del herrero, y empezaron á dar gritos pidiendo socorro y uniéndose á sus voces la de Teresa, que salió de su camaranchon mas muerta que viva.

Antonio estaba, al parecer, inanimado.

A los gritos de las jóvenes , acudieron los vecinos , le recojieron del suelo y le tendieron en su lecho ; otros fueron á avisar al alcalde y al barbero, pues Cabañas no tenia por entonces médico en propiedad, y tenia que servirse, cuando lo necesitaba, del que habia en otra villa cercana.

Cuando llegó la justicia, quiso buscar á Juan Pedro ; pero fué en vano.

El labrador habia desaparecido á favor del tumulto y de la confusion.

Lucia, que amaba á su hermano, se dedicó á cuidarle, pues la pobre Teresa no podia atender á tan arduos cuidados.

Al amanecer, llegó el médico, á quien se habia llamado, y declaró, despues de un detenido reconocimiento, que la herida era peligrosa, pero no mortal.

En cuanto á la justicia, al oir este fallo, dijo que un padre puede castigar á su hijo cuando este peca de inobediencia y rebeldía, y se retiró.

Al dia siguiente, Juan Pedro, avisado por el alcalde, que era pariente suyo, volvió ó su casa, seguro de que nadie le incomodaria; pero no entró á ver á su hijo, contentándose con preguntar á Lucía por su estado.

La jóven respondió con una frialdad que demostraba su repugnancia: amaba á su hermano, y la crueldad de su padre le inspiraba una sorda aversion.

Todo lazo se habia roto ya entre el padre y los hijos.

Una noche, Lucía se hallaba en el cuarto de su hermano.

Ardia sobre una mesa una vela con una pantalla de papel verde.

Teresa hacia calceta, sentada junto á ella, y Lucía dormitaba sentada á la cabecera del lecho del herido.

Serian como las once.

Juan Pedro se hallaba en su cuarto.

De repente, se oyó en la escalera que conducia á los sobrados un paso débil y vacilante, como de una persona que bajaba.

Lucía se estremeció: se volvió á su hermana, y le preguntó:

—¿Dejaste cerrada la puerta del cuarto de madre?

—Como siempre, respondió la niña.

—¿Le dejaste luz?

—Como me tienes mandado que la apague, así lo hice: yo tambien tengo miedo de que se queme: por fortuna, hoy hace una luna tan clara, que ilumina todo su cuarto.

Al acabar de decir Teresa estas palabras, apareció en la puerta del aposento una figura fatídica.

Era una mujer alta, flaca, y cuya cabeza cadavérica, con el pelo cortado al rape, tenia un poco de horrible.

Lucía dejó escapar uu grito de horror y fué á ocultarse detrás del lecho de su hermano.

Teresa, la débil niña se aproximó á la loca, le tomó la mano sin temor y le dijo con voz dulce:

—¡Madre mia!

—Estás aquí, ángel mio? preguntó la loca: te venia buscando para que me digas quién se quejaba tanto esta mañana.

—Era mi hermano, dijo Teresa atrayendo á su madre hácia una silla y procurando hacerla sentar; pero Lorenza se resistió y preguntó:

—¿Tu hermano?

—Sí, madre.

—¿Es mi hijo?

—Sí.

—¿Mi Antonio?

—El mismo.

—¿Está enfermo?

—Sí, señora.

—¿Y dónde está, dónde?

—Allí, en la alcoba.

—Llévame á verle.

—¡No, no! ¡No la acerques! exclamó Lucía : tengo miedo.

—¿Miedo de madre? dijo con sublime asombro Teresa: déjame que la complazca en su deseo de ver á nuestro hermano : puedes estar tranquila, porque mi voz le es conocida y le devuelve la calma.

—Verdad es, dijo la loca : tu voz, hija mia, es para mi oido una música divina : porque tú eres mi hija, mi Teresita, y esa voz que he oido ahí detrás de la cama, es la de Lucía: no estoy tan loca como pensais y como vuestro padre quiere hacer creer : hoy estoy bastante bien, y os conozco á las dos : pero ¿donde está Antonio?

—Aquí, dijo Teresa : mírele usted.

Y la jorobadita mostró á Lorenza el jóven, que estaba adormecido á causa de la debilidad ocasionada por la pérdida de la sangre.

La pobre madre se acercó y contempló ávidamente el semblante del herido : inclinóse hácia él, le miró algunos instantes y exclamó con el acento de la mayor ternura :

—¡Antonio!

El enfermo abrió los ojos: miró vagamente á su madre, pero sin reconocerla, y los volvió á cerrar.

—¡Sí, tú eres mi Antonio! prosiguió Lorenza: aquel Antonio que yo tenia y que era ya un hermoso muchacho alto y de magníficos ojos: tenias once años, y yo me acuerdo muy bien de que todas las madres me envidiaban al verte tan bueno y tan cariñoso... Y aquí está Lucía, que era pequeña aun, y ya sus largos cabellos, tan negros y tan hermosos, me costaban tanto trabajo de peinar! ¡Hijos mios! ¡Mis queridos hijos! ¡Yo creí que vuestro padre os habia muerto como á ella!

—¿Como á quién? exclamó Lucía.

—¡Qué! ¿no sabes?...

—No...

—¡Como á mi madre!

—¿Qué dice?

—El, él la mató. ¡El fue quien la mató! Leon le mordió el brazo! ¡Yo le ví la herida!

—¿Pero quién fué? preguntó Lucía que temblaba.

—¡Tu padre! ¡Juan Pedro!

Al oir esta tremenda acusacion, Antonio abrió de nuevo los ojos como espantado, y los fijó en la loca.

—¡Ah! ¿Es usted, madre mia? exclamó: ¿soñaba? ¿quién hablaba aquí del asesinato de mi abuela? ¿Quién la mató?

—Tu padre, respondió Lorenza.

—¡Mi padre!

—Sí, tu padre fué; para robarle el dinero que pocos dias antes habia ganado en la lotería: desde entonces está rico.... que nosotros éramos muy pobres... pero ¡cuánto mas vale que la riqueza una conciencia tranquila! El terror de vivir con el asesino de mi madre me ha quitado el juicio, aunque no siempre me falta.

—¿Pero cómo sabe usted eso, madre? preguntó Lucía ¿quién: le ha dicho á usted que mi padre fue quien mató á mi abuela?

—¿Quién, hija mia? tu abuela misma : vivia cerca de nuestra casa : una noche, tu padre tardaba á venir, lo que no me parecia extraño, pues ya sabia que pasaba las noches en la taberna de la Braulia : yo le esperaba llorando... dieron las doce, la una, las dos... tu padre no venia : yo estaba con mucha pena y me asomé á la ventana para oir el ruido de sus pasos : era invierno y la noche oscura... de repente, oí gritos ahogados que pedian socorro, y creí reconocer la voz de mi madre... á las voces se mezclaban los aullidos de un perro... era Leon. Vosotros dormíais los dos... Teresita, esta pequeña, se quedaba á dormir con su abuela, que la queria en extremo... se llamaba como ella.. y se le parecia en todo... yo bajé desalada á la calle, corrí á la casa de mi madre y empujé la puerta... esta cedió y entré... habia luz en su cuarto... los gritos eran mas distintos... subí... mi madre... vuestra abuela, estaba ya mortalmente herida... vuestro padre tenia aun en la mano el cuchillo ensangrentado... mi madre murió aquella noche, y al dia siguiente todo el pueblo se agrupaba á la puerta de la casa y se preguntaba quién era el ladron y el asesino, porque toda la fortuna de nuestra abuela habia sido robada!

Calló Lorenza, cuyo juicio, al menos en el tiempo que duró su narracion, habia conservado una completa lucidez : su pecho se levantaba con agitada respiracion: sus mejillas estaban pálidas, y todos los músculos de su rostro temblaban agitados por una convulsion terrible.

En cuanto á sus hijos, los dos mayores habian escuchado su narracion silenciosos é inmóviles, con la frente cubierta de palidez.

Cuando Lorenza acabó de hablar, permanecieron algunos instantes callados.

Antonio fué el primero que tomó la palabra.

—¡De modo, dijo, que la fortuna de mi abuela se la quedó mi padre!

—Sí, hijo mio, respondió la loca: tu padre la tiene: desde entonces nuestra casa, pobre antes, empezó á prosperar: yo, á perder la razon: ¡cada instante veia á tu abuela cayendo bajo los golpes del cuchillo de tu padre! ¡Cuanto miraba en casa, me parecia teñido con su sangre! ¡Lo que comia era el precio de su muerte!

—Lucía, dijo Antonio: así que aparezca la luz del dia, saldré del pueblo y procuraré olvidar de quién soy hijo.

—Y yo tambien, respondió la jóven: si quieres llevarme contigo, te seguiré: no quiero dar el nombre de padre al asesino de nuestra abuela.

—¡Tú, Teresa, añadió Antonio, vendrás con nosotros: Lucía y yo trabajaremos y nada te faltará.

—¡Ah! ¿Os vais? preguntó Lorenza: os vais todos, y me llevareis, ¿verdad, hijos mios? ¡Bendito sea Dios!

Los dos hermanos mayores se miraron indecisos.

—¡Imposible! dijo Antonio.

—¡Imposible! repitió Lucía.

—¿Qué haríamos con nuestra madre, hallándose privada de la razon? ¿Cómo trabajaríamos? prosiguió el hermano.

—¡Pero dejarla aquí! murmuró Lucía: ¡la infeliz ha sufrido tanto!

—Su cabeza está trastornada... ya no sufre... Lucía, yo puedo encargarme de tu suerte y de la de Teresa; de la de nuestra madre no es posible... es demasiado gasto para quien, como

yo, no cuenta con ningun recurso, y demasiada responsabilidad además : dejémosla aquí, y, si podemos algun dia, volveremos á buscarla.

En tanto que las dos hermanos hablaban, la pobre loca habia inclinado la cabeza sobre el pecho y balbuceaba una cancion monótona é informe : su razon, momentáneamente reanimada por el dolor de sus recuerdos, habia vuelto á apagarse : sus ojos habian recobrado la expresion extraviada que antes se advertia en ellos y sus facciones retrataban el salvaje idiotismo que de continuo las desfiguraba.

—Ya lo ves, dijo Antonio á su hermana : es imposible llevarla.

—Es imposible, repitió Lucía.

—A la que no quiero dejar aquí, prosiguió el hermano, es á Teresa: Lucía, tú has sido muy dura para esta pobre niña y es preciso que en adelante la mires como á nuestra hermana: solo á este precio te llevaré conmigo: vé á disponerte, Teresita.

—No, respondió la niña con dulzura y tomando las manos de la loca: yo no abandono á mi madre ni puedo abandonar tampoco á mi padre.

—¿Qué dices? exclamó Lucía: ¿no sabes ya quién es? ¿no sabes lo que ha hecho?

—Solo sé que, al verse abandonado de vosotros dos, será muy desgraciado.

—¡No consideras el crímen que ha cometido?

—¿Pero acaso deja de ser mi padre?

—Acércate, Teresa, dijo el hermano mayor á la niña: acércate y escucha.

La jorobadita obedeció.

—Mira, continuó Antonio; aquí estás maltratada, trabajas so-

bre tus fuerzas, andas desnuda y hambrienta: nuestro padre—¡horror me causa darle este nombre!—no te ama, pues que no ha procurado sacarte de tan triste estado: sea efecto de que la memoria de su crímen le persigue, sea perversidad de su naturaleza, no se cuida nada mas que de estar en la taberna donde la Braulia le va gastando la fortuna robada á nuestra abuela: pues bien, esa mujer, esa Braulia vendrá á esta casa así que nosotros hayamos salido de ella: mandará aquí, tomará el puesto de nuestra madre, te maltratará, llevarás una vida todavía mas miserable que llevas ahora!

—¡Sí! murmuró sordamente la loca: la Braulia! por dar dinero á esa mujer mató á mi madre: si ella viene á esta casa, hijos mios, os maltratará: ¡vámonos, vámonos todos!

—Con nosotros, dijo Lucía dirigiéndose á su hermana, nada te faltará: estarás bien vestida, verás tierras que no conoces.... ¿qué dices?

—Dejar á nuestros padres? ¿Dejar á mi padre solo y triste, y á mi madre loca, por irme con vosotros que estais buenos, que sois jóvenes y libres? ¡No! ¡Eso jamás!

—¿Pero qué harás aquí?

—Mi deber.

—Y vendrá la tabernera.

—Tendré paciencia.

—Y te pegará, y no te dará de comer, y te hará trabajar mucho.

—Ya estoy acostumbrada á todo eso, respondió Teresa con una sencillez que era para su hermana la mas terrible acusacion: me quedo aquí.

—Un estorbo de menos: déjala, dijo Lucía: los dos haremos antes fortuna: Teresa, llévate á madre á su cuarto, que voy á prepararlo todo para nuestra marcha.

Lucía se acercó y echó los brazos al cuello de su madre: una lágrima rodaba por sus mejillas.

Ella misma aproximó á la pobre loca á la cama de Antonio, que la abrazó tambien en silencio.

—Si algun dia podemos, volveremos á buscarla, dijo Lucía enjugando su ojos.

Teresa salió con su madre, que se dejó conducir dócilmento sin interrumpir su melancólica cancion.

La condujo á su camaranchon, la desnudó y la hizo acostar: así que la vió dormida, bajó otra vez al cuarto de su hermano.

Este se hallaba ya vestido.

Lucía estaba reuniendo en un lio la ropa blanca de los dos y un traje para cada uno.

—Al fin, ¿os vais? exclamó dolorosamente la pobre jorobada.

—Sí, respondió Antonio: decídete y vente con nosotros: nada echarás de menos á nuestro lado: Lucía, desde hoy, será para tí lo que debe ser, porque el dolor es buen maestro y cura de todos los descuidos: además, yo la obligaria á ello: has de saber, Teresa, que la disputa que tuve con nuestro padre fué por tí.

—¡Por mí! repitió la niña estupefacta y mirando á su hermano.

—Sí, por tí: le dije que queria ya verte, como debias estar, en la casa de tus padres y hermanos: que queria que nuestra hermana hiciera su deber: ya ves, pues, que no te faltará mi cariño ni mi proteccion: vente conmigo.

—No, insistió la niña con firmeza y dulzura: no quiero abandonar á nuestro padre desgraciado; á nuestra madre sin juicio: aquí me estaré con ellos, y rogaré á Dios que los haga dichosos.

—¿Es esa tu última decision?

—Sí.

—Piénsalo bien.

—Ya lo tengo bien pensado.

—Adios, pues: vamos, Lucía.

La jóven abrazó á Teresita, y esta le dijo al oido:

—¿Y tu novio?

—Siento mucho dejarle, murmuró Lucía, pero no quiero vivir aquí por mas tiempo.

Teresa, al abrazar á Antonio, le dijo tambien al oido:

—¿Y tu novia?

—Quiero á toda costa dejar este pueblo, contestó el interpelado.

Los dos hermanos partieron.

Ya apuntaba la luz del dia.

Teresa se asomó á la ventana y les vió huir sin volver los ojos á la casa maldita donde moraban el crímen y la locura.

La desgraciada niña sintió que con aquellos hermanos ingratos se iba el último rayo de luz y de alegría que habia alumbrado su existencia: se echó á llorar y se dejó caer de rodillas exclamando:

—¡Dios mio! ¡Dadme fuerzas y valor!

Poco despues, el nuevo dia se levantaba detrás de los montes.

V.

Pasados algunos meses, la suerte de Teresa habia cambiado algun tanto.

Trabajaba la jorobadita casi lo mismo que antes; pero estaba mejor vestida, se sentaba á comer en la mesa al lado de su padre, y se veia calzada y peinada con un aseo que se acercaba al primor.

Y, sin embargo, habia tenido el dolor de ver á Braulia, la tabernera, ir á gobernar la casa de su madre y á ocupar su sitio.

Las predicciones de Antonio habian salido ciertas.

Juan Pedro se hallaba envejecido, encorvado, abrumado por un inmenso dolor.

La huida de sus dos hijos mayores habia sido para él un golpe terrible.

A pesar de su pereza para el trabajo, de su codicia, de su aficion á la embriaguez, los amaba apasionadamente, como lo probaba la devilidad con que en todo, y por todo los dejaba hacer su gusto.

Todas sus malas pasiones habian nacido de su amor á Braulia, que era una mujer de un corazon malo y de absoluta carencia de ideas religiosas.

El hombre es casi siempre lo que la mujer quiere que sea.

Poned á su lado una mujer impúdica y descreida, y el hombre perderá toda la idea moral y cristiana.

Acercadle una mujer buena, sensible, religiosa que ame el trabajo, el órden y la economía, é insensiblemente se irá acostumbrando al bien, á la equidad, á la piedad y á la justicia.

Braulia habia sido el ángel malo de Juan Pedro: de ella provenia toda la ruina de la casa de este.

Sin embargo, tal era el abandono á que esta casa habia llegado, que la presencia en ella, de la causante del mal, produjo una apariencia de bienestar.

La tabernera cerró la taberna sobre la que ya debia mucho dinero: pagó con el caudal de Juan Pedro, y se propuso descansar, gobernando la casa del labrador.

Pero la vista de la pobre Teresa le causó una profunda pena, y, mas humaua que los propios hermanos de esta, la vistió, le

compró calzado y tomó para sí el desempeño de las labores mas pesadas.

La instalacion de la tabernera en casa de Juan Pedro produjo en el pueblo un gran escándalo.

El vicario amonestó por separado á Juan Pedro y á Braulia, instándoles á que pusiesen fin á su culpable trato ; pero Juan Pedro era demasiado débil para romper semejante lazo , y Braulia demasiado cínica é interesada para renunciar á sus ventajas.

Sin embargo, Dios habia señalado, en su justicia, la hora del castigo y de la expiacion.

La pobre loca , á pesar de los cuidados y de la compañía de Teresa, cayó en una extrema postracion de fuerzas : consumíase cada vez mas, y hubiera podido decirse que los destellos de razon que brillaron el dia de la huida de sus hijos habian sido los últimos.

Aquellas horas de lucidez habian avivado todos los dolores de su alma, y, al contacto de los recuerdos , sus heridas se habian enconado mas y mas que antes.

Una terrible languidez la devoraba ; y su locura se habia hecho tan apacible é inofensiva, que Teresa habia alcanzado de Braulia el permiso de que su madre bajase de su camaranchon y la llevase por todas las demás habitaciones.

Lorenza iba , pues , andando por aquella misma casa en que habia sido señora , como una sombra triste y fugitiva : á quien nunca veia era á su marido : este huia de su presencia como un culpable huye de su juez : una sola vez que le vió la loca , se echó sobre él dando alaridos y pidiéndole con terribles gritos que devolviese la vida á su madre.

Tal era el estado de la casa algunos meses despues de la salida de ella de los hijos mayores de Juan Pedro.

Los intereses iban menguando entre las manos de Braulia.

De las fincas compradas con el caudal heredado de la madre de Lorenza, se habian vendido ya tres, y quedaba solamente una que tambien se iba á vender.

Juan Pedro, para olvidar la huida de sus hijos, bebia cada dia mas y apenas salia de su estado de completa embriaguez.

Una mañana muy temprano, Teresa entró en su cuarto: hallábase despierto, porque el sueño rara vez visitaba sus ojos.

—¿Qué quieres? le preguntó con su habitual y helada dureza.

—Padre mio, respondió Teresa, quiero hablar con usted un rato y pedirle una cosa.

—Habla, dijo Juan Pedro; pero pronto y sé breve: hoy estoy muy malo de la cabeza.

—No le molestaré á usted mucho, padre, repuso Teresa: se trata de mi pobre madre.

—¿De tu madre? repitió el labrador echando sobre su hija una mirada llena de desconfianza.

—Sí, señor... de mi madre: ya ve usted qué mala se va poniendo: yo le pido á usted, padre mio, el permiso de salvarle la vida y acaso de devolverle la razon.

Juan Pedro se estremeció.

—La señora Andrea, prosiguió Teresa, tiene un cuartito desocupado que da al huerto del señor cura: es alegre, soleado en el invierno, y en el verano sube hasta la ventana el buen olor de las flores: al ver á mi madre tan mala, le ha ocurrido la idea de que quizá mejorará variando de plan de vida y de habitacion: no le costará á usted nada el médico y allí estará bien cuidada.

—¿Es decir que quieres irte á vivir con tu madre á casa del señor cura?

—Solamente por el deseo de que se mejore: nada cuesta probar, querido padre.

—¿Conque por el deseo de que tu madre se mejore, eh? ¿Por qué no eres mas franca y dices que por el de estar cerca de Tiburcio? repuso Juan Pedro con sardónica dureza.

—¡Cerca de Tiburcio! repitió Teresa.

—¿Acaso no saben todos en el pueblo que anda detrás de tí? Tienes ya quince años y deseas casarte para abandonarme, como tus hermanos.

La jóven estuvo algunos instantes sin responder.

Era cierto que el sacristan se le aparecia alguna vez en el camino cuando iba á buscar agua á la fuente; pero siempre lo habia creido efecto de la casualidad y no de intencion premeditada.

En cuanto á que ella pudiese inspirar un afecto vivo y verdadero, lo habia creido siempre imposible, y cada dia se convencia mas de ello al mirarse en el pedazo de espejo que tenia en su cuarto.

Sin embargo, el sacristan habia reparado bien en sus hermosos y expresivos ojos oscuros, en las espesas trenzas de cabellos que caian á lo largo de su espalda, en su preciosa boca guarnecida de dientes como perlas; y siendo él sencillo, tímido y por demás rudo, se habia dicho que, á no ser Teresa, nadie podia hacerle caso.

En el alma de los dos adolescentes se habia ya despertado esa vaga necesidad de afecciones que señala al corazon la transicion de la infancia á la juventud.

Tiburcio era el muchacho simple, cándido, desconfiado de sí mismo, que sentia simpatías por el ser mas humilde, mas desvalido, mas desgraciado que veia en torno suyo.

Este ser era Teresa.

Todas las demás muchachas del pueblo eran coquetas, porque

eran felices, y reian ruidosamente : solo la pobre Teresa no reia nunca: solo ella no tenia novio, ni amigas, ni aun familia que la amase.

Toda la ternura que guardaba en su alma la desgraciada niña, se habia fijado en su madre y en su viejo perro Leon , que vivia siempre al lado de la loca, sin que bajase nunca al piso bajo, porque Teresa temblaba de que le diesen la muerte.

Teresa, pálida, solitaria, consumida de tristeza desde que habia tenido noticia del crímen de su padre, era para el buen Tiburcio mas simpática que todas las felices muchachas del pueblo.

—No nos iremos, si usted no quiere, padre, dijo la jóven con su sumision habitual.

—Al contrario: puedes irte con tu madre hoy mismo , repuso Juan Pedro: cuanto mas solo esté, mejor.

Dichas estas palabras, salió bruscamente de la habitacion.

Teresa subió al camaranchon de su madre y empezó á recoger sus escasos efectos, llevándolos ella misma á casa del señor cura, que desde su balcon , entoldado de flores , la vió llegar con júbilo.

—¿Vienes aquí por fin? le preguntó: ¿traerás á tu madre?

—Sí , señor , hoy mismo dormiremos aquí mi madre , yo y Leon.

—¿Y tu padre qué ha dicho?

—No le ha sabido muy bien ; pero al fin no me ha prohibido que venga.

—¿Pues acaso, hay alguna cosa en el mundo que le sepa bien á tu padre? preguntó riéndose el sacristan, en cuyos ojos brillaba la alegría.

—No hables mal de mi padre, te lo suplico, Tiburcio, dijo Teresa: tiene su genio, pero yo debo respetarle.

—Dios te dará larga vida sobre la tierra, porque respetas y honras á los que te dieron el ser, hija mia, observó don Benigno, apoyando su mano en la cabeza de la jóven; y Dios te dará, al fin, la felicidad, porque comprendes la mision de la mujer, que es la de perdonar y amar.

VI.

Hay en Madrid algunas calles estrechas, sombrías y húmedas, á las que jamás desciende el sol, y en las que nunca se respira una atmósfera pura y saludable.

Estas pobres calles podian llamarse, con justicia, desheredadas de la luz: tanto es lo que la luz rehusa penetrar en ellas y alegrarlas.

Algunas de ellas tienen entrada y salida: la que vamos á visitar nosotros, tiene lo primero, pero carece de lo segundo.

Solo tres casas se veian en ella.

La tienda de un carbonero, negro depósito, que aun ennegrecia mas la calle con su desagradable aspecto: la casa de un usurero; y otra casa muy alta, habitada por muchos vecinos, y cuyo piso bajo estaba tan bajo que casi tocaba á la calle.

La casa del prestamista era tan negra y sombría como la del carbonero: la que tenia muchos vecinos era lo que llamamos una casa de vecindad.

El piso principal era bastante decente: el segundo lo era ya ménos: el tercero y cuarto tenian corredores y las habitaciones estaban numeradas.

En cuanto al piso bajo, era el mas pobre de la casa.

Desde la calle se podia ver que constaba de dos salitas; pero la humedad y la falta de luz las hacian mortalmente tristes.

La primera servia como de recibimiento y de cuarto de dormir : en la de mas adentro se veian utensilios de cocina y otro lecho pequeño y colocado en un rincon.

Las dos salitas tenian á la calle dos estrechas ventanas, cuyas puertas de vidrios se hallaban cubiertas á medias por cortinas de muselina muy barata.

Alguna cosa anunciaba allí la presencia de una mujer y de una mujer jóven y bonita ; porque la belleza tiene afecciones particulares que no ha conocido nunca la extrema fealdad.

Donde veais una maceta cuidada con esmero, un lazo de cinta, allí hay una mujer bonita y en cuya alma viven aun muchas ilusiones.

La fealdad de cuerpo y alma es casi siempre desolada, solitaria y triste ; sobre todo, la primera.

Indicaba, pues, en el piso bajo de aquella casa la presencia de una mujer bonita, un rosalito colocado en una maceta de barro y un lazo de cinta en cada una de las cortinillas de la primera ventana.

El rosalito era muy jóven, y sus ramitas, balanceadas por el aire húmedo é insalubre que pasaba á través de las altas paredes del callejon sin salida, empezaban á desplegar tiernas verdes hojitas.

¿Llegarian á dar flores?

Esta pregunta se la hubiera hecho con un sentimiento de tristeza cualquiera persona que, sabiendo pensar y sentir, dos cosas que no todos saben, hubiera fijado, al pasar, su vista en el tierno rosal.

Empezaba abril, y el sol se asomaba por los altos tejados á mirar la oscura callejuela, sin que, ni aun al retirarse á su lecho, le ocurriese pasar por ella.

Una mañana, muy temprano, la primera ventana se abrió, y apareció en ella la mujer que anunciaban la maceta y los lazos de cinta.

Era, segun indicaban estos objetos, jóven y bonita : apenas se leian en su frente, que no era ni morena ni blanca, diez y ocho primaveras : sus grandes ojos negros se armonizaban muy bien con su tez trigüeña y con su cabellera rica y espesa, del mismo negro de azabache que sus ojos.

Su boca, pequeña y fresca, estaba guarnecida de una diminuta dentadura blanca, igual y de nacarado esmalte : su nariz, llena de gracia, era un poco levantada: su estatura, mas bien alta que baja, delgada y llena de natural coquetería y donaire.

Su traje era el de una obrera jóven : un vestido de lanilla muy barata y ya un poco usado , un delantal negro de seda, y un cuellecito blanco le componian : pero todo estaba llevado, arreglado y puesto con gran esmero y limpieza exquisita.

La jóven fué, andando de puntillas, á buscar una silla baja, la colocó al lado del balcon y se dirigió de nuevo al fondo de la salita, de donde volvió con un bordado en la mano.

Despues se sentó y se puso á bordar.

Apenas acababa de dar dos ó tres puntadas, el carbonero de enfrente abrió su puerta y dispuso á la vista su negra mercancía para la venta.

Alzó la cabeza, vió á la jóven y le dijo :

—¡Eh! ¡Buenos dias, señorita Lucía!

—Buenos dias, respondió secamente la jóven.

—¡Qué temprano está usted peinada!

Esta observacion no obtuvo ninguna contestacion.

—¿Se ha levantado ya su hermano de usted?

—No, respondió brevemente la jóven.

—Parece que hoy no tiene usted gana de conversacion, observó el carbonero con socarronería.

—No tengo ninguna.

—Y, sin embargo, si usted supiera el recadito que tengo para usted, me haria mas caso.

—¡Un recado para mí! exclamó Lucía, á cuyas mejillas subió un vivo carmin: ¿de quién?

—¿No lo supone usted?

—No... no por cierto.

—¿Desde cuándo se ha vuelto usted tan torpe? vamos, el recado es de Federico, y me lo dejó anoche: allá va.

—Espere usted... asegúrese antes de que no mira algun vecino! exclamó Lucia.

—¿Qué importa? ¡Mas enterados que están ya todos!..

—Porque usted les habrá dicho algo.

—¿Yo? ¿Qué falta hace que yo lo diga? En esta calleja, por la que no pasan ni perros, ha de llamar la atencion una persona como don Federico, que pasa todos los dias dos ó tres veces y habla con usted! ¡Eh! Allá va la carta...

—¿Es una carta? murmuró Lucía.

—Una carta de papel muy fino y que trasciende de buen olor... parece un ramo de flores!

Lucía dejó su labor, tomó la carta, y se internó en la sala con ella en la mano.

—¡Eh, Andrés! ¿Ya le has dado el recado? preguntó en el fondo de la tienda una voz cascada.

—Ya le tiene, respondió el carbonero.

—Pues mira, no tomes otro, dijo la misma voz: que todo el oro del mundo no paga la tranquilidad de la conciencia.

—Pero, madre, observó el carbonero, dos duros por dar una carta á la vecina no eran de perder.

—Esos dos duros no se te han de lucir.

—¡Qué aprension!

—No es aprension.

—¿Y por qué?

—Ya lo verás.

—¡Bah! ¡bah! madre, ya están en el bolsillo y usted se comerá hoy una chuleta buena y se beberá un vasito de vino.

—No tocaré á ese dinero maldito, dijo la anciana con firmeza.

—Pero, señora, ¿cree usted que si yo no le hubiera dado esa carta á la señorita, hubiera faltado quien lo hiciera?

—Ya sé que no.

—¿Pues entonces?...

—Que cargue otro su conciencia y no graves tú la tuya.

—Esas son antiguallas, madre: hoy el dinero es todo.

—¡Y yo digo que no! Lo primero es la conciencia, el dormir en paz... así es uno feliz con pan seco y con un jergon por cama: has de ver cómo esa carta da qué hacer: ese señoron, porque de sobra se conoce que lo es, no viene por aquí con buen fin.

—Eso es cuenta de don Antonio, el hermano de la muchacha.

—¡Don Antonio, don Antonio! Lo mismo que á mí, y aun peor, le pega á ese jóven el *don*: es mas basto que un mozo de esquina, y de fijo no es tan honrado: pasa las noches jugando.

—¿De qué lo sabe usted?

—De que me lo ha dicho la criada del cuarto segundo de su casa, que se lo ha oido á su señorito, que juega tambien.

—¿Y de qué habian de vivir si no buscasen arbitrios? La aguja de ella no les dará ni para pagar el pan y el agua: tanto ga-

narian ellos trabajando, como yo si vendiera el carbon bien pesado : madre, por el camino legal, no se hace nada en el dia : hay que ingeniarse y buscárselas.

—¡No hables así! exclamó la anciana : si robas á los parroquianos, no me lo digas : ya rezo por tí todos los dias y doy limosna á los pobres.

—Y así me arruina usted : ¿de qué me sirve entonces dar los pesos faltos?

—De nada, respondió la anciana : cuanto tú quitas á los parroquianos, lo doy yo á los pobres : ¡así Dios lo torne en descargo de tus culpas!

Aquí llegaban de su conversacion el carbonero y su madre, cuando la jóven de la ventana volvió á sentarse de nuevo con su labor en la mano.

Su fisonomía estaba radiosa y parecia mil veces mas bella que antes de leer la carta.

Brillaban sus ojos: sus mejillas estaban sonrosadas, y una dulce sonrisa entreabria sus labios dejando ver sus menudos dientes.

Empezó á trabajar, pero tan distraidamente, que se conocia que su pensamiento se hallaba muy lejos de la labor.

Bien pronto sus labios murmuraron una cancion y su aguja corrió con mayor rapidez.

Pero su asiduidad fué de corta duracion.

Oyéronse en la callejuela unos pasos de hombre, y apareció en ella un caballero de gallarda figura y vestido de negro.

Parecia tener de veintiocho á treinta años, y todo su traje respiraba la mas perfecta elegancia.

Lucía conoció aquellas pisadas ; y, antes de que llegase el transeunte, dió á entender que le esperaba.

Al verle, una grata sonrisa volvió á entreabrir sus labios: el paseante se sonrió tambien y se acercó á la ventana.

—¿Le han dado á usted una carta? le preguntó á media voz.

—Sí, señor, respondió Lucía con emocion.

—¿La ha leido usted?

—Sí, señor.

—¿Y qué ha decidido?

—Todavía nada.

—Veo que no eran infundadas mis sospechas, dijo con despecho el desconocido.

—No pueden serlo mas, caballero.

—Pues pruébelo usted.

—¿De qué modo?

—Haciendo lo que le digo en la carta.

—No puede tomarse tan de ligero semejante resolucion, respondió Lucía: he de pensarlo hasta mañana.

—Entonces volveré mañana á estas horas con el objeto de saber lo que usted ha decidido.

El desconocido dirigió á Lucía una última mirada y se alejó.

La jóven le siguió con la vista, y, cuando hubo desaparecido, se puso de nuevo á trabajar, pero desanimada y triste.

—Si yo pudiera hablar á esa jóven, dijo la madre del carbonero que la observaba desde el interior de la tienda, le diria que cerrase los oidos á las palabras de ese tentador.

—Suponiendo que lo sea, madre, observó su hijo, necesita la pobre mucha paciencia para consumirse ahí trabajando sin luz y sin sol, cuando el espejo le dice todos los dias que es bonita y cuando ese señor se lo dice tambien.

—¿Y piensas tú que sêrá mas feliz con él que trabajando?

—No hay duda.

—Pues te equivocas: hay dentro del alma que permanece fiel á sus deberes cristianos una luz que todo lo ilumina: al ceder á las tentaciones, se apaga esa luz: y aunque en lo que se ve haya galas y flores, y fiestas y alegría, adentro todo es sombra y oscuridad.

—Madre, todas las personas de su edad de usted dicen lo mismo, observó el carbonero.

—Es porque á mi edad, hijo mio, ya no hay vendas en los ojos y se ven esta vida y la otra tales como son.

Oyóse el sonido de una campanilla en la habitacion en que se hallaba la jóven, y esta, dejando su labor sobre la silla que habia ocupado, se dirigió precipitadamente al interior.

VII.

Cuando Lucía entró en la sala donde habia sonado la campanilla, que era la segunda, y la que servia de cocina,—segun indicaba un fogon de yeso que habia arrimado á la pared,—un hombre habia aparecido en la estancia y se paseaba por ella de mal humor y á pasos desiguales.

Era un jóven de elevada estatura y de figura, aunque vulgar, gallarda y bien proporcionada.

Su tez morena estaba empañada por una palidez hija de los desórdenes, palidez que no puede equivocarse con la dulce y distinguida del estudio, ni con la interesante que extienden en las facciones los cuidados y las penas de la vida.

Sus ojos negros, de duro y receloso mirar, estaban rodeados de círculos morados, que acusaban asimismo graves desórdenes en su método de vida y gran falta de sueño tranquilo.

Tenia los cabellos negros y hermosos, naturalmente rizados, y

en sus facciones habia alguna semejanza con las de la jóven, ó mas bien lo que suele llamarse *aire de familia.*

—¡Yo pensé que estabas sorda! dijo con enojo á su hermana, pues aquellos jóvenes no eran otros que Antonio y Lucía, los hijos de Juan Pedro y de Lorenza: tráeme el chocolate.

—No está hecho todavía, respondió Lucía con timidez.

—¿Cómo?

—Que aun no está hecho: hoy te has levantado mas temprano de lo que acostumbras.

—¿Estoy obligado á levantarme á una hora fija?

—Yo no digo eso... sino que te has levantado antes que otros dias y que no está aun el desayuno... voy á preparártelo.

—No es menester, dijo Antonio deteniendo á su hermana con un gesto imperioso.

—¿No te desayunas?

—Iré al café, ya que para nada sirves.

—Antonio, dijo la jóven, esta vida no puede durar para mí: eres muy injusto conmigo: has de saber que no está aun tu chocolate, porque no lo habia en casa... ni tenia con que ir á comprarlo: no me atrevia á decírtelo, pero ya que te irritas tanto por lo que no puedo remediar, es preciso que te lo diga: hoy no hay nada en casa para comer : hermano , ¡ esta situacion no puede prolongarse por mas tiempo!

—¿Y qué quieres decir con eso? exclamó el jóven lanzando á su hermana una mirada colérica.

—Que voy á tomar un partido... de esta manera sufro demasiado.

—Justo castigo de haber dejado la casa de tus padres, observó Antonio.

—¡ Y tienes valor de reconvenirme por haberlo hecho ! ex–

clamó amargamente Lucía: ¿qué hallaba yo en la casa donde hemos nacido? ¡A mi padre criminal! ¡A mi madre loca! ¡A una mujer devorando el precio del crímen que se imputa á mi padre! ¿Debia quedarme allí?

—Sí: ese era tu deber.

—Tú me propusiste que huyera contigo.

—Y tú debiste rehusar: nuestra hermana menor te daba el ejemplo.

—Lo hecho, hecho está, y no me arrepiento de ello, dijo Lucía; pero no puedo vivir mas á tu lado, Antonio: tendria valor para compartir contigo una vida de trabajo, de escasez, de privaciones, si como compensacion tuviera algun rato tu compañía y siempre tu interés y tu cariño; pero te has abandonado á una existencia de perdicion, al juego, al ocio, á la estafa... me dejas sola toda la noche, todo el dia, sin dinero, sin qué comer... ¿cómo he de conformarme con esto?

—¿Pero cómo has podido pensar que al traerte conmigo me iba á constituir en tu acompañante perpetuo, en tu esclavo? prorumpió Antonio: déjame que busque á la fortuna, y, cuando la haya hallado, quéjate si no te doy tu parte.

—¡Ah! ¡No es el que has emprendido el mejor camino para hallar á la fortuna! exclamó Lucía, ¡ni de ese modo la encontrarás jamás! La fortuna sólida y estable viene solo por el trabajo y el talento.

—¡Palabrotas de tus novelas!

—A lo menos leo, es verdad: tú ni aun eso haces; pero los libros y mi propia razon me dicen que no es por medio del fraude y del juego como se adquiere la fortuna.

—¿Y de qué modo la puedo yo adquirir? ¿Qué sé yo hacer? ¿Para qué valgo? Para arar la tierra, y de eso me despedí ya para siempre.

—¡Y de eso te arrepentirás! observó Lucía: ¡no recaia sobre tí el deshonor de las faltas de nuestro padre, y lejos de eso era á tí á quien correspondia velar por la suerte de tus hermanas! ¡Tú debias haberme guiado en el camino del deber y haber sostenido mi fortaleza! A tí te pedirá Dios cuenta de todo lo que yo pueda hacer en adelante.

Antonio, que hasta entonces se habia ido vistiendo, se puso la levita, tomó el sombrero y se dirigió á la puerta murmurando:

—¡Ya estoy harto de letanías!

—¿Te vas? preguntó Lucía con voz alterada.

—Ya lo ves, respondió Antonio.

—¿Y cuándo volverás?

—¿Cuándo?

—Sí.

—No sé.

—¿No me dejas dinero alguno?

—No tengo un ochavo.

—¿Sabes que no puedo comer hoy ni un pedazo de pan?

—Lo siento, pero te repito que no tengo qué darte.

Antonio desapareció al acabar de pronunciar estas palabras, y Lucía, dejándose caer sobre una silla, prorumpió en lágrimas de cólera.

—No, dijo despues de haber llorado durante algunos instantes, no sufriré mas esta vida vergonzosa y miserable: el escaso producto de mi bordado es tambien consumido por el juego; por esa maldita pasion que se ha apoderado de mi hermano: hasta hoy me han sostenido los preceptos de moral y de religion que mi madre me repetia en mi niñez; pero ya no quiero luchar mas: es inútil... la virtud es á veces una gran tontería... ese hombre tiene razon: los que vivimos mártires del deber somos unos necios.

Y esto diciendo, sacó Lucía de su bolsillo una carta, la desdobló, y se puso á leerla atentamente, como si desease afirmarse en una resolucion vacilante todavía en su alma.

La carta decia así:

—«¿De qué le sirve á usted, hermosa niña, vivir en la mas triste soledad, y consumir sus dias en un asiduo trabajo? ¿Quién le agradece la triste existencia que pasa? No puedo creer que solo el cariño fraternal la impulse á tan inmenso sacrificio: si le une á usted otro afecto á su compañero, muy cobarde y muy infame es este en pagar su amor con tal abandono: si es un esposo, no merece que usted guarde fidelidad á un amor que, si existió, se ha apagado completamente, á juzgar por la conducta de ese hombre: como quiera que sea, no rehuse los medios que le ofrezco de romper ese odioso lazo, y fíese á mi amor.

»He pasado por su casa de usted á todas horas del dia y de la noche y la he visto siempre solitaria y triste: en las horas en que todos nos entregamos al descanso, usted vela infatigable y sola sin oir una palabra dulce que la consuele, sin contemplar una boca amiga que le sonria: pues bien, pobre niña, tan aflictiva situacion puede cesar, y para ello solo tiene usted que decir una palabra: un *sí* al pasar yo, sea pronunciado, sea escrito en un papel, y en la próxima noche, á la hora que usted designe, un poco de valor para abrir la puerta y salir á la calle: no necesita usted mas.»

—¡Tendré todo ese valor y mas que fuese necesario! exclamó Lucía: sí, esta noche saldré de esta casa: pero ¡ay! ¡Para lanzarme al camino de la infamia no habia necesidad de haber abandonado la casa de mi padre! ¡Allí era solo desgraciada... aquí, además, seré culpable!

VIII.

Lorenza halló en casa del vicario un bienestar y una tranquilidad que disiparon las sombrías tinieblas de su alma, y la luz de la razon apareció de nuevo entre ellas mas durable y mas hermosa que nunca.

La vista de su alegre cuartito embellecido por el cuidado y la grata presencia de Teresa; la satisfaccion de hallarse rodeada de continuo de rostros serenos y apacibles; la compañía de Leon que le lamia la mano frecuentemente; los alimentos sanos y el descanso tranquilo cambiaron el curso desordenado de sus pensamientos, y estos hallaron un dique, á la manera que un desbordado torrente lo halla en un espeso bosquecillo de floridos arbustos.

Pero si tan risueñas imágenes curaron la alteracion de su espíritu, no alcanzaron otro tanto con la de su salud, y á medida que su razon lucia mas clara, su cuerpo se debilitaba y se iba inclinando hácia el sepulcro.

El vicario y Teresa lo conocieron así, y procuraron por todos los medios que la muerte de la infeliz esposa y de la desventurada madre fuese mas feliz y tranquila de lo que lo fué su vida.

Lorenza se informó con sorprendente lucidez de todos los acontecimientos de su casa, y supo con resignacion la instalacion en ella de la tabernera, causa de todas sus desgracias: pero al saber la huida de sus hijos, lágrimas arrancadas al fondo de su corazon subieron á sus ojos.

—¡Y he de morir sin verlos! exclamó uniendo sus manos y alzándolas al cielo: ¡he de salir de este mundo sin darles mi última bendicion y mi último consejo! ¡Dios mio! ¡Este postrer dolor es el mas grande, el mas insoportable de todos!

El vicario le dirigió algunas palabras consoladoras, y le dijo que debia dar gracias á Dios, porque aun le habia dejado la compañía de Teresa.

—¡Yo se las doy desde lo mas íntimo de mi alma! exclamó la pobre Lorenza: ¡yo se las doy porque ha hecho de mi hija el ángel salvador de su padre y el mio! ¡Hija querida, tú serás dichosa, porque has sabido llenar la mision de la mujer que, como dice el señor cura, consiste en perdonar y amar! No la abandones nunca, porque el recuerdo de haber cumplido con su deber es la única felicidad positiva de la tierra.

Lorenza se iba extinguiendo poco á poco; pero la conformidad y la resignacion parecian quitar todo el horror á su muerte.

Una tarde rogó á la buena Andrea que hiciera llamar á su marido.

—Me voy, dijo, y quiero despedirme de él: durante algunos años he sido dichosa al lado suyo, y aun lo seria á no haberse interpuesto entre ambos la fatal mujer que le ha perdido.

Contra lo que esperaban el vicario y la señora Andrea, Juan Pedro acudió al lecho de muerte de su mujer, que pidió que la dejasen sola con su marido.

Parecióle á Lorenza que le veia por la primera vez despues de muchos años; pues aunque realmente habia pasado algunas veces por debajo de la ventana de su cuarto, en el tiempo de su demencia, nunca habia llegado á verle de cerca.

Al mirar viejo, abatido, flaco y con la angustia del remordimiento en la frente, al hombre que habia amado jóven, alegre y honrado, Lorenza experimentó un sentimiento de profunda lástima.

—¡Qué cambiado te hallo, Juan Pedro! exclamó mirando al desgraciado que, sentado junto á su lecho, tenia la cabeza incli-

¡QUÉ CAMBIADO TE HALLO, JUAN PEDRO!

nada y una actitud profundamente abatida: cuando vaya á ver á mi pobre madre, que será hoy mismo, podré decirle que has expiado el crímen de darle la muerte !

—¡Perdon, Lorenza! murmuró Juan Pedro cubriéndose el rostro con las manos.

—Te he querido mucho y durante mucho tiempo para no perdonarte ahora , dijo Lorenza : y has sufrido tanto , que tambien mi madre debe haberte perdonado ya: pobre, abandonado de tus hijos, perseguido por los remordimientos, ¿qué mas castigos puedes ya sufrir? ¡Solo te queda el camino del arrepentimiento, y únicamente en él hallarás la luz ! Juan Pedro , renuncia á esos lazos malditos á los cuales has sacrificado el amor de tu familia y el reposo de tu vida entera: ¡arrepiéntete! Haz penitencia para que puedas esperar á la muerte sin terror : abandona á esa mujer y vé á buscar á tus hijos para separarlos, si puedes , del camino de la perdicion.

—¡A buscarlos! ¿Dónde habrán ido? ¿Dónde los encontraré?

—En Madrid: Teresa oyó decir á su hermana que se iban allí: vé tu tambien y haz por encontrarlos.

—¡ Imposible ! murmuró Juan Pedro : ¿ de qué medios he de valerme ?

—Nada es imposible cuando hay una firme voluntad.

—Y además, ¿qué prestigio puedo yo tener ya sobre mis hijos? De seguro que han huido de mi lado porque saben mi crímen.

—Lo saben y por eso han huido.

—Serán sordos á mi voz: ¡se burlarán de mí!

—Esa es la primera expiacion que Dios te impone por esta boca que en breve va á quedar muda para siempre , dijo Lorenza : de los bienes de mi madre apenas ha dejado ya nada la vo-

racidad de esa mujer : lo que queda debe ser de lo poco que poseíamos : reúnelo todo y véte con Teresa : cuando no sepas qué hacer, consúltaselo á ella, que es un ángel de talento y de bondad : tus hijos han huido de tí, porque eras culpable : búscalos arrepentido, y luego emplea el resto de tu vida en pedir al cielo tu perdon.

Una congoja apagó al llegar aquí la voz de Lorenza, que cerró los ojos y quedó inmóvil.

Su marido, asustado, pidió socorro, y la loca volvió á recobrar el conocimiento.

—Que venga Teresa, dijo : pronto, pronto, porque ya me restan pocos instantes de vida.

Un momento despues, Teresa se inclinaba sobre el lecho de su madre con el rostro lleno de lágrimas.

—Hija mia, le dijo Lorenza : á tu padre y á tí os dejo una mision ardua y difícil de cumplir : la de buscar á tus hermanos: no le abandones tú, ayúdale, guíale, aconséjale y no te separes de él : no pienses en que es culpable ni en la dura indiferencia con que te ha tratado, ni en sus crueldades conmigo: piensa solo en que es tu padre, en que es desgraciado y está triste : en que tú eres su único apoyo en el mundo y la sola persona que le puede amar : hija mia, no te separes de él... ¿me lo prometes así ?

—Sí, madre mia, respondió Teresa : no me separaré de su lado.

—¿Le seguirás á Madrid?

—Sí, señora.

—¿Tendrás valor para alejarte de Tiburcio ?

—¿Por qué no le habia de tener, madre mia ?

—Él te quiere... desde que mi razon ha vuelto, he vuelto

tambien á ser madre : yo lo he conocido, y tú, hija mia, no puedes esperar muchas afecciones sobre la tierra.

Teresa enjugó una lágrima y dijo haciendo un esfuerzo :

—Seguiré á mi padre.

—Tu destino es sin duda vivir entre el dolor y las penas, pobre ángel mio, dijo Lorenza besando á su hija en la frente; pero acéptale sin murmurar : tambien lo ha sido el mio : he sufrido mucho ; pero en silencio... tú lo sabes... he perdonado... he amado... y ahora voy á buscar confiadamente el eterno descanso.

Lorenza, fatigada, calló, y sus labios se movieron desde entonces suavemente como si rezase.

Teresa, de rodillas junto al lecho, lloraba en silencio.

Una cabeza juvenil, pero llena de tristeza, se asomó á la puerta y contempló un instante á la madre y á la hija , retirándose en seguida.

Dos horas despues, Lorenza exhalaba el último suspiro rodeada del vicario, de su esposo y de su hija.

Un poco antes de morir , tomó la mano de Teresa y buscó la de Tiburcio, que tambien se hallaba allí, procurando unirlas.

Pero sus fuerzas no llegaron á conseguirlo, y la infeliz miró de una manera suprema al sacerdote.

Este leyó su pensamiento en aquella mirada é hizo con la cabeza un signo afirmativo.

Juan Pedro salió para su casa, que estaba cerca de la del cura.

Era al caer de la tarde.

El sol se escondia, y las flores daban sus mas dulces y penetrantes perfumes.

En la iglesia se oian los cantos de las jóvenes del pueblo que celebraban el primer dia de Mayo.

Juan Pedro se detuvo, creyendo, en la ilusion de su cerebro debilitado por los excesos y las vigilias, que eran voces de ángeles que llevaban al cielo el alma de su mujer.

Su fisonomía se transfiguró y adquirió una expresion de melancolía muy distinta de la feroz tristeza y amargo malestar que antes se advertia en ella.

Aproximóse el labrador á la iglesia, elevó al cielo los ojos, unió sus manos y se dejó caer de rodillas sobre la verde alfombra que cubria el campo.

—¡No me atrevo á entrar en vuestra casa, Señor! dijo: estoy manchado de sangre, y antes es preciso que deposite mi crímen en el tribunal de la penitencia; pero desde aquí pido perdon á vuestra misericordia y os doy gracias, porque habeis suspendido sobre mi cabeza la espada de vuestra justicia! Sin duda que las nuevas ideas que germinan en mi alma se deben ya á que la santa compañera de mi vida ruega por mí en el cielo!... Bendito seais; Señor, porque, aun despues de su muerte, habeis permitido que vele por este miserable pecador!

Juan Pedro se levantó despues de haber rezado durante algunos instantes.

Gruesas lágrimas corrian por sus mejillas, y sus facciones, tanto tiempo comprimidas por la cólera y el dolor, parecian como dilatadas por una dulce esperanza.

¡Cosa extraña! De la muerte de una santa y sencilla mujer, brotaba la vida del alma del hombre fuerte y culpable!

Encaminóse Juan Pedro á su casa y entró en ella sin llamar, porque estaba la puerta abierta: despues se dirigió á su cuarto y lo halló solo.

Corrió en seguida á la sala contigua y la halló tambien abierta y sola.

Los cofres tenian las tapas levantadas y estaban vacíos.

Una antigua cómoda, que allí habia, estaba asimismo abierta y desocupada.

Juan Pedro comprendió, á la primera ojeada, que le habian robado.

Pero, en vez de acongojarse, su corazon se sintió aliviado de un peso terrible, al pensar que la autora del hurto era Braulia, y que esta debia haber huido con el producto de su crímen dejándole libre.

Juan Pedro recorrió la casa llamando á la antigua tabernera, y únicamente halló el silencio por respuesta.

Fué al sitio donde tenia el dinero : todo habia desaparecido.

—¡Gracias, Dios mio! exclamó : ya estoy libre de esa mujer: por ella robé y ella me alivia del peso de mi robo y de su odiosa presencia! Ahora no abandoneis á mi Teresa! Haced que halle siquiera el pan de la limosna para dárselo, y concededme la dicha de encontrar á mis desgraciados hijos!

IX.

—Verdaderamente, señor don Benigno, que así Tiburcio como yo vamos á quedarnos ahora como cuerpos sin sombra, decia tristemente la señora Andrea, arreglando en una maleta la ropa blanca del señor cura, que, sentado ante su mesa de escritorio, ponia en órden algunos papeles.

—¿Por qué dice usted eso, querida Andrea? preguntó el amable párroco sin alzar la cabeza.

—¿Por qué lo he de decir, señor? Ya ve usted, Teresita se marcha... y usted tambien! Hasta la pobre Lorenza acaba de morir! Se va uno quedando sin amigos, y sin usted que es lo peor.

—Ya sabe usted que volveré muy pronto.

—Ya sé que va usted á hacer una obra de caridad; pero, francamente, me parece que es demasiado pesada, y yo no la haria.

—La caridad, Andrea, es siempre un peso muy ligero.

—Para usted.

—Debe serlo para todos.

—Lo que es yo repito que no haria tanto por ese Juan Pedro, que jamás ha sido bueno.

—Al malo es á quien hay que ayudar: el bueno no necesita socorro.

—Como si no supiéramos todos que él ha ocasionado la locura y la muerte de la pobre Lorenza, á la que tuvimos que sacar de su poder!

Don Benigno sonrió tristemente.

Nadie sabia en el pueblo que Juan Pedro era el asesino de su suegra: solo sus hijos estaban enterados de su crímen: dos de estos, los mayores, habian huido, y para la menor era mas fácil morir que descubrir á su padre.

Y sin embargo, como el crímen lleva consigo una marca terrible, todos, sin duda por instinto, temian y odiaban á Juan Pedro.

—De modo, prosiguió Andrea, que porque ese hombre se ha dejado arruinar por la mala mujer con quien ha tenido trato tantos años, ahora le da usted dinero para que vaya á buscar á los hijos que se fueron huyendo de él!

—Puesto que va á cumplir con un deber sagrado, con un deber que su mujer moribunda le encargó, es preciso ayudarle.

—¿Y es preciso acompañarle tambien?

—Sí, Andrea.

—La buena mujer calló; pero meció la cabeza con aire de incredulidad y descontento.

—Es necesario que tengamos caridad para nuestros prójimos, dijo el párroco: no solamente voy con Juan Pedro hasta Madrid, sino que luego le acompañaré á Roma.

—¿Y á qué va él á Roma, señor?

—No sé: desea ir.

—Si por desearlo fuese, yo tambien iria.

Una voz dulce é infantil se oyó entonces debajo de la ventana, y el sacerdote hizo señas á la señora Andrea para que callase, acercándose para escuchar.

—No llores de esa manera, Tiburcio, dijo la vocecita argentina: me partes el corazon!

—Poco se conoce cuando te vas, observó el hijo de Andrea: ¿por qué no te quedas con nosotros?

—Y he de abandonar á mi padre?

—¿No va con él el señor cura?

—No importa; mi deber es seguirle.

—Tu deber! Dí que lo que quieres es ir á Madrid!

—Y para qué he de querer yo ir á Madrid! exclamó la niña con una triste sonrisa: ¿qué he de hacer allí? Si fuese bonita!... Pero ya ves como soy!

—Mas lindas que tu cara, no hay dos!

—Pero ¿y mi cuerpo?

—Yo no lo encuentro feo tampoco. Lo que sé decirte es que eres la que me pareces mas bonita del pueblo. Cuando eras pequeñita, me dabas mucha lástima al ver la mala vida que te daban; mas de una vez he llorado al encontrarte camino de la fuente con un cántaro que pesaba mas que tú...

—Y que me llevabas hasta la puerta de casa casi siempre.

—Si hubiera encontrado entonces á tu hermana!... no puedes imaginarte cuánto la aborrecia, porque te dejaba cargar con tan rudos trabajos; hubiera querido estar en el lugar de Antonio para haberle hecho andar á ella bien derecha: y por ir ahora á buscar á esos hermanos ingratos, ¡dejar el pueblo y á los que tanto te queremos!

—Dios sabe cuánto lo siento, mi buen Tiburcio! exclamó dolorosamente Teresa. Dios sabe que aquí se queda la mejor parte de mi corazon! Pero debo acompañar á mi padre.

—Sí! Como te ha dado en este mundo tantas pruebas de cariño!

—Eso no es cuenta mia.

—Teresa, exclamó el sacristan exasperado de la terquedad filial de la jóven, he de hablarte francamente: yo te he querido siempre: yo te quiero aun con toda mi alma, pero...

—¿Pero qué? preguntó Teresa con una angustia que no pudo disimular.

—Que cuando tú vuelvas, es fácil que me halles casado.

—¡Casado! repitió la jóven palideciendo: ¡casado!

—Sí, casado: con María la hija del herrero: ella me tiene aficion, su padre y su madre lo han conocido, y desean que se lleve á cabo la boda: ya sabes que es bonita, muy bonita!...

—No niego yo que lo sea! exclamó tristemente Teresa, no. Soy la primera en reconocer su belleza y mi deformidad.

—Y, sin embargo, Teresa, tú me gustas mas... á tí te quiero con pasion... ¿por qué me dejas?

—Porque es mi deber: mira, Tiburcio, si fuera tu mujer, haria lo mismo por tí; seria tu compañera, tu amiga, la que consolaria tus penas constantemente: así comprendo el matrimonio: ahora me debo á mi padre.

—Solo con que se lo propusieras, te dejaria en el pueblo.

—Jamás haré semejante cosa, Tiburcio.

—¡Porque no me quieres!

Teresa miró al sacristan de un modo que no dejaba lugar la menor duda acerca de su cariño.

—¿Quieres que se lo insinuemos mi madre ó yo?

—No.

—¿O que se lo diga el señor cura?

—Tampoco.

—¿Pero por qué?

—Basta que te asegure, Tiburcio, que aunque mi padre quisiera dejarme, yo no me quedaria.

—Entonces, dijo friamente el sacristan, repito lo dicho: me encontrarás casado cuando vuelvas.

—Tú harás lo que quieras.

—Puedes hacer tú lo mismo en Madrid.

—¡Yo casarme!... ¿Quién me ha de querer á mí? preguntó Teresa con una triste sonrisa.

—¿No te he querido yo?

—No hallaré otro.

—Y no obstante, me dejas! Esto prueba que cuentas con que otro amor ocupe el lugar del mio.

—Tiburcio, dijo Teresa, cuya voz tomó un acento grave y solemne: te aseguro que no me casaré con nadie : ahora tu cásate si quieres: eres dneño de tu voluntad y no te reconvendré por lo que hagas.

Dichas estas palabras, Teresa corrió al lado de su padre para ayudarle en los preparativos de su viaje.

—¡Pobre Tiburcio! exclamó la señora Andrea, quien lo mismo que el vicario habia oido toda la conversacion precedente.

—Pobre Teresa! repuso el cura: ha nacido condenada á ser mártir de su deber! tal vez me engañe, y se lo pido á Dios; pero creo que solo en el cielo hallará su recompensa!

X.

Como un mes despues del dia en que tuvieron lugar las escenas referidas, y en un suntuoso gabinete de una casa de Madrid, se hallaban dos personas á eso de las nueve de la noche.

La una era una señora de edad avanzada, de figura noble y altiva, y cuyo semblante conservaba restos de hermosura y á la par de un orgullo extraordinario y lleno de dureza.

La otra persona era un sacerdote de hermosa presencia y tambien de edad avanzada, aunque no de tanta como la dama.

Lo que en esta era dureza y altanería, en aquel era bondad y dulzura: los grandes ojos del sacerdote, de un azul oscuro, retrataban á la vez un elevado talento y una sensibilidad exquisita: el semblante de la dama estaba contraido por la expresion de una profunda cólera: el del sacerdote expresaba, al mismo tiempo que un dolor agudo, una conmiseracion que no excluia el desprecio.

La habitacion era magnífica.

Por todas partes se veian dorados espejos y terciopelo: las consolas estaban cargadas de juguetes de la China, de plata y oro.

Pero, en medio de este fausto, se advertia algo de monástico y de profundamente devoto y riguroso.

Lo mismo expresaba el traje de la anciana señora: era de rica seda, pero hecho con una sencillez que alejaba toda idea de elegancia y de buen gusto.

Sus cabellos, ya grises, alisados con pomada, se recogian de-

trás de la oreja, con esa beatería que está á dos pasos de la estupidez: no llevaba ni cuello blanco, ni mangas de encaje, ni otra joya que una sortija de oro liso en el dedo anular de la mano izquierda, flaca y descarnada como su compañera.

Mirando bien á aquella señora, se comprendia que aparentaba mas edad de la que realmente tenia, y que los rigores de grandes penas, ú otra cualquiera causa, la habian demacrado antes de tiempo.

Al sacerdote le conocemos, porque no era otro que nuestro amigo don Benigno, el virtuoso párroco de Cabañas.

—Emilia, dijo dirigiéndose á la dama, pocas veces en mi vida te he encontrado razonable; y sin embargo, pocas veces lo he sentido tanto como esta!

—Primo mio, repuso la dama, ya sé que nunca nos hemos podido entender, por cuya razon no es extraño que ahora suceda lo mismo.

—¿De modo que accedes á que tu hijo se case con esa pobre jóven?

—No solamente accedo, sino que lo deseo: el lujo de que la ha rodeado y su belleza han puesto tan en evidencia su trato escandaloso, que no queriendo él dejarlo, no hallo otro remedio que el matrimonio para asegurar su salvacion y la de esa desventurada criatura.

—Vuelvo á repetirte que tu hijo no piensa ni ha pensado jamás en casarse con ella.

—Y yo te repito que ya lo sé.

—Y á pesar de eso?...

—A pesar de eso, quiero que se case y se casará.

—Y la hará infeliz.

—¿Qué importa? Sobrada dicha es para esa labriega el alcanzar á mi hijo por marido!

—Es que él tampoco será dichoso!

—Tambien lo supongo, porque es probable que, así que sea su marido, se le acabe el amor; pero los hombres se saben buscar distracciones.

—Emilia! ¿Es esta tu rigidez en materia de religion? De modo que piensas augurar la tranquilidad de tu conciencia haciendo desgraciadas á dos personas, una de las cuales es tu hijo! Extraña religion es la que profesais los santurrones como tú!

—La tuya sí que es extraña!

—No hay tal.

—¿Es decir que es preferible que continúen en su trato criminal? Que esa mujer siga viviendo públicamente con mi hijo?

—Lo preferible y lo que debe hacerse es que ese trato se rompa, que ella se vuelva á su aldea y que él se case con una mujer á quien verdaderamente ame.

—Si tú puedes conseguir que Federico haga todo eso, creeré en la opinion de santo que tienes, primo mio.

—¿No le has hablado tú en ese sentido? preguntó don Benigno desentendiéndose de la pulla de la beata señora.

—Sí ; pero yo no tengo el poder de convencer á mi hijo : si le ordeno, me obedece ; pero nada mas.

—¿Y quién tiene la culpa de eso? exclamó con amargura el sacerdote : ¡tu fatal sistema de dureza y de intolerancia! El haber querido ser siempre, antes que su amiga, su jefe supremo : el haber hecho de nuestra santa y hermosa religion, que tanto debe amparar á los jóvenes, el azote de todas sus inclinaciones! ¡Hé ahí el resultado!

—Benigno, repuso la señora, ya sabes que, siendo muy jó-

venes los dos, nos amamos, y que estuvo en muy poco el que nos uniéramos por los lazos eternos del matrimonio ; y sabes tambien que, despues de estudiarnos mutuamente, ambos renunciamos á casarnos.

—Sí, respondió el párroco : tú, educada por una madre demasiado devota, no podias tener las ideas que yo, educado por un padre demasiado... despreocupado ; pero cuánta mas lealtad ocultaban los desórdenes de mi buen padre, que los alardes de santurronería de tu madre, Emilia! ¡Y cómo han dado ambas cosas sus necesarios resultados! tú has llevado una vida bastante libre ; te entregabas á todos los placeres durante seis meses, y pasabas luego un año encerrada, confesándote y haciendo penitencia : cuando te parecia que ya habias expiado tus culpas, volvias á cometer otras nuevas, y cada dia decias con la mas completa confianza :

—Hago mal, ya lo sé; pero luego rezaré y oiré muchas misas; y en todo caso, si algo dejo pendiente, me queda la vejez para arrepentirme.

—¿Era acaso mas laudable el escándalo que daban las aventuras de tu padre y las tuyas tambien?

—¡Escándalos! repitió con una generosa indignacion el sacerdote : mi padre era hombre, y, como tal, tenia pasiones ; pero ¿ha habido modelo mas cumplido que él de hidalguía, de nobleza y de generosidad? La alta, sabia y poderosa justicia de Dios habrá ya apreciado su vida ; pero si aun en la justicia de los hombres se pusieran en una balanza lo que tú y los tuyos llamais locuras, y sus beneficios, seguro es que el fiel se inclinaria al lado de estos. Yo nunca le temí como hoy te teme tu hijo, y él fué siempre mi mejor amigo.

—Bneno será que no perdamos el tiempo en convencernos

hoy, cuando el amor no lo ha logrado, dijo secamente la anciana señora : fijemos lo que conviene hacer, porque mi hijo estará pronto de vuelta : si tú puedes persuadirle de que debe dejar esas relaciones que son hoy el escándalo de Madrid, me alegraré mucho : si, por el contrario, se empeña en seguir así con esa mujer, que se case : esto es lo que me ha aconsejado mi confesor.

—¿Pero tú conoces á esa jóven?

—No por cierto : jamás he sabido quién es.

—¿Y no la quieres ver?

—Hasta que sea la esposa de mi hijo, no.

—Mira, Emilia, que puedes arrepentirte un dia de lo que sea!

—Me conformaré con la voluntad de Dios, y miraré mis penas como el castigo de mis culpas.

El vicario hizo un gesto de impaciencia y permaneció silencioso durante algunos instantes.

Luego, como cediendo á una idea repentina, dijo á su prima :

—¿Sabes á lo que he venido yo á Madrid?

—Sin duda á asuntos de tu curato, respondió aquella.

—No : he venido acompañando al padre y á la hermana de Lucía : el padre viene á rescatar y á hacer volver al buen camino á esos hijos que huyeron de su casa ; porque Lucía se ha venido con un hermano suyo.

—¿Bien y qué?

—¿Qué? ¿No quieres ver á su familia? ¿informarte de ella?

—No creo que haya necesidad de hacerlo.

—¿Y si el padre fuese un malvado, un criminal?

—Dios me tomará en cuenta el dolor de semejante alianza.

—¡Qué triste manía es la de mezclar á Dios en todas las miserias humanas! exclamó el párroco.

—¿Acaso negarás tambien que Dios está en todo?

—No puedo negar eso : ¿pero no nos deja Dios el libre albedrío? ¿No somos dueños de nuestro raciocinio? Emilia, nadie se alegraria tanto como yo de este casamiento, porque desprendido ya de todas las vanidades mundanas, mi mayor afan es el de ganar almas para el cielo ; pero temo que en esta desgraciada union haya para tu hijo muchos dolores, y para Lucía muchas lágrimas ; dolores y lágrimas que hoy podrian evitarse.

—Ellos se arreglarán como puedan : de todas maneras, el matrimonio es siempre un manantial inagotable de pesares.

—¿Quién lo ha dicho? exclamó don Benigno calorosamente : ¡el matrimonio manantial de pesares! ¿Dónde hay una institucion mas bella y mas saludable?

—Dígalo el mio.

—Juzgando por tí, tambien deberias decir que no hay nada que cause tantas penas como el tener hijos, lo que será otra blasfemia social y cristiana : de todas tus penas conyugales y maternas echa la culpa á tu sistema especial, no á la institucion.

—¿Por qué has huido tú de tener esposa é hijos, si tan buena cosa es? preguntó la anciana con acritud y como herida del último argumento de don Benigno.

—No he huido de tenerlos, repuso este : es que no hallé en mi camino ninguna mujer que fuese digna de ser mi compañera, ni que reuniera las condiciones que yo deseaba para la que llevase mi nombre : y luego, querida mia, he sufrido algunos amargos desengaños : al fin de ellos, hallé á Dios : bendita sea su santa providencia y su augusta mano que me atrajo hácia él!

—¡Aquí está mi hijo! dijo la señora oyendo la campana del portero, que anunciaba la llegada de una persona: háblale y mira si renuncia á esa mujer : si no la abandona, que se case al instante con ella : ¿lo oyes? ¡al instante!

Y para no dar á don Benigno lugar de que le hiciese ninguna otra objecion, la condesa de Revilla—pues este era el título que llevaba la orgullosa prima del sacerdote—salió de la habitacion.

XI.

Un instante despues, se oyeron los pasos ligeros de un jóven, si bien en su modo de andar se percibia una timidez y una violencia como la que se emplea al entrar en la iglesia ó en un claustro.

Abrióse la puerta: el jóven asomó la cabeza con recelo y miró al interior de la estancia.

Su figura era bella: en su semblante habia todos los rasgos característicos de una naturaleza apasionada y vehemente: ardia en sus negros ojos el fuego de la juventud y de las pasiones, y en el ligero pliegue que se advertia á cada lado de su boca se veia retratada la firmeza, ó mas bien, la terquedad de una voluntad inquebrantable.

Al contemplar á la madre con su aspecto monástico y al hijo con el suyo violento y decidido, un pensador se hubiera estremecido por el presente y el porvenir del último: nada habia en ambos de esa admirable semejanza que es hija de la íntima simpatía de la sangre y del cariño: aquellas dos naturalezas se rechazaban, se repelian.

Era evidente y era tambien forzoso que la madre ordenase con despotismo, y que el hijo se rebelase con terquedad, aunque lo disimulase con hipocresía.

Y, sin embargo, aquella fisonomía, dura y contraida, se dilató, y se abrió, como una flor que recibe un rayo de sol, al ver al sacerdote.

Sus ojos se velaron con una lágrima de ternura: sin saberlo, un largo suspiro de tranquilidad y satisfaccion se escapó de su pecho, y sus labios se entreabieron con una bella sonrisa.

La nube negra de la hipocresía y del disimulo se disipó para dejar ver el cielo azul y puro de la hermosa juventud.

—¡Tio mio! ¡mi bueno, mi querido tio! exclamó el jóven estrechando contra su pecho al sacerdote: gracias á Dios que puedo abrazarle á mi gusto! Ahora no está mi madre, y ya sabe usted que esta mañana solo me permitió estrecharle la mano!

—No eres tú, hijo mio, el que halla mas placer en que nos veamos solos, dijo don Benigno correspondiendo á las caricias del jóven: siéntate á mi lado, y hablemos.

—Sí, sí, hablemos, querido tio.

—Tu madre acaba de salir de aquí, dijo el vicario, y me ha encargado que me entienda contigo acerca de cierto asunto.

—¡Ah! ¡Ha salido ahora de aquí mi madre! repitió el jóven conde de Revilla, en cuyo rostro se pintó la desconfianza.

Y casi en el mismo instante sus facciones se volvieron á encoger y á cerrar como la sensitiva al aproximársele una mano ruda.

—Mi querido Federico, dijo con dulzura el párroco, veo con gran pena que entre tu madre y tú no existe la mejor armonía, y esto es una cosa muy triste: tú eres su hijo único: si no espera de tí respeto y cariño, ¿de quién puede esperarlo?

—Cariño y respeto le doy, tio mio.

—Pero lo segundo en una dosis mayor que lo primero: ¿no es cierto?

—No lo puedo negar: mi madre es dura; yo altivo: ella... madre; yo, hombre: nada mas tengo que decir á usted de lo que pasará entre los dos.

—¿Pero no amas á tu madre, hijo mio?

—La amo ; y, sin embargo, no puedo olvidar que su carácter de hierro mató á mi noble y buen padre.

—Le hirió la muerte, porque Dios lo dispuso así.

—Mi madre le daba un pesar por hora, señor.

—Y bien, hijo mio : no eres tú el que debe pedir cuentas de eso á tu madre : Dios se las pedirá : entretanto, solo te toca obedecerla y respetarla.

—Ya la respeto y la obedezco : aun mas de lo que usted puede pensar.

—Ahora voy á pedirte una prueba de ello : tu madre desea que dejes unas relaciones que la hacen sufrir mucho ; que hieren su conciencia y que, por lo mismo, le quitan el reposo.

—¡Jamás! respondió Federico bruscamente.

—Y si yo te pidiese que las dejases, ¿qué me responderias?

—Que no podia complacerle.

—¿Por qué?

—Porque amo á esa mujer con toda mi alma.

—Hijo mio, es preciso que hagas un esfuerzo y que pruebes, á lo menos, á separarte de ella.

—¡Imposible, tio mio, imposible!

—Escucha, antes de responder así : esa mujer es hija de un hombre criminal : no puedo decirte lo que ha hecho ; pero es un criminal, aunque arrepentido.

—Nada me importa.

—Su familia es muy humilde.

—Ya sé que Lucía es hija de labradores ; pero labradores eran tambien nuestros primeros padres.

Esta filosófica respuesta hizo reir al venerable párroco, que prosiguió :

—Una hermanita suya ha quedado hoy colocada en el taller de una florista, porque su padre, á causa de sus muchos errores, se ve envuelto en la mayor pobreza : tanto es así, que tengo yo que mantenerle, y la niña quiere aprender á ganarse la vida.

—Yo la llevaré al lado de su hermana, para que tenga una existencia descansada y feliz.

—¡Al lado de Lucía pervertida ya! exclamó el sacerdote : á ella! ¡A Teresa, que es un ángel! ¡Jamás!

—¡Lucía es tan buena, tio mio! ¡tan buena y tan hermosa! Nada perderia su hermana con estar al lado suyo.

—Eso es imposible por ahora, y á menos que no adoptes un segundo partido que te voy á proponer : óyeme aun con un poco de paciencia, hijo mio: yo vine á Madrid con el padre de Lucía, que queria buscar á sus dos hijos mayores, que habian huido de su lado : no quise dejar solo al pobre hombre en tan ardua empresa, pues el arrepentimiento de sus errores era muy reciente, y temí que no fuese tampoco muy durable : acompañé, pues, al desventurado pecador, y su hija menor no quiso dejarle: aun no sabia de qué medios valerme para hallar á sus hijos, cuando vine á abrazar á tu madre, á la que hacia bastante tiempo que no veia, aunque me escribia con alguna frecuencia: ella se me quejó amargamente de tus extravíos, y me nombró al objeto de ellos, que era justamente una de las dos pobres criaturas que buscábamos.

—¡Y qué, tio mio! ¿Acaso usted, y el padre de Lucía quieren que se vuelva á su aldea?

—Sin duda.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Vaya una idea peregrina! exclamó Federico riendo á carcajadas : ¡irse ella otra vez al lugar! Ella, tan loca, tan alegre, que monta á caballo como la mejor amazona, que dirige un coche admirablemente, que solo vive del lujo, de

las galas, de los perfumes, de llamar la atencion, en una palabra! ¡Ah, tio mio! Usted, que ha sido un hombre de mundo, la verá y se convencerá de que, aunque yo quisiera abandonarla, —y nada está mas lejos de mi pensamiento—aunque la llevaran diez veces al pueblo, otras tantas se volveria á Madrid, donde tanto nombre tiene, donde en cada paso que da obtiene un triunfo.

—¿De modo que no piensas romper esas relaciones?

—No, señor.

—Entonces, cásate con ella.

El conde miró asombrado á don Benigno.

—Te repito que te cases con ella, dijo este: tu madre lo desea; es mas, te lo exige.

—¡Mi madre!

—Sí, dice que su conciencia estará mas tranquila con que el matrimonio ponga fin á esas relaciones, que con que sigan como hasta aquí.

—¡Entonces empezaré desde mañana á disponerlo todo! exclamó Federico. ¡Oh, dicha! ¡Oh, ventura! ¡Oh, felicidad sin límites!

—¡Desdichado! repuso el sacerdote: ¿darás tu nombre, el nombre respetado de tu padre, á esa mujer?

El jóven miró á su tio casi con terror y bajó los ojos.

—Señor, dijo, Lucía era pura cuando me conoció: vivia de un trabajo material, agobiador, horrible! Si cedió á mis ruegos, fué porque la necesidad la asediaba: su hermano se llevaba al juego hasta lo que ella ganaba con su aguja.

—Hijo mio, dijo el sacerdote con la dulce calma que le era habitual: puesto que crees posible casarte con esa pobre jóven, no quiero—por si acaso esto sucede—envenenar tu ánimo infundiéndote recelos para el porvenir; pero piénsalo bien y considera que puedes, haciéndote á tí muy infeliz, hacerla tambien

á ella completamente desventurada: piénsalo hasta mañana, y deja que hable yo á Lucía.

—¿Para persuadirla de que se debe ir con usted? preguntó sobresaltado el conde.

—Sí, no quiero negártelo.

—¡Oh, sublime valor el de la verdadera virtud! ¡Qué distinto eres del cruel ensañamiento de la santurronería! exclamó el jóven; mas á pesar de la magia de su lenguaje, no temo á la persuasion de usted, tio mio: Lucía me ama.

—¡Ojalá, hijo mio, que puedas decir siempre otro tanto!

—Tome usted las señas de la casa en que vive, dijo Federico dando á su tio una tarjeta.

—Reflexiona hasta mañana por la noche, Federico; y cuando venga á verte, respóndeme de un modo definitivo.

—Mi respuesta será rogar á usted que se espere para bendecir mi union con Lucía.

Tio y sobrino se estrecharon la mano, y el primero salió para buscar la casa de la hija de Juan Pedro.

—Basta por hoy, dijo la baronesa cerrando el manuscrito: estoy fatigada, y lo que resta constituye como una segunda parte de mi historia: ahora, hijas mias, decid cuáles son los personajes que os son mas simpáticos, y sepamos tambien cuál es la opinion del sexo fuerte.

—A mí, dijo Mariana, Teresita es la persona que mas me interesa.

—A mí, observó Luisa, me interesa Lucía: tambien era mas desgraciada que culpable: la fortuna es que ya está cerca de ser dichosa.

—¡Dichosa! repitió meciendo la cabeza la señora de Clavieres: ¿cuándo se ha comprado la dicha faltando al deber?

—Pero si su culpa consiste en haber huido de su padre, huia de él porque era muy culpable!

—Jamás debe una hija juzgar á su padre: además, en su huida no solo dejaba á este, sino que abandonaba á su madre loca y enferma: yo estoy segura de que, en el fondo de la dicha, hallará su castigo.

—Eso es lo lógico, repuso la baronesa: aun sin contar con la inmutable justicia de Dios en la otra vida, se recibe en esta casi siempre el premio y el castigo: y si no, queda el consuelo de decir:—mi conciencia está limpia y pura de toda falta: Dios me espera allá arriba para darme la recompensa de mis penas: —esta idea le basta al alma cristiana para tener fortaleza en todas las pruebas de la vida.

—Pero, abuelita, para pensar así, es preciso ser una santa! exclamó Carolina, y hay muy pocas santas en el mundo!

—No, hija mia, repuso la baronesa: los santos ansiaban las penas, las buscaban con sublime ardor: los cristianos solo sabemos soportarlas con paciencia: un gran escritor americano ha dicho:—Dios rompe lo que se resiste á doblegarse bajo su mano. —Dobleguémonos, pues, para que no nos hiera, y digamos cada mañana:

«Señor, hágase en todo vuestra santa voluntad!»

—¿Abuelita, y se casará Lucía con el conde? preguntó Magdalena.

—Sí, hija mia, repuso la anciana.

—¿De modo que será condesa?

—Sin duda.

—¡Quién se lo habia de decir á ella! Qué dicha!

—Y de su hermano ¿qué será?

—No quiero anticiparos los sucesos, dijo la baronesa: mañana terminaremos la historia, y os convencereis de que solo la virtud y la paciencia son las que alcanzan un completo triunfo sobre las tempestades que agitan la existencia.

XII.

En la noche de aquel mismo dia, don Benigno se dirigió á casa de Lucía.

Ocupaba esta un pequeño, pero suntuoso palacio, situado en la calle de Alcalá, cerca ya de la salida del Prado, bañado de sol en el invierno y de sombra en el verano.

Despues de la gran puerta de entrada, habia una verja que llevaba á un reducido jardin, dentro del cual se alzaba la casa con su fachada blanca y graciosa y sus ventanas con persianas verdes.

No se oia allí ni ruido incómodo de coches y de vendedores, ni ninguno de esos importunos rumores de las ciudades populosas que la clase media sufre y que el rico no conoce.

Porque para la clase media son todas las desventajas de las grandes ciudades y para los opulentos todos sus placeres.

Lucía no estaba, ni habia estado nunca, en la clase media: de aldeana, habia pasado á la indigente posicion del que vive con el trabajo de sus manos, y despues sin transicion alguna, á todos los refinamientos del lujo.

Como queda dicho, reinaba en su casa un aristocrático silencio.

En la verja, ardian cuatro grandes faroles que iluminaban el jardin con su clara luz.

Un criado que se hallaba sentado á la puerta, se levantó políticamente y preguntó á don Benigno lo que se le ofrecia.

—Quisiera ver á la señora, respondió el sacerdote.

—¿A la señorita Lucía?

—Justamente.

—Pasaré la tarjeta de usted, y, entretanto, puede esperar en el jardin donde hallará asientos y fresco, pues ya empieza á sentirse el calor.

Don Benigno se sentó en un banco de césped: la noche estaba hermosa: era una de esas noches estrelladas de mayo: las flores exhalaban sus perfumes mecidos por la brisa fresca y suave, y el ruiseñor, ese huésped de la primavera, cantaba entre los árboles.

El vicario cayó en una profunda meditacion: alzó al cielo sus ojos y se sintió humillado mas que nunca ante la impenetrable grandeza de los designios de Dios.

El crímen de un padre habia arrojado á aquella jóven de su hogar.

Débil y culpable ella á su vez, habia venido á hallarse en el seno del lujo y de los placeres.

¿Encontraria en ellos la felicidad?

¿Disfrutaria esa dicha que se cree unida estrechamente á los goces de la riqueza?

No!

Cuando no hay en el alma de la mujer instintos de rectitud y religion, podrá embriagarse algunos instantes; pero la conciencia, alerta siempre, recobrará en otros su imperio, y su voz resonará en sus oidos.

En medio de aquel jardin delicioso, de aquellos perfumes, de aquel ambiente, á la vista de aquella morada encantadora, el

regente de la parroquia de Cabañas compadecia profundamente á Lucía.

El criado volvió á buscarle, rogándole que le siguiese.

Ambos entraron en el palacio : desde la primera antesala, se hallaba ya todo elegantemente iluminado con lámparas que tenian globos de cristal blanco : cada lámpara salia de una maceta de flores.

Atravesaron dos antecámaras y llegaron á un saloncito, obra maestra de gusto y de coquetería.

Hallábase vestido de seda azul celeste con ramos de margaritas del campo : dos inmensos espejos reflejaban las bujías que ardian sobre dos mesas doradas con tableros de piedra blanca: la sillería era azul celeste, de seda, y el pavimento de marmolillos blancos con ligeros filetes negros y sin ningun dibujo.

Ante las dos ventanas caian cortinas de seda azul y muselina blanca.

Lucía se hallaba sola y recostada en un cómodo y pequeño divan de seda azul.

Al ver entrar al párroco, se levantó y dió algunos pasos para salirle al encuentro.

Aunque era tan conocida para don Benigno, este quedó admirado del nuevo aspecto que Lucía presentaba.

Sus formas, algo adelgazadas por el clima de la corte y por la distinta vida que en ella hacia, habian adquirido una esbeltez encantadora : su tez parecia mas blanca por efecto de la falta de aire y de sol, y tal vez merced á la influencia de alguna maravillosa agua del tocador.

Toda su belleza tenia un tinte de gracia, de distincion, de delicadeza que la hacia doblemente interesante que antes : despues de todo esto, su traje era de la elegancia mas exquisita : un ves-

tido de seda de color claro, algunos encajes blancos de gran precio, algunos brillantes, hé aquí lo que le constituia: sus cabellos se recogian en gruesas trenzas negras, detrás de su cabeza, sujetos por una larga aguja de brillantes.

En suma, todo lo que habia en Lucía de la aldeana habia desaparecido, quedando una jóven de maravillosa y delicada belleza.

—¡Ah, don Benigno! ¡Cuánto me alegro de ver á usted! exclamó besando la mano del vicario y estrechándosela despues con una efusion llena de respeto: ¿pero cómo ha sabido usted dónde estaba?

—Soy tio del conde de Revilla, hija mia, respondió el vicario sentándose al lado de la jóven.

—¿De Federico?

—El mismo me dió la señas de tu habitacion.

—¿Y mi padre? ¿Y mi hermana Teresa? preguntó Lucía, á cuyas mejillas habia subido el doloroso carmin de la vergüenza.

—Están aquí.

—Aquí, repitió Lucía palideciendo á la idea de estar tan cerca de su padre: ¿y desde cuándo?

—Han llegado conmigo hace dos dias desde nuestra aldea.

—¿Y sabe mi padre dónde estoy? preguntó Lucía con terror.

—Nada temas: aun no lo sabe.

—¡Ah! ¡Qué ingrata soy! exclamó la jóven: ¿y mi madre? ¿Y mi pobre y desgraciada madre?

—Ya es mas dichosa que tú, Lucía.

—¿Qué dice usted?

—Ya está en el cielo.

—¡Ha muerto! exclamó Lucía, á cuyos ojos no acudió el raudal del llanto que el sacerdote esperaba y queria ver: ¡ha muerto! ¡Y yo no le llevo luto! ¡Y nada sabia!

—Tú renegaste de ella.

—Si usted supiera por qué huí...

—Lo sé; pero en tanto que estuviste bajo su mismo techo, fuiste tambien para ella desnaturalizada y dura.

Lucía bajó la cabeza, y entonces solamente corrieron dos lágrimas por sus mejillas.

—Tu padre está muy pobre, continuó don Benigno; y tu infeliz y angelical hermana Teresa se ha puesto ayer de aprendiza en el taller de una modista: nada poseen en el mundo: lo que restaba á tu padre, se lo ha llevado Braulia, que ha huido.

—¡Justicia de Dios! exclamó Lucía alzando al cielo sus ojos.

—Acuérdate de esas palabras, repuso el vicario: la justicia de Dios es inmutable y recta: aun en esta vida hay castigo para el culpable y recompensa para el bueno.

—¿No podré ver á mi padre? preguntó la jóven con timidez.

—Hoy no: pero podrás despedirte de él antes de que emprenda su viaje á Roma.

—¿Va á Roma?

—A echarse á los piés del Papa, para que le imponga la penitencia de su pecado y le absuelve de él.

Lucía se estremeció.

—¿Y Antonio? preguntó don Benigno: ¿le ves?

—Solo viene alguna vez á pedirme dinero cuando lo necesita, dijo la jóven con voz trémula: su crueldad, su mala vida me han traido al precipicio en que estoy.

—¿Pensabas, acaso, que el hermano que te animó á salir de la casa paterna habia de ser para tí noble y bueno? ¡Pensamiento vano! No esperes jamás hallar el bien en el fondo del mal, sea cualquiera la forma de que aquel esté revestido: ahora escucha: como tú has dicho, estás en un precipicio; pero tienes dos mo-

dos de salir de él: el uno es volver á la aldea y allí trabajar modesta y silenciosamente expiando tus faltas y mereciendo de nuevo la estimacion de todos.

—¡Volver al pueblo! ¡Al trabajo, al desprecio general! exclamó Lucía levantándose y retrocediendo dos pasos con horror: ¡imposible, señor, imposible! ¡Antes morir!

—El otro medio te parecerá mejor, dijo don Benigno: cásate con Federico.

—¡Casarme con él! ¡Ah! ¡Si esto fuera posible! Pero yo, pobre aldeana, ¿cómo puedo esperar semejante dicha?

—Nada mas fácil, supuesto que él lo desea.

—¿Federico lo desea?

—Sí.

—¡Eso no es cierto! ¡Usted me engaña, señor! exclamó la jóven sentándose de nuevo al lado del vicario y mirándole enajenada.

—Te digo la verdad.

—¿Federico desea casarse conmigo?

—Sí, te lo repito.

—¡Pero Federico tiene madre! Una madre muy dura, segun me han dicho y que nunca lo consentirá.

—Su madre lo consiente.

—¡Será posible!

Y Lucía, agobiada con el peso de aquella revelacion, quedó inmóvil y sin poder añadir una sola palabra mas.

—Y, sin embargo, pobre hija mia, prosiguió el sacerdote: yo que te amo paternalmente, yo que deseo tu felicidad, te aconsejaré que, de los dos medios, elijas el primero.

Lucía contempló á don Benigno casi con compasion.

Temia que se hubiera vuelto loco.

—¿Conque usted optaria por volverse á la aldea? preguntó.

—Sí, y te aconsejo que lo hagas, porque en la aldea tendrás paz y felicidad, en tanto que ese enlace no te proporcionará la una ni la otra.

—No es probable que esto suceda.

—Pues yo estoy muy seguro de que sucederá.

—¡Señor, Federico me ama! dijo Lucía.

—Eso mismo me ha dicho él.

—¿Ha procurado usted disuadirle de que se case conmigo?

—Sí.

—¿Y qué ha contestado?

—Que no le hable de semejante cosa.

—¡Ah! ¡Bendito sea Dios! exclamó la jóven uniendo sus manos y elevando al cielo sus ojos con una apasionada gratitud: ¡cuán grande es su bondad!

—No se llega al bien por el camino del mal, mi pobre Lucía, observó tristemente el vicario: si te casas, formarás parte de esas gentes cuyo exterior causa envidia á todos y cuyo interior es tan infeliz.

—Ya he dicho á usted que amo á Federico: que le amo con pasion; y además, tengo la firme intencion de ser buena.

—Lo que no impedirá que seas muy desgraciada.

—Al lado de Federico no temo el dolor, padre mio.

—¿De modo que estás resuelta á casarte con él?

—Completamente resuelta.

—De ese modo, dentro de quince dias serás la condesa de Revilla.

El venerable párroco salió.

Lucía se entregó á un acceso de alegría insensata: empezó á bailar, á cantar, á batir las palmas y á reir.

Al ruido, entró su doncella y la miró asombrada, creyendo que se habia vuelto loca.

—¡Pepa, Pepa! ¡Dentro de quince dias seré la condesa de Revilla! gritó arrojándose al cuello de la jóven.

—¿De veras?

—¡Me caso, Pepa, me caso!

—¿Con el señor conde?

—¡Sin duda! ¡Ya ves! ¡Voy á ser condesa!

—¡En verdad, señorita, que es una suerte extraordinaria! exclamó Pepa: no la tuve yo así.

—¿Tú?

—Y eso que me dió palabra de llevarme ante el altar un señorito de una casa donde servia.

—¿Sí?

—Y me puso un cuarto muy bonito.

—¡Hola!

—Pero al poco tiempo, y cuando mas enamorado le creia, desapareció, y no le he vuelto á ver mas.

—¡Qué picardía!

—¡Usted sí que es dichosa!

El carmin de la cólera subió á las mejillas de Lucía al considerar que su doncella osaba compararse con ella; pero á la vez reflexionó tambien que ella era entonces muy inferior á Pepa, porque esta ganaba honradamente su vida.

—¿Pues no decian que tenia madre el señorito? preguntó la camarera.

—La tiene, en efecto.

—¿Y no se opone á su boda con usted?

—No.

—¡Es cosa rara! dijo Pepa: ¡un casamiento tan desigual! To-

dos les sientan mal á las madres, pero este es doblemente extraño que le parezca bien á la condesa.

Lucía despidió á su doncella temiendo que no podria soportar por mas tiempo sus impertinencias: desnudóse sola y se metió en su lecho de encajes y batista.

Mil hermosos y dorados sueños revoloteaban entre las cortinas de su cama; pero la plegaria de gracias no acudió á sus labios.

En el alma débil de Lucía no habia ideas muy sólidas de religion, y solo las penas debian despertar la idea de Dios en toda su espléndida y majestuosa grandeza, en toda su augusta majestad y poderío.

XIII.

En el taller de una florista, situado en la calle de Hortaleza, habia reunidas seis jóvenes alrededor de una mesa redonda, una mañana como á eso de las siete.

Todas parecian verdaderas hijas de Flora, segun lo risueño de sus fisonomías; y aunque entre ellas las habia bonitas, y otras que no lo eran tanto, en todas brillaba esa gracia descuidada peculiar de la juventud.

Ninguna pasaba de veinte años, ni tenia menos de quince.

La que dirigia trataba de hacer alarde de gravedad; pero le era imposible sostenerla por largo rato.

Era una jóven morena, fresca, con ojos y cabellos negros, que cada mañana iba al taller acompañada de un escribiente de loterías y cada noche volvia á su casa en compañía de un estudiante de leyes.

Hacia ya mucho tiempo que su corazon vacilaba entre estos dos pretendientes sin saber á cuál elegir.

Parecíale que *un empleado* era cosa muy decente ; pero pensaba tambien en que *un abogado* no era cosa para despreciarse.

En esta vacilacion se hallaba hacia ya tres meses, sin saber por cuál de los dos decidirse.

El nombre de esta jóven era Anastasia : nombre con el cual estaba muy disgustada, porque le parecia muy feo; pero habiendo caido en sus manos la preciosa novela de Mr. Carlos Bernard, cuyo título es *La sortija de plata*, se reconciliaba con él, al ver que el gran novelista lo habia puesto á su interesante heroina.

Algo habia en la florista Anastasia , de aquella Anastasia púdica, noble y desgraciada; ninguno de sus dos adoradores podia hablar con razon de la ligereza de sus costumbres, ni de la bajeza de sus pensamientos : á ninguno habia concedido preferencias: mantenia á su madre anciana y enferma, y para proporcionarle algunas comodidades mas, cosia en su casa por las noches las labores que le daban de una tienda , dedicándose al taller de la florista durante todo el dia.

La madre, viuda de un comerciante que habia tenido la desgracia de arruinarse, era mujer acostumbrada al trato de mundo y de gran penetracion: se sonreia cuando su hija le pedia parecer acerca de cuál de los dos pretendientes elegiria , y le preguntaba :

—¿Cuál de los dos te gusta mas?

—Me gustan los dos, mamá.

—Entonces, hija mia, es que no amas á ninguno de los dos: el amor no calcula ni discute: no gusta á medias de una persona: gusta á ciegas, exclusiva, absolutamente: cuando llegues á amar así, te aconsejaré que te cases.

—¿Casarme? ¡ No pienso en eso, madre mia ! dijo Anastasia: no quiero robarte mis cuidados y mi cariño.

—Para las madres que son un obstáculo á la felicidad de sus hijas, hay asilos, querida Anastasia : y yo , que estoy enferma, tengo mi sitio en el hospital de incurables.

Anastasia se puso á llorar amargamente al oir estas palabras.

—¿Qué he hecho yo para que tengas la crueldad de hablarme de ese modo? exclamó la jóven: ¿acaso no te amo mas que á nadie en el mundo? ¿No adivino tus deseos? ¿Por qué dices que eres un obstáculo para mi felicidad, cuando esta consiste en verte dichosa? No , madre mia , ningun hombre , que no te respete y te amé, será mi marido.

El escribiente *visitaba la casa* , segun suele decirse : y á la madre le parecia un jóven cándido y honrado , pero demasiado tonto para interesar á su hija.

El abogado jamás habia querido subir á la bohardilla que Anastasia habitaba.

Pero, á pesar de estas dobles penas de amor, Anastasia era feliz, y la risa se dibujaba constantemente en su hermosa boca, esperando siempre el instante de decidirse.

Las demás jóvenes del taller eran mas vulgares que ella , y, por lo mismo, mas habladoras y mas ruidosas que ella tambien: la primera condicion de la grosería es dejarse oir mucho.

Una de ellas era hija de un zapatero bien acomodado, y estaba cantando todo el dia, á excepcion de los cortos instantes en que la maestra daba vueltas al taller.

Otra la echaba de sentimental y lánguida; y las demás hablaban mucho de sus aventuras y conquistas de Capellanes.

En la mañana de que vamos hablando, todas estaban en torno de la mesa de labor, segun costumbre , desde las siete en punto: la propietaria del taller se ocupaba en distribuir la obra del dia.

—Usted, Anastasia, dijo al empezar, armará estas rosas blan-

cas y estos azahares en una corona de novia: es la que ha de llevar la jóven que se casa hoy con el conde de Revilla: ¡bonita boda por cierto! No hay que perder las esperanzas de hacer buena suerte, niñas: la novia era una cualquiera, á la que el conde sacó de la miseria para casarse despues con ella, y es hermana de Teresa, esa jorobadita que trabaja aquí desde hace poco.

—Señora, ¿qué dice usted? exclamó la que estaba todo el dia cantando: ¿la hermana de Teresa se casa con un conde?

—Pasado mañana.

—¿De modo que ella no trabajará mas?

—Trabajará lo mismo que antes: su padre, que es un hombre campesino y no muy listo por mas señas, me ha dicho que va á hacer un largo viaje, y que entretanto quiere dejarme á su hija á modo de pensionista.

—¡No le arriendo la ganancia! murmuró una de las concurrentes á Capellanes: ¡pobre chica, qué esclavitud le espera!

Y separando su cabeza de la compañera á quien habia dirigido estas observaciones, añadió en voz alta:

—¡Qué dichosa es en poder vivir con usted, señora! ¡Y cuánto la envidio!

La maestra, que era una mujer de aspecto duro y varonil, miró complacida á la aduladora y le dijo entregándole su parte de trabajo.

—Estas ramas de hiedra con sus campanillas azules son para un vestido de baile: espero que las armará usted con la gracia y ligereza que le tengo recomendadas: así que estén, que las lleve Teresa á la modista para que las coloque: corren prisa.

—Ya debia estar aquí Teresita, observó Anastasia: ¿estará mala? ¿Le habrá ocurrido algo?

—Puede que haya tenido en la calle algun encuentro galante, dijo soltando la carcajada la hija del zapatero.

—¿Ella? exclamaron las otras: no, no hay cuidado.

—¡Pues lo que es su cara es de las mas lindas que yo he visto! dijo Anastasia algo resentida de que se burlasen de Teresa, á la que amaba en extremo: ¡no hay aquí muchas que se le puedan comparar!

—¡Líbreme Dios de desear semejantes comparaciones! dijo la romántica.

—¡Y á mí! observó la hija del zapatero.

—¡Y á mí! ¡y á mí! ¡y á mí! repitieron las concurrentes á Capellanes.

—¡Niñas, hagan ustedes el favor de callar! dijo la voz de tambor mayor de la maestra: á la obra; y usted, Anastasia, cuando venga Teresa, llámeme para decirle yo lo que hace al caso.

Dichas estas palabras, salió con la majestad de Juno.

Anastasia inclinó la cabeza sobre su labor y se puso á trabajar en silencio.

—A la verdad, dijo Adela, la sentimental, cuya ambicion se cifraba en ser admitida como corista en el teatro de la zarzuela: á la verdad, Anastasia, que no sé por qué tienes tal empeño en defender á ese mal bicho de Teresa: ¿qué te va ni te viene en que le regañe la maestra, y mas cuándo da motivo para ello?

—¿Quieres que vaya en contra suya como vais todas? preguntó la jóven: á mí me interesa esa muchacha, porque es desgraciada y porque todas le haceis la guerra.

—¡Qué lástima! No, que la llenaremos de besos por ser jorobada!

—¡Le compraremos dulces, si no!

—¡O la tomaremos en la falda!

Todas estas ocurrencias fueron dichas casi á un tiempo por aquella tropa revoltosa y maligna.

—Anastasia no respondió una palabra : encogióse de hombros con desdeñosa frialdad, y se puso á trabajar.

Un instante despues, entró en la tienda Teresa.

Venia ojerosa y pálida: sus párpados estaban hinchados y sus cabellos negros recogidos de prisa detrás de su cabeza.

Anastasia habia dicho la verdad.

Pocas caras podian compararse con la de la jorobada.

Su cutis de nácar dejaba ver en las sienes y en la garganta el fino tejido de sus venas azules: bajo una frente alta y abovedada se abrian sus ojos oscuros que, mirados á cierta luz, eran negros y á otra de un gris azulado: dos cejas finas, arqueadas, y que parecian dibujadas con tinta china, servian de dosel á aquellos ojos, á los que guarnecian largas pestañas negras : su boca, pequeña y sonrosada, enseñaba, al sonreirse, dos filas de menudas y esmaltadas perlas: pero, ¡ay! las sonrisas eran muy raras en la boca de la pobre Teresa.

Dos ricas trenzas de cabellos, negros y brillantes como el azabache, se enroscaban detrás de su cabeza y se dividian en medio de su frente como con una raya de plata.

La estatura de Teresa no era ya tampoco la exigua con que la hemos conocido : habia crecido mucho y la imperfeccion de su espalda parecia mucho menor : tal como era, no impedia que los jóvenes, que la hallaban á su paso, la llenasen de galantes requiebros al ver la peregrina belleza de su rostro.

Esta belleza misma, su modestia, su dulzura, su talento, la admirable distincion de sus maneras y de su lenguaje herian á sus compañeras de taller, y á su misma maestra, las cuales no comprendian á aquel ser delicado y superior.

Anastasia, mas digna que todas ellas, y mas semejante á Teresa que ninguna, la comprendia mucho mejor.

Teresa iba muy modestamente vestida; pero comparada su humildad con la espantosa miseria en que habia vivido, era casi una elegancia.

Hacia mucho calor, aunque solo se estaba á últimos de mayo, y el vestido de guinga de rayitas azules y blancas, que llevaba la jorobadita, armonizaba perfectamente con el caluroso dia y con la deslumbradora luz que le animaba.

Un cuello blanco de hilo, puños iguales, y una mantilla de seda con un velito de tul y fleco en las puntas, era lo que constituia su atavío.

Iba calzada modesta, pero graciosamente, con unos botitos de merino negro que descubrian la pequeñez casi maravillosa de su pié.

—Buenos dias, señoritas, dijo al entrar.

Nadie mas que Anastasia le contestó.

—Buenos dias, Teresita, dijo: ¿cómo ha tardado usted hoy tanto?

—Mi padre ha pasado muy mala noche, respondió tristemente Teresa.

Mirando luego en derredor suyo, preguntó:

—¿No ha dejado trabajo para mí la señora?

—¡Contenta está con usted la señora! exclamó la hija del zapatero con su voz fuerte y su grosero acento.

—Ya sé que he tardado un poco, dijo con timidez la jóven; pero, cuando sepa el motivo, dispensará la falta que he cometido.

—¿Un poco? ¡Media hora! ¡si eso le parece á usted un poco, puede volverse á marchar!

Teresa guardó silencio.

El rigor con que se la habia dejado vegetar,—pues no podia

llamarse *vida* á la existencia que habia arrastrado en su aldea,—habia hecho su carácter en extremo sufrido.

Por otra parte, la terrible idea del crímen atroz de su padre, y la vergüenza de la vida de sus hermanos, la hacian tan tímida, que no se atrevió ni á dejar oir su voz.

—Aquí tengo yo que hacer para usted, dijo Anastasia compadecida de la pobre niña : tome usted estas rositas blancas y haga un grupo con la gracia que usted sabe.

—No es eso lo que ha dejado mandado la señora , dijo lánguidamente la aspirante á corista : ha mandado que, cuando viniera esta señorita, la llamase usted al instante.

—Para echarle una buena repasata , agregó la hija del zapatero.

—¡Qué manía tienen ustedes de meterse en negocios ajenos ! exclamó Anastasia : de lo que á mí me ha encargado, yo soy la sola responsable : no se cuiden ustedes de eso.

Las jóvenes se miraron sonriéndose maliciosamente ; y ya se preparaban á atacar de nuevo á Teresa, cuando sonó en el taller la voz de bajo de la maestra.

—¿Ha venido Teresa? preguntó sin asomarse.

—Ahora mismo, respondió la lánguida Adela.

La maestra entró en el taller, se dirigió á la jóven y se sentó á su lado.

Todas creyeron que le iba á echar una buena reprimenda ; pero la sorpresa fué general , al ver que le tomaba la mano y le decia con extremada amabilidad :

—Dentro de pocos dias, señorita Teresa, estará usted aquí y no tendrá que ir y venir.

—Ya lo sé , señora , repuso la jóven, confusa con la palabra *señorita* que pensó se la dirigian por burla : mi padre me ha di-

cho que voy á venir aquí, en tanto que él va á hacer un largo viaje: viaje, ¡ay de mí! que no sé si llegará á tener efecto, porque está muy delicado: esta es la causa de no haber yo venido hoy á la hora en que debia: mi pobre padre ha pasado una noche cruel.

—No soy yo quien reconvendrá á usted, mi querida señorita, repuso la maestra con la empalagosa dulzura que habia adoptado: ¿ni cómo podria hacerlo á la hermana de la que va á ser condesa de Revilla y me ha prometido surtirse de flores en mi casa?

—¿Qué dice usted? exclamó Teresa estupefacta: ¿yo hermana de una condesa? Señora, la han engañado á usted: yo solo tengo una hermana. Lucía, á la que no he podido ver todavía.

—Y bien, señorita, justamente esa misma hermana de usted ha estado aquí anoche á encargarme su prendido de boda, y me dijo:

—Aquí tiene usted de aprendiza á una hermanita mia: una persona muy respetable, un sacerdote, se la ha traido á usted, ¿no es verdad?

—En efecto, le respondí.

—Así que yo pueda, me la llevaré á mi casa: y desde luego, mañana vendré á verla aquí, porque, por ahora, no me consienten llevarla.

—Por lo tanto, Teresita, prosiguió la dueña del taller, hoy verá usted á su hermana, que espero vendrá así que se levante: en cuanto á que usted vaya á vivir en su compañía, no es esta la intencion del señor sacerdote que me la ha encargado, porque me dijo:

—Deseo que esta niña aprenda un oficio que la preserve de la miseria; pues aunque una hermana suya va á ocupar una bri-

llante posicion, nadie debe contar mas que con lo que vale por sí mismo, y menos en España, donde tan pocos medios tiene la mujer de ganar honradamente su vida.

Teresa guardó silencio.

La sorpresa que le habia causado la noticia de que iba á ver á su hermana y de que esta iba á verse en una elevada posicion social, habia teñido sus facciones de palidez; pero una viva alegría era lo que producia aquella emocion, pues su corazon angelical no se acordaba ya de la bárbara indiferencia de su hermana cuando ambas se hallaban en casa de su padre.

—Yo he dado trabajo á la señorita Teresa, señora, dijo Anastasia: está trabajando en la corona de desposada de su hermana.

—¡Por Dios, no me llame usted señorita! dijo Teresa á su protectora: yo no soy mas que una pobre obrera como usted, y mucho menos aun, puesto que usted tiene mucha habilidad y yo no tengo ninguna.

—¿Pero dejará usted de ser mañana hermana de la condesa de Revilla?

—Mañana, como hoy, seré una infeliz jornalera, que tiene que mantener y cuidar á su padre anciano y enfermo, como usted á su madre; pero aunque la suerte me colocase en la posicion mas elevada, lo que no deseo, siempre me acordaria de su afecto de usted hácia mí, de sus generosos deseos de protegerme.

—Siga usted cuidando de que no le falte trabajo á Teresita, querida Anastasia, dijo la maestra: despues de terminada la corona, se ponen ustedes las dos á hacer rosas y margaritas para los cestillos de flores que han de adornar el gabinete de la condesa de Revilla.

—¡Qué cargante está con su condesa! exclamó por lo bajo la zapatera: bien se conoce que le piensa sacar buenos cuartos.

—Pero, ónica, ¿no sabes quién es la dichosa condesa, hermana de la jorobada? preguntó la lánguida Adela.

—¿Yo? no; respondió Jacinta la zapatera.

—Pues es una mujer muy famosa que antes vivia de lo que cosia y que ha corrido por cuenta del conde de Revilla: por cierto que este, por darle á ella dinero, debe en mi casa mas de dos años de calzado.

—¡Qué me cuentas, mujer!

—La verdad: y además de esa hermana, que no es otra cosa que una mujer con mucha suerte, tiene un hermano.

—¿Un hermano?

—Un tuno de marca: á poco le echa á palos mi padre de casa.

—¿Por qué?

—Porque me hacia la corte: á mí me gustaba, porque es guapo: pero mi padre, que es muy largo, le averiguó la vida, ¡y supo unas cosas!...

—¿Qué cosas?

—Que vive del juego, que no hace nada, ni sabe, porque en su pueblo era un destripa-terrones; que el dia que no juegue y gane, robará, é irá á un presidio: así es que mi padre se puso furioso: mi madre lloró, y yo le dí pasaporte al tal, porque me sobran los pretendientes honrados y no quiero casarme con un bribon: ya ves qué buena gente es la de la *señorita Teresa*, como ese estafermo de maestra aduladora la llama.

—Pero mujer ¿cómo has sabido todo eso? preguntó Adela.

—De la manera mas sencilla! Cuando yo oí decir aquí que la hermana de la jorobada se casaba con el conde de Revilla, lo dije en casa acordándome de lo mucho que nos debe: esto fué anoche al salir del taller: mi padre se fué al instante á averiguar si la boda era con alguna señorita rica, en cuyo caso tenia esperan-

zas de cobrar; pero se halló con que era todo lo contrario y con que la boda era con la que estaba metido y por la que está tambien lleno de deudas.

—¿De modo que no van á estar ricos?

—¿Qué han de estarlo? El título es pobre; y si antes andaba á la trampa, cuando daba á la Lucía lo menos que le era posible, figúrate ahora que le tendrá que dar, como á su mujer que es.

La maestra acababa de revisar la labor de cada una, y se iba ya á retirar, cuando un carruaje se detuvo á la puerta.

La portezuela se abrió, y una jóven, alta y de sorprendente hermosura, penetró en el taller.

XIV.

La recien llegada vestia un largo y rico traje de seda oscura, que estaba hecho con la mayor sencillez, pero que aun así era espléndido por el valor de la tela y la régia abundancia con que se habia empleado.

Un rico chal de merino negro y un sombrerito de encajes, negro tambien, y adornado con una rama de geranios encarnados, completaban su traje de mañana.

El sombrero tenia un velo que llevaba levantado, pero que caia algun tanto sobre la frente, resguardando el rostro de una manera tan descuidada, al parecer, como en realidad estudiada y graciosa.

La recien llegada tendió por el taller una mirada ansiosa, descubrió á Teresa y corrió hácia ella con los brazos abiertos.

La jóven la reconoció y se precipitó en ellos con un grito de alegría.

Pasado este primer instante, Lucía—pues ella era la jóven que

acababa de llegar—se volvió al ama de la casa, y le dijo:

—Señora, suplico á usted que me lleve á una habitacion donde pueda estar á solas con mi hermana.

—Por aquí, por aquí, mis queridas señoritas, dijo la maestra presurosa: subirán ustedes á mi sala, en la cual podrán hablar cuanto quieran sin que nadie las moleste.

Y la florista, dichas estas palabras, hizo una señal á Lucía y á Teresa para que la siguieran, desapareciendo por una puerta que habia en el fondo de la tienda y que conducia á las habitaciones superiores.

Así que llegaron á la sala indicada y se hallaron solas, Lucía volvió á abrazar á su hermana.

—Ya sé que no tenemos madre! murmuró, dejando escapar una lágrima. Dios me perdone el haberla abandonado en el triste estado en que se hallaba! Teresa, cuando pienso en eso, casi tengo miedo de mi felicidad! Tú recibirás, tarde ó temprano, las bendiciones del cielo: pero esperemos, lo que la suerte nos destine y hablemos de otra cosa: yo voy á hacer una alianza brillante y quiero que te vengas á mi lado.

—Imposible, respondió Teresa: mi bienhechor, el bienhechor de nuestro padre me lo ha prohibido.

—¿Don Benigno?

—Sí, Lucía: él dice, y yo le creo, que nuestros caminos en este mundo son muy distintos: yo pediré al cielo que te dé mucha felicidad en el tuyo; pero le obedeceré siguiendo el mio: cuando nuestro padre vuelva de Roma, á donde se va dentro de dos dias, no me separaré de él, como lo he hecho hasta ahora.

Lucía inclinó la cabeza, y respondió despues de algunos instantes de silencio:

—Tienes razon: nuestros caminos son muy diferentes: sigue

el tuyo, y, si alguna vez necesitas de mí, no dudes que me encontrarás: ahora, hermana mia, ¿quieres acompañarme á ver á nuestro padre? Esta noche debo recibir la bendicion nupcial, y no quiero que caiga sobre mi frente sin tener antes la suya: por culpable que sea, es nuestro padre!

—Vamos, dijo Teresa: voy á pedir licencia á la maestra y te acompañaré: tu vista será un bálsamo para su dolencia: ¡si pudiera ver tambien á Antonio!

—¿Quién sabe dónde está? esclamó colérica Lucía. ¡Oh, si se hubiera decidido á dedicarse, como tú, á una vida de trabajo y de honradez! Pero él se lanzó en el camino de la ociosidad y de la perdicion que me empujó á mí para que le siguiese! No puedo explicarte cuánto sufrí en su compañía, cuántos dias estuve sin comer, cuántas noches sin dormir, esperándole! Mi fortaleza se agotó y acepté el amor del conde sin saber que lo fuese: gracias á don Benigno, todo ha tenido el resultado mas feliz! Bendito sea, y bendito sea Dios que nos le ha enviado!

Teresa salió para pedir á la maestra el permiso, que le fué concedido en seguida, para acompañar á su hermana.

Las dos hermanas subieron al coche, y las oficialas del taller no pudieron menos de admirarse y de comentar la tristeza que se leia en el rostro de la hermana menor.

XV.

En un cuarto modesto, situado en el piso segundo de una casa de huéspedes, se hallaba un hombre encorvado, mas que por el peso de los años, por el de amargas penas, segun lo daba á entender la tristeza de sus ojos.

Estaba vestido de paño negro, como un artesano, es decir;

con pantalon, chaqueta y calzado grueso, y sentado en un sillon de baqueta.

Era Juan Pedro.

No sabiendo leer ni escribir, no podia entretenerse en nada, y los sombríos pensamientos que asaltaban su espíritu, no podian ser interrumpidos por ninguna ocupacion.

Su indisposicion, además, le sujetaba en aquel sitio, y se hubiera entregado á la desesperacion en su soledad, si la soberana misericordia de Dios, penetrando en su alma, no hubiera vertido en ella raudales de claridad y de esperanza.

Juan Pedro rezaba, y la oracion es el supremo alimento de las almas arrepentidas.

Esperaba tambien ver á don Benigno, con quien comia todos los dias, y hablaba durante dos ó tres horas, porque el gran señor, el sacerdote irreprensible, el ministro del altar, no se desdeñaba de acompañar al asesino y ladron de la hacienda ajena.

¡Oh maravilloso poder de la caridad cristiana!

Aquella mano que cada dia elevaba á Dios en el altar, ¡aquella mano aristocrática, perfumada y blanca, servia al miserable criminal á quien habia sacado de los abismos de la culpa!

Sin embargo, la salud de Juan Pedro era muy mala y decaia cada vez mas.

El peso de su falta le oprimia.

Sentado en el sillon de baqueta, habia visto pasar todos sus recuerdos uno á uno, ya lúgubres, ya hermosos y rientes.

A la vista de su hija mayor, á la que conducia Teresa, hizo un esfuerzo supremo, y, levantándose de su sillon, corrió á recibirla.

—Hija mia, le dijo, te perdono por haberme abandonado, y tu madre te perdonó tambien antes de morir: tu madre que hace

ya un año ha fallecido, pero cuyo luto llevaré mientras viva! Ahora bien; yo no puedo darte mas que un solo consejo: pero este te le doy con toda mi autoridad: no te separes de la senda del bien, por muchas que sean las penas que encuentres en ella y muchos los halagos que te ofrezca la del mal: solo hay en el mundo una dicha positiva, única, inmutable! ¡La tranqnilidad de la conciencia! Ya no teneis padre, porque voy á partir para una tierra muy lejana, voy á Roma, donde estaré recluso en un convento hasta la semana santa, que es cuando el gran penitenciario absuelve á los grandes criminales como yo, y despues de mi absolucion, la penitencia será proporcionada á la culpa y tal vez ya no podré veros nunca: pero pensad en el triste ejemplo que os he dado y procurad que no sea perdido! Mi extravío ha causado la ruina de todos vosotros: la mujer, que se apoderó de mi ánimo, me avino mal con mi honrada pobreza y me condujo al asesinato y al robo: luego os fuisteis todos vosotros como ovejas descarriadas. y si habeis podido salvaros, ha sido únicamente por la misericordia de Dios y la de su digno y santo ministro.

Lucía lloró desconsoladamente, al parecer, pero se despidió de su padre para volver á su casa, á fin de activar todos los preparativos de su boda.

La despedida fué hasta la otra vida.

La débil Lucía no comprendia que, aun sujeto á la mas dura y áspera penitencia, podia dejar de ver á su padre.

Los tupidos velos de la vanidad se hallaban corridos ante sus ojos.

La hija de Juan Pedro pensaba en su boda, en su dicha futura: todo lo demás era para ella de menos importancia y cosa secundaria.

Dos dias despues, don Benigno y Juan Pedro partieron para la ciudad santa.

Teresa quedó en casa de la florista.

El casamiento de su hermana tuvo lugar de una manera muy triste y silenciosa.

La madre del novio rehusó asistir á él.

A las instancias de don Benigno, que dió la bendicion nupcial á los desposados, para que su prima no dejase de concurrir, respondió esta:

—Cuando ya sea esa mujer la esposa de mi hijo, procuraré que mi fortaleza me consienta tratarla por cumplir con la política: hasta que llegue este caso, no quiero verla.

Lucía, herida en su amor propio, rehusó ir á ver á la madre de su esposo despues de la ceremonia: y el mismo conde dijo que no habia para qué darse prisa en hacerlo.

Teresa fué la que presenció el casamiento desde un rincon del oratorio, y derramó muchas lágrimas acordándose de Tiburcio.

¿Qué seria de él?

¿Habria cumplido la amenaza que le habia hecho de casarse con María, la hija del herrero?

En medio de aquella pompa y de aquella grandeza, que, á pesar del silencio con que se llevaba á efecto, rodeaba el casamiento de su hermana, el corazon de Teresa volaba á su aldea, á su humilde iglesia, á la fuente donde cada tarde veia á Tiburcio, á la misa que él ayudaba y que ella oia con tanto fervor.

¡Pobre Teresa!

Despues de la ceremonia, los recien casados salieron del oratorio del palacio de Revilla para ir á la bella casa de Lucía, que era la que debian habitar.

El padre de la novia no asistió tampoco al casamiento: un voto solemne le separaba del mundo y de todas sus alegrías hasta despues de expiado su crímen.

En vano la nueva condesa trató de persuadir á su hermanita para que se quedase con ella; Teresa se obstinó en volver al lado de su padre y lo verificó acompañada de un criado, pues era ya muy tarde.

Dos dias despues, partia Juan Pedro con don Benigno.

—Padre mio, dijo Teresa en el momento de marchar, cuando usted vuelva, búsqueme en la casa donde me deja: allí estaré, y sea la que quiera la suerte de usted, si me necesita, yo participaré de ella, y no le abandonaré jamás.

Despues de la partida de su padre, Teresa se instaló, en efecto, en casa de su maestra, y se puso á trabajar asiduamente, llegando á ganar al cabo de dos meses, un jornal muy regular, gracias á su habilidad y perseverancia en el gracioso arte á que se habia dedicado.

Teresa armaba con una rara perfeccion, las flores del campo.

La margarita, la violeta, el no-me-olvides, tenian en ella una tan fiel como graciosa imitadora.

En uno de los primeros instantes de descanso que tuvo, escribió á la madre de Tiburcio una tierna carta, cuyo contenido era el siguiente:

«Mi buena é inolvidable señora Andrea: ahora es cuando conozco lo bueno que es para mí el haber aprendido á leer y á escribir con Tiburcio, y lo mucho que se lo debo agradecer: á no ser por él, no podria ahora dar á usted noticias mias.

»Mi padre se fué, y no espero que venga en algunos meses, pues el señor cura va á pasar la semana santa en Roma y quiere que le acompañe.

»Mi hermana se ha casado con el conde de Revilla y es una de las grandes señoras de Madrid, mas bellas y envidiadas.

»De mi hermano no sé nada, y Lucía ha dejado tambien de

verle: quiza haya marchado á América con el objeto de probar fortuna!

»Si es así, Dios bendiga sus esfuerzos, y si no, ¡ojalá que no le abandone su misericordia!

»En cuanto á mí, señora Andrea, he aprendido un oficio y lo he aprendido bien para que en caso de necesidad, me sirva de recurso: es decir, en adelante, pues ahora ya me está sirviendo: gano ocho reales diarios: doy cuatro por mi hospedaje á la maestra, que me tiene en su casa como si fuera su hija, y los otros cuatro los voy guardando: no es mucho; pero como nada gasto, al fin del año harán mis ahorros una suma regular.

»Mi oficio es muy bonito y entretenido: soy florista, y las flores que hago con mas gusto y mejor son las que ahí se hallan en medio de los campos: las que me cogia Tiburcio para hacerme con ellas lindos ramilletes.

»¡Ay, mi querida señora Andrea! ¡Esos ramilletes eran la única felicidad que yo tenia cuando vivia tan triste y tan desgraciada!

»Ahora no estoy alegre tampoco, señora Andrea; pienso en usted y en mi Tiburcio.

»¡Ah! Y á propósito de Tiburcio, ¿sigue aun en su idea de casarse con María, la hija del herrero? Eso me dijo al venirme, porque se quedó muy enojado conmigo... diga usted si tienen relaciones los dos, pues me alegraria de saberlo: ya ve usted, los amigos de la niñez—y lo son los dos—interesan siempre.

»Adios, señora Andrea; estoy en la calle de Hortaleza, tienda de flores, número 29, á donde, si gusta escribirme, me dirigirá su carta: yo, al recibirla, tendré una inmensa alegría.»

Seguia la firma, y luego, en posdata, las expresiones para todos los conocidos.

Pocos dias despues, llegó la respuesta escrita en papel grueso y moreno y con letra clara y redonda por mano de Tiburcio, aunque á nombre de su madre.

El corazon de Teresa palpitó al ver aquella carta.

La jóven la abrió presurosa y leyó lo que sigue:

«Mi querida Teresita: me alegraré que al recibo de esta te halles con la cabal salud que yo deseo para mí.

»Nosotros buenos, á Dios gracias, echándote mucho de menos y tambien al señor cura.

»Sabrás como Tiburcio quedó muy sentido y muy triste con tu ausencia: y se resolvió á cortejar á María la hija del herrero: pero no podia olvidarte y se iba quedando flaco: al fin, como no es de despreciar, tanto ella como su familia le buscan y le hacen mil zalamerías, y al cabo no sé lo que sucederá: hiciste demasiado por tu padre que nunca hizo nada por tí: y muy poco por él, que tanto te queria.»

—¡Esta carta no la ha visto su madre! exclamó Teresa llorando y dejando caer el papel sobre sus rodillas; porque una madre no me diria que he hecho demasiado cumpliendo mis deberes de hija! ¡Ah! siempre he sido juzgada con dureza, y no es ahora cuando debia yo esperar justicia!

Teresa dejó correr sus lágrimas por algunos instantes: sin embargo en su interior, una voz celestial le decia como un himno de consuelo:

—Has cumplido con tu deber, y para tí hay un premio en el cielo y una verdadera é inmutable justicia que todo lo resarce, que todo lo ve y lo premia! ¡Allí está la recompensa de tu valor!

XVI.

Como un año despues de estos sucesos, y en una noche en que la maestra florista se hallaba, acompañada de Teresa, terminando una obra importante, llamaron á la puerta de la calle.

Eran ya las doce.

Teresa, por un movimiento maquinal, quiso levantarse para ir á ver quién llamaba; pero la dueña del taller la detuvo y le dijo:

—Es muy tarde; yo abriré.

Y, acercándose á la puerta, preguntó en alta voz:

—¿Quién llama?

—Gente de paz; respondió una voz de hombre, evidentemente anciano, pues estaba muy cascada.

Teresa se estremeció al oir aquel acento; dejó su labor y se levantó.

—¿Qué se le ofrece á usted? preguntó el ama de la casa.

—¿No hay aquí una jóven que se llama Teresa?

—¡Mi padre! gritó esta: ¡abra usted, señora, abra usted por Dios!

La florista descorrió el cerrojo, y un anciano, con un hábito de peregrino, apareció á los ojos de las dos mujeres.

Llevaba una barba blanca, y se apoyaba en el bordon con aire fatigado, pero radiante y feliz.

Teresa corrió á echarse en sus brazos.

—Ya estoy aquí limpio de mi culpa, hija mia, dijo Juan Pedro: el gran penitenciario me ha absuelto y vengo á pié para cumplir la primera parte de mi penitencia: ahora que ya no soy un malvado, permíteme que te bendiga, hija mia, ángel de mí

guarda, consuelo de todas mis penas! Esta noche pasaré algunas horas á tu lado, y mañana te dejaré para cumplir el resto de mi expiacion.

—¡Dejarme! ¡Yo no quiero abandonar á usted, padre mio! exclamó la jóven; yo quiero seguirle por todas partes!

—Es imposible, hija mia, que me sigas á donde voy.

—A donde quiera que sea, iré con usted, padre mio.

—Te repito...

—Pero, ¿qué terrible sitio es ese?

El peregrino paseó en torno suyo una mirada para ver si le escuchaba la florista; pero esta habia salido de la tienda con el objeto de no turbar al padre ni á la hija.

—Teresa, dijo Juan Pedro dejándose caer en una silla que la jóven le habia aproximado: tengo que volver á nuestra aldea.

Los ojos de Teresa brillaron de alegría: la pobre gritó:

—¡Iré con usted!

—¡No, hija de mi alma! Allí he de cumplir mi penitencia; durante tres años, he de pedir limosna á la puerta de la casa de tu abuela, donde cometí mi crímen; no he de comer otro pan que el de la caridad, y he de dormir en el suelo en todo tiempo y á la misma puerta, rezando una parte de rosario cada noche á las doce, en cuya hora murió la infeliz anciana.

—Padre, dijo Teresa sin vacilar un instante; iré con usted: á su lado me verán los que le dén limosna; comeré con usted el pan de la caridad, y por la noche rezaré con usted por el alma de mi abuela.

—Hija, ¿qué dices? exclamó el peregrino: ¿á qué conduce ese inútil sacrificio? tú eres un ángel, yo soy un pecador: déjame expiar mi culpa, y pasados tres años, si aun vivo, iré á habitar á tu lado: aun no sabes que he de hacer el camino pidiendo limosna.

—Pidiendo limosna iremos los dos.

—¡Imposible, Teresa, imposible!

—¿Por qué?

—Porque no quiero que participes de mi suerte.

—Y yo quiero participar de ella, y, á pesar suyo, le seguiré á usted. ¿Cómo le habia de abandonar cuando va á verse mas desgraciado que nunca, puesto que ahora se va á saber su crímen?

—Por eso no quiero que me sigas: hasta hoy, era desconocido el asesino de tu abuela y ladron de su fortuna: ahora, al verme á la puerta de su casa, despues de haber estado en Roma, todos sabrán que soy yo, y mi infamia caerá sobre tí... ¡Oh, eso, hija mia, jamás!

—Yo acepto esa infamia antes que dejar á usted abandonado, repuso con resolucion la heroica jóven: poco me costará, añadió con los ojos llenos de lágrimas: la única persona, cuya estimacion hubiera yo anhelado conservar, estará ya casada con otra!

—¿Esa persona, era Tiburcio? preguntó el peregrino: ten esperanza, hija mia, porque Dios colma á los buenos hijos, como tú, de prosperidades aun en este mundo. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Al rayar la luz del alba, Teresa hizo un lio de su ropa: puso en una bolsita de seda sus ahorros de un año, y dando el brazo á su padre tomó con él, á pié y mendigando, el camino de su aldea.

Cuánto sufrió aquella pudorosa, delicada y sensible jóven, no es fácil explicarlo.

Cuando llegó á Cabañas, ya no era su semblante el mismo que poco antes ostentaba tan rara y exquisita belleza.

La palidez le cubria y parecia abrumado de dolor y de fatiga.

Don Benigno, que desde pasadas las fiestas de la semana santa habia regresado á la aldea, salió á recibir al padre y á la hija, y los abrazó con su acostumbrada paternal ternura.

—No es tan pesado el castigo como usted supone, amigo Juan Pedro, dijo al oido del penitente: he obtenido del bondadoso Pontífice que implore la caridad pública durante tres años, no á la puerta de la casa de la madre de Lorenza, sino á la puerta de la casa de Dios: pasará usted ese tiempo en el pórtico de la iglesia: de ese modo, su nombre y el de sus hijos queda libre de la infamia, y aquella desgracia sumergida en el secreto mas profundo.

¡Gracias, Dios mio! exclamó Teresa: el ver sufrir á mi padre el desprecio de las gentes, era superior á mis fuerzas.

—¿Y Tiburcio? preguntó Juan Pedro mirando á su hija.

—Se fué á cumplir su suerte de soldado, á pesar de mi deseo de libertarle.

—¡Soldado! repitió dolorosamente Teresa: y si le matan! ¡Ah! ¡Mas quisiera hallarle casado con María!

—¡Mentirosilla! murmuró don Benigno, estrechando una mano á Teresa: soldado y en América, puede volver y con mucha fortuna: porque le espero, he buscado el secreto para los extravíos de tu padre: espera tú tambien y recuerda que Jesucristo ha dicho:—*Pedid, y se os dará.*

XVII.

Como un año mas tarde, un pobre entierro salia de una casita situada en uno de los barrios del Norte de Madrid.

El ataud iba conducido por cuatro pobres de San Bernardino:

algunos otros alumbraban, y detrás del cadáver caminaba, cubierta de luto y llorando, una hermosa jóven.

A su lado, acompañándola y consolándola con palabras dulces, que pronunciaban en voz baja, iban dos mujeres del pueblo cubiertas con sus mantillas.

—Vamos, Anastasia, hija, que es ofender á Dios el desconsolarse así, dijo una de ellas: todos hemos de morir.

—¡Mi pobre madre! sollozó la jóven. ¡Mas valia que Dios me hubiera llevado á mí!

—No ha sido esa su voluntad y es necesario consolarse y conformarse con lo que ha dispuesto, observó la vecina del otro lado: yo no sé, pobrecita, por qué te has obstinado en venir hasta el cementerio.

—No he querido dejar á mi madre hasta depositarla en la tierra, señora: la pobre no tiene á nadie que la llore mas que á mí.

En aquel instante, un jóven, vestido modestamente, pasó junto al féretro y vió á la jóven que iba detrás.

—¡Anastasia! exclamó: ¿quién va ahí?

—¡Mi madre! respondió la jóven redoblando el llanto.

—¡Ah! ¡Infeliz! dijo aquel echando á andar á su lado: se ha quedado usted sola?

—Sola, amigo mio.

—¿Por qué ha rehusado usted la oferta que le hice de partir mis pobres recursos? Solo soy un escribiente; pero ahora no quedaria usted sin amparo y sin socorro... porque ese hombre ningun apoyo moral ni material podrá darle.

Anastasia inclinó la cabeza.

—Ya sabrá usted la verdad, prosiguió su ex-pretendiente, que era el escribiente de loterías que cada mañana la acompañaba al

taller: el que se habia fingido soltero es casado y mal esposo, pues su mujer pasa con él el purgatorio.

—¿Qué dice usted? exclamó Anastasia, que se detuvo como herida del rayo.

—¿No lo sabia usted? Perdon, amiga mia, perdon!

—No, dígalo usted todo! repuso la pobre huérfana con una impaciencia febril: ¿Luis es casado?

—No se llama Luis: se llama Federico, y es el conde de Revilla: se casó hará unos dos años.

—¡Ah! Era ante las cenizas de mi madre, cuyos consejos desoí, donde yo debia llevar este horrible desengaño! exclamó la jóven: hágase en todo la voluntad de Dios!

—Mi interés por usted me ha obligado á averiguar quién era ese hombre, prosiguió el jóven: yo pensé que de antes estaria usted ya desengañada: ahora siento haberle dicho á usted nada.

Anastasia no tuvo fuerzas para responder.

El jóven guardó silencio tambien, respetando aquel mudo y doble dolor.

Asi que llegaron al cementerio, se depositó el cadáver en una humilde fosa, en la que el sacerdote clavó una cruz de madera negra.

Anastasia vió con ojos secos cómo llenaban de tierra el lecho mortuorio de su madre: arrodillóse despues sobre la sepultura y rezó fervorosamente durante algunos instantes.

Luego salió de la mansion de los muertos, al parecer, tranquila, y se encaminó á su cuartito acompañada de las vecinas.

Pero no bien llegó á él, la sobrecogió un frio nervioso y tuvieron que acostarla.

Aquella noche se le declaró un ataque cerebral, y, dos dias despues, dormia al lado de su madre en el cementerio.

Habian muerto en un dia su madre y su dicha.

Anastasia no pudo resistir á la pérdida de todo lo que tenia de caro en el mundo.

XVIII.

Durante tres años, los vecinos de Cabañas vieron cada dia al viejo Juan Pedro, vestido de peregrino, á la puerta de la iglesia y, al lado de este, á su hija Teresa, que hacia flores sentada en una sillita : delante tenia una mesilla con los útiles de su oficio y algunos ramos y guirnaldas terminados.

De todos los pueblos cercanos iban á comprarle flores para engalanar las imágenes y los altares; y la buena hija no tenia bastante tiempo para complacer á sus parroquianos.

—¿Por qué pide usted limosna, buen hombre? preguntaban al peregrino.

—Por penitencia, respondia este con humildad.

—¿Y es por mucho tiempo?

—Por el término de tres años.

Los buenos vecinos de la aldea pensaban que aquella dura expiacion habia sido impuesta á Juan Pedro en castigo del abandono en que habia dejado su casa, á su pobre mujer loca, y á sus hijos, en particular á Teresa, que se habia criado en una miseria espantosa.

Solo don Benigno sabia la verdad.

Cada uno de los vecinos del pueblo iba cada dia á dar una moneda al peregrino : el pecador arrepentido era para ellos tan simpático, como lo habia sido Juan Pedro en los dias en que, antes de conocer á la tabernera, era modelo de padres y de esposos.

El señor cura se detenia todas las mañanas para verle y consolarle.

Por la noche, el padre se acostaba en el duro suelo, y la hija se envolvia en un gran pañuelo, se sentaba en su silla, y permanecia á su lado.

En vano la habian querido persuadir el señor cura y la señora Andrea de que ella podia y debia dormir bajo cubierto: ella lo rehusaba siempre y decia:

—¿Cómo podria yo dormir en una buena cama, sabiendo que mi padre duerme en el suelo?

—Pues él bien dormia cuando, siendo tú pequeñita, dormias en un camaranchon y en un jergon roto, le respondian las personas entrometidas, que en ninguna parte faltan y menos en los pueblos.

—Eso no es cuenta mia, observaba suavemente Teresa: no quiero ser juez de mi padre, sino solamente una buena hija suya.

Así pasaron dos años y algunos meses: ya solo faltaban dos para llegar al término de la penitencia de Juan Pedro.

Una apacible tarde, despues de rezar el *Angelus*, el padre y la hija empezaron á hablar del porvenir.

—Ya falta poco para que se acabe la terrible prueba, padre mio, dijo Teresa: ya pronto podrá usted habitar conmigo una casita y descansar: mis flores darán para los dos.

—No quiero ocultarte, hija mia, que, si hubiera podido dejarte colocada, mi mas vivo deseo hubiera sido retirarme á un convento, dijo Juan Pedro.

—A un convento, padre! ¿Y á dónde?

—A Roma: quisiera acabar mis dias haciendo penitencia por tu hermano que debe llevar muy mala vida: aun no soy muy viejo, y aun podria hacer algo por él: á mi edad, todavía puede el hombre prometerse larga vida para rogar á Dios.

Teresa inclinó tristemente la cabeza y no respondió.

El padre tendió hácia el oriente una mirada en la que parecia brillar un ardiente deseo de silencio y oracion.

¡Cosa extraña!

Desde que Juan Pedro habia estado en Roma, sus facciones, antes toscas y vulgares, se veian animadas por la luz augusta de una suprema inteligencia, de un talento extraordinario.

—¿Quién viene por aquel camino? dijo de repente y señalando á una senda que, á través de los campos, entraba en el pueblo como una cinta de plata.

—Es un hombre, repuso Teresa mirando tambien.

—Sí, un hombre... trae vestido de militar... un morral á la espalda, y una venda en los ojos.

—¡Tiburcio! gritó Teresa.

Y dejando sus flores, corrió, seguida de su padre, al encuentro del que llegaba.

—¡Teresa! exclamó este abriéndole sus brazos : ¡qué consuelo es para mí el verte al volver á este pueblo! Pero tú estás mas hermosa que nunca, y yo vuelvo con un ojo de menos.

—¿Traes tu licencia? preguntó con ansia la jóven.

—¡Ay, sí! La absoluta! ¡Solo he llegado á los galones de sargento! Pero díme; ¿te has casado?

—No, respondió Teresa colorada de alegría.

—¿Tienes novio?

—No.

—¿Le habrás dejado en Madrid?

—Tampoco.

—Vamos á casa de mi madre, dijo Tiburcio que parecia aliviado de un enorme peso: aun no he abrazado á tu padre... venga un apreton, señor Juan Pedro; ¿pero qué significa ese traje?

—Es el sayal de la penitencia, Tiburcio; contestó el mendigo.

—Vamos, vamos, allí hablaremos. Teresa, vé á prevenirla de mi llegada, porque nada sabe, y yo te seguiré con tu padre.

—No puedo moverme de aquí para ir tan lejos, Tiburcio, dijo Juan Pedro: en tanto que va Teresa á decirle á tu madre que has llegado, yo te diré las causas.

Teresa corrió á casa del señor cura y avisó, como Dios le dió á entender, la llegada de Tiburcio, al que corrió á abrazar su madre.

Al despedirse del mendigo y de su hija, dijo Tiburcio á esta:

—Teresa, dentro de dos meses, que es cuando acaba tu padre su penitencia, si no te da vergüenza casarte con un hombre que tiene un ojo de menos, serás mi mujer.

—¿No tendrás á menos de casarte tú con la hija de un mendigo, y que es, además, contrahecha? preguntó Teresa con emocion.

—Mas ilustre eres, á mis ojos, acompañando y consolando á tu padre en la humillacion de pedir limosna en el pueblo donde ha nacido, que la mas rica y poderosa princesa de la tierra.

—Hubo un dia en que me culpabas porque te dejaba por él.

—Ahora admiro tu valor al hacerlo, porque tú... me querias: ¿verdad, Teresa?

—¡Mas que á la luz de mis ojos!

—¡Ay! exclamó Tiburcio tristemente: una oftalmia tenaz me ha hecho perder uno de los mios: ¡y quizá se pase al otro!... ¿Y si quedase ciego, Teresa?

—Yo sé hacer flores, repuso la jóven sonriéndose; trabajaré para tí; y, en último caso, mendigaré el pan de cada dia: la

suerte me ha enseñado á sufrir, que es en la tierra la mision de la mujer. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Dos meses despues y terminada la penitencia de Juan Pedro, tuvo lugar la boda de Teresa y de Tiburcio en casa del señor cura.

El mismo don Benigno dió la bendicion nupcial á los jóvenes ante el altar de Nuestra Señora de la Esperanza, que se hallaba primorosamente adornado de flores por la mano de Teresa.

Al dia siguiente, su padre se encaminó á Roma de nuevo.

—Hijos mios, dijo á los jóvenes al despedirse, voy á consagrarme á Dios; recibiré las sagradas órdenes y velaré por mis dos hijos mayores cuando vuelva á España; su suerte me tiene muy inquieto: si no encuentro á Antonio en Madrid, á donde volveré tan pronto como pueda, pasaré á las misiones de América, donde tal vez podré hallarle: rogad á Dios por mí y por ellos.

Teresa habia ya llegado al puerto de paz tras de tan larga borrasca.

Habia padecido tanto, durante toda su vida, que la tranquila y dulce felicidad, que disfrutaba, casi le daba miedo.

Sin embargo, su alma grande jamás habia perdido su celestial tranquilidad; humildemente se habia doblegado ante los decretos de la Providencia, y humildemente aceptaba la dicha que esta le enviaba.

Los temores de su marido acerca del estado de su vista no eran vanos; la enfermedad que adquirió en América, y que le hizo perder un ojo, invadió el otro.

Teresa le llevó á Madrid, sacrificando para ello todos sus ahor-

ros de florista: se acomodó con su marido en una modesta casa de huéspedes y llamó á uno de los doctores de mas fama, que le quitó toda esperanza de salvacion, y le aseguró que el pobre Tiburcio se quedaria ciego sin remedio.

Este último golpe no aterró á la jóven, que dió á su marido, con mil precauciones, la terrible nueva de su próxima ceguera.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! dijo el antiguo sacristan, ¡y bendita sea por haberte colocado al lado mio!

XIX.

Era una lúgubre noche de invierno, como un año y medio despues de los sucesos que quedan referidos.

En una casa de huéspedes de modesta apariencia, se hallaban hospedados tres misioneros que acababan de llegar de Roma de paso para América.

En otra casa habia otros tres, pues eran seis los que debian marchar juntos á Cádiz para tomar allí un buque que se iba á dar á la vela.

Los tres, de que primero se ha hecho mencion, se hallaban acabando una humilde colacion, junto á una mesa, bajo la cual habia un consolador brasero; el ama de la casa les servia con deferencia y respeto.

Llevaban hábitos negros de sayal, una cruz blanca en el pecho, sandalias y medias gruesas de lana blanca.

Uno era ya bastante anciano: los otros dos estaban cercanos á la vejez.

Sus largas barbas blancas caian sobre su pecho; sus cabezas rasuradas mostraban un cerquillo asimismo de cabellos canos.

En la fisonomía de aquellos valerosos soldados de Cristo, ha-

bia una extrema dulzura, unida á una perfecta dignidad.

Habian ya predicado los tres en Santo Tomás y en San Isidro, edificando á los oyentes con la santidad de sus doctrinas y hechizándoles con la persuasion y suavidad de su lenguaje.

Uno de ellos, sin embargo, tenia mayor fama: era uno de los dos mas jóvenes, aunque aparentaba unos cincuenta años.

Se llamaba el padre Juan.

Su elocuencia persuasiva y encantadora parecia el don de los ángeles, y no habia pecador endurecido que, al oirle, no sintiese su corazon deshecho en arrepentimiento.

—Padres, me voy con la pena de que han cenado ustedes muy poco y muy mal, dijo la huéspeda: ¡Dios mio, solo lentejas y ensalada! ¡Y á la edad de ustedes... y con las fatigas que van á sufrir!

Los religiosos se sonrieron.

—Voy á traerles, á lo menos, un poco de vino generoso, dijo la huéspeda.

—¡Vaya por el vino generoso! contestó el mas anciano: algo hemos de hacer para contentar á la buena señora Josefa: beberemos un poco á la salud de usted y de su excelente esposo.

La huéspeda salió.

Ya empezaba á subir la escalera que conducia á la cocina y á la despensa, cuando sonó el aldabon de la puerta.

—¿Quién es? preguntó deteniéndose.

Su marido, que se hallaba en el piso bajo, abrió, y un hombre, calado de agua, pues llovia furiosamente, entró en el portal.

—¿Hay aquí unos misioneros que han llegado de Roma? preguntó.

—Sí, por cierto; respondió el huésped.

—¿Los que han predicado la cuaresma?

—Los mismos.

—¿Está aquí el padre Juan?

—Sí, señor.

—Pues tiene que venirse conmigo, porque le llama el bandido que han traido de la serranía de Ronda, y que tenemos en capilla.

—¿El terrible *brazo de hierro*?

—El mismo; pero, por Dios, vamos á avisar al padre: soy un empleado de la cárcel: mire usted la órden del alcaide: ahí bajo quedan cuatro soldados y un cabo para su resguardo: ¡pronto, pronto, que el infeliz condenado ha tomado un veneno, está espirando y le llama!

El huésped y el enviado de la cárcel llegaron á donde se hallaban los religiosos y expusieron la peticion.

—Vamos ahora mismo, dijo el padre Juan: hermanos, rezad por el pobre sentenciado.

Los otros dos misioneros se pusieron de rodillas y empezaron á orar.

A la puerta habia un coche: el padre Juan subió á él para llegar mas presto: el mensajero se colocó á su lado y el carruaje se puso en movimiento, escoltado por los soldados.

Llegaron á la cárcel: todas las puertas se abrieron ante la órden del alcaide, que llevaba el padre Juan, y este entró en la capilla.

Sentado en uno de los sillones forrados de baqueta verde, que la adornaban, habia un hombre que, á primera vista, mas parecia un cadáver.

—Era de elevada estatura y formas robustas: su barba y su cabellera, completamente negras, hacian resaltar la lividez de su

semblante : estaba cargado de hierro con grillos y esposas.

Con la cabeza echada hácia atrás, los ojos pesadamente cerrados, y la respiracion angustiosa, parecia agobiado de una fatiga mortal.

Su traje era á la vez ordinario, extraño y pintoresco : se componia de unos anchos calzones de paño verde como los de los maragatos, sujetos á la rodilla por medio de unas grandes botas barnizadas, y de un redingote muy ancho del mismo color de los calzones.

Era un temible bandido apresado hacia pocos dias en la serranía de Ronda, y conducido á Madrid donde debia sufrir la última pena por muchos robos en despoblado, acompañados de asesinatos, cometidos en el espacio de algunos años.

A la derecha del reo y en un pequeño recodo, que formaba la capilla, habia colocada una banqueta donde estaban sentados los hermanos de la paz y caridad.

Aquellos hombres benéficos no hallaban, sin embargo, un solo instante de reposo : se levantaban, se aproximaban al reo, y uno de ellos le enjugaba el sudor frio que corria por su frente, en tanto que otro humedecia sus labios secos y cárdenos con una esponjita muy fina y empapada en un calmante.

Los demás veian hacer á sus compañeros mirándose con una ansiedad profunda.

En uno de estos instantes, se oyeron los pasos del religioso y de sus acompañantes.

—¡Valor, hijo mio! dijo uno de los hermanos que sostenia la cabeza del bandido : aquí está ya el padre Juan.

E hizo una seña al religioso, retirándose al lugar mas lejano de la estancia.

El padre Juan se aproximó : se inclinó hácia el reo y le dijo

á media voz con acento dulce y lleno suavidad :

—¡Aquí estoy, hijo mio! valor, que Dios es todo misericordia y amor.

Al oir tan consoladora voz, abrió el reo sus grandes ojos negros y los fijó en el rostro del que le hablaba : se incorporó con un supremo y doloroso esfuerzo : con sus manos sujetas por las esposas, entreabrió el hábito de sayal del religioso, y á través de la camisa de lana, que este vestia, buscó con ansiedad algo en su pecho.

Su vista tropezó con un lunar grande, que se extendia sobre su corazon.

Al verlo, llevó el bandido las manos encadenadas hácia su frente, como si hubiera deseado ocultarse el semblante, y exclamó :

—¡Padre!

—¡Hijo! ¡Hijo mio! ¡Antonio! ¡te hallo aquí! ¡Y en qué estado! ¡Ah! ¡Justicia de Dios!

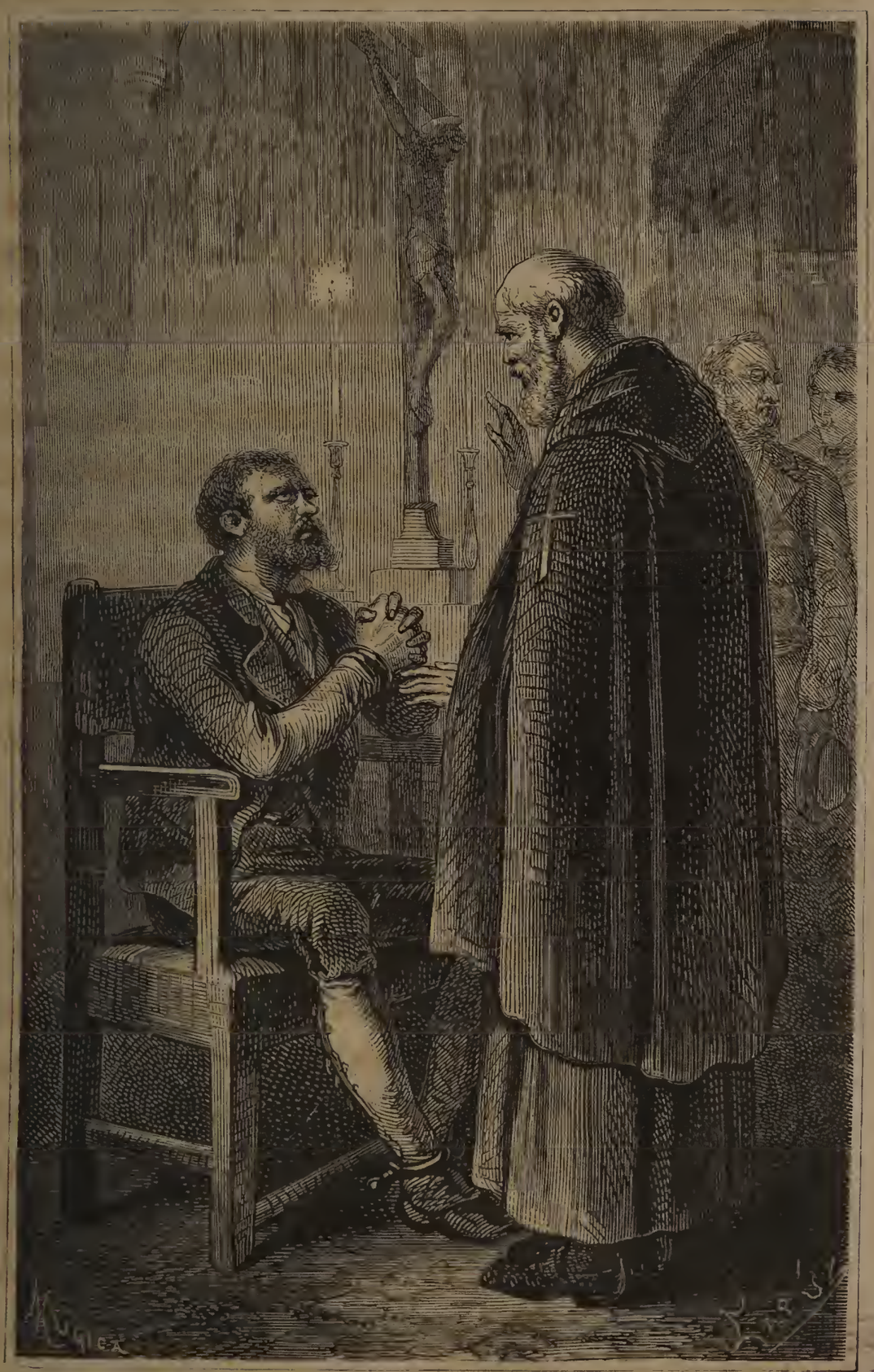
Y el misionero cayó sin color, sin voz y sin sentido á los piés del sillon en que yacia el reo, chocando su calva frente con los hierros que sujetaban los piés de su hijo.

Los hermanos de la paz y caridad, que al ver los esfuerzos con que el reo procuraba ver el pecho del religioso, habian acudido, levantaron del suelo al padre Juan, que en breve abrió los ojos y los volvió con ansia hácia su hijo.

Los hermanos salieron de la estancia y se retiraron á la inmediata para dejarlos solos.

—¡Cuánto te he buscado! exclamó el religioso : ¡cuánto te he buscado, hijo mio!

—Padre, repuso Antonio, cuyas fuerzas habia agotado la conmocion terrible que habia sufrido : acordándome de que era na-



PUBLIC LIBRA

¡PADRE MIO!

cido de sangre honrada, no he querido acabar mis dias en el cadalso: ¡perdóneme usted como padre temporal, y como ministro de Dios!

—¡Perdóname tú á mí, hijo mio! ¡Perdóname por haber sido causa de tu ruina! exclamó sollozando el infeliz padre: yo, en vez de darte buen ejemplo, te arrojé de mi lado, y tú huiste de mí!

—¡Dios le perdone á usted, como le perdono yo! murmuró el reo. ¡Dios nos perdone á los dos! ¡Y ahora... su bendicion... su bendicion... porque me muero!

El misionero se levantó: toda emocion habia desaparecido de su semblante dando lugar á la expresion de una calma tranquila.

—¿Sabias quién era yo al reclamar mi auxilio, pobre pecador? preguntó á Antonio.

—No, padre mio, respondió éste: le llamé á usted porque habia llegado hasta mí la fama de su elocuencia cristiana.

—¡Para tí solo soy desde ahora el sacerdote que consuela tu alma en el umbral de la eternidad! ¡arrepiéntete y espera en Dios! ¡tu padre te lo ha perdonado todo: que un arrepentimiento sincero haga que igualmente te perdone el Señor de todo lo creado!

—¡Yo creo en Dios!... ¡le amo... y espero en él!... murmuró el reo con voz apagada.

—¡Yo te absuelvo en su nombre! dijo el sacerdote haciendo sobre su frente la señal de la cruz.

Los hermanos de la paz y caridad presentaron al misionero la santa uncion preparada sobre el altar.

Apenas tuvo el reo fuerza para recibirla: abrió sus ojos, los fijó en su padre de una manera suprema, y espiró.

La primera luz entraba por las ventanas de la capilla.

Al levantar el cadáver, cayó de entre sus vestidos un pomito de oro guarnecido de piedras preciosas y de gran tamaño.

Era el que contenia el veneno que habia dado la muerte al desgraciado Antonio, víctima del mal ejemplo y de la ociosidad, que casi siempre conducen al crímen.

—¡Oh, santa ley del trabajo!

Yugo de flores que conduces á las regiones de la paz, de la prosperidad, del bienestar y de la dicha!

¡Bendito seas!

Tú eres el mayor de los beneficios que debemos á la bondad de Dios!

XX.

Diez años despues, el que hubiera pasado, al caer una hermosa tarde de junio, por delante de la iglesia del pueblecito de Cabañas, se hubiera detenido ante una deliciosa escena.

Al lado del templo, y á la puerta de una casita entoldada de parras, se hallaban sentados el señor cura, su anciana ama la señora Andrea, Teresa y su marido.

Dos niños, de ocho y nueve años, jugaban sobre la yerba á poca distancia de ellos.

Teresa estaba aun jóven y bella, á pesar de la imperfeccion de su espalda.

Su marido estaba ciego ; pero si se veia en su semblante alguna melancolía, en cambio, se veia tambien en él la mas completa tranquilidad y una expresion marcada de envidiable bienestar.

Al lado de Teresa , y sobre una mesa cubierta con un paño

muy blanco y fino, habia una hermosa y variada coleccion de flores: era el puesto donde las vendia, y donde acudian á comprarlas de todos los pueblos del contorno.

—Buena venta ha habido hoy, ¿verdad, hija mia? preguntó el señor cura.

—Cinco duros ha valido, señor vicario; respondió Teresa.

—Pero, mujer, ¿por qué trabajas tanto? interrogó el ciego.

—Para cuando seamos viejos, Tiburcio; contestó su mujer, y para dar á cada uno de nuestros hijos un oficio que les produzca con qué atender á su subsistencia.

—¿No los tienes ya el uno con el carpintero, y el otro con el tejedor?

—Sí; pero algo necesitan para poner cada uno su tienda.

—¡Y no poder hacer yo nada para ayudarte! suspiró Tiburcio.

—Ya haces mucho.

—¿Qué hago yo? Servirte de una carga.

—¡Amarme! Lo que nadie mas que tú ha hecho en el mundo, alentarme... consolarme! ¡Ser mi constante compañía! ¿te parece poco? Tiburcio, á tu lado, al de nuestros hijos, al del señor cura, al de tu madre y junto á las cenizas de la mia y de mi padre, que, aunque muerto muy lejos, mandó que sus restos fuesen trasladados á este pueblo, solo tengo una pena.

—¿Cuál?

—La de ignorar la suerte de mi hermana: ya sabes que escribí á mi maestra, pidiéndole informes de ella, hace ya dos años, y que me respondió que se hallaba separada de su marido: ¿qué será de Lucía? ¿Dónde estará?

En aquel instante, una mujer, vieja y cubierta de harapos, apareció al fin de la senda que moria junto á la iglesia, y se acercó á la familia.

Teresa la miró, y sintió que su corazon palpitaba aceleradamente.

Creia haber reconocido á la pobre mujer, se levantó, y salió á su encuentro.

La que llegaba apresuró el paso tanto como sus escasas fuerzas se lo permitian.

Cuando se vieron de cerca, ambas arrojaron un grito y se abrazaron.

—¡Lucía!

—¡Teresa!

—¡Ahora mismo te estaba nombrando y Dios te envia á mí! exclamó la hermana menor; ¡pero en qué estado!

—Vengo, mendigando, á pedirte un asilo, repuso llorando Lucía: despreciada de mi marido, he recorrido un corta, pero borrascosa senda; la ley le ha separado de mí; estoy enferma: tengo algunos años mas que tú y veo de cerca á la vejez que me asusta. ¡Ah, Teresa! ¡Qué triste fin el de todos nosotros! ¡Tú sola, rama jóven y sana de un tronco envenenado, alzas tu copa llena de savia y de flores! No, Dios no es injusto, y su eterna sabiduría premia y castiga aun en este mundo!

—Ven á mi casa, á mi mesa, á mi hogar, dijo Teresa tomando la mano de su hermana, tienes razon; yo soy la única feliz de nuestra desgraciada familia, porque he podido hacer algo por todos aquellos á quienes amaba: me ha sido dado endulzar y consolar algunos dias de la vida de mi madre: acompañé á mi padre hasta que halló el camino de la paz: he sido el apoyo, compañía y consuelo del hombre que me amó, y puedo tenderte una mano protectora y calmar tus pesares: solo por nuestro pobre hermano no pude hacer nada, y cada dia rezo una hora por el descanso de su alma!

—¡Cielos! ¿tu marido está ciego? exclamó Lucía.

—¡Ciego, sí! Ya hace once años.

—¿Cuál es, pues, tu mision en la tierra, pobre hermana mia?

—La que le toca casi siempre á la mujer : la de sufrir, amar y perdonar.

—¡Dios mio! ¿No tiene otra en el mundo?

—Casi nunca, hermana mia, respondió Teresa ; pero debe aceptarla y no vivir solo para el placer y corriendo tras él: llore si Dios la destina para eso , que de sus lágrimas nace muchas veces el árbol frondoso de la felicidad !

FIN DE LA MISION DE LA MUJER.

CONCLUSION.

Una enfermedad de la señorita Magdalena de Clavieres hizo interrumpir las deliciosas veladas de aquel invierno, con gran dolor de la familia, que con tanto placer se reunia en torno de la mesa de labor del saloncito de la abuela.

La convalecencia de Magdalena fué larga; y, al hallarse con la florida salud que antes habia disfrutado, llegó tambien la época fijada para su matrimonio y el de su encantadora hermana Carolina.

Los dos jóvenes matrimonios se vieron rodeados desde luego de una multitud de invitaciones para las fiestas que se celebraban en el gran mundo, donde tuvieron la mas brillante entrada.

Pero las saludables lecciones, que se desprendian de los manuscritos de la baronesa, no fueron perdidas.

Magdalena y Carolina evitaron las asechanzas de mas de una Blanca de Louviers para captarse su amistad, y los obsequios siempre comprometidos de esos hombres depravados, cuyos retratos habia hecho la abuela en sus lecturas con tanta delicadeza como tacto y verdad.

Además, nunca daban entrada en su corazon á un afecto fuerte sin dar á conocer antes á su abuela las cualidades de la persona que se habia granjeado sus simpatías; y aquella señora,

dotada de un talento tan fino, tan sobresaliente, tan poco comun, en una palabra, les daba las lecciones de su experiencia sin arrancarles ninguna de sus ilusiones.

—No os prodigueis demasiado, les decia; pero no os negueis tampoco á corresponder á las pruebas de afecto que se os dirijan: un corazon frio es semejante á la zarza silvestre que solo produce espinas y amargo fruto: un corazon reservado conserva siempre un calor generoso y no se gasta en afecciones sin correspondencia: esto que os digo, comprendereis bien que se refiere á las mujeres: por lo que toca á los hombres, no tengais nunca mas que un solo amante y un solo amigo, vuestro esposo: en tanto que la amistad no se atavia con el velo plateado de las canas, en tanto que las floridas ilusiones no se han convertido en los sazonados frutos de la experiencia, la amistad no es posible entre un hombre y una mujer siendo ambos jóvenes.

En el próximo invierno, empezaremos la lectura de otro manuscrito, si Dios me da vida para llegar hasta él; entretanto, hijas mias, no olvideis lo que habeis aprendido en las veladas del pasado; que solo en la práctica de las virtudes y en la tranquilidad de la conciencia se halla la felicidad.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y DE LA OBRA.

INDICE

DE LAS NOVELAS CONTENIDAS EN ESTA OBRA.

TOMO PRIMERO.

	Páginas.
Introduccion.—La abuela.	5
I.—La amiga íntima.	15
II.—La expiacion.	151
III.—El becerro de oro..	307

TOMO SEGUNDO.

IV.—La primera falta.	5
V.—Una historia sencilla..	147
VI.—La mision de la mujer.	293
Conclusion.	431

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS DEL TOMO SEGUNDO.

	Páginas.
¡Ah señor Marqués! desista usted de volverse á casar.	51
Aquella de vosotras que esté sin culpa arrójele la primera piedra.	121
Hija mia; te ruego que no te separes de tu prima y que seas siempre su mejor amiga.	182
Yo la amaba á usted y la amaba sin saberlo. . . .	249
Agustina se sentó y Felicia acudió á quitarle la mantilla.	210
Extendió los brazos para arrojarse al agua; una mano la detuvo.	318
¡Qué cambiado te hallo, Juan Pedro!	358
¡Padre!	424

Anunciamos con la mayor satisfaccion á los lectores de las *Veladas del Invierno*, que la señora Sinués de Marco está escribiendo otra obra que tendremos el honor de publicar dentro de algunos meses: esta nueva produccion de la mas fecunda y popular de nuestras novelistas, llevará por título Los SEIS AMORES.

Formará esta obra una coleccion de seis novelitas, en que se considerará á la mujer en las varias afecciones de la vida, como hija, hermana, amante, amiga, esposa y madre.

Sin perjuicio de anunciar la publicacion á su debido tiempo, nos permitiremos decir á nuestros favorecedores, que la edicion de la obra Los SEIS AMORES será de todo lujo, adornada con hermosas láminas, que se encargarán á los mejores artistas españoles, y el precio al alcance de todas las fortunas.